LOS PERROS QUE NOS PERSIGUEN PRONTO SABRÁN QUE SOMOS LEONES

LA CAMPAÑA ESCARLATA

BRIAN McCLELLAN

LOS MAGOS DE LA POLVORA

GAMON

LA CAMPAÑA ESCARLATA

Brian McClellan

Traducción: Federico Cristante

Esta secuela vertiginosa de *Promesa de Sangre* lleva al lector a ser testigo de las eternas luchas de poder, llenas de intrigas políticas y militares en un mundo de fantasía salpicado de pólvora".

—*Publishers Weekly*.

"Una entrega sumamente gratificante que hará desear ansiosamente la conclusión".

—*Kirkus*.

"*La Campaña Escarlata* es una secuela fantástica que recomiendo sin reservas a los amantes de la fantasía, desde la más oscura a la épica. No soy un fanático furioso de demasiados autores, ahora lo soy de McClellan".

—*Grimdark Magazine*.

"Seguimos los pasos de Taniel, Tamas y Adamat en esta segunda entrega. La revolución ha llegado para quedarse en Adopest. La promesa que inició McClellan en el primer libro es altamente recompensada en esta entrega".

—Lucila Quintana, editora.

Título original: *The Crimson Campaign*
Edición original: Orbit Books

© 2014 Brian McClellan

© 2022 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2022 Gamon Fantasy
www.gamonfantasy.com

ISBN: 978-84-18711-45-9

Índice de contenido

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

La campaña escarlata

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

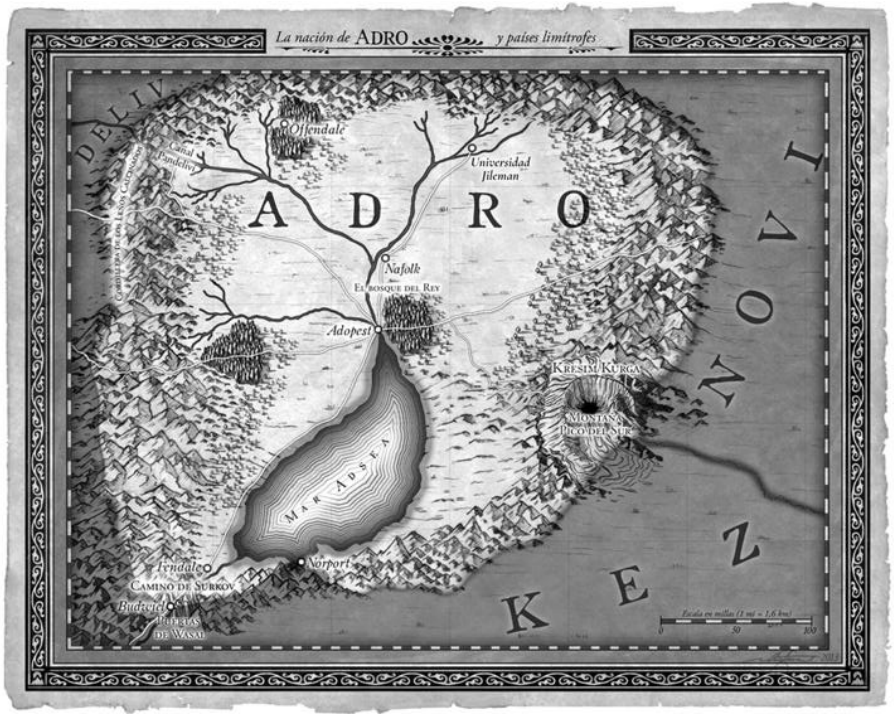
Capítulo 19

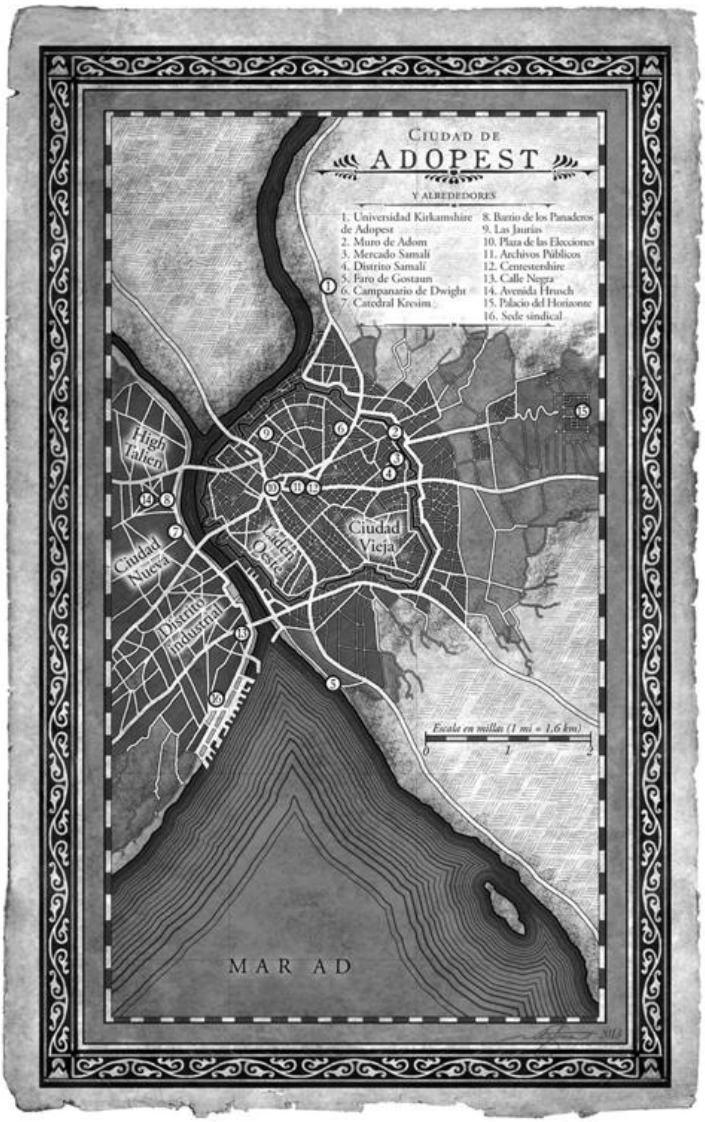
Capítulo 20

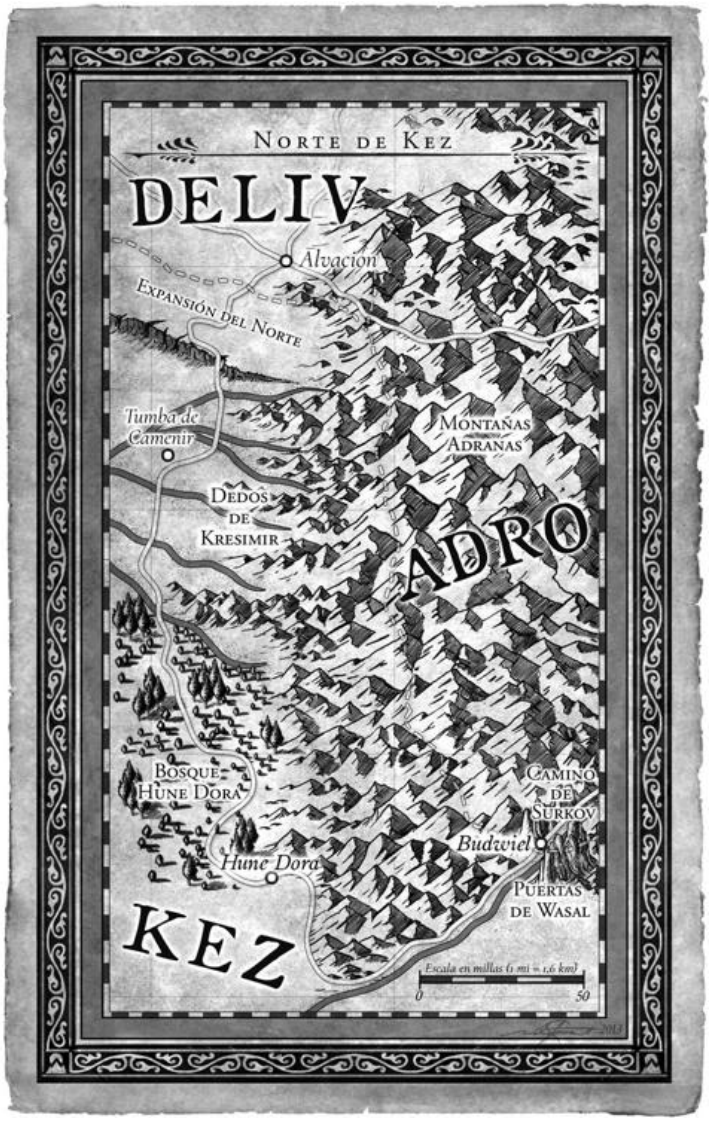
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Agradecimientos
Nuestros autores y libros en Gamon
Brian McClellan
Sinopsis

Para Michele,
la única.
Mi amiga, mi colaboradora y mi amor.


La nación de ADRO y países limítrofes
ADRO
Offendale
Universidad Jileman
Nafolk
El bosque del Rey
Adopest
Kresim Kurga
Montañas Picodelnie
Mar Adsea
Ivendale
Camino de Surkov
Budrycia
Ruinas de Wasal
Norport
Escala en millas (1 mi = 1,6 km)
0
50
100


Ciudad de
ADOPEST
y alrededores
1. Universidad Kirkamshire de Adopest
2. Muro de Adom
3. Mercado Samalí
4. Distrito Samalí
5. Faro de Gostaun
6. Campanario de Dwight
7. Catedral Kresim
8. Barrio de los Panaderos
9. Las Jaurías
10. Plaza de las Elecciones
11. Archivos Públicos
12. Centrestershire
13. Calle Negra
14. Avenida Hrusch
15. Palacio del Horizonte
16. Sede sindical
High Talien
Ciudad Nueva
Distrito Industrial
Lidel Oeste
Ciudad Vieja
Escala en millas (1 mi = 1,6 km)
0
1
2
MAR AD


Norte de Kez
DELIV
Alvacion
Expansión del Norte
Tumba de Camenir
Montañas Adranas
Dedos de Kresimir
ADRO
Bosque Hune Dora
Hune Dora
Camino de Surkov
Budzwiel
Puertas de Wasal
KEZ
Escala en millas (1 mi = 1,6 km)
0
50

Capítulo 1

Adamat se encontraba completamente quieto en medio de un frondoso seto que había fuera de su casa de verano, y observaba por las ventanas a los hombres que había en el comedor. La casa era una vivienda de dos plantas y tres habitaciones ubicada en el bosque, al final de un camino de tierra. Para llegar al poblado había que caminar unos veinte minutos. Era poco probable que alguien fuera a oír los disparos.

O los gritos.

Cuatro de los hombres de lord Vetas estaban en el comedor, bebiendo y jugando a las cartas. Dos de ellos eran corpulentos y musculosos como caballos de tiro. Había un tercero de estatura mediana, con una gran barriga que le caía por debajo de la camisa y una barba negra tupida.

El último hombre era el único al que Adamat reconocía. Tenía la cara cuadrada y su cabeza era tan pequeña que era casi cómica. Su nombre era Roja el Zorro, y era el luchador más pequeño del circuito de boxeo sin guantes que el Propietario dirigía en Adopest. Se movía más rápido que la mayoría de los boxeadores por necesidad, pero no era popular entre el público y no luchaba a menudo. Adamat no tenía ni idea de qué podía estar haciendo él allí.

Lo que sí sabía era que temía por la seguridad de sus niños, sobre todo de sus hijas, frente a un grupo de malvivientes como aquellos.

—Sargento —susurró Adamat.

El seto se movió, y Adamat divisó el rostro del sargento Oldrich. Tenía la mandíbula bien definida, y la tenue luz de la luna dejaba ver el bulto del tabaco en una de sus mejillas.

—Mis hombres están en posición —respondió Oldrich—. ¿Están todos en el comedor?

—Sí. Adamat vigilaba la casa desde hacía tres días. Durante todo ese tiempo, se mantuvo al margen y observó a aquellos hombres

gritarles a sus hijos y fumar cigarros en su casa, dejar caer la ceniza y derramar cerveza sobre el mantel bueno de Faye. Conocía sus hábitos.

Sabía que el gordo de la barba se quedaba arriba, vigilando a los niños todo el día. Sabía que los dos matones corpulentos escoltaban a los niños a la letrina mientras Roja el Zorro hacía guardia. Sabía que aquellos cuatro hombres no dejaban solos a los niños hasta la noche, cuando se ponían a jugar a las cartas en la mesa del comedor.

También sabía que, en esos tres días, no había visto señales de su esposa o de su hijo mayor.

El sargento Oldrich le colocó una pistola cargada en la mano.

—¿Estáis seguro de que queréis ir a la cabeza? Mis hombres son buenos. Sacarán ilesos a los niños.

—Estoy seguro —dijo Adamat—. Son mi familia. Mi responsabilidad.

—No dudéis en apretar el gatillo si alguno se dirige hacia las escaleras —dijo Oldrich—. No queremos que tomen rehenes.

Los niños ya eran rehenes, quería responder Adamat. Se tragó sus palabras y se alisó con la mano la pechera de la camisa. El cielo estaba nublado y, ahora que se había puesto el sol, no había luz que pudiera revelar su presencia a los que estaban dentro. Salió del seto y de pronto recordó la noche en la que lo habían mandado llamar del Palacio del Horizonte. Esa fue la noche en la que todo aquello había comenzado: el golpe de Estado, luego el traidor, luego lord Vetas. En silencio, maldijo al mariscal de campo Tamas por meterlos a él y a su familia en el conflicto.

Los soldados del sargento Oldrich cruzaron cautelosamente el desgastado camino de tierra junto a Adamat y se dirigieron hacia el frente de la casa. Él sabía que había otros ocho detrás. Dieciséis hombres en total. Tenían la ventaja numérica. Tenían el factor sorpresa.

Los matones de lord Vetas tenían a los niños de Adamat.

Adamat se detuvo en la puerta de entrada. Algunos de los soldados adranos, con sus uniformes de color azul oscuro imposibles de ver en la oscuridad, tomaron posición debajo de las ventanas del comedor, con los mosquetes listos. Adamat observó la puerta. Faye había elegido aquella casa, en lugar de una más cercana al poblado, en parte a causa de la puerta. Se trataba de una puerta de roble fuerte, con goznes de hierro. Ella sentía que una puerta pesada haría que su familia estuviera más segura.

Él nunca había tenido el valor de decirle que el marco de la puerta estaba plagado de termitas. De hecho, Adamat siempre había querido reemplazarlo.

Dio un paso hacia atrás y lanzó una patada justo a un lado del pomo.

La madera podrida explotó por el impacto. Adamat entró en el vestíbulo y levantó la pistola mientras doblaba la esquina.

Los cuatro matones entraron en acción. Uno de los grandullones brincó hacia la puerta trasera que llevaba a la escalera. Adamat mantuvo la pistola firme, disparó y el hombre cayó.

—No os mováis —dijo Adamat—. ¡Estáis rodeados!

Los tres matones que quedaban se quedaron mirándolo paralizados en el sitio. Vio que sus ojos se clavaban en su pistola ya usada, y los tres corrieron hacia él al mismo tiempo.

Las descargas de mosquetes de los soldados que estaban fuera hicieron estallar las ventanas y en la sala llovieron fragmentos de cristal. Los matones que quedaban cayeron, excepto Roja el Zorro. Avanzó tambaleándose hacia Adamat con un cuchillo en la mano, con la manga empapada de sangre.

Adamat cogió la pistola por el cañón y le dio a Roja un culatazo en la cabeza.

Y así, sin más, todo había terminado.

Los soldados entraron en el comedor. Adamat se abrió paso entre ellos y subió la escalera a toda prisa. Primero revisó las habitaciones de los niños: todas vacías. Finalmente, la habitación principal. Abrió la puerta con tanta fuerza que casi la arrancó de los goznes.

Los niños estaban acurrucados todos juntos en el estrecho espacio que había entre la cama y la pared. Los hermanos mayores abrazaban a los más pequeños, protegiéndolos lo mejor posible entre sus brazos. Siete rostros asustados le clavaron la mirada a Adamat. Uno de los mellizos lloraba, sin duda a causa de las explosiones de los mosquetes. Unas lágrimas silenciosas se deslizaban sobre sus mejillas regordetas. El otro asomó la cabeza tímidamente desde su escondite, debajo de la cama.

Adamat lanzó un suspiro de alivio y cayó de rodillas. Estaban vivos. Sus niños. Los pequeños cuerpos se apiñaron a su alrededor, y él sintió que las lágrimas le brotaban espontáneamente. Las manos diminutas se extendieron hacia él y le tocaron el rostro. Extendió los brazos lo más que pudo, aferró a todos los niños que le fue posible y se los acercó.

Adamat se limpió las lágrimas de las mejillas. No era apropiado llorar frente a los niños. Tomó una gran bocanada de aire para recomponerse y dijo:

—Ya estoy aquí. Estáis a salvo. He venido con los hombres del mariscal Tamas. —Hubo más abrazos y sollozos de alegría, hasta que Adamat pudo restablecer el orden—. ¿Dónde está vuestra madre? ¿Dónde está Josep?

Fanish, su segunda hija, ayudó a acallar a los otros niños.

—Se llevaron a Astrit hace algunas semanas —dijo tirando de su

larga trenza negra con dedos temblorosos—. La semana pasada vinieron y se llevaron a mamá y a Josep.

—Astrit está a salvo —dijo Adamat—. No os preocupéis. ¿Dijeron dónde llevarían a mamá y a Josep?

Fanish negó con la cabeza.

Adamat sintió que se le caía el alma a los pies, pero no permitió que su rostro lo expresara.

—¿Te han hecho daño? ¿Os han hecho daño a alguno? —Su mayor preocupación era Fanish. Tenía catorce años, ya era prácticamente una mujer. Tenía los hombros desnudos debajo de su fino camisón. Adamat buscó hematomas y suspiró aliviado al no encontrar ninguno.

—No, papá —dijo Fanish—. Oí hablar a los hombres. Ellos querían, pero...

—Pero ¿qué?

—Vino un hombre, cuando se llevaron a mamá y a Josep. No oí su nombre, pero estaba vestido como un caballero y hablaba en voz muy baja. Él les dijo que si nos tocaban antes de que él les diera permiso, los... —Ella se quedó sin palabras y se puso pálida.

Adamat le dio una palmada en la mejilla.

—Fuiste muy valiente —le dijo con dulzura para tranquilizarla.

Por dentro, Adamat ardía. Una vez que Adamat hubiera dejado de serle útil a Vetas, este sin duda habría dejado a sus hijos a merced de esos matones sin pensarlo dos veces.

—Los encontraré —dijo.

Volvió a darle una palmada en la mejilla a Fanish y se puso de pie. Uno de los mellizos le cogió la mano.

—No te vayas —le rogó.

Adamat le secó las lágrimas al pequeño.

—Volveré enseguida. Quedaos con Fanish.

Adamat se liberó de sus hijos. Aún quedaban por salvar un niño más y su esposa; más batallas por ganar antes de que pudieran volver a estar reunidos a salvo.

Encontró al sargento Oldrich fuera de la habitación, esperando respetuosamente con el sombrero entre las manos.

—Se llevaron a Faye y a mi hijo mayor —dijo Adamat—. Los demás niños están a salvo. ¿Quedó vivo alguno de esos animales?

Oldrich mantuvo la voz baja para que los niños no pudieran oírlo.

—Uno recibió un balazo en el ojo. Otro, en el corazón. Fue una descarga afortunada. —Se rascó la parte posterior de la cabeza.

Oldrich no era viejo en absoluto, pero el pelo se le estaba encaneciendo por encima de las orejas. Tenía las mejillas enrojecidas a causa de la tormenta de violencia. Su voz, sin embargo, se mantenía serena.

—Demasiado afortunada —dijo Adamat—. Necesitaba que quedara

alguno con vida.

—Uno está vivo —dijo Oldrich.

Cuando Adamat entró en la cocina, Roja estaba sentado en una de las sillas con las manos atadas por detrás de la espalda, sangrando por las heridas de bala que tenía en el hombro y en la cadera.

Adamat extrajo un bastón del paragüero que había junto a la puerta de entrada. Roja miraba hosco el suelo. Era un boxeador, un luchador. No caería fácilmente.

—Tienes suerte, Roja —dijo Adamat señalando las heridas de bala con el extremo del bastón—. Puede que sobrevivas. Si recibes atención médica pronto.

—¿Te conozco? —dijo Roja resoplando. Salpicó con sangre su camisa de lino sucia.

—No. Pero yo te conozco a ti. Te he visto pelear. ¿Dónde está Vetas?

Rojas inclinó el cuello hacia un lado y lo hizo sonar. Su mirada era desafiante.

—¿Vetas? No lo conozco.

Debajo de la ignorancia fingida, a Adamat le pareció percibir un dejo de reconocimiento en la voz del boxeador.

Colocó el extremo del bastón contra el hombro de Roja, justo a un lado de la herida de bala.

—Tu jefe.

—Vete a la mierda —dijo Roja.

Adamat presionó con el bastón. Podía sentir que la bola seguía allí dentro, apoyada contra el hueso. Roja se retorció. En su favor, no emitió sonido alguno. Un boxeador sin guantes, si era bueno, aprendía a aceptar el dolor.

—¿Dónde está Vetas? —Roja no respondió. Adamat se acercó—. Quieres sobrevivir a esta noche, ¿no?

—Lo que me hará él será peor que cualquier cosa que me puedas hacer tú —dijo Roja—. Además, no sé nada.

Adamat se alejó de Roja y le dio la espalda. Oyó que Oldrich avanzaba, seguido del golpetazo pesado de una culata de mosquete impactando contra el vientre de Roja. Adamat permitió que la paliza continuara por unos momentos, y luego se volvió y le hizo un gesto a Oldrich para que se alejara.

El rostro de Roja se veía como si hubiera luchado algunos asaltos contra SouSmith. Se inclinó hacia delante y escupió sangre.

—¿Adónde se llevaron a Faye? —“Dímelo”, rogó Adamat en silencio. “Por tu bien, el de ella y el mío. Dime dónde está”—. El muchacho, Josep. ¿Dónde está?

Roja escupió en el suelo.

—Eres tú, ¿verdad? ¿El padre de estos mocosos estúpidos? —No

esperó que Adamat respondiera—. Íbamos a violar a todos esos niños. Comenzando con los más pequeños. Vetas no nos lo permitió. Pero tu esposa... —Roja se pasó la lengua por los labios rotos—. Ella estaba dispuesta. Pensó que no seríamos muy duros con los pequeños si ella nos tomaba a todos.

Oldrich se adelantó y golpeó el rostro de Roja con la culata de su mosquete. Roja cayó hacia un lado y dejó escapar un quejido ahogado.

Adamat sintió que todo su cuerpo temblaba de la ira. No Faye. No su hermosa esposa; su amiga y compañera, su confidente y madre de sus hijos. Cuando Oldrich se preparó para volver a golpear a Roja, Adamat levantó una mano.

—No —dijo—. Esto es su día a día. Tráeme un farol.

Cogió de la nuca a Roja, lo levantó de la silla y lo sacó a empujones por la puerta trasera. Roja tropezó y se cayó contra un enorme rosal que había en el jardín. Adamat lo puso de pie, asegurándose de tirar del hombro herido, y lo empujó para que siguiera caminando. Hacia la letrina.

—Mantén a los niños dentro —le dijo Adamat a Oldrich— y trae algunos hombres.

La letrina tenía el ancho suficiente para albergar dos asientos; algo necesario en una casa con nueve niños. Adamat abrió la puerta mientras dos de los soldados de Oldrich sostenían a Roja entre ellos. Tomó el farol que le ofrecía Oldrich e iluminó el interior de la letrina para que Roja pudiera verlo.

Adamat cogió la tabla que cubría el agujero de la letrina y la arrojó al suelo. Olía a podrido. Aun habiendo anochecido ya, las paredes estaban llenas de moscas.

—Yo mismo cavé este agujero —dijo Adamat—. Tiene dos metros y medio de profundidad. Debería haber cavado uno nuevo hace años, y la familia lo ha estado usando mucho últimamente. Han estado aquí todo el verano. —Iluminó el agujero con el farol e inspiró con un gesto exagerado—. Ya está casi lleno. ¿Dónde está Vetas? ¿Adónde se llevaron a Faye?

Roja miró a Adamat con desprecio.

—Vete al diablo.

—Ya estamos allí —dijo Adamat.

Cogió a Roja de la nuca y lo obligó a entrar en la letrina. Casi no entraban los dos juntos. Roja forcejeó, pero la fuerza de Adamat aumentaba por su ira. Adamat derribó a Roja y le metió la cabeza en el agujero.

—Dime dónde está —le susurró.

No hubo respuesta.

—¡Dímelo!

—¡No! —La voz de Roja resonó en la caja que formaba el asiento

de la letrina.

Adamat presionó la parte posterior de la cabeza de Roja. Unos centímetros más y el otro tendría el rostro lleno de excrementos. Adamat se tragó su propio asco. Aquello era cruel. Inhumano. Pero también lo era tener de rehenes a la esposa y a los hijos de alguien.

La frente de Roja tocó la superficie de la mierda y él dejó escapar un sollozo.

—¿Dónde está Vetas? ¡No volveré a preguntarlo!

—¡No lo sé! No me dijo nada. Solo me pagó para que mantuviera a los niños aquí.

—¿Cómo te pagó? —Adamat oyó las arcadas de Roja. El cuerpo del boxeador tembló.

—En kranas, en efectivo.

—Tú eres uno de los boxeadores del Propietario —dijo Adamat—. ¿Está al tanto de esto?

—Vetas dijo que fuimos recomendados. Nadie nos contrata para un trabajo a menos que el Propietario nos dé permiso.

Adamat apretó los dientes. El Propietario. La cabeza del mundillo criminal adrano y uno de los miembros de la junta de Tamas. Era uno de los hombres más poderosos de Adro. Si sabía lo de lord Vetas, podía significar que había sido un traidor desde el principio.

—¿Qué más sabes?

—Hablé poco más de veinte palabras con el sujeto —dijo Roja. Balbuceaba entre lágrimas, y sus palabras salían como resoplidos entrecortados—. ¡No sé nada más!

Adamat lo golpeó en la parte posterior de la cabeza. A Roja se le aflojó el cuerpo, pero no perdió el conocimiento. Adamat lo levantó del cinturón y lo obligó a meter el rostro en la porquería. Lo levantó un poco más y empujó. Roja se agitó y pateó con fuerza mientras trataba de respirar en medio de la orina y de la mierda. Adamat tomó al boxeador de los tobillos y empujó hacia abajo, lo que hizo que Roja quedara atascado en el agujero.

Adamat se volvió y se alejó caminando de la letrina. La furia no le permitía pensar. Destruiría a Vetas por hacer que su esposa y sus hijos pasaran por todo aquello.

Oldrich y sus hombres se mantuvieron al margen, observando a Roja mientras se ahogaba en la podredumbre. Uno de ellos se veía descompuesto en la tenue luz del farol. Otro expresaba su aprobación asintiendo con la cabeza. Entonces la noche estaba silenciosa, y Adamat llegaba a oír el canto constante de los grillos del bosque.

—¿No vais a hacerle más preguntas? —dijo Oldrich.

—Él mismo lo dijo: no sabe nada más. —Adamat sintió que se le revolvía el estómago, y volvió a mirar las piernas de Roja, que seguían sacudiéndose. La imagen mental de Roja violando a Faye casi detuvo a

Adamat, pero luego le dijo a Oldrich—: Sacadlo de ahí antes de que muera. Luego enviadlo a la mina de carbón más profunda que tenga la Guardia de la Montaña.

Adamat juró hacerle algo peor a Vetas cuando lo encontrara.

Capítulo 2

El mariscal de campo Tamas se encontraba sobre la entrada sur de Budwiel, observando el ejército keseño. Aquella muralla era el punto más austral de Adro. Si arrojaba una piedra hacia delante, esta aterrizaría en territorio keseño, y quizá rodara por el declive del Gran Camino del Norte hasta llegar a los piquetes keseños apostados en los bordes de su ejército.

Las Puertas de Wasal, un par de riscos de unos ciento cincuenta metros de altura, se elevaban a ambos lados, divididos por miles de años de erosión ocasionada por el agua que fluía desde el mar Ad, atravesaba el Camino de Surkov y alimentaba los campos de grano de la Expansión Ámbar, en el norte de Kez.

El ejército keseño había dejado las ruinas humeantes del Pico del Sur hacía solo tres semanas. Los informes oficiales estimaban que el ejército que había asediado la Fortaleza de la Corona contaba con doscientos mil soldados, acompañados por seguidores de campamento que incrementaban ese número a casi setecientos cincuenta mil.

Según sus exploradores, ahora el número total sobrepasaba el millón.

Una pequeña parte de Tamas se encogía de miedo ante semejante número. El mundo no había visto un ejército de ese tamaño desde las guerras de la Desolación, hacía más de mil cuatrocientos años. Y en ese momento se encontraba a su puerta, intentando arrebatarle su nación.

Tamas podía reconocer a los soldados nuevos sobre las murallas por el volumen de los gritos ahogados que lanzaban al ver al ejército keseño. Casi podía oler el miedo de sus propios hombres. La expectativa. El terror. No estaban en la Fortaleza de la Corona, fácilmente defendible por unas pocas compañías. Aquello era Budwiel, una ciudad comercial de unos cien mil habitantes. Las murallas estaban en mal estado y había demasiadas entradas, además

demasiado anchas.

Tamas no permitió que su cara reflejara el miedo. No se atrevía. Enterró sus preocupaciones tácticas, el terror que sentía a causa de que su único hijo estuviera en coma en Adopest, el dolor que aún le atravesaba la pierna a pesar de los poderes curativos de un dios. Su semblante no mostraba nada, salvo el desdén por la osadía de los comandantes keseños.

Unas pisadas constantes resonaron en las escaleras de piedra que había detrás de él, y se le unió el general Hilanska, comandante de la artillería de Budwiel y de la Segunda Brigada.

Hilanska era un hombre de un sobrepeso excesivo, tenía unos sesenta años, era viudo hacía diez y era veterano de las campañas gurlas. Le faltaba el brazo izquierdo a la altura del hombro, se lo había arrancado una bola de cañón hacía unos treinta años, cuando Hilanska aún no era capitán. Él nunca había permitido que ni su brazo ni su peso afectaran su desempeño en el campo de batalla, y solo por eso tenía el respeto de Tamas. Por no mencionar que sus cañoneros podían arrancarle la cabeza a un soldado de caballería en pleno galope a casi setecientos cincuenta metros.

Dentro del Estado Mayor de Tamas, cuyos integrantes habían sido elegidos por sus capacidades y no por su personalidad, Hilanska era lo más cercano que Tamas tenía a un amigo.

—Los he estado observando aumentar sus filas durante semanas y no dejan de impresionarme —dijo Hilanska.

—¿Por sus efectivos? —preguntó Tamas.

Hilanska se inclinó sobre el borde de la muralla y escupió.

—Por su disciplina. —Extrajo el catalejo de su cinturón, lo extendió con un tirón bien practicado de su única mano y se lo llevó al ojo—. Todas esas malditas tiendas blancas como el papel, alineadas hasta donde llega la vista. Parece una maqueta.

—Alinear medio millón de tiendas no hace que un ejército sea disciplinado —dijo Tamas—. Yo he trabajado con comandantes keseños. En Gurla. Mantienen a sus hombres a raya por medio del miedo. Eso hace que tengan un campamento limpio y bonito, pero cuando se enfrentan a otros ejércitos, no tienen resistencia. Se quiebran a la tercera descarga. —“No como mis hombres”, pensó. “No como las brigadas adranas”.

—Espero que tengas razón —dijo Hilanska.

Tamas observó a los centinelas keseños haciendo sus rondas a poco menos de un kilómetro de distancia; estaban perfectamente a tiro de los cañones de Hilanska, pero no valía la pena gastar la munición en ellos. El cuerpo principal del ejército acampaba unos tres kilómetros más allá; sus oficiales temían más a los magos de la pólvora de Tamas que a los cañones de Hilanska.

Tamas se aferró al borde de la muralla de piedra y abrió su tercer ojo. Sintió una oleada de mareo, y luego pudo ver con claridad el Otro Lado. El mundo adquirió un brillo color pastel. En la distancia se veían luces, que refulgían como los fuegos de una patrulla enemiga durante la noche: el fulgor de los Privilegiados y de los Guardianes de Kez. Tamas cerró el tercer ojo y se masajeó la sien.

—Aún lo estás considerando, ¿verdad? —preguntó Hilanska.

—¿Qué?

—Invadir.

—¿Invadir? —preguntó Tamas con tono burlón—. Tendría que estar loco para lanzar una ofensiva contra un ejército diez veces más grande que el nuestro.

—Tienes esa mirada, Tamas —dijo Hilanska—. Como un perro tirando de su cadena. Te conozco hace demasiado tiempo. Ya has dicho que tienes la intención de invadir Kez si se te presenta la oportunidad.

Tamas observó a esos centinelas. El ejército de Kez estaba tan alejado que sería casi imposible pillarlos desprevenidos. El terreno no ofrecía una buena cobertura para lanzar un ataque nocturno.

—Si pudiera llevar a la séptima y a la novena hasta allí manteniendo el factor sorpresa, podría atravesar el corazón de su ejército y estar de regreso en Budwiel antes de que supieran qué les había pasado —dijo Tamas en voz baja.

El corazón se le aceleró con solo pensar en eso. No debía subestimarse a los keseños. Tenían la ventaja numérica. Aún les quedaban algunos Privilegiados, incluso después de la batalla por el Pico del Sur.

Pero Tamas sabía de lo que eran capaces sus mejores brigadas. Conocía las estrategias de Kez y estaba al tanto de sus debilidades. Los soldados keseños eran reclutados de la inmensa población de campesinos. Sus oficiales eran nobles que habían comprado sus ascensos. No eran como sus hombres: patriotas, hombres de acero y de hierro.

—Algunos de mis muchachos estuvieron explorando un poco —dijo Hilanska.

—¿Ah, sí? —Tamas sofocó la irritación de ver interrumpidos sus pensamientos.

—¿Conoces las catacumbas de Budwiel?

Tamas asintió con un gruñido. Las catacumbas se extendían debajo del Pilar Oeste, una de las dos montañas que constituían las Puertas de Wasal. Eran una mezcla de cavernas naturales y artificiales, utilizadas para alojar a los muertos de Budwiel.

—Su acceso está prohibido para los soldados —dijo Tamas, sin poder evitar el tono de reproche.

—Ya lidiaré con mis muchachos, pero quizá quieras oír lo que tienen que decir antes de hacer que los azoten.

—A menos que hayan descubierto una red de espionaje keseña, dudo que sea relevante.

—Mejor aún —dijo Hilanska—. Encontraron un camino por donde enviar a tus hombres a Kez.

Tamas sintió que el corazón se le aceleraba ante la idea.

—Llévame con ellos.

Capítulo 3

Taniel miraba el techo, a solo unos treinta centímetros por encima de él, mientras contaba los vaivenes de su hamaca de cuerda y escuchaba la flauta gurla que llenaba la sala con sus suaves melodías.

Odiaba esa música. Parecía resonarle en los oídos, demasiado suave para poder oírla bien y, al mismo tiempo, tan fuerte que le hacía rechinar las muelas. Perdió la cuenta de los vaivenes de la hamaca cuando iba por los diez, y luego espiró. De sus labios brotó una voluta de humo cálido que dio contra el mortero deteriorado del techo. Observó el humo que escapaba de su nicho y ascendía en espiral hacia el medio del fumadero de mala.

Había unos doce nichos de esos en la sala. Dos estaban ocupados. En los dos días que Taniel llevaba allí, aún no había visto a los ocupantes comer, levantarse para ir a mear o hacer cualquier otra cosa más que aspirar de las pipas de tubo largo que se usaban para fumar mala o hacerle un gesto al dueño del fumadero para que les volviera a llenar la pipa.

Se inclinó hacia un lado y extendió la mano para buscar más mala para su propia pipa. En la mesa que estaba junto a su hamaca había un plato con algunos restos de mala oscura, una bolsa vacía y una pistola. No recordaba de dónde provenía la pistola.

Taniel juntó los pedacitos de mala y formó una bola pequeña y pegajosa, y la metió en el extremo de su pipa. Se encendió de inmediato. Taniel dio una calada larga.

—¿Quieres más?

El dueño del fumadero se acercó a la hamaca de Taniel. Era gurlo; tenía la piel marrón, pero no tan oscura como la de un deliví, con un tono más claro debajo de los ojos y en las palmas. Era alto, como la mayoría de los gurlos, y muy delgado, con la espalda encorvada a causa de tantos años de inclinarse hacia los nichos de su fumadero de mala para limpiarlos o para encender la pipa de algún adicto. Su

nombre era Kin.

Taniel extendió la mano hacia su bolsa y movió los dedos por el interior, pero recordó que estaba vacía.

—No tengo dinero —dijo, y su propia voz le sonó entrecortada.

¿Cuánto tiempo había pasado allí? Después de pensarlo un momento, llegó a la conclusión de que hacía dos semanas. Pero lo más importante: ¿cómo había llegado allí?

No se refería al fumadero, sino a Adopest. Taniel recordaba la lucha en el Palacio de Kresimir, en la que Ka-poel había destruido a la Camarilla de Kez, y recordaba haber apretado el gatillo de su rifle y ver que la bala impactaba contra el ojo de Kresimir.

Después de eso, todo fue oscuridad, hasta que despertó empapado de sudor con Ka-poel sentada sobre él con sangre fresca en las manos. Recordaba los cuerpos en el vestíbulo del hotel; los soldados de su padre, con una insignia desconocida en las chaquetas. Él había abandonado el hotel y había llegado allí con la esperanza de olvidar.

Si aún recordaba todo eso, estaba claro que la mala no estaba haciendo su trabajo.

—Chaqueta de Ejército —dijo Kin, tocándole la solapa—. Los botones.

Taniel miró la chaqueta que llevaba puesta. Era del ejército adrano: azul oscuro con trenzados y botones plateados. La había tomado del hotel. No era la suya, era demasiado grande. En la solapa tenía una insignia de mago de la pólvora; un barril de pólvora de plata. Quizá sí era suya. ¿Había perdido peso?

Hacía dos días, la chaqueta había estado limpia. Eso sí lo recordaba. En ese momento estaba manchada con baba, trozos de comida y pequeñas quemaduras de las brasas de mala. ¿Cuándo diablos había comido?

Taniel extrajo el cuchillo de su cinturón y tomó uno de los botones entre los dedos. Se detuvo. La hija de Kin entró en la habitación. Llevaba un vestido blanco deslucido que estaba limpio a pesar de la sordidez del fumadero. Debía de tener algunos años más que Taniel, pero no tenía ningún niño aferrándosele a la falda.

—¿Te gusta mi hija? —preguntó Kin—. Danzará para ti. ¡Dos botones! —Levantó dos dedos para subrayarlo—. Más bonita que la bruja de Fatrasta.

La esposa de Kin, que estaba sentada en un rincón tocando la flauta gurla, detuvo la música el tiempo suficiente para decirle algo. Intercambiaron algunas palabras en gurlo, y luego Kin se volvió hacia Taniel.

—¡Dos botones! —reiteró.

Taniel cortó uno de los botones y lo colocó en la mano de Kin. Conque danzar, ¿eh? Taniel se preguntó si Kin tenía un manejo

suficiente de los eufemismos adranos o si ella realmente se limitaría a danzar.

—Quizá más tarde —dijo Taniel reacomodándose en la hamaca con una bola de mala fresca del tamaño del puño de un niño—. Ka-poel no es una bruja. Ella es... —Hizo una pausa, buscando la manera de describírsela a un gurlo. Sus pensamientos se movían despacio, ralentizados por la mala—. Está bien —concedió—, es una bruja.

Taniel llenó su pipa de mala. La hija de Kin lo estaba observando. Él le devolvió la mirada con los párpados medio caídos. Era bonita, en algunos aspectos. Demasiado alta para Taniel, y demasiado flaca; como la mayoría de los gurlos. Se quedó allí con la ropa para lavar en equilibrio sobre la cadera, hasta que su padre la echó de allí.

¿Cuánto hacía que no estaba con una mujer?

¿Una mujer? Se rio, y le brotó humo de la nariz. La risa terminó convirtiéndose en tos y no recibió más que una mirada de curiosidad por parte de Kin. No, no *una* mujer. *La* mujer. Vlora. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos años y medio? ¿Tres?

Se volvió a incorporar y revisó su bolsillo en busca de una carga de pólvora, preguntándose donde estaría Vlora en ese momento. Probablemente aún con Tamas y con el resto de la camarilla de la pólvora.

Tamas seguramente querría que Taniel regresara al frente.

Al diablo con eso. Que Tamas fuera a Adopest a buscar a Taniel. En el último lugar que se le ocurriría buscar sería un fumadero de mala.

No había ni una carga de pólvora en el bolsillo de Taniel. Ka-poel lo había dejado limpio. No había consumido ni un grano de pólvora después de que ella lo despertara de aquel condenado coma. Ni siquiera su pistola estaba cargada. Podría salir y conseguir un poco. Encontrar un cuartel, mostrar su prendedor de mago de la pólvora.

La sola idea de levantarse de la hamaca hizo que la cabeza le diese vueltas.

Ka-poel bajó los escalones del fumadero justo cuando Taniel comenzaba a quedarse dormido. Él mantuvo los ojos casi cerrados mientras le salía humo por entre los labios. Ella se detuvo y lo observó.

Era baja, con rasgos diminutos. Tenía la piel blanca, con pecas cenicientas, y su cabello rojo no tenía más de dos o tres centímetros de largo. A él no le gustaba tan corto, la hacía parecerse a un muchacho. “No hay forma de confundirla con un muchacho”, pensó Taniel mientras ella se quitaba su abrigo largo negro. Debajo llevaba una camisa blanca sin mangas, sacada de quién sabe dónde, y pantalones negros ajustados.

Ka-poel le tocó el hombro. Él la ignoró. Que pensara que estaba dormido, o demasiado ido por la mala para notar que ella estaba allí.

Sería mejor.

Se acercó él y le apretó la nariz con una mano mientras le tapaba la boca con la otra.

Él se levantó sobresaltado e inspiró cuando ella lo soltó.

—¿Qué diablos haces, Pole? ¿Intentas matarme?

Ella sonrió, y no fue la primera vez que, bajo la influencia de la mala, él miró esos ojos verdes cristalinos con pensamientos poco apropiados. Los ahuyentó. Ella era su protegida. Él era su protector. ¿O era al revés? Ella se había encargado de proporcionar protección en el Pico del Sur.

Taniel volvió a acomodarse en la hamaca.

—¿Qué quieres?

Ella sostuvo en alto un grueso fajo de papeles encuadernados en cuero. Un cuaderno de bocetos. Como reemplazo del que había perdido en el Pico del Sur. Eso le provocó remordimientos de conciencia. Bocetos de ocho años de su vida. Personas a las que había conocido; muchas de ellas, muertas hacía mucho. Algunos amigos, algunos enemigos. Perder ese cuaderno de bocetos le dolió casi tanto como perder su rifle Hrusch auténtico.

Casi tanto como...

Se metió el tubo de su pipa de mala entre los dientes y aspiró con fuerza. El humo le quemó la garganta y los pulmones, se le escurrió por el cuerpo y le embotó los recuerdos. Taniel se estremeció.

Cuando alargó la mano para coger el cuaderno, vio que le temblaba. La retiró rápidamente.

Ka-poel entrecerró los ojos. Le colocó el cuaderno sobre el estómago, y luego un paquete carboncillos. Eran mejores útiles para dibujar que lo que había usado en Fatrasta. Ella los señaló y luego lo imitó a él dibujando.

Taniel cerró la mano derecha con fuerza. No quería que ella lo viera temblar.

—Yo..., ahora no, Pole.

Ella volvió a señalar, con más insistencia.

Taniel aspiró más mala y cerró los ojos. Sintió que unas lágrimas le caían por las mejillas.

Luego notó que ella cogía el cuaderno y los lápices. Oyó que la mesa se movía. Esperó un reproche. Un golpe. Algo. Cuando volvió a abrir los ojos, llegó a ver los pies descalzos de ella desapareciendo por las escaleras del fumadero. Volvió a aspirar mala y se limpió las lágrimas del rostro.

La sala comenzó a desdibujarse por la influencia de la mala junto con sus recuerdos; todas las personas a las que había matado, todos los amigos a quienes había visto morir. El dios que él había visto con sus propios ojos y que luego había eliminado con una bala hechizada. No

quería recordar nada de eso.

Solo unos días más en el fumadero y luego estaría bien. Sería el mismo de antes. Se presentaría ante Tamas y volvería a hacer lo que mejor se le daba: matar keseños.

Tamas se encontraba a unos cuatrocientos metros debajo de mil toneladas de roca unas pocas horas después de haber dejado atrás las murallas de Budwiel. Su antorcha vacilaba en la oscuridad y arrojaba luces y sombras por las filas y más filas de los nichos tallados en las paredes de las cavernas. Del techo colgaban cientos de calaveras en un morboso tributo a los muertos, y él se preguntó si así se vería el camino hacia la otra vida.

Se imaginó que habría más fuego.

Luchó contra su claustrofobia inicial recordándose que esas catacumbas habían sido utilizadas durante miles de años. Difícilmente iban a derrumbarse en ese momento.

El tamaño del pasadizo lo sorprendió. Por momentos, las salas tenían el ancho suficiente para albergar a cientos de hombres. En sus puntos más estrechos, podría pasar hasta un carruaje sin llegar a rozar los laterales.

Los dos artilleros que Hilanska había mencionado caminaban adelante. Llevaban sus propias antorchas y hablaban entusiasmados, sus voces resonaban a medida que pasaban por las distintas recámaras. Junto a Tamas, su guardaespaldas Olem le seguía el ritmo con una mano sobre la pistola y una mirada de sospecha clavada en los dos soldados. En la retaguardia iban dos de los mejores magos de la pólvora de Tamas: Vlora y Andriya.

—Estas cavernas fueron ensanchadas con herramientas —dijo Olem pasando los dedos por las paredes de piedra—. Pero mirad el techo. —Señaló hacia arriba—. No hay marcas de herramientas.

—Fueron hechas por el agua —dijo Tamas—. Probablemente, miles de años atrás. —Paseó la mirada por el techo y luego la llevó al suelo. El camino descendía en una suave pendiente, interrumpida de vez en cuando por algunos escalones desgastados por el paso de miles de peregrinos, familias y sacerdotes. A pesar de aquellas señales de uso, las catacumbas estaban completamente desprovistas de seres vivos; los sacerdotes habían suspendido los entierros durante el asedio, preocupados porque el fuego de artillería hiciera derrumbarse algunas de las cuevas.

De niño, Tamas había jugado en cavernas como aquella todos los veranos, cuando su padre, un boticario, investigaba las montañas en busca de flores, setas y hongos poco comunes. Algunos sistemas de cavernas se metían en el corazón de la montaña hasta profundidades increíbles. Otros terminaban abruptamente, justo cuando las cosas

parecían comenzar a ponerse interesantes.

El pasadizo se abrió en una caverna ancha. La luz de las antorchas ya no danzaba en el techo y en las paredes lejanas, sino que desaparecía en la oscuridad que tenían encima. Estaban en la orilla de un espejo de agua estancada más negro que una noche sin luna. Sus voces hacían eco en aquel espacio vacío enorme.

Tamas se detuvo junto a los artilleros. Abrió una carga de pólvora con los dedos y se la esparció sobre la lengua. El trance lo atravesó y le causó mareo y claridad al mismo tiempo. El dolor de la pierna desapareció y los pequeños haces de luz generados por las antorchas de pronto fueron más que suficientes para que él pudiera examinar la caverna en su totalidad.

Contra las paredes había apoyados sarcófagos de piedra, apilados unos sobre otros casi de cualquier modo, y las pilas llegaban a tener unos diez u once metros de altura. El sonido de un goteo resonaba por toda la cueva: la fuente de aquel lago subterráneo. Tamas no llegaba a ver salida alguna, excepto aquella por donde habían entrado.

—¿Señor? —dijo uno de los artilleros. Se llamaba Ludik, y sostenía su antorcha sobre el agua, tratando de calcular la profundidad.

—Estamos a cientos de metros debajo del Pilar Oeste —dijo Tamas—. Y no estamos más cerca de Kez. No me gusta que me lleven a lugares extraños.

El amartillado de la pistola de Olem perturbó el silencio de la cueva. Detrás de Tamas, Vlora y Andriya tenían sus rifles listos.

Ludik intercambió una mirada nerviosa con su camarada y tragó saliva.

—Parece que el sistema de cavernas se termina —dijo Ludik señalando con su antorcha sobre el agua—. Pero no es así. Continúa, y va derecho hacia Kez.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tamas.

Ludik dudó, esperando un reproche.

—Porque lo recorrimos hasta el final, señor.

—Muéstramelo.

Pasaron por detrás de un par de sarcófagos del otro lado del lago y por debajo de un saliente que resultó ser más profundo de lo que parecía. Un momento después, Tamas estaba de pie al otro lado. La caverna volvía a abrirse y los llevaba a la oscuridad.

Tamas se volvió hacia su guardaespaldas, que estaba junto a él.

—Trata de no dispararle a nadie, a menos que yo lo diga.

Olem se pasó una mano por la barba, cuidadosamente recortada, con la vista fija en los artilleros.

—Por supuesto, señor. —Su mano no se separó de la culata de su pistola. Por aquellos días, Olem no era un sujeto dado a mostrar confianza.

Una hora después, Tamas salió de la caverna, trepó por entre la maleza y el pedregal y salió a la luz del día. El sol ya había pasado sobre las montañas que había hacia el este; el valle estaba en sombras.

—Todo en orden, señor —dijo Olem mientras lo ayudaba a ponerse de pie.

Tamas revisó su pistola, luego se esparció distraídamente el contenido de otra carga de pólvora sobre la lengua. Estaban en un valle profundo en la pendiente sur de las montañas Adranas. Según su estimación, estaban a menos de tres kilómetros de Budwiel. Si eso era correcto, entonces, se encontraban flanqueando perfectamente al ejército keseño.

—El viejo lecho de un río, señor —dijo Vlora, avanzando entre las rocas—. Va hacia el oeste y después dobla hacia el sur. La base del valle está oculta detrás de un montículo. En este momento, no estamos a más de un kilómetro de los keseños, pero no hay señales de que hayan explorado este valle.

—¡Señor! —dijo una voz desde el interior de la cueva.

Tamas se volvió. Vlora, Olem y Andriya levantaron sus rifles y apuntaron hacia la oscuridad.

De allí salió un soldado adrano. En el hombro llevaba un galón con un cuerno de pólvora debajo. El sujeto era un soldado de primera, un miembro de la nueva compañía de los soldados de élite de Olem, los rifleros.

—Silencio, estúpido —susurró Olem—. ¿Quieres que nos oiga todo Kez?

El mensajero se limpió el sudor de la frente y parpadeó a causa del brillo de la luz.

—Mis disculpas, señor —le dijo a Tamas—. Me perdí en la montaña. El general Hilanska me envió a por vos un momento después de que se fueran.

—¿Qué sucede, hombre? —preguntó Tamas impaciente. Los mensajeros agitados nunca eran una buena señal. Nunca se apresuraban, a menos que se tratara de un asunto de lo más importante.

—Los keseños, señor —dijo el mensajero—. Nuestros espías informan que atacarán en masa pasado mañana. El general Hilanska os solicita que regreséis a la muralla inmediatamente.

Tamas pasó la vista por el valle profundo en el que se encontraban.

—¿Cuántos hombres pensáis que podríamos llegar a traer por aquí en dos días?

—Miles —dijo Vlora.

—Diez mil —dijo Olem.

—Un martillo de dos brigadas —dijo Tamas—. Y Budwiel será el yunque.

Vlora parecía tener sus dudas.

—Es un martillo pequeño, señor, comparado con la fuerza monstruosa que hay allí.

—Entonces tendremos que golpear fuerte y rápido. —Tamas observó el valle una vez más—. Regresemos. Haced que los ingenieros comiencen a ensanchar el túnel. Traed algunos hombres para que apuntalen este pedregal, para que no armemos un alboroto al pasar. Cuando los keseños ataquen, los destrozaremos contra las puertas de Budwiel.

Capítulo 4

Había pocas cosas más tediosas en el mundo, reflexionó Nila sentada en el suelo de la cocina mientras observaba las llamas retorcerse en la base de la enorme olla de hierro que colgaba sobre el fuego, que esperar que el agua hirviera.

La mayoría de las mansiones estarían en silencio a esa hora. Ella siempre había disfrutado la quietud; el aire nocturno inmóvil que la aislaba del caos que era la vida de los sirvientes cuando el amo y la ama se encontraban en el hogar y la casa rebosaba de actividad. Hubo un tiempo, no hacía más que unos pocos meses (aunque parecía que fueran años), en el que Nila no conocía otra vida más que hervir agua y lavar la ropa para la familia y el personal del duque Eldaminse.

Pero ahora lord Eldaminse estaba muerto, sus sirvientes dispersados y su hogar incendiado. Todo lo que Nila había conocido en la vida había desaparecido.

Allí, en la mansión que lord Vetas tenía en una calle lateral, en el centro de Adopest, el personal nunca dormía.

En algún lado de la enorme casa había un hombre gritando. Nila no llegaba a entender las palabras, pero las decía con rabia. Probablemente fuera Dourford, el Privilegiado. Él era uno de los tenientes de lord Vetas, y tenía un mal carácter como Nila nunca había visto. Tenía la costumbre de golpear a los cocineros. Todos los habitantes de la casa le temían, incluso los descomunales guardaespaldas que acompañaban a lord Vetas cuando salía a hacer algún recado.

Todos le temían a Dourford excepto Vetas, por supuesto.

Hasta donde Nila sabía, lord Vetas no le temía a nada.

—Jakob —le dijo Nila al niño de seis años sentado junto a ella en el suelo de la cocina—, alcánzame la lejía.

Jakob se puso de pie y se detuvo haciendo un gesto.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Debajo del lavabo —respondió Nila—. En el bote de cristal.

Jakob hurgó entre los objetos que había debajo del lavabo hasta que encontró el bote. Lo cogió de la tapa y tiró.

—¡Cuidado! —dijo Nila. Se puso de pie y estuvo junto a él en un momento; lo cogió de los hombros justo cuando el bote se soltaba y él trastabilló hacia atrás. Colocó una mano debajo del bote—. Te tengo —dijo, y cogió el bote. No era muy pesado, pero Jakob nunca había sido un niño muy fuerte.

Desenroscó la tapa y, con una cuchara, sacó un poco de lejía para lavar la ropa.

—No —dijo cuando Jakob extendió una mano hacia el bote abierto —. No toques eso. Es muy venenoso. Te comerá esos deditos rosados. —Le cogió la mano y, jugando, hizo que le mordía los dedos—. ¡Como un perro furioso!

Jakob lanzó una risita y se escapó por la sala. Nila guardó la lejía en un estante alto. No deberían mantener ese tipo de productos al alcance de los niños. Incluso si Jakob *era* el único niño de la casa.

Nila se preguntó cómo sería su vida si aún estuviera en la mansión Eldaminse. Dos semanas antes, habría habido una fiesta por el sexto cumpleaños de Jakob. Al personal de la casa le habrían dado un estipendio y una tarde libre adicional. El duque Eldaminse probablemente habría vuelto a intentar propasarse una vez más (o dos, o tres) y lady Eldaminse habría considerado dejarla en la calle.

Nila extrañaba la quietud de las noches de lavandería en el hogar Eldaminse. No extrañaba las habladurías y los celos entre los sirvientes, o los manoseos de lord Eldaminse. Pero lo había cambiado todo por algo peor.

La mansión de lord Vetas.

Hubo un grito en algún lugar del sótano, donde lord Vetas tenía su... sala.

—Diablos —dijo Nila suavemente para sí, con la vista fija en las llamas de la cocina.

—Una dama no debe maldecir.

Nila sintió que la columna se le ponía rígida. La voz era silenciosa, tranquila. Como la superficie del océano: engañosamente plácida, a pesar de los tiburones que nadan debajo.

—Lord Vetas. —Ella se volvió y le hizo una reverencia al hombre que se encontraba en la puerta de la cocina.

Vetas era un rosveliano de piel amarillenta grisácea. Tenía la espalda recta, una mano metida en el bolsillo del chaleco y la otra sosteniendo su copa nocturna de vino tinto con una familiaridad informal. Si alguien lo viera en la calle, podría confundirlo con un empleado o comerciante bien vestido, con su camisa blanca, su chaleco azul oscuro y los pantalones negros que ella misma había

planchado.

Nila sabía que suponer cualquier cosa sobre Vetas era un error fatal. Se trataba de un asesino. Ella había sentido sus manos en la garganta. Había mirado esos ojos, unos ojos que parecían verlo todo a la vez, y había visto el desapego con el que contemplaba a los seres vivos.

—No soy una dama, milord —dijo Nila.

Los ojos de Vetas la estudiaron con frialdad. Nila se sintió desnuda ante esa mirada. Se sintió como un trozo de carne en la mesa del carnicero. La asustaba.

Y la enfurecía. Se preguntó por un momento si lord Vetas se vería tan calmado y sosegado en su ataúd.

—¿Sabes para qué estás aquí? —preguntó Vetas.

—Para cuidar a Jakob. —Ella le lanzó una mirada al niño. Jakob miraba a Vetas con curiosidad.

—Así es. —De pronto, una sonrisa apareció en el rostro de Vetas, y su expresión adquirió una afabilidad que no le llegó a los ojos—. Ven aquí, muchacho —dijo Vetas arrodillándose—. No te preocupes, Jakob. No tengas miedo.

El entrenamiento de Jakob como hijo de noble no le dejó otra opción más que obedecer. Comenzó a caminar hacia Vetas mirando a Nila en busca de alguna indicación.

Nila sintió que se le enfriaba el pecho. Quería arrojarse entre ellos, tomar un hierro caliente del fuego y hacer retroceder a Vetas a golpes. La sonrisa falsa de su rostro le resultaba más terrorífica que su habitual mirada estoica.

—Adelante —dijo con una vocecita leve.

—Te he traído un dulce. —Vetas le entregó una golosina envuelta en papel coloreado.

—Jakob, no... —comenzó a decir Nila.

Vetas le clavó la mirada. No había amenaza en ella, ni emoción alguna. Solo frialdad.

—Puedes aceptarlo —dijo Nila—, pero deberías guardarlo para mañana, después del desayuno.

Vetas le dio el dulce a Jakob y le alborotó el cabello.

“¡No lo toques!”, gritó Nila por dentro. Se obligó a sonreírle a Vetas.

—¿Por qué está Jakob aquí, milord? —dijo Nila, dejando de lado su miedo.

Vetas se puso de pie.

—Eso no te concierne. ¿Sabes cómo comportarte como una dama, Nila? —preguntó él.

—Su... supongo. Solo soy una lavandera.

—Yo creo que eres más que eso —dijo Vetas—. Todos tienen la

capacidad de ascender más allá de su posición. Tú sobreviviste a las barricadas realistas, luego te infiltraste en el cuartel del mariscal de campo Tamas con el objetivo de rescatar al joven Jakob. Y eres bonita. Nadie mira más allá de la belleza si está vestida correctamente.

Nila se preguntó cómo podía haber sabido Vetas lo de las barricadas realistas. Ella le había contado lo del cuartel de Tamas, pero... ¿qué quería decir exactamente con eso de la belleza?

—Podría darte otras tareas además de —hizo un gesto hacia Jakob y la ropa sucia— esta.

Jakob estaba demasiado ocupado intentando mordisquear su dulce tan discretamente como podía para notar el desdén de la voz de Vetas. Pero Nila no. Y le daba miedo lo que él querría decir con "otras tareas".

—Milord. —Ella hizo otra reverencia y trató de que no se le notara el odio en el rostro.

Quizá pudiera matarlo mientras se bañaba. Como había leído en esas novelas de misterio que le había prestado el hijo del mayordomo en la casa de los Eldaminse.

—Mientras tanto —dijo Vetas. Salió al pasillo al que daba la cocina, manteniendo la puerta abierta con el pie—, traedla aquí —ordenó.

Alguien maldijo. Una mujer gritó de ira; era el alarido furioso de un gato salvaje. Hubo un forcejeo en el pasillo y dos de los guardaespaldas de Vetas arrastraron a una mujer hasta la cocina. Tenía unos cuarenta y tantos, y su cuerpo estaba hundido en lugares donde no debía por haber tenido demasiados niños; tenía la piel arrugada a fuerza de trabajar, pero no marcada por el sol. Tenía el cabello negro ondulado atado en un moño en la nuca, y sus ojeras delataban su falta de sueño.

La mujer se detuvo cuando vio a Nila y a Jakob.

—¿Dónde está mi hijo? —le preguntó a Vetas.

—En el sótano —dijo Vetas—, y no se le hará daño siempre y cuando tú cooperes.

—¡Mentiroso!

En los labios de Vetas apareció una sonrisa arrogante.

—Nila, Jakob. Esta es Faye. No se encuentra bien, por lo que debe ser observada en todo momento, o quizá se lastime a sí misma. Ella compartirá tu habitación, Jakob. ¿Podrás ayudarme a cuidarla, mi muchacho? —Jakob asintió solemnemente con la cabeza—. Buen chico.

—Te mataré —le dijo Faye a Vetas.

Vetas se acercó a Faye y le susurró algo al oído. Ella se puso rígida y su rostro perdió todo color.

—Ahora bien —dijo Vetas—, Faye se hará cargo de todas tus

responsabilidades, Nila. Ella lavará la ropa y ayudará con Jakob.

Nila intercambió una mirada con la mujer. Sintió un nudo de miedo en el estómago, que reflejaba el que Faye tenía en el rostro.

—¿Y yo? —Nila sabía lo que haría Vetas con alguien que no tenía una tarea asignada. Aún recordaba a la niñera muerta de Jakob, la que se había negado a seguirle el juego a Vetas.

De pronto, Vetas cruzó la sala. Tomó a Nila del mentón, le giró el rostro hacia un lado y luego hacia el otro. Le metió el pulgar en la boca por la fuerza y ella tuvo que resistirse a mordérselo mientras él le examinaba los dientes. De pronto, él se alejó y se limpió las manos con una toalla de cocina, como si acabara de manipular un animal.

—Tus manos tienen muy poco desgaste de lavar la ropa. Llamativamente poco, para ser sincero. Por la mañana te daré una crema y te la aplicarás cada hora. Esas manos parecerán tan suaves como las de una noble en muy poco tiempo. —Le dio una palmada en la mejilla.

Nila resistió el impulso de escupirle en un ojo.

Vetas se inclinó hacia delante y habló en voz baja para que Jakob no pudiera oírlo.

—Esta mujer —dijo señalando a Faye— es tu responsabilidad, Nila. Si hace algo que me desagrade, tú sufrirás por ello. Jakob sufrirá por ello. Y, créeme, sé cómo hacer sufrir a la gente. —Vetas se alejó lanzándole una sonrisa a Jakob. En voz más alta dijo—: Creo que necesitas ropa nueva, Jakob. ¿Te gustaría que fuéramos de compras?

—Muchísimo, señor —dijo Jakob.

—Mañana iremos. También compraremos algunos juguetes.

Vetas miró a Nila, y sus ojos cargaban con una advertencia silenciosa. Luego abandonó la sala con sus guardaespaldas.

Faye se acomodó el vestido y tomó una bocanada de aire. Pasó la vista por toda la sala. Una mezcla de emociones le fue pasando por el rostro: furia, pánico y miedo. Por un momento, Nila pensó que la mujer tomaría una sartén y la atacaría.

Nila se preguntó quién era. ¿Por qué estaba allí? Obviamente, se trataba de otra prisionera. Otro peón en los planes de Vetas. ¿Podría Nila confiar en ella?

—Soy Nila —le dijo—. Y este es Jakob.

Faye posó la vista sobre Nila y asintió con la cabeza con un gesto de ira.

—Soy Faye. Y voy a matar a ese desgraciado.

Capítulo 5

Adamat se escabulló por la puerta lateral de uno de los ruinosos edificios de la zona de muelles de Adopest. Avanzó por los corredores, pasando de largo secretarios y contables, y mirando siempre hacia delante. Según su experiencia, nadie cuestionaba a un hombre que sabía donde iba.

Adamat sabía que lord Vetas lo estaba buscando.

No era difícil suponerlo. Vetas aún tenía a Faye. Aún tenía ventaja sobre él, y sin duda quería a Adamat muerto o bajo su control.

Así que Adamat mantenía un perfil bajo. Los soldados del mariscal Tamas estaban protegiendo a su familia; parte del acuerdo al que Adamat había llegado con el mariscal de campo para salvar su propio cuello de la guillotina. A partir de entonces, Adamat debería trabajar desde las sombras, encontrar a lord Vetas y descubrir sus planes, y liberar a Faye antes de que pudieran hacerle más daño. Si es que aún estaba con vida.

Él no podría hacerlo solo.

La sede central de los Nobles Guerreros del Trabajo era un edificio horrible de ladrillos, desproporcionadamente bajo, ubicado no muy lejos de los muelles. No parecía gran cosa, pero albergaba las oficinas del sindicato más grande de los Nueve. Cada subdivisión de los Guerreros pasaba por ese centro: banqueros, metalúrgicos, mineros, pasteleros y molineros, entre otros.

Pero Adamat solo necesitaba hablar con un hombre y no quería llamar la atención al entrar. Avanzó por un corredor de techo bajo del segundo piso y se detuvo en la puerta de una oficina. Se oían voces dentro.

—No me importa lo que pienses de la idea —dijo la voz de Ricard Tumblar, el líder de todo el sindicato—. Lo encontraré y lo persuadiré. Es el mejor hombre para ese trabajo.

—¿Un hombre? —respondió una voz de mujer—. ¿No crees que

una *mujer* pueda hacerlo?

—No me vengas con eso, Cheris —dijo Ricard—. Fue una forma de hablar. No hagas que esto sea una cuestión de hombres o mujeres. No te agrada la idea porque se trata de un soldado.

—Y tú sabes muy bien por qué.

Adamat no pudo oír la respuesta de Ricard porque las tablas del suelo crujieron detrás de él. Se volvió, había una mujer allí.

Parecía tener unos treinta y tantos años, y llevaba el pelo rubio y lacio recogido en una coleta. Llevaba un uniforme con pantalones holgados y una camisa blanca con chorreras, de la clase que podría usar un sirviente. Tenía las manos cruzadas detrás de la espalda.

Una secretaria. Lo último que Adamat necesitaba.

—¿Puedo ayudaros, señor? —dijo ella. Su tono era brusco, y tenía los ojos clavados en el rostro de Adamat.

—¡Ay, no! —dijo Adamat—. Esto debe parecer algo terrible. No era mi intención escuchar a escondidas, solo necesitaba hablar con Ricard.

Ella no pareció creerle en absoluto.

—El secretario debería haberle hecho aguardar en la sala de espera.

—Entré por una puerta lateral —admitió Adamat. ¿Entonces ella no era la secretaria?

La mujer respondió: —Venid conmigo al vestíbulo y os daremos una cita. El señor Tumblar está muy ocupado.

Adamat hizo una media reverencia.

—Preferiría no tener que programar una cita. Solo necesito hablar con Ricard. Es un asunto muy urgente.

—Señor, por favor.

—Solo necesito hablar con Ricard.

Ella bajó un poco la voz, lo que le dio de inmediato un tono más amenazador.

—Si no venís conmigo, os entregaré a la policía por allanamiento.

—¡Un momento! —Adamat alzó la voz. Lo último que quería era causar un altercado, pero necesitaba desesperadamente llamar la atención de Ricard.

—¡Fell! —dijo la voz de Ricard desde el interior de la oficina—. ¡Fell! ¡Maldición, Fell! ¡¿Qué es ese escándalo?!

Fell entrecerró los ojos.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó con firmeza.

—Soy el inspector Adamat.

La actitud de Fell cambió de inmediato. La mirada severa que no admitía discusiones desapareció. Ella dejó escapar un suspiro suave.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? Ricard nos ha hecho buscaros por toda la ciudad. —Pasó por delante de Adamat y abrió la puerta—. Es el inspector Adamat, señor; vino a veros.

—Bueno, no lo dejes en el corredor. ¡Hazlo pasar!

La sala estaba atestada de cosas, pero limpia... por primera vez. Había estanterías a lo largo de cada pared y un escritorio de madera dura ubicado en el centro del lugar. Ricard estaba sentado detrás de su escritorio, frente a una mujer que parecía tener unos cincuenta años. Adamat se dio cuenta de inmediato de que era una mujer acaudalada. Sus anillos eran de oro, engastados con gemas preciosas, y su vestido era de la más fina muselina. Se abanicaba el rostro con un fino pañuelo de encaje y apartó intencionadamente la mirada de Adamat.

—Tendrás que disculparme, Cheris —dijo Ricard—. Esto es muy importante.

La mujer pasó junto a Adamat y salió de la habitación. Adamat oyó que la puerta se cerraba con fuerza detrás de él; se quedaron solos. Consideró por un momento preguntar sobre lo que acababa de suceder, pero luego decidió no hacerlo. Ricard era tan capaz de pasarse una hora explicándoselo como de decirle que se trataba de un asunto privado. Adamat se quitó el sombrero y el abrigo y volvió al acogimiento de Ricard.

Ricard volvió a sentarse detrás del escritorio y le señaló la silla vacía. Hablaron exactamente al mismo tiempo: —Adamat, necesito tu ayuda.

—Ricard, necesito tu ayuda.

Ambos se quedaron en silencio, y luego Ricard se rio y se pasó una mano por la calva frontal de la cabeza.

—No has necesitado mi ayuda durante años —dijo. Inspiró profundamente—. En primer lugar, quiero que sepas cuánto lamento lo de los Barberos.

Los Barberos de la Calle Negra. La pandilla callejera que en teoría obedecía a Ricard, pero que había ido a por Adamat en su propio hogar. ¿Realmente había pasado solo un mes? Parecían años.

—Tamas los eliminó —dijo Adamat—. Los sobrevivientes se están pudriendo en Diente Negro.

—Con mi aprobación.

Adamat asintió con la cabeza. No se atrevió a decir más sobre el asunto. No era que culpara a Ricard por el incidente, pero entonces tenía mucha menos fe en la gente de Ricard.

—¿Faye sigue fuera de la ciudad? —preguntó Ricard.

Algo debió de llegar a los ojos de Adamat. Ricard era un hombre que se había ganado la vida leyendo gestos y sabiendo qué decir en el momento indicado. Se puso de pie y abrió un poco la puerta.

—Fell —dijo—. No quiero que me molesten. No quiero gente. No quiero ruidos. —Cerró la puerta, deslizó el pestillo y regresó al escritorio—. Cuéntamelo todo.

Adamat se quedó en silencio. Se había debatido durante días entre si acudir o no a Ricard y qué decirle exactamente. No era que no

confiara en él; no confiaba en la gente de Ricard. Lord Vetas tenía espías en todos lados. Pero si no podía confiar en el propio Ricard, entonces, no le quedaba nadie a quien pedir ayuda.

—Faye y los niños fueron secuestrados por un hombre llamado lord Vetas —dijo Adamat—. Fueron retenidos contra su voluntad para garantizar mi cooperación. Le di a Vetas información sobre mis conversaciones con Tamas y sobre mi investigación.

Ricard se puso tenso. Eso no era lo que él se había esperado.

—¿Traicionaste a Tamas? —"¿Y sigues con vida?", fue la pregunta silenciosa.

—Le conté todo a Tamas —respondió Adamat—. Me ha perdonado, por ahora, y me ordenó atrapar a lord Vetas. Me las arreglé para rescatar a algunos de los niños, pero Vetas aún tiene a Faye y a Josep.

—¿No puedes usar los soldados de Tamas para ir tras Vetas?

—Primero tendría que encontrarlo. Y una vez que lo haga, ojalá fuera tan simple. En el momento en que Vetas averigüe dónde estoy, sin duda me amenazará con la vida de Faye. Necesito encontrarlo en silencio, rastrearlo y quitarle a Faye de las manos antes de hacer caer la furia de Tamas sobre él.

Ricard asintió lentamente con la cabeza.

—¿Entonces no sabes dónde está?

—Es como un fantasma. Lo investigué cuando comenzó a chantajearme. Es como si no existiera.

—Si *tú* no puedes encontrarlo, dudo que mi gente pueda.

—No necesito que lo encuentren. Necesito información. —Adamat se metió una mano en el bolsillo y extrajo la tarjeta que Vetas le había dado hacía meses. Tenía una dirección—. Esta es la única pista que tengo. Es un viejo depósito, no muy lejos de aquí. Necesito saber todo sobre el lugar. ¿De quién es? ¿De quién son las propiedades que lo rodean? ¿Cuándo se vendió por última vez? Todo. Tu gente tiene acceso a ciertos registros a los que yo no puedo acceder tan fácilmente.

Ricard asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Lo que sea. —Alargó la mano para coger la tarjeta.

Adamat lo detuvo.

—Esto es extremadamente serio. Están en juego la vida de mi esposa y la de mi hijo. Si no crees que puedas confiar en tu gente, dímelo ahora y lo encontraré por mi cuenta. —"Recuerda lo que sucedió con los Barberos", se dijo Adamat mentalmente.

Ricard pareció recibir el mensaje.

—Tengo gente —le respondió—. No te preocupes. Será seguro.

—Una cosa más —dijo Adamat—. Hay dos personas involucradas en cierto modo en esto con quienes quizá preferirías no tener problemas.

Ricard sonrió.

—Si no es Tamas, no me imagino quiénes serán.

—Lord Claremonte y el Propietario.

La sonrisa de Ricard desapareció.

—De lord Claremonte no me sorprende —dijo—. La Sociedad Mercantil Brudania-Gurla ha intentado abalanzarse sobre el sindicato desde el principio. Es un fullero, pero no me asusta.

—No lo desestimes tan rápidamente. Lord Vetas trabaja para él.

Y Vetas tenía de rehenes a la esposa y al hijo de Adamat. Según Adamat, Claremonte bien podría haber retenido a Faye y a Josep personalmente.

Ricard hizo un gesto despectivo.

—¿Dices que el Propietario puede estar involucrado? No confío en él, por supuesto, pero pensé que tú mismo ya lo habías eliminado de tu lista de posibles traidores.

—Nunca lo eliminé —dijo Adamat—. Tan solo averigüé que Charlemund era el que estaba intentando matar a Tamas. Uno de los boxeadores del Propietario mantenía a mi familia retenida. Ya sabes lo que piensa de que sus boxeadores encuentren trabajo en otro lado; nadie trabaja para otra persona sin el permiso del Propietario.

Lo que significaba que el Propietario podía estar aliado con lord Claremonte.

—Ve con cuidado, amigo mío —le advirtió Ricard—. Vetas puede estar intentando utilizarte, pero el Propietario matará y enterrará a toda tu familia sin pensárselo dos veces. —Miró la tarjeta que Adamat le había dado y se la guardó en el bolsillo del chaleco—. Me encargaré de esto, no te preocupes. Pero necesito que me hagas un favor.

—Continúa.

—¿Conoces a Taniel Dos Tiros?

—He oído hablar de él —dijo Adamat—. Al igual que toda la gente de los Nueve. Según los periódicos, cayó en coma después de una batalla de hechicería en la cima del Pico del Sur.

—Ya ha salido del coma —dijo Ricard—. Despertó hace una semana y desapareció.

La reacción de Adamat fue pensar en lord Vetas. Había estado trabajando activamente en contra de Tamas. Aprovecharía sin dudar la oportunidad de capturar al hijo del mariscal de campo.

—¿Algún indicio de violencia?

Ricard negó con la cabeza.

—Bueno, sí. Pero no es lo que piensas. Abandonó su servicio de guardia por voluntad propia. Tamas tenía a sus propios hombres protegiéndolo, pero mi gente también le estaba vigilando. El hecho de que se haya escabullido de ambas redes es bastante vergonzoso. Necesito encontrarlo discretamente.

—¿Quieres que regrese? —preguntó Adamat—. No voy a obligar a un mago de la pólvora a hacer algo que no quiere hacer.

—No, solo averigua dónde está y avísame.

Adamat se puso de pie.

—Veré qué puedo hacer.

—Y yo me encargaré del tal lord Vetas. —Ricard levantó una mano para interrumpir las protestas de Adamat—. Discretamente. Te lo prometo.

Tamas entró en la cantina más grande de Budwiel y el remolino de aromas tentadores que había en el interior casi lo noqueó.

Pasó por delante de las mesas en las que cientos de sus hombres estaban comiendo y se dirigió a la cocina, intentando ignorar los retortijones de hambre.

Era difícil pasar por alto al hombre al que buscaba: corpulento, gordo, más alto que la media, con el pelo negro largo hasta la cintura y recogido en una coleta, y una piel morena que dejaba entrever un toque de ascendencia rosveliana. Se encontraba en un rincón de la cocina de puntillas para poder ver la hilera más alta de los hornos.

Mihali era, oficialmente, el chef de Tamas. Él y su equipo de asistentes suministraban comida de la más alta calidad para todo el ejército de Tamas, e incluso para la ciudad de Budwiel. La gente amaba a Mihali; los soldados lo adoraban.

Bueno, quizá *debían* adorarlo.

Él era Adom reencarnado, santo patrono de Adro y hermano del dios Kresimir, lo que lo convertía en un dios por derecho propio.

Mihali se volvió hacia Tamas y le hizo un gesto con la mano a través de la miríada de asistentes, lo que elevó una nube de harina a su alrededor.

—Mariscal de campo —dijo el chef—. Venid aquí.

Tamas suprimió la irritación de que se lo llamara como a un soldado común, y avanzó por entre las mesas de pan.

—Mihali...

El dios-chef lo interrumpió.

—Mariscal de campo, me alegro mucho de que estéis aquí. Tengo un asunto de gran importancia que discutir con vos.

¿De gran importancia? Tamas nunca había visto tan angustiado a Mihali. Se inclinó hacia delante. ¿Qué podría preocupar a un dios?

—¿De qué se trata?

—No logro decidir qué preparar para el almuerzo de mañana.

—¡Cretino! —exclamó Tamas, retrocediendo un paso. El corazón le retumbaba en los oídos, como si hubiera esperado que Mihali anunciara que el mundo se acabaría al día siguiente.

Mihali no pareció notar el insulto.

—La última vez que no supe qué cocinar fue hace décadas. Normalmente tengo todo planificado, pero... Disculpadme, ¿estáis enfadado por algo?

—¡Estoy intentando librar una guerra, Mihali! Los keseños están golpeando la puerta de Budwiel.

—¡Y el hambre está golpeando la mía!

Mihali parecía estar tan alterado que Tamas se obligó a calmarse. Le apoyó una mano en el brazo.

—A los hombres les encantará cualquier cosa que prepares.

—Había pensado en huevos pasados por agua con puntas de espárrago, filete de salmón, chuletas de cordero glaseadas con miel y una selección de frutas.

—Acabas de mencionar tres comidas.

—¿Tres comidas? *¿Tres comidas?* Eso son cuatro platos, lo mínimo indispensable para un almuerzo adecuado, y ya preparé lo mismo hace cinco días. ¿Qué clase de chef prepara la misma comida más de una vez en una semana? —Mihali se dio unos golpecitos en la mejilla con los dedos cubiertos de harina—. ¿Cómo es que he metido tanto la pata? Quizás sea año bisiesto.

Tamas contó hasta diez en silencio para mantener su malhumor a raya; algo que no había hecho desde que Taniel era niño.

—Mihali, entraremos en batalla pasado mañana. ¿Me ayudarás?

El dios parecía nervioso.

—No voy a matar a nadie, si eso es lo que me estáis pidiendo —dijo Mihali.

—¿Puedes hacer algo por nosotros? Nos superan en número diez contra uno.

—¿Cuál es el plan?

—Llevaré la Séptima y la Novena a través de las catacumbas y flanquearé la posición de los keseños. Cuando intenten atacar Budwiel, los aplastaremos contra las puertas y los derrotaremos.

—Eso suena muy militar.

—¡Mihali! ¡Concéntrate, por favor!

Mihali finalmente dejó de mirar a su alrededor como si estuviera buscando el menú del día siguiente y miró fijamente a Tamas.

—Kresimir era un comandante. Brude era un comandante. *Yo* soy un chef. Pero ya que lo preguntáis, la estrategia parece conllevar un gran riesgo, pero ofrece un gran beneficio. Os cuadra perfectamente.

—¿Puedes hacer algo para ayudar? —preguntó Tamas con delicadeza.

Mihali pareció considerarlo.

—Puedo asegurarme de que vuestros hombres no sean percibidos hasta el momento en que ataquen.

Tamas sintió una oleada de alivio.

—Eso sería perfecto. —Luego esperó un momento—. Mihali, pareces muy inquieto.

Mihali cogió a Tamas del codo y lo llevó hasta un rincón de la cantina. En voz baja, dijo: —Kresimir ya no está.

—Así es —dijo Tamas—. Taniel lo mató.

—No, no. Kresimir ya *no está*, pero no lo sentí morir.

—Pero todos los Nueve lo sintieron. El Privilegiado Borbador me dijo que todos los Dotados y los Privilegiados del mundo sintieron su muerte.

—Eso no fue su muerte —dijo Mihali, moviendo el trozo de masa de pan que aún tenía en una mano—. Eso fue su contragolpe contra Taniel por dispararle en la cabeza.

A Tamas se le secó la boca.

—¿Quieres decir que Kresimir sigue con vida? —El Privilegiado Borbador le había advertido a Tamas que no se podía matar a un dios. Tamas había tenido la esperanza de que Borbador estuviera equivocado.

—No lo sé —respondió Mihali—, y eso es lo que me preocupa. Siempre pude percibirlo, incluso cuando nos separaba medio cosmos.

—¿Se encuentra con el ejército keseño? —Tamas tendría que cancelar todos sus planes. Repensar cada estrategia. Si Kresimir estaba con el enemigo, serían todos eliminados.

—No, no está allí —dijo Mihali—. Yo lo sabría.

—Pero dijiste que...

—Os lo aseguro. Si él estuviera tan cerca, yo lo sabría. Además, él no se arriesgaría a una confrontación abierta entre nosotros.

Tamas apretó los puños. Las incertidumbres eran la peor parte de hacer planes para una batalla. Siempre lo ponía nervioso saber que no podía anticiparse a todo, y aquella era una incertidumbre del tamaño de un dios. Tendría que seguir adelante con sus planes y esperar que la ayuda de Mihali de ocultar a sus tropas fuera suficiente.

—Ahora bien —dijo Mihali—, si ya hemos terminado con eso, necesito ayuda con el menú de mañana.

Tamas le apoyó el dedo en el pecho.

—*Tú* eres el chef —le dijo—. *Yo* soy el comandante, y tengo que planear una batalla.

Salió del comedor y estaba camino a su tienda de mando cuando se maldijo por no haber tomado un plato de la sopa de calabaza de Mihali.

Menos de veinticuatro horas después de que Ricard lo enviara a buscar a Taniel Dos Tiros, Adamat se volvió a encontrar en la oficina de Ricard, ubicada cerca de los muelles.

Ricard masticaba el extremo de un lápiz bastante rústico con la

vista clavada en Adamat. El poco pelo que le quedaba en la parte superior de la cabeza parecía un pajar alborotado por el viento, y Adamat se preguntó si habría dormido algo durante el tiempo que había transcurrido entre reunión y reunión. Al menos llevaba una camisa y una chaqueta diferentes. El lugar olía a incienso, a papel quemado y a carne en mal estado. Adamat se preguntó si habría algún sándwich olvidado debajo de alguna de las pilas de registros.

—No fuiste a casa anoche, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—¿Además de por el hecho de que te ves como el diablo? Porque no te has cambiado las botas. Desde que te conozco, nunca te he visto usar las mismas botas dos días seguidos.

Ricard se miró los pies.

—Lo has notado, ¿verdad? —Ricard se restregó los ojos para combatir el cansancio—. No me digas que ya has encontrado a Dos Tiros.

Adamat le mostró un trozo de papel. Allí había escrito la dirección del fumadero de mala en el que había encontrado al héroe del ejército adrano revolcándose en su propia autocompasión. Le ofreció la nota a Ricard. Alargó la mano para cogerla y Adamat la retiró a último momento, como si de pronto hubiera cambiado de parecer.

—Esta mañana leí algo muy interesante en el periódico —dijo Adamat. Como Ricard no respondió, se sacó el periódico en cuestión de debajo del brazo y lo arrojó sobre el escritorio—. “Ricard Tumblar se presenta como candidato a primer ministro de la República de Adro” —dijo leyendo el titular en voz alta.

—Ah —dijo Ricard débilmente—. Eso.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me pareció que ya tenías demasiados problemas.

—Y tú estás compitiendo para convertirte en el líder de nuestro nuevo Gobierno. ¿Por qué diablos estás haciendo negocios en los muelles?

Ricard se animó.

—Ya hemos edificado un lugar nuevo. De hecho, nos mudaremos allí mañana. También queda en el distrito industrial, pero será fantástico para agasajar a dignatarios. ¿Quieres verlo?

—Estoy un tanto ocupado ahora —dijo Adamat. Cuando vio la cara de decepción de Ricard, agregó—: En otro momento.

—Te gustará. Llamativo. Imponente. Pero con estilo.

Adamat resopló. Conociéndolo a Ricard, “llamativo” difícilmente comenzaba a describir el lugar. Arrojó el trozo de papel sobre el escritorio de Ricard.

—O tenías menos personas buscándolo que las que me hiciste pensar, o tu gente es idiota.

—No conozco la dirección —dijo Ricard esbozando una sonrisa tan ancha que las mejillas se le pusieron coloradas.

Adamat no estaba de humor para mostrar entusiasmo.

—Después de una batalla, hay dos posibles lugares donde los soldados se dirigen sin dudar: o a su hogar, o al vicio. Taniel Dos Tiros es un soldado de carrera, así que supuse que sería el vicio. La manera más rápida de encontrar uno de esos sitios cerca del Tribunal del Pueblo es ir hacia el noroeste, al Barrio Gurlo. Estaba en el sexto fumadero de mala que revisé.

—Tuviste suerte —dijo Ricard—. Admítelo. Podría haber ido a cualquier lado. Solo que tú buscaste primero en el Barrio Gurlo.

Adamat se encogió de hombros. El trabajo de investigación dependía más de la suerte de lo que le gustaba admitir, pero nunca se lo confesaría a un cliente.

—¿Hay alguna posibilidad de que hayan encontrado el registro de la dirección que te di ayer?

Ricard revisó los papeles que tenía sobre el escritorio. Un momento después, le devolvió a Adamat la tarjeta de Vetas. Tenía un nombre y una dirección escritas en lápiz.

—La propia Fell lo investigó —dijo Ricard—. El depósito lo compró, mira por dónde, un sastre hace dos años. No hay registros que indiquen que haya sido vendido después, lo que significa que no cayó en manos del sindicato. Deben de haberlo comprado de manera privada. Lamento no haber podido hacer más para ayudarte.

—Esto es un comienzo —dijo Adamat. Se puso de pie y cogió su sombrero y su bastón.

—Llevarás a SouSmith contigo, ¿verdad? —preguntó Ricard—. No quiero que vayas detrás de este Vetas tú solo.

—SouSmith aún guarda cama —dijo Adamat—. Sufrió muchos daños cuando lo de los Barberos.

Ricard hizo una mueca.

—Podría ir a ver a lady Parkeur.

Lady Parkeur era una mujer excéntrica de mediana edad que vivía con miles de pájaros en una vieja iglesia de Alto Talian. Siempre tenía plumas en el pelo y olía a gallinero, pero también era la única Dotada de la ciudad con la capacidad de curar heridas. Podía unir tejidos y huesos rotos a voluntad, y costaba más dinero que un sanador Privilegiado.

—Ya me he gastado hasta la última moneda que tenía para que me curara a mí después de la paliza que me dio Charlemund —dijo Adamat—. Tuve que hacerlo para poder ir en busca de mi familia.

—¡Fell! —gritó Ricard, lo que hizo sobresaltarse a Adamat.

La mujer apareció un momento después.

—¿Señor Tumblar?

—Envíale un mensaje a lady Parkeur. Dile que me cobraré ese favor que me debe. Hay un boxeador llamado SouSmith que necesita atención. Dile que hoy tiene que hacer una visita a domicilio.

—No hace visitas a domicilio —dijo Fell.

—Pues más le vale que la haga si yo se lo digo. Si se queja, recuérdale el incidente con la cabra.

—De inmediato —dijo Fell.

—¿Un incidente con una cabra? —preguntó Adamat.

Ricard miró a su alrededor.

—No preguntes. Necesito un maldito trago.

—Ricard, no necesitas cobrar favores por mí —dijo Adamat. Él sabía por experiencia propia lo que costaban las sanaciones de lady Parkeur. El tiempo de espera para ir a verla solía ser de semanas. Adamat había podido ir por una petición personal del mariscal de campo Tamas.

—Olvídalo —dijo Ricard—. Me has salvado el trasero tantas veces que ya he perdido la cuenta. —Sacó una botella de detrás de un montón de libros, se bebió hasta la última gota de líquido turbio que quedaba y luego hizo una mueca. Pasó un momento más hasta que cesó su búsqueda de más alcohol y luego se dejó caer en su asiento—. Pero no creas que no te pediré más favores. Vendrán tiempos difíciles con eso de presentarme para primer ministro.

—Haré lo que pueda.

—Bien. Ahora vete a encontrar a ese lord como-se-llame. Se me ha ocurrido un gran regalo de aniversario para ti y para Faye para el año que viene. Preferiría que ambos estuvierais disponibles para recibirlo.

Capítulo 6

Taniel arrancó el último botón de plata de su chaqueta y se lo entregó a Kin. El encorvado gurlo examinó el botón detenidamente a la luz de la vela, luego se lo llevó al bolsillo, como había hecho con todos los demás, y colocó una bola de mala sobre la mesa que había junto a la hamaca de Taniel.

A pesar de la avaricia que dejaba entrever el rostro de Kin, había preocupación en su mirada.

—No la consumáis tan rápido. Saboreadla. Degustadla. *Disfrutadla* —dijo Kin. Taniel metió un gran trozo de mala en su pipa. Se encendió de inmediato por las brasas de la mala vieja y Taniel inhaló profundamente—. Fumáis más en un día de lo que cualquier hombre consume en veinte. —Se sentó en cuclillas y observó fumar a Taniel.

Taniel levantó su insignia de plata de mago de la pólvora y la hizo girar entre los dedos.

—Debe de ser por la hechicería —dijo—. ¿Alguna vez estuvo aquí un mago de la pólvora? —Kin meneó la cabeza—. Yo nunca conocí a un mago de la pólvora que fumara mala. Todos consumimos pólvora. No necesitamos más que eso para sentirnos vivos.

—¿Y por qué la mala? —Kin comenzó a barrer el centro del fumadero.

Taniel inhaló profundamente.

—La pólvora no te hace olvidar.

—Ah. Olvidar. Todos fuman mala para olvidar. —Kin asintió con conocimiento de causa.

Taniel miró el techo de su nicho y comenzó a contar los vaivenes de la hamaca.

—Me voy a la cama —dijo Kin mientras dejaba la escoba en un rincón.

—Espera. —Taniel extendió una mano, pero luego la retiró, cuando se dio cuenta de lo patético que debía de parecer—. Dame lo

suficiente para pasar la noche.

—¿La noche? —Kin meneó la cabeza—. Es de mañana. Yo trabajo toda la noche. Es cuando viene la mayoría de los fumadores.

—Entonces dame lo suficiente para pasarla.

Kin pareció considerarlo y miró la bola que acababa de darle a Taniel.

Por lo que había dicho, una bola así debería haberle durado cuatro o cinco días.

—Dadme la insignia del barril de pólvora y os daré todo lo que pueda fumar durante tres semanas.

Taniel apretó el puño con fuerza alrededor de la insignia.

—No. ¿Qué más me puedes ofrecer?

—También os daré a mi hija durante las tres semanas.

A Taniel se le revolvió el estómago ante la idea del gurlo de la mala prostituyendo a su propia hija con sus clientes.

—No.

—¿Os gusta el arte? —Kin tomó el cuaderno de bocetos y los lápices que Ka-poel le había llevado a Taniel.

—Deja eso.

Kin lanzó un suspiro y dejó caer el cuaderno.

—No tenéis nada de valor. No tenéis dinero.

Taniel revisó los bolsillos de su abrigo. Nada. Pasó los dedos por el bordado de plata.

—¿Cuánto me das por la chaqueta?

Kin olfateó y tocó la tela.

—Poca cosa.

—Pues dame lo que sea. —Taniel apoyó la pipa de mala sobre la mesa, se quitó la chaqueta y se la entregó a Kin.

—Moriréis de frío y yo no pagaré el funeral.

—Estamos en pleno verano. Dame la maldita mala.

Kin le entregó una bola pequeña de la pegajosa mala y desapareció por las escaleras con la chaqueta de Taniel. El tamaño de esa bolita negra era decepcionante. Taniel oyó el crujido de los pasos sobre los tablones de madera que había sobre él, y la voz de Kin hablando en gurlo.

Se volvió a acomodar en la hamaca e inhaló una gran bocanada de su pipa.

Se decía que la mala podía hacer que un hombre olvidara durante horas. Taniel intentó recordar las horas que había perdido. ¿Cuánto tiempo había pasado allí? ¿Días? ¿Semanas? No parecía demasiado tiempo.

Se sacó la pipa de la boca y la examinó a la tenue luz de las velas del fumadero.

—Esta porquería no funciona —se dijo a sí mismo.

Aún podía ver a Kresimir saliendo de esa nube después de haber descendido del cielo. ¡Un dios! Un dios real. Taniel se preguntó qué habría hecho el sacerdote de su infancia si hubiera sabido que algún día Taniel le dispararía al dios de los Nueve.

El tiempo no se detuvo cuando la bala hechizada atravesó el ojo de Kresimir, por lo que parecía que el mundo podía vivir sin su dios. Pero ¿cuánta gente había muerto intentando evitar que Kresimir regresara al mundo? Cientos de adranos. Amigos. Aliados. Miles de keseños; cientos por la mano del propio Taniel.

Cada vez que cerraba los ojos, veía un rostro diferente. A veces era un hombre o una mujer a quien había matado. A veces era Tamas, o Vlora. Y a veces era Ka-poel. Quizás era la mala, pero, ¡por el diablo!, cada vez que veía el rostro de la muchacha salvaje, el corazón le latía más rápido.

Los peldaños crujieron. Taniel levantó la mirada. A través de la bruma, vio a Ka-poel descendiendo por las escaleras. Atravesó la sala, llegó hasta su lado y le miró con enfado.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella le tiró de la camisa y luego pellizcó su propio abrigo largo.

"Chaqueta". Maldición. Fue lo primero que había notado.

Puso la mano alrededor de su bola de mala para protegerla.

Más rápida que la vista, la mano de ella se extendió hacia delante y le quitó la pipa de entre los dientes.

—Si serás perra —susurró él—. Devuélvemela.

Ella se alejó esquivando las manos de Taniel y se quedó de pie en el medio de la sala, sonriendo.

—Ka-poel, dame esa pipa.

Ella meneó la cabeza.

Él comenzó a respirar con un poco de dificultad. La visión se le nubló y parpadeó sin saber si se trataba de la mala o de su propia furia. Después de un momento de forcejeo, se incorporó en la hamaca.

—Devuélvemela *ahora*. —Pasó las piernas por el borde de la hamaca, pero cuando intentó ponerse de pie, le dio una oleada de náuseas más severa que la que sufría cuando abría el tercer ojo para ver el Otro Lado. Se volvió a sentar en la hamaca con el corazón retumbándole en los oídos.

—Diablos —susurró apretándose las sienes—. Estoy jodido.

Ka-poel apoyó la pipa de mala sobre un taburete ubicado del otro lado de la sala.

—No la dejes allí —dijo Taniel, y su propia voz le sonó débil—. Tráemela aquí.

Ella se limitó a negar con la cabeza y se quitó el abrigo. Antes de que él pudiera protestar, fue hasta él y se lo puso sobre los hombros.

Taniel se lo quitó.

—Cogerás frío —le dijo ella, y lo señaló.

—Es verano, maldita sea. Estoy bien.

Ella le volvió a tapar el pecho con el abrigo.

Una vez más, Taniel se lo devolvió.

—No soy un niño.

Algo pareció encendérsele en los ojos al oírlo. Le quitó el abrigo de encima y lo arrojó al suelo.

—Pole, ¿qué co...? Sus siguientes palabras se perdieron en su propio grito entrecortado, cuando ella pasó una pierna sobre la hamaca y se le sentó a horcajadas, justo sobre el regazo. El corazón de Taniel comenzó a latir un poco más rápido cuando ella meneó el culo para ponerse cómoda. En el espacio cerrado que era el nicho, sus rostros casi se tocaban.

—Pole... —dijo él sin aliento. La pipa y la pequeña bola de mala que tenía en las manos quedaron olvidadas.

Ella sacó la lengua y se humedeció los labios. Parecía estar a la expectativa, vigilante; como un animal.

Taniel casi no oyó el sonido de la puerta de la casa de arriba abriéndose con fuerza. Unos pasos retumbaron en los tablones. Una mujer comenzó a gritar en gurlo.

Ka-poel bajó la cabeza. Los hombros de Taniel se flexionaron y lo empujaron hacia ella.

—¡Capitán Taniel Dos Tiros! —Las escaleras traquetearon bajo un par de botas decididas. Una mujer de uniforme y sombrero en mano entró en la sala—. ¡Capitán! —dijo—. Capitán, yo...

Se quedó paralizada cuando vio a Taniel con Ka-poel sobre el regazo. Taniel sintió que las mejillas se le sonrojaban. Echó una mirada rápida hacia Ka-poel. Ella le esbozó una pequeña sonrisa cómplice, pero sus ojos parecían enfadados. Se bajó de encima de él, cogió su abrigo del suelo y se lo colocó sobre los hombros con un movimiento veloz.

La mujer se volvió hacia un lado y se quedó mirando la pared.

—Señor, lo lamento, no sabía que estabais ocupado.

—Ella no está desnuda —replicó Taniel. La voz se le quebró y se aclaró la garganta—. ¿Quién diablos eres tú?

La mujer hizo una pequeña reverencia.

—Soy Fell Baker, subsecretaria de los Nobles Guerreros del Trabajo. —A pesar de haberlos encontrado en una situación comprometedora, no parecía estar avergonzada en lo más mínimo.

—¿El sindicato? ¿Cómo diablos me encontraste? —Taniel se incorporó y se quedó sentado sobre la hamaca, aunque eso hizo que se le revolviera terriblemente el estómago. Se preguntó cuánto hacía que no comía.

—Soy la asistente de Ricard Tumblar, señor. Me envió a buscaros.

Le gustaría reunirse con vos.

—¿Tumblar? No me suena ese nombre. —Volvió a acomodarse en la hamaca y le lanzó una mirada a Ka-poel. Ella se había sentado en el taburete al otro lado del fumadero de mala, golpeteando la pipa contra la palma de su mano mientras estudiaba a la subsecretaria.

Fell levantó una ceja.

—Es el líder del sindicato, señor.

—No me importa.

—Me pidió que os hiciera llegar una invitación para que os reunierais con él.

—Vete.

—Dice que hay una gran cantidad de dinero en juego.

—No me importa.

Fell lo examinó unos instantes, luego se volvió y subió por la chirriante escalera tan abruptamente como había llegado. Unas voces acalladas resonaron a través del suelo. Hablaban en gurlo. Taniel miró a Ka-poel. Ella le devolvió la mirada por un instante y luego le guiñó un ojo.

¿Qué diablos pasaba?

Unos momentos después, la subsecretaria bajó por la escalera.

—Señor, al parecer ya no os queda dinero.

Taniel buscó su pipa de mala. Ah. Aún la tenía Ka-poel. Cierto.

—¿Podrías quitarle eso y alcanzármelo? —le dijo Taniel a Fell.

Fell se volvió hacia Ka-poel. Ambas mujeres intercambiaron una mirada que parecía estar cargada de significado. A Taniel no le gustó para nada.

La subsecretaria juntó las manos.

—No lo haré, señor.

Atravesó la sala de dos saltos, tomó a Taniel de la barbilla y lo obligó a mirarla. Taniel le aferró la muñeca, pero Fell era más fuerte de lo que parecía. Ella le examinó los ojos.

—Suéltame, o juro que te mataré —rugió Taniel.

Fell le quitó las manos de encima y retrocedió.

—¿Cuánto habéis fumado desde que llegasteis?

—No lo sé —refunfuñó Taniel. Ka-poel no se había movido cuando la subsecretaria se le echó encima. Qué gran ayuda.

—Tres kilos y medio en cuatro días. Eso es lo que me dijo el dueño.

Taniel se encogió de hombros.

—Eso es suficiente para matar a un caballo de guerra, señor.

Taniel se sorbió la nariz.

—Pues no parece hacer gran efecto.

Una mirada de perplejidad cruzó el rostro de Fell. Abrió la boca, la volvió a cerrar, y luego dijo:

—¿No os ha hecho gran efecto? Yo... —Cogió su sombrero y volvió

a subir; regresó a los pocos minutos—. El dueño insiste en que él mismo os vio fumar. Os he examinado los ojos. No hay el menor indicio de envenenamiento por mala. ¡Diablos!, yo misma me debo de haber envenenado con mala solo por estar aquí hablando con vos. Estáis tocado por la divinidad.

Taniel se levantó de golpe. En un momento se encontraba en la hamaca, al segundo siguiente tenía a Fell cogida de las solapas con ambas manos. La cabeza le daba vueltas, tenía la visión deformada y las manos le temblaban de rabia.

—No estoy tocado por la divinidad —dijo Taniel—. No tengo... No...

—Por favor, señor, os pido que me soltéis —dijo Fell con suavidad.

Taniel dejó caer las manos. Dio un paso hacia atrás y murmuró para sí.

—Os daré un momento para que os arregléis —dijo Fell—. Os conseguiremos una nueva chaqueta de camino a ver a Ricard.

—No voy a ir —dijo Taniel débilmente. Fue tambaleándose hasta el rincón, agradecido de tener una pared contra la que inclinarse. También podría ser que no *pudiera* ir. Dudaba que pudiese caminar más de cinco metros.

Fell suspiró.

—El señor Tumblar os ofrece la hospitalidad de su propio fumadero de mala, señor. Es un lugar mucho más cómodo, y el encargado no se quedará con vuestra chaqueta. Si declináis esta invitación, tenemos instrucciones de llevaros a la fuerza.

Taniel miró a Ka-poel. Se limpiaba las uñas con lo que parecía ser una afilada aguja de tejer casi tan larga como su antebrazo. Ella le devolvió la mirada durante un momento. De nuevo, la pequeña sonrisa cómplice. De nuevo, los ojos enfadados.

—El fumadero de Ricard tiene muchísima más privacidad que este, señor —dijo Fell, tosiendo una vez en su mano.

Taniel no estaba seguro de que lo que acababa de suceder con Ka-poel fuera a repetirse.

—Muy bien, Fell. Solo una cosa.

—¿Señor?

—Creo que no he comido nada en dos días. Me vendría bien comer algo.

Dos horas después, Taniel estaba en los muelles de Adopest. Tradicionalmente, el comercio adrano se llevaba a cabo desde los muelles; comandaban el transporte de mercancía desde el río Ad y sus afluentes del norte, pasando por el Camino de Surkov y a través de la Expansión Ámbar. A causa de la guerra, el comercio que pasaba por Kez estaba paralizado, y la mercancía que solía circular por el río

ahora era enviada por las montañas con mulas y caballos de carga.

A pesar del cambio de medio de transporte, los muelles seguían siendo el centro del comercio de Adopest. Por el río llegaban mineral de hierro y troncos para abastecer a las armerías y los aserraderos de Adro, que, por su parte, entregaban cientos de armas y municiones todos los días.

Los muelles apestaban a pescado, aguas residuales y humo, y Taniel comenzaba a extrañar el olor dulce y calmante de la mala del fumadero de Kin. Su escolta consistía en la subsecretaria Fell Baker y un par de obreros metalúrgicos de anchos hombros. Taniel se preguntó si los metalúrgicos estaban allí para cargar con él hasta la reunión con Ricard si él decidía no asistir.

Ka-poel caminaba detrás del grupo. Los metalúrgicos la ignoraban; Fell la vigilaba constantemente. Ella parecía sospechar que Ka-poel era algo más que tan solo una salvaje muda, mientras que Taniel tenía la corazonada de que Fell quizá fuera algo más que tan solo una subsecretaria.

Fell se detuvo frente a un depósito del muelle casi pegado al agua. Taniel echó una mirada entre los callejones y a través del mar Ad. Aun durante el día, llegaba a ver un brillo sobre el horizonte y la notoria ausencia del Pico del Sur. La vista le hacía desear ocultarse debajo de una piedra. La agonía de un dios había echado abajo una montaña, y él se había escapado con un coma de un mes. No estaba seguro de por qué no estaba muerto, pero sospechaba que tenía algo que ver con Ka-poel.

Se preguntó si todos los demás habían tenido tanta suerte. ¿Dónde estaba Bo? ¿Dónde estaban los hombres y mujeres de la Guardia de la Montaña con quienes había trabado amistad durante la defensa de la Fortaleza de la Corona?

En la mente le apareció una imagen de estar apretando a Ka-poel contra su pecho mientras el Palacio de Kresimir se derrumbaba a su alrededor. Fuego y roca, el calor de la lava ardiente mientras la montaña caía.

—Cuesta creer que ya no está, ¿verdad? —dijo Fell, señalando con la cabeza más allá del agua mientras abría la puerta y le hacía un gesto a Taniel para que entrara.

Taniel echó una última mirada hacia el este e inclinó la cabeza hacia Fell.

—Tú primero.

—Muy bien —dijo Fell. Miró a los metalúrgicos y les ofreció cigarros de una caja metálica que llevaba en el bolsillo del chaleco—. Volved al trabajo, muchachos. —Los dos hombres saludaron con el sombrero a Fell, encendieron sus cigarros y regresaron a la calle—. Vamos —dijo. Una vez que estuvieron dentro, cerró la puerta detrás

de Ka-poel—. Bienvenidos a las nuevas oficinas de Ricard.

Taniel tuvo que contenerse para no lanzar un silbido. Desde el exterior, el edificio parecía un viejo depósito. Las ventanas estaban cerradas y las paredes de ladrillos necesitaban reparación urgente. El interior era otra historia.

Los suelos eran de mármol negro y las paredes estaban blanqueadas, detrás de unas cortinas de seda color escarlata. El edificio parecía tener solo un salón principal: un salón de dos plantas de alto y al menos unos ciento cincuenta metros de largo, iluminado por media docena de candelabros de cristal. Se oía un eco resonando en el lugar. En el extremo más cercano del salón había una barra larga, con un camarero uniformado y una mujer bien dotada que solo llevaba puestas unas enaguas.

—Vuestra chaqueta, señor —dijo la mujer.

Taniel le entregó su nueva chaqueta color azul oscuro del uniforme. Sintió que su mirada se posaba sobre ella un poco más de lo apropiado. Sin mirar a Ka-poel, se volvió para estudiar el salón. Había obras de arte adornando las paredes y esculturas ubicadas a intervalos regulares dentro de unas hornacinas no muy profundas. Aquella era la clase de riquezas exhibidas por los más altos niveles de la nobleza, incluyendo los reyes. Taniel pensaba que Tamas había erradicado esa clase de riquezas al masacrar a la nobleza. Se le ocurrió que tal vez solo había intercambiado a los más ricos y poderosos por más de lo mismo.

Un hombre atravesó el lugar en dirección a ellos. Llevaba una chaqueta blanca de esmoquin y un cigarro entre los dientes. Parecía tener unos cuarenta años, con una calvicie incipiente que ya le había desprovisto de cabello más de la mitad de la cabeza. Llevaba barba larga, al estilo fatrasto, y la sonrisa le llegaba a las orejas, e incluso a los ojos.

—Taniel Dos Tiros —dijo el hombre extendiendo una mano—. Ricard Tumblar. Soy un gran admirador tuyo.

Taniel le tomó la mano con cierta duda.

—Señor Tumblar.

—¿Señor? Bah, llámame Ricard. Estoy a tu servicio. Y esta debe de ser tu compañera constante. La dynizana. ¿Milady? —Ricard hizo una gran reverencia, tomó la mano de Ka-poel, se inclinó y se la besó con delicadeza.

A pesar de su naturaleza atrevida, la observaba como quien mira algo bonito pero lejos de estar domesticado, algo que podría morder en cualquier momento.

Ka-poel no parecía saber cómo reaccionar ante todo aquello.

—Había oído que eras una mujer hermosa —dijo Ricard—, pero las historias no te hacen justicia. —Se separó de ellos y se dirigió hacia el

bar—. ¿Un trago?

—¿Qué tienes? —Taniel sintió que el estado de ánimo le mejoraba un poco.

—De todo —dijo Ricard.

Taniel dudaba que así fuera.

—Cerveza fatrasta, entonces.

Ricard le hizo un gesto con la cabeza al camarero.

—Dos, por favor. ¿Y para la dama?

Ka-poel levantó tres dedos.

—Que sean tres —le dijo Ricard al camarero. Un momento después, le entregó una jarra a Taniel.

—Hijo de puta —dijo Taniel después de dar un sorbo—. Realmente tiene cerveza fatrasta.

—Dije que tenía de todo. ¿Podemos tomar asiento?

Los guio hasta el extremo más lejano del salón. Taniel le echó la culpa a la mala que nublaba su mente por no haber notado antes que no estaban solos. Había unos doce hombres y unas seis mujeres sentados en divanes, bebiendo y fumando, y hablando en voz baja entre ellos.

Ricard habló mientras se acercaban al grupo.

—Ah, tengo que hacerte una pregunta, Taniel. ¿Cuánta pólvora negra utiliza el Ejército?

Taniel se restregó los ojos. Le dolía la cabeza, y no había ido hasta allí a conocer a los amigotes de Ricard.

—Mucha, me imagino. No estoy en la intendencia del Ejército. ¿Por qué lo preguntas?

—He estado recibiendo cada vez más encargos de pólvora del Estado Mayor —dijo Ricard haciendo un gesto con la mano como si se tratara de una pequeñez—. Me pareció extraño. Es como si sus requisiciones se duplicaran semana a semana. No creo que seanada para preocuparse.

La charla se acalló cuando Taniel llegó al grupo ubicado en el extremo del salón, y de pronto él se sintió incómodo.

—Pensé que esta sería una reunión privada —dijo Taniel en voz baja mientras detenía a Ricard sujetándolo del brazo.

Ricard ni siquiera bajó la mirada hacia la mano que Taniel le había puesto encima.

—Dame un momento para que haga las presentaciones y luego iremos a lo nuestro.

Fue por el salón dando nombres que Taniel olvidó de inmediato y títulos que no le interesaron demasiado. Aquellos hombres y mujeres eran los líderes de distintas facciones dentro del sindicato: pasteleros, metalúrgicos, molineros, herreros y joyeros.

Fiel a su palabra, cuando terminó de presentarlos a todos, Ricard

los llevó hacia un rincón tranquilo del enorme salón, donde solo se les unió una mujer. Era una de las primeras que Ricard le había presentado, y Taniel no recordaba su nombre.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Ricard cuando tomaban asiento.

Un hombre con una chaqueta igual que la del camarero les acercó una bandeja de plata donde había cigarrillos, cigarros y pipas. Taniel vio una pipa de mala entre los otros elementos recreativos. Sus dedos ansiaban tomarla, pero reprimió el impulso y le hizo un gesto al sirviente para indicarle que no deseaba nada.

—Tu secretaria me dijo que querías reunirte conmigo —dijo Taniel, notando sobresaltado que Fell había desaparecido—. No dijo por qué. Y me gustaría saberlo.

—Tengo una propuesta.

Taniel volvió a mirar a la mujer. Era mayor y tenía el aire de desdén típico de la gente muy adinerada. ¿Cómo se llamaba? ¿Y a quién representaba? ¿A los pasteleros? No. ¿A los joyeros?

—No me interesa —dijo Taniel.

—Ni siquiera te he dicho de qué se trata —dijo Ricard.

—Mira —respondió Taniel—. He venido porque tu subsecretaria dejó en claro que me haría venir incluso si yo no quería hacerlo. Fui educado. He venido. Ahora quisiera irme. —Se puso de pie.

—¿Para esto me has traído, Ricard? —dijo la mujer, mirando a Taniel con desprecio—. ¿Para ver a un soldado ebrio de mala cagarse en tu hospitalidad? Temo por este país, Ricard. Se lo hemos entregado a los soldados ignorantes. Lo único que saben es entregarse al vicio y matar.

Taniel apretó los puños y sintió que los labios se le curvaban.

—Vos no me conocéis, señora. No sabéis quién diablos soy o lo que he visto. No finjáis entender a los soldados cuando vos nunca habéis mirado a otra persona a los ojos y habéis visto que uno moriría.

Ricard se reclinó sobre el diván y volvió a encender su cigarro con un fósforo.

Tenía el aire de un hombre que había ido a ver las peleas de boxeo. ¿Había sabido que sucedería aquello?

La mujer estaba enfurecida.

—Conozco a los soldados —dijo ella—. Son unos brutos enfermos y estúpidos. Violan y roban, y cuando no pueden hacerlo, matan. He conocido a muchos soldados y no necesito matar a un hombre para saber que no son más que unos bandidos groseros con uniforme.

Ricard suspiró.

—Por favor, Cheris, ahora no.

—¿Que ahora no? —preguntó Cheris—. Si no es ahora, ¿entonces cuándo? Ya me he hartado del control férreo de Tamas sobre la ciudad. Yo no quería que trajeras a este supuesto héroe de guerra

aquí.

Taniel se volvió para irse.

—Taniel —dijo Ricard—. Concédeme solo unos momentos.

—No con ella aquí —respondió Taniel. Quiso dirigirse hacia la puerta, pero Ka-poel le bloqueó el camino—. Me voy, Pole.

Ella le devolvió una mueca y meneó la cabeza con la mirada fría.

—¡Mira eso! —dijo Cheris detrás de él—. El cobarde huye de regreso a su fumadero. No puede enfrentar la verdad. ¿Y quieres a este hombre a tu lado, Ricard? Lo lleva de las narices una niña salvaje.

Taniel se volvió. Ya había tenido suficiente. Furioso, avanzó hacia Cheris con una mano en alto.

—¡Golpéame! —dijo ella, inclinándose hacia delante y ofreciéndole una mejilla—. Dejará a la vista cuán hombre eres.

Taniel se quedó helado. ¿Había estado a punto de golpearla?

—Yo maté un dios —dijo enfurecido—. ¡Le atravesé el ojo con una bala y lo vi morir para salvar este país!

—Mentira —dijo Cheris—. ¿Me mientes en la cara? ¿Piensas que me creo estas tonterías de que Kresimir regresó?

Taniel habría hecho volar su mano en ese momento si Ka-poel no hubiera pasado veloz por su lado. Ella se enfrentó a Cheris con los ojos entrecerrados. De pronto, Taniel sintió miedo. Por mucho que quisiera lastimar a aquella mujer, él sabía de lo que Ka-poel era capaz.

—Pole —dijo.

—Fuera de mi vista, puta salvaje —dijo Cheris poniéndose de pie.

El puño de Ka-poel impactó contra la nariz de Cheris con tanta fuerza que pasó por encima del diván y cayó detrás. Cheris gritó. Ricard se puso de pie de un salto. Los jefes del sindicato que seguían hablando en voz baja del otro lado del salón se quedaron en silencio y miraron, conmocionados, en dirección a ellos.

Cheris se puso de pie rechazando el ofrecimiento de Ricard para ayudarla. Salió del salón sin mirar atrás, con sangre brotándole de la nariz.

Ricard se volvió hacia Taniel con una expresión que se encontraba en el punto medio entre el horror y la risa.

—No me disculparé —dijo Taniel—. Ni por mí ni por Pole. —Ka-poel se colocó a su lado con los brazos cruzados.

—Era mi invitada —dijo Ricard. Hizo una pausa y miró su cigarro —. Más cerveza —le dijo al camarero—. Vosotros también sois mis invitados. Me hará pagar por eso en algún momento. Esperaba que fuera una aliada en los meses venideros, pero al parecer eso no sucederá.

Taniel miró a Ricard y luego en dirección a la puerta principal, donde Cheris reclamaba a su cochero.

—Debería irme —dijo Taniel.

—No, no. ¡Cerveza! —volvió a gritar Ricard, aunque Taniel veía que el camarero ya se dirigía hacia ellos—. Tú eres más importante que ella.

Lentamente, Taniel volvió a tomar asiento.

—Yo maté a Kresimir —dijo. Parte de él quería estar orgulloso de eso, pero decirlo en voz alta lo ponía enfermo.

—Eso es lo que Tamas me dijo —dijo Ricard.

—No me crees.

El camarero llegó y cambió la jarra de Taniel por otra, a pesar de que él solo había bebido la mitad. El sujeto repartió el resto de las jarras y desapareció. Ricard se echó un buen trago de la suya y luego comenzó a hablar.

—Soy un hombre práctico —dijo Ricard—. Sé que la hechicería existe, aunque no soy Privilegiado, Dotado ni Marcado. Si hace dos meses me hubieras dicho que Kresimir regresaría, me habría preguntado de qué manicomio habías escapado. Pero yo estuve allí cuando los Barberos intentaron matar a Mihali. Vi a tu padre, un hombre el doble de pragmático que yo, ponerse blanco como un fantasma. Percibió algo del chef y...

—Disculpa —interrumpió Taniel—. ¿Mihali?

Ricard sacudió la ceniza del extremo del cigarro con un golpecito.

—Ah. Me parece que te falta bastante información, ¿verdad? Mihali es Adom renacido. El hermano de Kresimir, en persona. —Taniel sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. ¿Otro dios? ¿El propio hermano de Kresimir?—. Lo que intento decir es que tu padre cree que Mihali es Adom renacido. Entonces, si Adom ha regresado, ¿por qué no Kresimir? Así que sí. Creo que tú le disparaste a Kresimir. ¿Es posible matar a un dios? No lo sé. —Miró su jarra con gesto de preocupación—. La gente y los periódicos se muestran escépticos. Los rumores vuelan. La gente está tomando partido. En este momento todo se reduce a una cuestión de fe, y solo tenemos tu palabra y la palabra de algunos miembros de la Guardia de la Montaña de que Kresimir regresó y que recibió un balazo en el ojo.

Taniel sintió que sus fuerzas lo abandonaban. ¿Ser considerado un fraude después de todo aquello por lo que había pasado? Era el golpe final. Señaló la puerta.

—¿Cómo explican lo del Pico del Sur? Se derrumbó la montaña entera.

Se dio cuenta de que la ira le había hecho elevar la voz.

—Gritando no harás cambiar de parecer a nadie —dijo Ricard—. Créeme. Soy el líder del sindicato. Lo he intentado.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Convéncelos. Muéstrales la clase de hombre que eres y entonces, solo cuando confíen en ti, diles la verdad.

—Eso parece... poco honesto.

Ricard extendió las manos.

—Eso depende de tu propio juicio moral. Pero, para mí, cualquier hombre que lo vea de esa manera es un necio.

Taniel apretó los puños. ¿Cómo podía ser que no le creyeran? ¿Cómo podía ser que no supieran lo que había sucedido allí arriba? ¿Tamas no había informado a los periódicos? ¿Ni siquiera Tamas creía lo que había sucedido?

Taniel no sabía dónde estaba su padre. En Budwiel, según los soldados que lo habían estado observando cuando despertó. ¿Acaso seguía allí?

—¿Sabes dónde está Bo? —preguntó Taniel.

—¿Bo?

—El Privilegiado Borbador. ¿Sigue con vida?

Ricard extendió las manos.

—No puedo ayudarte.

—No sirves de mucho, ¿verdad, Tumblar? —Taniel quería golpear algo. Se puso de pie de un salto y recorrió la habitación de un lado a otro. No tenía amigos. No tenía familia. ¿Qué podía hacer?—. ¿Quién era esa mujer? —preguntó.

—¿Cheris? La líder del sindicato de banqueros.

—Pensé que tú eras el líder del sindicato.

—Los Nobles Guerreros del Trabajo tienen muchas subdivisiones. Yo hablo por todos ellos, pero cada oficio tiene su propio jefe de sindicato.

—Has dicho que yo soy más importante que ella.

Ricard asintió con la cabeza.

—Así es.

—¿En qué sentido?

—¿Cuánto sabes de la política de Adro? —contestó Ricard.

—El rey solía tener el poder. ¿Pero ahora? —Taniel se encogió de hombros—. No tengo idea.

—Nadie sabe quién tiene el poder ahora —dijo Ricard—. La gente supone que es Tamas. Tamas piensa que es la junta, pero, de hecho, la junta se encuentra prácticamente dividida. Lady Winceslav está recluida después del escándalo que hubo a causa de un comandante de brigada traicionero, el archidiocel fue arrestado y Prime Lektor está en el este, estudiando los restos del Pico del Sur en busca de alguna señal del dios Kresimir.

—Entonces, ¿quién gobierna Adro?

Ricard se rio.

—Eso nos deja a mí, al Propietario y a Ondraus, el tesorero. No es exactamente el grupo más noble. La verdad es que a Adro le está yendo bien por el momento. Tamas y sus hombres mantienen la paz.

Pero eso no durará para siempre. Necesitamos continuar nuestros planes. Desde el principio, la junta decidió que en cuanto nos quitáramos a Manhouch del medio, estableceríamos una democracia: un sistema de gobierno votado por el pueblo. El país quedaría dividido en principados, cada uno con su gobernador electo, y esos hombres se reunirían en Adro y votarían las políticas del país.

—Bastante parecido a un ministerio, pero sin el rey a la cabeza.

—Así es —respondió Ricard—. Por supuesto, debe haber alguien que haga las veces de rey.

Taniel entrecerró los ojos.

—No me imagino a Tamas aceptando eso.

—No lo llamaremos "rey", por supuesto. Y la verdad es que tendría muy poco poder. Sería una especie de figura decorativa. Un hombre al que el país pueda acudir en busca de liderazgo y guía, aunque la política sea determinada por los gobernadores; lo llamaremos "primer ministro del pueblo".

—Recuerdo que Tamas descartó una idea igual a esta que le presentaron los realistas.

—Tamas lo ha aprobado —dijo Ricard—. Créeme. A ninguno de los de la junta le interesa llevarle la contra, sobre todo de una manera tan pública. La clave es que, al igual que los gobernadores, este nuevo primer ministro del pueblo será reemplazado cada tres años. Ya hemos puesto el mecanismo en marcha. Solo necesita llevarse a cabo.

Taniel se dio cuenta fácilmente hacia dónde iba todo aquello.

—Y tú tienes la intención de postularte como candidato.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

Ricard aspiró con fuerza su cigarro y lanzó las volutas de humo por las fosas nasales. A Taniel le hizo recordar el humo de su pipa de mala. Podía sentir la atracción de aquel humo maravilloso tirando de él.

—El primer ministro del pueblo tendrá muy poco poder por sí mismo, pero tendrá la mirada de los Nueve dirigida a su persona. Su nombre quedará en los libros de historia para siempre. —Ricard suspiró—. Yo no tengo hijos. Me han dejado —hizo una pausa para contar— seis esposas, y me lo merecí cada una de las veces. Lo único que me queda es mi nombre. Y quiero que se lo enseñen a cada niño de escuela de Adro por el resto de la eternidad.

Taniel se bebió lo que le quedaba de cerveza. Los restos de lúpulo que había en el fondo del vaso eran amargos. Le recordaban a Fatrasta, al tiempo que había pasado cazando Privilegiados keseños en la naturaleza.

—¿Y yo dónde encajo en todo esto? Solo soy un soldado que mató a un dios que nadie cree siquiera que haya regresado.

—¿Tú? —Ricard echó la cabeza hacia atrás y se rio. Taniel no entendía qué le resultaba tan gracioso. —Lo siento —dijo Ricard secándose los ojos—. ¡Tú eres Taniel Dos Tiros! Eres el héroe de dos continentes. Un soldado que mató a más Privilegiados que cualquier otro hombre en toda la historia de los Nueve. Por el modo en el que lo cuentan los periódicos, tú defendiste la Fortaleza de la Corona contra medio millón de keseños por tu cuenta.

—No estaba yo solo —murmuró Taniel pensando en los hombres y mujeres que había visto morir en aquella montaña.

—Pero eso es lo que piensa la gente común. Te adoran. Te aman más de lo que aman a Tamas, y él ha sido el preferido de Adro desde que, décadas atrás, salvó las campañas gurlas por su cuenta.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? ¿Mi apoyo?

—¡Diablos, no! —dijo Ricard entregándole la jarra vacía al camarero—. Quiero que seas mi segundo ministro. Serás uno de los hombres más famosos del mundo.

Capítulo 7

En el noreste de Adopest había un pequeño sector del Distrito Samalí que no había sido incendiado cuando el mariscal de campo Tamas permitió el saqueo de las propiedades de la nobleza después de la ejecución de Manhouch. Se trataba de una zona comercial, repleta de negocios que ofrecían sus bienes y servicios a la nobleza. Según los rumores, los dueños de aquellos negocios habían colocado sus propias barricadas y ellos mismos habían mantenido a raya a los saqueadores.

En ese momento, cinco meses después de los disturbios, el antiguo emporio de los ricos se había transformado en un mercado para la clase media. Los precios habían bajado, pero no la calidad, y la gente atravesaba media ciudad y esperaba en fila los servicios de zapateros, sastres, pasteleros y joyeros.

Adamat fue temprano por la mañana, antes de que llegaran las multitudes, y encontró al sastre que había adquirido el depósito de Vetas. Se sentó en un pequeño café que había frente a la sastrería y ordenó el desayuno, atento por si llegaba la compañía que esperaba. No pasó mucho tiempo hasta que lo vio.

Adamat se levantó de su asiento y cruzó la calle. Se colocó con discreción junto a SouSmith y preguntó:

—¿Te han seguido?

En su favor, SouSmith casi no se sobresaltó.

—Diablos —dijo SouSmith—. No te había reconocido.

—Esa es la idea.

Adamat se había teñido el pelo de gris. Un polvo seco en el rostro hacía que su piel pareciera agrietada, lo que lo hacía aparentar veinte años más de edad, y fingía que cojeaba. Sostenía buena parte de su peso sobre un bastón nuevo con mango de plata. Su chaqueta y su pantalón eran los mejores que el dinero podía comprar; había tenido que cobrarse algunos favores solo para obtenerlos. Pero necesitaba parecer un caballero acaudalado.

SouSmith meneó la cabeza.

—No me han seguido —dijo—. Mantuve un perfil bajo.

—Bien —respondió Adamat—. ¿Cómo te sientes?

—Peor imposible. Maldita Dotada sanadora.

A pesar de sus palabras, SouSmith se veía mejor. Hacía solo cinco semanas, había recibido dos disparos y lo habían apuñalado; casi no había salido con vida. La recuperación habría muy larga si no fuera por la generosidad de Ricard.

—Ve a ese café de allí —dijo Adamat— y pide un desayuno. Siéntate mirando a esa tienda de allí. —Señaló el negocio del sastre—. Iré a hacer algunas preguntas.

Por mucho que quisiera que SouSmith fuera con él al negocio del sastre por si llegara a resultar solo una tapadera de Vetas y este tuviera hombres apostados allí, SouSmith era un sujeto demasiado fácil de recordar, y no había forma de disfrazar a un boxeador de su tamaño. No tenía sentido llevarlo hasta que fuera necesario.

Adamat cruzó la calle y entró en la tienda. Una mirada rápida le indicó que aquel sastre se especializaba en chaquetas de alta calidad. Había maniquíes alrededor de la sala, y exhibían toda clase de artículos; desde esmóquines y chaquetas de noche hasta prendas que un duque llevaría a un baile de gala. Había un fuerte aroma a aceite de menta en el lugar, que el dueño utilizaba para ocultar el olor a tela guardada.

—¿Que deseáis?

El sastre emergió de la habitación trasera. Era un deliví; un hombre pequeño de tez oscura con dedos largos y firmes. Llevaba unos anteojos con montura fina y un chaleco de solapas anchas que tenían clavadas toda una serie de agujas y alfileres.

—¿Haime? —dijo Adamat adoptando un acento común en los suburbios del sur de Adopest.

—Soy yo —dijo el sastre con una leve reverencia—. Chaquetas y trajes. ¿Queréis que os tome las medidas para una nueva chaqueta?

—No vine en busca de vestimenta —dijo Adamat. Levantó la mirada y fingió estudiar los maniquíes—. Al menos, hoy no.

Haime cruzó las manos detrás de la espalda.

—¿Algún otro asunto?

Adamat extrajo un trozo de papel del bolsillo del pecho y lo desdobló.

—Mis jefes están buscando adquirir una propiedad —le dijo—. Los registros dicen que vos sois el dueño.

Haime parecía genuinamente desconcertado.

—Yo no tengo ninguna propiedad.

—¿No comprasteis un depósito ubicado en la calle Donavi, en el distrito industrial, hace dos años?

—No, yo... —Haime se detuvo repentinamente y se golpeteó la barbilla con el dedo—. Ah, sí. Así es. Uno de mis clientes me pidió que hiciera la compra y que después le transfiriera el título a su nombre. Quería mantener el asunto en secreto. Me dijo que no quería que los periódicos se enteraran de las adquisiciones de su empleador, o algo así.

Adamat sintió que el corazón le daba un salto. Había muy pocas organizaciones que podrían llegar a los periódicos por la simple compra de una propiedad. Una de ellas era la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla. Y su director era lord Claremonte, el empleador de Vetas.

—¿Me podríais decir el nombre de vuestro cliente, por favor? —dijo Adamat. Extrajo una pluma fuente del bolsillo y la colocó encima de su trozo de papel.

Haime lo miró como pidiendo disculpas.

—Lo lamento mucho, pero mi cliente me pidió que no divulgara esa información.

—Mi empleador tiene muchos deseos de adquirir ese edificio —dijo Adamat—. Estoy seguro de que podríamos llegar a algún acuerdo... —Extrajo una chequera del bolsillo.

—No, no —dijo Haime—. Lo lamento, pero no es una cuestión de dinero. Soy un hombre de palabra.

Adamat lanzó un suspiro sufrido.

—Ya veo.

Guardó la chequera y la pluma y tomó el sombrero y el bastón. Se detuvo un momento y fingió admirar los maniquíes una vez más. Su mirada se detuvo en uno de ellos y Adamat casi se atragantó. Era la misma chaqueta que lord Vetas llevaba la última vez que habían hablado.

—Veo que tenéis buen ojo —dijo Haime yendo hacia el maniquí—. Esta chaqueta es de muy buen gusto, es sutil. Os quedaría fantástica.

Adamat sintió que el corazón comenzaba a latirle más rápido. Vetas debía de haber sido el mismo cliente que había comprado el depósito y la chaqueta. Si Haime se daba cuenta de que él lo sabía, comenzaría a sospechar.

—No, creo que no es de mi estilo.

—Tonterías —dijo Haime—. Esta chaqueta estiliza y atrae las miradas al rostro. Podría haceros el traje entero.

Adamat fingió pensarlo un rato. Era obvio que la chaqueta estaba hecha a medida. Había una leve decoloración en la cintura, donde se había remendado un desgarro, y se dio cuenta de que aquella podía ser realmente la chaqueta que había tenido puesta el propio lord Vetas.

—Esta parece de mi talla. ¿Podríais ajustármela ahora?

—Por desgracia, no. Esta chaqueta en particular tiene dueño. La retirará en algunos días. Podría haceros una nueva en... —Se detuvo para pensar—. Una semana. Tan solo dejadme tomaros las medidas.

Adamat se tanteó los bolsillos.

—Parece que me he dejado la chequera en casa. Solo tengo la de mis empleadores. Hoy no os podría pagar la señal.

—Obviamente, sois un caballero, señor —dijo Haime—. Me basta con que me deis vuestra dirección.

Adamat no tenía una dirección que darle. No quería arriesgarse a que le llegara algún comentario a Vetas. Estaba corriendo un gran peligro, ya que Haime podría mencionar el intento de compra a Vetas de pasada. Adamat extrajo su reloj de bolsillo.

—Tengo una cita en menos de una hora —dijo—. Y no puedo llegar tarde. Me gustaría volver a principios de la semana que viene para que me toméis las medidas.

Haime pareció decepcionado. Un buen vendedor nunca permite que un objetivo se vaya sin un compromiso de compra.

—Si es lo que más os conviene.

—Así es —respondió Adamat—. Regresaré, no os preocupéis.

Adamat cruzó la calle deprisa y encontró a SouSmith esperando en el café.

—¿Algún indicio de Vetas o de alguno de sus espías?

SouSmith meneó la cabeza.

—Vamos —dijo Adamat.

—El desayuno, en camino.

Adamat se fijó para asegurarse de que el sastre no lo observaba por la ventana de la tienda y tomó asiento junto a SouSmith.

—El sastre no está directamente involucrado —dijo—. Compró y vendió la propiedad para uno de sus clientes: creo que se trata de Vetas. Vi la misma chaqueta que Vetas llevaba la última vez que lo vi, y coincide hasta el último detalle.

—¿Estás seguro?

—Yo no olvido, ¿recuerdas? —Adamat se dio un golpecito en la sien—. Me di cuenta de que las líneas de la chaqueta coincidían perfectamente. Por desgracia, el sastre no me dio ni el nombre ni la dirección de Vetas.

—Callejón sin salida.

—No. Vetas, o más probablemente uno de sus hombres, vendrá a recoger la chaqueta en los próximos días. La estaban arreglando. Vigilaré la sastrería y veré quién recoge la chaqueta. Lo seguiré y averiguaré dónde vive Vetas.

—¿Dónde quieres que me ponga? —El desayuno de SouSmith llegó: cuatro huevos pasados por agua y queso de cabra de Novi. Sonrió cuando lo colocaron frente a él y comenzó a comer rápido.

—En ningún lado —respondió Adamat—. No puedo arriesgarme a que te reconozcan. Yo puedo disfrazarme. Pero tú no.

SouSmith se sorbió la nariz.

—No puedo permitir que lo sigas solo —dijo con la boca llena de huevo.

Adamat conocía los riesgos. Si Vetas o su hombre era lo suficientemente habilidoso para detectar a Adamat, podía darse por muerto. Pero SouSmith era una carga en esa clase de trabajo. Era fácil de reconocer, y aun si no lo fuera, su tamaño lo hacía poco apto para seguir a alguien.

—Lo haré yo solo —dijo Adamat.

Tamas yacía sobre la alta hierba de una loma que había debajo de las montañas Adranas; observó a través de su catalejo al ejército keseño, que se preparaba para atacar Budwiel.

Tenía el uniforme de combate empapado por el rocío matinal. Ese día, las nubes se encontraban bajas y había una niebla persistente en las llanuras de las afueras de Budwiel. Había mucha humedad en el aire. Tamas sabía que eso perjudicaría las armas de fuego de ambos bandos, pero cuando miró hacia Budwiel, notó un rayo de sol que se asomaba por entre las nubes sobre la ciudad y limpiaba el aire.

Sin duda, la participación indirecta de Mihali en la batalla.

Y necesitarían toda la ayuda que él pudiera darles. Tamas volvió a apuntar el catalejo hacia los keseños. El aliento se le atascó en la garganta al ver el ejército. Había hilera tras hilera de uniformes color canela con ribetes verdes extendiéndose hacia lo que parecía el infinito. Su larga experiencia le permitió contar las hileras a primera vista.

Ciento veinte mil, como mínimo. Y eso solo contando la infantería.

Enviarían primero a sus reclutas para utilizarlos como carne de cañón, para poner a prueba las defensas de Budwiel. Cinco mil o quizá diez mil de ellos atravesarían los campos pisoteando la hierba húmeda y recibirían toda la intensidad de la metralla. Los seguirían sin demora los hombres más experimentados, quienes formarían el pilar del ataque principal y empujarían sin piedad a los reclutas que tendrían delante, incluso a punta de bayoneta. Los Guardianes acompañarían el frente de la segunda oleada.

Para Tamas, aquel era un método absurdo de ataque, pero los comandantes keseños siempre habían preferido un ataque en masa antes que la astucia, sin importar el costo en vidas.

Y podía ser que funcionara. La clave para rechazar el ataque de Kez sería quebrantar la resolución de la segunda oleada. Matar a los Guardianes y hacer que los veteranos corrieran para ponerse a cubierto. Sería difícil romper una fuerza tan formidable.

Pero no imposible.

Y para eso estaban la Séptima y la Novena. Una vez que Kez pusiera en movimiento el cuerpo principal, Tamas ordenaría a ambas brigadas pasar sobre el montículo y cargar contra el flanco keseño.

Sin importar el tamaño de la multitud, correrían si el pánico se apoderaba de ellos.

Los cañones keseños habían sido adelantados antes del amanecer. Disparaban contra las fortificaciones de Budwiel, y la artillería pesada de Hilanska les devolvía el fuego.

Tamas observó mientras la infantería keseña se acomodaba en hileras algunos cientos de metros detrás de la artillería. Sintió que se le revolvía el estómago.

—Son muchos hombres, señor —dijo Olem junto a él.

—Muchísimos —admitió Tamas. ¿Había percibido inquietud en la voz de Olem?

Si así era, Tamas no podía culparlo. Semejante número de soldados pondría nervioso a cualquiera.

—¿Pensáis que podremos vencerlos?

—Mejor que así sea. La caballería ayudará.

—Pero solo contamos con doscientos jinetes —dijo Olem.

—Lo único que necesitamos es la ilusión de una brigada de caballería. Estamos aquí para causar pánico y luego una matanza. No al revés.

Durante la noche, habían tenido tiempo para llevar doscientas unidades de caballería por las cavernas. El hecho de que los ingenieros de Tamas se las hubieran arreglado para ensanchar las cavernas el espacio suficiente para que pasaran diez mil hombres y un pelotón de caballos en solo una noche era un testimonio de su gran pericia.

La victoria real de la noche, sin embargo, habían sido los seis cañones de campaña. Eran pequeños, disparaban bolas de casi tres kilos y tenían ruedas de un metro y medio que les permitían moverlos con facilidad; eran suficientes para dar la impresión de que había un ejército completo sobre el flanco keseño.

Tamas dejó que su mente divagara hacia los momentos posteriores de la batalla. Podrían hacer que los keseños huyeran, pero no podrían perseguirlos demasiado tiempo. Morirían decenas de miles, pero para los keseños eso sería tan solo otro número. Aún les quedarían cientos de miles. Aquella batalla serviría para quebrantar la moral de su ejército. Kez no podía darse el lujo de sufrir otra derrota del nivel psicológico de la batalla por el Pico del Sur.

Los espías de Tamas ya le habían informado que había descontento en el ministerio de Ipille. Con la chispa suficiente, el ejército podría incluso volverse contra Ipille, aunque eso ya era demasiado esperar.

—Señor —dijo Olem—. Las columnas están avanzando.

Tamas regresó al presente. Daba mala suerte pensar en la victoria al comienzo de la batalla. Él tenía planes en marcha. Si llegaba el triunfo, ese sería el momento de implementarlos. No antes.

—Hazles señas a los hombres para que se preparen.

Vlora se acercó arrastrándose y se colocó junto a Tamas mientras Olem se alejaba deprisa.

—¿Tus hombres ya están en posición? —preguntó Tamas.

—¿Os referís a los hombres de Andriya, señor?

Tamas detectó el rencor de su voz. Para esa batalla, él le había dado el mando de la camarilla de la pólvora a Andriya, y eso la fastidiaba.

Él reprimió su propio enfado. ¿Cuándo aprendería que, por muy hábil que fuera, ella aún no tenía la experiencia suficiente para estar al mando?

—Mis magos de la pólvora —respondió Tamas con severidad—. ¿Están en posición?

—Sí, señor.

—¿Y has visto a los Privilegiados keseños que quedan?

—Están más atrás —respondió Vlora—. Creen que estamos sobre las murallas de Budwiel, esperándolos a ellos, por lo que están muy por detrás de las columnas. Pero bien a tiro desde esta posición. Ordenad el ataque, señor, y nosotros mataremos a los Privilegiados.

—Excelente. Ve a tu posición.

Vlora descendió del montículo sin decir nada más. Tamas miró sobre su hombro y la vio alejarse.

—Todo listo, señor. —Olem subió al trote la colina y se arrojó al suelo junto a Tamas—. Es momento de apresurarse y esperar. —Notó la dirección en que miraba Tamas—. ¿Aún pensáis en golpearla, señor?

Tamas miró a Olem con ironía. ¿Desde cuándo sus hombres le hablaban de esa manera y se salían con la suya?

—No.

—Parecéis enojado, señor.

—Aún tiene que madurar mucho. Estoy más bien triste. Si las cosas hubieran sido distintas, en este momento ella podría ser mi nuera. —Tamas suspiró y se volvió a llevar el catalejo al ojo—. Taniel podría no haber estado en esa maldita montaña ni en coma bajo la Casa de los Nobles.

Olem habló en voz baja.

—Él podría no haber estado allí para meterle un balazo a Kresimir en el ojo y salvarnos a todos, señor.

Tamas tamborileó en el catalejo con los dedos. Olem tenía razón, por supuesto. Si cambias un evento de la historia, bien podrías cambiar todo lo que sigue. Lo que le preocupaba entonces era

encontrar la forma de despertar a Taniel del coma, y mantener su cuerpo a salvo hasta que lograran hacerlo.

Como si pudiera leer los pensamientos de Tamas, Olem dijo:

—Él estará bien, señor. Tengo a algunos de mis mejores rifleros cuidándolo.

Tamas quería volverse hacia Olem y agradecerle las palabras de aliento.

Pero aquel no era momento de preocupaciones o de sentimientos.

—Las líneas comienzan a avanzar —dijo Tamas—. Asegúrate de que los hombres esperen. No quiero que los keseños sepan que estamos aquí hasta el momento indicado.

—Esperarán —dijo Olem con confianza.

—Asegúrate. Personalmente.

Olem se alejó para revisar las brigadas y dejó a Tamas solo sobre el montículo por unos preciados momentos. Pronto, un flujo interminable de mensajeros comenzaría a solicitar más y más órdenes, cuando la batalla comenzara y se fuera extendiendo durante el día.

Tamas cerró los ojos y se imaginó el campo de batalla tal como lo vería un cuervo.

La infantería keseña formaba un semicírculo frente a las murallas de Budwiel. Sus filas se amontonarían a medida que avanzaran, a causa del terreno, y llenarían los huecos que dejaban las muertes ocasionadas por los cañones adranos. Una única hilera de caballería keseña, de quizás unos mil jinetes, esperaba en el Gran Camino del Norte que la infantería tomara las murallas y abriera las puertas, en cuyo momento ellos cabalgarían hacia el interior de la ciudad. El resto de la caballería acampaba a unos tres kilómetros detrás del campo de batalla. La mayoría de los jinetes ni siquiera se encontraban montados. No consideraban que fueran a ser necesarios.

Las reservas de Kez aguardaban detrás del resto del ejército. La multitud era algo terrible de observar, pero el catalejo y los espías de Tamas decían otra cosa: solo estaban allí para hacer bulto. Solo uno de cada cinco tenía mosquete. Llevaban uniformes desparejados y los colores no eran los correctos. Tamas meneó la cabeza. Kez tenía más hombres que armas. Las reservas romperían filas y correrían en cuanto vieran sus tropas.

El rat-tat-tat-tat de los tamborileros keseños reverberaba contra las montañas, y Tamas sintió que el suelo temblaba cuando la infantería de Kez comenzó a avanzar. Apuntó el catalejo hacia las murallas de Budwiel.

La artillería pesada, que ya estaba disparando hacia los cañones de campaña keseños, redobló los esfuerzos mientras el muro de infantería se fue acercando. Tamas llegaba a ver soldados de la Segunda sobre las murallas, con sus uniformes adranos en perfecto estado y su

disciplina inquebrantable.

Mientras las líneas de la infantería keseña se acercaban al campo de batalla, la artillería fue dejando huecos en las filas. Esos huecos se cerraron enseguida, y los uniformes canela y verde siguieron marchando, dejando atrás unos cien muertos por cada decena de pasos que avanzaban. El viento le hizo llegar a Tamas el olor a pólvora; él inhaló profundamente y saboreó el azufre amargo.

Se puso de pie y llamó con un gesto a su abanderado. En el campo que veía bajo su posición estratégica, observó que las reservas keseñas avanzaban y se situaban detrás de la infantería. Tamas miró con preocupación. Si la idea era tomar la ciudad, lo harían con la infantería. ¿Por qué moverían las reservas a su posición...?

Tamas sintió un hormigueo frío por la columna vertebral. Los keseños pensaban que podrían saquear Budwiel ese mismo día. Asegurarían las murallas con la infantería y ordenarían a las reservas que entraran a la ciudad para incendiar, violar y saquear. Él los había visto hacer lo mismo en Gurla. Si traspasaban las murallas, sería un horror inimaginable.

Pensar que podrían hacerlo en un solo día era más que optimista por parte de los comandantes de Kez.

Él no podía permitir que eso sucediera.

—Envía la señal de preparados —dijo Tamas. El abanderado hizo ondear la bandera con la orden. Tamas veía las ansias en el rostro del soldado. La Séptima y la Novena estaban listas. Atravesarían el flanco keseño con entusiasmo. Tamas sintió que la sangre comenzaba a encendérsele—. Un momento... un momento...

Tamas parpadeó sorprendido. ¿Qué era aquello?

Se llevó el catalejo al ojo. Cuando enfocó en el campo que había justo delante de Budwiel, vio decenas de hombres retorcidos corriendo hacia las murallas. Llevaban abrigo negro y bombín. Guardianes.

Pero aquellos Guardianes... Tamas tragó saliva. Nunca había visto a nadie correr tan rápido, ni siquiera a uno de esos condenados asesinos creados por la hechicería. Cubrieron los últimos cientos de metros hasta el muro con la velocidad de un pura sangre.

A través del catalejo, Tamas llegaba a ver a los comandantes de la muralla gritando órdenes. Los mosquetes abrieron fuego. No cayó ni uno de los Guardianes. Llegaron a la base de la muralla y brincaron, se aferraron a la pared vertical como insectos y treparon a toda prisa hasta la parte superior. En unos instantes, se encontraban entre los artilleros, blandiendo espadas y pistolas.

Un momento, ¿pistolas? Los Guardianes no portaban pistolas. Los Privilegiados eran alérgicos a la pólvora, y eran sus poderes los que permitían crear a aquellos monstruos.

Unas pequeñas explosiones sacudieron la parte superior de las

murallas. De las fortificaciones fueron cayendo cuerpos y, uno a uno, los cañones dejaron de disparar.

Tamas se inclinó hacia atrás sobre los talones. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cómo podían esos Guardianes haber ganado la muralla tan fácilmente? Golpeó el catalejo contra la palma de su mano. Sin los cañones para mantenerla a raya, la infantería keseña tomaría las murallas con facilidad. No tendrían la amenaza de tener la artillería a su espalda para evitar que se volvieran y enfrentaran a las brigadas de Tamas frontalmente.

—Señor —preguntó el abanderado—, ¿envío la señal de atacar?

—No —dijo Tamas. La palabra le salió como un grito entrecortado.

Continuó observando mientras la infantería llegaba a la base de la muralla. Las escaleras se elevaron, y para cuando los uniformes canela y verde llegaron a la parte superior de la muralla, Tamas no divisaba ni un uniforme adrano en pie. Los Guardianes los habían eliminado a todos.

—Señor. —Olem apareció a un lado de Tamas. Se llevó su propio catalejo al ojo—. ¿Qué... qué ha sucedido? —Tamas oía su propia incredulidad reflejada en la voz de Olem.

—Guardianes —dijo Tamas con la voz entrecortada. Quería escupir, pero tenía la boca demasiado seca.

Enseguida se acercaron los oficiales de la Séptima y de la Novena. Todos se pusieron a observar la batalla.

La infantería de Kez pasaba a raudales sobre las murallas. Unos minutos después, las puertas de entrada se abrieron. La caballería de Kez avanzó por el camino hacia las puertas.

—Debemos atacar, señor —dijo un mayor cuyo nombre Tamas no recordaba.

Tamas oyó que sus oficiales, entre murmullos, expresaban su asentimiento y se volvió hacia ellos.

—Es un suicidio —dijo. La voz se le quebró—. Budwiel está perdida.

—Podríamos salvar la situación —dijo otra voz.

Tamas apretó los dientes. Estaba de acuerdo con ellos. Demonios, claro que estaba de acuerdo.

—Tal vez —dijo—. Quizá podamos hacer huir a la retaguardia del ejército keseño. Podríamos eliminar las reservas e incendiar el campamento keseño. Pero entonces quedaríamos atrapados en la llanura vacía, nos podrían rodear con facilidad y no podríamos recibir refuerzos.

Hubo silencio. Aquellos oficiales eran valientes, pero no eran estúpidos. Podían ver que tenía razón.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Tamas oyó una explosión que resonaba desde Budwiel. De la base

del Pilar Oeste brotaron humo y polvo. Gritó la orden de que un explorador revisara los túneles, pero él ya sabía qué había sucedido. Las catacumbas.

Alguien había colocado una carga explosiva en el interior y le había bloqueado a Tamas el camino de regreso a Budwiel.

—He sido traicionado de nuevo —susurró. En voz más alta, dijo—: Nos mantendremos de espaldas a la montaña. —Trató de recordar cuál era el paso más cercano de la Guardia de la Montaña que les permitiera regresar a Adro. Sería una pesadilla mover diez mil hombres por cualquiera de los pasos—. Marcharemos hacia el paso de Alvación. Avisad a vuestros hombres.

El general Cethal, de la Novena Brigada, tomó a Tamas del brazo.

—¿Alvación? —preguntó—. Eso nos llevará más de un mes de marcha severa.

—Tal vez dos —dijo Tamas—. Y nos perseguirán. —Echó un vistazo hacia Budwiel. Había humo elevándose de la ciudad—. No tenemos alternativa.

Se le revolvió el estómago. Muchos de sus hombres tenían familia en la ciudad, seguidores de campamento. Los keseños la incendiarían. Las mismas técnicas para infundir el miedo que había visto en Gurla. Sus hombres lo odiarían por alejarse mientras la ciudad ardía, pero era la única esperanza que tenían de sobrevivir. Juró hacerlos regresar a Adro y brindarles su venganza.

Capítulo 8

Adamat esperaba a algunas tiendas de distancia de la sastrería. Estaba sentado en un pórtico con un periódico en las manos. Su disfraz de aquel día era el de un hombre más joven, con cabello negro y engominado peinado hacia un lado, a la última moda entre los dueños de cafés. Llevaba pantalones marrones planchados y camisa de vestir arremangada hasta los codos. Sobre la rodilla había dejado su chaqueta a juego. Antes de salir aquella mañana, se había aplicado un poco de ungüento de ballena Dortmoth, lo que le había dado a su piel un brillo juvenil. Un bigote falso negro y unas gafas coloreadas le ocultaban el rostro.

Adamat observaba por encima del periódico mientras el tráfico se movía por la calle entre tiendas y cafés. Había estado observando la tienda de Haime durante dos días. Ya eran casi las tres en punto del tercer día y aún no había visto ni rastro de lord Vetas.

Su ubicación le brindaba una vista perfecta de la sastrería de Haime. No solo podía vigilar la salida y la zona aledaña sin problemas, sino que llegaba a ver también a través de la ventana delantera y casi todo lo que sucedía en el interior. Muchos hombres entraban y salían de la tienda. Muy pocas mujeres. A eso de las dos y media, entró un trío de hombres corpulentos y de aspecto rudo. Adamat estaba seguro de que se trataba de los matones de Vetas, pero cuando se fueron, unos minutos después, vio que la chaqueta de Vetas seguía colgada del maniquí.

Adamat leyó a medias los artículos del periódico. El enfrentamiento en Budwiel continuaba en punto muerto, aunque como la noticia era de hacía tres o cuatro días, podría haber sucedido cualquier cosa.

El periódico informaba que una repentina pérdida de ingresos había obligado a lady Winceslav a disolver dos de las ocho brigadas de las Alas de Adom. Aquello era un mal presagio para el esfuerzo bélico. Otras cuatro brigadas mantenían la posición al norte de Budwiel,

mientras que las últimas dos hacían guardia en los restos ardientes del Pico del Sur, por si el ejército keseño intentaba cruzar aquel yermo volcánico.

Cuando comenzaba a leer un artículo sobre los efectos de la guerra en la economía adrana, el movimiento de la puerta de Haime le llamó la atención. Levantó la mirada justo a tiempo para ver que un vestido desaparecía por la puerta. Un momento después, una mujer apareció en la ventana y comenzó a hablar con el sastre.

Era una joven de pelo caoba. No podía tener más de dieciocho o diecinueve años, y aunque era joven, sería imposible de confundir con una mera niña. Tenía un porte confiado, con la espalda recta y la barbilla levantada, y el vestido de gala rojo que llevaba parecía estar ajustado especialmente para su figura.

Haime se volvió hacia la chaqueta de Vetas e hizo un gesto. Movió la mano de arriba abajo señalando la chaqueta y luego le mostró la parte inferior, donde Adamat había notado el desgarrón reparado. La mujer asintió con la cabeza, Haime tomó la chaqueta y la envolvió cuidadosamente con papel de seda.

La mujer salió un momento después con una caja marrón debajo del brazo. Miró hacia ambos lados, y Adamat resistió el impulso de ocultarse detrás del periódico. “Actúa con normalidad”, se recordó a sí mismo. No la conocía. Y, con toda seguridad, ella no le conocía a él.

La mujer se dirigió hacia el oeste. Adamat se puso de pie, dobló el periódico y se lo colocó debajo del brazo, y luego tomó su bastón.

La siguió a una distancia prudencial. La clave de seguir a una persona era alejarse lo suficiente para no ser notado, pero permanecer lo suficientemente cerca para no perderla en el caso de que se desviara repentinamente de su camino. Ayudaba saber si ella sospechaba que la seguían. A Adamat le parecía que no, pero sería mejor ser cuidadoso.

Supuso que ella pararía un carruaje en un par de manzanas. Estaba vestida como una dama con ese elegante vestido, y sus botas de tacón no estaban pensadas para dar caminatas largas. Sin embargo, siguió caminado despacio por en la calle en dirección noroeste. Se detuvo en un puesto callejero para comprar una tartaleta de frutas y luego continuó su camino.

Dobló hacia una calle tranquila de las Jaurías. Era una parte acaudalada de la ciudad, conocida mayormente por el distrito bancario que tenía en el centro. La calle en sí tenía menos tráfico peatonal, lo que preocupó a Adamat. En algún momento llamaría la atención, y eso era lo último que deseaba.

Retrocedió diez metros y luego dobló por la misma calle. Lo hizo justo a tiempo para ver que la mujer se metía en una casa grande de tres plantas.

La casa tenía una ancha fachada que ocupaba toda la calle. Las

paredes eran de ladrillo blanco, con ventanas de postigos azules. Era bastante grande, de la clase de edificio construido para albergar a varias familias de la creciente clase media. Si en lugar de Vetas hubiera estado implicado cualquier otro, Adamat la habría pasado de largo, pensando que estaba demasiado expuesta y que era demasiado ordinaria.

De hecho, se preguntó si tal vez no habría cometido un error. Quizá la chaqueta no era de Vetas. Quizás había estado observando la prenda equivocada por la ventana de Haime. Tal vez la mujer había notado que él la seguía y había ido hasta allí para perderlo.

Adamat maldijo en voz baja. Había demasiadas variables.

Caminó despacio por la calle, dando pasos largos y despreocupados, como si estuviera admirando los edificios. Se acercó a la casa y tomo nota mental del número y del nombre de la calle, y pasó la mirada por cada una de las ventanas. Si aquel era el centro de operaciones de Vetas, seguramente tendría un hombre haciendo guardia.

Nada. Adamat intentó no sentirse decepcionado, pero no había absolutamente nada que indicara que aquella casa le pertenecía a Vetas. Tendría que revisar los registros de propiedad.

Justo cuando pasaba por la última ventana, vio un rostro. Se trataba de un niño de unos seis años que miraba el tráfico. Saludó a Adamat con la mano.

Adamat le devolvió el saludo.

No. Aquella no podía ser la casa de lord Vetas. ¿Para qué quería a un niño pequeño?

Salvo que tuviera un hijo. Eso parecía poco probable. El niño no compartía el menor rasgo de la estructura facial de Vetas. ¿Un pupilo? No. Vetas era un espía de lord Claremonte. No tendría un pupilo. ¿Otro rehén? Eso sí parecía una posibilidad.

Adamat continuó caminando por la calle. Pararía el siguiente carruaje y regresaría para vigilar la casa. Era la única pista que tenía.

Se metió en un carruaje y tomó asiento, y vio que alguien más subía detrás de él. Era un barrendero, tenía el rostro y la ropa roñosos después de un largo día de trabajar al sol.

—Disculpa —comenzó a decir Adamat, cuando vio la pistola que el barrendero tenía en la mano. Una gota de sudor frío le recorrió la parte baja de la espalda—. ¿Qué es esto? —preguntó.

—Tu cartera —dijo el hombre, y su voz salió como un gruñido.

A Adamat lo invadió una sensación de alivio. Un robo. Solo era eso. No era uno de los hombres de Vetas que lo había reconocido cuando pasaba. Lentamente, Adamat extrajo su cartera del chaleco y se la entregó al ladrón. No le iba a servir de mucho. Solo tenía cincuenta kranas en efectivo. No había cheques ni identificación.

El hombre revisó la cartera con una mano, sin dejar de apuntar a Adamat con la pistola. Unos momentos después, el sujeto saldría del carruaje y desaparecería entre las multitudes de la tarde.

Pero claro, estaban en las Jaurías. ¿Quién tenía las agallas para perpetrar un robo en una calle residencial de las Jaurías en medio de la tarde? Adamat abrió la boca.

Y entonces reconoció al niño de la ventana.

Se trataba del hijo del duque Eldaminse. Los realistas se habían enfrentado a Tamas en una pequeña guerra en el centro de la ciudad con el objetivo de colocarlo en el trono después de la ejecución de Manhouch. Adamat recordaba al niño por un trabajo que había hecho para la familia Eldaminse hacía casi un año.

El ladrón levantó la vista y miró a Adamat.

—Esto no sirve —dijo.

—¿Qué?

El ladrón giró la pistola en su mano y lo último que Adamat vio fue la culata del arma yendo hacia su rostro.

Cuando Taniel despertó, Fell estaba sentada junto a su hamaca.

Habían regresado al fumadero de Kin. Había humo en el aire, pero no era de mala. Tabaco de cereza, por el aroma. Llegaba a ver a Fell por el rabillo del ojo; la subsecretaria tenía una pipa de tubo corto colgando de la comisura de los labios.

Una mujer fumando en pipa. No era algo que Taniel hubiera visto a menudo. La mayoría de las mujeres qué él conocía preferían los cigarrillos fatrastos.

La subsecretaria del sindicato era una mujer atractiva. Demasiado severa para Taniel. Con el cabello echado hacia atrás y su rostro delgado, le recordaba a una institutriz que había tenido alguna vez. La observó durante algunos momentos con los ojos entrecerrados, preguntándose en qué pensaría ella. No parecía haber notado que Taniel estaba despierto. Tenía la vista clavada en el otro lado de la sala. Taniel se volvió en la hamaca para ver qué era lo que Fell miraba.

Ka-poel. Por supuesto. Estaba sentada junto a la escalera, haciendo una figura de cera con los dedos. Tenía su morral sobre el regazo. Cada poco tiempo, echaba un vistazo hacia la subsecretaria. Estaba haciendo un muñeco. De Fell.

Taniel se preguntó si la subsecretaria parecía una amenaza suficiente para justificar un muñeco o si Ka-poel había comenzado a hacer uno de cada persona que conocían. Si ese era el caso, pronto se quedaría sin lugar en el morral.

Los cuatro días anteriores le resultaban borrosos. Taniel intentó recordar, pero lo único que encontró fue humo de mala y el techo del

fumadero de Kin. Antes de eso...

Ricard Tumblar quería que Taniel se postulara con él para el Primer Ministerio.

Eso significaba política.

Taniel odiaba la política. Había visto de primera mano las luchas de poder de la élite mercantil en Fatrasta mientras la guerra por la independencia avanzaba hacia el éxito; las traiciones, las intrigas. Ricard sostenía que no sucedería nada de eso. Sostenía que habría elecciones, abiertas y justas para el público; que el gobierno sería elegido por el pueblo.

Ricard, como la mayoría de los políticos, no era alguien en quien confiar.

Pero eso no parecía suficiente para un atracón de mala de cuatro días. ¿Por qué regresaría Taniel a aquel agujero y...

Ah, sí. Ricard había mencionado algo sobre informar a Tamas que Taniel estaba despierto y en buen estado. Sin importar lo que Taniel le dijera, Ricard no parecía entender que el mariscal de campo exigiría su presencia en el frente de inmediato.

Eso era algo bueno, intentó decirse a sí mismo. Él era útil. Podía ir hasta allí y ayudar a defender su país.

Matando. La única cosa para la que Taniel parecía ser bueno. ¡Diablos!, si hasta había matado a un dios. Aunque nadie le creyera.

Se volvió en la hamaca y extendió una mano para tomar la pipa de mala y la enorme bola de la sustancia pegajosa que Kin le había dejado.

La mala ya no estaba.

—¿Despierto? —preguntó Fell, dejando de prestarle atención a Kapoel.

Taniel se incorporó. Revisó el bolsillo de su chaqueta (aún tenía chaqueta, eso era bueno), luego sus pantalones y el borde de la hamaca.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó Fell. Por su expresión, sabía exactamente qué era lo que buscaba Taniel.

—¿Dónde está mi mala?

—Según Kin, os la fumasteis toda. Se le acabó en algún momento de la noche. —Fell se echó algo en la boca y masticó—. ¿Anacardos? —preguntó, ofreciéndole una bolsa hecha con papel de periódico.

Taniel negó con la cabeza. Revisó su pipa de mala. No quedaba nada. Luego miró el suelo.

—Ese gurlo ladrón debe de haberme robado el resto de la bola. Tenía suficiente para fumar durante semanas.

—Sé la velocidad a la que habéis estado fumando —dijo Fell—. No creo que os haya estafado. Sabe de dónde proviene el dinero. —Taniel hizo una mueca. ¿De dónde provenía el dinero? Miró a Fell. Ah,

cierto. Ricard—. ¿Sabéis una cosa? El fumadero de Ricard tiene mala de mucha mejor calidad. Las esterillas son de seda y el entretenimiento es mejor que la hija de Kin.

Taniel sintió que se le revolvía el estómago. Volvió a acostarse en la hamaca. La hija de Kin. Taniel no recordaba nada.

—¿Acaso yo...?

Fell se encogió de hombros y miró a Ka-poel. Ka-poel negó ligeramente con la cabeza.

Taniel dejó escapar un leve suspiro. Lo último que necesitaba hacer en ese momento era encamarse con la hija de un gurlo dueño de un fumadero de mala.

—¿Qué quieres? —le preguntó a Fell.

Fell golpeó la pipa contra su zapato y se la colocó en el bolsillo, luego se echó más anacardos en la boca.

—Hoy recibimos noticias de vuestro padre.

Taniel se volvió a incorporar.

—¿Y?

—Hay cosas interesantes para informar. Los keseños se preparaban para atacar al día siguiente. Esto habría sido hace tres días. Tamas planeaba liderar un contraataque con sus mejores hombres.

—¿Cuántos soldados de Kez?

—Según los rumores, un millón. Tamas no lo dijo.

“Sus mejores soldados” significaba la Séptima y la Novena. ¿Y rumores de un millón? Eso era el doble del ejército de la batalla por el Pico del Sur. Aun si fuera una exageración y solo se tratara de la décima parte, Tamas igual lideraría a diez mil hombres contra cien mil. Estúpido presuntuoso.

De alguna manera, el hecho de que Tamas probablemente ganaría lo empeoraba todo.

—Ah —agregó Fell, como si acabara de recordarlo—. Preguntó por vos.

Taniel se sorbió la nariz.

—“¿Dónde está el maldito inútil de mi hijo? Lo necesito en el frente”. ¿Algo así?

—Preguntó si habíais tenido alguna mejoría y si los doctores pensaban que su presencia aquí podría ayudar de alguna manera.

—Ahora sé que estás mintiendo —dijo Taniel—. Tamas no abandonaría un campo de batalla por nadie. “Ni siquiera por mí. *Sobre todo*, no por mí”.—Ha estado muy preocupado. Le enviamos a decir que parecíais estar mejor, pero ¿quién sabe si la noticia le llegó antes de la batalla? —Fell metió la mano en su bolsa de papel en busca de otro anacardo con una pequeña sonrisa en los labios.

—Pero no le dijeron que estoy despierto.

—No. Ricard pensó que tal vez quisierais tiempo para recuperaros.

Entonces, las súplicas de Taniel por que su padre no se enterara *habían* surtido algún efecto.

—Más bien creo que le preocupa que Tamas mande llamarme en el momento en el que sepa que no estoy guardando cama.

—Eso también —admitió Fell.

—Por supuesto. —Taniel volvió a acostarse en la hamaca y suspiró. Se sentía cansado y utilizado. ¿Qué era él, más que una herramienta para los demás? —El viejo desgraciado de Tamas...

Lo interrumpió el sonido de la puerta de arriba abriéndose de un golpe.

La escalera que daba al fumadero se sacudió y un joven entró en la sala a toda prisa. Fell se puso de pie.

—¿Qué sucede?

El mensajero miró a su alrededor con cara de espanto. Respiraba con dificultad por la carrera.

—Ricard quiere que vayáis al Tribunal del Pueblo inmediatamente.

Fell arrugó la bolsa vacía de papel y la arrojó al suelo.

—¿Qué ha sucedido?

El mensajero miró a Taniel, luego a Ka-poel y luego volvió a mirar a Fell. Parecía estar a punto de derrumbarse.

—Hemos recibido noticias de Budwiel. La ciudad ha caído y ha sido incendiada. El mariscal de campo Tamas está muerto.

Nila estaba sentada junto a la ventana, con las cortinas un poco separadas. Miraba al mundo pasar con sus sombreros de copa y sus abrigos, con los bastones chasqueando contra los adoquines y las mujeres echándose el bonete hacia atrás para disfrutar el sol en el rostro. El calor del verano se abatía sobre Adro, pero nadie parecía notarlo. El clima era demasiado agradable para que a alguien le importara.

Ella deseaba estar allí fuera disfrutándolo. Su habitación era demasiado sofocante, y los hombres de Vetas habían claveteado todas las ventanas de la casa. El aire era espeso y húmedo, demasiado cargado, y ella sentía que de un momento a otro se iba a desmayar. Vetas la había enviado a hacer un recado el día anterior, y la libertad de sentir el sol en el rostro había sido tan maravillosa que casi abandonó la ciudad y olvidó a Vetas y a Jakob y todos los recuerdos terribles de los meses anteriores.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó que se abría la puerta de la habitación, pero se obligó a no exteriorizarlo. No era Vetas. Él solía venir del corredor. No de la puerta del cuarto de juegos, donde Jakob jugaba en silencio con un pequeño ejército de caballos de carreras y se quejaba del calor una y otra vez.

—Nila —dijo una voz—. Debes vestirte.

Nila echó una mirada al vestido tendido sobre su cama. Uno de los

matones de Vetas se lo había llevado hacía una hora. Era un vestido camisero largo de muselina blanca, de cintura alta. El ribete era escarlata, lo que le daba un toque de color en el dobladillo, en el busto y en el borde de las mangas cortas. Parecía muy cómodo, y mucho más fresco que el vestido de gala que él le había ordenado utilizar durante los recados del día anterior.

Sobre su mesilla de noche había una cadena de plata con una perla del tamaño de una bala de mosquete, y en una caja había un par de botas negras hasta la rodilla, que a simple vista se notaba que le sentarían de maravilla. Otros tres atuendos, cada uno más caro que el anterior, colgaban en el interior de su ropero.

Obsequios de parte de lord Vetas. Ella nunca había tenido prendas de tan buena calidad. El vestido era sencillo, nada llamativo, pero las líneas eran absolutamente perfectas. Al revisar el interior del dobladillo, había visto las iniciales D. H.; Madame Dellehart, la mejor costurera de Adopest. Ese vestido costaba más de lo que una lavandera común ganaba en un año.

—Nila —insistió la voz—. Vístete.

La ropa cara y las joyas le revolvían el estómago a Nila. Aceptar obsequios de lord Vetas era como aceptar los de un demonio. Ella sabía que tenían un precio.

—No lo haré —dijo Nila.

Unos pasos hicieron crujir el suelo de madera. Faye se arrodilló delante de Nila y le tomó la mano.

Habían estado encerradas juntas en la mansión durante seis días, y Nila aún no sabía gran cosa sobre aquella mujer. Sabía que el hijo de Faye estaba prisionero en el sótano, que ella tenía otros hijos en otro lado, y que también eran prisioneros de lord Vetas. También sabía que Faye mataría a Vetas si tenía la oportunidad.

Al menos, lo intentaría. Nila comenzaba a preguntarse si era posible matar a Vetas. No parecía humano; casi no comía, no dormía y no se emborrachaba, sin importar cuánto vino consumiera.

Faye le tiró de la mano.

—Arriba —dijo—. Vístete.

—No eres mi madre —dijo Nila. Las palabras le salieron como un gruñido.

—Ella te diría lo mismo si estuviera aquí.

Nila se inclinó hacia delante.

—Está muerta. No la conocí, y tú tampoco. Tal vez me diría que rompa esta ventana y me corte las muñecas antes que ceder ante las exigencias de Vetas.

Faye se puso de pie. La súplica gentil de su rostro desapareció y su expresión se endureció.

—Tal vez —dijo—. En ese caso, sería una idiota. —Faye comenzó a

caminar por la habitación.

Nila había supuesto que ella era un ama de casa esposa de algún mercader de clase media. Se preguntó cuál era el valor de Faye para lord Vetas. Faye no había hablado sobre eso. Y solo había dicho unas pocas palabras aquí y allá acerca de sus niños. De hecho, la mujer estaba demasiado tranquila. Desde aquel arrebato inicial la noche en que la habían llevado, Faye había estado mansa como un cordero. Nila se imaginaba que, si tuviera hijos, no descansaría hasta verlos fuera de peligro. O Faye era muy paciente (y, por ende, una mujer más fuerte de lo que Nila la consideraba), o había algo más. ¿Un ardid de Vetas, tal vez? ¿Una espía?

Eso no tenía sentido. No valía la pena espiar a Nila. Si Vetas quería algo de ella, era el tipo de hombre que lo conseguiría a fuerza de tortura.

De cualquier manera, Nila no confiaba en Faye. No podía confiar en nadie en la guarida de Vetas.

—Si no te vistes —dijo Faye—, Vetas desahogará su ira contigo o con el niño. Tal vez con ambos.

—No soy su puta —dijo Nila.

—No te ha pedido que hagas nada degradante. —El “aún” tácito flotó en el aire por un momento—. Solo que lo acompañes en sus recados. Eso te permitirá volver a salir de esta condenada casa. Yo vigilaré a Jakob mientras tú no estás. Vamos, déjame ayudarte. —Nila dejó que Faye la ayudara a ponerse de pie y le quitara su viejo vestido —. Hay ropa interior nueva —dijo Faye levantando una caja pequeña de la cama.

Nila le arrebató la caja y la arrojó al suelo.

—Ya la he visto, gracias —le dijo—. Solo una puta usa una prenda como esa. —Inspiró profundamente y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Faye dejó caer los brazos. Se acercó a la puerta de la habitación de juegos, se fijó si estaba Jakob y entonces la cerró. Se volvió hacia Nila con las manos en las caderas.

—¿Has visto la sala del sótano? —preguntó Faye. Nila la miró desafiante ¿Quién era esa vieja para exigirle cosas a ella?—. ¿Y bien? —Nila asintió bruscamente con la cabeza y trató de no pensar en la sala de las mesas largas y las manchas de sangre y los cuchillos afilados sobre la mesa de trabajo—. También me la mostró a mí. Cuando llegué aquí. Yo no quiero ir a esa sala y me imagino que tú tampoco. Así que mantenlo contento.

—Yo...

—No me importa quién eres —dijo Faye— o por qué estás aquí. Pero Jakob parece importarte. Vetas no es la clase de hombre que vacilaría en aplicar sus prácticas insidiosas en los niños.

—No se atrevería.

Faye dio un paso en dirección a Nila. Nila se obligó a no retroceder, pero la expresión de la mirada de aquella mujer la atemorizó.

—Me obligó a mirar mientras le cortaba un dedo a mi muchacho —dijo Faye—. Obligó a mis niños a mirar. Todos gritábamos, y sus matones nos retenían. Luego le envió el dedo a mi esposo para asegurarse de que cooperara en uno de sus planes. —Faye escupió en el suelo.

—¿Y qué estás haciendo ahora? —preguntó Nila.

—Estoy esperando.

—¿Qué esperas? —preguntó Nila con tono burlón.

—Mi oportunidad. —Sus palabras casi no se oían. Faye se limpió una lágrima del rabillo del ojo e inspiró profundamente—. Hay un momento para la furia. Y hay un momento para la paciencia. A Vetas ya le llegará el momento de saldar deudas.

—¿Y si yo le llegara a contar esto que me has dicho? ¿Cómo sabes que puedes confiar en mí?

Faye inclinó la cabeza hacia un lado.

—Ve y díselo si quieres. ¿Crees que él no sabe que le arrancaría las tripas por el culo si tuviera la oportunidad? —Faye meneó la cabeza con asco—. Mi esposo es inspector. Es un hombre inteligente, un hombre de principios. Siempre pensó que la nobleza consistía en un montón de idiotas engendrados por endogamia. Una vez le pregunté cómo podía tolerar las burlas de un barón o la idiotez obtusa de una duquesa el tiempo suficiente para terminar de resolver un caso relevante. —Nila permaneció en silencio, observando el lado del rostro de Faye mientras ella hablaba—. Me respondió que tragarse el orgullo y ser paciente frente a la adversidad le había permitido alimentar y proteger a su familia durante años, mientras que ceder a su instinto de devolver los ataques solo lo haría ir a prisión o algo peor. Lo único que puedo hacer ahora es esperar. Así que espero. Tú deberías hacer lo mismo. Ponte el maldito vestido.

Nila observó a la mujer en busca de algún indicio de falsedad. Tenía fuego en los ojos. Furia. La clase de ira de la que solo una madre es capaz.

—Dame un poco de privacidad —dijo Nila.

Ella ya estaba vestida cuando alguien llamó a la puerta. No la de la habitación de Jakob, sino del corredor. Nila se tragó su miedo al oír que la puerta se abría, y se alegró de haberse puesto aquella ropa.

—Vamos progresando —dijo lord Vetas—. Date la vuelta.

Ella se volvió hacia él y se obligó a mirarlo a los ojos.

Él la miró de arriba abajo y lentamente hizo girar el vino de su copa.

—Servirás —dijo él.

—¿Para qué? —preguntó ella.

Si él oyó el enfado en su voz, hizo caso omiso.

—Desde hace un tiempo, he estado intentando asegurarme un almuerzo con una mujer llamada lady Winceslav. Finalmente lo conseguí. Me acompañarás al almuerzo como mi sobrina. Eres una muchacha tímida y no dirás más que “sí, señora” o “no, señora”. Tengo la intención de cortejarla, y ella se mostrará más afable si cuento con una pariente cercana femenina. Solo te necesitaré durante unas pocas semanas, como mucho.

—¿Quién es...?

—Eso no te concierne. Interpreta bien tu papel y te permitiré conservar la pequeña medida de libertad que te he permitido. Hazlo mal y te castigaré. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Nila.

—Bien. ¿Dónde está el niño?

Nila deseó que hubiera alguna mentira que pudiera decirle. ¿Pero dónde más podía llegar a estar Jakob si no en su cuarto de juegos?

—Jakob —lo llamó ella—, ¡ven aquí, por favor!

La puerta de la habitación se abrió y Jakob atravesó el dormitorio al trote. Miró a Vetas con una sonrisa.

—¡Hola!

Vetas esbozó una amplia sonrisa. A Nila la expresión le recordó un cráneo pulido que una vez había visto en la tienda de un boticario.

—¡Hola, mi muchacho! —dijo Vetas. —¿Te gusta tu ropa nueva?

Jakob dio vueltas sobre sí mismo con los brazos extendidos para mostrar un elegante traje de chaqueta azul con pantalones hasta la rodilla y calcetines altos.

—Es muy bonita —dijo Jakob—. Gracias.

—Es un placer, niño —dijo Vetas—. Te he traído algo. —Salió al corredor y regresó con una caja no mucho más grande que la de las botas de Nila. Colocó la caja en el suelo, quitó la tapa y dejó a la vista un juego de soldados y caballos de madera, veinte en total.

Jakob dio un grito ahogado de alegría y de inmediato comenzó a sacarlos de la caja y a dispersarlos por el suelo.

—Llévalos a tu habitación —dijo Nila.

Jakob se detuvo y miró Nila con gesto de enfado. Volvió a guardar los juguetes y comenzó a llevarse la caja a rastras hacia el cuarto de juegos.

—¿Te gustan? —preguntó Vetas.

—¡Claro! ¡Gracias, tío Vetas!

—De nada, niño.

En cuanto Jakob se perdió de vista, la sonrisa de Vetas desapareció. Bebió un sorbo de vino.

—Estate lista en media hora. —Se fue de la habitación y Nila oyó que la puerta se cerraba con llave desde el otro lado.

“Tío Vetas”, había dicho Jakob.

Nila se preguntó cómo planeaba Faye matar a Vetas, y si, tal vez, ella tendría la oportunidad primero.

Capítulo 9

Taniel recorrió deprisa las calles de Adopest cegado por la incredulidad. ¿Tamas, muerto? No podía ser. El viejo desgraciado era demasiado terco para morir. Era avanzada la mañana y había bastante tránsito; no le quedaba otra que abrirse paso entre los peatones con el hombro y esquivar carruajes y carros. Oía a Fell disculpándose con la gente a la que Taniel derribaba.

Taniel se detuvo un momento para asegurarse de que Ka-poel seguía con él. Estaba justo a su lado, fiel como su propia sombra. Fell surgió de la multitud. Del mensajero que los había hallado en el fumadero de mala no había ni rastro.

—Pole —dijo Taniel—. ¿Sabes si está muerto? —Ka-poel pareció desconcertada. La cogió por los hombros y la acercó—. ¿Alguna vez hiciste una figura de él? ¿Tienes algún tipo de conexión?

Su gesto de concentración desapareció y luego negó con la cabeza. Nada.

—Diablos. —Taniel se volvió.

—Lamento lo de vuestro padre —dijo Fell, ya llegando a su lado.

—Creeré que el viejo cabrón está muerto cuando vea su cuerpo —dijo Taniel.

De pronto sintió que se descomponía cuando en su mente vio una imagen de Tamas tendido frío y rígido en un ataúd abierto. Hizo a un lado la visión, pero tuvo que inclinarse sobre Ka-poel para apoyarse.

Ella lo miró con sus ojos verdes cristalinos. En ellos había una mezcla de emociones: ira, desconcierto, compasión, determinación. Los ojos de ella se endurecieron y él apartó la mirada.

—En fin, ¿dónde diablos estamos? No reconozco nada.

—Es porque habéis estado corriendo a ciegas por entre la gente —dijo Fell—. Para ir al Tribunal del Pueblo es por aquí. —Señaló hacia el este. Habían estado yendo hacia el norte.

Taniel asintió con la cabeza.

—Te seguimos —le dijo. Aún tenía la mano sobre el hombro de Ka-poel. Ella no lo había movido—. Pole —le dijo—, yo... —Se detuvo.

Su mente era pura neblina, pero el hombre que se le acercaba por la calle le pareció familiar. Taniel podría haber jurado que lo había visto pasando el rato en el fumadero de Kin. Era alto, de hombros anchos y tenía una leve cojera. Había algo fuera de lugar en él.

El hombre levantó la vista y miró a Taniel a los ojos. Fue toda la advertencia que Taniel recibió.

El sujeto dio dos saltos enormes hacia él. Hizo a un lado a Ka-poel con el hombro y luego Taniel sintió que el puño del sujeto impactaba en su esternón. El golpe lo levantó en el aire, por encima de las cabezas de la multitud, y luego Taniel cayó al suelo y golpeó con el hombro sobre los duros adoquines.

Taniel comenzó a respirar entrecortadamente. ¿Se le habían roto las costillas?

Una pequeña multitud se juntó a su alrededor. Oyó unas voces que preguntaban si se encontraba bien. Un caballero tocó el brazo de Taniel con el bastón. Una mujer gritó.

Solo una clase de criatura podría haberlo golpeado con tanta fuerza.

Un Guardián.

Taniel cogió el bastón del caballero, ignoró su grito de protesta y se puso de pie justo a tiempo para ver a una joven que era arrojada al suelo mientras el Guardián avanzaba a empellones y cogía a Taniel del cuello con ambas manos.

De la garganta del Guardián surgió una hoja de acero, que se detuvo a unos pocos centímetros de los ojos de Taniel. El Guardián lo arrojó al suelo y se volvió, lo que dejó a la vista un estilete que tenía clavado en la nuca, justo en la columna vertebral. El Guardián borboteó y atacó a Fell, que lo esquivó mucho más rápido de lo que Taniel habría imaginado que fuera capaz.

Taniel se puso de pie de un salto y golpeó la parte de atrás de la cabeza de la criatura con el bastón. Aunque era de madera dura, se hizo astillas por la fuerza del impacto.

El Guardián se estremeció levemente. Se volvió hacia Taniel, luego hacia Fell, como si estuviera decidiendo qué amenaza atacar. Mientras ellos lo observaban, extrajo un pañuelo del bolsillo, extendió la otra mano hacia la nuca y se extrajo el estilete de su propia columna. Una sangre negra y repugnante brotó del agujero de su cuello. Taniel oyó que alguien vomitaba con violencia en la calle.

El Guardián presionó el pañuelo contra la herida para detener la hemorragia. Todo aquel procedimiento espeluznante había durado unos cinco o seis segundos. Entonces se volvió hacia Fell y saltó deprisa.

Taniel estaba listo. Saltó hacia delante sosteniendo el extremo dentado del bastón roto como si fuera una daga. Echó el brazo hacia atrás para clavar su arma improvisada en la espalda del Guardián.

Algo lo golpeó desde un lado. Sus dientes castañearon. La visión se le oscureció.

Un segundo después, Taniel tenía la vista clavada en el rostro deformado de otro Guardián, que tenía la rodilla apoyada contra su pecho y las manos alrededor de su cuello. Taniel se retorció, pero no tenía la fuerza para defenderse. Necesitaba pólvora.

Logró levantar la rodilla y colocarla entre ellos, lo que le quitó el peso de la criatura de encima del pecho. Con el brazo que tenía libre, atacó con el bastón y se lo clavó profundamente en el brazo del Guardián. El Guardián se rio y volvió a apoyarle la rodilla en el pecho.

Taniel gruñó mientras la rodilla se hundía sobre su esternón con más peso. Ka-poel trepó a la espalda de la criatura. Le clavó su larga aguja en la columna vertebral una y otra vez. El Guardián se sacudió como un toro intentando librarse de un jinete inesperado. A Taniel le pareció sentir que algo se le rompía dentro del pecho.

El Guardián se puso de pie, incapaz de quitarse a Ka-poel de la espalda, y Taniel resopló, sintiendo con regocijo que el aire volvía a llenarle los pulmones. Necesitaba alejarse. Irse de allí. Necesitaba pólvora.

Rodó hasta quedar tendido sobre el estómago y luego logró ponerse de rodillas. El Guardián le lanzó una patada y lo volvió a arrojar sobre los adoquines. Taniel se puso de pie con dificultad. Detrás de él, Ka-poel luchaba por mantenerse sobre la espalda del Guardián mientras este extendía sus desproporcionados brazos hacia ella para tratar de quitársela de encima.

Para entonces, la gente llamaba a los gritos a la policía. Se había reunido una multitud, pero mantenían la distancia.

Ka-poel no podía ganar esa pelea. Pero, claro, tampoco podía Taniel. Extendió los sentidos. Tenía que haber pólvora por algún lado. Alguien tenía que tener un poco.

Avanzó tambaleante hacia un joven con bombín que llevaba un rifle al hombro. Se trataba de un Hrusch y parecía recién comprado: no había sido disparado ni una vez. Taniel agarró al joven por la pechera de la camisa.

—¡Tu cuerno de pólvora! ¡Dámelo ya!

El joven intentó separarse de él. Taniel extendió una mano hacia su kit y sintió que sus dedos se cerraban alrededor de la forma suave y cilíndrica de un cuerno de pólvora. Lo extrajo triunfal de la bolsa y se volvió, y vio que Ka-poel seguía encima de la espalda del Guardián a duras penas.

—¡Pole, abajo!

Ka-poel se soltó y fue arrojada a un lado. Taniel sostuvo el cuerno de pólvora como una granada y lo arrojó por encima de su cabeza. Extendió la mente para encender la pólvora y dirigir la explosión para hacer pedazos a la criatura.

No sucedió nada.

El Guardián atajó el cuerno de pólvora con una mano. Miró a Taniel a los ojos, giró el cuerno para que el extremo cónico apuntara hacia sí mismo y *mordió* el cuerno. De sus labios comenzó a derramarse pólvora. Lamió la pólvora con la lengua y la molió con los dientes.

Taniel retrocedió hasta que chocó contra el joven al que le había robado el cuerno de pólvora.

—Cargas —le dijo—. ¡Necesito cargas de pólvora! —Un sudor frío brotó en la frente de Taniel. Aquel Guardián, aquella cosa...

El joven se volvió y huyó. Taniel oyó alaridos y vio más gente corriendo. Intentó retroceder otro paso, y la bota golpeó contra algo. El joven había dejado caer su kit y su rifle.

Taniel hurgó dentro de la bolsa a toda prisa, asegurándose de no quitarle la vista de encima al Guardián. Había un puñado de cargas de pólvora. Rompió el extremo de una de las cargas con los dedos y se echó una línea de pólvora negra sobre el dorso de la mano. El Guardián seguía comiendo la pólvora del cuerno. Se la estaba comiendo *toda*.

No tenía sentido, pero de alguna manera, aquel Guardián era un reflejo deformado del propio Taniel. Aquel Guardián era un mago de la pólvora. Taniel aspiró la pólvora.

Por unos momentos, pensó que iba a desmayarse. En los límites de su visión el mundo quedó a oscuras, pero luego todo se volvió repentinamente tan claro que hizo que le dolieran los ojos. Flexionó las manos, luego se tanteó el pecho. No le dolía. Apretó los dientes y tomó el rifle con ambas manos.

El Guardián se le echó encima sin advertencia alguna. Taniel dio un paso a un lado y cogió el cañón con ambas manos, alzando la culata por encima de su hombro, y lanzó un latigazo con el rifle que dio de lleno en el rostro del Guardián.

La culata de nogal se hizo pedazos y el Guardián cayó dando un golpe de lo más satisfactorio. La criatura se puso boca abajo y empujó con los brazos hasta quedar de rodillas, luego se lanzó hacia el pecho de Taniel.

Taniel retrocedió, intentando permanecer de pie. Le resultaría imposible hacer caer a un Guardián al suelo por la fuerza; al menos, si el Guardián se encontraba en un trance de pólvora. Taniel plantó un pie detrás de él para detener su retroceso y envolvió los brazos alrededor del abdomen del Guardián. Lo empujó para hacerlo perder

el equilibrio y lo soltó.

La criatura rodó y luego se puso de pie lentamente.

Su rostro era un amasijo de carne destrozada y astillas de madera. Le brotaba sangre de la nariz y de la boca, y tenía un ojo tan hinchado que no podía abrirlo. Le mostró los dientes a Taniel. Le faltaba media dentadura.

—¿Qué diablos eres? —dijo Taniel.

El Guardián inclinó la cabeza hacia un lado. Se levantó el cabello castaño, que llevaba atado en una coleta sobre el hombro derecho, y reveló la roncha roja y abultada. Le habían quemado en la piel la imagen de un rifle del largo de un dedo.

Era la marca que los Privilegiados keseños les hacían a los magos de la pólvora antes de ejecutarlos.

El Guardián soltó el cabello. Observó a Taniel por un momento, y luego miró hacia un lado. Ka-poel estaba agazapada allí, con su larga aguja en la mano. Le gruñó al Guardián.

—Pole, aléjate...

El Guardián brincó hacia Ka-poel. Se movía con una velocidad increíble, y cruzó la distancia en un abrir y cerrar de ojos.

Taniel era más rápido ahora que estaba en el trance de pólvora. Se lanzó contra el Guardián y vio que la criatura se retorció en el último momento. El puño de Taniel voló más allá del rostro del Guardián, y los dedos del Guardián volvieron a cerrarse con fuerza alrededor de su cuello.

Ahora el Guardián no intentaría asfixiarlo. Le retorcería el cuello y se lo quebraría como un niño rompe un fósforo.

Taniel le dio un puñetazo en el pecho al Guardián. Este gruñó levemente. Taniel lo golpeó una y otra vez, con la velocidad de un rayo. Sintió que los dedos del Guardián perdían fuerza. Ka-poel se arrojó sobre el Guardián. Él le dio un revés que la lanzó hacia los adoquines.

La visión periférica de Taniel se volvió roja. En su mente, vio el cuerpo de Ka-poel en la calle, con el cuello torcido en un ángulo equivocado, con los ojos sin vida clavados en el cielo.

De pronto, el Guardián comenzó a derrumbarse. Taniel apretó el puño, lo retiró...

Y se detuvo, horrorizado. Tenía la mano cubierta por la sangre negra del Guardián. Entre los dedos sostenía una de las gruesas costillas de la criatura, con la carne aún adherida. Bajó la mirada. El Guardián, ya abatido, tenía la mirada fija en él. Su abrigo estaba empapado de sangre.

Taniel volvió a tener la visión mental del cuerpo sin vida de Ka-poel y clavó la costilla en un ojo del Guardián.

Luego se quedó allí de pie, jadeando. Algo lo tocó y él casi lanzó un

alarido de lo tenso que tenía el cuerpo. Era Ka-poel. No estaba muerta. Colocó una de sus pequeñas manos en la de él, haciendo caso omiso a la sangre del Guardián.

—Nunca vi a un mago de la pólvora hacer eso —dijo Fell sin aliento, mientras se acercaba a ellos por la calle desierta.

La parte delantera del guardapolvo de la subsecretaria estaba cubierto de sangre negra, y también de un poco de la suya. Tenía una mejilla roja e hinchada, pero no parecía notarlo.

—¿Dónde está el otro Guardián? —preguntó Taniel.

—Huyó —dijo Fell.

—Tú no eres tan solo una subsecretaria —dijo Taniel, recordando el estilete que Fell, sin temor, había clavado en la garganta de un Guardián—. Los Guardianes no huyen.

—Este lo hizo cuando vio lo que le hicisteis a su amigo —dijo Fell—. Yo solo lo mantuve ocupado hasta entonces. —Se sorbió la nariz—. Vos no sois un mago de la pólvora común y corriente.

Taniel se miró las manos. Había atravesado la piel del Guardián de un puñetazo y le había arrancado una costilla. Nadie podía hacer eso. Ni siquiera él, en su trance de pólvora más intenso. Pero claro, quizá el asesino de un dios sí pudiera. Algo le había sucedido en el Pico del Sur.

—Supongo que no. —Miró la carnicería que había a su alrededor. Las personas más cercanas se encontraban a unos setenta y cinco metros, observando y señalando. Oyó los silbatos de la policía adrana que se acercaba—. Esto fue una trampa —dijo—. Una trampa de Kez. ¿Cómo es que están en la ciudad? Pensé que Tamas había acabado con el traidor de Charlemund y con su cómplice keseño.

—Así es —dijo Fell. Parecía preocupada.

Taniel tomó una carga de pólvora y cerró los ojos. Había regresado al trance de pólvora. Se sentía increíblemente. Sus sentidos estaban vivos. Podía oler cada aroma que flotaba en el aire, oír cada sonido de la calle.

Su corazón aún retumbaba por la pelea.

—Me voy —dijo tomando a Ka-poel de la mano.

—Ricard... —comenzó a decir Fell.

—Se puede ir al diablo —dijo Taniel—. Me iré hacia el sur. Si Tamas verdaderamente está muerto, y los keseños están convirtiendo magos de la pólvora en Guardianes, el ejército me necesita.

Tamas cabalgaba junto a Olem, a la cabeza de la Séptima Brigada. Detrás de ellos, la columna se extendía a lo largo del Gran Camino del Norte, que se elevaba y caía por las estribaciones de las montañas Adranas. Sus hombres ya estaban cansados, cubiertos de polvo, y la travesía para regresar a Adro casi no había comenzado.

Marchaban hacia el noroeste sin la protección de la niebla mágica de Mihali, que les había permitido escapar del ejército keseño hacía cuatro días. Hacia el este, la cordillera de las montañas Adranas recortaba el cielo con sus picos escarpados y cubiertos de nieve, mientras que el sofocante calor del verano abatía al ejército de Tamas. Hacia el sur y hacia el oeste, la Expansión Ámbar (el granero de los Nueve y la fuente de la gran riqueza de Kez) se extendía más allá de donde llegaba la vista.

Tamas habría preferido marchar a pie junto a sus hombres. Pero seguía teniendo punzadas de dolor en la pierna, y necesitaba poder recorrer rápido la columna. Bajo sus órdenes, muchos caballos de los oficiales habían sido redistribuidos a los centinelas y se habían unido a sus doscientos hombres de caballería para explorar.

—Nos estamos quedando sin comida —dijo Olem desde su caballo, junto a Tamas.

No era la primera vez que Olem mencionaba las raciones, y no sería la última.

—Lo sé —dijo Tamas.

Sus hombres contaban con el kit básico, que equivalía a una semana de raciones para el camino. No tenían seguidores de campamento ni caravana de suministros. Habían ido a paso ligero durante cuatro días, y a él no le cabía duda de que algunos de los muchachos ya habían terminado sus reservas, a pesar de las órdenes.

—Da la orden de reducir las raciones a la mitad —dijo Tamas.

—Ya lo hicimos, señor. —Olem masticaba nerviosamente la colilla de un cigarrillo.

—Hazlo de nuevo.

Tamas miró hacia el oeste. Era exasperante. Millones de hectáreas de granjas a la vista, al parecer a muy poca distancia. La realidad era que no podían estar más lejos. Las cosechas más cercanas podían estar a doce o trece kilómetros de distancia, y sin caminos que les permitieran llegar a ellas. No había forma de atravesar las estribaciones y llegar a la llanura, buscar comida con más de diez mil soldados y regresar al camino sin perder dos días completos de marcha.

Esa era la ventaja que les llevaban a los ejércitos keseños, y Tamas no podía arriesgarse a perderla, ni siquiera por comida.

—Organiza más equipos de aprovisionamiento —dijo Tamas—. De veinte hombres cada uno. Diles que, al explorar, no se alejen más de un kilómetro y medio del Camino del Norte.

—Tendremos que aminorar la marcha —dijo Olem. Escupió la colilla y llevó una mano al bolsillo en busca de otro cigarrillo, pero lo observó por un momento y lo volvió a guardar. Murmuró algo en voz baja.

—¿Disculpa? —preguntó Tamas.

—Dije que me quedaré sin cigarrillos tarde o temprano.

Los cigarrillos eran la menor de las preocupaciones de Tamas.

—Los hombres están exhaustos. —Se volvió sobre la montura para mirar la columna, que se extendía detrás de ellos—. No puedo obligarlos a ir paso ligero otro día. Si han podido avanzar tan rápido durante tanto tiempo es gracias a lo que quedaba de la comida de Mihali. —Olem hizo un saludo y avanzó por la columna.

Tamas deseaba que el dios los hubiera acompañado en la maniobra fallida de flanqueo. Pasó la mirada por el rostro de los soldados de la Séptima y de la Novena. En general, le devolvían la mirada. Aquellos eran hombres duros. Los mejores de los mejores. Habían recorrido cuarenta kilómetros por día durante cuatro días. La infantería de Kez hacía doce de promedio.

Tamas divisó un jinete que se acercaba a un lado de la columna. La figura parecía enorme, aun montada sobre un animal de la caballería.

Gavril.

Cuando su cuñado se acercó, Tamas saludó con el sombrero.

Gavril se limpió el sudor del rostro con la manga y bebió unos sorbos de su cantimplora. Ante el calor de las altas llanuras, se había quitado sus pieles roñosas de la Guardia de la Montaña y solo llevaba su chaleco descolorido de líder de la Guardia y unos pantalones azul oscuro de un viejo uniforme de caballería.

Gruñó un hola. No hizo un saludo. Eso habría sorprendido a Tamas.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Tamas.

—Detectamos a los keseños —dijo Gavril. Tampoco un “señor”.

Tamas sintió que el corazón se le subía a la garganta. Sabía que los keseños lo perseguían. Sería estúpido no darse cuenta de eso. Pero durante cuatro días no habían visto indicios de ellos.

—¿Y? —Tamas se llevó su propia cantimplora a los labios.

—Al menos dos brigadas de caballería keseña —respondió Gavril.

Tamas escupió el agua que tenía en la boca.

—¿Dijiste *brigadas*?

—Brigadas.

Tamas dejó escapar una bocanada temblorosa de aire.

—¿A qué distancia?

—Yo diría a unos noventa kilómetros.

—¿Te acercaste lo suficiente para hacer una cuenta precisa?

—No.

—¿A qué velocidad están cabalgando?

—No estoy seguro. La caballería de Kez llega a cubrir sesenta y cinco kilómetros en la llanura abierta si cabalgan rápido. Un ejército de ese tamaño, y en las estribaciones, cuarenta o quizá cincuenta kilómetros por día. —Eso significaba que, si Tamas permitía que sus

hombres descansaran y buscaran comida, los keseños los alcanzarían en siete días. Si Tamas tenía suerte—. En seis días llegaremos a la linde del bosque Hune Dora. El terreno será demasiado escarpado para que la caballería nos rodee. Podrán perseguirnos desde atrás, pero nada más. Al menos, hasta que lleguemos a los Dedos de Kresimir.

Tamas cerró los ojos, tratando de recordar la geografía del norte de Kez. Aquel había sido el lugar predilecto de Gavril, cuando aún era Jakola de Pensbrook, el mujeriego más famoso de todo Kez.

—Los Dedos de Kresimir —dijo Tamas. Conocía la ubicación, pero le sonaba familiar por ser algo más que tan solo una marca en el mapa...

—Camenir —dijo Gavril en voz baja.

A pesar del calor, Tamas sintió que un fragmento de hielo le recorría la columna. Tuvo una ráfaga de recuerdos, y se encontró una vez más de pie junto a una tumba poco profunda, cavada con las manos en el frío de la noche, junto a las aguas de un río embravecido. El final de un plan valiente (pero, en última instancia, fallido) y el escape más angustioso de toda la larga carrera de Tamas.

Gavril tiró de la parte delantera de su chaleco empapado de sudor.

—Pasaremos muy cerca de allí. Me detendré para presentar mis respetos.

—No creo que pueda encontrarlo —dijo Tamas, aunque sabía que era mentira. La ubicación de la tumba estaba marcada a fuego en su memoria.

—Yo sí puedo —dijo Gavril.

—Queda bastante apartado del camino. Si mal no recuerdo.

—Tú también te detendrás.

Tamas volvió a mirar su columna de soldados. Seguían avanzando, y una brisa ligera arrastraba el polvo que se elevaba sobre ellos.

—Tengo hombres marchando, Jakola —dijo—. No me detendré por nada.

Gavril se sorbió la nariz.

—Ahora me llamo “Gavril”, y sí, te detendrás. —Continuó hablando, sin darle la oportunidad a Tamas de objetar—. Puedes dejar atrás a los keseños en los Dedos. Solo tenemos que llegar al primer puente antes que ellos.

Los Dedos de Kresimir eran una serie de ríos profundos y muy turbulentos que se originaban en las montañas Adranas, alimentados por sus nieves. Eran imposibles de vadear, incluso a caballo. El Gran Camino del Norte los atravesaba por medio de una serie de puentes que habían sido construidos hacía casi cien años.

—Si es que podemos llegar al puente antes que ellos —dijo Tamas, agradecido por abandonar el tema de aquella tumba solitaria—. Y aun si lo logramos, la caballería puede ir hacia el oeste, rodear los ríos y

estar esperándonos cuando salgamos a las llanuras.

—Ya se te ocurrirá algo.

Tamas apretó los dientes. Tenía once mil soldados de infantería y doscientos de caballería, y solo una ventaja de cuatro días sobre un grupo de caballería keseña que bien podría contar con una fuerza equivalente a la suya. En una batalla campal, los dragones y los coraceros aventajaban por mucho a la infantería.

—Necesitamos comida —dijo Tamas.

Gavril miró hacia el oeste y los tentadores campos de trigo de la Expansión Ámbar.

—Si nos detenemos demasiado para buscar alimentos, la caballería nos alcanzará antes del bosque Hune Dora. Una vez en el bosque, habrá pocas granjas. Aquellos a quienes mandemos a cazar quizás obtengan ciervos y conejos, pero no será suficiente para todos.

—¿Y la ciudad?

Tamas recordaba que había un poblado justo al sur del bosque Hune Dora. No sabía si el bosque había tomado el nombre del poblado o si había sido a la inversa.

—Es bastante generoso llamarlo “ciudad” —dijo Gavril—. Tiene murallas, seguro, pero no puede haber más que unos pocos cientos de habitantes. Quizá podamos comprar o robar suficiente comida para un día o dos. —Hizo una pausa—. Espero que no estés planeando dejar todo el campo desprovisto. La gente de la zona ya sufre bastante. Ipille trata a sus siervos mucho peor que Manhouch.

—Un ejército necesita comida, Jak... Gavril.

Tamas miró hacia las montañas, casi sin ver los picos blancos. Tenía que equilibrar su ejército a la perfección. Necesitaban comida y seguridad. Si alcanzaban el bosque Hune Dora sin comida, sus hombres comenzarían a pasar hambre y desertarían. Si perdían demasiado tiempo para buscar comida, la caballería los alcanzaría antes de llegar al bosque y se encargaría de la columna completa.

Olem regresó de su tarea a medio galope y se colocó junto a Tamas y Gavril.

—Olem —dijo Tamas—. Haz la señal para que la columna se detenga. —Hizo una pausa para observar el campo. A la izquierda del camino, un campo cubierto de malas hierbas caía en pendiente hacia un barranco ubicado a poco menos de un kilómetro—. Aquí, este lugar servirá.

—¿Para qué, señor?

Tamas se armó de valor.

—Es hora de hablar con los hombres. Que se formen en hileras.

Llevó casi una hora informar a los últimos miembros de las columnas. Era tiempo perdido, pero hasta ese momento Tamas había dejado que los oficiales se encargaran de sus hombres y los

mantuvieran informados. Si quería retener el mando de aquel grupo (mantener su disciplina y lealtad durante las siguientes semanas), necesitaba hablarles él mismo.

Se colocó en el borde del camino y miró por la pendiente. El campo quedó todo pisoteado, y el verde fue reemplazado por el azul adrano, de pie en hileras como si fueran briznas de hierba.

Tamas sabía que muchos de aquellos soldados morirían sin llegar a su hogar.

—¡Atención! —gritó Olem.

Hubo un sonido perceptible de las piernas que se acomodaban y de las espaldas que se enderezaban; once mil soldados se pusieron firmes.

El mundo se quedó en silencio. Se levantó una brisa, que sopló desde las montañas y empujó suavemente contra la espalda de Tamas. En favor de sus soldados, ninguno de ellos extendió la mano hacia el sombrero.

—Soldados de la Séptima y de la Novena —comenzó, gritando para que todos lo oyeran—. Vosotros sabéis lo que sucedió. Sabéis que Budwiel ha caído y que los keseños están metiéndose en Adro, y que lo único que los mantiene a raya es el ejército adrano.

”Estoy afligido por Budwiel. Y sé que vosotros también lo estáis. Muchos os preguntáis por qué no nos quedamos a luchar. —Tamas hizo una pausa—. Nos superaban en número y en poder de fuego. La caída de las murallas de Budwiel hizo que nuestra estrategia quedara obsoleta y no podríamos haber ganado esa batalla. Como todos sabéis, yo no peleo en batallas que sé que no ganaré.

Hubo un murmullo de afirmación. El enfado que les causaba haber abandonado Budwiel se había apagado durante esos seis días. Ellos lo entendían. No había necesidad de seguir hablando de eso.

—Budwiel puede haber caído, pero Adro no. Os prometo, os *juro*, que Budwiel será vengada. ¡Regresaremos a Adro y nos uniremos a nuestros hermanos y defenderemos nuestra nación!

Una ovación se elevó entre los hombres. Para ser sincera, le faltaba entusiasmo, pero al menos era algo. Tamas levantó las manos para que hicieran silencio.

—Pero antes —dijo cuando el ruido se acalló— tenemos una peligrosa travesía por delante. No voy a mentiros. Tenemos poca comida, no tenemos caravana de suministros ni reabastecimiento. No hay refuerzos. Nuestra munición menguará y las noches serán frías. Estamos completamente solos en una tierra extranjera. En este mismo momento, el enemigo tiene sus perros detrás de nosotros.

”Tenemos a la caballería keseña sobre nuestra pista, compañeros. Coraceros y dragones, en una fuerza equivalente a la nuestra, como mínimo, y quizá más poderosa. Apostaría mi sombrero a que los encabeza Beon je Ipille, el hijo favorito del rey. Beon es un hombre

valiente, y no será fácil derrotarlo.

Tamas veía el miedo en los ojos de sus hombres. Dejó que lo contemplaran un momento, observando la sensación creciente de pánico. Y luego extendió una mano y señaló a sus hombres.

—Sois la Séptima y la Novena. Sois los mejores de Adro, y eso os convierte en la mejor infantería que el mundo haya visto. Para mí es un placer y un honor estar al mando en el campo de batalla y, si llega a suceder, morir con vosotros. Pero yo digo que no moriremos aquí, en territorio keseño.

”¡Que vengan los keseños! —rugió Tamas—. ¡Que envíen a sus mejores generales a por nosotros! ¡Que aumenten las probabilidades en nuestra contra! ¡Que nos caigan encima con toda su furia, porque estos sabuesos que nos pisan los talones pronto sabrán que somos leones!

Tamas terminó con la garganta irritada de tanto gritar y con el puño levantado sobre la cabeza.

Sus hombres tenían la mirada clavada en él. Nadie emitió un sonido. El corazón le retumbaba en los oídos, y entonces, entre las últimas hileras de las tropas reunidas, alguien gritó “¡Hurra!”.

Otra voz se le unió. Luego otra. Las voces se convirtieron en una ovación, luego en un grito de guerra, y once mil hombres levantaron su rifle sobre la cabeza y gritaron con actitud desafiante, y los herrajes y las espadas resonaron en un sonido que podría haber ahogado un cañonazo.

Esos eran sus hombres. Sus soldados. Sus hijos e hijas. Le sostendrían la mirada al propio diablo por él. Se apartó del camino para que no le vieran las lágrimas.

—Buen discurso, señor —dijo Olem, protegiendo un fósforo del viento mientras encendía un cigarrillo.

Tamas se aclaró la garganta.

—Quítate esa sonrisa del rostro, soldado.

—De inmediato, señor.

—Una vez que esto se apacigüe, haz que la cabeza de la columna comience a moverse. Necesitamos ganar más terreno antes de que caiga la noche.

Olem se fue a cumplir con su deber, y Tamas se tomó un momento para recomponerse. Miró hacia el sudeste. ¿Era su imaginación?, ¿o llegaba a ver movimiento en las estribaciones distantes? No. Los keseños no estaban tan cerca. Aún no.

Capítulo 10

Adamat había pasado la noche en la oscuridad, atado a una silla. En algún momento ya no había podido aguantarse más y se lo había hecho encima. El aire olía a orina, a moho y a tierra. Estaba en el sótano de un edificio que tenía mucho tránsito, y oía el crujido y los chirridos de los tablones del suelo mientras numerosos pies se movían sobre ellos.

Había comenzado a gritar cuando se despertó en completa oscuridad. Alguien había ido a decirle que se callara. Había reconocido la voz rasposa del ladrón y lo llamó maldito perro.

El ladrón se había ido riéndose para sí mismo.

La mañana había llegado hacía horas. Adamat se daba cuenta por la luz que entraba a través de las grietas del suelo que había sobre él. Oía su propio estómago refunfuñando por comida. Tenía la garganta seca y la lengua hinchada. Tenía dolores en el cuello, en las piernas y en la espalda por estar atado a la silla durante catorce horas o más.

El ungüento de ballena que había usado para alisarse las arrugas y ocultar su edad comenzaba a quemar. Se suponía que aquella sustancia debía limpiarse en menos de doce horas.

Adamat sintió que comenzaba a adormecerse y sacudió la cabeza para mantenerse despierto. Dormir en aquella situación era mortal. Necesitaba seguir despierto. Estar alerta. Tenía una herida en la cabeza. Necesitaba más luz para poder ver si sus ojos podían enfocar correctamente.

Era difícil darse cuenta de dónde estaba. Las voces por encima de él se oían apagadas, no sobresalía ningún olor específico, excepto el de su propia orina y el de la fría humedad del sótano.

Adamat oyó el crujido de una puerta y luego vio luz por el rabillo del ojo. Volvió la cabeza, un movimiento que le resultó doloroso, y vio que una lámpara bajaba meneándose por unas escaleras. Oía dos voces. Ninguna era la del ladrón.

—No ha dicho demasiado, más que haber llamado a Toak maldito perro —dijo un hombre. La voz era aguda y nasal—. No tenía nada en su cartera, solo un billete de cincuenta kranas y un bigote falso. Ni chequera ni identificación. Podría ser un poli.

Una voz le contestó por lo bajo. Adamat no pudo oírla.

—Bueno, sí —dijo la primera voz—. La mayoría de los polis llevan una marca de la ciudad encima, aun si están intentando arrestar a alguien. Podría ser uno de esos encubiertos. El mariscal de campo los estuvo usando para acabar con los espías keseños.

Otro murmullo como respuesta.

La primera voz sonó al borde del pánico cuando siguió hablando.

—No lo sabíamos —dijo—. Toak dijo que lo capturáramos, así que eso hicimos. Estaba siguiendo a la señorita de regreso a la casa.

El que hablaba se colocó delante de Adamat con la lámpara. La sostuvo frente a su rostro. No pudo evitar alejarse de la luz titilante de la vela. Parpadeó ante el brillo y trató de ver el rostro de quien hablaba y el del hombre que murmuraba. Podía ser Vetas. Vetas reconocería a Adamat en un segundo, y él sería hombre muerto, o algo peor.

—Mi nombre es Tinny —dijo la primera voz—. Levanta la vista y mira al jefe. —Tinny cogió a Adamat por la barbilla y le hizo volverse hacia la luz. Él juntó la flema que tenía en la garganta y se la escupió a Tinny en el ojo. Como recompensa obtuvo un fuerte golpe en el rostro que hizo que su silla cayera al suelo.

Adamat yacía de espaldas, con las manos aplastadas debajo de él y con estrellas flotándole en la visión. No pudo evitar lanzar un gemido de dolor. Se preguntó si no tendría las muñecas rotas.

—Levántalo —dijo la voz murmurante.

Tinny colgó la lámpara del techo y enderezó la silla de Adamat. Consideró darle un cabezazo, pero pensó que últimamente su cabeza había recibido suficiente daño.

—¿Qué queréis de mí? —Adamat intentó hacer que su voz saliera como un gruñido, pero la garganta seca no le permitió lograr más que un tono áspero.

—Eso depende —respondió la voz murmurante—. ¿Por qué seguías a la mujer del vestido rojo?

¿Por qué...? Entonces no era Vetas. O Vetas aún no lo había reconocido.

—No seguía a nadie —dijo Adamat. Intentó mantener un acento del noroeste—. Solo salí a hacer compras y a caminar.

—¿Sin identificación? ¿Con un bigote falso? Alúmbrale el rostro.

Tinny volvió a coger a Adamat por la barbilla y colocó la lámpara a su lado.

La voz murmurante lanzó una risita suave.

—Ah, si serás estúpido.

—¿Estúpido por qué? ¿Por salir a caminar? —dijo Adamat.

—No te decía a ti.

La lámpara se alejó del rostro de Adamat, y él llegó a ver a Tinny con claridad. Tenía los ojos muy abiertos y se había puesto pálido.

—Solo fue un error inocente, jefe. Os lo juro.

—Vete —murmuró la voz—. Espera. Dile al amo que tenemos al inspector Adamat.

Tinny volvió a colgar la lámpara del techo y se fue de la habitación. Adamat no pudo evitar el miedo helado que le trepó por la nuca. Entrecerró los ojos en la luz tenue, intentando ver el origen de ese murmullo.

—Adamat —le dijo de pronto la voz murmurante al oído.

Adamat se sobresaltó. No había oído que el hombre se moviera, y no había otra persona en aquel sótano húmedo.

—¿Quién? —dijo Adamat. Mantén la pose. Hazte el idiota. No dejes que te dobleguen.

Oyó un suave suspiro en el oído. De pronto, una hoja se apoyó contra su garganta expuesta.

Aún tenía el recuerdo demasiado vívido de tener una navaja pasando cerca de su garganta, no hacía más de dos meses. Se echó hacia atrás por instinto, dejando escapar un soplido. El cuchillo no lo siguió. Algo le tiró las muñecas atadas y de pronto estuvieron libres.

Se las masajeó para que recuperaran algo de sensibilidad y miró directo al frente. No se atrevía a suponer que lo habían liberado. En cualquier momento le podían clavar un cuchillo entre las costillas o cortarle la garganta. Sin duda, el hombre que tenía detrás estaba listo para cualquier movimiento repentino, e incluso si Adamat podía vencerlo en una pelea, se encontraba en un sótano, debajo del cuartel general de alguien.

Adamat aún no sabía dónde estaba. El murmullo pertenecía a alguien que lo reconocía, incluso con tan poca luz. Repasó cientos de nombres de distintos hombres, tratando de vincular un rostro con la voz, pero fue en vano.

Sintió, más que oyó, que la presencia volvía a colocarse frente a él. Le parecía distinguir una sombra corpulenta con una camisa sin mangas. Una cabeza calva brilló a la luz de la vela. *Definitivamente* no era lord Vetas.

Adamat intentó volver a enfocar la vista parpadeando y tomó una bocanada de aire. Se le atascó en la garganta cuando percibió un leve aroma a pimentón dulce y recordó un aroma similar en su propio hogar la misma noche en que lo atacaron los Barberos de la Calle Negra.

—Eunuco. —La palabra se escapó de su garganta junto a un suspiro

entrecortado de alivio. Sintió que el cuerpo se le aflojaba y presionaba las cuerdas que aún le amarraban los tobillos a la silla, pero se le volvió a tensar un momento después, cuando se dio cuenta de que el eunuco del Propietario bien podía estar aliado con lord Vetas.

El eunuco se volvió hacia Adamat.

—Por fin —dijo—. Dejamos la farsa. Ahora bien, ¿qué hacías siguiendo a la mujer del vestido rojo?

Adamat se sorbió la nariz. El olor de su propia orina era menos tolerable, de alguna manera, ahora que tenía las manos desatadas.

—Estaba trabajando —dijo.

—¿En qué?

—Yo respondo al mariscal de campo Tamas, y solo a él. Deberíais saberlo. —El eunuco se golpeteó la mandíbula con un dedo, estudiando a Adamat con sus ojos fríos y rasgados—. Estamos del mismo lado, ¿verdad? —dijo Adamat. La pregunta sonó un poco desesperada para su gusto.

—En algunos minutos mi amo habrá decidido qué hacer con vos. Si decide dejaros vivir, os sugiero que mantengáis este pequeño incidente en secreto.

—¿“Si”?

El eunuco se encogió de hombros.

—Quisiera saber si tenemos objetivos opuestos. Se corren rumores sobre vos, Adamat. Haberos encontrado donde lo hicimos puede significar una de dos cosas.

Adamat se quedó esperando a que el eunuco explicara cuáles eran esas dos cosas. No lo hizo.

—¿Que estoy con vosotros o que estoy en vuestra contra? —arriesgó Adamat.

—Estas cosas rara vez son tan simples como “con o contra”.

—Estaba siguiendo una corazonada —dijo Adamat—. Intentaba encontrar a alguien.

—¿A lord Vetas?

Adamat observó al eunuco durante algunos segundos muy largos. Ni un tic. Ningún indicio. Ninguna revelación involuntaria. El sujeto era tan imposible de penetrar como un mármol pulido. ¿El Propietario estaba trabajando con Vetas, proveyendo refuerzos y espías, como Adamat temía?

—Sí.

—¿Por qué?

Adamat se miró las manos. En la luz tenue llegaba a ver las marcas oscuras donde habían estado atadas. Aún podía mover los dedos. Debía sentirse agradecido por eso. Sabía que no sentiría el verdadero dolor hasta que intentara caminar. Volvió a mirar al eunuco.

Aún impenetrable. En aquella situación, la verdad podría hacer que

lo mataran.

Había cientos de mentiras que podría decirle. Adamat se consideraba un buen mentiroso. Pero también podrían matarlo por la mentira incorrecta, por muy bien que la dijera, o si el eunuco siquiera sospechaba que le mentía.

Era mejor decir la verdad.

—Secuestró a mi familia —dijo Adamat—. Me chantajeó, y aún tiene a mi esposa y a mi hijo mayor. Quiero recuperarlos y luego quiero matarlo lentamente.

—Demasiada violencia planeada por tratarse de un hombre de familia —dijo el eunuco.

Adamat se inclinó hacia delante.

—"Familia" —dijo—. Recordad esa palabra. No hay nada que haga surgir en un hombre la desesperación y la capacidad de ejercer violencia como poner en peligro a su familia.

—Interesante. —El eunuco no parecía conmovido.

Una puerta se abrió. El lado opuesto del sótano se llenó de luz y unos pasos descendieron por los peldaños.

—El amo dice que lo llevéis arriba, jefe —dijo Tinny.

El eunuco frunció el ceño.

—¿Ahora?

—Sí. Quiere verlo.

Adamat se alisó la pechera de su chaqueta mojada de orines. No pensó que podría estar más nervioso que cuando estaba sentado en un sótano atado a una silla a merced de vete a saber quién, pero lo estaba.

—¿Voy a reunirme con el Propietario?

—Así parece. —El eunuco extendió una mano y ayudó a Adamat a ponerse de pie—. No os preocupéis —le dijo—. En los Nueve hay solo tres hombres que conocen su rostro. Vos no seréis uno de ellos.

Eso no tranquilizó a Adamat. Se miró los pantalones, la mancha fría y húmeda que le pegaba la tela a las piernas.

—¿Y cómo…?

—Ah. —El eunuco le hizo un gesto a Tinny para que se acercara—. Adamat es ahora un huésped. Haz que un par de las muchachas lo aseen, y llévalo a ver al amo en veinte minutos.

Tinny pasó su peso de un pie al otro.

—Parecía muy insistente.

—¿Has visto la nueva alfombra del amo? —Tinny asintió vacilante con la cabeza—. ¿Y quieres que huela como este sótano?

—No, jefe.

—Que lo aseen y *luego* llévalo a ver al amo.

Lo primero que debía hacer Adamat era lograr alguna impresión de aquella nueva ubicación.

Estudió la decoración y la arquitectura, pero ambas le resultaron completamente inútiles. Bajo sus pies crujía un suelo de madera pulida. Las paredes eran de yeso sobre madera, y los candelabros eran de latón. Era un lugar amplio, pero recatadamente utilitario.

Adamat fue llevado a un baño que contaba con agua corriente caliente.

Un par de sirvientas le quitaron la ropa sin ceremonia y con tanta rapidez que no pudo protestar por la indecencia de todo aquel asunto.

Cuando el eunuco dio la orden de que un par de muchachas lo bañaran, Adamat había pensado que serían prostitutas. Aquellas eran lavanderas corpulentas.

Le restregaron la espalda y el cabello a toda prisa, le echaron agua fría para enjuagar el jabón y le ofrecieron un nuevo par de pantalones. Cuando Adamat salió del baño, las mismas dos mujeres le peinaron y le colocaron el cuello de la camisa.

Tinny esperaba en la puerta. Con mejor luz, Adamat pudo ver que se trataba de un hombre enclenque de mediana estatura. Llevaba un abrigo cruzado de doble botonadura y con colas cuadradas y un corbatín almidonado.

La chaqueta, los pantalones color crema y las botas que le llegaban a las rodillas eran tan increíblemente ordinarios que Adamat dudaba ser capaz de detectar a Tinny en la calle, en una hilera de hombres, a pesar de haber memorizado su rostro.

Ese era el don de Adamat, después de todo. Nunca olvidaba un rostro, y tampoco olvidaría el del Propietario. Una mirada rápida era todo lo que necesitaba.

Tinny le entregó a Adamat su cartera.

Adamat la abrió. El billete de cincuenta kranas seguía dentro. Junto al bigote falso.

Adamat tomó la chaqueta que le ofrecía una de las mujeres y guardó la cartera dentro. Lo hizo todo sin desviar la mirada de Tinny. El hombre le devolvió la mirada con una leve sonrisa burlona, y miró a Adamat de arriba abajo.

—Así estaréis bien —dijo Tinny—. Al menos ya no oléis a orina. —Le sonrió con malicia—. Tenéis una marca en el rostro.

Donde Tinny lo había golpeado. Encantador.

—Veo que tú te has limpiado la saliva.

La sonrisa de Tinny se convirtió en una mueca. Cogió a Adamat de la chaqueta. En voz baja dijo: —Si el amo me lo ordena, os coseré a puñaladas. Me llevará tres días mataros. Sé quién sois vos. Poli. No me gustan los de vuestra clase.

Tan de cerca, Adamat percibió el olor a vino en el aliento de Tinny. Antes no lo había olido. ¿Tinny estaba tan aterrorizado del eunuco que había ido a por un trago? Interesante. Pero lo más interesante era

la manera en que Tinny estaba de pie; se inclinaba levemente hacia la izquierda, bien a causa de tener la pierna izquierda más corta que la derecha o de descargar la derecha por alguna herida.

Adamat tiró de la chaqueta para que Tinny lo soltara.

—Después de vos —dijo Tinny.

—Por favor. —Adamat hizo un gesto hacia delante con la mano.

Tinny le hizo una reverencia burlona y salió al corredor.

Adamat le observó las piernas. Cojeaba, definitivamente, descargando la pierna derecha.

Lo atacó sin advertencia, su bota impactó con firmeza contra el lado de la pierna derecha de Tinny. Este se inclinó de lado, y Adamat le tapó la boca con la mano para acallar su grito de sorpresa. Luego le aplicó casi todo su peso y lo hizo descender hasta el suelo, y le colocó una mano firme en la garganta.

—Nunca amenaces con matar a un hombre a menos que sepas sin lugar a duda que tendrás la oportunidad de hacerlo —le susurró Adamat—. Me pasé todo el verano con las personas más poderosas de los Nueve respirándome en la nuca. ¿Crees que me importa un lacayo cojo? ¿Crees que tengo tiempo para ti? Voy a hablar con tu amo. Si las cosas van mal, me matará, no me cabe duda. Pero te prometo que, si me dejan solo en una habitación contigo, no importará cuán bien me aten; me soltaré y te mataré.

Adamat soltó el cuello y la boca de Tinny.

Los distintos tipos de hombre respondían de manera diferente frente a aquellos que tenían poder sobre ellos. Algunos se enfadaban. Algunos lo aceptaban en silencio. Algunos quedaban tan aterrorizados que creían cualquier cosa que se les dijera, sin importar lo disparatada que fuese.

Por la mirada de Tinny, Adamat supuso que él pertenecía al último grupo.

Adamat se dirigió al gran salón. Le dolía todo el cuerpo por haber pasado la noche atado a una silla, y se esforzó para ocultar su propia cojera. Pasó por delante de una docena de hombres y mujeres. Todos vestidos de manera corriente, al igual que Tinny. Probablemente fueran mensajeros y cosas por el estilo.

Adamat había estado en los cuarteles de quizás media docena de jefes criminales. Cada uno de ellos había sido un opulento palacio o un antro de perversión plagado de escoria. El centro de operaciones del Propietario era tan corriente que Adamat estaba casi estupefacto. Por lo que llegaba a ver, bien podría haberse tratado de las oficinas de algún noble poderoso, pero consciente del dinero.

En el gran salón había algunos matones. Hombres corpulentos que ponían mala cara a todo el mundo, con pistolas en los cinturones. Flanqueaban las ventanas y la puerta del frente. Adamat vio una

mujer a la que reconoció, una madama de un prostíbulo del este de Adopest que una vez le había dicho dónde encontrar a un asesino. Llevaba sus mejores galas y estaba sentada en una banca junto a la puerta de entrada. Parecía una niña esperando ver al director de la escuela.

Alguien cogió a Adamat del brazo. Él mismo se sorprendió de no sobresaltarse; se volvió y le clavó la mirada a uno de los enormes matones.

Antes de que el hombre pudiera hablar, Adamat dijo: —Estoy buscando al eunuco. Ordenó que me bañaran y parece que he perdido a mi guía. Debo reunirme con el Propietario ahora mismo.

El matón abrió la boca y luego la cerró. Pareció pensárselo.

Obviamente, no se había esperado aquello.

—Adamat —dijo una voz.

El eunuco atravesó el gran salón y le hizo un gesto con la cabeza al matón. A la luz del día, Adamat vio que llevaba un traje marrón hecho a medida, con faldones largos y un pañuelo color esmeralda. El grandullón se alejó y Adamat se dejó guiar por el eunuco por un corredor lateral.

—¿Dónde está Tinny? —preguntó el eunuco.

—Se tropezó. Cayó por una escalera. Le dije que yo me las arreglaría para encontrarme con vos.

—Ah. —No parecía que el eunuco fuera a poner en duda la historia de Adamat—. Bueno, si entráis, el amo os verá ahora.

Se habían detenido frente a una puerta situada a un lado del corredor.

Una puerta corriente. Sin adornos. Adamat miró a un lado y al otro del corredor.

—¿Aquí?

—Sí.

—Ya veo.

—¿Esperabais otra cosa? —preguntó el eunuco—. ¿Algo más imponente, tal vez?

Adamat estudió el decorado sencillo del salón, y vio a una mujer con una pila de papeles en los brazos; llevaba un vestido largo y sencillo de aspecto tan ordinario que le hizo daño al cerebro.

—No, supongo que no.

El eunuco golpeó la puerta.

—Adelante —ordenó una voz bruscamente.

Adamat entró a la sala y cerró la puerta detrás de él.

Para su sorpresa, el lugar estaba muy bien iluminado. Era un despacho de tamaño considerable, con paneles de madera fina, ventanas de arco alto y un hogar enmarcado por una mampostería ornamentada. Junto al hogar, no muy lejos de la puerta, había dos

sillas bastante desgastadas. En el otro extremo de la sala había un escritorio ancho, cubierto parcialmente por un biombo. Adamat notó que, salvo por la fina alfombra que había en el suelo, no había adorno alguno.

Junto al escritorio estaba sentada una mujer de aspecto severo, de mandíbula marcada y patas de gallo pronunciadas. Su postura era perfecta, y su vestido caía liso sobre sus piernas. En el regazo tenía una bufanda a medio tejer.

—¿Inspector Adamat? —preguntó la mujer.

Adamat asintió con la cabeza, mirando el biombo con curiosidad. Detrás del biombo se oían los arañazos de una pluma.

—Mi nombre es Amber —dijo la mujer. Al decirlo, lo pronunció "ambe"—. Lo primero que debéis saber es que si veis el rostro del amo, incluso por accidente, moriréis. —De pronto, Adamat sintió menos curiosidad por lo que había detrás del biombo—. Sentaos —ordenó la mujer, señalando una de las sillas que había junto al fuego.

Adamat se sentó.

Amber continuó.

—Yo hablo por el amo. Soy su portavoz, y vos podéis dirigiros a mí como si yo fuera él, y yo hablaré con vos como si yo misma fuera él. Ahora bien, quisiera disculparme por la noche que habéis pasado en nuestro sótano. Fue algo muy lamentable.

Los sonidos de pluma se habían detenido. Adamat notó que Amber ya no miraba hacia él, sino hacia detrás del biombo. ¿Leía alguna clase de lengua de señas por parte del amo?

—Algo absolutamente desagradable, os lo aseguro.

—Vayamos al asunto que nos ocupa —dijo el Propietario por medio de Amber—. Hay un hombre llamado lord Vetas que le ha estado causando una cantidad considerable de problemas a mi organización.

—No conozco ese nombre —mintió Adamat, preguntándose por qué se molestaba en hacerlo. Ya le había hablado al eunuco sobre Vetas y su familia.

—Vamos. Tamas lo ha mantenido muy en secreto, pero el nombre pasó por los más altos niveles de su gabinete militar. Junto con el vuestro. Me parecería demasiada coincidencia que mis hombres se toparan con vos mientras seguíais a una espía de Vetas.

—Han sucedido cosas más extrañas —dijo Adamat.

—¿Como que Taniel Dos Tiros, un célebre héroe de guerra, le dé un balazo en medio del ojo a un dios en la cima del Pico del Sur? —dijo el Propietario—. ¿O que el mariscal de campo Tamas, uno de los hombres más razonables de Adro, declare que un chef es el dios de Adro?

Adamat tamborileó con los dedos sobre la pernera del pantalón y

observó a Amber mientras ella miraba detrás del biombo. Era desconcertante llevar a cabo una conversación de esa manera, pero no parecía haber alternativa.

—No creéis en esa estupidez, ¿verdad?

—No dije que lo creyera —dijo el Propietario a través de su intérprete—. Solo tiendo a creer en los hechos innegables, pero si solo *actuara* basándome en hechos innegables, no estaría aquí. La mitad de mi negocio se basa en los murmullos y los rumores. En la información.

—La información es poder —admitió Adamat—. Y, sin duda, os habéis ganado la vida bastante bien.

—No solo es poder, también es dinero. Pero os daré esta información gratis: el mariscal de campo Tamas está muerto.

Adamat juntó las manos para ocultar el repentino temblor de sus dedos. ¿Eso era verdad? ¿Podía estar muerto el mariscal de campo? Si así era, Adamat se encontraba de pronto sin mecenas. Su campaña contra lord Vetas ya contaba con muy poco respaldo, por tratarse de un hombre tan peligroso, pero dieciséis soldados y una chequera en blanco no eran para nada despreciables. Adamat dudaba poder atacar a Vetas por su cuenta.

—¿Cómo lo sabéis? —dijo Adamat cuando sintió que podía volver a hablar. Le tembló la voz.

—Esta mañana recibí esta misiva del general Hilanska, de la Segunda Brigada. —Una mano se extendió desde detrás del biombo y le dio una nota a Amber. Ella, a su vez, se la entregó a Adamat—. Supongo que los otros miembros de la junta (lady Winceslav, Prime Lektor, Ondraus el tesorero y Ricard Tumblar) recibieron la misma nota.

Adamat quitó la cinta de seda de la nota y la desenrolló. Las letras eran adranas, pero el único párrafo que había era un gran sinsentido.

—¿Está en clave? —dijo Adamat.

—Así es. Dice…

Adamat lo interrumpió.

—Que Kresimir ha regresado y que el mariscal de campo Tamas quedó atrapado tras las líneas enemigas con solo dos brigadas. Se lo da por muerto.

El Propietario se quedó en silencio. Amber se quedó mirando detrás del biombo durante unos momentos. Abrió un poco más los ojos antes de dar la respuesta del Propietario.

—Eso fue… impresionante.

Adamat le devolvió la misiva a Amber.

—Una memoria perfecta hace que resolver claves sea muy fácil. Me pasé dos veranos, cuando niño, memorizando las claves de más de cuatrocientos códigos, comunes y no tan comunes. Este es extremadamente infrecuente, pero yo no olvido. Kresimir. Pensé que

Taniel Dos Tiros le había dado un balazo en el ojo.

—Dioses. Rumores. He levantado este imperio en el hampa de Adro sacando muy buenas conjeturas, y mi conjetura en este caso es que el general Hilanska no diría tal cosa a menos que la creyera por completo.

Adamat se reclinó hacia atrás. Observó el biombo, sintiéndose menos intimidado por algún motivo. ¿Qué había detrás de ese biombo? ¿Qué clase de persona? La mano que Adamat había visto asomándose era vieja, obviamente masculina, con las uñas cuidadas. El Propietario no se pasaba toda la vida detrás de un biombo. En otro lado, tenía una identidad diferente.

Una identidad que le permitía moverse en público.

—Solo un puñado de personas de Adopest están al tanto de esta información —dijo Adamat—. ¿Por qué me la dais a mí?

El Propietario pareció vacilar.

—Porque os deja disponible. Tamas era vuestro empleador.

—¿Y vos queréis contratarme? —Adamat sintió que se le erizaba el cabello. En toda su vida, nunca pensó que recibiría una oferta de trabajo del mismísimo Propietario.

—Ricard Tumblar os pedirá que lo ayudéis con su campaña por el nuevo ministerio. Os ofrecerá una buena paga. Yo puedo pagar mejor. Fuera de eso, ¿a qué otra cosa os podríais dedicar? ¿Regresaríais a la fuerza policial? No creo que deseéis recorrer las calles en uniforme durante los próximos años.

—¿Para qué me contrataríais?

—Eso me lleva de regreso a la primera pregunta. ¿Qué interés tenéis en lord Vetas?

Adamat inclinó la cabeza hacia un lado. El Propietario no sabía nada sobre la esposa de Adamat. Lo que significaba que el eunuco todavía no se lo había dicho. Lo que significaba que el Propietario no estaba trabajando para lord Vetas o que no eran tan cercanos y que, por ende, Vetas no le había dicho nada sobre Adamat.

—Tiene a mi esposa. Lo voy a encontrar, voy a rescatar a mi esposa y voy a matar a lord Vetas.

Adamat oyó una pequeña risita que provenía de detrás del biombo. No pudo evitar fruncir el ceño.

—Perfecto —dijo el Propietario a través de Amber—. Absolutamente perfecto.

—¿Por qué os importa lord Vetas a vos?

—Como dije, le ha estado causando problemas a mi organización.

—¿Qué clase de problemas?

—La clase de problemas que no puedo resolver sin hacer mucho ruido. Él cuenta con al menos sesenta matones, y uno de ellos es un Privilegiado.

El corazón de Adamat dio un salto. ¿Un Privilegiado? Diablos. ¿Cómo podría lidiar con algo como eso?

—Me ayudaría si fuerais más específico sobre los problemas.

—Ninguno os concierne.

Adamat volvió a alisarse la pechera de la camisa.

—¿Una guerra territorial, tal vez? ¿Vetas entrometiéndose en vuestras fuentes de ingreso? ¿Levantando el avispero en el hampa? ¿Robándoos a vuestros empleados, tal vez?

Eso explicaría por qué Roja el Zorro era uno de los guardias que había tenido como rehenes a los niños; pero si Roja se había pasado al bando de Vetas *sin* la autorización del Propietario, quería decir que Roja pensaba que Vetas era el más poderoso de los dos.

Un pensamiento verdaderamente aterrador.

—Ninguno —dijo el Propietario, y la traducción de Amber se tornó un tanto fría— os concierne. Esta reunión ha terminado. Podéis iros.

Adamat parpadeó sorprendido ante lo repentino del asunto.

—¿No queréis contratarme?

—Ya no.

—¿Y no vais a matarme?

—No. Fuera.

Adamat se puso de pie y estudió la sala una vez más, evitando enfocar su atención en el biombo. Todo lo que había allí era de una gran calidad, pero no había nada artesanal. Los paneles eran fresados; los candelabros, de segunda mano. Incluso el escritorio parecía ser de esos fabricados de a docenas por día en una gran carpintería. Nada que se pudiera rastrear.

Excepto la alfombra. Gurla, a juzgar por su diseño, con fibras finamente entrelazadas, incluso a los ojos de alguien sin experiencia.

Adamat buscó un pañuelo en el interior de su chaqueta. Se sonó la nariz ruidosamente y lo dejó caer, luego se inclinó y lo tomó del suelo, asegurándose de desviar la mirada del escritorio del Propietario.

Cuando se puso de pie, Amber aún tenía esa mirada expectante que le decía que ya no era bienvenido. Ella miró hacia la puerta y él asintió con la cabeza.

Afuera, el eunuco se encontraba junto a la puerta.

—Quedaos aquí —dijo mientras entraba a la oficina del Propietario.

Adamat se tomó ese momento de soledad para estudiar las fibras que tenía entre los dedos. Solo eran unas pocas, arrugadas y secas. No podía distinguirlas de la pelusa de su bolsillo. Pero conocía a una mujer que quizá pudiera identificarlas.

El eunuco salió de la oficina y cerró la puerta detrás de él con un chasquido. Parecía preocupado.

—Podéis iros —le dijo—. Por supuesto, no podemos permitir que

salgáis por la puerta delantera. Quedaos con la ropa.

Adamat abrió la boca para responder cuando alguien lo aferró por detrás. Le apoyaron un trapo sobre la boca y la nariz, y lo último que llegó a recordar fue el olor penetrante del éter.

Capítulo 11

Unos cañonazos distantes despertaron a Taniel. Había estado dormitando con las riendas en la mano.

Unos pensamientos oscuros le rondaban la mente, densos como las nubes de humo del fumadero de mala. Aún podía ver al Guardián comiendo pólvora negra. Aún podía sentir la fuerza aumentada por la pólvora de los miembros retorcidos de aquel monstruo. ¿Cómo podían los keseños haber hecho una de esas criaturas a partir de un mago de la pólvora? Por lo que sabía de los Guardianes y de los Privilegiados, eso parecía imposible.

Al igual que apuñalar a un Guardián con su propia costilla después de arrancársela del pecho, claro.

La sensación repentina de estar cayendo lo hizo aferrarse con pánico al cuerno de la montura, lo que asustó al caballo. El mundo pareció girar a su alrededor. Tomó varias bocanadas de aire profundas y entrecortadas. Incluso cuando notó que no se estaba cayendo de verdad, el corazón siguió latiéndole acelerado. Cinco días sin mala. Le temblaban las manos, tenía la boca seca y la cabeza le palpitaba. El calor del sol no ayudaba para nada.

De pronto, una mano fresca le tocó la mejilla. Ka-poel iba sentada detrás en la montura. Había pasado casi todo el viaje con los brazos rodeando la cintura de Taniel porque no sabía cómo montar un caballo. Debería de haber sido muy incómodo tenerla aferrada con ese calor, pero, en cierto modo, era lo único que lo aliviaba.

Claro, no se lo admitiría a ella.

Era temprano por la tarde, y las montañas se iban acercando a cada lado a medida que se adentraban en el Camino de Surkov. Habían pasado la noche en Fendale, una gran ciudad de unos cien mil habitantes que había pasado a tener el cuádruple de eso a causa de las reservas del Ejército y de los refugiados de Budwiel.

El poco tiempo que Taniel había logrado dormir en Fendale había

sido con un sueño inquieto y plagado de pesadillas. Una vez había leído que la única manera de dormir después de hacerse adicto a la mala era con más mala.

Ka-poel le quitó la mano de la mejilla; él lo lamentó de inmediato, y eso le hizo sentirse decididamente incómodo. ¿Qué iba a hacer con aquella muchacha? Ella parecía pensar que él le pertenecía de alguna manera. Suponía que podría acostarse con ella, pero pensar en eso lo hacía tener... sentimientos encontrados. Ella era una salvaje, y su sirvienta. Una compañera y nada más. No había una sola persona en la alta sociedad adrana que no lo considerase completamente inapropiado.

Pero ¿cuándo le había importado a él lo que la sociedad consideraba apropiado?, se recordó a sí mismo. ¿Y una salvaje? Taniel había visto la hechicería de Ka-poel. Ella le había salvado la vida varias veces. Ella era cualquier cosa, menos "tan solo una muchacha salvaje".

Taniel parpadeó para intentar liberarse de la niebla que se le extendía en la mente, pero no tuvo éxito. Quedarse dormido de esa manera podía ser peligroso. Llegarían al frente al otro día por la noche, y allí tendría que averiguar si quedaba algún otro mago de la pólvora en el Ejército, y si había noticias de su padre. Y, por supuesto, tendría que presentarse ante... ¿ante quién? Taniel nunca se había presentado ante nadie más que el mariscal de campo Tamas.

¿Podía Tamas estar realmente muerto? Taniel se sorprendió al sentir un nudo en la garganta al pensar en eso. Él amaba a su padre, y hasta lo admiraba, pero Tamas no le caía bien, y nunca habían estado demasiado cerca. Después de todo, el viejo desgraciado le había ordenado matar a su mejor amigo. Taniel ni siquiera sabía dónde estaba Bo en ese momento. Tal vez había muerto en la montaña, o había sido ejecutado por Tamas semanas atrás.

Taniel esperaba que ambos estuvieran con vida, tanto Tamas como Bo. Aún había cosas que necesitaban ser dichas.

Y en cuanto a Ka-poel... Respeto. Eso era todo lo que Taniel sentía. Y una sensación de desesperanza, pues Tamas había sido la mejor apuesta para que Adro ganara la guerra.

Se detuvieron a descansar en uno de los tantos pueblecitos que había en el Camino de Surkov entre Fendale y Budwiel. En circunstancias normales, un pueblo como aquel tendría unos pocos miles de residentes. En aquellos tiempos de guerra, estaba desbordado. Las caravanas de suministros fluían a través de la ciudad, y las reservas de infantería recorrían las calles de uniforme, disfrutando algunos días lejos del frente de batalla. Taniel observó pasar decenas de carros que llevaban soldados muertos y heridos desde el frente. Había visto cientos de esos carros desde su partida de Adopest. No era

un buen presagio para la guerra.

—Capitán, si me seguís ignorando un segundo más, os haré azotar. —Ka-poel, que estaba sentada junto a él sobre una ladera con hierba mientras almorzaban, le dio un codazo a Taniel en las costillas. Él levantó la mirada, genuinamente sorprendido de que alguien le estuviera hablando. Un coronel a caballo, con sus rasgos estrechos retorcidos en una mueca. Señaló a Taniel con su fusta—. Capitán, ¿a qué brigada pertenecéis? —Le dio a Taniel un momento para responder, y luego dijo—: Quitaos esa expresión estúpida del rostro. ¿Es una pregunta tan difícil de responder?

—A ninguna —dijo Taniel.

—A ning... ¿Sois idiota? ¿Sois capitán del ejército adrano o no? ¡Cuidado como respondéis, muchacho, u os haré arrestar por haceros pasar por un oficial!

Taniel tanteó las estrellas de capitán que tenía en la solapa. Eran de oro, pues había usado sus botones de plata para comprar mala, y aquellas eran el único reemplazo que había conseguido con tan poca anticipación. Tenía su insignia de barril de pólvora en el bolsillo. ¿Quién diablos era ese hombre? Taniel nunca le había dado explicaciones a nadie, más que al mariscal de campo. Supuso que, técnicamente, estaba vinculado a una brigada. ¿La Séptima, tal vez?

Taniel se encogió de hombros.

El rostro del coronel se puso rojo.

—¡Mayor!

Una mujer de unos treinta y tantos años se acercó con su caballo hasta el coronel.

—¿Señor?

Tenía el perlo castaño y largo peinado en una trenza, y un rostro delgado con un lunar en la mejilla izquierda. Le hizo un saludo al coronel y miró a Taniel.

—Arresta a este hombre —dijo el coronel.

—¿Cargos, señor?

—Faltarle el respeto a un oficial superior. No me saludó, ni respondió mis preguntas, ni se puso de pie ante mi presencia.

La mayor descendió del caballo y le hizo un gesto a un par de soldados perfectamente uniformados para que se acercaran.

Taniel observó a los tres mientras se acercaban. Tomó un bocado de cordero y queso y masticó lentamente.

—Poneos de pie, capitán —dijo la mayor. Cuando Taniel no respondió, le hizo un gesto con la cabeza a uno de los soldados. Él se inclinó para coger a Taniel del brazo.

Taniel levantó la pistola de su regazo, la amartilló y apuntó al soldado.

—Mala idea, soldado. —Taniel casi sonrió al ver la expresión en el

rostro de la mayor y del coronel, pero dudaba que eso hubiese mejorado su situación.

—Eh, señor —dijo uno de los soldados—, ¿sois vos Taniel Dos Tiros?

—Sí —dijo Taniel—. Así es.

—Yo estuve en la Séptima. Es un placer conoceros, señor, pero parece que debemos arrestaros.

Taniel le clavó la mirada a la mayor.

—Eso no va a suceder hoy.

La mayor retrocedió un momento y habló en voz baja con el coronel. Unos momentos después, el coronel asintió con la cabeza y la mayor y los soldados recibieron la orden de retirarse.

Taniel siguió almorzando, y se dio cuenta de que el coronel seguía sobre su caballo, a no más de tres metros de él. El hombre se acercó un poco. Taniel levantó la mirada. No estaba de humor para aquello.

La expresión del coronel seguía siendo de desaprobación.

—Mis disculpas, capitán, no os reconocí. Ya nos habíamos visto antes, pero fue hace años. Vuestro padre era un gran hombre.

Taniel tragó un bocado. ¿Cómo debía responder a eso?

—Sí, lo era.

—Capitán, debo advertiros algo. El mariscal de campo era bastante indulgente con todos sus soldados, sobre todo con sus magos. Tras su muerte, hubo un cambio de política en ese sentido. Dudo que el Estado Mayor haga una excepción por vos, aun con vuestra reputación. Si volvéis a apuntar con vuestra pistola a un oficial de rango, seréis...

—¿Fusilado? —preguntó Taniel, incapaz de evitar una sonrisa de satisfacción.

El coronel hizo una mueca.

—Colgado.

—Gracias por la advertencia. *Señor*.

El coronel le hizo un gesto con la cabeza.

—Me alegra saber que os habéis recuperado, capitán. Os necesitamos en el frente. —Se quedó allí un momento, como si esperara que Taniel se pusiera de pie y lo saludara. Si era por Taniel, el sujeto podría haber esperado todo el día. Después de casi un minuto, hizo girar a su caballo y se alejó al trote.

Taniel no pudo evitar preguntarse por qué el coronel no se encontraba en el frente con el resto del ejército.

—Pole —dijo—. No sé si sea buena idea que vengas conmigo.

Ella le puso los ojos en blanco.

—Hablo en serio, Pole. Es una zona de guerra. Sé que ya has estado en una guerra. —Diablos, ella había estado con él enfrentándose al mismo Gran Ejército keseño hacía solo un par de meses. Él la había

visto masacrar a media camarilla real keseña en el Pico del Sur—. Pero me he sentido... extraño desde que me hiciste regresar. No sé qué es lo que haré. Preferiría que no murieses por culpa mía.

Taniel volvió a recordar la sangre que ella tenía en las manos cuando él despertó del coma. Había visto soldados muertos y un hombre que él creyó que debía reconocer inconsciente en el suelo. Ka-poel había intentado explicárselo con gestos de las manos. Taniel llegó a la conclusión de que ella había intercambiado una vida por la suya. No sabía de quién, pero pensar en eso le ponía enfermo.

Ka-poel le quitó el trozo de queso de la mano y se lo echó a la boca. Esa parecía ser toda la respuesta que Taniel obtendría.

—Bueno —dijo—. Tenía que intentarlo. Será bueno tenerte a mi lado.

Ka-poel frunció los labios en una sonrisa socarrona.

—A mi *lado*, Ka-poel. Yo no...

Ella se llevó un dedo a los labios, y su sonrisa se ensanchó.

—No les gustará que estés conmigo —dijo él—. Hay algunas mujeres soldado, y la confraternización está estrictamente prohibida. Sucede todo el tiempo, por supuesto, pero los oficiales prefieren mantener las apariencias. Quizás intenten hacerte dormir en otra tienda.

Ka-poel extendió las manos, como en una expresión de pregunta.

—¿Qué? ¿La confraternización? Ya sabes. Hombres y mujeres... juntos. En la intimidad.

Ella señaló entre ellos y luego hizo un movimiento de corte con la mano. “Pero nosotros no estamos juntos”. Su sonrisa hizo que el movimiento pareciera una burla, como cuando un niño niega haber hecho algo malo cuando lo atraparon haciéndolo.

Eso hizo que el corazón de Taniel latiera más rápido, y sintió que se estaba ruborizando.

—Bien, niña, nos vamos ya. Después de que vaya a mear.

Cuando él regresó al caballo, la encontró ya sentada sobre la montura, pero tirada hacia delante, como si esperara que él se sentara detrás de ella.

—Muévete hacia atrás —le dijo.

No le hizo caso. Él se subió a la montura y se colocó detrás de ella, y para tomar las riendas, no le quedó otra que envolver con sus brazos la cintura de Ka-poel. Ella se acurrucó contra su pecho y él chasqueó las riendas dando un suspiro.

La cantidad de gente que circulaba por el camino fue aumentando a medida que se acercaban más y más al frente. Durante los últimos quince kilómetros había tantas tiendas que cubrían el valle completo de un lado al otro. Parecía un mar de gente; había todo tipo de profesiones, desde soldados hasta putas. Taniel vio soldados con

galones de casi todas las brigadas de Adro, incluyendo todas las de las Alas de Adom, los mercenarios de lady Winceslav. Para ese entonces, ella debía de saber que Tamas estaba muerto. Taniel se preguntó si retiraría a sus mercenarios de la guerra.

El camino parecía desaparecer debajo de la multitud, y Taniel sabía que solo estaban a una tormenta de que aquello se convirtiera en un lodazal de porquería. El río Bajo Ad atravesaba el lugar; un chiquero sucio tapado con los desperdicios de cientos de miles de personas. Había barcazas amarradas aquí y allá a lo largo del río; embarcaciones de suministros que provenían de Adopest y que seguramente llevaban comida, armas y nuevos reclutas.

Las tiendas pasaron a estar un poco más ordenadas cuando Taniel llegó finalmente al ejército de verdad. Nunca pensó que desearía volver a ver líneas rectas y disciplina, pero después de tener que atravesar los últimos kilómetros, se alegraba de haber dejado atrás a las reservas y a los parásitos.

Durante todo el recorrido por el Camino de Surkov, los cañonazos habían retumbado todos juntos como truenos en la distancia. En ese momento podía distinguir las explosiones individuales. Al parecer, los artilleros trabajaban a tiempo completo.

Eso no lo sorprendía; él había visto al gran ejército keseño.

Lo que sí lo sorprendió fueron los estruendos y chispazos de hechicería que detectó al acercarse. Había Privilegiados luchando en el frente, en ambos bandos. La mayor parte de la Camarilla de Kez había sido eliminada por Ka-poel en la batalla por el Pico del Sur o en Kresim Kurga. ¿Y dónde había conseguido Adro a sus Privilegiados?

Taniel tuvo que preguntar un poco, pero enseguida encontró el comedor de oficiales más cercano. Eran mayormente oficiales de la Tercera Brigada. Arrojó su insignia del barril de pólvora sobre la barra.

—Necesito una habitación —dijo.

El cantinero lo miró con recelo.

—No tenemos habitaciones, señor. Estamos llenos.

—Echa a alguien —dijo Taniel—. No dormiré en una tienda en este desorden. —Diablos. Él despellejaría a cualquiera que intentara hacerle eso a él. Pero, con un ejército de ese tamaño, Taniel no pensaba dejar a Ka-poel en ningún lugar que no contara con una puerta con cerradura.

—Lo lamento, señor. No puedo hacer eso.

Taniel bajó la mirada hacia su insignia de barril de pólvora.

—Ves esto, ¿verdad?

El cantinero deslizó la insignia de mago de la pólvora por la barra en dirección a Taniel.

—Mirad, *señor*. Ya no quedan magos de la pólvora en el ejército.

Fueron todos eliminados. Así que no intentéis engañarme.

Taniel se inclinó hacia atrás en su taburete. ¿Todos? ¿Muertos?

—¿A qué te refieres con “eliminados”? ¿Cómo podrían ser eliminados?

—Estaban con el mariscal de campo Tamas cuando se perdió detrás de las líneas enemigas.

—¿No hay un solo Marcado de este lado de Budwiel?

—No solo de este lado de Budwiel. Están muertos.

—¿Has visto los cadáveres? —preguntó Taniel enérgicamente—. ¿Y bien?, ¿los has visto? ¿Conoces a alguien que los haya visto? ¿Ha habido noticias recientes de Kez? Me parece que no. Ahora dame un trago y haz que alguien haga algo para conseguirme una habitación.

El cantinero cruzó los brazos encima de su delantal sucio y no se movió.

—Mira —dijo Taniel—, si soy el último mago de la pólvora con vida al norte de Budwiel, entonces, soy una maldita celebridad. Allí afuera hay Privilegiados a los que hay que matar. Necesitaré un trago y, finalmente, dormir un poco para poder hacerlo.

—¿Este hombre te está molestando, Frederik?

Una mujer se situó en la barra y miró perpleja a Taniel. Se trataba de la mayor con el lunar en la mejilla. La que había intentado arrestarlo antes.

¿Lo había seguido?

—Señora —dijo Frederik—. Dice ser un mago de la pólvora.

—Así es. Es Taniel Dos Tiros.

El cantinero le hizo una reverencia rápida.

—Lo lamento, señor. ¿Qué deseáis beber?

—Ginebra. —Taniel se aclaró la garganta—. La disculpa no es necesaria.

—¿Y para la salvaje?

Ka-poel tamborileaba con los dedos sobre la barra, con expresión aburrida.

—Se llama Ka-poel, y beberá agua.

Ella lo golpeó en el hombro.

—Vino —se corrigió Taniel—. Algo que tenga sabor suave.

La mayor observó a Taniel con cautela, midiéndolo como lo haría con un enemigo en el campo de batalla.

—¿Dejáis que vuestros sirvientes os traten así? —preguntó.

—Disculpad —dijo Taniel intentando que no se notara su irritación —. Me parece que no he oído vuestro nombre.

—Soy la mayor Doravir, de la Tercera, adjunta de la general Ket.

—Mi “sirvienta” es una Ojo de Hueso, mayor. Una hechicera más poderosa que media Camarilla de Kez junta.

Doravir pareció vacilar.

—¿Es vuestra esposa?

—No.

—¿Vuestra prometida?

Taniel miró a Ka-poel. ¿Le había dado esa impresión a aquella mayor?

—No.

—¿Tiene rango?

—No.

—Entonces no tiene lugar en el comedor de oficiales. Puede esperaros fuera.

—Es mi invitada, mayor.

—Con toda esta multitud, la general Ket ha decretado que solo los cónyuges pueden permanecer con los oficiales en el comedor. Había muchos hombres trayendo a sus putas para que durmieran con ellos.

Taniel sintió que sus dedos se acercaban a la pistola que llevaba en el cinturón, pero recordó el consejo que el coronel le había dado antes. No, no podía hacer eso allí. Se volvió hacia Ka-poel.

—Pole, ¿quieres casarte conmigo?

Ka-poel asintió con la cabeza, completamente seria.

Diablos. Taniel rogó que ella viera a qué estaba jugando. Volvió a mirar a Doravir.

—Es mi prometida. —Le echó una mirada al camarero—. Consígueme una habitación.

Doravir resopló por la nariz.

—Sois gracioso, Dos Tiros. Podéis quedaros conmigo en mi habitación. Frederik, dale una llave.

—¿Y mi prometida?

—Puede quedarse en el ropero. —Doravir le esbozó una sonrisa burlona a Ka-poel. Aquello no pintaba bien.

Taniel tomó el vaso de ginebra de la barra y se lo bebió de un solo trago. Casi lo tumba. ¿Cuánto hacía que no bebía licores fuertes? Parpadeó varias veces, rogando que sus ojos no estuvieran lagrimeando visiblemente.

—Me quedaré en otro sitio, gracias.

—Buena suerte —resopló Doravir—. No hay una habitación vacía a menos de ocho kilómetros del frente, y ahora que Tamas ha muerto, nadie tolerará que un mero capitán lo eche. Tendréis que echar a un soldado raso de su tienda.

Taniel sintió cierto placer ante el tono de enfado en la voz de Doravir.

—Creo que haré eso, entonces. Vamos, Ka-poel.

A Adamat lo despertaron las bofetadas de unas manos ásperas. Se lanzó hacia delante extendiendo una mano hacia un bastón que no

estaba allí y, atontado, miró a su alrededor.

Estaba en el interior de un carruaje con otro hombre; el mismo carterista que lo había golpeado con una pistola antes de llevarlo a casa del Propietario. El carruaje no se movía. Fuera se oía el ajetreo general de una muchedumbre vespertina.

—Toak, ¿verdad? —preguntó Adamat.

El hombre asintió con la cabeza. Tenía una pistola en la mano derecha; amartillada y apuntando a Adamat.

—Salid.

—¿Dónde estamos?

—A cuatrocientos metros de la plaza de las Elecciones, hacia el norte —dijo Toak—. Salid.

Adamat descendió del carruaje y mantuvo la mano en alto para cubrirse los ojos del sol de la tarde. En cuanto se bajó del estribo, el carruaje arrancó y desapareció por la calle. Adamat se restregó los ojos e intentó hacer funcionar su mente. Tenía náuseas. ¿Qué le habían dado? Ah, sí. Éter. Estaría aturdido durante varias horas más.

Se quedó en un café cercano hasta antes de que oscureciera, recuperando poco a poco sus sentidos.

¿Por qué le había ofrecido empleo el Propietario y luego lo había echado de nuevo a la calle? Era una forma muy extraña de comportarse. El Propietario era conocido por su confidencialidad y por su eficiencia. Por cumplir sus promesas y por destruir a su competencia. No era conocido por comportarse de manera extraña.

Debía de ser algo que Adamat había dicho.

Le llevó más de una hora darse cuenta de lo obvio. Le echó la culpa al éter.

El Propietario había tenido la intención de pagarle por ir tras lord Vetas. Pero ¿por qué pagarle a alguien por algo que ya piensa hacer? Adamat meneó la cabeza. Una estupidez. Por parte de él como del Propietario. Si Tamas realmente estaba muerto, él perdería los pocos soldados que le había asignado. Adamat no podía atacar a lord Vetas él solo.

Adamat sabía dónde se escondía lord Vetas. La casa de la mujer del vestido rojo. La casa donde había visto al niño Eldaminse.

Ahora que lo sabía, sería necesario llevar a cabo un asalto frontal. Lo mismo que habían hecho para rescatar a sus hijos. Tirar abajo las puertas, tomarlos por sorpresa. Un hombre como lord Vetas tendría guardias. ¿Qué había dicho el Propietario? Al menos sesenta hombres y un Privilegiado.

Adamat necesitaba gente. Necesitaba ayuda. La del Propietario.

Sin duda, el Propietario lo haría seguir. Pero Adamat no quería que el Propietario conociera la ubicación de su piso franco ni los recados de los que necesitaba encargarse. Adamat se puso de pie y llamó un

carruaje de alquiler.

Cambió de carruaje tres veces y cortó camino por media docena de edificios antes de sentirse lo suficientemente seguro de que ya nadie lo seguía.

Ya había anochecido hacía rato cuando llegó a la fábrica textil. Los telares seguían trabajando, a pesar de la hora tardía. Adamat persuadió a quienes fue necesario persuadir para que le permitieran entrar y subió por unas escaleras desvencijadas de hierro forjado hasta una sala desde donde se veía la planta de trabajo de la fábrica. Dentro había una mujer inclinada sobre un microscopio de latón. Tenía unos cuarenta años, y llevaba el pelo teñido de negro para ocultar las raíces grises. Las paredes de su oficina estaban cubiertas con muestras de tela de todas clases; desde lona barata hasta sedas delicadas que costaban cien kranas por metro.

Adamat golpeó la puerta.

La mujer le hizo un gesto para que entrara sin levantar la vista del microscopio.

—Hola, Margy —dijo él.

La mujer finalmente levantó la mirada.

—Adamat —dijo sorprendida—. Qué placer.

—Me alegro de verte. —Adamat se quitó el sombrero.

—Igualmente.

Adamat le tomó la mano un momento. Margy era una de las más viejas amigas de Faye. Él consideró contarle toda la situación, pero luego descartó la idea.

—Necesito ayuda —le dijo.

—¿No es una visita social, entonces?

—Por desgracia, no.

Margy regresó a su microscopio.

—¿No sueles enviar a Faye para esta clase de tareas? Y por cierto, ¿cómo está? No he oído noticias suyas durante todo el verano.

Adamat se encogió de hombros.

—No está bien. Con todo lo que sucedió, con la revolución y todo eso. Le ha sentado pésimo.

—Lamento oírlo. —De pronto, Margy escupió en el suelo con expresión amarga—. ¡Maldito sea ese Tamas y su condenado golpe de Estado!

—¿Margy? —Adamat no pudo evitar parecer sorprendido.

Margy siempre había sido franca, pero él no la habría considerado una realista en absoluto. Ella había ascendido a capataza en jefe de la fábrica textil más grande de todo Adro por sí misma, no porque alguien la hubiera enchufado.

—Nos llevará a todos al desastre —dijo Margy apuntando con el dedo a Adamat—. Espera y verás. Ojalá no te creas todo ese sinsentido

de que está intentando mejorar el mundo. Se trata de una toma de poder, eso es todo.

Adamat levantó las manos.

—Yo no me meto en cuestiones políticas.

—Todos tenemos que tomar partido en algún momento, Adamat. —Se colocó un mechón suelto detrás de la oreja y se aclaró la garganta. Adamat se daba cuenta de que ella estaba un poco avergonzada por su arrebato—. Bueno, ¿qué necesitabas?

Adamat extrajo delicadamente las fibras del bolsillo, con la esperanza de estar dándole fragmentos de la alfombra del Propietario y no un hilo de su chaqueta prestada.

—Necesito encontrar esta alfombra —le dijo.

Ella cogió las fibras con delicadeza.

—Esto no es pelusa de tu bolsillo, ¿verdad? Faye me trajo pelusa de bolsillo más de una vez.

—Espero que no.

Margy colocó las fibras debajo del microscopio y ajustó las ruedas del artefacto durante algunos momentos.

—Lana vanduviana —dijo ella.

—¿De alta calidad?

—La más fina. La persona que tiene esta alfombra es muy muy rica.

—¿Hay alguna probabilidad de rastrear la alfombra?

Margy se alejó del microscopio.

—Diría que sí. Hay pocos vendedores de alfombras que vendan vanduvianas. Preguntaré por ahí. Regresa en un par de semanas y quizá tenga algo.

—¿Tanto tiempo? —dijo Adamat.

—¿Lo necesitas antes?

—Si fuera posible. Es un asunto bastante urgente.

Margy suspiró.

—Te costará.

—No tengo demasiado dinero encima.

—No quiero dinero —dijo Margy—. Dile a Faye que me lleve a cenar a Café Palms antes de que llegue el otoño y quedaremos en paz.

Adamat tragó saliva y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Eso haré.

Margy regresó a su microscopio.

—Vuelve en una semana, para entonces ya sabré de dónde proviene la alfombra.

Capítulo 12

Mientras Taniel se acercaba al frente, se dio cuenta de que la hechicería privilegiada que había visto desde lejos provenía, de hecho, de las Alas de Adom.

Los mercenarios de las Alas de Adom defendían el sector oeste del frente, metidos entre las montañas y el ejército adrano. Tenían cuatro brigadas en el frente, con sus brillantes uniformes color rojo, dorado y blanco.

La hechicería privilegiada de ambos lados era débil, en el mejor de los casos. Había fuego golpeando contra escudos de aire endurecido y rayos brotando del cielo y cayendo entre las filas, pero a las explosiones de poder parecía faltarles entusiasmo. Ni siquiera un ejército de mercenarios tan prestigioso como las Alas podía pagar tan bien como una camarilla real, y parecía que los keseños estaban utilizando a los hechiceros más débiles y a los más jóvenes. Después de la carnicería de Kresim Kurga, ¿quién les quedaba?

Taniel se colgó el kit en el hombro y miró hacia el lado oeste del Bajo Ad con gesto de preocupación. El montículo donde se encontraba sería un buen lugar para un francotirador: en lo alto y varios cientos de metros detrás de la lucha. Pero por lo que llegaba a ver, los keseños habían hecho retroceder al ejército adrano día a día.

El frente estaba a unos ocho kilómetros al norte de Budwiel. De la ciudad brotaba humo, y se podían ver llamas en los sectores más pobres de la ciudad. Taniel se preguntó qué habían hecho los keseños con toda esa gente. Muchos habrían huido hacia el norte al caer la ciudad, pero no todos habrían podido salir a tiempo seguramente. Quienes se hubieran quedado serían entonces esclavos o estarían muertos.

Los keseños tenían la reputación de tratar con brutalidad a los pueblos a los que conquistaban. Ka-poel se sentó en el montículo y abrió el morral sobre su regazo. Extrajo una barra de cera y comenzó

a darle forma lentamente con los dedos. Taniel se preguntó a quién estaría haciendo ahora.

—¿Puedes hacer hechicería sin eso? —Taniel se sentó con las piernas cruzadas junto a ella—. O sea, sin los muñecos. ¿Y sin algo de una persona?

Ella levantó la barbilla y lo miró por un momento, luego regresó a su trabajo.

—¿Y dónde diablos consigues la cera? Nunca te veo comprar nada. ¿Tienes dinero, siquiera?

Ka-poel metió una mano dentro de su camisa y extrajo un rollo de billetes. Lo sacudió ante la nariz de Taniel y lo volvió a guardar.

—¿De dónde lo has sacado?

Ella le golpeó la nariz. Fuerte.

—Auch. Oye. Respóndeme, niña.

Ella levantó los dedos, lista para volver a golpearlo.

—Vale, vale. Por Kresimir, solo estaba haciendo una pregunta. Taniel se apoyó el rifle en el regazo y pasó los dedos por la culata. No había marcas. El cañón estaba limpio. El rifle era completamente nuevo. Según el soldado que se lo había dado, solo lo habían disparado para probarlo. “Nunca lleves a la batalla un rifle que no hayas disparado tú mismo”. Era Tamas el que le había dicho eso. Tamas; probablemente estaba muerto y enterrado en una fosa común con el resto de la Séptima y de la Novena.

¿Dónde dejaba eso al ejército adrano? ¿Dónde dejaba eso a Taniel? Por un momento, se preguntó si Tamas había dejado alguna clase de testamento. Taniel nunca había pensado en eso. Desde que era niño, siempre había pensado que Tamas viviría para siempre.

La lucha de allí abajo solo consistía en un intercambio de artillería. Algunos de los proyectiles impactaban en el terreno blando y atravesaban las filas adranas, mientras que otros daban contra alguna hechicería invisible, se hacían pedazos y caían inofensivos al suelo.

El intercambio parecía casi una formalidad. Ninguno de los bandos estaba perdiendo más que unos pocos hombres, y ninguna de las piezas de artillería estaba recibiendo impacto alguno.

—¿Te queda alguna banda-roja? —preguntó Taniel.

Ka-poel negó con la cabeza.

—¿Puedes hacer más?

Ella le hizo una mueca y señaló la cera que tenía en las manos, como diciendo “¿No ves que estoy ocupada?”.

—Necesito mi pólvora ahora —dijo Taniel.

Ka-poel dejó de dar forma a la cera y lo miró durante unos momentos; sus ojos verdes, impenetrables. De pronto asintió con la cabeza y extrajo el cuerno de pólvora de Taniel del morral.

A Taniel le temblaban las manos cuando vertió los primeros granos

de pólvora en el papel para hacer una carga de pólvora. El polvo negro que tenía entre los dedos le hacía bien. Casi que demasiado bien. Se sentía como... el poder. Se lamió los labios, se echó una línea sobre el dorso de la mano y la levantó hacia su rostro.

Se detuvo. Ka-poel lo estaba mirando.

Aspiró profundamente y sintió que su cerebro estaba en llamas. Taniel se inclinó hacia atrás; el cuerpo se le estremeció y comenzó a temblarle. Oyó un gemido lastimero y bajo. ¿Era él quien hacía ese sonido? Colocó la cabeza entre las manos y esperó un tiempo que pareció extenderse varios minutos, hasta que finalmente los temblores se detuvieron.

Cuando levantó la cabeza, el mundo brillaba.

Taniel parpadeó sorprendido. No había abierto el tercer ojo. No estaba mirando el Otro Lado. Y, sin embargo, todo parecía brillar. No, concluyó. No era brillo. Era como si las líneas se vieran más nítidas que nunca. El mundo estaba cristalino de una manera que un hombre común nunca entendería. Como si cada momento que pasaba sin estar en un trance de pólvora fuera bajo el agua, y justo ahora acabara de salir a la superficie.

¿Había sido así cuando tomó pólvora para luchar contra aquel Guardián en Adopest? ¿Era solo que no lo había notado?

¿Cómo era que la mala le había parecido una buena alternativa? ¿Cómo podía compararse cualquier droga con aquello?

Taniel sintió la amplia sonrisa en el rostro y no intentó ocultarla.

—Diablos. Esto está muy bien. —Terminó de preparar una docena de cargas de pólvora, las guardó en su kit y se colgó el cuerno de pólvora del hombro. Se echó de bruces al suelo y comenzó a estudiar las líneas enemigas.

Había Privilegiados en el lado este del Bajo Ad. La mayoría llevaba un colorido uniforme e iba rodeada por abanderados y guardaespaldas. Y también muchos Guardianes. Los keseños ya no tenían miedo a los magos de la pólvora, no con Tamas muerto. Volverían a conocer ese miedo durante los siguientes días.

“Blancos primarios”. Había oficiales. Prácticamente, cualquiera que estuviera a caballo. ¿Dónde estaba toda su caballería? Era extraño que los keseños no hubieran llevado ni una unidad de caballería al norte de Budwiel. En fin. Los oficiales servirían.

“Blancos secundarios”. Había artilleros.

“Blancos terciarios”. Taniel sintió el estruendo en el suelo antes de escuchar el sonido de cascos de caballo. A su izquierda, a unos cuarenta o cincuenta metros, se había reunido un grupo de unos veinte miembros de la caballería adrana. Oficiales adranos. Un par de generales. Taniel reconoció a algunos de ellos.

La general Ket era una apuesta mujer de unos cincuenta años;

apuesta, por supuesto, si no se tenía en cuenta el trozo de piel irregular que tenía donde había estado su oreja derecha. Su amplio rostro le resultaba familiar de alguna manera, como si Taniel la hubiera visto recientemente, cuando él sabía perfectamente que habían pasado años. Era la general de la Tercera Brigada.

Ket no era la única del grupo que había perdido alguna parte en la batalla. El general Hilanska, de la Segunda Brigada, era un obeso mórbido al que le faltaba el brazo izquierdo a la altura del hombro.

Ninguno de ellos vio a Taniel.

Parecían estar muy inquietos a causa de algo. Señalaban y gesticulaban, todos ellos observando el campo de batalla a través de sus catalejos. Hilanska gritó que se hiciera retroceder a la artillería.

¿Retroceder? Eso equivalía a ceder terreno. Pero ¿por qué...?

Entonces, Taniel lo vio. Había movimiento entre las líneas keseñas. Compañías enteras formándose justo detrás de la artillería. Un asalto. Los keseños tenían la intención de hacerlos retroceder ese día.

Taniel entrecerró los ojos. Había hombres enormes en medio de esas compañías. Formas gigantes, retorcidas.

Taniel no sabía si aquellos eran Guardianes regulares o de los que eran creados a partir de un mago de la pólvora, como los que lo habían atacado en Adopest.

De cualquier manera, aquello no sería bueno para el ejército adrano.

Taniel notó que la artillería adrana estaba escalonada cada sesenta o setenta metros. La artillería que estaba más cerca del frente podía ser retirada mientras las demás seguían disparando. Era algo planeado. Tal vez aquello fuera lo que habían estado haciendo durante los diez días anteriores. Tenía sentido si sabían que iban a perder el frente de todas formas.

A Taniel no le agradó.

Dejó a Ka-poel allí, descendió del montículo, se dirigió hacia los oficiales y se acercó al general Hilanska.

—¿Qué está sucediendo, señor?

El general le echó un leve vistazo despectivo y luego le clavó la mirada.

—Estamos retrocediendo, hijo.

—Eso es una tontería, señor. Estamos en un terreno más elevado. Podemos mantener la posición.

La general Ket llevó su caballo hasta quedar detrás de Taniel y lo miró de arriba abajo. Se preguntó si ella lo recordaba. Debía de parecer diferente después de cuatro años.

—¿Estás cuestionando a tus superiores, capitán? —preguntó la general Ket.

—Es una estrategia estúpida, señora. Da por sentada la derrota.

—Capitán, si no te disculpas de inmediato, conseguirás que te degrademos.

Otro general, un hombre rubio de porte rígido, agregó:

—Me imagino que por eso sigue siendo capitán.

El general Hilanska levantó la mano que le quedaba.

—Cálmate, Ket. No reconoces al muchacho, ¿verdad? Taniel Dos Tiros, héroe de la Guerra de la Independencia de Fatrasta. Me alegro de verte entre los vivos.

—General. —Taniel inclinó la cabeza. Tamas le había contado una o dos cosas cuando era niño sobre la clase de hombre que era Hilanska: leal, ferviente. La mejor clase de compañía que se puede pedir en el frente de batalla. Entonces estaba gordo y viejo, pero Taniel supuso que seguiría siendo la misma clase de persona.

—No me importa quién es —dijo Ket—. En este ejército, nadie hace caso omiso del rango impunemente.

—Tamas... —comenzó a decir Hilanska.

—Tamas está muerto —dijo Ket—. Este ya no es su ejército. Si tú...

La discusión fue interrumpida por un mensajero.

—Señores, el enemigo está avanzando.

Ket espoleó su caballo por el terraplén en dirección al frente gritando órdenes.

El semental de Hilanska hizo una cabriola hacia un lado, como si estuviera nervioso.

—¡Sacad mi artillería de ahí! —Miró a Taniel—. Yo no iría hasta allí —le dijo—. Tienen una nueva clase de Guardianes. Más pequeños. Más listos. Más rápidos. Nunca he visto nada como ellos. Los llamamos Guardianes Negros.

—Han estado convirtiendo magos de la pólvora en Guardianes —respondió Taniel—. Enviaron dos a Adopest a matarme.

—Me alegra ver que fallaron. Guardianes magos de la pólvora. ¿Cómo es posible siquiera? —Hilanska le echó una mirada calculadora —. Muy bien, capitán. Ve al frente y mantén la posición, y yo haré regresar a la artillería a su lugar.

Taniel volvió donde estaba Ka-poel, en la cima del montículo. Ella estaba avanzando con el muñeco.

—Los keseños están atacando —dijo Taniel—. Iré a luchar. —¿Por qué se lo decía a ella? ¿Lo detendría? ¿Iría con él?

Ella no le contestó, él tomó su kit y se dirigió hacia el frente. Taniel llegó a la conclusión de que Ka-poel estaría más segura allí arriba, alejada de la contienda. Pero ¿y él? Desde lo de la Fortaleza de la Corona, él se había preguntado quién protegía a quién.

Los soldados keseños ya estaban en camino, marchando al ritmo constante de los redoblantes. En el campamento adrano sonaban trompetas, y más hombres corrían hacia el frente.

Taniel se detuvo un momento y estudió a los keseños que se acercaban. Ninguno de los Privilegiados keseños avanzaba, excepto... allí.

Los Guardianes, con sus bombines negros y sus chaquetas negras pasaron entre la infantería keseña como perros corriendo delante de la jauría. Prácticamente volaban a través del campo vacío. Algunos portaban espadas cortas; otros, picas largas. Aullaban como animales; era un sonido sobrecogedor que se elevaba por encima de los cañonazos y de los redoblantes y de las trompetas, y que hizo que Taniel se estremeciera.

Taniel apoyó una rodilla en el suelo y apuntó. Una bocanada de aire. Dos. Fuego.

Empujó la bala por el cielo, quemando la menor cantidad posible de pólvora para mantenerla en el aire. Se concentró en uno de los Guardianes Negros. La bala tardó solo dos o tres segundos en cubrir la distancia y...

Falló.

Taniel no podía creerlo. Él se encontraba muy por detrás de la línea, firme como una roca, sin distracciones. ¿Cómo podía fallar?

Recargó el rifle. Los Guardianes se acercaban deprisa. Una vez que alcanzaran la línea adrana, causarían un caos terrible. Taniel apuntó para volver a disparar y apretó el gatillo.

La bala atravesó el ojo del Guardián, y la criatura se desplomó. Ninguno de los compañeros del Guardián pareció notarlo. Uno incluso le arrebató la espada corta de la mano, que aún tenía espasmos, sin siquiera aminorar la marcha.

No había forma de que Taniel pudiera detener a alguno más. Le quedaban... ¿cuánto? ¿Otros dos tiros antes de que los Guardianes alcanzaran los terraplenes que señalizaban la línea adrana?

Taniel extrajo la bayoneta de su kit y la desenvolvió, colocando el anillo con firmeza en el extremo del cañón del rifle. Se puso de pie, listo para atacar, y se detuvo un momento para hacer una marca en la culata del rifle con un clavo viejo que llevaba en el bolsillo. De pronto pensó en Ka-poel y se preguntó si debería haberla dejado sola.

Se unió a la multitud de soldados de la infantería adrana que se dirigían hacia el frente, empujando y dando codazos para avanzar. No corrían lo suficientemente rápido.

Sonó la orden de mantener la posición. Taniel no iba a llegar a tiempo para el choque inicial. Sus piernas se movían vigorosamente, cubriendo terreno tres veces más rápido que cualquiera de los otros. Sintió que de la garganta le brotaba un gruñido.

—¡Apunten! ¡Fuego! —gritó un oficial cerca de él.

Una voluta de humo se elevó desde la vanguardia del frente adrano. Muchos de los Guardianes se tambalearon. Algunos cayeron.

No los suficientes, en absoluto.

Había un sector del terraplén adrano que se elevaba un poco más alto que el resto. Taniel llegó a ver que varios oficiales se habían apostado en ese terreno elevado. Era precisamente allí adonde los Guardianes se dirigirían. Dejarían el terreno llano a la infantería regular e irían directamente a los puntos más fuertes.

Incluso mientras pensaba en eso, Taniel vio que varios de los Guardianes cambiaban de dirección y corrían directamente hacia el terraplén más alto. Uno de los enormes brutos dejó atrás a todos los demás. Tenía varias manchas oscuras en la chaqueta y su cuerpo se sacudía a medida que lo alcanzaban más disparos de mosquete, pero nada podía derribarlo. Levantó la espada, trepó por el lado del terraplén y saltó por encima de la parte superior.

Taniel chocó con él en el aire. El impacto le vació los pulmones. Ambos fueron arrojados por sobre los terraplenes y cayeron rodando por la pendiente. Taniel sintió las manos del Guardián en el pecho cuando este se lo quitó de encima. Golpeó contra el suelo y rodó hasta quedar de pie, y se encontró con que el Guardián ya le estaba lanzando una estocada con su espada corta hacia el rostro.

Taniel bloqueó con la bayoneta y luego atacó. La hoja se enterró en el Guardián casi llegando hasta el cañón del rifle, pero no pareció tener un mayor efecto que el que habían tenido los disparos de mosquete.

El Guardián se echó hacia atrás para liberarse de la bayoneta y para quedar fuera de alcance de otra posible estocada.

Taniel se volvió en el momento en el que otro Guardián iba hacia él desde un lado. Taniel lo esquivó, le tiró una estocada y le clavó la punta de la bayoneta debajo de la barbilla. Tuvo que soltar el rifle y saltar hacia un lado para evitar el ataque con la espada del primer Guardián. Taniel desenvainó su propia espada corta y esperó el ataque.

El Guardián se detuvo un momento para meterse una carga completa de pólvora en la boca. Masticó la pólvora con los dientes ennegrecidos y escupió el papel al suelo.

Taniel nunca había sido muy bueno con la espada corta. Era rápido y competente, pero si aquella criatura tenía el más mínimo entrenamiento, atravesaría a Taniel de lado a lado.

Taniel atajó una estocada y desvió la espada del Guardián hacia un lado. El Guardián cerró la brecha con su otro puño. Taniel lo estaba esperando.

Se aferró al puño del Guardián y le golpeó la nariz con la frente. Pudo sentir que el hueso se incrustaba en el cerebro de la criatura. Eso solo ya debería haber eliminado al Guardián, pero Taniel aún sentía el forcejeo en sus músculos. Taniel retrocedió y le hizo un tajo en la

garganta. El Guardián borboteó y se derrumbó; se aferraba a la vida, pero ya no sería un problema.

Taniel sentía la sangre negra y pegajosa del Guardián por todo el rostro.

—¡Ey! —gritó alguien desde el terraplén—. ¡Ya vienen!

Taniel se dio cuenta sobresaltado de que ya casi tenía encima al resto del ejército keseño. Tomó su rifle y trepó por el terraplén, levantando tierra y maldiciendo. El Guardián lo había hecho parecer fácil. Pero no lo era, en absoluto.

Varias manos ayudaron a Taniel a alcanzar la seguridad relativa del terraplén y luego le dieron palmadas en la espalda.

—¡De regreso a la línea! —gritó alguien.

Taniel meneó la cabeza y descansó por un instante sobre la barricada del terraplén. Se apretó el rifle contra el pecho para evitar que le temblaran las manos, y se preguntó si pasar por encima del terraplén de esa manera no había sido un error.

Alguien le abofeteó el rostro. Él casi esperaba que se tratara de Kapoel, pero cuando levantó la mirada, reconoció a la mayor Doravir. Parecía furiosa.

—¿Deseáis morir, capitán? —Lo cogió del cuello de la chaqueta y lo sacudió como si se tratara de un niño que se hubiera escapado de la escuela—. ¿Es lo que deseáis? Nadie sobrepasa el terraplén sin órdenes. ¡Nadie!

—¡Me cago en vuestras órdenes!

Taniel se la quitó de encima de un empujón. Si hubiera tenido un poco menos de autocontrol, le habría atravesado el pecho con la bayoneta.

Ella se lo quedó mirando con una furia helada en los ojos.

—Haré que os cuelguen, capitán.

—Intentadlo.

—¡Carguen! —ordenó un oficial. Taniel se tomó un momento para orientarse. Desde lo alto del terraplén podía ver todo a lo largo de la línea irregular. Había Guardianes luchando detrás del terraplén, eliminando grupos completos de hombres, pero los dos que él había matado parecían haber inclinado la balanza en favor de Adro en aquel sector. Los soldados se agacharon para recargar sus rifles, preparándose para el embate de Kez.

Taniel le dio la espalda a Doravir y metió una bala en su rifle. Por el rabillo del ojo la vio alejarse a paso firme, gritando órdenes.

—Tened cuidado, capitán —le susurró un soldado que tenía cerca —. Si esa os pone los ojos encima, o duerme con vos o hace que os maten. O ambas cosas.

—Si es por mí, se puede ir al diablo.

—Es la hermana de la general Ket —dijo el soldado—. Hace lo que

quiere. Pero es una oficial condenadamente buena. Que nadie os diga lo contrario.

La hermana de Ket. Por eso le había parecido haber visto a Ket recientemente. El parecido era notable, incluso con la complexión más delgada de Doravir.

—Una oficial condenadamente buena me permitiría hacer mi trabajo —dijo Taniel. Dejó caer una segunda bala en el rifle y la aseguró con un trozo de tela.

El soldado le clavó la mirada.

—¿Os sentís bien, capitán? Habéis cargado el rifle dos veces, y sin pólvora.

—Pregúntate qué clase de hombre saltaría el terraplén para ir a luchar él solo contra dos Guardianes y luego cargaría su rifle sin pólvora —dijo Taniel con una seguridad que no sentía.

Se lamió la pólvora de los dedos para mantener la intensidad de su trance de pólvora y se apoyó el rifle contra el hombro. Apuntó. El frente keseño aún estaba a unos ciento ochenta metros de distancia. Estaba fuera del alcance de los mosquetes, pero los fusileros adranos abrirían fuego en cualquier momento.

Taniel encontró un par de oficiales bastante detrás del frente y apretó el gatillo. Hizo flotar las dos balas simultáneamente y las empujó hacia sus blancos respectivos.

Le dio a uno de los oficiales en el pecho. El hombre se agarró la herida y se desplomó sobre la montura, lo que provocó el pánico de su guardaespaldas.

Taniel hizo una mueca. La otra bala no había dado en el blanco. ¿Cómo podía estar errando? ¿Acaso la mala le había hecho perder la puntería?

—¡Me cago en Kresimir! —dijo el soldado junto a él—. ¡Sois Taniel Dos Tiros! ¡Oye! —dijo tocándole el hombro al soldado que tenía a su lado—. Este es Taniel Dos Tiros.

—Sí —respondió el otro—, y yo soy un general.

—Estaba justo frente a la barricada. Ha eliminado a cuatro Guardianes el solo.

—Nah.

—Lo vi con mis propios ojos.

—Claro que sí.

Taniel se centró en las líneas keseñas. El rat-tat-tat de los redoblantes parecía retumbarle dentro del cerebro. Abrió el tercer ojo por un instante y observó a la tierra bañada en brillos color pastel y unas manchas de hechicería cubriendo cada sector del campo de batalla.

—¿Estáis listo para morir con nosotros, Dos Tiros? —preguntó el segundo soldado, lo que hizo que Taniel se desconcentrase. No lo dijo

como una amenaza. Solo era una pregunta.

—No, no particularmente.

—Hemos estado retrocediendo todos los días. Algunos días, hasta dos veces. En cada ocasión, los condenados keseños avanzan así. Y en cada ocasión, perdemos trescientos hombres o más.

Taniel no podía creerlo.

—¿En cada ocasión?

El hombre asintió con la cabeza solemnemente.

—Retrocediendo... —Taniel estiró el cuello. La artillería ya había sido retirada, ubicada en la siguiente hilera de trincheras y barricadas de tierra—. Si serán estúpidos. Tenemos que mantener la posición. No podemos permitirles que nos obliguen a retroceder así. Prácticamente estamos desangrando al ejército de soldados.

—Hay muchos desangrándose, señor; estamos perdiendo hombres a lo bestia. No podemos mantener la posición. Lo hemos intentado, pero no podemos. Nada detiene a esos Guardianes Negros. No importa cuántos matemos, siempre parece haber más.

—Estás demasiado tranquilo —dijo Taniel.

—Creo que es algo que trae paz. Saber que uno va a morir. El muchacho que tenéis del otro lado... —Taniel le echó un vistazo. El muchacho que estaba junto a él no parecía tener edad suficiente para afeitarse. Le temblaban tanto las manos que su mosquete se balanceaba de lado a lado—. Ese muchacho no comparte mi opinión.

—Solo son nervios —dijo Taniel—. A todos nos pasa. Taniel miró a los keseños. Ciento cuarenta metros. Recargó el rifle, se lo llevó al hombro y disparó.

—No a vos —dijo el primer soldado—. Oí que el primer hombre que matasteis fue un Privilegiado al que le metisteis un balazo en el ojo.

—Eso es cierto. Pero me enseñó a disparar el mismísimo mariscal de campo Tamas. —Hizo una pausa—. Te enseñan a disparar a blancos —le dijo al joven que tenía a su lado—. Es diferente cuando te das cuenta de que hay un hombre del otro lado, disparándote a ti. Yo estaba a tres kilómetros de distancia. Contaba con el factor sorpresa. Pero, chaval, tú inspira profundamente y aprieta el gatillo. Apunta bien, porque puede que no tengas otro tiro.

“Chaval”, había dicho Taniel. Él no le llevaba más de cinco años a aquel muchacho.

Taniel cargó el rifle mientras hablaba, apuntó y disparó. Otro oficial cayó.

El muchacho miró a Taniel. Sus manos no habían dejado de temblar.

—Me parece que vuestras palabras de ánimo no ayudaron demasiado —dijo el primer soldado.

—¡Silencio en el frente! —Esa había sido la mayor Doravir. Tenía la espada levantada sobre la cabeza, y una pistola en la otra mano—. ¡Apunten!

Los keseños ya casi estaban al alcance de los mosquetes. Eran miles. Fila tras fila tras fila. Ahora Taniel veía por qué era imposible mantener la posición. Recordó la batalla por el Pico del Sur y todas las veces que casi perdieron el bastión. Habían estado protegiendo un paso de tan solo unos setenta metros de ancho, por el que se llegaba a un baluarte encantado. Allí, donde entre los keseños y ellos no había más que un terraplén, sería casi imposible mantener la posición.

—¡Fuego!

La línea frontal de la ofensiva keseña y buena parte de la segunda línea cayeron ante la descarga. La infantería adrana comenzó a recargar.

Antes de que se pudiera disparar una segunda descarga, las líneas keseñas se detuvieron. Los soldados del nuevo frente se pusieron de rodillas, apuntaron y dispararon.

Taniel se arrojó detrás de la seguridad del terraplén. Arrastró al joven soldado con él y oyó la descarga, y luego el ruido sordo de las balas de mosquete rebotando contra la tierra. El joven soldado forcejeó para volver a levantarse. Taniel lo retuvo allí abajo.

—Fuego de línea —dijo Taniel—. Disparan ese tiro, luego el siguiente y después avanzan. Espera y verás...

Sonó la segunda descarga. Taniel contó hasta tres y luego dejó que el muchacho se irguiera, después se levantó él también, listo para disparar.

Los keseños avanzaron lanzando un gran rugido, con las bayonetas hacia el frente.

—¡Fuego a discreción! —se ordenó.

Taniel aspiró una gran bocanada del humo de la pólvora. Le hizo zumbar la cabeza y la sangre le bombeó más rápido. Ya no le temblaban las manos por la abstinencia de la mala. Su cuerpo había encontrado algo muchísimo mejor. Se echó un poco de pólvora sobre el dorso de la mano y la aspiró.

Los keseños llegaron a la base del terraplén y comenzaron a trepar. Taniel se levantó lo suficiente para dispararles, cuando detectó a una Privilegiada moviendo las manos para lanzar algún poder a unos noventa metros. Taniel apuntó hacia ella y apretó el gatillo.

La mujer cayó en medio de una lluvia de sangre aferrándose la garganta.

La infantería keseña pasó sobre el terraplén como una inundación pasando por arriba de un dique. Taniel le clavó la bayoneta a un hombre en el estómago y golpeó a otro soldado en el rostro con la culata de su rifle. Saltó sobre la elevación para evitar que siguieran

pasando, blandiendo y apuñalando.

Cadi no oyó la orden de retirada.

—¡Resistid! —gritó, mientras golpeaba a un soldado con la culata del rifle y lo hacía caer del terraplén—. ¡Podemos mantener la posición!

El joven soldado que había estado junto a él cayó con una bayoneta clavada en el pecho. Taniel saltó del baluarte para ayudarlo y atravesó al soldado keseño como un trozo de carne.

Esa herida podía matar al chico. Le había entrado por entre las costillas y probablemente había atravesado el pulmón. Si fuera así, se ahogaría en su propia sangre.

Pero Taniel no podía dejarlo allí. Los soldados adranos se estaban retirando.

—¡Resistid! ¡Resistid, desgraciados de mierda!

Taniel era de los pocos que quedaban sobre el terraplén, los soldados adranos habían huido o estaban muertos. El chico yacía a sus pies. El primer soldado al que le había hablado yacía en la parte de atrás del terraplén, con los ojos sin vida fijos en el cielo. La mayor Doravir había desaparecido.

Taniel extendió los sentidos y percibió la pólvora de la infantería keseña. Solo necesitó un pensamiento para encenderla. Usó la mente para alejar la explosión de él y del terraplén. El sonido retumbó en sus oídos y lo hizo caer de rodillas. Cada pizca de pólvora que había en un radio de unos diez metros explotó.

El humo de la pólvora se elevó en el aire; el terraplén quedó cubierto de cadáveres. De los heridos surgieron gemidos y ruegos de piedad. Los hombres que había más allá habían dejado de luchar para mirarlo. Taniel dio un paso en dirección a ellos, con la idea de ir a ayudar al siguiente sector del terraplén, cuando se dio cuenta de que no se veía de pie ni un soldado de infantería con chaqueta azul.

Todo era un mar de uniformes color arena. Los keseños habían tomado el terraplén.

El muchacho seguía con vida, tosiendo sangre. Taniel se colgó el rifle del hombro, cogió al joven soldado por debajo de los brazos y lo arrastró hacia el campamento adrano.

Era un largo trecho en el que tendría que cargar al muchacho; unos setenta y cinco metros hasta el siguiente cúmulo de terraplenes. La mayoría de los keseños lo ignoraron. Algunos disparos al azar dieron en el suelo aquí y allá, pero los keseños estaban muy ocupados asegurando el terreno obtenido. Aplanarían los terraplenes y regresarían a su propio campamento, donde harían avanzar su artillería otros setenta y cinco metros y se prepararían para el ataque del día siguiente.

Exhausto, con la cabeza zumbándole por el trance de pólvora,

Taniel llegó al ejército adrano.

—Cuida de él —dijo Taniel cuando una médica se acercó corriendo. La médica no se movió, tenía los ojos muy abiertos.

—Está muerto, señor.

—¡Simplemente cuida de él, maldita sea! ¡Haz que esté cómodo!

—No, señor. No es que se esté muriendo. Ya está muerto.

Taniel bajó una rodilla al suelo junto al joven soldado y le apoyó los dedos en la garganta. No había pulso. Usó los mismos dos dedos para cerrar los ojos del muchacho.

—Maldición —dijo.

La médica se puso de rodillas junto a él.

—¡Estoy bien! —le dijo apartándole la mano.

—Su brazo, señor.

Taniel bajó la mirada. Tenía el uniforme rasgado y a él le había quedado un tajo irregular a lo largo del brazo izquierdo. Ni siquiera lo había sentido.

—Doctora —dijo una voz—, atended a alguien que valga la pena. —La mayor Doravir se acercó a ellos a paso ligero, con el pelo castaño alborotado y las mejillas negras de quemaduras de pólvora. Ya no tenía la chaqueta, y su camisa blanca estaba manchada de sudor y de sangre.

Taniel se puso de pie.

—Mayor Doravir —dijo—. No habéis tenido la decencia de morir con vuestros hombres, ¿eh?

Ella le dio una bofetada con el revés de la mano, lo que le desvió la cabeza hacia un lado. Él se tocó la mejilla. Lo había golpeado con tanta fuerza que los dientes entrechocaron.

—Volved a hacerlo y os rompo la mano.

—Yo fui la última en dejar el frente durante la retirada —gruñó la mayor Doravir.

—No —respondió Taniel—. Ese fui yo. Podríamos haber mantenido ese baluarte. En cambio, perdimos terreno y quién sabe cuántos cientos de hombres.

—Yo obedezco órdenes. Vos no. No habrá más advertencias, capitán. Haré que os cuelguen. —La mayor giró sobre sus talones y se alejó enérgicamente, llamando a los prebostes a gritos.

Taniel se restregó la barbilla y vio a Ka-poel, que lo observaba en la distancia. Ella se dirigió hacia el campo de batalla, donde los soldados keseños alisaban los terraplenes y los civiles de ambos bandos ya estaban recogiendo muertos y heridos.

—¿Dónde diablos vas? —gritó Taniel.

Señaló el campo de batalla y sostuvo un muñeco en alto. Condenada muchacha. Eso no funcionaría como en Kresim Kurga. Había demasiados enemigos y no suficientes muñecos.

Taniel echó un vistazo hacia la mayor Doravir. Estaba hablando con dos soldados que llevaban en el hombro la insignia de los prebostes adranos. La policía militar. Doravir señaló a Taniel.

Aquel era un buen momento para desaparecer.

Capítulo 13

Tamas salió de su tienda y terminó de abotonarse el uniforme. Se colocó las charreteras de oro en los hombros y se preguntó si llovería ese día. Sobre las montañas Adranas, hacia el este, el cielo había comenzado a mostrar un halo de luz, mientras que el resto del mundo dormía en la oscuridad. Tamas observó ese brillo leve y se preguntó cómo andarían las cosas del otro lado de las montañas. Budwiel había caído. Sin duda, los keseños se estarían abriendo paso por el Camino de Surkov. Tamas rogó que sus generales pudieran llevar adelante la defensa. Hizo una mueca. Sin Budwiel, la lucha iría en favor de Kez. Sus hombres lo necesitaban. Su país lo necesitaba. Su hijo lo necesitaba. Tenía que atravesar aquellas malditas montañas.

Se oían crujidos en el campamento y los silbidos de los sargentos mientras sacaban a sus hombres de la cama. Le llegaba el olor a humo de las fogatas, que sin duda no tenían gran cosa calentándose encima.

Olem estaba sentado junto a la tienda de Tamas. Tenía el quepis sobre los ojos, las piernas levantadas sobre un tronco y las manos metidas en los bolsillos. Era una pose fingida. Gracias a su Don, Olem no necesitaba dormir.

—¿Noche tranquila? —preguntó Tamas, colocándose en cuclillas junto a la pequeña fogata y frotándose las manos.

El calor del verano no llegaba a afectar el fresco de la madrugada, no en estribaciones como aquella. Tamas removió las brasas con una ramita y luego la arrojó al fuego. No eran más que cenizas. No había mucho que quemar en la alta estepa.

—Algunos susurros, señor. Y algunas quejas. —Olem se sorbió la nariz como si las quejas no fueran más que una molestia. Sus hombres tenían hambre. Tamas lo sabía; era algo que lo afligía—. Ya les puse fin, señor.

—Bien.

Tamas oyó unas pisadas suaves en la tierra. Olem se volvió y su

mano se asomó un poco de la chaqueta. Tanía una pistola.

Una res cayó al suelo junto a Tamas. Él se sobresaltó.

—Alce, señor —dijo Vlora mientras se ponía en cuclillas junto a él.

Tamas sintió un poco de alivio. Carne.

—¿Hay más? —preguntó, y la voz le sonó demasiado esperanzada.

—Andriya cazó otro. Lo está racionando con los demás magos de la pólvora. Este es para los oficiales.

Tamas se mordisqueó el interior del labio.

—Olem. Haz que lo descuarticen y lo distribuyan entre los hombres. Un trozo pequeño para cada uno. Que ellos mismos se lo cocinen. Levantamos campamento en dos horas.

Olem se puso de pie y se estiró. Volvió a ponerse la pistola en el cinturón y se alejó gritando algunos nombres.

—Llegaremos a Hune Dora mañana al mediodía, señor —dijo Vlora.

Tenía los hombros manchados de sangre del alce. Seguramente habría estado en pleno trance de pólvora; de otra manera, no había forma de que una muchacha de su tamaño cargara un alce entero sobre los hombros.

—¿Distancia?

—Unos veinticinco kilómetros. Fui en esa dirección mientras cazaba.

—¿Y?

—Una ciudad pequeña, como dijo Gavril.

—¿Amurallada?

—La muralla está en ruinas. Unos dos metros y medio de altura. Pero no me preocuparía por eso, señor. La ciudad parece abandonada.

¿Abandonada? Tamas había tenido la esperanza de que estuviera habitada, para poder saquear sus almacenes en busca de pólvora y comida.

—¿Algo más en esa dirección?

—El terreno se vuelve empinado. El camino parece seguir el contorno de los riscos de las montañas. Hay muchos puentes, por lo que llegué a ver. Una vez que estemos en el bosque, a los dragones les será muy difícil rodearnos.

—Era lo que esperaba.

—La mala noticia es que el camino se torna considerablemente más estrecho. Solo podremos marchar en columnas de tres o cuatro hombres.

Eso requeriría que la columna de Tamas se extendiera a casi trece kilómetros. No era beneficioso para un ejército perseguido por dragones. Tamas maldijo en voz baja.

Observó el cielo por un momento. No iba a llover ese día.

—Te mentí —dijo Tamas.

Vlora frunció el ceño, con la vista fija en las brasas del fuego.

—¿Señor?

—En Budwiel me preguntaste si había novedades de Taniel. Te mentí. —Vlora abrió la boca, pero Tamas continuó antes de que ella llegara a decir algo—. Unos días antes de meternos en las cuevas, recibí un mensaje de Adopest. La salvaje de Taniel había despertado.

—¿Y Taniel?

—Nada. Pero si uno de ellos pudo despertar, cabe pensar que el otro también lo hará. Y no me imagino que esa pequeña niña salvaje sea más resistente que mi muchacho. Él... —La voz se le quebró—. Sobrevivirá.

Estudió a Vlora por el rabillo del ojo. Le pareció ver una lágrima en su rostro.

—¿Cómo está vuestra pierna, señor? —preguntó ella.

Tamas se miró la pierna. Mihali se la había curado. Podía caminar. Podía cabalgar. Diablos podía bailar si quisiera. Pero en el interior de la pantorrilla, aún le dolía. Sentía punzadas de dolor justo en el lugar de donde le habían extraído aquella maldita estrella de oro. A pesar de los poderes curativos de un dios, aún había algo que no iba bien en la pierna.

—Bien —dijo—. Como nueva.

—Aún cojeáis —dijo Vlora.

—¿Ah sí? Será la costumbre.

Vlora se inclinó hacia atrás.

—He oído que el tejido curado tiene problemas para reajustarse. Necesita ayuda. Mucho ejercicio y masajes. Si vos queréis...

—Creo que no necesito los cotilleos que surgirían si te viesen frotándome la pierna —dijo Tamas. Lanzó una risita, y sintió alivio cuando Vlora también se rio.

—Iba a sugerir que lo hiciera Olem, señor.

—Estaré bien. —Tamas observó a Vlora un momento más. Ella lo miró y luego volvió a fijar la vista en el fuego. Aún no podía mirarlo a los ojos.

Él echaba de menos la confianza que tuvieron antaño. Si las cosas hubieran salido mejor, en ese momento ella podría haber sido su nuera. Antes de ir a la universidad, había sido la única soldado con las agallas de llamarlo Tamas. Se le había colgado del brazo, e incluso lo había abrazado en público.

Eso fue antes de que ella se acostara con ese petimetre en Jileman y de que Taniel rompiera el compromiso.

Tamas se puso de pie.

—Quiero que Andriya y tú sigáis cazando. Necesitamos toda la carne que podamos conseguir.

—En algún momento nos quedaremos sin pólvora, señor —dijo

ella.

—Pídele un poco al intendente de la Séptima.

—Me refería a todo el ejército.

Tamas tamborileó en el cinturón con los dedos. Un ejército marchando sin suministros, ni siquiera vagones o seguidores de campamento. Se les acabaría todo. En poco tiempo. La única ventaja que tenían era que marchaban rápido, y eso quedaba anulado por tener que buscar comida y por el cansancio que les ocasionaba el hambre.

—Me aseguraré de que los magos reciban lo que necesiten. —Sus magos de la pólvora seguían equivaliendo a una docena de hombres cada uno.

Vlora asintió con la cabeza.

—Le preguntaré al intendente. —Ella se puso de pie y se dirigió abruptamente al campamento.

Tamas la observó irse y se sintió viejo, un anciano agobiado por los remordimientos.

Durante los siguientes minutos, el campamento se volvió más bullicioso, mientras se levantaban los últimos soldados. Se oyeron algunos vítores, y Tamas supuso que Olem habría distribuido la carne de alce. No era mucho, sobre todo cuando tenían que repartir entre tantos, pero era un bocado más que lo que venían comiendo.

Tamas levantó campamento y guardó su tienda. Acababa de atar su petate cuando Olem regresó con un bulto envuelto en lona ensangrentada.

—Eso puedo hacerlo yo, señor —dijo Olem.

Tamas observó la lona ensangrentada y sintió que se le hacía agua la boca.

—Te tengo haciendo cosas más importantes. Yo fui un soldado alguna vez, Olem. Puedo levantar campamento como cualquier otro.

—Si insistís, señor. —Olem se arrodilló junto a las brasas y cogió un pincho, luego abrió la lona y dejó a la vista un trozo de carne de alce.

Tamas se puso de pie y miró hacia el sur. En algún lugar, la caballería keseña estaba levantando campamento, probablemente con la esperanza de sobrepasar a las brigadas adranas antes de que estas pudieran alcanzar la relativa seguridad del bosque.

Tamas oyó, sin llegar a verlo, un caballo atravesando el campamento al galope. Unos momentos después, Gavril emergió de la mañana, aún oscura, sobre un caballo de guerra tembloroso.

Tamas cogió la brida del animal mientras su cuñado desmontaba. Los flancos del caballo estaban sudados, sus ojos desorbitados. Gavril había galopado rápido.

—Dieciséis mil —dijo Gavril—. Diez mil quinientos dragones, cinco

mil quinientos coraceros. Tres brigadas completas de caballería.

“Por Kresimir”. ¿Cómo podrían luchar contra tanta caballería?

—¿Distancia?

—Podemos llegar al bosque antes que ellos si salimos ahora. Aún no he hablado con mis exploradores del norte.

—Vlora acaba de regresar del norte. Estamos a veinticinco kilómetros de Hune Dora.

Gavril aceptó una cantimplora que le ofrecía Olem y bebió un sorbo, luego se echó el resto sobre la cabeza. Le brotaba vapor del cuerpo.

—No tendremos tiempo de saquear la ciudad.

—Según ella, está abandonada. Haré que algunos hombres la revisen, pero probablemente la pasemos de largo.

—Abandonada, ¿eh? —Gavril se rascó la barba—. Podríamos hacerles frente allí.

Tamas lanzó una mirada nerviosa hacia el sur. No llegaba a ver la caballería keseña, pero le parecía que podía *sentirla*.

—Tal vez.

Olem se puso de pie y le ofreció un plato de peltre. Sobre el plato había un corte humeante de alce.

—Está quemado en los bordes y crudo en el medio, pero está delicioso —dijo Olem sonriendo.

A Tamas le rugió el estómago. Debía de haber cerca de un kilo de carne en ese plato.

—Compártelo con Gavril —dijo Tamas—. Yo no tengo hambre.

Olem levantó una ceja.

—Desde aquí puedo oír los rugidos de oso que lanza vuestro estómago, señor. Debéis conservar vuestras fuerzas.

—En serio, estoy bien.

Gavril tomó la carne con las manos.

—Como quieras. —La cortó y arrojó una mitad al plato. Comenzó a meterse el resto en la boca. Entre bocados, le lanzó un grito a otro jinete que acababa de llegar al campamento.

—Señor —dijo Olem mientras Gavril se alejaba—, necesitáis comer.

—Levanta a los hombres —dijo Tamas. Una ráfaga de viento casi le voló el sombrero, y en su interior se elevó una urgencia repentina—. Que la columna de avanzada salga del campamento en veinte minutos. —Tamas se quedó mirando hacia el sur hasta que Olem se fue.

Dieciséis mil soldados de caballería keseña. Sus dos brigadas de infantería serían atropelladas. Morirían hambrientos, exhaustos y en una tierra extranjera, mientras los keseños quemaban sus casas.

Él no podía permitir que eso sucediera.

No *permitiría* que eso sucediera.

Tamas se acercó a las tiendas más cercanas.

—¡Compañías! —gritó—. ¡Prepárense para marchar!

El sargento Oldrich y su pelotón de rifleros se alojaban en un cuartel en desuso ubicado en el lado sudeste del río Ad, no muy lejos del faro de Gostaun. Era un edificio enorme; vacío y abandonado, salvo por algún que otro perro salvaje. La puerta de entrada estaba enrejada y encadenada, pero una de las tantas entradas laterales había quedado sin cerrar.

Adamat entró al cuartel por esa puerta y atravesó dos patios de armas vacíos hasta dar con un pequeño comedor donde el capitán y su pelotón veían la obra teatral representada por los cuatro hijos menores de Adamat.

Él se quedó de pie en la puerta, sin hacer ruido y sin poder evitar sonreír ante la imagen de Astrit jugando distraídamente con sus rizos negros mientras intentaba recordar el diálogo de una princesa atrapada en una alta torre por un Privilegiado malvado que, a juzgar por los disfraces de trajes y sábanas, era interpretado por uno de los mellizos.

—¡Papi! —gritó Astrit al verlo.

Los niños se le echaron encima y lo rodearon con abrazos y besos. Se aseguró de darle un beso a cada uno, diciendo cada uno de sus nombres... excepto el de los mellizos. Nunca podía distinguirlos, y no pensaba admitirlo.

Adamat forcejeó en el suelo con sus hijos durante varios minutos, hasta que finalmente pudo desenredarse de ellos. Los hizo regresar a su obra y se unió al sargento Oldrich en la mesa que había en un rincón.

—¿Café? —le ofreció un sargento, masticando distraídamente un poco de tabaco.

—Té, si es que tenéis.

Oldrich llamó a uno de sus hombres.

—¡Té! —Miró a Adamat con gesto preocupado—. Se os ve fatal. Os han dado una paliza, ¿verdad?

—Sí. —Adamat se quedó mirando a sus hijos. Eran unos niños preciosos. Realmente lo eran. La sola idea de que les pudiera suceder algo le hizo hervir la sangre, por lo que se obligó a desviar la mirada —. Pude salir bien parado, y encontré el escondite de Vetas.

—Pensé que no lograríais. —Oldrich levantó su taza de café a modo de brindis—. Me imaginé que el desgraciado se habría largado después de lo que les hicisteis a sus muchachos en Offendale.

Adamat se sorbió la nariz.

—Él no me tiene miedo —dijo—. No creo que le tenga miedo a nada. ¿Alguna vez has visto una máquina de vapor? Hacen funcionar

telares, martillos, prensas de imprenta... —Adamat recordó brevemente su propia incursión fallida en el mundo editorial, pero se las arregló para no pensar en ello.

—Sí —respondió Oldrich—. Ahora también hay en los barcos.

—Precisamente. Él es como una máquina de vapor. Sigue avanzando. Sin sentimientos, sin tener que pensarlo. Tiene una tarea que cumplir y piensa cumplirla.

Oldrich sorbió su café.

—Maldita sea. Casi me hacéis sentir pena por él.

—No —dijo Adamat—. Cuando lo encuentre, le arrancaré el corazón.

—Y yo espero que tengáis esa oportunidad. ¿Vamos a atraparlo?

—¿Cuántos hombres tienes? —preguntó Adamat, a pesar de que ya sabía bien la respuesta.

—Quince —respondió Oldrich—. Dos para cuidar a los niños...

—Cinco.

—Cinco para cuidar a los niños, eso nos deja con doce, contándonos a vos y a mí.

—No es suficiente.

—¿Tiene Vetas suficientes secuaces para derrotar a un pelotón de los mejores hombres del mariscal de campo?

—Tiene al menos sesenta matones y un Privilegiado.

Oldrich lanzó un silbido.

—Vaya. No creo que podamos hacer gran cosa al respecto.

—Diablos. Gracias —dijo Adamat cuando le colocaron una taza de té frente a él. Agregó dos terrones de azúcar y lo revolvió para enfriarlo—. ¿Has visto el periódico de hoy?

—No. ¿Queréis uno? ¡Ey! ¡Que alguno le traiga un periódico al inspector!

Adamat se estremeció mentalmente. Intentaba confirmar que Oldrich *no había visto* el periódico, no llamar su atención hacia uno de ellos. En fin.

—¿Recuerdas a un Privilegiado llamado Borbador?

—Sí —respondió Oldrich. Su expresión, normalmente agradable, de pronto se volvió cautelosa.

—Creo que él nos serviría. Borbador era uno de los miembros más brillantes de la camarilla real. Defendió la Fortaleza de la Corona contra la Camarilla de Kez prácticamente por su cuenta. Sé que Tamas lo dejó con vida y lo tiene guardado en algún lugar de la ciudad. Si pudiéramos...

—No —dijo Oldrich.

—¿No qué?

—El Privilegiado Borbador tiene un gaes que lo incita a matar al mariscal de campo.

—Lo sé. Yo soy el que se lo contó a Tamas.

—¿Entonces por qué me lo pedís? Liberarlo pondría en peligro a Tamas, y no lo haré.

Adamat se colocó la cabeza entre las manos. Sintió que últimamente lo venía haciendo muy a menudo.

—Es nuestra única oportunidad contra el Privilegiado de lord Vetas.

—Podríais pedírselo a Taniel Dos Tiros —dijo Oldrich—. Mata Privilegiados como pasatiempo, y se rumorea que está en la ciudad.

—Según el periódico, partió esta mañana hacia el frente. —Adamat se dio cuenta de su error mientras las palabras salían de su boca.

—¿Entonces sí habéis visto el periódico? —Oldrich sacó una escupidera de debajo de la mesa con el pie y se inclinó sobre ella para escupir—. ¿Hay algo que queréis que lea yo?

—Señor —dijo uno de los hombres de Oldrich desde la puerta. Era un hombre joven, no parecía ser mucho mayor que Josep, el hijo de Adamat—. Señor, deberíais ver esto. —Se acercó deprisa a Oldrich y dejó caer un periódico sobre su regazo.

Oldrich levantó el periódico. El titular decía “Budwiel saqueada, el mariscal de campo Tamas muerto”. Oldrich se quedó en silencio varios minutos mientras leía el artículo. El joven soldado se quedó a su lado todo el tiempo. Cuando Oldrich terminó, le devolvió el periódico.

—¿No ibais a decírmelo?

Adamat se sintió como un niño que había sido sorprendido saqueando la despensa.

—Sí iba a hacerlo —dijo Adamat—. Después de encontrar la forma de convencerte de que os quedéis y me ayudéis. —Adamat tragó saliva. Estaba a punto de perder la poca ayuda que le quedaba para recuperar a Faye. Una vez que Oldrich se fuera, Adamat se quedaría solo junto a ocho niños que cuidar, y una esposa y un hijo aún en las manos del enemigo.

—No me tenéis que convencer —dijo Oldrich—. Yo recibí una orden. Tamas es mi oficial al mando y un viejo amigo. Me dijo que siguiera con esto hasta el final, sin importar si él salía vivo de la guerra.

—¿Y lo harás?

—Sí.

Adamat no pudo evitar lanzar un suspiro de alivio. Se dio cuenta de que había estado sudando y se limpió la frente con un pañuelo.

—Gracias. —Se detuvo—. Parece que te lo has tomado bien.

—El periódico es bastante sensacionalista —dijo Oldrich, señalando el periódico—. En realidad, es “presuntamente muerto”. Tamas quedó tras las líneas enemigas junto a la Séptima y la Novena, y no se lo ha vuelto a ver. Esas son las dos brigadas más duras del ejército adrano.

Hasta que no vea un cuerpo, creeré que Tamas está en Kez, masticando al ejército keseño y escupiéndolo como mondadientes.

—¿Entonces no podré convencerte de liberar al Privilegiado Borbador, considerando que Tamas está muerto?

—Lo lamento. Tendréis que pensar otra cosa. Pero que sea rápido, porque solo puedo ayudaros a eliminar a Vetas hasta el momento en que haya un ejército golpeando a la puerta de Adopest.

Adamat se puso de pie.

—Ya pensaré en algo.

—Además —dijo Oldrich—, si se cree que Tamas ha muerto, eso significa que los funcionarios estrecharán el cerco respecto a la chequera que él le entregó.

En algún momento necesitaremos dinero para sobornos o suministros. Si tenéis algo de dinero guardado...

—Veré qué puedo hacer —dijo Adamat. De mala gana, les dijo adiós a sus niños y se dirigió a la puerta; Oldrich lo alcanzó en el corredor.

—¿Sargento?

—Quería deciros algo —le susurró Oldrich. Echó un vistazo hacia el comedor—. Aunque sea para que os quedéis tranquilo. No quiero que os preocupéis por vuestros hijos. Los muchachos les han tomado cariño. Si alguien nos encuentra y viene aquí en busca de esos niños, mis muchachos les darán lo suyo, y no serán amables.

Adamat contuvo las lágrimas repentinas que se le acumularon en los ojos.

—Gracias —llegó a decir—. Eso... eso significa mucho para mí. Gracias.

Adamat llegó a su piso franco a eso de la una de la mañana. Con cautela, subió las escaleras del apartamento que quedaba sobre el de la casera, oyendo el crujido de sus botas sobre los viejos peldaños de madera. ¿Realmente habían pasado cinco días desde que había estado allí? Después de su reunión con el Propietario, había dormido sobre el banco de un parque, en una litera de un asilo y en una silla de bar, mientras planeaba su próximo movimiento contra lord Vetas.

Necesitaba un baño.

SouSmith estaba sentado en el sofá junto a una lámpara encendida con la llama muy baja. El boxeador levantó la mirada de un juego de cartas extendido frente a él con expresión ceñuda.

—Muy preocupado —dijo SouSmith.

Adamat cerró la puerta dando un suspiro. Esperaba poder dormir bien durante toda la noche antes de tener que hablar con SouSmith. Se sentía fatal. Le dolía el cuerpo, no había dormido casi nada durante diez días y necesitaba una buena comida. Se había sentido así una o

dos veces en toda su vida, cuando Manhouch sucedió a su padre y la plebe estaba inquieta, por lo que todos los oficiales de policía trabajaban dieciocho horas al día.

Nunca pensó que volvería a sentirse así. Pensó que había dejado todo eso atrás.

—Lo siento —dijo Adamat.

SouSmith volvió a concentrarse en el juego. Movió una carta sobre otra, quitó dos de la mesa y las colocó junto a él, sobre el sofá.

—Te ves terrible —dijo SouSmith.

—Y así me siento.

—¿Dónde estuviste? —Sus ojitos brillantes estudiaron el rostro de Adamat.

—El Propietario me capturó. —Adamat cojeó hasta la silla que había junto al sofá y se dejó caer sobre ella—. Sus muchachos me golpearon toda la noche antes de que pudiera verlo. Resulta que todo el asunto fue un gran error. Me arrojaron sobre los adoquines con una disculpa.

—¿Viste al Propietario?

¿Había percibido preocupación en la voz de SouSmith?

—Estuve lo más cerca que se puede estar. Estuve en la misma habitación, con él detrás de un biombo negro. Me hablaba a través de una mujer que tejía, como si fuera mudo, o algo así. —Adamat frunció el ceño. Tal vez el Propietario *era* mudo. Tal vez la mujer no era tan solo una medida de seguridad, sino una intérprete—. ¿Tenemos algo para comer?

SouSmith señaló con el pulgar una bandeja que había junto al sofá. Debajo de la cubierta había un sándwich. La carne y el queso estaban tibios, pero a Adamat le pareció lo mejor que había probado en su vida.

Mientras Adamat terminaba de comer, sintió que recuperaba algo de fuerza.

—Al parecer, quiere lo mismo que yo —dijo dando los últimos mordiscos—. Lord Vetas le ha estado causando problemas. Los muchachos del Propietario me capturaron porque estábamos siguiendo a la misma mujer. —Adamat se lamió los dedos—. Pero ahora que él sabe que estamos detrás del mismo objetivo, parece que le basta con dar un paso atrás y dejar que yo vaya tras Vetas. ¡Lo que es una condenada pena, porque necesito su ayuda! —Adamat alzó la voz al final de la oración, cogió la bandeja donde había estado el sándwich y la arrojó al otro lado de la sala. La bandeja cayó en un rincón con un gran estrépito.

SouSmith se reclinó hacia atrás en el sofá, habiendo olvidado su juego, y lo observó.

—Nunca quise matar tanto a un hombre como quiero matar a lord

Vetas —susurró Adamat—. Sé dónde está. Encontré su escondite. Tengo una oportunidad, y con la ayuda del Propietario, podría lograrlo, pero él se limitó a enviarme de regreso a la calle. —Tomó una bocanada temblorosa de aire—. Voy a hacer algo muy estúpido, SouSmith, y creo que deberías alejarte de mí. Considéralo el final de tu trabajo conmigo.

SouSmith arqueó las cejas.

—Yo decidiré eso.

—Voy a chantajear al Propietario.

SouSmith comenzó a juntar las cartas con una mano. Enseguida terminó y se puso de pie.

—Por una vez —dijo—, estoy de acuerdo contigo.

Adamat cerró los ojos. No podía culpar a SouSmith. En lo más mínimo. Pero había tenido la esperanza de que SouSmith, una vez más, se negara a irse. De que se quedara junto a él hasta terminar con todo aquello.

SouSmith cogió su chaqueta del perchero que había junto a la puerta.

—Lo siento, amigo —le dijo—. Moriría por ti, pero el Propietario no se detendrá conmigo.

Por supuesto. SouSmith debía pensar en la familia de su hermano.

Se dieron la mano y Adamat oyó los pasos pesados de SouSmith al bajar la escalera y salir por la puerta principal.

Adamat se dejó caer en la silla con la cabeza entre las manos.

SouSmith era corpulento y muy fuerte, y en una pelea equivalía a cinco hombres, pero también era un amigo. Adamat no podía permitirse tener amigos. No con lo que estaba a punto de hacer.

Se obligó a ponerse de pie el tiempo suficiente para llegar hasta su cama. Se dejó caer sobre ella sin molestarse en quitarse la ropa.

Capítulo 14

Taniel se restregó los ojos y trató de recordar lo que se sentía al dormir.

Cinco veces en tres días había estado en alguna refriega sangrienta en el frente de batalla. Cinco veces había sido el último en irse de los terraplenes cuando los keseños resultaron ser demasiado poderosos. Cinco veces se había visto obligado a recorrer el largo trecho entre los cadáveres que cubrían el campo arrastrando a los heridos y a los moribundos, furioso de que una vez más se hubiera permitido que el frente cayera ante el ataque de los keseños.

¿Cuántas veces podían batirse en retirada antes de que no quedara del ejército más que los muertos y heridos?

Taniel hizo una pausa para mirar hacia el sur. Budwiel se iba alejando día a día. El frente (o lo que había sido el frente hasta hacía media hora) estaba a unos cuatrocientos metros, cubierto de humo de pólvora. Los soldados keseños ya estaban aplanando el terreno y llevándose en carro a sus muertos.

La última ofensiva había sido intensa. La infantería de la Decimoséptima Brigada estaba compuesta mayormente por soldados novatos que habían huido incluso antes de que sonara la retirada. Taniel se preguntó si quedaba un solo hombre ileso después de aquel desastre. Los gemidos de los heridos en la tienda de los médicos le ponían la piel de gallina.

Encontró a Ka-poel sentada junto al fuego, a un lado de su tienda. Miraba las brasas limpiándose las uñas distraídamente con una de sus largas agujas. Sobre las llamas hervía una olla de agua. Ella le echó una mirada a Taniel y volvió a fijar la vista en el fuego.

Taniel se dejó caer en el suelo junto a ella. Le dolía todo el cuerpo. Estaba cubierto de incontables cortes y contusiones. Un Guardián particularmente desagradable casi lo había matado, y de ese encuentro le había quedado un tajo a un lado del estómago.

Ka-poel se puso de pie en silencio, se colocó detrás de él y comenzó a quitarle la chaqueta. A él no le gustaba que ella lo desvistiera (bueno, le *gustaba*, pero ya había oído a algunos oficiales murmurando sobre lo inapropiado de su relación), pero se encontraba demasiado cansado para discutir. Ella le desabotonó la camisa y le limpió el cuello y el torso con un paño húmedo y caliente.

Él yacía de lado mientras ella le suturaba la herida del estómago, encogiéndose cada vez que ella le clavaba la aguja.

—Pole —le dijo mientras seguía allí tendido—, ¿recuerdas que se mencionó algo sobre una escuela para magos de la pólvora que Tamas abrió en Adopest?

Ella tamborileó con dos dedos sobre su brazo. “Sí”.

—Creo que Sabon estaba a cargo. Me pregunto si él seguirá allí. Diablos, me vendría bien su ayuda. —Taniel hizo una pausa para pensar. El rostro de Sabon flotó frente a él, con sus dientes perfectos contrastando con su piel oscura. Sabon era el único al que Tamas escuchaba. Le había enseñado a disparar a Taniel. Un buen soldado, un buen hombre—. Maldición, le tendría que haber preguntado a Ricard. Aun si Sabon estaba con Tamas, tendrían que quedar un par de magos de la pólvora en Adopest. Los necesitamos en el frente.

Ka-poel terminó la sutura y Taniel se puso de pie. Su camisa estaba casi completamente negra, rígida por la sangre seca. Él olía a matadero. Dejó la camisa en el suelo. Ka-poel ya encontraría a alguien que la lavara. Cogió su otra camisa de la tienda y se la abotonó.

Su tienda estaba en la ladera de uno de los riscos que enmarcaban el Camino de Surkov. Eso significaba que le tocaba dormir inclinado, pero desde allí podía ver la mayor parte del valle, y en ese momento observaba el campamento de las Alas de Adom. El campamento de las Alas estaba más cerca del frente de batalla que el del ejército. Ellos dominaban el lado este del valle con el flanco contra el río.

Según los informes, las Alas mantenían su posición todos los días, pero, cuando los adranos se batían en retirada, se veían obligados a retroceder para que los keseños no los flanquearan.

Tamas se habría puesto furioso si hubiera estado allí para ver que los mercenarios estaban ofreciendo una mejor defensa que el ejército adrano.

Un par de comandantes de brigada de las Alas se estaba abriendo paso desde su campamento en dirección a la gran tienda de mando azul y blanca ubicada detrás del ejército adrano. Algunos otros oficiales parecían estar yendo en la misma dirección. Una reunión, al parecer. Si Tamas hubiera estado allí, Taniel estaría en esa reunión.

Muchísimas cosas habían cambiado ante la ausencia de Tamas.

No muy lejos de la tienda de mando estaba la cantina. En la mayoría de los ejércitos, los propios soldados cocinaban para su

compañía, y a veces incluso para su pelotón. Allí en el frente, un solo chef cocinaba para todos, o eso decían los rumores.

Mihali.

No era difícil reconocer a la figura alta y gorda avanzando entre los fuegos y atendiendo al pequeño regimiento de mujeres que lo asistían. Taniel frunció el ceño. ¿Quién era este hombre que decía ser un dios? Taniel había visto el rostro de un dios (el de Kresimir) y le había dado un balazo en el ojo. Kresimir tenía aspecto de dios. Mihali no.

Taniel cogió su chaqueta y descendió de la ladera de la montaña en dirección a la tienda de mando.

Los soldados parecían observarlo dondequiera que él fuese. Algunos se quitaban el sombrero. Algunos le hacían un saludo. Algunos tan solo lo miraban cuando pasaba, pero a Taniel no le agradaba la atención. ¿Acaso él era una clase de curiosidad a la que debían observar boquiabiertos? Siempre se había sentido a gusto en el Ejército, pero en ese momento en que Tamas y los magos de la pólvora ya no estaban, Taniel se sentía solo, como un extranjero.

Se preguntó cómo lo verían ellos a él. Apestaba como el callejón trasero de una carnicería, y probablemente tenía ese mismo aspecto. Tenía el cuerpo cubierto de arañazos y cortes, el pelo chamuscado a raíz de una explosión de pólvora del día anterior y el rostro sucio y magullado.

Y se preguntaba qué era él. Se las había arreglado para escapar de toda herida seria durante cinco batallas intensas y sangrientas. Lo habían rozado siete balas durante los últimos dos días. Había estado a centímetros de ser atravesado en varias ocasiones. ¿Tan solo era así de rápido? ¿O había algo más?

Esa clase de suerte sencillamente no ocurría. Era asombroso. ¿Había sido así en Fatrasta? No, nunca había estado en una lucha continua así de sangrienta. Recordó el momento en que le arrancó una costilla al Guardián, en Adopest, y se preguntó si aquella suerte estaba vinculada de alguna manera con su nueva fuerza.

Llegó a la tienda de mando e ignoró al guardia que le pidió que se detuviera.

La tienda estaba llena. Había unos veinte oficiales en el interior; parecían ser todos los comandantes de brigada de las Alas y los generales y coroneles adranos. Hablaban a voz en grito y agitaban los puños. Taniel se deslizó junto a la pared de la tienda, intentando encontrarle algún sentido a la discusión.

Vio un rostro que le resultó familiar y avanzó entre la multitud.

El coronel Etan le llevaba diez años a Taniel. Era un hombre alto de hombros anchos, con cabello corto castaño y un rostro chato y feo. Pero nadie le diría que era feo. Los granaderos de la Decimosegunda Brigada eran los hombres más corpulentos y más fuertes del ejército

adrano, y decir una palabra en contra de su coronel podía poner a los dos mil hombres en contra de uno.

—¿Qué está sucediendo? —susurró Taniel.

El coronel Etan le echó una mirada rápida.

—Algo acerca de... —Se detuvo y volvió a mirarlo—. ¿Taniel? Diablos, Taniel, oí que te habías unido a nosotros en el frente, pero no lo creí. ¿Dónde has estado?

—Después te cuento —respondió Taniel—. ¿Sobre qué están discutiendo?

La sonrisa de bienvenida de Etan se desvaneció.

—Un mensajero de Kez. Exige que nos rindamos.

—¿Y? —resopló Taniel—. No hay nada que discutir. No nos rendimos.

—Yo estoy de acuerdo, pero algunos de los de arriba no. Algo los tiene asustados.

—Por supuesto que están asustados. ¡Se han estado retirando de cada enfrentamiento! Si mantuvieran la posición aunque fuera una vez, podríamos doblegar a estos desgraciados keseños.

—No es eso —dijo Etan—. Los keseños sostienen que tienen a Kresimir de su lado. ¡Y no solo en espíritu, sino que se encuentra en su campamento!

Taniel sintió que se le enfriaba todo el cuerpo.

—Ah, diablos.

—¿Estás bien? Tienes mal aspecto.

—Kresimir no puede estar aquí. Yo mismo lo maté.

Etan le estaba prestando toda su atención a Taniel.

—¿Tú... lo mataste? Oí algunos rumores descabellados sobre una pelea en el Pico del Sur antes de que se derrumbara, pero ¿tú...?

—Sí —respondió Taniel—. Le di un balazo en el ojo y uno en el corazón. Lo vi caer en una lluvia de sangre divina.

—¡General Ket! —gritó Etan—. ¡General Ket! —Cogió a Taniel del brazo y comenzó a abrirse paso a empujones entre los oficiales reunidos. Todos se apresuraron para hacerle sitio; nadie se plantaba ante un granadero de ese tamaño.

—No, Etan...

Etan lo llevó hasta el espacio vacío que había en medio de la estancia, donde los rostros poco amistosos de veintitantos oficiales lo observaban con una expectativa tensa.

—Diles lo que me dijiste a mí —le dijo Etan a Taniel.

Taniel volvió a tomar una gran consciencia de su ropa desgastada y cubierta de sangre y de su cara sucia. El lugar pareció dar vueltas ligeramente, a causa del aire caliente y pesado.

Se aclaró la garganta.

—Kresimir está muerto —dijo—. Yo mismo lo maté.

El clamor de las voces hizo que le doliese la cabeza aún más que el sonido de una descarga de mosquetes. Taniel miró a su alrededor, intentando encontrar algún aliado. Vio a la general Ket en el grupo, pero ella no se encontraba entre sus aliados. ¿Dónde estaba el general Hilanska?

—¡Dejadle hablar! —gritó una mujer. La comandante de brigada Abrax, de las Alas. Era diez años menor que el padre de Taniel, pero tenía el rostro el doble de severo y el cabello rapado sobre las orejas. Su uniforme era blanco, con ribetes rojos y dorados.

La general Ket aprovechó el silencio repentino para decirle con desprecio:

—No se puede matar a un dios.

—Yo lo hice —respondió Taniel—. Lo vi morir. Disparé dos balas hechizadas. Las vi impactar. Lo vi desplomarse. Yo estaba en esa montaña cuando comenzó a derrumbarse.

—¿Ah, sí? —dijo Ket, impaciente—. ¿Y cómo bajaste?

Taniel abrió la boca, pero la volvió a cerrar. ¿Cómo había bajado? Lo último que recordaba era abrazar el cuerpo inconsciente de Ka-poel mientras el edificio donde se encontraban comenzaba a combarse y a caer.

—Eso pensé —dijo Ket—. La pólvora se te subió a la cabeza.

—¡Es un héroe, señora! —dijo el coronel Etan.

—¡Incluso los héroes pueden volverse locos! ¡Prebostes! ¡Sacadlo de aquí! Un capitán no tiene lugar en esta reunión.

Alguien empujó a Taniel hacia un lado, y él oyó que otra voz decía:

—¡Kresimir no está aquí! ¿Qué clase de disparates son esos?

—Yo lo vi.

Todo el mundo se quedó quieto y en silencio. Taniel reconoció esa voz. El general Hilanska.

Hilanska permanecía sentado, mientras que todos los demás se encontraban de pie. Llevaba su uniforme de gala, adornado con decenas de medallas, el cuello recién almidonado y la manga vacía enganchada al pecho. El general parecía cansado; toda su enormidad rebosaba los bordes del asiento y tenía el rostro abatido por la fatiga.

Hilanska continuó hablando, con su voz profunda y tranquila.

—¡Todos vosotros lo visteis! En la negociación de esta mañana. Estaba allí, malditos estúpidos, y vosotros lo ignorasteis. El hombre que estaba en el fondo, que no hablaba. Llevaba una máscara de oro con un solo ojo. Si alguno de vosotros se hubiera molestado en escuchar, los Privilegiados de las Alas dijeron que el sujeto apestaba a hechicería, que era la más poderosa que habían visto hasta entonces.

—Ese era tan solo un Privilegiado —dijo Ket—. No era un dios.

Hilanska se puso de pie con dificultad.

—Dime que estoy loco, Ket. Te desafío. Tamas creía que Kresimir

había regresado. Creía que Dos Tiros le había disparado. Pero las balas no fueron letales. Después de todo, Kresimir es un dios.

Ket miró a Hilanska con cautela.

—Y, aun así, Tamas llevó a la muerte a la Séptima y a la Novena, detrás de las líneas keseñas.

—No está muerto —dijo Taniel, sintiendo que comenzaba a hervirle la sangre.

Ket se volvió hacia él.

—Según el cachorro de nuestro mariscal muerto.

—¿Cachorro? —A Taniel se le nubló la vista—. He matado a cientos de hombres. Casi mantuve esa maldita línea por mi cuenta los últimos dos días. Siento que soy el único que quiere ganar esta guerra, ¿y vos me tildáis de cachorro?

Ket escupió a sus pies.

—¿Quieres llevarte todo el mérito? ¡Qué ego! Solo porque hayas brotado de las entrañas de Tamas no significa que tengas su habilidad, muchacho.

Taniel casi no podía pensar. ¿Había estado en el frente de batalla luchando para esto? La ira se apoderó de él.

—¡Os mataré, perra estúpida!

Taniel tensó los músculos para atacar a la general Ket cuando algo le golpeó un lado de la cabeza. Se tambaleó e intentó correr hacia Ket. Unas manos lo aferraron y lo alejaron. Una vez más, le golpearon la cabeza. Forcejeando y gritando, fue obligado a abandonar la tienda de mando.

—¡Taniel! —oyó que le decía el coronel Etan al oído—. ¡Cálmate, Taniel, por favor!

Taniel tuvo que encontrarse frente a cinco o seis picas afiladas apuntando a su rostro para que saliese de ese estado de furia. Los prebostes —miembros de la policía militar adrana— que sostenían esas picas tenían una expresión que dejaba a las claras que lo llenarían de agujeros en un instante.

—Es suficiente —dijo Etan desviando una pica. Pudo lograr que los prebostes retrocedieran algunos pasos.

Entonces que la furia había pasado, Taniel sintió frío, se sintió débil. Le comenzó a temblar todo el cuerpo. ¿Realmente había llamado perra a Ket frente a todo el Estado Mayor? ¿Qué le había pasado por la cabeza? Se dejó caer al suelo, desorientado.

—¿Estás intentando que te maten? —le preguntó Etan—. Había oído rumores de que, durante los últimos días, hubo un mago de la pólvora en el frente arrojándose a las garras del enemigo como si quisiera morir. Nunca pensé que fueras tú. Tendrás suerte si te libras de esta con tan solo unos azotes. ¡Atacar a la general Ket! No puedo creerlo.

Taniel se llevó las rodillas al pecho e intentó hacer que su cuerpo dejara de temblar.

—¿Has terminado? —¿Por qué temblaba tanto? Lo asustaba más que estar del lado incorrecto de la espada de un Guardián. ¿Era la abstinencia de mala? ¿Su pólvora?

—Taniel... —Etan lo miró fijamente, y Taniel notó que había una preocupación genuina en sus ojos—. Taniel, me arrastraste un metro y medio antes de que lograra golpearte la cabeza. He derribado hombres del doble de tu tamaño con un puñetazo así, y tuve que golpearte tres veces para poder siquiera desconcertarte. ¡Diablos, *yo* tengo el doble de tu tamaño! Sé que los magos de la pólvora son fuertes, pero...

—Asumiré toda la responsabilidad —dijo Taniel—. Con suerte, tú no serás castigado.

—No me preocupo por mí.

—¿Capitán? —Ambos levantaron la mirada. El general Hilanska estaba de pie junto a ellos. Los prebostes ya no estaban—. Coronel, me gustaría hablar en privado con el capitán, por favor.

Etan se alejó, y Taniel se puso de pie lentamente, sin saber si sería capaz de mantenerse erguido, pero con la certeza de que quizás el general Hilanska fuera el único aliado que le quedaba en todo el campamento.

—¿Señor? —Se balanceó hacia un lado y tropezó. Hilanska lo cogió con el brazo que le quedaba.

—Ket quiere tu cabeza —dijo Hilanska.

—Me imagino.

—¿Sabes? —dijo el viejo general—. Sin Tamas, los magos de la pólvora ya no tienen influencia. Algunos de los oficiales superiores parecen querer fingir que nunca habéis existido.

Taniel inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia el cielo, que se estaba oscureciendo. Ya comenzaban a aparecer algunas estrellas, y la luna brillaba sobre el horizonte del este.

—¿Vos creéis que esté muerto?

Hilanska comenzó a caminar, y a Taniel no le quedó otra que seguirlo, aun con las piernas flojas como las sentía. Las manos ya le temblaban un poco menos.

—No quiero creerlo —dijo Hilanska—. Nadie quiere creerlo, a pesar de cómo actúan los demás. Todos amábamos a tu padre. Era un estratega brillante. Pero se perdió todo contacto. Durante las últimas tres semanas no hemos oído nada de ninguno de los espías que tenemos en el ejército keseño. Tenemos que enfrentarnos a los hechos. Es probable que Tamas esté muerto.

Si Tamas estaba muerto, también lo estaban Vlora y Sabon y el resto de la camarilla de la pólvora y la Séptima y la Novena. Taniel sintió que se le tensaba el pecho. Sin lágrimas. No caería ninguna. No

por Tamas.

Pero que ya no estuviera más...

—¿Y Kresimir?

—Sea lo que sea que le hayas hecho, sobrevivió.

—¿Y qué hay de este tal Mihali? ¿Este dios-chef?

Hilanska se encogió de hombros.

—Tu padre parecía pensar que se trata de Adom renacido.

—¿Y vos?

—Yo no tengo pruebas que ratifiquen ni que desmientan. Cocina increíblemente. Se supone que él y Kresimir tienen una especie de tregua. Algo sobre dejar que los mortales resuelvan su pelea por su cuenta. —Hilanska escupió por la comisura de la boca—. No me gusta la idea de que nos estén usando en una especie de batalla cósmica.

—No —respondió Taniel—. A mí tampoco. —La cabeza comenzaba a aclarársele. El mundo ya no daba vueltas—. ¿Qué me puede hacer Ket?

—Ella es general. Tú eres capitán. Todo un grupo de personas acaba de verte intentando matarla.

—No la habría matado. Y no soy tan solo un capitán. Soy un mago de la pólvora.

—Lo sé —dijo Hilanska—. Tamas te mantenía fuera de la cadena de mando. Si él aún estuviera aquí, te habrías salido con la tuya. Ket es una buena general, pero tiene una visión demasiado estrecha de las cosas. Tamas lo sabía. Pero ahora solo eres un capitán.

—¿Quién ha estado ordenando las retiradas en el frente?

Hilanska se detuvo y se volvió hacia Taniel.

—Yo.

—¿Vos? —Taniel tuvo que contenerse para no dar un paso hacia atrás.

Hilanska le apoyó la mano en el hombro, como podría hacerlo un padre con un hijo.

—No podemos contenerlos —le dijo—. Hasta el momento en que llegaste, no teníamos respuesta contra esos Guardianes Negros. Atraviesan la infantería como nunca he visto antes. Son más rápidos y más fuertes que los Guardianes regulares, y la pólvora no enciende a su alrededor. Incluso teniéndote a ti, no podemos mantener la posición.

—¿Y qué hay de la hechicería? Las Alas tienen Privilegiados.

—La hechicería no afecta a los nuevos Guardianes. Es algo realmente desconcertante. No me imagino a la Camarilla de Kez capaz de crear algo que quizá no puedan controlar.

Taniel reflexionó sobre eso por un instante. El cerebro le comenzaba a funcionar de nuevo. Eso parecía una buena señal. La ira se estaba convirtiendo en un recuerdo lejano.

—Tal vez no los hayan creado ellos.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, nunca habíamos visto un Guardián creado a partir de un mago de la pólvora. Quizá sea obra de Kresimir. Quizá los remanentes de la Camarilla de Kez no tengan voz en el asunto.

—Tiene lógica. —Hilanska se lo quedó mirando durante un momento—. ¿Dónde duermes?

Taniel miró la ladera de la montaña.

—Tengo una tienda ubicada allí arriba.

—Te conseguiré una habitación —dijo Hilanska—. Necesitas dormir. Ven a buscarme en una hora y tendré algo arreglado. Ahora, sin embargo, tengo que intentar convencer a Ket de que no ordene que te cuelguen. —El general se volvió y comenzó a alejarse.

El corazón de Taniel finalmente había dejado de palpitar. Sintió que se desinflaba, que se descomponía.

—Gracias. ¿General?

Hilanska se detuvo y lo miró.

—Varios intendentes rechazaron mis peticiones de pólvora adicional. Sostienen que no tenemos suficiente pólvora negra, y que el Estado Mayor la está racionando. ¿Realmente hay escasez?

Taniel pensó en Ricard Tumblar. El jefe sindical había mencionado algo acerca que las exigencias de suministros del frente eran inusualmente altas.

—No es tan grave como suena —dijo Hilanska en voz baja—. Te conseguiré lo que necesites. ¿Algo más?

—Sí. —Taniel vaciló, no estaba seguro de querer saber la respuesta a su siguiente pregunta—. ¿Queda algún mago de la pólvora en Adopest? Sé que Tamas estaba entrenando algunos magos nuevos.

—Todos fueron con él. Incluso los aprendices.

—Diablos. Tenía la esperanza de que Sabon siguiera allí, en algún lado.

El rostro de Hilanska se ensombreció y lanzó un suspiro.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Sabon está muerto, muchacho. Hace más de un mes, recibió un balazo de rifle de aire en la cabeza.

Hilanska le dio una palmada en el hombro y se alejó hacia la noche.

Pasaron unos momentos hasta que Taniel pudo volver a tomar otra bocanada temblorosa de aire. Volvió a mirar el cielo. De la luz del sol solo quedaba una línea sobre las montañas; sobre él, el cielo era un manto de estrellas brillantes sobre un fondo azul oscuro.

Sabon, muerto. Su mentor. Su maestro.

Eso tenía que haber sacudido a Tamas. Quizá lo suficiente para

hacerlo cometer errores.

Si Sabon estaba muerto, entonces, era posible que Tamas también lo estuviera.

¿Era Taniel el último mago de la pólvora que quedaba en Adro? Eso parecía. El ejército se retiraba cada día más. Kresimir estaba vivo, exigiendo que se rindieran. ¿Qué podía hacer él?

Luchar.

Era la única respuesta.

Capítulo 15

Tamas estaba de pie sobre los estribos, observando a través de un catalejo a unos exploradores keseños que llegaban a la cima de la última colina que había entre la caballería keseña y las dos maltrechas brigadas de infantería de Tamas.

Después de un momento de estudiar a los exploradores enemigos, volvió a sentarse y le entregó el catalejo a Olem.

—Para cuando nos alcancen, tendremos dos tercios de nuestros hombres dentro del bosque.

Detrás de él, el bosque Hune Dora se elevaba sobre la llanura. Hacía un siglo que la pradera que llegaba hasta el bosque había sido explotada para leña hasta la última ramita, pero Hune Dora era una barricada de árboles, protegida por decreto real y declarada patrimonio nacional de Kez. Allí el terreno cambiaba drásticamente; las estribaciones onduladas de la pradera se convertían en unos riscos de montaña abruptos que se introducían en la Expansión Ámbar como unas raíces inmensas.

Tamas sospechaba que la dificultad de cortar árboles en Hune Dora tenía tanto que ver con la protección legal del bosque como con las prácticas de caza del rey.

Hizo dar la vuelta a su caballo y cabalgó hasta quedar a la altura del final de la columna. Los hombres avanzaban a paso medio, a medida que los elementos de la columna se reducían de seis a cuatro para pasar sin problemas por el camino del bosque.

—Coronel Arbor —dijo Tamas mientras se unía a la retaguardia.

El coronel Arbor era un anciano según los estándares militares. Tenía diez años más que Tamas, y hacía mucho que había perdido el oído y la mayoría de los dientes. A pesar de su edad, podía marchar, combatir y beber como un hombre de treinta años, un hecho que él atribuía a beber una copa de vino y fumar un buen cigarro todas las noches antes de acostarse. El coronel caminaba junto a los últimos

hombres de la retaguardia, con el rifle sobre el hombro como un soldado común, con el sable de caballería a su lado. El Primer Batallón de la Séptima Brigada estaba constituido por los mejores hombres de Tamas. No era una casualidad que fueran en la retaguardia.

—¿Eh? —dijo el coronel.

—Preferiría que fueras a caballo. —Tamas casi tuvo que gritarlo, para asegurarse de que el coronel lo oyera.

El coronel abrió la mandíbula y se quitó los dientes postizos.

—No lo haré —le dijo—. La silla de montar hace que los huevos me duelan como el diablo. Además, señor, necesitamos los caballos para explorar. —Echó una mirada a los animales de Tamas y de Olem, como pensando que tendrían un mejor uso entre los exploradores.

—Tendremos compañía en unos quince minutos —dijo Tamas—. Vosotros lleváis la retaguardia. Quiero una marcha en retirada. Firme y valiente.

Arbor se aclaró la garganta y escupió una bola de flema.

—¡Batallón! —dijo con un alarido. Más adelante, un capitán dio un salto sorprendido—. ¡Colocad sables bayoneta! Molinete entrelazado. ¡Enemigos en diez!

Unos sargentos fueron pasando la orden por la columna, aunque lo más probable era que media brigada ya la hubiera oído. Arbor frotó sus dientes postizos contra la chaqueta de su uniforme y luego se los colocó en el bolsillo trasero.

—No quisiera que se rompieran en la inminente refriega. —Le guiñó un ojo a Tamas.

—Bueno. —Tamas espoleó a su animal para unirse a sus magos de la pólvora, que iban más adelante.

Detrás de él, el batallón de Arbor se desplegó por la pradera, formando un escudo con forma de medialuna alrededor de la retaguardia de la columna.

—¡Señor! —Andriya se volvió hacia Tamas con un saludo cuando este se acercó al grupo. Cinco magos de la pólvora rodeaban a Andriya. Todos habían pasado la noche cazando y explorando, y tenían un aspecto abismal, con ojeras muy marcadas. Tamas podía percibir el olor a pólvora negra que los rodeaba como una nube.

Tamas frenó a su caballo.

—La avanzada keseña está en la cima de aquella colina. Unos mil doscientos dragones, avanzando al galope.

—¿Nos quedaremos a luchar? —preguntó Andriya. Tenía esa mirada hambrienta que siempre ponía cuando llegaba el momento de derramar sangre keseña.

—No —dijo Tamas—. La vanguardia estará aquí aproximadamente una hora antes que el resto. Quiero que nos hayamos adentrado mucho en el bosque para ese entonces. No te preocupes —agregó al

ver la decepción en el rostro de Andriya—. Tendremos muchos keseños para matar.

Tamas echó un vistazo al campo de batalla; porque eso es lo que era, al fin y al cabo. Sobre todo porque allí se derramaría sangre en menos de una hora. Estudió la línea de árboles y el contorno de la tierra, y luego las viejas murallas de piedra de la ciudad abandonada de Hune Dora. Con más tiempo para hacer planes (un día, o incluso algunas horas), habría podido tender una trampa y exterminar a la vanguardia keseña. En aquellas circunstancias, necesitaba que sus hombres abandonaran la llanura.

Señaló el lugar donde el bosque se elevaba abruptamente sobre la pradera.

—Andriya, quiero a tu equipo a unos doscientos o trescientos metros de la línea de árboles. Vlora, coloca a los tuyos en esas rocas de allí. —Señaló hacia el norte—. En cuanto estén a tiro, eliminad los caballos de la delantera. Intentad hacer tropezar a toda la columna. Cuando se dispersen para atacar, matad a sus oficiales. Podéis retiraros.

Los magos de la pólvora se alejaron corriendo. Estarían en posición y comenzarían a disparar en cuestión de minutos. Eso podría darles un poco más de tiempo a sus brigadas para meterse en el bosque.

Él había ubicado a sus magos de la pólvora en puntos altos para que pudieran efectuar tiros largos, pero el propio camino caía en una hondonada ancha y chata antes de volver a elevarse en dirección a los árboles. A la vanguardia keseña le resultaría fácil atacar.

En cuanto entraron al bosque, el Cuarto Batallón de la Séptima había adoptado posiciones de disparo. Le darían un poco de protección al Primer Batallón si necesitaba correr hacia el bosque.

Tamas hizo girar a su caballo hacia el noroeste, en dirección al bosque, y luego desmontó. Abrió una carga de pólvora con los dedos y se echó un poco sobre la lengua. Sintió que el trance de pólvora lo embargaba.

—Carabina —ordenó.

Olem, que lo había estado siguiendo en silencio durante todo ese tiempo, le entregó una carabina cargada. Tamas llevó una rodilla al suelo. La carabina era un rifle acortado, más fácil de disparar y recargar a caballo que un rifle largo, pero igual era mejor disparar desmontado. En lugar de contar con una culata larga para mantenerla firme, tenía un mango de acero adosado al cañón.

Tamas aferró la carabina con fuerza y apuntó al horizonte. Observó a los dragones exploradores acercarse.

Normalmente, un dragón keseño estaba armado con carabina, pistola y espada recta. Los comandantes keseños más antiguos los trataban como infantería montada, o sea que iban a caballo, pero

combatían a pie. Los comandantes más jóvenes los usaban como caballería ligera.

En la situación actual, dispararían la carabina, luego la pistola y luego atacarían abiertamente con la intención de desbaratar la retaguardia de Tamas. Él estaba dispuesto a apostar su caballo a que esa era la táctica que usarían.

No pasó mucho tiempo hasta que la compañía principal de la vanguardia keseña llegó a la lejana colina. Tamas espiró despacio y apuntó con su carabina. Los dragones estaban a unos dos kilómetros de distancia, aún en formación de cuatro. Las crines de los cascos con pinchos de la caballería flameaban al viento.

Tamas oyó el estallido de un rifle a su izquierda y supo que Andriya había hecho el primer disparo. Pasaron varios segundos eternos, repletos de disparos de rifle.

El primer dragón tropezó. El caballo cayó retorciéndose. Y otro, y luego cayó otro más. Golpearon contra el camino en una nube de polvo. Los caballos que estaban inmediatamente detrás de la línea delantera quedaron enredados; muchos cayeron, rodando y revolviéndose, debajo de los cascos de sus propios aliados.

Tamas no necesitó oír los alaridos de los caballos para que resonaran en su cabeza.

Ellos tenían que saber que Tamas tenía a sus magos de la pólvora, y aun así habían mantenido una formación cerrada. Tamas le daba vueltas a semejante error. Los dragones deberían haber estado preparados.

Pero, claro, ¿quién está preparado para que lo alcance una bala cuando el enemigo solo es un punto en el horizonte?

Apretó el gatillo.

Unos segundos después, su bala impactó en el ojo de un caballo. El animal se sacudió y cayó. El jinete pasó por encima de su caballo y cayó al suelo con fuerza suficiente para romperse el cuello.

Tamas le entregó la carabina a Olem y recibió una cargada en su lugar.

La columna keseña se desplegó fuera del camino, lo que ensanchó su formación. Más hombres llegaron a la cima de la colina. El entusiasmo original de Tamas al ver que unos diez jinetes caían tan rápido desapareció. Aún tenía que lidiar con mil doscientos más. Hacer tropezar a unos pocos de la cabeza de la columna no constituía una victoria.

Estudió la formación de dragones en busca de las charreteras de algún oficial. Enseguida las encontró y se apoyó la carabina contra el hombro. Una bocanada profunda. Espira. Presiona el gatillo.

La bala le impactó al joven oficial en la garganta. Cayó de la montura y de inmediato Tamas se puso a buscar otro blanco.

Durante los siguientes minutos, sus magos de la pólvora dispararon a voluntad, y cada bala fue letal, con muy pocas excepciones. La vanguardia keseña se acercaba.

—Mejor montaos, señor —dijo Olem sin el más mínimo nerviosismo en la voz.

Tamas podía leer la formación keseña. Se desplegaron en el lado este del camino en columnas de seis hombres. Atacarían el flanco del Primer Batallón, lo que lo obligaría a alejarse de la posible protección de las murallas de Hune Dora. Los dragones atacarían rápido y con fuerza para evitar enredarse, y volverían a quedar fuera del alcance de los mosquetes convencionales en cuestión de momentos. Podrían retirarse detrás de las murallas de Hune Dora, lo que les daría protección contra los magos de la pólvora, y luego atacarían el flanco de la columna.

Tamas vio que se ponían las carabinas al hombro. Montó su caballo y vació el cañón de su carabina.

—Atento a la muralla —le dijo a Olem—. Vamos.

El Primer Batallón de Arbor disminuyó la marcha. Todos los demás hombres se detuvieron, se giraron y bajaron una rodilla al suelo. Tamas oyó el grito de Arbor de abrir fuego, y una nube de humo de pólvora se elevó en el aire. Cayeron cincuenta dragones, o más. Los soldados se pusieron de pie de un salto y comenzaron a recargar mientras seguían marchando.

Tamas galopó hacia la retaguardia y desenvainó su sable curvo de caballería.

Los dragones dispararon con sus carabinas y dejaron sus propias nubes de pólvora detrás de ellos, como si fueran un recuerdo.

El frente de soldados se tambaleó. Algunos cayeron, otros cojeaban pidiendo ayuda. Ninguno de ellos dejó de marchar para atender a los heridos.

Habían sido bien entrenados.

Los dragones guardaron las carabinas en la silla de montar. Extrajeron pistolas y apuntaron.

La segunda línea de soldados adranos se volvió, se arrodilló y disparó.

Una nube de humo se elevó de los dragones cuando devolvieron el fuego con sus pistolas. Salieron de la nube un momento después blandiendo espadas mientras se acercaban para el ataque.

El Primer Batallón de Arbor se volvió para recibir el ataque. Tenían los sables bayoneta colocados en el extremo de sus mosquetes, lo que hacía que las armas tuvieran el largo suficiente para funcionar como picas. Tamas maldijo. La formación estaba demasiado abierta...

El atronador ataque de los dragones ya casi alcanzaba a los soldados de Tamas.

Los caballos lanzaron alaridos al ser atravesados por los sables bayoneta. Algunos hombres cayeron de sus animales. Algunos soldados adranos recibieron heridas en el cuello y en el rostro, fruto de las espadas rectas de la caballería. Las líneas de infantería y caballería se encontraron y desaparecieron en un enredo sangriento.

Tamas se inclinó hacia delante e hizo que su caballo galopara rápido; Olem permanecía a su lado. Del otro lado del campo de batalla, opuesto al lugar donde las murallas de Hune Dora rodeaban una colina, apareció otra caballería.

Gavril estaba a la cabeza de ese grupo. Doscientos coraceros con pantalones azul oscuro y abrigos escarlata de la caballería pesada de Adro galoparon por la pradera mientras los restos destrozados de los dragones keseños se separaban del Primer Batallón.

A pesar de ser superados en número tres a uno, los coraceros de Gavril abatieron a los dragones con la fuerza de un proyectil de artillería. Los dragones ni siquiera debían de haberlos visto llegar. Se oyó la colisión, los gritos de los dragones se tornaron desesperados ante la repentina aparición de un enemigo en su flanco. En medio de la refriega, una trompeta keseña pidió la retirada con desesperación.

Un instante después, el propio Tamas llegó a la lucha. Blandió su sable y le cortó la carótida a un dragón de un solo golpe. Se volvió sobre la silla de montar y por poco bloqueó el espadazo de otro dragón. Extendió los sentidos y detonó una carga de pólvora que el sujeto tenía en el bolsillo del pecho, e inmediatamente espoleó a su caballo hacia delante, en busca del próximo blanco.

Lo último que quedaba de la vanguardia de dragones se apartó del conflicto y huyó en dirección a sus brigadas.

Una ovación se elevó entre los hombres de Tamas. Surgió en el Primer Batallón y fue avanzando por la columna hasta llegar a la Novena Brigada, que ya estaba a salvo dentro del bosque.

Tamas contuvo la respiración mientras su caballo se abría paso por entre los cuerpos de hombres y caballos para unirse a Gavril.

—Detén a tus coraceros —le gritó Tamas a Gavril. Gavril asintió con la cabeza y dio las órdenes—. El cuerpo principal de la caballería llegará en una hora —dijo Tamas agitado, con el corazón aún palpitándole y el humo de la pólvora irritándole los ojos, lo que le recordó que ya era viejo.

Gavril acercó su montura a la de Tamas y bajó la voz.

—¿Qué hacemos con los muertos y los heridos?

Tamas estudió el campo de batalla. Había al menos mil muertos y heridos, entre los keseños y los adranos. Los keseños que se habían retirado no podían ser más de trescientos. No había forma de que Tamas pudiera marchar con sus heridos.

—¡Arbor! —dijo Tamas, buscando al coronel—. Olem, encuentra a

Arbor.

Unos momentos después, el viejo soldado se le unió en el campo. Tenía un tajo nuevo en la mejilla y quemaduras de pólvora en las mangas. Al parecer, había entrado en acción.

—¿Señor?

—¿Estado del Primer Batallón?

—Vivitos y coleando, señor. Les dimos una paliza. No tengo la cuenta exacta aún, pero no perdí más de doscientos hombres.

Doscientos hombres del mejor batallón de Tamas. Casi la cuarta parte. Era una victoria asombrosa contra casi mil doscientos dragones, pero Tamas no podía darse el lujo de perder un solo hombre, ni hablar de doscientos de sus mejores soldados.

—Separa a los heridos. Envíalos más adelante en la columna. Vacía el campo de batalla de cualquier cosa que sirva.

—¿Permiso para matar los caballos, señor? —dijo Arbor—. Necesitamos la carne.

—Concedido. Dales a tus hombres un entierro de campo de batalla. Desearía que tuviéramos más tiempo, pero tengo la intención de haber abandonado esta pradera para cuando llegue el resto de los keseños.

Arbor asintió levemente con la cabeza y se alejó dando órdenes.

—¿Un entierro de campo de batalla, señor? —preguntó Olem.

—Es algo que hicimos al marchar en Gurla. Cuando, después de una batalla, teníamos presión de algún ejército, envolvíamos a cada muerto con la lona de su tienda y escribíamos su nombre en la lona, con la esperanza de que el enemigo tuviera la decencia de darles un entierro digno. —Tamas suspiró. No le agradaban los entierros de campo de batalla. Los muertos merecían más respeto.

—¿Lo hacían?

—¿Qué?

—Darles un entierro digno, señor.

—Cuatro de cada cinco veces... no. Los dejaban allí pudriéndose bajo el sol de Gurla.

Tamas se bajó de su montura y se arrodilló junto a un soldado adrano herido. El hombre tenía la vista clavada en el cielo, los dientes apretados y la rodilla hecha un desastre. De una sola mirada, Tamas se dio cuenta de que lo más probable era que se tuviera que amputar la pierna. Pero hasta entonces, ¿cómo hacían para moverlo? Tamas extrajo su cuchillo y le ofreció el mango al hombre herido.

—Muerde esto —le dijo—. Te aliviará un poco el dolor. Olem, haz que algunos de los muchachos revisen la ciudad. Quizás haya algunos vagones abandonados. Gavril, que tus hombres atrapen algunos de los caballos keseños que hayan quedado ilesos. Tal vez los necesitemos.

Tamas miró hacia el sur, hacia el horizonte. En muy poco tiempo, mil quinientos soldados de caballería alcanzarían esa colina.

A Adamat le llevó cuatro días completos de búsqueda y más de mil kranas de sobornos hasta que finalmente encontró el lugar donde el mariscal de campo Tamas había guardado a Borbador, el último Privilegiado de la camarilla real de Manhouch.

A Adamat le pareció gracioso estar usando dinero del propio mariscal de campo para anular sus órdenes.

La coronel Verundish se encontraba de pie junto a él. Era una mujer deliví de unos cincuenta años. Tenía un aspecto elegante, su piel de ébano se complementaba con el azul oscuro de su uniforme adrano, y tenía el cabello negro recogido detrás de la cabeza.

—¿Está aquí? —preguntó Adamat.

—Así es —confirmó ella.

Se encontraban sobre un risco en el distrito más septentrional de Adopest, donde las hileras de viviendas daban lugar abruptamente a las tierras de cultivo. Allí las calles no olían tanto a mierda y a hollín. Allí había menos fábricas y menos gente.

No era un mal lugar para vivir. Si Adamat sobrevivía el tiempo suficiente para llegar a jubilarse, tal vez mudaría allí a su familia.

Verundish hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mansión que había por debajo de ellos. El predio estaba cubierto de malas hierbas; la mayoría de las ventanas, rotas; las paredes, destrozadas. Como muchas otras de las mansiones que habían pertenecido a la nobleza, las tropas de Tamas se habían llevado todas las cosas de valor, y luego la propiedad había sido abierta al público, tras la ejecución de su dueño anterior.

Adamat siguió a Verundish mientras descendían del risco; entraron al predio de la mansión por un portón negro. El estado en el que se encontraba el lugar entristeció a Adamat. No le gustaba la nobleza, bajo ningún concepto, pero muchas de aquellas mansiones habían sido obras de arte arquitectónicas. Algunas habían sido completamente incendiadas, algunas habían sido derribadas para utilizar las piedras. Aquella solo había sufrido cierto vandalismo.

Entraron por la zona de servicio y se abrieron camino hasta el primer piso. Adamat contó al menos veinte o veinticinco hombres y mujeres; a juzgar por su apariencia, eran todos soldados. Encima del uniforme llevaban capotes, a pesar del calor veraniego, y cada uno de ellos miró brevemente a Adamat cuando él pasaba.

Llegó a ver un galón sobre un cuerno de pólvora, lo que le dijo a Adamat que aquellos eran rifleros; de los mejores soldados de Tamas.

Verundish se detuvo fuera de la última habitación de la zona de servicio.

—Tenéis cinco minutos —le dijo.

—¿Qué harán con él? —preguntó Adamat—. Ahora que Tamas está muerto.

Los labios de la coronel se curvaron en una mueca.

—*Si* Tamas está muerto, esperaremos que sus generales regresen a Adopest y se lo entregaremos. Ellos decidirán su destino.

—Ya no representa un peligro para Tamas.

—No me importa lo que creáis saber, inspector —dijo Verundish—. El mariscal de campo masacró a la camarilla por un motivo, y ese hombre es el último miembro que queda con vida. Ahora, id. —Verundish cogió un reloj de bolsillo y lo miró—. Sus cinco minutos están corriendo.

Adamat abrió la puerta y entró.

El Privilegiado Borbador estaba atado a una silla en un rincón de la habitación. Tenía los pies amarrados con fuerza a las patas y las manos metidas en unos guantes de hierro que evitaban que moviera los dedos. Parecía cómodo, a pesar de la tensión de las cuerdas. Estaba más delgado que la última vez que Adamat lo había visto, y le había crecido la barba. Tenía los ojos fijos en un atril que había delante de él, parecido al que usaban los músicos para sostener sus partituras. Bo levantó la mirada.

—Bo —dijo Adamat cogiendo su sombrero entre las manos.

Bo se aclaró la garganta.

—¿Sí?

—Mi nombre es Adamat. Nos conocimos hace unos meses en la Fortaleza de la Corona.

—Inspector. Sí. Me acuerdo de vos. Sois el que informó a Tamas de mi gaes.

Adamat hizo una mueca.

—Lo lamento. Trabajaba para él.

—¿Y ya no?

—Bueno, según los rumores, está muerto.

Bo estiró el cuello e inclinó la cabeza de lado a lado. Parecía ser la única parte que podía mover. No respondió.

—Bo —dijo Adamat—. El colgante que lleváis alrededor del cuello, el que sostiene el gaes, ¿se ha aflojado desde su supuesta muerte?

Bo entrecerró los ojos. No mucho, pero lo suficiente para darle una respuesta a Adamat. El gaes seguía allí. Tamas estaba vivo. Y Bo no se lo había dicho a los soldados que lo cuidaban.

—Interesante —dijo Adamat en voz alta.

—¿Podéis pasarme la página? —Bo señaló con la cabeza el atril que tenía frente a él.

Adamat lo rodeó y vio que había un libro apoyado sobre el atril. Le dio vuelta la página y luego la alisó con una mano.

—Muchas gracias. He estado mirando esa misma página durante media hora.

—¿Cómo es de fuerte vuestro impulso por matar a Tamas? —

preguntó Adamat.

—¿Por qué lo preguntáis?

—¿Podríais resistirlo? Él se encuentra bastante lejos de aquí. ¿Podríais resistir el impulso de ir a buscarlo?

—Por un tiempo —respondió Bo—. Sí. Solo pasaron seis meses de la muerte de Manhouch. Creo que tengo un año hasta que el gaes me mate.

—¡Dos minutos! —dijo Verundish desde el corredor.

Adamat bajó la voz.

—Si os saco de aquí, ¿me ayudaréis?

—¿Ayudaros a qué?

—Necesito rescatar a mi esposa y matar a un hombre que es una amenaza para toda la nación. —Adamat no tenía idea de si Bo era patriota en lo más mínimo, pero el añadido sonaba bien.

—¿Qué es esto, alguna novela barata? —Bo le lanzó una sonrisita.

—En realidad es muy serio.

La sonrisita de Bo se desvaneció.

—¿Por qué necesitáis mi ayuda?

—El hombre al que necesito matar tiene sesenta hombres a su disposición, y uno de ellos es un Privilegiado.

—¿En serio? Trabajáis para el mariscal de campo Tamas, que fue dado por muerto, ¿y vais detrás de un hombre que ha secuestrado a vuestra esposa y tiene a disposición los recursos para contar con sesenta matones y un Privilegiado? —Adamat prácticamente podía sentir los deseos de Bo por flexionar los dedos—. ¿Habéis considerado abandonar el negocio de la investigación?

—Es peor de lo que os imagináis —dijo Adamat.

—Sacadme de aquí y pasaré una semana trabajando de mimo en el Jardín del Rey —dijo Bo—. Lo que vos queráis.

Adamat estudió al Privilegiado por un instante. ¿Estaba en forma para luchar contra otro hechicero? Adamat sabía que un Privilegiado necesitaba guantes para hacer su magia, para evitar que el Otro Lado le quemara las manos, pero no había señales de los de Bo. ¿Se podía confiar en un Privilegiado siquiera?

—Muy bien —dijo Adamat—. Haré lo que pueda.

Verundish abrió la puerta.

—Se acabó el tiempo, inspector.

Adamat siguió a Verundish hasta que salieron de la zona de servicio. Una vez que llegaron al límite del predio de la mansión, ella se detuvo.

—¿Sabéis cómo volver? —preguntó ella.

—Sí. —Adamat la observó por un momento. Ella lo miró a él; sus ojos castaños, impenetrables. Habría dado por sentado que ella era militar incluso sin el uniforme; tenía la espalda recta y las manos

entrelazadas detrás del cuerpo, como un soldado en posición de descanso.

Estaba corriendo un gran riesgo, pero no le quedaba alternativa si quería liberar a Borbador, y luego a Faye.

—Necesito al Privilegiado Borbador —dijo Adamat.

—¿Perdón? —Verundish se estaba volviendo para regresar. Se detuvo y volvió a mirarlo.

—Necesito que lo liberéis.

Verundish se aclaró la garganta.

—Eso no sucederá, inspector.

—Decidme vuestro precio. El mariscal de campo Tamas está muerto. Dejad ir a Bo y vos y vuestros hombres podréis uniros a la defensa en el Camino de Surkov. O iros del país. Esa podría ser la mejor idea, por lo que he oído del frente.

—Eso —dijo ella, y sus palabras sonaron furiosas, entrecortadas— es traición.

—Por favor —dijo Adamat—. El Privilegiado Borbador es la única oportunidad que tengo de salvar a mi esposa, e incluso tal vez a la nación. Libre, tiene valor. Bajo guardia, solo os ata a vos y a vuestros hombres.

—Deberías iros ahora, inspector —dijo Verundish.

Adamat dejó escapar un leve suspiro. Se imaginó que ella lo arrestaría allí mismo. Debería alegrase de que le dejara irse.

—Inspector.

Él se detuvo.

—¿Sí?

—Setenta y cinco mil kranas. En efectivo. Tenéis una semana.

Capítulo 16

Taniel caminó entre los cadáveres del campo de batalla y se preguntó cuántos hombres habían muerto ese día.

¿Algunos cientos? ¿Algunos miles?

Médicos, ladrones, los familiares de los soldados; todos iban abriéndose paso por entre los cadáveres; primero buscaron a los heridos y los enviaron a sus respectivos ejércitos, luego apilaron a los muertos en carros como si fueran leños y se los llevaron para enterrarlos en fosas comunes.

Siempre había muchos más heridos que muertos. Siempre era así, incluso cuando había hechicería de por medio. Al menos, así era inmediatamente después de una batalla. Después de una semana, más de la mitad de los heridos moriría. Muchos quedarían inválidos de por vida.

La reflexión de Taniel fue que había elegido una profesión horrible.

Bueno. No era que la había "elegido". No hay forma de elegir tu profesión cuando tu padre es Tamas. Taniel no recordaba ninguna época en que no hubiera querido ser soldado. Vlora, la muchacha que él había pensado que era el amor de su vida, también quería ser soldado. Por ende, Taniel había aceptado los deseos de su padre y había entrenado para convertirse en mago de la pólvora. Era la única vida que había conocido.

Y ahora Tamas, Vlora, Sabon y todos los demás que habían influido sobre Taniel en su juventud estaban muertos.

Taniel intentó quitarse ese peso de los hombros y siguió caminando.

Los soldados no debían regresar al campo de batalla después de semejante escaramuza. La tregua temporal que le permitía a cada bando recoger a sus muertos y heridos después de cada batalla era demasiado incierta para que aparecieran en el lugar unos hombres de mal carácter y armados.

Eso no evitaba que aparecieran algunos. Taniel observó cómo se producía una pelea a puñetazos entre un sollozante soldado keseño y un sargento adraniano herido. La pelea fue interrumpida a toda prisa por prebostes tanto keseños como adranos y se llevaron a rastras a los infractores.

—¿Cuánto tiempo sueles quedarte aquí? —preguntó Taniel.

Ka-poel estaba arrodillada junto al cadáver de un soldado adrano. Levantó la mirada por un instante, luego levantó la mano izquierda del muerto y, usando su aguja, extrajo algo de las uñas mordidas del soldado. ¿Qué era? ¿Cabello de algún oficial keseño? ¿Sangre de alguien que seguía con vida? Solo ella lo sabía.

Taniel no esperaba realmente una respuesta. Últimamente, era menos comunicativa, incluso tratándose de ella.

Avanzó hasta el siguiente cuerpo. Taniel la siguió, mirando cómo cortaba un trozo de camisa ensangrentada del cadáver de un oficial keseño.

Taniel había dejado su chaqueta y sus armas en el campamento. Nadie necesitaba saber que él estaba allí. Sin embargo, algunos médicos adranos le hicieron un gesto respetuoso con la cabeza. Otros mantuvieron una distancia prudente.

Él levantó la vista hacia el campamento keseño. Se preguntó dónde estaba Kresimir, y un pequeño estremecimiento de miedo le subió por la columna. El dios estaba manteniendo un perfil bajo. No se dejaba ver. Incluso cuando Taniel abría el tercer ojo, no había señales del abrumador brillo de poder que debería rodear a un dios.

En ese momento, a Taniel le preocupaba más que lo mataran los keseños que caer en las manos del dios.

Los keseños avanzaban día a día. A veces solo unos cincuenta o sesenta metros. A veces llegaban a los cuatrocientos metros, pero siempre estaban un poco más cerca de Adopest. Finalmente, el valle se abriría y se convertiría en la cuenca adrana, y los keseños utilizarían su descomunal superioridad numérica para rodear al ejército adrano y atacar varias ciudades al mismo tiempo. Harían estragos en el campo, y Adro se vería forzada a capitular.

¿Qué habría hecho Tamas?

Bah. Tamas habría mantenido la condenada posición. Eso era lo único que necesitaba hacer el ejército adrano: evitar perder el frente todos los putos días.

Lo único que Taniel podía hacer era luchar. No podía evitar que los generales tocaran a retirada, incluso cuando él sentía que los keseños estaban a punto de romperse y salir corriendo. No podía mantener todo el frente por sí mismo.

—Esas cosas que juntas —preguntó Taniel mientras Ka-poel se ponía de pie— ¿pertenecen a hombres que están con vida?

Ella asintió con la cabeza y depositó algo en una de las diminutas bolsas de cuero que llevaba en su morral.

Incluso los vivos dejaban una parte de sí en el campo de batalla. Sangre, cabello, uñas. A veces un dedo, o un poco de piel. Ka-poel lo juntaba todo y lo guardaba para después.

Taniel se sobresaltó al oír un disparo de mosquete, pero solo era el sonido de un preboste disparándole a un saqueador. Se humedeció los labios y volvió a mirar el campamento keseño. ¿Y si Kresimir estaba allí, caminando entre los muertos? ¿Y si veía a Taniel? ¿Si sabía quién era? ¿Lo que había hecho?

—Regreso al campamento —dijo Taniel.

Durante el largo recorrido, miró varias veces por encima del hombro, observando a Ka-poel mientras ella seguía avanzando por entre los cuerpos.

Taniel se abrió paso por el campamento en el momento en que se servía la cena. Los intendentes regresaban a sus compañías con raciones de carne, ollas de sopa, trozos de pan. Mucho mejor de lo que los soldados solían recibir en el campo de batalla. Taniel sintió el aroma de la comida y se le hizo agua la boca. Ese chef, Mihali, creaba platos increíbles, más allá de si era un dios o no. Taniel no sabía que el pan podía tener esos torbellinos de sabor y esa suavidad mantecosa.

Se detuvo en su aposento. El general Hilanska le había encontrado un cobertizo donde dormir. No era gran cosa, pero le daba privacidad. Cogió su chaqueta, metió algunas cargas de pólvora en el bolsillo, y luego vaciló con el cinturón. Debería ser capaz de deambular por su propio campamento sin temor, pero algo le dijo que fuera armado. Tal vez solo era paranoia. O quizás era la idea de que los prebostes de la general Ket lo seguían buscando. ¿Quién sabía por qué aún no lo habían encontrado?

Taniel se colocó el cinturón con dos pistolas.

Solo se había alejado algunos pasos cuando lo abordó un soldado.

—¡Señor!

Taniel se detuvo. El soldado era un hombre joven, de unos veinticinco años tal vez. Aun así, era mayor que el propio Taniel. Según su insignia, un soldado raso de la Decimoprimera Brigada.

Cuando Taniel no respondió, el soldado continuó vacilante.

—Señor, los muchachos y yo... nos preguntábamos si nos haríais el honor de venir a cenar con nosotros. Es la misma comida, señor, y es buena compañía. —Sostenía su quepis con ambas manos, retorciéndolo.

—¿Dónde? —preguntó Taniel.

—Allí, señor. —El soldado se animó un poco—. Tenemos una botella de ron Doubin, y Finley toca la flauta como un demonio.

Taniel no pudo evitar sentir sospechas. Apoyó una mano sobre una

de sus pistolas.

—¿Por qué estás tan nervioso, soldado?

El soldado inclinó la cabeza.

—Disculpad, señor, no era mi intención molestaros. —Se volvió con la intención de alejarse, obviamente alterado.

Taniel lo alcanzó tras unos pocos pasos.

—¿Ron Doubin, dijiste?

—Sí, señor.

—Es una mierda horrible. Es lo que beben los marineros.

El soldado arrugó la frente.

—Es lo mejor que podemos conseguir, señor. —Hubo un destello de cólera en sus ojos.

Ambos se habían detenido en medio del camino, el soldado aún sosteniendo su sombrero. Ahora lo miraba con ira. Taniel se imaginaba lo que le estaba pasando por la cabeza: “Malditos oficiales. Se dan aires de grandeza. Tienen las mejores bebidas en el comedor de oficiales. Se niegan a sentarse con un soldado, siquiera por un momento”.

—¿Cuál es tu nombre, soldado?

—Flint.

No hubo un “señor” después de su respuesta. Taniel asintió con la cabeza, como si no lo hubiera notado.

—Me acostumbré al ron Doubin en el barco de regreso de Fatrasta. No lo he bebido en todo el verano. Sería un honor, si me aceptáis.

—¿Os estáis burlando de mí?

—No —respondió Taniel—. Para nada. Vamos.

El gesto ceñudo de Flint comenzó a desaparecer lentamente.

—Por aquí, señor.

La hoguera de Flint no quedaba a más de veinte metros. Junto al fuego había dos hombres, que mantenían caliente la sopa de Mihali en una vieja olla de hierro. Uno tenía una nariz enorme, torcida hacia un lado a causa de no haber sido enderezada después de que se le rompiera, mientras que el otro era un soldado bajo y gordo que parecía que iba a hacer explotar su uniforme. El de la nariz se quedó paralizado al ver a Taniel, con la cuchara a medio camino hacia la boca.

—Capitán, señor —dijo Flint señalando a los dos hombres junto al fuego—. El de la nariz es Finley. El hombre más feo de la Decimoprimera. Y ese trozo redondo de carne es la Floja; la llamamos así porque la primera vez que disparó un mosquete se le aflojaron las piernas. Finley, Flint y la Floja. Somos la familia de la Decimoprimera Brigada. —Taniel arqueó las cejas. Ni por casualidad habría adivinado que la Floja era una mujer—. Familia, este es el capitán Taniel Dos Tiros, héroe de la guerra de Fatrasta y de la batalla por el Pico del Sur.

La Floja parecía escéptica.

—¿Estás seguro de que este es Taniel Dos Tiros?

—Sí, es él —dijo Finley—. Yo estaba con el capitán Ajucare cuando fuimos tras la Privilegiada en la universidad.

—Ya sabía yo que me sonabas de algo —dijo Taniel—. Nunca olvido una nariz.

Flint se rio y golpeó a Finley en el hombro. Finley se cayó de la silla y Taniel lanzó una risita. Era un sonido rasposo, lastimero, como un instrumento que necesitaba una afinación urgente. ¿Cuánto hacía que no reía?

Flint tomó una silla plegable de lona y se la ofreció a Taniel. Finley les sirvió sopa en una lata de peltre y luego se repartieron pan y cordero.

Durante algunos minutos, comieron sin decir nada. Taniel fue el primero en romper el silencio.

—Oí que la Decimoprimera recibió una paliza hace algunas semanas.

—Sí —dijo Flint—. Así es.

—Estábamos sobre la muralla —dijo la Floja—. Sobre la muralla de Budwiel, cuando aparecieron los Guardianes Negros.

Finley miraba su sopa en silencio.

—La Floja aquí presente —dijo Flint— golpeó a uno de esos Guardianes con esos jamones que tiene por puño. Lo hizo caer del baluarte.

—Me imagino que eso le habrá provocado una gran conmoción. Oí que fue terrible —dijo Taniel—. Me alegro de ver que salisteis de esa.

—La mayoría no fueron tan afortunados —dijo Finley en voz baja. Las sonrisas de Flint y la Floja desaparecieron.

Taniel se aclaró la garganta, mirando a su alrededor. Normalmente, los miembros de un pelotón comían juntos.

—¿Esto es todo lo que queda de vuestro pelotón? —preguntó con todo el respeto que pudo.

La Floja se rio. Finley la empujó.

—No es gracioso —le dijo.

—Es un poco gracioso —respondió ella.

Taniel se preguntó si debía reír ante la broma.

—¿Qué?

—No del pelotón, señor —dijo Flint—. Nosotros somos todo lo que queda de la compañía.

A Taniel se le secó la boca. Una compañía solía tener unos doscientos hombres. Perder a todos excepto a tres...

—¿No hubo heridos? —preguntó.

—Probablemente —respondió la Floja. Se sirvió otra ración de sopa —. Pero no que hayamos visto. Este acuerdo con los keseños, de que

retiramos a nuestros muertos y heridos después de cada batalla, surgió después de Budwiel. Salimos de Budwiel a toda prisa. Dejamos atrás suministros, municiones, armas..., seres queridos. Todos aquellos que no pudieron huir ahora son esclavos, o peor.

—¿Qué es peor que ser un esclavo? —preguntó Flint.

Finley se estaba liando un cigarrillo y levantó la vista.

—¿De dónde crees que siguen obteniendo esos Guardianes? ¿Para qué torturar y retorcer a tu propia gente cuando tienes prisioneros?

—Lleva años crear y entrenar a un Guardián —dijo Taniel.

—¿Ah, sí? —preguntó Finley. Encendió el cigarrillo con un palito que extrajo del fuego—. Corren rumores entre los hombres, rumores de que ellos tienen al propio Kresimir en el campamento.

Flint meneó la cabeza.

—Si tuvieran a Kresimir, estaríamos todos muertos.

—Nosotros tenemos a Adom renacido —dijo la Floja. Sostuvo en alto su cordero y su pan—. Mihali está evitando que Kresimir nos destruya a todos.

Flint puso los ojos en blanco.

—Venga ya.

—Hay otro rumor —dijo Finley. Levantó la vista y le clavó la mirada a Taniel desde el otro lado de la fogata—. Está el rumor de que Taniel Dos Tiros le dio un balazo a Kresimir, y que ahora Kresimir lleva una máscara que le cubre medio rostro, y que no tiene hueco para el ojo. —Se inclinó hacia delante y le ofreció el cigarrillo humeante a Taniel.

Taniel le dio una calada larga. Siempre le habían parecido horribles, pero hacía excepciones en noches como aquella, donde se trataba más de una cuestión de camaradería que de hábito.

—Yo oí el rumor —dijo tosiendo y volviendo la cabeza hacia Flint— de que había ron Doubin en esta fogata.

—Bien, eso —dijo la Floja señalando a Taniel— es cierto. —Fue hasta su tienda un momento y regresó con una jarra de barro—. Busca la flauta, Finley. Ya me he hartado de esta conversación tan lúgubre.

Primero le ofrecieron la jarra a Taniel. Bebió un sorbo del ron y sintió que se le estremecía todo el cuerpo.

—¡Ah! —dijo, limpiándose la boca con la manga.

—Mi padre trabaja para Doubin y Compañía —dijo la Floja, tomando la jarra—. Tiene gusto a meado de demonio, ¿no? —Empinó la jarra y bebió un trago largo y abundante.

Taniel se inclinó hacia atrás, observando el fuego, incapaz de evitar reír cuando Flint escupió un sorbo de ron al fuego y las llamas se intensificaron por un instante.

—¡No lo desperdicies! —gritó la Floja, quitándole la jarra.

Después de unas pocas rondas, Taniel comenzó a sentir que la

bebida hacía su trabajo. El cuerpo se le aflojó y la mente se le adormiló. Se inclinó hacia atrás y miró el fuego, y poco después Finley comenzó a tocar la flauta.

Era un sonido bajo, triste. No era el tipo de danza estridente que Taniel siempre había oído de instrumentos como ese. Al rato, la Floja comenzó a cantar. Su voz, para sorpresa de Taniel, tenía el tono claro de una soprano y atravesaba la noche.

Él comenzó a dejarse llevar en su propia mente. Los dolores del cuerpo desaparecieron, el frente parecía estar a cien kilómetros de distancia.

Se oyó una especie de susurro, tan leve que podría haberlo imaginado, y luego Ka-poel se sentó sobre su regazo. Así como así. Sin preguntar y sin vacilar, veloz como una vieja amante. Taniel se habría sentido incómodo si no se hubiera encontrado tan a gusto. Satisfecho. Incluso feliz.

Taniel estuvo en ese estado de ensueño durante lo que le parecieron horas, y despertó con un escalofrío. No sabía cuánto tiempo había estado ido, pero el sol ya se había puesto y la noche estrellada se extendía sobre ellos. ¿Había soñado con ese momento de satisfacción?

No.

Flint tenía la vista clavada en las brasas. Finley estaba guardando la flauta, y la Floja roncaba suavemente en el suelo, junto al fuego. Ka-poel estaba acurrucada en el brazo de Taniel. Tenía los ojos cerrados y una leve sonrisa.

Taniel levantó su brazo libre y le apartó un mechón pelirrojo de la frente. Le estaba volviendo a crecer después de la lucha sobre la montaña, y parecía ser de un rojo más oscuro y más vibrante que antes.

Taniel se sintió observado. Flint los estaba mirando.

—Es muy bonita —dijo Flint.

Taniel no respondió. No confiaba en sí mismo, dudaba de su propia respuesta. Le llegaron a la mente palabras como “inapropiado” y “salvaje”, pero ya no tenían la fuerza que solían tener. ¿Qué importaban esas cosas? Él podía morir al día siguiente.

—Gracias por invitarme —le dijo Taniel a Flint.

—Fue un placer, señor. No es frecuente que los soldados puedan cenar con un héroe como vos.

—No soy un héroe. No. Solo soy un hombre con furia en el corazón.

—Si en vuestro corazón no hubiera más que furia, esa muchacha no estaría durmiendo allí tan profundamente —dijo Flint. Le guiñó el ojo a Taniel, y él sintió que las mejillas le ardían—. Debería advertiros algo, señor.

—¿Sí?

—Los prebostes os están buscando. Corre el rumor de que la general Ket os quiere colgar.

—Si me estuvieran buscando —dijo Taniel con tono burlón—, me podrían haber encontrado. Estoy en el frente todos los días.

—No quieren arrestaros frente a los hombres. Habéis salvado a muchos soldados en el frente. Los hombres no saben si sois un demonio o un ángel, pero piensan que los estáis cuidando, que peleáis mientras los oficiales superiores se sientan más atrás y nos observan morir. Si os llegaran a arrestar en el frente, podría haber disturbios.

—No es muy difícil encontrar mis aposentos —dijo Taniel mirando hacia el cobertizo que ocupaba con Ka-poel.

—Los prebostes están preguntando por aquí, pero de forma discreta. Nos preguntaron a nosotros un par de veces. —Flint meneó la cabeza con una sonrisa leve—. Todos les dicen que busquen en el frente.

Taniel se quitó un trozo de cordero que le había quedado entre los dientes. Entonces la infantería lo estaba protegiendo. Más que nada, lo puso triste. Él no se merecía que lo protegieran. Solo estaba en el frente porque no sabía hacer otra cosa más que matar. No porque quisiera salvar a los soldados.

—Entonces tengo otra cosa que agradeceros.

—No me lo agradezcáis a mí, señor —dijo Flint—. Simplemente seguid cuidándonos allí afuera. Nadie más lo hace.

—Lo intentaré.

—Y también evitad la Tercera, señor. Es la brigada de la general Ket, y sus soldados la adoran. No sé por qué, pero sus hombres son leales, y ellos mismos serían capaces de entregaros a los prebostes.

Taniel echó a Ka-poel sobre el hombro, se puso de pie y la cargó en brazos. Ella no respondió al movimiento, salvo para arrimar el rostro al cuello de él. Fue el toque suave y cálido de una pluma, y Taniel sintió que su cuerpo reaccionaba.

—Buenas noches, Flint —dijo.

—Buenas noches, señor.

Taniel llevó a Ka-poel de regreso al cobertizo. La tendió sobre su propia cama y la cubrió con una manta, luego extrajo una carga de pólvora del bolsillo.

Se quedó mirando la carga durante unos momentos. Con un poquito de pólvora, podría ver mejor en la oscuridad. No necesitaría encender una lámpara. Tampoco estaba durmiendo demasiado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos semanas desde la última noche de sueño profundo? ¿Podían los seres humanos vivir así? Se sentía rígido y lento, como si estuviera caminando en un sueño.

Pero cuando consumía un poco de pólvora, se sentía vivo y

despierto como siempre.

Taniel cogió una pizca de pólvora y la levantó hasta su nariz. Se detuvo. La bajó y volvió a cerrar la carga de pólvora. Encontró un fósforo, lo encendió y lo llevó a la lámpara que estaba junto a la cama. De pronto, el cobertizo se llenó de luz.

Extrajo su rifle de debajo de la cama y comenzó a limpiarlo. El proceso lo calmaba, le permitía pensar. Alejó su mente de Ka-poel, tendida allí en su cama, y de los prebostes y de la general Ket, y de la muerte de su padre y del avance inexorable de Kez sobre territorio adrano.

Taniel terminó con el rifle y limpió sus pistolas, luego armó unas cuarenta o cincuenta cargas de pólvora. Se quedó mirando esa pólvora. La necesitaba. La quería.

No se permitió tomar ni una pizca.

Su bayoneta fue lo último. Le quitó la envoltura de cuero y la estudió a la luz de la lámpara. Tenía un poco de sangre seca en una de las ranuras. La limpió y luego pulió el metal. Sintió que la cama se movía y levantó la mirada.

Ka-poel yacía de lado, con una mano descansando sobre la cadera y la otra metida debajo de la cabeza. Lo observaba con esos ojos verdes. Tenía la camisa un poco levantada y se le llegaban a ver unas pecas pálidas en la cadera y la curva pronunciada de la cintura. Taniel sintió que el corazón le latía más deprisa.

—Tengo que matar a Kresimir —le dijo—. Esta vez, de manera permanente. Pero no sé cómo.

Ka-poel se movió hasta el borde de la cama. Se inclinó sobre el borde, metió una mano debajo de la cama y abrió su morral. Revolvió el interior durante unos instantes y luego extrajo un muñeco.

Taniel tragó saliva. El muñeco de cera había sido trabajado hasta alcanzar un parecido perfecto con una persona. Cabello dorado, un rostro atractivo, hombros fuertes y labios casi femeninos. Taniel conocía ese rostro. Era el del hombre al que había visto salir de una nube que había descendido de los cielos.

Kresimir.

Ella nunca había visto a Kresimir. O, al menos, eso creía él. ¿Cómo podía saber ella qué aspecto tenía?

—Creo que ni siquiera *tu* magia tiene la fuerza suficiente para matar a un dios —dijo Taniel—. Le disparé con dos bandas-rojas.

Ka-poel se tocó la barbilla con un dedo, pensativa. Lentamente, fue bajando el dedo por la garganta y luego sobre la camisa, por entre los pechos. El dedo se detuvo y luego regresó a la garganta. Ella hizo un gesto de corte y luego extendió la mano.

—¿Sangre? —preguntó Taniel con la garganta seca.

Ella asintió con la cabeza.

—¿La sangre de Kresimir?

Volvió a asentir.

—Nunca podré acercarme tanto.

Ella articuló una palabra moviendo los labios. “Inténtalo”.

—¿Quieres que me arroje sobre un dios con la esperanza de hacerlo sangrar?

Ka-poel bajó las piernas de la cama. Le quitó la bayoneta de las manos y la colocó sobre la mesilla de noche. Se bajó de la cama y se sentó sobre él con una pierna a cada lado.

—Pole, yo no...

Ella le apoyó un dedo en los labios. Él recordó lo del fumadero de mala, en Adopest. A ella, apoyada con firmeza contra él en la hamaca, su rostro tan cerca. Se estremeció.

Ka-poel se apoyó dos dedos en los labios, luego los llevó a la frente de él. Articuló una palabra moviendo los labios.

No tuvo voz, pero igual pareció resonarle en la mente.

“Duerme”. “Duerme”. Sintió que la espalda golpeaba contra la cama y los párpados se le cerraron, de pronto tan pesados como piedras de molino.

“Duerme”.

—¿Por qué estáis cortejando a lady Winceslav? —preguntó Nila.

La pieza central del comedor de la mansión de Vetas era una mesa de madera dura a la que se podían sentar dieciséis personas. Vetas estaba ubicado en la cabecera de la mesa, con el plato vacío y una copa de vino tinto en la mano derecha; su mano izquierda estaba apoyada sobre la mesa con los dedos separados. Nila estaba sentada a su derecha. Jakob estaba a su izquierda y Faye estaba junto a Nila.

Cuando Nila era niña, solía soñar con asistir a cenas, admirar su reflejo en los cubiertos pulidos y beber de copas con borde dorado. Nunca se imaginó que ese sueño se convertiría en una pesadilla.

Las últimas diez noches habían estado cenando con Vetas. A pesar del ajetreo normal y la cantidad de hombres que había por la casa (a veces, más de sesenta), la cena siempre era un momento de quietud.

Él aprovechaba el tiempo para instruir a Nila acerca de la etiqueta apropiada al comer, y para llenar a Jakob de halagos, elogios y regalos. Nila odiaba cada minuto que pasaba allí. Vetas llenaba cada momento de cháchara mundana, dándole alguna indicación o haciéndoles preguntas personales a todos.

Nila sabía que no debía tomar aquello como una muestra de cordialidad. Vetas estaba fisgoneando. Estaba averiguando cosas nuevas sobre ellos y archivándolas en aquella mente insidiosa.

Nunca dejaba escapar nada sobre él, por supuesto. Era un maestro esquivando preguntas. Y por eso Nila se sorprendió cuando le

respondió la suya.

—Lady Winceslav —dijo él— es dueña de la compañía de mercenarios las Alas de Adom. Me imagino que has oído hablar de ellos.

—Todo el mundo ha oído hablar de ellos —respondió Nila.

Le echó un vistazo a Faye. El ama de casa estaba rígida en su silla, con la vista clavada en el plato vacío que había junto a Jakob. Las últimas diez noches, ese lugar había estado ocupado por su hijo, Josep, un muchacho de unos quince o dieciséis años al que le faltaba el anular de la mano derecha. Aquella noche, la silla estaba vacía.

—Casi todo el mundo, sí —dijo Vetas—. En este momento, están empleados en contra del ejército keseño. Yo quisiera emplearlos en otro lado.

Nila movió la comida por el plato de porcelana. No quería estar allí. Ya no quería ver el rostro sin alma de Vetas.

—¿Y eso es todo? Son mercenarios. ¿No podéis... contratarlos y ya?

—Eso es todo —dijo Vetas, y le lanzó una sonrisa forzada.

Eso no era todo, por supuesto. Había algún otro motivo por el que estaba cortejando a la dama. Tal vez sí quisiera contratar a los mercenarios, pero su plan no podía ser tan simple. A Nila no le importaba. Solo quería que la cena se terminara. Pero eso no sucedería. No hasta que Vetas así lo dijera.

—Queréis usarla —dijo Nila.

—¿Mmm? —Vetas se llevó la copa de vino a los labios.

—Para lo que sea de lo que se trata todo esto. —Nila señaló hacia el resto de la mesa. Además de los platos colocados en ese extremo, la mesa estaba cubierta de papeles: correspondencia, recibos, listas, todo lo involucrado en los asuntos de lord Vetas. Ella había leído algunos cuando tuvo la oportunidad. Ninguno parecía significar nada.

Vetas le sonrió a Jakob.

—Lady Winceslav es una viuda que se encuentra disponible, y es una mujer muy inteligente. Sería una gran esposa.

—¿Esposa? —La palabra salió como una carcajada. Nila se tapó la boca, petrificada ante su reacción.

—Sí —dijo Vetas, como si no hubiera oído la incredulidad en su voz—. Esposa. —Se inclinó hacia Jakob—. Tú entiendes que todo lord necesita una buena esposa, y que es importante casarse con alguien que tenga conexiones, ¿verdad?

—Sí, tío Vetas.

—Buen niño.

—Tío Vetas, yo pensé que en Adro ya no existía la nobleza.

Vetas asintió con la cabeza.

—La nobleza de Adro se está ocultando, muchacho. Recuerda, tú eres heredero a la corona. Algún día la nobleza regresará, y cuando lo

haga, tú estarás a la cabeza.

Nila dejó de mover el tenedor sobre el plato. Aquella era la primera vez que oía hablar a Vetas de la nobleza. Ella siempre había supuesto que Jakob, al ser el siguiente en la línea de sucesión, encajaba en los planes de Vetas de alguna manera, pero él nunca había hablado sobre eso.

Ella esperó que continuara. En cambio, Vetas bebió un sorbo de vino.

Faye seguía mirando el plato vacío que había frente a ella. Había comenzado a tambalearse hacia atrás y hacia delante, con la boca abierta y la frente arrugada.

—Nos estáis usando a todos —dijo Nila—. A mí. A Jakob. A lady Winceslav. —"¿Qué planeáis?", quería gritar Nila. "¿Para qué vinisteis a Adopest?"

Vetas parecía un tanto sorprendido.

—Claro que sí. Eso es lo que hacen los nobles. Pero —dijo extendiendo una mano y dándole una palmadita afectuosa a Jakob en la mano— todo es para protegerte. El deber de la nobleza es proteger a su gente, sin importar las cosas desagradables que tengamos que hacer.

Nila golpeó la mesa con fuerza, lo que hizo sobresaltar a Jakob.

—¡No hagáis eso! —dijo. Se aferró al borde de la mesa para evitar temblar.

—¿Que no haga qué? —preguntó Vetas, todo inocencia.

—Nila —dijo Jakob—, ¿por qué le gritas al tío Vetas?

Vetas volvió a esbozarle una sonrisa forzada.

Ella habría tomado su cuchillo de la mesa y le habría saltado a Vetas en ese mismo momento si Faye no hubiera hablado.

—¿Dónde está mi hijo?

Los dedos de Vetas tamborilearon sobre la mesa. Su atención pasó de Nila a Faye.

—Nila —dijo sin mirarla—, creo que deberías llevarte a Jakob de la sala, ahora.

—¿No hay postre, tío Vetas? —preguntó Jakob.

—Por supuesto, hijo. Haré que te lleven un poco. Ahora ve.

Nila aún quería tomar ese cuchillo y saltarle encima. Esperó un momento, considerándolo, preguntándose si podría moverse con suficiente velocidad.

—Jakob —dijo levantándose de la silla y extendiendo la mano—. Vamos.

Subió con Jakob por la escalera y lo llevó a su habitación, lo ayudó a sacar varios juguetes y luego fue a su propia habitación, salió al corredor a toda prisa, pisando con cuidado para evitar los tablones que más ruido hacían, y llegó a la escalera de servicio, que bajaba a la

cocina. Descendió hasta la mitad de la escalera y apoyó la oreja contra la pared.

—... se incendió —decía Vetas con calma, su voz acallada a través del yeso—. Había once tumbas. Parece que el fuego los sorprendió en la cama. Según la gente del pueblo, no quedaban más que huesos y cenizas.

Un fuerte sollozo asustó a Nila. Lo siguió el sonido bajo de un llanto. Faye.

Vetas continuó hablando como si no hubiera notado la reacción de Faye.

—No tendré tiempo de ir a investigar yo mismo, pero parece que todos tus hijos están muertos.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Faye enérgicamente. El llanto se cortó, lo siguieron sollozos.

—También recibí información fiable de que tu esposo ha sido encarcelado por Tamas. Parece ser que confesó haber sido chantajeado, y que el mariscal de campo planea ejecutarlo por traición. —La voz de Vetas siguió monótona, como si solo estuviera hablando del clima—. Mis contactos en Diente Negro son escasos, pero debería tener mejor información en una semana.

—¿Dónde —hubo un sonido fuerte, como si alguien hubiera golpeado la mesa con el puño— está mi hijo?

—Con tu esposo bajo arresto, tú y tu hijo ya no me sois de utilidad —dijo Vetas—. Te retendré a ti durante otro par de semanas, pero vendí a tu hijo a los keseños. Se lo llevarán...

Hubo un grito repentino y luego un estrépito. Las paredes retumbaron una vez, y luego hubo silencio. Nila contuvo la respiración. ¿Faye había atacado a Vetas? ¿Había tenido éxito?

El silencio se extendió. A Nila le pareció que oía una respiración agitada, dificultosa, que provenía del comedor.

—Eso —dijo Vetas— no ha sido muy inteligente. —La puerta del comedor se abrió, y Vetas le habló a uno de sus hombres—. Lleváosla abajo. Yo iré enseguida.

Unos pasos pesados entraron al comedor. Volvieron a sonar los ruidos de un forcejeo.

—¡Te mataré, desgraciado! —dijo Faye—. ¡Te arrancaré los ojos! ¡Te arrancaré la lengua! ¡No te quedará nada cuando termine! —Una serie de gritos e insultos siguió a Faye por el comedor y pronto se fue acallando, a medida que se la llevaban al sótano.

Nila se quedó escuchando durante varios minutos, hasta que oyó que Vetas salía del comedor. Sus pisadas suaves y medidas se alejaron por el corredor, y la puerta del sótano se abrió. Nila contó hasta cien antes de descender la escalera de servicio hasta la cocina.

Miró a su alrededor a toda prisa. Habían cambiado la cocina desde

la última vez que había estado allí. Colocó un taburete junto al fregadero, se subió y comenzó a revisar en los armarios. Nada. Maldijo en voz baja y se bajó del taburete. Allí, debajo del fregadero. Otra vez al alcance de los niños.

Tomó el enorme frasco de lejía y lo colocó sobre la mesa de la cocina. No le llevó demasiado tiempo encontrar un bote de especias vacío. Sopló las hojas de especias del fondo del bote y echó media taza de lejía en el interior.

—¿Qué estás haciendo?

Nila casi dejo caer el frasco de lejía. Levantó la mirada.

El Privilegiado Dourford estaba en la puerta de la cocina. Su altura y sus guantes de Privilegiado lo hacían parecer imponente, y todo el personal de la casa conocía su carácter.

—Solo estaba buscando un poco de lejía, milord —dijo Nila.

—¿Para qué?

—Durante la cena, me cayó un poco de salsa sobre la manga. —Se tomó una de las mangas del vestido, rogando que él no fuera a mirar muy de cerca—. Quiero lavarla antes de que se manche.

—Pensé que lord Vetas había dejado en claro que tú ya no lavarías la ropa.

—Es solo una mancha pequeña, milord. —Nila sonrió de una manera que esperaba que pareciera tímida y echó los hombros hacia delante, lo que le apretó los pechos y le acentuó el escote. No quería molestar al personal de la casa.

Los ojos de Dourford permanecieron un momento sobre su busto.

—Muy bien. Pero asegúrate de que el niño esté dormido. Esta noche esa maldita arpía obtendrá lo que se merece, y será difícil mantenerla callada. —Dourford hurgó en los armarios hasta que encontró media hogaza de pan y se fue de la cocina masticando pensativo.

Nila guardó el frasco de lejía y se metió el bote de especias en el bolsillo del vestido. Regresó a su habitación preguntándose cómo de difícil sería envenenar a Vetas y a Dourford al mismo tiempo.

Capítulo 17

Adamat sintió ciertos recelos cuando el carruaje de alquiler tomó la larga calle suburbana que llevaba hasta su casa.

No había estado allí desde hacía casi dos meses, desde el día en que le había dicho a Vetas que el mariscal de campo Tamas estaba en camino para arrestar al archidiocel Charlemund. Adamat se había visto obligado a engañar a Vetas y casi había hecho que mataran a Tamas. Seguramente, Vetas quería recuperar a Adamat, tanto vivo como muerto.

Adamat estaba dispuesto a apostar que Vetas tendría la casa vigilada.

Mientras se acercaba a la casa, no perdía de vista la calle. No había hombres sospechosos ni figuras acechando en las ventanas con un interés injustificado en su hogar. El tránsito peatonal era mínimo en aquella parte de la ciudad, solo había una familia que se dirigía al mercado y un anciano caminando enérgicamente bajo el sol. El carruaje se detuvo a tres casas de la suya. Adamat revisó la pistola de cañón corto que llevaba en el bolsillo. Cargada y con pólvora.

Se subió el cuello de la chaqueta para taparse el rostro, se bajó el sombrero y salió a la calle. Le entregó algunos kranas al conductor y se acercó con cautela a su casa, sujetando el bastón firmemente con una mano.

Los postigos de las ventanas estaban cerrados y las persianas bajadas, como él las había dejado. Adamat revisó el frente de la casa en busca de algún indicio de que alguien hubiera tocado o manipulado algo. Nada.

Abrió la cancela del callejón que había entre las casas y fue hasta el jardín. Otra breve inspección; nada fuera de lugar. Esperó durante varios minutos, estudiando la casa una y otra vez. No había raspones nuevos en la cerradura ni pisadas en el jardín.

Lentamente, fue comprendiendo que tal vez él no era tan

importante para Vetas como había creído. Lord Vetas estaba jugando una especie de juego más complejo en nombre de su amo, lord Claremonte. ¿Adamat seguía teniendo alguna relevancia? Después de todo, hasta donde Vetas sabía, Tamas lo había ejecutado en privado por traición. ¿Y si Vetas había descartado a Adamat por completo? Tal vez Faye y Josep ya estuvieran muertos, enterrados en alguna tumba poco profunda.

Tamas apretó y aflojó los puños. No. No podía pensar así. Faye estaba viva. Vetas aún la retenía. Y Adamat iba a recuperarla.

Abrió la puerta trasera y entró en la casa. Cerró los ojos y tomó una bocanada de aire. Las habitaciones se notaban cálidas y sofocantes a causa de las ventanas cerradas, pero aún olía a madera antigua, libros, polvo y un leve dejo a lavanda del incienso que Faye solía quemar. Sacó su pistola y revisó cuidadosamente cada una de las habitaciones.

Todo estaba como lo había dejado: las manchas de sangre en el sofá y en la alfombra (de uno de los hombres de Vetas), un agujero de bala en el techo. Otro en el corredor y uno en el suelo, junto con el resto del daño sin reparar ocasionado en la pelea contra los Barberos de la Calle Negra.

Con la pistola en una mano y el bastón en la otra, Adamat subió la escalera hasta el primer piso. Allí era donde lo habían atacado los Barberos. Allí estaba la sangre de SouSmith, casi negra sobre el tono oscuro de la escalera de nogal.

En el primer piso no había nadie. No había señales de que nadie hubiera revisado sus pertenencias o registrado el lugar.

Adamat suspiró y bajó la pistola. Casi que se sintió decepcionado.

Era como si lord Vetas se hubiera olvidado de él por completo.

Colocó el bastón en el paragüero situado a un lado de la puerta de entrada y se dirigió a la cocina. Tal vez hubiera una lata de judías o algo para comer en la despensa. Conseguiría algo de comida, luego buscaría su pala y luego...

Adamat no tuvo la velocidad de reacción suficiente cuando algo dobló la esquina y le dio de lleno en la nariz. Todo el rostro comenzó a dolerle, y de pronto se encontró mirando el techo con los ojos llorosos.

Alguien apareció por encima de él. Lo cogió de las solapas de la chaqueta y lo levantó del suelo, y un momento después lo golpeó contra la pared. Adamat se tragó su propia sangre y trató de respirar por la nariz, pero solo pudo soltar un gemido.

Dos brazos fuertes lo sostenían contra la pared. Los golpeó, pero fue en vano, luego se llevó una mano al rostro para restregarse los ojos. Vio el rostro de un hombre que tenía manchas de carbón en las mejillas y en la camisa. Adamat reconocía a ese hombre; uno de los matones de lord Vetas.

Se aclaró la garganta e intentó sonar despreocupado.

—Kale, ¿verdad?

—Así es. —La boca del paleador de carbón se torció en una mueca —. Os he estado esperando mucho tiempo.

A Adamat le dolía toda la cabeza. La nariz debía de estar rota. Seguramente se vería como el diablo. El segundo traje estropeado en una semana.

—Lord Vetas quiere hablar con vos —dijo Kale—. O venís conmigo sin dar problemas, o comienzo a romperos los dientes.

¿De dónde diablos había salido? Adamat había revisado toda la casa. El sujeto debía de haberse ocultado en el sótano. ¿Y con qué demonios lo había golpeado? ¿Con una porra?

—Bien —dijo Adamat.

Las manos de Kale se aflojaron. Adamat sintió que se deslizaba por la pared hasta que sus pies tocaron el suelo. Aquel hombre era rápido. Y fuerte. Diablos, lo que habría dado Adamat por tener a SouSmith allí en ese momento.

—Limpiaos —dijo Kale. Soltó la chaqueta de Adamat.

Adamat sintió que las rodillas se le aflojaban y se derrumbó en el suelo. Cayó encima de algo. Debajo de su pecho; la pistola. Colocó los dedos alrededor de la culata, a ciegas.

Sintió una mano fuerte en la espalda.

—Estoy bien —dijo Adamat—. Solo me duele. Buscaré otra camisa en mi habitación e iré sin causar problemas. —Sus palabras salieron como un borboteo nasal.

Se puso de pie con un poco de dificultad. Diablos, cómo le dolía el rostro. Necesitaría algo más que tres dedos de whisky para aliviarse. Adamat dio tres pasos por el pasillo, se volvió levantando la pistola y apretó el gatillo.

El sonido del disparo hizo que, de alguna manera, le doliera más la cabeza.

Kale contempló la pistola y luego miró a Adamat.

Adamat miró la pistola y luego a Kale. Luego, el suelo.

Allí estaba la bala. Debía de haberse caído del cañón cuando a Adamat se le cayó la pistola.

Kale atravesó el espacio que los separaba dando dos pasos largos, le hizo soltar la pistola de un golpe y lo cogió de la garganta, lo levantó en el aire y lo golpeó contra la puerta de entrada. Las paredes resonaron por el impacto.

Adamat forcejeó por respirar. Pateó. Golpeó. Nada de lo que hacía aflojaba las manos de Kale.

—Eso os costará un pulgar —dijo Kale.

Adamat agitó el brazo derecho. Tenía que hacer algo, tenía que... sintió que su mano tocaba el mango del bastón, colocado en el

paragüero. Aferró el bastón lo más abajo que pudo, lo levantó y lo golpeó contra la sien de Kale.

Kale se tambaleó hacia un lado y lo soltó. Adamat lo empujó con un brazo y lo golpeó con el bastón con toda su fuerza.

El paleador de carbón atajó el golpe con una mano incluso mientras tropezaba. Aferró el extremo del bastón y tiró.

De pronto, Adamat se encontró en un juego de tira y afloja. Kale volvió a tirar y casi lo hizo caer encima de él. Adamat vio que al paleador se le tensaron los ojos y supo que a la siguiente no podría seguir sosteniendo el bastón.

Entonces hizo girar el mango. Se oyó un tenue chasquido. Kale tiro con fuerza del bastón. Se tropezó y cayó al suelo, y miró sorprendido el extremo del bastón que tenía en la mano.

Adamat se arrojó hacia delante blandiendo la espada del bastón y le clavó la pequeña hoja en el estómago. La extrajo y la volvió a clavar, y una vez más. Adamat se apartó hacia un lado después de la última estocada, sin dejar de mirar a Kale.

El paleador de carbón le devolvió la mirada. Se sostenía el estómago con ambas manos, gimoteando de dolor.

—Él lo sabrá —dijo Kale—. Lord Vetas sabrá que habéis regresado, y matará a vuestra esposa.

Adamat se irguió y apuntó la espada del bastón hacia Kale.

—¿Sigue con vida? —Kale no respondió—. ¿Y Josep? ¿Mi hijo?

—Conseguidme un doctor —dijo Kale—. Hacedlo ahora y os informaré sobre vuestro hijo.

—El vecino de al lado es médico. Dímelo ahora y lo llamaré.

Kale lanzó un suspiro largo, angustioso.

—Vuestro muchacho... Vuestro muchacho se ha ido. Lo llevaron... no sé dónde, pero ya no está. Vuestra esposa está allí... ella...

—¿Ella qué?

—Llamad a un doctor.

—Dímelo. —El dolor de cabeza de Adamat pareció intensificarse hasta su punto máximo. Era algo atroz, y por lo empapadas que tenía la camisa y la chaqueta, debía de haber perdido muchísima sangre por la nariz.

—Vetas... él lo sabrá. Pensó que Tamas os había cogido..., que os habían arrestado, o fusilado..., pero ahora sabrá que estáis vivo.

Adamat apretó los dientes.

—No si no encuentran el cuerpo. —Adamat no creía que fuera capaz de lanzarle una estocada firme y certera, pero la espada del bastón entró por el ojo de Kale y solo se detuvo cuando dio contra la parte de atrás del cráneo. La extrajo, esperó que el cuerpo dejara de tener espasmos y luego limpió la hoja en el abrigo del matón.

Adamat se desnudó el torso y arrojó sus prendas ensangrentadas

sobre el cadáver. Revisó la casa buscando algún otro indicio de que el paleador de carbón había estado allí, y luego fue a por su espejo de afeitar.

Sus ojos llorosos y su rostro ensangrentado lo observaron desde el reflejo. Casi no se reconoció a sí mismo.

Tenía la nariz doblada casi perpendicularmente respecto de la cabeza. Cada toque leve que se daba al tantearse el rostro lo obligaba a tragarse un grito.

Se colocó una mano a cada lado de la nariz y se miró a sí mismo a los ojos. Era ahora o nunca.

Se tomó la nariz y la enderezó.

Adamat se despertó en el suelo de la cocina por el sonido de alguien golpeando enérgicamente la puerta de entrada. Se puso de pie despacio y echó un vistazo al espejo. A pesar de toda la mugre y la sangre, pudo ver que su nariz había vuelto a estar derecha. Se preguntó si había valido la pena ese dolor atroz que aún le hacía desear desmayarse.

Le llevó todo un minuto recargar la pistola con las manos temblorosas. Le colocó la pólvora, fue a la puerta de entrada y miró por la ventana.

Era una vecina suya. Una mujer mayor, encorvada por la edad, que llevaba un vestido de día con un chal echado apresuradamente sobre la cabeza. Nunca se había aprendido su nombre.

Adamat abrió ligeramente la puerta.

La mujer casi gritó al verlo.

—¿Sí? —preguntó él.

—¿Os encontráis... os encontráis bien? —preguntó ella con voz temblorosa—. Me pareció oír un disparo, y hace no más de cinco minutos se oyó un alarido de lo más desgarrador.

—¿Un disparo? No, no hubo disparos. Os pido disculpas por mi apariencia. Me caí y me rompí la nariz. Me la estaba arreglando. Probablemente sea ese el alarido que oísteis.

Ella se lo quedó mirando como si él fuera alguna clase de espectro.

—¿Estáis seguro de que estáis bien?

—Tan solo me rompí la nariz —dijo Adamat señalándose el rostro—. Un accidente, os lo aseguro.

—Iré a llamar al doctor de inmediato.

—No, por favor —dijo Adamat—. Yo mismo iré enseguida. No hay necesidad.

—No, no, debo insistir.

—¡Señora! —Adamat impostó la voz lo más firme que pudo. Eso le hizo vibrar los conductos nasales, y el dolor casi lo hizo derrumbarse de nuevo—. Si no os importa, yo mismo me encargaré. Bajo ninguna circunstancia llaméis al doctor.

—¿Estáis seguro...?

“Maldita entrometida”.

—Completamente. Gracias, señora. —Adamat cerró la puerta y contempló el estado desastroso del pasillo. Sangre por todos lados. En la alfombra, en el suelo, en las paredes. En casi toda la puerta.

Para limpiar toda la sangre necesitó varias horas y muchas de las sábanas de reserva de Faye. Trabajó deprisa; no había forma de saber si pronto llegaría algún otro matón de Vetas. Pero necesitaba dejar la casa limpia. No debían quedar indicios de que él había estado allí.

Cuando terminó, Adamat finalmente se aseó. Después de una botella de vino, el dolor de cabeza pasó de un martilleo constante a un zumbido apagado. Había caído la noche. Envolvió el cuerpo de Kale con las sábanas sucias y lo sacó a rastras por la puerta trasera, pensando en lo furiosa que se pondría Faye cuando se enterara del uso que les había dado a las sábanas. En un rincón del pequeño jardín de Adamat había un cobertizo para herramientas, y debajo del cobertizo había una despensa sin uso, del tamaño del interior de un carruaje. Adamat entró en la despensa y tanteó en la oscuridad durante varios minutos, hasta que encontró lo que estaba buscando: una cuerda en el suelo de la despensa, sobre una capa de tierra suelta. Tomó la cuerda y tiró, lo que liberó una sólida caja de madera.

Llevó la caja fuerte al jardín y regresó para dejar caer el cuerpo en la despensa. Volvió a colocar las herramientas para que pareciera que nadie había estado allí por un tiempo y cerró la puerta detrás de él.

Dentro de la caja fuerte estaba cada krana que había ahorrado desde que se había enterado de que le debía dinero a Palagyi a raíz del préstamo que había dado inicio a Adamat Editorial. Adamat ya no confiaba en los banqueros.

No desde que le habían vendido a Palagyi su deuda por el préstamo.

La suma ascendía a poco menos de veinticinco mil. No era suficiente. No era suficiente ni por casualidad.

Adamat pasó las siguientes horas limpiando todo rastro de sangre de la casa, y luego preparó una maleta de viaje que llenó con ropa de niño, la caja fuerte, su pistola y su bastón. Salió a la calle y buscó un carruaje de alquiler.

Taniel yacía contra las almenas de barroy levantó la vista al cielo nublado.

Unas nubes blancas gigantescas atravesaban el cielo lentamente, avanzando como la espuma que arrastra la ola al romper contra la playa. Había algunas manchas grises dispersas en las nubes. ¿Lluvia, tal vez? Ojalá que no. Los terraplenes se convertirían en lodo y la lluvia anularía la pólvora de ambos bandos.

Taniel oía los tambores distantes de los keseños. Desde donde él estaba, tendido contra la tierra fría y dura, parecían estar muy lejos. Los gritos de los comandantes adranos... esos estaban más cerca. Tenía ganas de decirles que se los guardaran. Cada hombre del frente sabía que era probable que muriera ese día. Cada hombre del frente sabía que los keseños tendrían éxito en el ataque y que volverían a tomar el terraplén, como lo habían hecho el día anterior y el anterior.

La moral no estaba muerta; la habían colgado, fusilado, destripado, descuartizado y enterrado en una tumba rocosa.

—¿Y bien? —dijo Taniel.

El coronel Etan estaba de pie a uno o dos metros del borde del terraplén, blandiendo su espada y agregando su cuota de confianza a la palabrería insignificante de los oficiales. Llevaba un sombrero de piel de oso con una pluma púrpura, acorde con un oficial de la Decimosegunda de Granaderos. Tenía la vista clavada en la infantería keseña, que aún estaba lejos del terraplén.

—Ya vienen —respondió Etan.

Taniel contempló las nubes.

—Despiértame cuando lleguen. —Cerró los ojos.

Algunos de los granaderos de Etan se rieron por el comentario. Taniel abrió los ojos para ver quiénes se había reído y les esbozó una amplia sonrisa. Le sorprendió comprobar lo fácil que le resultaba sonreír. Tan solo unos días antes, la propia acción le había parecido algo ajeno. En ese momento...

Alcanzó a ver a Ka-poel, a lo lejos, detrás de Etan. Estaba sentada en el terraplén con una rodilla levantada y la barbilla apoyada en la mano. Contemplaba el avance keseño. Incluso los granaderos, los hombres más fuertes y valientes del ejército adrano, tenían una expresión nerviosa y salvaje en la mirada. Ellos sabían lo que significaba estar en el frente. Los ojos de Ka-poel estaban pensativos y eran penetrantes. Ni el menor atisbo de miedo. Se veía tan letal como un gato montés de Fatrasta.

Taniel se preguntó qué veía ella que los demás no veían.

—Se están acercando —dijo Etan. Su cuerpo estaba tenso y la mano que sostenía la espada tenía los nudillos blancos.

Taniel se preguntó dónde estaba Kresimir. ¿Por qué no se había mostrado el dios? ¿Por qué no los había matado a todos, haciéndolos pedazos con su hechicería, en lugar de permitir que su ejército fuera socavando lentamente las defensas adranas día tras día?

—¡Aquí vienen!

Taniel aferró su rifle con ambas manos. La sincronización debía ser perfecta. Sin vacilaciones. Debía...

—¡Ahora!

Taniel vio el indicio de una sombra por el rabillo del ojo. Lanzó

una estocada con el rifle hacia arriba y le clavó sesenta centímetros de acero en medio de las piernas a un Guardián que estaba saltando.

Taniel sintió que la culata del rifle giraba en sus manos. Lanzó un grito y empujó con más fuerza, levantó al Guardián como una especie de trofeo macabro y luego lo golpeó contra el suelo del terraplén.

Al parecer, incluso un Guardián podía ser tomado por sorpresa. Por unos instantes, la criatura se quedó quieta, completamente conmocionada, con los ojos bien abiertos y una expresión de pánico en el rostro. Luego comenzó a revolverse para intentar quitarse la bayoneta que Taniel le había metido por el culo.

Unos diez granaderos le cayeron encima al Guardián con bayonetas y espadas. En unos pocos instantes, lo único que quedaba del Guardián era un trozo de carne ensangrentado. Taniel extrajo su bayoneta del cadáver en el momento en el que el frente adrano abría fuego.

—Deshaceos de él —dijo Etan. Taniel y un par de sus hombres tomaron al Guardián muerto y lo lanzaron sobre el terraplén; el cadáver cayó rodando por la pendiente.

Los keseños vacilaron ante el fuego de mosquetes. Cientos de ellos cayeron al suelo, pero la máquina de guerra keseña les pasó por encima. Colocaron sus mosquetes con bayonetas en posición de listos y corrieron para atacar.

Taniel se puso de pie sobre el terraplén, disparó el rifle y derribó a un mayor keseño del lomo de su caballo.

Etan se colocó junto a Taniel.

—Fue un placer conocerte, mi amigo —dijo, con los ojos en los keseños, que se acercaban para el ataque.

—Hoy no perderemos. —Taniel metió en el cañón de su rifle una bala envuelta en algodón, luego abrió una carga de pólvora con el pulgar. Aspiró la carga de una sola inhalación y se restregó la nariz con el dorso de la mano—. Hoy no. —Luego, más fuerte, dijo—: Hoy no perderemos.

Taniel sintió una oleada de ira. ¿Por qué debían perder? ¿Por qué debían volverse y correr? Eran mejores que los keseños. El ejército adrano era temido a todo lo largo de los Nueve.

Se volvió hacia los granaderos.

—¿Sois los hombres de mariscal de campo Tamas? ¿Lo sois?

—El mariscal de campo está muerto —dijo alguien.

Taniel sintió que le volaba saliva de la boca.

—¿Lo sois?

—¡Yo soy hombre del mariscal de campo! —Etan alzó su espada—. ¡Vivo o muerto, siempre lo seré!

—¿Lo sois vosotros? —les gritó Taniel a los granaderos.

—¡Sí! —respondieron ellos con una voz, con los mosquetes

levantados.

—El ejército adrano, el ejército de Tamas, no es derrotado. Podéis huir, si queréis —Taniel señaló a los granaderos—, cuando suene la trompeta. Regresad con vuestros generales de escritorio, permitid que los keseños os disparen por la espalda. Pero yo me quedaré aquí hasta que los keseños se dobleguen.

—Yo también —dijo Etan. Y blandió su sable.

—¡Y yo! —gritaron los granaderos al unísono.

Taniel se volvió hacia los keseños.

—¡Enviadlos al diablo!

Taniel vio el rostro de su padre flotando frente a sus ojos como una bandera hecha jirones. Vio a Vlora y a Sabon y a Andriya y al resto de los magos de la pólvora. Vio a sus amigos de la Séptima y de la Novena. Luego desaparecieron, y el mundo quedó teñido de rojo mientras las piernas de Taniel lo llevaban sobre el borde del terraplén, directo a los dientes de la infantería keseña.

Los disparos de mosquetes y las explosiones de la artillería de pronto se perdieron en el tronar de la infantería atacante. Taniel destripó a un soldado keseño con su bayoneta, luego quedó enganchado rifle contra rifle con otro. Taniel empujó y lo hizo tambalearse.

La espada de un oficial le hizo un tajo limpio en la mejilla, justo debajo del ojo. Él sintió la hoja, pero el dolor parecía algo distante en su trance de pólvora, con tanta adrenalina circulando por su cuerpo. Golpeó al oficial en la mejilla con el rifle y luego apuñaló a un soldado de infantería.

Había keseños por todas partes, y de pronto sintió pánico. No importaba lo rápido o poderoso que fuera, podía ser abatido por pura superioridad numérica, al igual que el Guardián que él y los granaderos habían despedazado.

Taniel vio una bayoneta apuntando a su corazón. Dejó caer el hombro y sintió la punta engancharse a su chaqueta y atravesarla sin tocarlo, y le dio un puñetazo en el rostro al soldado.

Y de pronto Taniel ya no estaba solo. Los granaderos adranos, con sus sombreros de piel de oso y sus chaquetas con puños escarlata, estaban junto a él con los mosquetes listos para rechazar el avance keseño.

—¡Empujón! —La voz de Etan se elevó por sobre el alboroto—. ¡Paso! ¡Estocada! ¡Empujón! ¡Paso! ¡Estocada!

Mientras la infantería keseña se lanzaba hacia delante con un abandono temerario, los hombres de la Decimosegunda de Granaderos avanzaban al unísono, cada uno de ellos escogido por su inmenso tamaño y entrenado para enfrentarse sin titubear al enemigo. Habían pasado sobre el terraplén detrás de Taniel y ahora se abrían paso

blandiendo las bayonetas, atravesando a la infantería keseña como un grupo de granjeros cortando heno.

Taniel se metió por la fuerza en el frente de granaderos y se unió a su marcha. Para su sorpresa, la infantería keseña parecía derretirse frente a ellos. Taniel conocía el poder. Conocía la velocidad. Pero la fuerza pura de aquellos granaderos trabajando juntos lo impresionó. Sintió el ritmo de su avance en lo más profundo del pecho.

Un soldado keseño se arrojó sobre la línea y chocó contra Taniel, lo que lo hizo retroceder. Los granaderos cerraron el lugar vacío sin vacilaciones. Taniel luchó con el soldado, lo arrojó al suelo y le presionó la bota contra la garganta. Echó un vistazo a la línea y entonces...

Por el rabillo del ojo vio un Guardián atravesando a los granaderos. Los soldados más corpulentos y más fuertes que Adro tenía a su disposición fueron dispersados como juguetes en el momento en el que la criatura quebró la línea.

Otro Guardián se abrió paso por entre los hombres. El coronel Etan se tambaleó hacia atrás con la frente ensangrentada. Se recuperó deprisa, blandió su sable pesado y le cortó la mano a la altura de la muñeca. El Guardián se lanzó hacia delante y cogió a Etan de la garganta; levantó a un hombre de noventa y cinco kilos y lo sacudió como un perro sacudiría una rata.

Sonó una trompeta.

Retirada.

La furia se apoderó de Taniel. No. Él no retrocedería. No dejaría ese campo de batalla sin una victoria.

Taniel gruñó, y el soldado debajo de su bota quedó olvidado. Vio que los ojos de Etan se ponían en blanco, estaba entrando en shock. Taniel levantó su rifle, con la bayoneta lista, y corrió para atacar.

Algo chocó contra él desde un lado. Voló por el aire, dio unas vueltas descontroladas por el aire con el corazón en la boca y luego cayó al suelo, donde rebotó contra el cuerpo de un soldado de infantería. La sacudida hizo que se le cayera el rifle de las manos; cuando Taniel se puso de pie, se encontraba desarmado.

No había tiempo de reaccionar. Aquel nuevo Guardián era demasiado rápido. Un puño pesado impactó en su rostro y lo hizo dar vueltas.

Taniel se enderezó y se preparó para recibir otro golpe. Tocó un poco de pólvora con la mente. No hubo reacción. Aquel era un Guardián Negro.

El siguiente golpe no dio en el blanco; el Guardián comenzó a agitar los brazos, con Ka-poel sujeta a su espalda. Estaba colgada de una de sus largas agujas, que estaba enterrada profundamente en el hombro de la criatura. Había errado la columna vertebral por varios

centímetros, y la aguja no podía hacer más que enfurecerlo.

Taniel extrajo el cuchillo de su bota. Enderezó los hombros, listo para saltar, cuando el Guardián se puso rígido. Se tambaleó hacia delante y cayó de rodillas. Ka-poel extrajo su aguja con calma y se alejó del Guardián. Tenía una sonrisa despiadada y sostenía un muñeco a medio hacer en la mano. Sus dedos trabajaron furiosamente para completar el muñeco.

El Guardián se puso de pie, aún sacudiéndose. Se tambaleó hacia un lado y, de pronto, voló hacia delante y atacó a los keseños.

Aún quedaba la mitad de los granaderos en pie, su línea ya estaba rota y desordenada, y cada segundo seguían cayendo más ante la infantería keseña. El Guardián los dejó atrás de un solo salto y aterrizó entre los keseños.

La mayoría de los soldados de infantería lo ignoraron. Ya estaban acostumbrados a los Guardianes, por supuesto. No fue hasta que cogió un sable desechado y comenzó a rebanar las filas keseñas que el horror comenzó a esparcirse.

El pánico era palpable. Taniel se quedó mirando mientras los keseños comenzaban a gritar y a alejarse del Guardián. Algunos intentaron plantarse y luchar. Algunos incluso lo atacaron. Una bayoneta le atravesó el cuello al Guardián; la criatura la arrancó del extremo del mosquete y siguió peleando. Los keseños comenzaron a vacilar.

Taniel había matado Guardianes en combate cuerpo a cuerpo, aquellas criaturas que aterrorizaban al ejército adrano, y ahora Ka-poel había vuelto uno contra el enemigo. Una gran emoción le subió desde los dedos de los pies y le llegó a las manos, y Taniel se preguntó en qué se había convertido, que le permitía luchar contra un monstruo tan feroz como aquel.

—¡A mí! —Levantó la mano sobre la cabeza—. ¡A mí! —gritó por sobre el sonido de trompetas, que sonaban cada vez más fuerte dando la orden de retirada—. ¡Al diablo con las trompetas, hoy luchamos!

Los keseños comenzaron a desmoronarse. Ninguno de sus redoblantes estaba ordenando la retirada, pero de todas maneras huyeron. Los pocos Guardianes que quedaron en el campo de batalla finalmente fueron superados y masacrados sin piedad.

Algunos keseños arrojaron sus armas y cayeron de rodillas, ya rindiéndose.

El Guardián que controlaba Ka-poel persiguió a los keseños casi hasta el propio campamento. Todo un grupo de Guardianes se había congregado para intentar eliminarlo.

Los ojos de Ka-poel estaban encendidos de regocijo, y la figura de cera en sus manos se sacudía y giraba. Sus labios se abrieron en una carcajada silenciosa.

El Guardián siguió luchando. Lo apuñalaron, le dispararon, lo acuchillaron: se negaba a caer. Entonces Ka-poel levantó el muñeco y le presionó la cabeza con el pulgar.

El Guardián se derrumbó.

Taniel se quedó mirando boquiabierto a Ka-poel. ¿Cómo podía aquella muchacha, la misma mujer que se había acurrucado contra él tan íntimamente, dormirse en sus brazos como una niña en un momento y al siguiente salir al campo de batalla con el poder de una diosa vengativa?

Ella se volvió como si hubiera sentido su mirada y le sonrió con timidez. En un instante, volvió a ser la niña que él había rescatado de una choza sucia de los pantanos de Fatrasta.

Taniel quería correr hacia ella, llevársela de toda aquella locura y asegurarse de que estuviera bien. Pero él ya no debía protegerla. No desde lo de Kresim Kurga. Le dio la sensación de que la verdadera Ka-poel casi no había comenzado a mostrarse.

Ignorando sus propias heridas, Taniel comenzó a buscar al coronel Etan. Encontró al granadero debajo de un Guardián muerto. Taniel hizo rodar el cadáver. Etan aún respiraba, para alivio de Taniel, pero tenía una gran expresión de pánico en los ojos.

—No puedo mover las piernas —dijo Etan.

Taniel cayó de rodillas junto a Etan y comenzó a sentir ese mismo pánico en su interior.

—Está bien —dijo Taniel—. Te conseguiremos un médico.

—¡No puedo sentir las piernas! —Etan se aferró al brazo de Taniel. Jadeó, y Taniel pudo ver la tensión de su rostro al intentar moverse—. ¡No puedo sentirlas!

Taniel sintió que se le rompía el corazón. Etan era uno de los hombres más fuertes que él conocía. Morir en batalla era una cosa, pero quedar impedido...

—¡Conseguidme un médico! —gritó Taniel—. Y decidles que dejen de tocar las malditas trompetas. ¡Ya hemos ganado, joder!

Etan pareció aflojarse.

—¿Hemos ganado?

—Hemos ganado. Taniel miró el campo. Vio algunos soldados corriendo desde el lado adrano, acercándose para dar apoyo. Si no había un médico entre ellos, estrangularía a alguien.

—Tú la mantuviste —dijo Etan—. Tú mantuviste la posición.

—No. Tú lo hiciste. Tú y tus granaderos.

—No podríamos haberlo hecho sin ti.

Ahora Etan parpadeaba muy rápido. Taniel lo revisó en busca de alguna herida, intentando encontrar algo. Los dedos de Etan aferraron la manga de la chaqueta de Taniel, los nudillos blancos, el rostro retorcido en una mueca de dolor.

—Yo vi el modo en el que te miraban mis muchachos. Ellos te habrían seguido hasta el mismísimo infierno. Igual que Tamas. Igual que tu padre.

—No digas gilipolleces tan horrorosas —dijo Taniel. Sintió que unas lágrimas calientes le caían por las mejillas—. No soy ni parecido a ese viejo desgraciado.

—Taniel. Prométeme que ganarás este conflicto. Prométeme que lo finalizarás. Que esta no será la última victoria de Adro.

—No hay necesidad de prometer nada —dijo Taniel—. No te estás muriendo.

Etan tomó a Taniel y se lo acercó.

—No puedo sentir las condenadas piernas. Sé lo que eso significa, imbécil. No volveré a ver un campo de batalla. Así que prométeme que ganarás este conflicto.

—No sé si puedo hacerlo —dijo Taniel.

Etan lo abofeteó. Taniel sintió que la mejilla le quemaba por la fuerza de la bofetada.

—Prométemelo. —Otro fuerte golpe casi hizo que Taniel se diera la vuelta. Aun yaciendo en el suelo, incapaz de mover las piernas, Etan era fuerte—. ¡Promételo!

Una mujer, una de las médicas, se arrojó al suelo del otro lado de Etan. Lo miró de arriba abajo con gesto preocupado.

—¿Dónde está la herida?

—Tengo la espalda rota —dijo Etan. La voz se le quebró. Miró a Taniel a los ojos—. Prométemelo.

—No.

Los ojos de Etan estaban vidriosos por las lágrimas.

—Cobarde. Si me estuviese muriendo, me lo prometerías. Porque entonces no deberías rendirme cuentas. Pero no me estoy muriendo, así que no lo prometerás. Maldito cobarde.

Taniel desvió el rostro. Sabía que era verdad.

Llevaron un carro para trasladar a Etan al campamento, una de esas ambulancias con cubierta y cuatro catres para llevar heridos. Etan volvió la cabeza para no ver a Taniel, y Taniel no caminó junto a él mientras se lo llevaban.

Habían aniquilado el ataque de Kez. Probablemente habría mil soldados enemigos muertos. El doble de heridos y algunos cientos de prisioneros. Le llevó un momento a Taniel darse cuenta de que estaba rodeado de soldados. La Decimosegunda de Granaderos. El más pequeño de ellos le sacaba al menos diez centímetros. Taniel se preguntó cuántos habrían muerto en la refriega. Sus pérdidas debían de ser abrumadoras.

Uno de ellos se le acercó. Taniel pensó en darle la espalda. Podría abrirse paso entre ellos y regresar al campamento. ¿Habían estado

escuchando? ¿Habían oído a su coronel tildar a Taniel de cobarde?

El corpulento soldado tenía su sombrero de piel de oso en una mano. La otra estaba vacía. Cerrada en un puño. Taniel levantó la barbilla y se quedó esperando el puñetazo.

—Señor —dijo el granadero.

—Adelante. Me lo merezco.

El granadero parecía confundido. Se miró el puño y luego aflojó la mano.

—Señor, vos no sois un cobarde. El coronel... Nadie quiere terminar así. Las cosas que dijo... Vos no sois un cobarde. Nosotros os vimos cargar contra la brigada de infantería de Kez *por vuestra cuenta*. Quiero que sepáis algo: si necesitáis algo, lo que sea, avisadme. Contad conmigo. Sospecho que la mayoría de estos muchachos dirá lo mismo.

A su alrededor, los granaderos asintieron con la cabeza y luego, exhaustos, regresaron al campamento.

Taniel se quedó solo en el campo de batalla durante varios minutos, viendo cómo los médicos se llevaban en carros a los muertos y heridos. Sintió a alguien detrás de él. No necesitó volverse. Ka-poel.

Se limpió las lágrimas del rostro con la manga.

—¿No tienes cuerpos que examinar, o algo así? —preguntó.

Ella le tomó la mano. Él quería apartársela, pero no pudo.

Se quedaron allí juntos, en silencio, mientras la sangre de los vivos y de los muertos y de los moribundos se mezclaba y formaba un mar rojo en el suelo adrano. Taniel levantó la mano de ella. Fue un movimiento impulsivo, repentino, y más tarde se preguntó qué lo había impulsado a hacerlo, pero se llevó la mano de ella a los labios con firmeza.

—Daré fin a esto —dijo—. Voy a matar a Kresimir. De manera permanente. ¿Necesitas su sangre? La conseguiré, incluso si muero en el intento.

Por el rabillo del ojo la vio meneando levemente la cabeza.

Sin mediar advertencia, ella se colocó delante de él, le pasó una mano por detrás de la cabeza, tiró hacia ella y apoyó sus labios cálidos contra los de él. Se sintió como si por sus venas circulara fuego, y cuando ella finalmente se separó, él se quedó sin aliento. Tuvo que luchar contra el impulso de caer de rodillas, diciéndose a sí mismo que solo era la pérdida de sangre lo que lo había dejado tan débil.

Entonces el momento pasó y, silenciosa como siempre, Ka-poel comenzó a hacer lo suyo, inclinándose sobre el cadáver de un soldado adrano.

Taniel, aturdido, la observó durante varios minutos, hasta que algo detrás de la línea keseña lo hizo volver a la realidad. En un instante volvió a ser un soldado: alerta, atento, listo para rechazar cualquier

nueva amenaza del enemigo.

Los soldados keseños estaban levantando algo al cielo, por encima de su campamento, al norte de las murallas de Budwiel. Debía de tener unos veinticinco metros de altura para que él llegara a divisarlo desde esa distancia. Cogió un poco de pólvora, lo que le agudizó la vista.

Se trataba de una viga inmensa, tallada de lo que parecía ser un árbol enorme. Soldados y prisioneros se apiñaron en la base, se dispersaron en abanico y tiraron de unas cuerdas largas amarradas al extremo superior de la viga. La viga se elevó en lo alto, de pronto cayó unos cuatro o cinco metros (probablemente, en un hoyo excavado en el suelo) y quedó erguida en el aire.

Taniel miró con gesto ceñudo. Había algo a un lado de la viga. ¿Una persona?

Enfocó la vista, mejorada por la pólvora. Sí. Parecía ser una mujer. Estaba desnuda, la habían clavado a la madera por las muñecas y le faltaban las manos. Tenía una cuerda en la cintura que la sostenía contra la viga.

Taniel estaba desconcertado. ¿Era alguna traidora, colocada allí a modo de advertencia? El hecho de que le faltaran las manos podría indicar que había sido una Privilegiada. ¿Qué podría...?

El cuerpo se movió. Diablos, estaba viva.

Ella levantó la cabeza y Taniel sintió que se le congelaba la sangre. La conocía. Ella había luchado contra él en Kresim Kurga, la ciudad sagrada, cuando él intento evitar que ella invocara a Kresimir.

Era Julene.

Capítulo 18

Tamas esperaba el regreso de sus exploradores nocturnos mientras escuchaba los sonidos familiares de sus soldados levantando campamento.

Se oían conversaciones aquí y allá, algo que había faltado durante las dos semanas de marcha que habían pasado desde la caída de Budwiel. Alguien se rio en la distancia. No había nada como un estómago lleno para levantarle el ánimo a uno. Entre eso y la euforia de la victoria frente a la vanguardia de Kez, Tamas casi podía afirmar que sus hombres estaban felices.

Casi.

A Tamas no le gustaba comer caballo. Le hacía recordar los momentos difíciles en Gurla (el hambre, las enfermedades y el calor del desierto), cuando se vieron obligados a masacrar a sus propios caballos para mantenerse con vida. Tenía un gusto más fuerte y un poco más dulce que la ternera. La carne de los caballos de caballería solía ser dura.

Pero, claro, al menos no le rugía el estómago.

—¿Qué sucede, soldado?

Vlora estaba firme del otro lado de la fogata de Tamas. Le hizo un saludo.

—Keseños detectados, señor. Cabalgando bajo una bandera blanca.

Tamas lanzó un poco de grasa a las llamas y la observó crepitar. Se puso de pie y se limpió las manos en un pañuelo sucio. Aquel era otro problema al que se enfrentaban: no tener seguidores de campamento significaba que no tenían lavanderas. Sus dos uniformes estaban sucios y manchados, y él olía a cloaca.

“Adom no permita que laves tu propia ropa”, le dijo una vocecita en su mente. Tamas lanzó una risita.

—¿Señor? —preguntó Vlora.

—Nada, soldado. Me encontraré con ellos en las lindes del

campamento. ¡Olem!

—Voy, señor.

Olem y un pequeño grupo de los rifleros de Olem se unieron a Tamas. Los soldados de la Novena, ubicados en la retaguardia, ya plegaban y guardaban en bolsas las últimas tiendas y apagaban las fogatas.

Comenzarían a marchar en veinte minutos. La avanzadilla de la Séptima ya había hecho casi un kilómetro por el camino.

Tamas pasó frente una hilera de vagones. Habían podido recuperarlos entre los restos abandonados de Hune Dora. La parte de abajo ya estaba manchada con la sangre de los heridos y olían a muerte, aun a diez metros. Ese día cargarían a los heridos que habían sobrevivido los dos últimos días.

—Haz que los laven —le dijo Tamas a Olem—. De hecho, quiero que sea obligatorio que los soldados se bañen. Hay muchos arroyos de montaña en este bosque. Organízalo con los exploradores. Quiero que cincuenta hombres se detengan y se bañen en cada arroyo de montaña que pasemos. Si no nos cuidamos, tendremos enfermedades en todo el campamento.

—Sí, señor. —Olem se restregó el uniforme, cubierto de polvo—. A mí no me vendría nada mal refrescarme un poco.

Dejaron las lindes del campamento adrano y pasaron por delante de los piquetes de la retaguardia. El bosque se encontraba en silencio, los únicos sonidos que se oían eran los chillidos de las ardillas y el gorjeo de los pájaros. A Tamas le agradó el canto de los pájaros. Le recordó los tiempos de paz y lo distrajo del chillido cruel de los cuervos carroñeros y del recuerdo de los cadáveres apilados que permanecía detrás de sus ojos.

Tamas vio a los jinetes keseños antes de que ellos lo vieran a él.

Eran unos diez o doce. Aún estaban montados sobre sus caballos de guerra, en medio del camino, observando inmutables los piquetes adranos. Llevaban el pesado peto de los coraceros sobre el uniforme canela con ribetes verdes. Desmontaron cuando Tamas se acercó; uno de ellos se quitó el casco y se dirigió hacia él.

—¿Mariscal de campo Tamas?

—Soy yo —dijo Tamas.

—Soy el general Beon je Ipille —dijo el hombre en adrano, con un ligero acento. Extendió la mano—. Es todo un placer.

Tamas le estrechó la mano al general. Beon era joven, no llegaría a los treinta años, tal vez. Tenía un rostro aniñado, tocado por los mismos conjuros de camarilla que hacían que todo rey de los Nueve pareciera mucho más joven de lo que era. Simplemente eso ya le habría dicho a Tamas que Beon era uno de los hijos de Ipille, más allá de su nombre y su reputación.

—El hijo favorito del rey. Vuestra reputación os precede.

Beon inclinó la cabeza con modestia.

—Y a vos la vuestra.

—¿A qué debo el honor? —dijo Tamas. Todo aquello era una formalidad, por supuesto. Tamas sabía por qué estaba allí Beon.

—He venido a preguntar acerca de vuestras intenciones en mi país.

—Solo busco regresar al mío y defenderlo de las agresiones de un tirano.

Beon ni siquiera parpadeó ante el insulto contra su padre. Tamas se anotó mentalmente ese detalle. Al parecer, Beon era más sensato que sus hermanos mayores.

—Me temo que no puedo permitíroslo.

—Entonces estamos en un punto muerto.

—No creo que se trate de un punto muerto —dijo Beon—. Vengo a solicitaros que os rindáis.

—Un punto muerto. No me rendiré —dijo Tamas sencillamente.

Beon asintió con la cabeza como para sí mismo.

—Tenía miedo de que dijerais eso.

—¿Miedo? —Tamas conocía la reputación de Beon. El miedo no tenía lugar en ella. Beon era casi imprudentemente valiente. Aprovechaba oportunidades a las que un comandante inferior se resistiría. Su coraje le había sido muy útil.

—No me entusiasma perseguir al gran mariscal de campo Tamas. Ya os encargasteis de mi vanguardia; ¿cómo se dice?, ¿los enviasteis de regreso con el rabo entre las piernas? —Miró sobre su hombro a uno de los otros jinetes. El sujeto era un dragón, con espada recta y sin el peto de un coracero—. Los comandantes pudieron escapar con vida por poco.

—También podríais dejarme seguir mi camino —dijo Tamas jovialmente—. Saldré de vuestro país en unas pocas semanas.

Beon se rio.

—Y mi padre haría que me cortaran la cabeza. Vuestros hombres tienen hambre, Tamas. No tienen comida, más que la carne de caballo que pudieron recuperar de mi vanguardia. Seré justo. Os diré a lo que os enfrentáis, y luego podéis decidir si os rendís. ¿De acuerdo?

Tamas resopló.

—Eso es más que justo.

—Bien. Tengo diez mil dragones y cinco mil quinientos coraceros bajo mi mando. Mi hermano mayor viene detrás de mí, a una semana de marcha, con treinta mil soldados de infantería. Sé que vos contáis con once mil hombres. Os superamos en número cuatro a uno. No tenéis esperanzas de escapar de este país. Rendíos ahora y vuestros hombres serán tratados con respeto como prisioneros de guerra. —Hizo una pausa y levantó la mano, como si estuviera jurando ante la

Cuerda—. Os he investigado, Tamas. Vos no tiráis por la borda la vida de vuestros hombres en causas innecesarias.

—Si me habéis investigado —dijo Tamas en voz baja—, sabéis que yo no pierdo.

Beon parecía desconcertado.

—Sois hombre muerto, Tamas. ¿Tenéis alguna petición?

—Sí. Tengo más de cien heridos. Si os los entrego a vos, ¿serán tratados con respeto como prisioneros de guerra?

—¿Para que podáis trasladaros más rápido? No. Cada herido que caiga en nuestras manos será ejecutado como criminal.

Beon era todo un caballero. Lo más probable era que no cumpliera esa amenaza. ¿Se atrevía Tamas a arriesgarse?

—Entonces, general, no tengo nada más que deciros.

Beon inclinó respetuosamente la cabeza.

—Os desearía buena suerte, pero...

—Entiendo.

Los keseños volvieron a montar y se alejaron por el camino en cuestión de minutos.

Tamas los observó irse. Aquel general les traería problemas. En el Ejército keseño, la incompetencia prácticamente se cultivaba; los nobles compraban su rango militar o de pronto eran nombrados generales por capricho del rey.

Pero, de vez en cuando, de entre la basura se elevaba algún talento.

—Olem —dijo Tamas.

El guardaespaldas se puso firme, pero sus ojos no se desviaron del lugar por donde se habían alejado los keseños. Tamas sabía que él tenía muchas ganas de pelear.

—¿Señor?

—Consígueme un hacha, te espero en la cabeza de la columna.

Los kits básicos de la infantería adrana incluían un hacha de mano y una pala. La idea era que se utilizaran para cortar leña y para cavar letrinas.

Un buen comandante las utilizaba para mucho más.

Tamas montó su caballo y cabalgó hasta el frente de la columna. Encontró al coronel Arbor en la vanguardia junto a su Primer Batallón. Tamas se colocó junto al coronel, este abrió la mandíbula y se quitó los dientes postizos.

—Bonito día, señor. Los árboles hacen que el bosque se mantenga fresco.

Tamas estudió el camino. Serpenteaba a lo largo de la ladera empinada y densamente arbolada de la colina. Al suelo llegaba luz suficiente para que hubiera una maleza bastante densa, enmarañada y espinosa. Sin el camino, el terreno sería prácticamente imposible de atravesar.

—Quisiera hablar contigo, coronel —dijo Tamas—. Elige dos pelotones y tráelos a un lado del camino.

Arbor llamó de un grito al Pelotón Diecinueve y al Treinta y Cuatro.

Para cuando salieron del camino y se metieron en el bosque, Olem ya había llegado. Desmontó y le entregó un hacha a Tamas.

Tamas se quitó la chaqueta y la camisa y miró a los hombres que lo rodeaban.

—Tenemos quince mil de caballería pisándonos los talones —dijo—. A caballo, viajan más rápido y con más facilidad que nosotros. Tengo la intención de cambiar eso. Cada vez que haya un estrechamiento del terreno, como ese de allí —señaló hacia un lugar donde el camino atravesaba la ladera de la colina—, echaremos algunas toneladas de desechos. Juntad rocas, derribad árboles. Lo que sea. En cuanto haya pasado la columna, la haremos detenerse.

Tamas eligió un árbol cercano. Era tan ancho que tres hombres abrazados a la base no podrían haber llegado a cogerse las manos. Sería perfecto. Se situó del lado del árbol que daba al camino y comenzó a dar hachazos.

Los dos pelotones comenzaron a cortar árboles con hachas y podones y a juntar todo lo que podían de la zona. Hicieron grandes pilas junto al camino. Tamas hizo llamar a dos pelotones más de la columna, y para cuando los últimos hombres habían pasado por el lugar, el grupo ya tenía cinco o seis árboles inmensos listos para caer sobre el camino.

Tamas volvió la cabeza al oír a un jinete que se acercaba.

Solo era Gavril. Se detuvo junto a Tamas.

—¿Tú eres el último de nuestros exploradores de ese lado? —preguntó Tamas.

—Sí —respondió Gavril—. Los keseños están a un kilómetro y medio detrás de mí. No vienen muy rápido. No parecen tener prisa. —Estudió el trabajo que había estado haciendo Tamas—. Derribando árboles como un leñador. Me agrada esta faceta tuya. Espero que todo este trabajo valga la pena.

—Les llevará horas quitar todo esto —dijo Tamas.

—O podrían rodearlo.

Tamas se limpió el sudor de la frente. Si encontraban algún sendero a través del bosque, todo aquello sería inútil.

—¿Pueden hacerlo?

—Tendrán que enviar exploradores —dijo Gavril—. Y serán cautelosos, por si les has tendido una trampa. Puede que nos hayas conseguido un poco de tiempo.

Olem le devolvió la camisa a Tamas y un soldado le llevó su caballo. Tamas se subió a la montura.

—¡Echadlos abajo! —les gritó a los soldados.

Unos minutos después, los árboles cayeron al suelo. Fueron derribados de tal manera que quedaran cruzados unos con otros y que así encajados bloquearan el camino. Quitarlos no sería solo cuestión de atarlos con cuerdas y moverlos con equipos de caballos.

El resto de los escombros fue arrojado sobre el camino para bloquearlo, y Tamas ordenó que los pelotones fueran a paso ligero para alcanzar al resto de la columna.

—Haz que tus exploradores me encuentren algunos buenos lugares para bloquear el camino —le dijo Tamas a Gavril.

—Considéralo hecho.

—Olem, cuida que esta noche esos pelotones reciban doble ración de carne de caballo. Se lo han ganado.

—Sí, señor.

Tamas se colocó la camisa.

—Piensa en otra cosa que podamos usar para frenar a los keseños. Quizás igual nos persigan con una compañía o dos, pero quiero mantener el grueso de su fuerza tan lejos de nosotros como sea posible.

—Oí que te habías reunido con el general keseño —dijo Gavril.

—Así es. Era Beon je Ipille. El hijo menor de Ipille.

Gavril gruñó.

—Tengo entendido que es bastante decente; tratándose de la prole de Ipille, al menos.

—Así es.

—¿Cómo fue? —preguntó Gavril.

—Tengo una esperanza y un pesar.

Gavril pareció intrigado.

—¿Cuál es la esperanza?

—De que no cometí un gran error al negarme a rendirme.

—¿Y el pesar?

—Es una lástima que Beon no sea el primer hijo de Ipille. Sería un rey magnífico. Voy a lamentar tener que matarlo.

—Vine tan rápido como pude —dijo Adamat.

—Siéntate.

Adamat tomó asiento frente a Ricard y se reclinó hacia atrás. La expresión de Ricard era seria. El poco pelo que le quedaba le sobresalía en mechones descuidados, tenía los ojos cansados, la barba desarreglada y la ropa arrugada. Muy atípico de Ricard.

Ricard tenía la mirada fija en el suelo.

—¿Has oído las noticias? —preguntó señalando el periódico que había sobre su escritorio.

El periódico que anunciaba la muerte del mariscal de campo Tamas tenía ya una semana.

—Todo Adro las oyó —dijo Adamat.

Ricard finalmente levantó la mirada. Cuando vio el rostro de Adamat, casi se cayó de la silla.

—¿Pero qué diablos te ha pasado?

Adamat habría resoplado si hacerlo no le hubiera provocado tanto dolor. Supuso que tenía una apariencia mucho peor que la de Ricard. Poco sueño, la nariz rota y arreglada recientemente, cortes y magulladuras por todo el rostro. Adamat era un horror, y eso estaba interfiriendo con su trabajo. A nadie le gustaba que se lo viera tratando con alguien que había recibido una gran paliza.

—Tuve algunos altercados últimamente —dijo Adamat.

Ricard se quedó esperando una explicación. Adamat no pensaba dársela.

—Sí, bueno... —Lentamente, Ricard desvió la mirada del rostro de Adamat—. Hay disturbios por todo el país. Los keseños avanzan por el frente del sur, y al no estar Tamas, surgieron de la nada algunos realistas. Él era el pegamento que mantenía unida a toda la nación. —Ricard se pasó los dedos por el pelo—. Los miembros de la junta que quedamos... hemos estado discutiendo entre nosotros. No sé qué vamos a hacer.

—¿Seguirás adelante con lo de las elecciones?

Ricard levantó las manos, exasperado.

—No tenemos alternativa. Podríamos declarar la ley marcial y atrasar las elecciones, pero todo el ejército se encuentra en el frente del sur intentando rechazar a los keseños. —Ricard se restregó los ojos —. Y eso me lleva al motivo por el que te mandé llamar. Lord Claremonte está pasando a la acción.

Adamat se irguió en el asiento.

—¿Y?

Ricard escupió en el suelo, y pareció arrepentirse de inmediato de haberlo hecho.

—Declaró que tiene la intención de postularse para primer ministro de Adro.

—¿Cómo podría hacerlo? —dijo Adamat incrédulo en voz baja—. ¡Ni siquiera es adrano!

—Ah, sí que lo es. O, al menos, eso es lo que dicen los registros que entregó a la Junta Ministerial de Revisión. ¡Fell! ¡Fell, ven un momento!

La joven que Adamat había conocido se metió en la sala. Tenía el pelo recogido en una trenza sobre su hombro y llevaba una blusa con chorreras de cuello abierto.

—¿Señor?

—Fell, ¿qué puedes decirme sobre Claremonte?

—Nada —dijo Fell—. Si su partida de nacimiento es falsa, se trata

de un trabajo excelente. Tenemos gente revisando toda la información que hay sobre él. Él nunca dijo que fuera brudano, y la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla no requiere que alguien tenga la ciudadanía brudana para dirigirla.

Adamat comenzó a mirar a Fell; de pronto ella le había comenzado a generar desconfianza y no estaba seguro del porqué.

—Sigue... sigue hablando —dijo Adamat.

—¿Señor? —preguntó Fell.

—¿Pudieron encontrar algún vínculo más sólido con lord Vetas?

Lo que Adamat sabía acerca de la relación entre Vetas y Claremonte provenía del eunuco del Propietario, y de lo que el propio Vetas le había dicho. Si lo habían despistado de alguna manera, toda su línea de investigación podría peligrar.

—Nada que hayamos podido encontrar.

—¿Qué motivo tendría para querer ser primer ministro de Adro? Ricard, ¿no me dijiste tú mismo que el primer ministro será una figura decorativa?

Ricard se movió incómodo en la silla.

—Esa es *mi* visión del primer ministro, sí.

—La verdad es —intervino Fell sin esperar que Ricard se lo ordenara— que el primero que oficie de primer ministro será el que establecerá la norma para todos los que lo sigan. El poder que tenga y el modo en que lo use dependerán por completo de lo agresivo que decida ser el primer hombre que ocupe el cargo.

Adamat se alisó el frente de la chaqueta. ¿Qué era lo que le molestaba tanto de aquella mujer? Había algo en su forma de expresarse que él no había notado antes..., algo que aún no lograba dilucidar.

—Entonces, si Claremonte resulta elegido, ¿existe la posibilidad de que tenga tanto poder en Adro como si fuera rey?

—No tanto como si fuera rey —respondió Ricard—. El sistema está diseñado con algunos parámetros al respecto. Sin embargo..., tendría mucho poder.

—Diablos —dijo Adamat.

Fell se colocó junto a Ricard.

—Señor, si me permitís...

—¡Eso es! —Adamat se la quedó mirando.

—¿Qué? —preguntó Ricard.

Adamat se metió lentamente la mano en el bolsillo y tomó la culata de su pistola.

—Tienes la misma manera de hablar —le dijo a Fell—. La misma cadencia. No se nota enseguida. No es como si fuerais familia ni nada por el estilo, sino como si os hubierais formado en la misma escuela de élite.

—¿A quién te refieres? —preguntó Ricard.

—A lord Vetas.

Ricard y Fell se miraron.

—Esto no es bueno —dijo Fell.

Ricard estaba de acuerdo.

—Es terrible.

Adamat miró a uno y al otro. Comenzó a apretar la culata de la pistola con una mano y el mango del bastón con la otra. La mandíbula se le tensó. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué sabían ellos que él ignoraba?

—Voy a decírselo —le dijo Ricard a Fell.

—Esto no es de dominio público —dijo Fell con gesto ceñudo.

—¿De qué diablos estáis hablando vosotros dos? —preguntó Adamat.

Ricard se inclinó hacia delante sobre el escritorio y apoyó la barbilla sobre la mano.

—¿Has oído hablar de la Academia Fontain, de Starland?

—No —dijo Adamat. Ni Ricard ni Fell parecían estar listos para saltarle encima, por lo que aflojó la pistola y el bastón—. ¿Es una escuela de élite? —arriesgó.

—Por decirlo de alguna manera —dijo Ricard—. Es un lugar muy exclusivo. De cada mil estudiantes, solo uno se gradúa.

—¿Qué es lo que lo hace tan difícil? —preguntó Adamat.

—La rigurosidad —dijo Fell—. Dieciocho horas por día de trabajo, durante veinte años. Entrenamiento de todo tipo: artes marciales, sexo, retención de memoria, etiqueta, matemáticas, ciencia, política, filosofía. Contacto con todas las escuelas de pensamiento del mundo conocido. Contacto nulo con amigos y familia por el resto de la vida. La disposición de contraer obligaciones con un hombre o una organización más allá de todo soborno o amenaza de tortura o de muerte.

—Suena terrible —dijo Adamat—. Debería haber oído hablar de un lugar así.

—No —respondió Ricard—. Te equivocas.

Fell se miraba las uñas.

—Solo los posibles clientes conocen la existencia de la Academia Fontain. Llega a costar hasta treinta millones de kranas adquirir a un graduado.

—¿Adquirir? ¿Entonces es esclavitud? —Adamat se reclinó hacia atrás.

Treinta millones de kranas. Era una suma digna de un rey. Había menos de cincuenta personas en todos los Nueve con acceso a semejante cantidad de dinero, y él no creía que Ricard fuera una de esas personas.

Adamat no estaba seguro de si creía lo que le estaban diciendo. ¿Cómo podía existir una organización como esa? Sin duda, la esclavitud aún era practicada abiertamente en el mundo, pero ¿en los Nueve? Hacía siglos que ya no sucedía.

—¿Me estás pidiendo que te crea que tú y lord Vetas sois graduados de la Academia Fontain?

—Así parece —dijo Fell—. No podría afirmarlo con seguridad, pero el hecho de que hayáis hecho esa observación trasciende toda coincidencia.

—Entonces, ¿qué puedes decirme de él?

—Cada uno tiene distintas especialidades. Pero si es un graduado, entonces, es peligroso. Será experto en chantaje y sabotaje. Será más inteligente que la mayoría de las personas de la ciudad, incluyéndoos a vos. Dominará todas las armas, pero probablemente prefiera cuchillos y pistolas.

—¿Cuál es tu especialidad? —preguntó Adamat.

Ella le sonrió levemente, pero no respondió.

—¿Podemos hablar en privado? —le preguntó Adamat a Ricard.

Ricard le hizo un gesto con la cabeza a Fell.

—Señor —dijo Fell—. La Academia Fontain no es un secreto, estrictamente hablando, pero no nos anunciamos al mundo. Esta información debe quedar en privado.

—Lo respetaré —dijo Adamat.

Fell se fue de la sala y los dejó solos.

Adamat observó a su amigo durante casi un minuto antes de hablar.

—¿*Adquiriste* una mujer?

—Adamat...

—Nunca pensé que ni siquiera tú te rebajarías a eso.

—No es lo que piensas, yo...

—Ah, ¿no lo es? —Adamat arqueó las cejas.

—Bueno, tal vez un poco. Pero no lo hice por eso.

—¿Entonces por qué?

El rostro de Ricard se puso serio.

—Yo amo este país. Amo mi sindicato. Me niego a ver a cualquiera de los dos hecho pedazos por las maquinaciones de un extranjero. Seré el primer ministro incluso si me cuesta la vida... o si tengo que terminar con una vida para lograrlo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo la... adquiriste?

—Terminé el proceso durante el verano. Llegó hace un mes.

—¿Y dónde diablos conseguiste treinta millones de kranas?

—Costó diez millones —dijo Ricard—. La mitad de mi fortuna. Solo

tuvo diez años de formación en la academia; lo normal es veinte años.

Adamat meneó la cabeza.

—Diez millones por esa muchacha. ¿En qué estabas pensando?

—Ella administra mi organización mejor que yo —dijo Ricard en voz baja—. En un mes, solo un mes, me hizo ganar cincuenta mil kranas.

Enderezó mi campaña ministerial. Antes de ella, yo tenía algunas buenas ideas, pero ahora tengo una verdadera oportunidad de llegar a primer ministro de Adro. Vale cada moneda que gasté en ella.

—¿Puedes confiar en ella? ¿Qué es lo que evita que te mate y tome el control del sindicato, si es tan lista?

—Lealtad —respondió Ricard—. Durante los próximos treinta años de su vida, ella me pertenece. Es el precio de instruirse en la Academia Fontain. Y reputación. Si ella me llegara a traicionar de alguna manera, la propia gente de la academia la mataría.

Adamat volvió a alisarse el frente de la chaqueta. Todo aquello era demasiado.

—Eso me recuerda algo —dijo Adamat—. Necesito pedirte dinero prestado.

—¿Aún tienes deudas con Palagyi? —dijo Ricard aliviado, al parecer, de desviar el tema de la conversación de Fell—. Me alegro de que finalmente hayas entrado en razón. ¿Qué diablos era eso de negarte a que yo le pagara?

—Palagyi está muerto. Y no, no es eso. Necesito cincuenta mil kranas. Ahora. En efectivo.

Ricard lo miró sorprendido.

—¿Cincuenta? Puedo hacerte un cheque por cincuenta. Por ti, lo haría en un santiamén.

—Tiene que ser en efectivo.

—No puedo hacerlo. Ningún banco de Adro me permitiría retirar cincuenta mil kranas de una sola vez. Podría conseguírtelos en un par de semanas.

—Es demasiado tiempo —dijo Adamat. Se restregó los ojos. Ricard era su única esperanza de obtener el dinero para pagarle a la coronel Verundish para que soltara a Bo. ¿Qué podría hacer para conseguir esa suma en una semana?

Bueno, tal vez Ricard no fuera la única esperanza.

—Hueles como el extremo sur de un burro mirando al norte —dijo Gavril.

Tamas se sentó y miró a su caballo mordisquear la hierba seca junto al camino. La columna se había detenido para descansar brevemente, y él se encontraba cerca de la vanguardia.

En la distancia se oían disparos de rifle. Otro grupo de exploradores

keseños que se había acercado demasiado. Los keseños les habían estado pisando los talones desde la reunión de Tamas con el general Beon. Los dragones permanecían cerca, viajando en grupos de diez o veinte; flanqueaban la retaguardia y hacían todo el daño que podían.

Tamas ya estaba cansado de eso. Había tendido muchas trampas, había matado a cientos de dragones keseños, pero sus hombres no podían detenerse a buscar comida, o se arriesgaban a ser flanqueados por algo más que unos pocos pelotones.

Gavril olfateó el viento, como para enfatizar su comentario anterior.

Tamas se miró el uniforme. El azul oscuro no se veía demasiado manchado, pero el ribete plateado y dorado había tenido mejores días, y la camisa de lino que llevaba debajo de la chaqueta estaba amarillenta por el sudor y tenía los puños oscuros por la tierra y las quemaduras de pólvora. Una fina capa de tierra le cubría la cara y las manos, como si se tratara de una segunda piel, y ni se atrevía a imaginarse cómo olerían sus pies una vez que se quitara las botas.

—Huelo bien —le dijo a su cuñado.

—La primera regla del baño —dijo Gavril—. Si ya no puedes olerte a ti mismo, es hora de lavarse. Nos hemos detenido para almorzar. Lo que quedaba de la carne de caballo se acabó, así que lo mínimo que podemos hacer es darles a los hombres una hora para descansar. Sigue ese arroyo de allí unos cien metros y encontrarás una cascada. Puede que te dé un poco de privacidad.

—¿Me darás tu informe?

—Después de que te bañes.

Tamas estudió a Gavril por unos instantes. Era un hombre distinto al que Tamas había conocido muchos años atrás. Jakola de Pensbrook había sido un personaje esbelto, elegante, de hombros anchos y con la barbilla bien afeitada. Gavril había subido mucho de peso durante el tiempo que había pasado con la Guardia de la Montaña. Lo llevaba bien, pero Gavril seguiría con vida mucho después de que los demás se hubieran muerto de hambre.

Ese pensamiento morboso le arrancó una risita a Tamas.

—Hablo en serio —dijo Gavril.

Tamas se puso de pie. No había forma de evitarlo. A Tamas lo asaltó un repentino impulso infantil y le hizo un gesto grosero a Gavril antes avanzar por la columna. Había hombres tendidos en el camino, con los uniformes empapados por la transpiración. Ninguno le hizo un saludo. Tamas no le dio importancia. Más adelante, por la columna, dos hombres comenzaron a pelearse. El sargento los separó enseguida. La gente comenzaba a estar hambrienta una vez más, y las tensiones solo se intensificarían.

Tamas encontró el arroyo, donde unos cuantos soldados se habían

desnudado y se higienizaban en la fría agua de la montaña. Los pasó de largo y siguió corriente arriba.

El arroyo atravesaba una hondonada rodeada a cada lado por unos muros de tierra escarpados. Los árboles se elevaban aún más alto, metros y más metros por encima de él, lo que le provocó una leve sensación de claustrofobia.

El arroyo hizo una curva y Tamas oyó el sonido de agua cayendo. Se detuvo y estudió la parte superior de la hondonada. Aquel era un lugar horrible para quedarse. Un ejército podría caerle encima y él no sería capaz de oírlo por encima del sonido de la cascada.

Cada vez que paraban, colocaban piquetes a cuatrocientos metros. Nadie podría acercársele sin advertencia.

Tamas rodeó el recodo y se encontró con que Olem ya estaba allí, desnudo hasta los pantalones, de pie y con el rostro contra la lluvia de agua que caía.

Tamas avanzó hacia él, y las palabras de saludo murieron en sus labios.

Vlora estaba con Olem debajo de la cascada. Estaba completamente desnuda; su uniforme, tirado con el resto de su equipo en la orilla del arroyo. Olem tenía las manos en el cabello oscuro de ella, tirando a través de los nudos y los mechones enredados. Ella dijo algo y Olem se rio, y luego ella se volvió hacia él. Presionó su cuerpo contra el de Olem. Abrió la boca y Olem inclinó la cabeza hacia ella.

Ella abrió los ojos. Se alejó de Olem y le dio la espalda a Tamas. Olem dijo algo y le echó una mirada furtiva a Tamas. De pronto, se encontraba lavándose el pelo vigorosamente.

—¿Qué sucede? —Una mano le dio una palmada en el hombro a Tamas—. ¿Nunca habías visto una mujer desnuda? —Gavril pasó por delante de Tamas en dirección a la cascada quitándose la camisa.

El corazón de Tamas le dio un vuelco, y él lanzó en silencio una oración de agradecimiento por no haber dado un salto por el aire. De pronto, fue consciente de su voyerismo. Sintió que el rostro se le ruborizaba, entonces caminó hasta la cascada quitándose el uniforme.

Vlora salió del agua, recogió su mochila y se vistió deprisa. Un minuto después, Tamas estaba solo con Gavril y con Olem.

—¿Sabes qué? —le dijo Gavril a Olem, arrojando su uniforme sobre las rocas que estaban junto al arroyo—. Se supone que debes quitarte los pantalones cuando te bañas.

Olem se aclaró la garganta y lanzó una risita incómoda. Echó un vistazo hacia el lugar por donde se había ido Vlora.

Gavril lanzó una gran carcajada.

—Es una mujer muy atractiva. Ahora entiendo por qué te los dejaste puestos. —Le dio un codazo a Olem en las costillas que casi lo hizo caer. Olem le esbozó una sonrisa torcida. Lo miró a Tamas y la

sonrisa desapareció.

—Vlora estuvo comprometida con Taniel —dijo Tamas—. Hasta el principio del verano. —Le clavó la mirada a Olem. ¿Con qué se había topado? ¿Hacía mucho que sucedía aquello? ¿O era algo del momento?

Si Gavril notó la tensión, la ignoró.

—Ya no está comprometida, ¿no? —Se encogió de hombros—. Una mujer atractiva es una mujer atractiva. Que no esté comprometida es solo un extra.

—A veces me olvido de tus... hábitos... con las mujeres.

Gavril se cuadró ante Tamas, sin avergonzarse de su desnudez.

—También te olvidas de esa retahíla de muchachas de diecisiete años, hijas de nobles, que intentaban hacerse con el soltero más codiciado de los Nueve al año siguiente de que Erika muriese..., antes de que fuéramos a Kez. ¿Con cuántas de ellas te acostaste?

Tamas se olvidó por completo del baño. Cogió su chaqueta con una mano, con el puño apretado.

—Cuidado con lo que dices, Jakola. —En algún momento, Olem había salido de la cascada y había recogido su camisa, su chaqueta y su pistola del suelo. Intentó escabullirse arroyo abajo—. Vamos a tener que hablar, Olem —le dijo.

Olem se quedó paralizado. De la barba rubia le colgaban unas gotas de agua.

Gavril apoyó su grueso dedo contra el pecho de Tamas.

—Tú tuviste tu buena cuota de mujeres, Tamas. Incluyendo a mi hermana. Eso significa que puedo decir lo que yo quiera.

Tamas miró el dedo de Gavril, considerando seriamente rompérselo. ¿Quién diablos se pensaba que era al hablarle así? Si hubieran estado en público, a Tamas no le habría quedado otro remedio más que retarlo a duelo. Como estaban las cosas, quería darle un puñetazo en la nariz. En una pelea, Gavril lo aventajaba en fuerza y en peso.

Tamas era más veloz y, si había tomado pólvora, llevaba todas las de ganar. Podría...

Se detuvo. Allí estaba, metido en territorio keseño, perseguido por un ejército cuatro veces mayor que el suyo, y lo único que quería era sentirse limpio de nuevo antes de la siguiente batalla. ¿Qué estaba haciendo? Gavril no era su enemigo.

Miró sobre el hombro y vio que Olem se había ido.

—Eres demasiado duro de pelar, Tamas —dijo Gavril.

Tamas colgó el uniforme en una raíz de árbol que sobresalía y se metió debajo de la cascada. El choque térmico lo sacudió hasta la médula. El agua estaba fría como el hielo; provenía de las cumbres que se elevaban hacia el este.

—¡Válgame Kresimir! —Sintió que la pierna se le ponía rígida por el frío.

—Me he dado baños más fríos en la Guardia de la Montaña.

Tamas miró arroyo abajo, hacia el lugar por donde se había ido Olem.

—Vlora estaba comprometida con mi Taniel. Por lo que sé, él podría estar muerto en este momento. No permitiré...

—El compromiso fue cancelado —lo interrumpió Gavril—. Tú mismo me lo dijiste. Olvídalo. ¿Cuántas veces hiciste de las tuyas a espaldas de Erika?

—Ninguna —dijo Tamas. Su voz salió más fría que el arroyo. Gavril puso una expresión que dejaba en claro que no le creía en absoluto. Abrió la boca para decir algo, pero Tamas habló primero—. Cuestiona mi honor —le dijo—. Tan solo inténtalo.

—No volveré a decir una palabra al respecto.

—Bien. Ahora dame el maldito informe.

—Los keseños se atrasaron casi trece kilómetros. Algunos de tus bloqueos funcionaron, otros no. En estos caminos, la caballería no puede avanzar más que en fila de a dos, así que su propia columna tiene kilómetros de largo. Tienen exploradores en el bosque buscando por todos lados, tratando de encontrar atajos. Yo tengo a mis propios exploradores atentos a las pequeñas compañías que intentan flanquearnos, pero hasta ahora nuestro peor enemigo es la falta de comida.

—¿Cuánto falta hasta que lleguemos a los Dedos de Kresimir? —Tamas se pasó los dedos por el bigote. Necesitaba afeitarse con urgencia.

—Seis días.

—Bien.

—Acerca de eso, tengo malas noticias.

Tamas suspiró.

—Justo lo que esperaba oír.

—Los keseños enviaron a los coraceros hacia el este para cortar camino por la llanura. O sea, cinco mil quinientos de caballería pesada. El tiempo que pierdan rodeando Hune Dora lo compensarán por el terreno llano. Si mis cálculos son correctos, llegarán a los Dedos aproximadamente al mismo tiempo que nosotros.

”La última vez que pasé por los Dedos —continuó Gavril—, el bosque terminaba aproximadamente a un kilómetro y medio del primer río. Desde la linde del bosque hasta el agua hay una llanura abierta, y luego un puente estrecho de madera.

—Un lugar perfecto para que los keseños nos atrapen.

—Precisamente.

Tamas cerró los ojos, tratando de ver mentalmente el lugar. Habían

pasado trece años desde la última vez que había estado en la zona.

—Necesito destrozar a los keseños.

—¿Qué?

—Destrozarlos. No puedo tener a la caballería persiguiéndonos durante todo el trayecto hasta Deliv. Incluso si los dejamos atrás por un tiempo al cruzar los Dedos, nos estarán esperando en la Expansión del Norte, y en pleno altiplano no tendremos oportunidad contra tres brigadas de caballería.

—¿Cómo piensas destrozar a una caballería de tantos hombres? Solo tienes once mil hombres, Tamas. Ya te he visto hacer milagros en otras ocasiones, pero esto es demasiado.

Tamas salió de debajo de la fría agua y descolgó su uniforme de la raíz. Se puso el pantalón sobre el cuerpo mojado.

—Iremos a paso ligero. Podemos llegar en cuatro días. Eso nos dará tiempo para prepararnos.

—No se puede mantener el paso ligero durante cuatro días con el estómago vacío.

Tamas no le hizo caso.

—Llévate a veinte de los jinetes más rápidos. Llévate algunos caballos de más; algunos de los que capturamos de los keseños. Ve hasta los Dedos.

—Pensé que íbamos a sacrificar los caballos para que los hombres pudieran comer.

—Sacrifícalos cuando lleguen allí. Quiero que destruyan el puente.

Gavril salió del agua y sacudió su gran cabeza, lo que salpicó agua por todos lados. A Tamas le hizo acordar a un oso pescando en el río.

—¿Estás loco? —preguntó Gavril.

—¿Confías en mí?

Gavril vaciló algunos segundos de más.

—Sí…

—Destruid el puente, sacrificad los caballos y comenzad a construir balsas. Haz jurar silencio a tus hombres acerca de lo del puente. Una vez que los alcancemos, diremos que el río arrastró el puente y que fuisteis enviados de antemano a construir balsas.

—Más vale que tengas un buen motivo para destruir ese puente antes de que lo crucemos —dijo Gavril—. De lo contrario, mis hombres me colgarán por intentar hacer que maten a todo el ejército.

Tamas se puso la chaqueta.

—Hazlo. Solo llévate a hombres en los que confíes.

Comenzó a caminar arroyo abajo mientras Gavril se vestía. Se detuvo un momento cuando Gavril lo llamó.

—Tamas —dijo su cuñado—. Trata de no hacer que nos masacren a todos.

Capítulo 19

—¿Te has preguntado —dijo Taniel— por qué siempre dan la orden de retirada?

Se encontraba sentado junto a la cama del coronel Etan, en una pequeña posada alejada de la calle principal de la ciudad de Rue, a unos tres kilómetros detrás del frente. Era un pueblo tranquilo, aunque el sonido de la artillería distante aún le recordaba a Taniel que había una guerra continuando sin ellos.

Etan estaba sentado en la cama, apoyado sobre una pila de almohadas de plumas. Del otro lado de su puerta había una enfermera apostada para atender todas sus necesidades, mientras que un flujo constante de los granaderos de Etan habían estado yendo y viniendo durante todo el día para desearle que estuviera bien y para llevar sus órdenes al frente.

Taniel sabía que solo un coronel herido recibiría ese tipo de trato. Él no había oído hablar de muchos soldados que se hubieran roto la espalda. La mayoría moría en pocos meses por negligencia.

Taniel miró a su amigo por el rabillo del ojo e hizo algunas marcas en su cuaderno de bocetos, delineando a carboncillo la mandíbula prominente de Etan. Él había rechazado la oferta de dejar su puesto. Dijo que aún podía comandar a la Decimosegunda de Granaderos, incluso si debía hacerlo desde una silla, y que así lo haría. Se corría el rumor de que el general Hilanska obligaría a Etan a renunciar.

Taniel deseaba que eso no sucediera. Mantener el mando de sus granaderos era lo único que evitaba que Etan sucumbiera a la desesperación.

—Retrocedemos —dijo Etan— porque siempre nos superan en número.

Metió la pluma en el tintero y terminó una frase en el papel que tenía sobre el regazo. La primera vez que Taniel extrajo su cuaderno de bocetos, Etan maldijo y vociferó. Ahora parecía estar haciendo todo

lo posible por ignorar que Taniel lo estuviera dibujando.

Taniel estudió el rostro de Etan pensando en otra cosa. Algo parecía no tener sentido con las trompetas. Las retiradas. Cada maldita vez.

—Tú conoces el historial de campañas de Tamas tan bien como cualquier historiador. ¿Cuántas veces hizo dar la orden de retirada?

—Siete, si la memoria no me falla.

—¿De entre cuántas batallas?

—Cientos.

—Y durante las últimas semanas, ¿cuántas veces hemos retrocedido ante los keseños?

Etan suspiró, dejó a un lado la pluma y se restregó los ojos.

—Taniel, ¿qué importa? Los generales no tienen alternativa. Es cuestión de retroceder con grandes pérdidas o sufrir la muerte de cada uno de los hombres que está en el frente.

—¿Y si uno de los generales está aliado con Kez? —dijo Taniel pensativo—. ¿Y si ordena una retirada demasiado pronto cada vez?

—Esa es una acusación peligrosa.

—Tamas creía que había un traidor...

Etan lo interrumpió.

—Y tenía razón. Atrapó al desgraciado. Charlemund no volverá a ver la luz del día, sin importar las amenazas que haga la Iglesia.

—Puede que Tamas no haya atrapado a todos los traidores —dijo Taniel en voz baja.

—Esos generales fueron elegidos por el propio Tamas. Cada uno de ellos lo ha apoyado durante años, incluso cuando fue el golpe de Estado. En ese momento, el riesgo de fracasar era alto y todos serían considerados traidores. Todos son competentes y leales.

Taniel tomó una pizca de pólvora, se la colocó en el dorso de la mano y la aspiró. Hizo un esfuerzo por aclarar la mente. Hubo un tiempo en el que la más mínima cantidad de pólvora le permitía concentrarse y pensar, pero en ese momento eso le parecía cada vez más y más difícil.

Pólvora. Eso era la otra cosa que le molestaba.

—¿Tienes acceso a los informes de intendencia? —preguntó Taniel.

Etan terminó de escribir otra misiva y la colocó sobre la mesa que tenía junto a la cama.

—Los de mi regimiento, desde luego.

—No necesito solo los de tu regimiento. Necesito los de todo el Ejército. ¿Puedes conseguirlos?

—Tendré que mover algunos hilos.

—Hazlo.

La boca de Etan se endureció y se convirtió en una línea plana.

—Claro, tengo una gran predisposición por hacerte favores en este

momento.

—Por favor —dijo Taniel mientras dibujaba los hombros de Etan.

—¿Por qué?

—Es algo que me ha estado preocupando. Solo quiero ver cuánta pólvora negra ha estado usando el Ejército.

—Está bien —accedió Etan dando un suspiro—. Veré qué puedo hacer. Se quedó en silencio, y durante varios minutos solo se oyó el sonido de la pluma de Etan arañando el papel. Parecía estar absorto en su trabajo. Desde que descubrió que se había quedado hemipléjico, se había metido de cabeza en los deberes administrativos de su rango. Se había pasado los tres días anteriores revisando informes de suministros, leyendo números de reclutamiento y hojeando expedientes de los hombres que podían ser considerados para un ascenso de rango.

Taniel se alegraba de que Etan tuviera algo que lo distrajera.

De pronto, el sonido de la pluma se detuvo.

—¿Cómo hacen los keseños para tener tantos condenados Guardianes Negros? —preguntó Etan—. ¿No tenía... tiene... tu padre problemas para encontrarlos?

—No puedo asegurarlo —dijo Taniel mientras le daba un poco más de forma a la barbilla de Etan en el boceto. Él también se lo había preguntado—. Cada dos años, los keseños purgan su territorio de magos de la pólvora, y mientras tanto van patrullando regularmente. Tamas siempre supuso que los magos detenidos eran ejecutados. Sus espías nunca informaron otra cosa.

Etan golpeteó el papel con la pluma.

—¿Tú crees que quizá los estuvieron encarcelando?

—Eso es lo que pienso —dijo Taniel—. Kez tiene una mayor población que Adro, lo que explicaría, en parte, la cantidad. Y creo que es Kresimir quien los transforma en Guardianes de la pólvora. No puede ser coincidencia que estos nuevos desgraciados hayan aparecido al mismo tiempo que Kresimir.

Etan comenzó a escribir de nuevo, pero se detuvo enseguida.

—Ah —dijo—. Tengo algo para ti.

—¿Eh?

Etan extrajo una tabaquera de plata y se la entregó a Taniel.

—Oí que perdiste la tuya en el Pico del Sur. Pensé que te gustaría.

Taniel abrió la tapa. El interior tenía grabadas las palabras “Taniel Dos Tiros, el Inmortal”.

—¿El Inmortal? —preguntó Taniel con incredulidad.

—Así es como te han comenzado a llamar los muchachos.

—Eso es absurdo. Nadie es inmortal; cualquiera puede ser eliminado. —Le extendió la tabaquera a Etan—. No puedo aceptarla.

Etan comenzó a toser. Se reclinó hacia atrás haciendo una mueca y

llevándose la mano a un lado.

—Acéptala, desgraciado testarudo, o te gritaré de nuevo por cobarde. Tú y tu muchacha nos salvasteis en el frente.

—No es mi muchacha.

Etan resopló.

—¿Ah, no? Corren rumores, Taniel. —Etan se miró las manos—. No debería decirte esto, pero el Estado Mayor quiere separaros. Dicen que tener un héroe de guerra paseándose por allí con una salvaje es malo para la moral.

—¿Y tú lo crees? ¿Estás de acuerdo? —Taniel se puso rígido. No tenía por qué quedarse allí escuchando semejantes estupideces.

Etan le hizo un gesto para que se tranquilizara.

—Yo te veo el rostro cuando la miras. Es la misma expresión que ponías cuando la mirabas a Vlora. —Etan se encogió de hombros—. No te juzgo. Solo te advierto acerca de los rumores.

Taniel se obligó a relajarse. ¿La misma expresión que ponía al mirar a Vlora? Eso era casi tan ridículo como el hecho de que los granaderos lo llamaran “inmortal”.

—¿Qué debería hacer? No la echaré de aquí.

—¿Casarte con ella? —Taniel se rio y meneó la cabeza ante lo absurdo del comentario—. No estoy bromeando —dijo Etan—. El Estado Mayor puede decir todo lo que quiera acerca de qué es lo apropiado, pero si ella es tu esposa, se lo tendrán que tragar. —Etan comenzó a toser de nuevo, ahora con más intensidad.

—Necesitas descansar —dijo Taniel.

El rostro de Etan se había puesto tan blanco como el papel de dibujo de Taniel. En aquellas horas de la tarde, Taniel casi había olvidado la gravedad de Etan. Su repentina fragilidad lo volvió a dejar en evidencia.

—Necesito escribir más órdenes.

—Descansa. —Taniel le quitó el papel y la pluma, y los colocó junto a la cama. Puso la tabaquera allí también y se dirigió hacia la puerta.

—Taniel.

—¿Sí?

Etan tomó la tabaquera de la mesilla de noche y se la arrojó a Taniel, que la agarró con una mano.

—Acéptala —dijo Etan—. O te haré fusilar.

—Está bien, está bien. La aceptaré. —Taniel cerró la puerta detrás de él.

Ka-poel esperaba en el pasillo, sentada en el suelo junto a la puerta con las piernas cruzadas y uno de sus muñecos de cera en la mano. Lo guardó y se puso de pie. Si había oído lo que Etan había dicho sobre ella, no se le notaba.

—¿Puedes hacer algo por él? —preguntó Taniel.

Ella meneó ligeramente la cabeza.

—Maldición, Pole. Prácticamente me hiciste regresar de entre los muertos, y no puedes...

Ka-poel levantó un dedo con cara de enfado. Taniel pensó que ella tal vez seguiría la discusión; en cambio, se volvió y se alejó.

Él la siguió hasta la sala común de la posada, donde había soldados heridos hablando y bebiendo mientras esperaban ser enviados a casa o de regreso al frente. Había un aire de pesimismo en el lugar. En un rincón, había una mujer sola, con la pierna amputada a la altura de la rodilla. Gimoteaba para sí; era un sonido agudo que todos intentaban ignorar.

Fuera, el clima no mejoró el estado de ánimo de Taniel. El cielo venía amenazando con lluvia hacía ya una semana, y cada día estaba un poco más nublado. El día anterior había habido una llovizna neblinosa durante la tarde, lo suficiente para que la hierba se volviera resbaladiza y la lucha se tornara más traicionera.

Taniel se detuvo fuera de la posada y se preguntó si debería haber tomado algo antes de dirigirse al frente.

Un par de prebostes se le acercaron desde la calle. Ambos llevaban picas de acero pesadas y su uniforme era del azul adrano, pero con ribete verde y una insignia que mostraba unas montañas cruzadas por porras.

¿Coincidencia o lo estaban esperando?

—¿Capitán Taniel Dos Tiros?

—¿Qué?

—Debéis venir con nosotros, señor.

Definitivamente, lo estaban esperando.

—¿Bajo la autoridad de quién?

—De la general Ket.

—No creo que vayáis a hacerlo. —Taniel tocó la culata de su pistola.

—Quedáis bajo arresto, señor.

¿Arresto? Aquello ya había ido demasiado lejos.

—¿Bajo qué cargo?

—Eso os lo dirá la general Ket.

Uno de ellos avanzó y cogió a Taniel del brazo.

Taniel intentó soltarse.

—Quítame las manos de encima. Conozco mis derechos como soldado del ejército adrano. Me dirás de qué se me acusa o te puedes ir al diablo —Los sentidos de Taniel le dejaban en claro que no llevaban ni un gramo de pólvora encima. Habían ido preparados. Para él.

Pero ¿estaban preparados? El preboste tiró con fuerza el brazo de

Taniel, como si se tratara de un niño revoltoso.

—Bueno, tranquilo. También debemos llevar a la muchacha. ¿Dónde está?

¿Dónde se había metido Ka-poel? Taniel miró a su alrededor y se soltó del preboste.

—¡No, señor! No nos obliguéis...

El puño de Taniel impactó con la barbilla del preboste y lo hizo caer al suelo. El otro preboste bajó la pica y avanzó de modo amenazador. Taniel dio un paso a un lado, tomó la pica por el astil y tiró, lo que hizo que el hombre perdiera el equilibrio. El preboste tropezó hacia delante y Taniel le dio un puñetazo en un lado de la cabeza.

El primer preboste se puso de pie ya lanzando un puñetazo. Tenía las orejas rojas y el rostro contraído en una mueca furiosa por haber sido derribado de un golpe. El sujeto le llevaba a Taniel al menos una cabeza y veinticinco kilos.

Taniel bloqueó el puño del preboste con una mano y, con la otra, le golpeó el codo. Oyó el chasquido y vio la sangre y el hueso sobresaliendo de la carne.

Los gritos del preboste atrajeron más atención de la que a Taniel le hubiera gustado. Dejó caer al hombre al suelo y comenzó a caminar enérgicamente en dirección al frente.

¿Arrestarlo? ¿La general Ket tenía las agallas de arrestarlo? A Taniel le parecía que él era lo único que se interponía entre los keseños y Adopest. Él había matado a la mitad de los Privilegiados que les quedaban, lo que le había dado a las Alas una clara ventaja en el campo de batalla, y se había quedado sin lugar en el rifle para agregar marcas, de tantos soldados de infantería que había matado.

Ka-poel se le unió unos momentos después. En un instante, él estaba caminando solo, tratando de ignorar las miradas de aquellos que lo habían visto romperle el brazo a un preboste, y al siguiente ella caminaba junto a él como si nada hubiera sucedido.

—¿Dónde diablos estabas?

Ka-poel no respondió.

—Bueno... —Taniel apretó los dientes. Diablos Una general tenía una orden de arresto contra él. Tarde o temprano volverían, y en masa. ¿Qué podía hacer? ¿Romperle un brazo a cada preboste del Ejército?—. Si vuelven a venir, tú desaparece como si nada. No quiero que te pongan las manos encima.

Ella asintió con la cabeza.

Los pasos de Taniel comenzaron a tener más y más propósito a medida que avanzaba hacia el frente. Cambió un poco de dirección y fue hacia las tiendas de cocina.

Encontró su objetivo en el tercer comedor que revisó.

El chef, Mihali, se encontraba solo, inventariando barriles. Tenía un trozo de carboncillo en una mano y un papel en la otra. Llevaba el pelo negro recogido detrás de la cabeza.

—Buenas tardes, Taniel —dijo Mihali sin volverse.

Taniel se detuvo en el momento en el que la puerta de la tienda se cerró detrás de él.

—¿Nos conocemos?

—No. Pero soy amigo de tu padre. Pasa, por favor.

Taniel se mantuvo cerca de la puerta de la tienda, por precaución. Ka-poel había entrado detrás de él, y ella no pareció tener problema con dejarse caer sobre un barril que había en el rincón.

—Tamas está muerto —dijo Taniel.

—Ah, no seas tonto. Tú no te lo crees.

—He llegado a aceptarlo.

Mihali aún no se había dado la vuelta. Aun dándole a la espalda, tenía una clase de presencia que hacía que Taniel se cuestionara la decisión de haber pasado por allí. Había algo llamativo en él. ¿Un aroma, tal vez? No. Algo más sutil. La más leve sensación de familiaridad.

—Tamas está más vivo que nunca —dijo Mihali. Movió los labios en silencio y sacudió un dedo mientras contaba barriles en el rincón de la tienda—. Al igual que la mayor parte de la Séptima y de la Novena. En este momento, los persiguen con dureza tres brigadas completas de caballería y seis de infantería.

Taniel resopló.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Yo *soy* Adom renacido.

—Entonces, ¿realmente sostenéis ser un dios?

Mihali se volvió, por fin, dando un suspiro, mientras hacía algunas marcas en el papel. Tenía un rostro regordete y alargado, que dejaba en evidencia una ascendencia mezcla de adrano y rosveliano. Su delantal blanco estaba manchado con harina y sangre, y tenía un trozo de cáscara de patata pegado en la barbilla perfectamente afeitada.

—¿Es tan difícil de creer? Tú intentaste matar a un dios.

—Yo vi a Kresimir descender de las nubes. Vi su rostro. Miré a Kresimir y supe con todo mi ser que se trataba de un dios. Con vos... —Taniel se quedó callado, observando al chef a la espera de la ira que seguramente le brotaría.

—¿No tanto? —En lugar de ofenderse, Mihali se rio—. Kresimir siempre fue mucho mejor en aparentar ser grandioso sin esfuerzo. Tu padre necesitó comenzar a creer por su cuenta. Me parece que tú necesitas un enfoque más directo. —Mihali se le acercó y extendió una mano hacia la cabeza de Taniel. De pronto se detuvo y se echó atrás. Taniel notó que la mano de Mihali estaba temblando—. ¿Puedo? —le

preguntó a Ka-poel.

Ka-poel le devolvió la mirada, desafiándolo con los ojos a que lo intentara.

Mihali volvió a extender la mano hacia Taniel. Al acercarse, la mano tembló con más y más intensidad, como afectada por alguna fuerza invisible. Finalmente, los dedos del chef le rozaron la piel.

Taniel sintió un chispazo.

Entonces pareció como si el universo le pasara por delante de los ojos. Incontables años pasaron a toda velocidad y le llenaron la mente de recuerdos como si le pertenecieran. Vio el descenso original de Kresimir desde los cielos y luego sintió a Kresimir llamando a sus hermanos y hermanas para que lo ayudaran a reconstruir los Nueve. Fue testigo del caos de la Desolación, y de la marcha inexorable de los siglos. Vidas completas pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

Y luego todo terminó.

Taniel se tambaleó hacia atrás con la respiración entrecortada.

Ka-poel le había hecho algo parecido una vez, hacía ya varios meses. Eso lo había dejado sin aliento en cuanto a lo emotivo y a la magnitud, a pesar de que solo habían sido los recuerdos de unos instantes.

Aquello era lo equivalente a dos mil años.

Le llevó un buen rato recuperarse. Cuando finalmente logró hacerlo, dijo:

—Sois un dios. —No fue una pregunta.

—“Dios” es una palabra curiosa —dijo Mihali, volviendo a su inventario. Hizo una marca en el papel y, en silencio, contó los sacos de cebollas—. Implica omnipotencia y omnisciencia. Y déjame asegurarte algo: yo no tengo ninguna de las dos.

—Entonces, ¿qué sois? —Bo le había dicho alguna vez que los dioses no eran más que Privilegiados poderosos. Con recuerdos como aquellos, ¿cómo podía ser Mihali otra cosa, sino un dios?

—¡Es cuestión de semántica! —dijo Mihali levantando las manos—. A efectos prácticos, digamos que sí, soy un dios. Pero creo que ninguno de los dos tiene tiempo para un debate teofilosófico en este momento. Por favor, toma asiento. —Mihali cogió un barril de vino como si no pesara más que unos pocos kilos, lo apoyó junto a Taniel y luego fue a buscar otro.

Taniel trató de inclinar el barril aunque fuera unos centímetros. No pudo hacerlo. Puso un gesto ceñudo y luego miró a Mihali, mientras el chef buscaba un barril para sí y otro para Ka-poel.

La mano de Ka-poel rozó de pasada el brazo de Mihali.

—No, muchacha —dijo Mihali como un hombre reprendiendo suavemente a una hija—, nada de eso. —Con suavidad, le tocó los dedos.

Hubo un destello de fuego y Ka-poel se alejó dando saltitos, soplándose la punta de los dedos y mirando con desprecio a Mihali. ¿Acaso había intentado coger un pelo del chef?

Mihali se dejó caer sobre su barril de vino.

—A diferencia de mis hermanos y hermanas, yo decidí quedarme en este mundo después de organizar los Nueve. Oculto, por supuesto. Pero aprendiendo. —Había algo remoto en la mirada de Mihali, parecía observar algo que Taniel no podía ver—. Las estrellas lejanas son hermosas y llamativas, pero la gente de aquí es tan variada y encantadora que no pude irme.

Mihali miró a Ka-poel.

—Yo he estudiado a los Ojos de Hueso. No en profundidad. Estar en Dynize y en Fatrasta, tan lejos de Adro, me debilita. Nunca supe cómo hicieron Kresimir y los demás para dejar el planeta. Siempre me tildaron de hogareño por no querer salir a explorar el cosmos. En fin, los Ojos de Hueso poseen una magia increíble. Muy diferente a todo lo que Kresimir y los demás se podrían imaginar. Tú, querida, eres verdaderamente terrorífica. Tienes mucho potencial.

Mihali no parecía estar muy aterrorizado. En tal caso, parecía más bien intrigado. El chef se volvió hacia Taniel.

—¡Y los magos de la pólvora! Kresimir no se esperaba algo así. Después de todo, la pólvora no fue inventada sino hasta cientos de años después de que él se hubiese ido. —Mihali tamborileó un dedo regordete sobre su barbilla—. Se está volviendo loco, ¿sabes? Nunca le extrajeron esa bala de Ojo de Hueso que le colocaste en el ojo. Permanece en su cerebro, y día a día, le causa un dolor terrible.

Taniel intentó humedecerse la boca. Kresimir, un dios, se estaba volviendo loco. Y era a causa de él.

—¿Él sabe quién le disparó?

—Creo que lo sabe. Lo que hiciste en el Pico del Sur es un pequeño rumor en el ejército adrano, y los únicos dos del lado de Kez que sobrevivieron esa batalla son Julene y Kresimir. —Mihali hizo una pausa—. Claro, tiene a Julene. Por ende, debe de saberlo.

—Clavó a Julene a una viga. Le cortó las manos. ¿Por qué haría eso?

Mihali frunció el ceño.

—Julene. Qué muchacha tan equivocada. Tal vez se lo haya merecido, tal vez no, pero no creo que la tortura le haga bien a nadie.

Taniel notó que Mihali había esquivado la pregunta acerca de Julene. Decidió no insistir.

—¿Cómo puedo matarlo?

—¿A Kresimir? Mmm. ¿Qué te hace pensar que te lo diría?

Taniel se reclinó hacia atrás.

—Pero… estáis de nuestro lado. ¿No? —Los músculos se le

tensaron, y sintió un poco de miedo en el corazón.

—Yo defiendo a Adro. Es mi país, después de todo. Sin embargo, Kresimir es mi hermano. Yo lo quiero mucho. No quiero verlo muerto. Pero me gustaría detenerlo. Ayudarlo. Si pudiera extraerle esa bala del cerebro, tal vez podría razonar con él y terminar todo este asunto.

Taniel apretó los puños.

—Lo voy a matar.

—Puede que ese sea tu destino. —Mihali miró su papel de inventario. Una vez más, parecía estar contando.

Pasó un rato hasta que Taniel volvió a hablar.

—Los generales. ¿Ellos saben...?

—Ah, Tamas se lo dijo. La mayoría no lo cree.

—¿Pero saben que vos sois un Privilegiado poderoso?

Mihali asintió con la cabeza.

—Es una verdad incómoda. Me pidieron que participara en la lucha y yo me negué. Al fin y al cabo, los Privilegiados de las Alas de Adom no están teniendo problema alguno para mantener a raya a lo que queda de la Camarilla de Kez.

—¿Les dijisteis que Tamas está vivo?

—Por supuesto.

Taniel lo miró sorprendido.

—Entonces, ¿por qué no me lo han dicho? Hilanska... seguramente él habría dicho algo si hubiera esperanza.

—Ni siquiera un dios lo ve todo —dijo Mihali—. No lo sé. Pero no confío en los generales. Estoy seguro de que la mayoría actúa de acuerdo a lo que considera que es mejor para Adro. Pero algunos...

—La general Ket.

Mihali se encogió de hombros.

—Dicho sea de paso, los prebostes están aquí.

Taniel se acercó a la entrada de la tienda y echó un vistazo. Fuera se habían juntado decenas de ellos.

—Diablos. ¿Puedo salir por la parte trasera?

—Han rodeado la tienda. Lo mejor quizá sea que vayas con ellos.

—No dejaré que me arresten. Desgraciados. Yo...

Mihali se aclaró la garganta.

—Como dije. Quizá sea lo mejor. Por ahora, al menos.

La mente de Taniel volaba. ¿Qué hacer? ¿Intentar escapar? ¿Salir, solemne, y permitir que se lo llevaran?

—Primero, respondedme a esto: ¿qué me sucedió a mí? Soy más fuerte y más rápido que antes. Nunca sentí esta clase de poder. Fumé suficiente mala como para matar un caballo, y solo me mareó un poco. Sé que va más allá del hecho de que sea un mago de la pólvora. ¿Es a causa de ella? —Señaló con el dedo a Ka-poel, que levantó una ceja a modo de respuesta.

Mihali vaciló por unos instantes.

—Te has moderado —le dijo—. Esta muchacha te tiene envuelto con hechicería protectora. El contraataque de Kresimir, después de que le disparaste, fue suficiente para echar abajo el Pico del Sur. Debería haber hecho trizas tu cuerpo mortal. El golpe que te asestó bien podría haberme matado a mí, según mis conocimientos de hechicería. Pero a ti... —Mihali se rio, como si algo le resultara gracioso—. A ti te hizo más fuerte.

—Eso no tiene sentido, es...

—Es hora de que te vayas.

Taniel inspiró profundamente.

—Muy bien. Ka-poel, quédate aquí. No quiero que te pongan las manos encima. —Sin esperar respuesta, salió de la tienda.

Los prebostes lo rodearon deprisa apuntándolo con las picas.

—Muy bien, desgraciados. Llevadme con la general Ket. Yo...

Alguien le golpeó la cabeza con una cachiporra con fuerza. Taniel se tambaleó hacia delante, escupiendo sangre a causa del ataque. Otro le golpeó el estómago, luego la rodilla. Taniel cayó al suelo. Lo insultaron, lo patearon y lo golpearon, y cuando pensaba que ya no podría soportar más, lo pusieron de pie y le golpearon el rostro y la cabeza hasta que perdió el conocimiento.

Capítulo 20

Tamas oía los rugidos de su estómago mientras su caballo trotaba al final de la columna. Delante de él, los hombres de la Novena Brigada avanzaban arrastrando los pies al paso que dictaba un único tamborilero. El aire estaba caliente y era sofocante, incluso a la sombra de los altos pinos. La humedad veraniega empapaba la chaqueta sucia de Tamas y hacía que cada respiración fuera trabajosa.

Observaba a uno de los soldados de infantería que se encontraba un poco más adelante en la columna. El sujeto era alto, con el pelo rubio oscuro recogido en una coleta que le caía sobre el hombro. Unos veinte minutos antes, sus hombros habían comenzado a oscilar peligrosamente. Estaría a punto de desmayarse. Tamas habría apostado que sería así.

Cada poco tiempo, los soldados miraban el caballo de Tamas con ojos hambrientos. Miraban con la misma expresión a todo explorador y oficial que aún cabalgara. Era algo inquietante.

Habían sacrificado los últimos caballos keseños hacía dos días, y habían distribuido la carne. Tamas oyó el rumor de que algunos de los intendentes de compañía no estaban entregando todo y que vendían los preciados últimos trozos. Él había intentado llegar al fondo de aquello, pero nadie estaba dispuesto a confesar. En cada arroyo que pasaban, unos diez o doce hombres abandonaban la hilera y se arrojaban al fango en busca de peces minúsculos y cangrejos. Los sargentos tenían que aporrearlos para que regresaran a la columna.

—Piensan que pronto comerán —dijo Olem.

Tamas sacudió la cabeza y salió de su ensueño. Se sentía mareado, débil. No había comido nada durante cuatro días. Los hombres que avanzaban a pie lo necesitaban más que él. Al menos los caballos podían pastar periódicamente.

Olem señaló a un par de buitres volando en círculos por encima de la copa de los árboles.

—Ah —dijo Tamas.

—Nos han estado siguiendo durante ochenta kilómetros —dijo Olem.

—No puedes estar seguro de que sean los mismos buitres.

—Uno de ellos tiene rojas las puntas de las plumas.

Tamas gruñó. Las palabras le salían lentas. El calor le quitaba las ganas de hablar.

—Hace dos mañanas, cuando sacrificamos los caballos, ese buitre de puntas rojas permaneció con nosotros, a pesar de que la mayoría se quedó detrás en el campamento. —Olem frunció los labios—. Creo que tiene la esperanza de llevarse el premio mayor.

Tamas miró a los buitres. No quería hablar de ellos. Había visto demasiados, en demasiados campos de batalla.

—No te he visto fumar en una semana —dijo.

—Hace un calor de la hostia, si me disculpáis el lenguaje, señor. —Olem se dio una palmada en el bolsillo del pecho—. Además, me estoy guardando el último.

—¿Por alguna ocasión especial?

Olem siguió mirando a los buitres.

—Gavril me dijo que opondremos resistencia en los Dedos. Supongo que será bonito morir con un cigarrillo entre los labios.

Tamas no pudo evitar poner un gesto de preocupación.

—¿Se lo has dicho a alguien? O sea, acerca de lo de los Dedos.

—No, señor.

—El condenado Gavril. Tiene que mantener la boca cerrada.

—¿Entonces es cierto?

—No tengo la intención de oponer la última resistencia, Olem. Mi intención es destrozar a los keseños. Oponer la última resistencia es para aquellos que planean perder.

—Así es, señor.

Tamas suspiró para sus adentros. Los soldados tenían un sentido extraño de la fatalidad. La mayoría no se daba cuenta de que cualquier desventaja podía ser vencida con la maniobra correcta.

—Olem... —dijo Tamas.

—¿Señor?

—Acerca de lo que vi el otro día...

A Olem se le movió un músculo de la mandíbula.

—¿A qué se refiere, señor?

—Creo que sabes a qué me refiero. *Vlora.* Si hubiera ido algunos minutos más tarde, creo que os habría encontrado en una posición mucho más comprometedora.

—Esa era la idea, señor.

Tamas parpadeó sorprendido. No se había esperado semejante franqueza.

—No puedes cerrar la boca ni para salvar las apariencias, ¿verdad?

—Ni siquiera para salvar mi vida, señor.

—No permitiré confraternización de esa clase, Olem.

—¿De qué clase, señor? —A Olem se le tensaron los ojos.

—Tú y Vlora. Ella es capitana, tú eres...

—Capitán —dijo Olem—. Vos mismo me nombrasteis capitán. —Se tocó las insignias de oro de las solapas como para recordárselo.

Tamas se aclaró la garganta y levantó la mirada. Los malditos buitres seguían allí.

—Quiero decir que ella es una maga de la pólvora. Sabes que mis magos son un contingente distinto del Ejército. No permitiré que se cruce esa línea.

Olem parecía querer decir algo. Movió la mandíbula, como masticando un cigarrillo fantasma.

—Sí, señor. Lo que digáis, señor.

El sarcasmo del tono de Olem fue tan claro como un farol en la oscuridad. Casi conmocionó a Tamas. Olem siempre era muy leal, muy rápido para obedecer. Tamas abrió la boca con una reprimenda en la punta de la lengua.

El soldado de la coleta se tambaleó, cayó y golpeó el suelo con fuerza. Dos de sus compañeros se detuvieron para ayudarlo.

—Avanza por la columna —dijo Tamas—. Da la orden de descansar. Los hombres necesitan sentarse.

Olem, quizá demasiado agradecido por poder alejarse, espoleó su caballo y gritó:

—¡El mariscal de campo ordena que la columna se detenga! ¡Rompan filas!

Tamas oyó que la orden se repetía a lo largo de la columna. Lentamente, la hilera de soldados se detuvo. Algunos hombres fueron a buscar el arroyo más cercano, algunos hicieron sus necesidades en el bosque, otros se dejaron caer al suelo donde estaban, demasiado exhaustos para moverse.

Tamas abrió su cantimplora y bebió las últimas gotas que quedaban. El agua estaba caliente y tenía gusto a metal.

—Soldado —dijo Tamas señalando a un hombre que parecía ser el menos afectado—. Búscame agua fresca y limpia, y llénamela, luego dile a tu sargento que esta noche quedas libre del servicio de letrina.

El hombre cogió la cantimplora.

—Sí, señor.

Tamas desmontó de su caballo y colgó las riendas de la rama de un árbol. Caminó a lo ancho del camino para volver a sentir las piernas después de cabalgar durante medio día. Se detuvo y miró hacia el sur. No había señales de los keseños. El bosque era demasiado denso. Según los últimos informes, la cabeza de la columna keseña estaba

unos dieciséis kilómetros detrás de ellos. Tenían dragones explorando la zona que los separaba, intentando atrapar a algún adrano rezagado y hostigar la retaguardia de la columna, pero lo que más le importaba a Tamas era dónde se encontraba el grueso de la caballería.

Iba a necesitar esa ventaja.

—Señor.

Tamas se volvió y vio a Vlora de pie junto a su caballo. Tenía el uniforme sucio, la chaqueta abierta en el cuello y el cabello negro recogido detrás de la cabeza. Tamas tuvo una breve imagen mental de ella desnuda bajo la cascada, inclinándose para besar a Olem. Se obligó a descartar la imagen, tratando de que no se le notara la vergüenza en el rostro.

—Capitana.

—¿Cómo está la pierna, señor?

Tamas flexionó los músculos de la pierna y sintió una punzada de dolor. Cabalgar no había ayudado a aflojarle la pierna en absoluto, pero el dolor no era tan intenso.

—Está bien, gracias. ¿Hubo suerte con la caza?

—Los ciervos se mantienen bien lejos de la columna. Si cazamos a más de dos o tres kilómetros del camino, no podremos regresar con la presa. Algunas ardillas y conejos. Lo suficiente para mantener alimentados a los magos de la pólvora. —Al menos sus magos estaban manteniendo sus fuerzas. El estómago se le retorció ante la mención de los conejos—. Si acampáramos durante más de una noche, o si disminuyéramos un poco la velocidad, podríamos cazar algunos ciervos.

—Lo lamento, capitana. No puedo permitirlo. Tenemos que llegar a los Dedos mucho antes que los keseños.

—Los exploradores dicen que llegaremos en dos días, señor.

—Así es —dijo Tamas—. Una vez que crucemos el primer río, quemaremos el puente y descansaremos durante un par de días. Y nos aprovisionaremos.

—Eso espero, señor. Los hombres no tienen buen aspecto.

Tamas desvió su atención hacia el hombre que se había desmayado. Ahora se encontraba sentado, bebiendo de una cantimplora y hablando con uno de sus compañeros. Tamas entrelazó las manos detrás de la espalda y enfrentó a Vlora.

—Capitana, tú y yo sabemos que lo que sucedió el otro día estuvo fuera de lugar.

Vlora ni siquiera parpadeó.

—¿Os referís a cuando me observasteis bañarme?

Tamas podría haberla abofeteado por eso. Condenada muchacha. Sabía lo que él quería decir, y no se lo pondría fácil.

—Tú y Olem...

—Señor, creo que eso no os concierne. Con todo respeto.

—Yo soy tu oficial superior...

—Sí, señor. Y siempre habéis dejado muy claro que lo que dos soldados hagan en su tiempo libre es cuestión de ellos, siempre y cuando eso no rompa las convenciones entre los rangos.

—Esto es distinto. —Aquello *era* distinto, se dijo Tamas—. No permitiré que uno de mis Marcados se pasee por ahí con mi guardaespaldas, ¿está claro? No permitiré que mi guardaespaldas ande con... con...

—¿Una puta? —lo dijo en voz baja, pero Tamas sintió que perdía el aliento—. Eso es lo que queréis decir. ¿No es verdad, señor? ¿Queréis tildarme de puta por lo que le hice a Taniel? ¿De zorra? Oigo las palabras en la punta de su lengua, aunque no las digáis.

—Cuida el tono, soldado —le advirtió Tamas.

—Solicito permiso para hablar libremente, señor.

—Permiso denegado.

Vlora no hizo caso.

—¿Creéis que no sé lo que le hice a Taniel? ¿No creéis que me está matando por dentro saber que arrojé todo lo que teníamos a la basura por unos meses de pasión con un imbécil?

—Permiso denegado, capitana.

—Vos no oís hablar a los hombres. —Vlora alzó la voz—. No oís lo que todos dicen a mis espaldas, o incluso a la cara. No veis las miradas burlonas. “Ahora Vlora le abre las piernas a cualquiera”. No los oís susurrar fuera de tu tienda por la noche, apostando a ver quién será el primero en acostarse conmigo.

—¡Permiso denegado! —Tamas avanzó un paso. Cualquier otro soldado se habría encogido ante la furia roja que había en los ojos de Tamas, pero Vlora se negó a retroceder.

—Me pasé un año y medio sola, mientras Taniel estaba en Fatrasta porque *vos* lo enviasteis allí. Taniel, el héroe de guerra. La gente decía que todas las mujeres de Fatrasta estaban dispuestas a arrojársele encima. Y luego oí que tenía una pequeña salvaje siguiéndolo a todos lados. ¿Qué debía pensar acerca de eso? Ningún hombre me dirigía la mirada en la universidad. Sabían quién era yo. Le tenían demasiado miedo a Taniel para decirme algo bonito. —Vlora le escupió las palabras en el rostro, con la voz chorreando amargura y todo el cuerpo temblándole de rabia—. Y entonces aparece un hombre al que no le importa de quién soy la novia. Me seduce, me ama y me asegura que no hay otra en el mundo que lo haga tan feliz. Confié en él. —El rostro de Vlora se torció del asco—. Y entonces me enteré de que se estaba acostando conmigo para *haceros quedar mal a vos*.

El dolor de los ojos de Vlora y la malicia de su voz eran más de lo que Tamas podía soportar. Alguna vez, ella lo había considerado su

padre, su amigo, su mentor. Ahora él se había convertido en nada más que un objeto de odio, un enemigo a quien despreciar.

—Desaparece de mi vista, capitana. Si no estuviéramos en guerra, te sometería a un tribunal militar.

Ella se inclinó hacia delante, más cerca de lo que se habría atrevido cualquier persona que no conociera a Tamas tan bien como ella. Lo suficientemente cerca para abrazarlo. Para clavarle un cuchillo en las costillas si lo hubiera querido.

—Matadme vos si tenéis tanta prisa por verme muerta —dijo ella—. No le deis el trabajo a hombres inferiores.

Se volvió sobre sus talones y avanzó junto a la columna. Los soldados la observaron boquiabiertos cuando ella pasó, y luego volvieron la mirada hacia Tamas, esperando que su ira brotara, como el trueno después del rayo.

Tamas observó a Vlora casi desaparecer detrás de un recodo del camino. Entonces ella se detuvo abruptamente, en el momento en que aparecía Olem a caballo. El guardaespaldas se inclinó sobre el animal y le dijo algo. Ella le apoyó la mano en el muslo. Él le apartó la mano suavemente y miró significativamente a Tamas.

Vlora tomó a Olem del cinturón, lo obligó a desmontar y lo empujó hacia el bosque, fuera del camino. Tamas maldijo en voz baja y dio dos pasos junto a la columna.

Alguien se aclaró la garganta. Tamas miró a su alrededor.

Era el soldado al que había enviado a buscar agua.

—Su cantimplora, señor.

Tamas tomó bruscamente la cantimplora. Cuando volvió a mirar, Olem y Vlora habían desaparecido.

Tomó varias bocanadas de aire y regresó a su caballo.

—Señor, ¿os molestaría que os preguntase cuánto tiempo tenemos hasta que volvamos a marchar? —preguntó el soldado.

Tamas bebió un buen trago de agua. Estaba tan fría que parecía quemarle la garganta al pasar. Le daba dolor de dientes.

—Treinta minutos, maldita sea. Aprovecha para descansar.

Adamat golpeó la puerta. Se encontraba afuera de la oficina de la capataza de la fábrica textil. Debajo de él, decenas de telares de vapor resonaban a toda marcha. Creaban un alboroto que lo tapaba casi todo, y no paraban en ningún momento. Cientos de trabajadores llevaban adelante las tareas de la fábrica y se movían por la planta; parecían insectos desde ahí arriba.

Adamat entró en la oficina de la capataza. Allí dentro el sonido estaba considerablemente acallado.

—Margy —gritó.

La mujer salió de la parte trasera de la sala y sonrió cuando vio a

Adamat. Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Ella se alejó de él conmocionada.

—¡Por los Nueve! ¿Qué te has hecho?

—Me caí por la escalera —dijo Adamat. Su voz era un gemido nasal, y el rostro aún le dolía como si solo hiciera una hora que le hubieran roto la nariz.

Margy se aclaró la garganta con fuerza.

—Pues más parece que te hubieran golpeado con ella —dijo—. Siempre te dije que meter la nariz en los asuntos de otras personas solo haría que te la rompieran.

Adamat levantó las manos fingiendo una señal de rendición.

—Solo tengo un momento, Margy. Pasé por aquí para ver si tenías alguna pista sobre la alfombra.

—Bueno, bueno. —Margy fue al escritorio que había junto al microscopio y comenzó a buscar entre los papeles—. Le envié una carta a Faye la semana pasada —dijo ella.

—Le preguntaré si la recibió. Adamat se apoyó en el marco de la puerta y cerró los ojos. Le dolía el rostro. Le dolía la espalda. Le dolían las manos y le dolía la cabeza. Le dolía todo, y no estaba durmiendo lo suficiente. No podía recordar la última vez que había comido algo más que tostadas con té. Volvió a abrir los ojos cuando Margy le puso un trozo de papel en la mano.

—Ese es el comprador —dijo ella—. No pude obtener un nombre, solo la dirección que figuraba en un recibo de cheque.

—Gracias, Margy.

—Dile a Faye que venga a visitarme pronto, ¿vale?

—Por supuesto.

Adamat salió de la fábrica textil y no miró el papel hasta que estuvo afuera. Sin un nombre, le llevaría más trabajo averiguar quién era el dueño de la dirección. Conociendo al Propietario, Adamat debería pasar por varias capas de direcciones *y* nombres falsos antes de poder averiguar la identidad del Propietario.

Le hizo un gesto a un carruaje de alquiler y miró el papel.

Tuvo que mirar de nuevo, y parpadeó para asegurarse de que los ojos no lo estuvieran engañando.

Se trataba de una dirección que conocía.

El cielo se había nublado durante la mañana, y Adamat paró en su piso franco, en el oeste de Adopest, para buscar un paraguas. Se detuvo en el pasillo. La puerta del apartamento estaba abierta.

Una parte de él le gritó que se volviera y se alejara. Podría no sobrevivir al siguiente altercado con los matones de Vetas.

Sacó la pistola y se fijó si estaba cargada, luego empujó la puerta con suavidad.

SouSmith estaba sentado en el sofá. Estaba dormido, con los brazos cruzados sobre el estómago y la barbilla apoyada sobre el pecho. Tenía la camisa cubierta de sangre.

—¿SouSmith?

El enorme boxeador se despertó sobresaltado.

—Qué.

—¿Qué ha pasado?

SouSmith levantó una ceja, como si le resultara extraño que Adamat le preguntara por la camisa ensangrentada.

—¿Qué te ha pasado a ti? ¿Te rompieron la nariz?

Adamat le pidió a la casera que pusiera a calentar agua y cerró la puerta detrás de él.

—Estás empapado en sangre.

—No es mía —dijo SouSmith—. Al menos, no mucha. ¿La nariz?

—Uno de los matones de Vetas me estaba esperando en mi antigua casa. Me golpeó la nariz con una porra. Y ahora, ¿qué es esto? No puedes aparecer en una sala de estar ajena cubierto con la sangre de otra persona sin una explicación.

—Cuatro hombres de Vetas fueron a la casa de mi hermano —dijo SouSmith—. Le dispararon a uno de mis sobrinos. Daviel y yo... matamos a los cuatro.

—Diablos, SouSmith. Lo lamento mucho. ¿Tu sobrino...?

—Tenía doce años. Daviel justo había juntado lo suficiente para enviarlo a la escuela. —SouSmith se puso de pie y se estiró. La sangre de la camisa estaba negra y seca; probablemente fuera de hacía algunas horas. Los ojos le brillaron de rabia—. Cuenta conmigo —dijo —. No me importa el Propietario, veré arder a Vetas. Luego atenderé a mi familia.

Adamat estaba a punto de preguntar qué habían hecho con los cuerpos, pero recordó que el hermano de SouSmith era carnicero. Seguramente no querría saberlo. Hizo un gesto cauteloso con la cabeza.

¿Podía confiar en SouSmith? ¿Y si Vetas lo había puesto en su contra?

¿Y si Vetas tenía cautiva a la familia de SouSmith al igual que a la de Adamat?

¿Podía darse el lujo de hacerse esas preguntas? Adamat necesitaba de su lado a cuanto hombre pudiera conseguir.

—Aséate —le dijo—. Dejaste algo de ropa aquí.

—¿Vamos a algún lado?

—Tengo que ir a ver a un hombre para que me dé cincuenta mil kranas.

Adamat bajó del carruaje en las Jaurías: el mejor lugar de la ciudad,

repleto de enormes casas de ladrillos pertenecientes a banqueros. Las calles eran anchas, estaban pavimentadas con adoquines lisos y delineadas por olmos altísimos. Adamat se levantó el sombrero y buscó la casa que deseaba encontrar.

Allí, justo entre las dos mansiones enormes pertenecientes a unos banqueros acaudalados, había una casa pequeña y austera con un jardín bien cuidado. Adamat fue directo hacia esa casa seguido de cerca por SouSmith.

—El tesorero, ¿verdad? —preguntó SouSmith.

—Sí.

Ondraus el tesorero. Uno de los miembros de la junta de Tamas, arquitecto del golpe de Estado que derrocó a Manhouch. Era un anciano amargado y poco amistoso. A Adamat no le hacía gracia la idea de volver a reunirse con él. Llamó a la puerta.

Estuvo llamando durante diez minutos hasta que finalmente oyó que el pestillo se movía y la puerta se abrió ligeramente.

—Como hombre rico que sois —dijo Adamat—, me sorprende que vos mismo atendáis la puerta.

Ondraus el tesorero miró a Adamat con los ojos entrecerrados.

—Salid de mi propiedad u os haré encarcelar por hostigamiento.

Ondraus llevaba una bata y pantuflas. Iba despeinado.

—Necesito dinero —dijo Adamat—. Sus contables me dijeron que me han cortado los ingresos.

Ondraus lo miró con expresión burlona.

—Tamas está muerto. Cualquier acceso a los fondos que él le haya prometido ha sido interrumpido. Os sugiero que busquéis empleo en otro lado.

—Ah, eso es un problema. ¿Puedo entrar?

—No.

Adamat se inclinó contra la puerta. Ondraus se sobresaltó y retrocedió hacia su diminuto vestíbulo.

—Espera aquí afuera, por favor —le dijo Adamat a SouSmith. El boxeador asintió con la cabeza.

Ondraus corrió hacia su oficina. Adamat sacó la pistola del bolsillo y se aclaró la garganta.

El tesorero se quedó helado cuando vio la pistola.

—¿Qué significa esto? —preguntó enérgicamente.

Adamat observó la sala. Casi no había cambiado en los meses que habían pasado desde su última visita. Se había quitado el polvo de la repisa de la chimenea y el hogar había sido limpiado, pero la alfombra no parecía estar más desgastada y los olores eran exactamente los mismos. La casa casi parecía no haber recibido uso.

—A través de la puerta abierta de vuestra oficina —dijo Adamat—, alcanzo a divisar un cordón de campanilla. No lo noté durante mi

visita anterior, pero no puedo dejar de preguntarme, en una casa con tres habitaciones y sin sirvientes, para qué tiene un cordón de campanilla. —Adamat señaló la única silla que había junto a la chimenea. Ondraus se sentó.

—¿Habéis venido a robarme? —dijo Ondraus—. Todo mi dinero se encuentra en inversiones. Como podéis ver, aquí no hay nada de valor. Ni siquiera tengo una chequera en mi casa.

—Veamos —continuó diciendo Adamat, sin darse por enterado de la interrupción—, yo creo que ese cordón de campanilla lleva a un sistema de habitaciones situadas debajo de vuestra casa, y en una de esas salas tenéis un equipo permanente de cuatro hombres corpulentos y peligrosos, listos para venir a defenderos si fuera necesario. Y de una de esas salas, se extiende un túnel que probablemente vaya a una de las mansiones cercanas que poseéis bajo un nombre falso. No vivís allí, por supuesto. Solo la usáis para ocultar vuestras idas y venidas bajo vuestro otro nombre. Ondraus lo observaba desde la silla sin decir nada. Ahora su mirada era menos iracunda y más... calculadora. Por algún motivo, eso lo hizo parecer más atemorizante.

—Aún no habéis dicho que soy hombre muerto —continuó Adamat. Volvió a considerar a Ondraus por un momento—. Supongo que no sois esa clase de persona.

—¿Cuál es vuestro seguro de vida? —preguntó Ondraus.

—Cartas. Enviadas a determinados amigos que tengo en el cuerpo de policía.

—¿En las que les decís que yo soy el Propietario?

Fue algo muy intenso oír a Ondraus decirlo en voz alta. Sin negarlo. Ni admitirlo.

Fue una simple declaración que hizo que a Adamat se le pusieran los pelos de punta.

—No, por supuesto que no. Diciéndoles que, si yo desaparezco, podrán encontrar mi cuerpo debajo de vuestra casa. Nadie quiere investigar al Propietario. Pero mis amigos del cuerpo no tendrán problemas en revisar los asuntos de un contable. Sois conocido por ser un ermitaño. Los ermitaños siempre resultan interesantes. A mis amigos tal vez les parezca divertido venir. Y cuando encuentren las salas debajo de vuestra casa, y los guardaespaldas, y la mansión y las enormes sumas de dinero que tenéis en vuestra cartera de inversiones, estarán extremadamente interesados.

Ondraus resopló, burlón.

—¿Y creéis que eso os salvará?

—Así es. —Adamat sintió que su confianza flaqueaba. ¿Y si a Ondraus no le importaba? Si comenzaban a investigarlo, un hombre con sus conexiones sencillamente podría desaparecer—. Creo que perdonarme la vida os resultaría algo trivial si os ahorra algunos

meses de investigaciones y problemas.

”Y si eso no es así —agregó Adamat—, he enviado otra carta a un amigo del mundo editorial, en la que le informo que sé quién es el Propietario. Si termino muerto y oye hablar de una investigación sobre mi muerte que os involucra a vos, sacará sus conclusiones y, dejadme que os lo diga, no es un hombre muy sensato. Él prioriza los titulares más que su propia vida.

Ondraus comenzó a reírse. Era un sonido seco, y por un momento Adamat pensó que estaba tosiendo.

—Muy astuto —dijo.

—Si me hubierais brindado vuestra ayuda, en lugar de dejarme enfrentarme a Vetas por mi cuenta, jamás se me habría ocurrido preguntarme acerca de vuestra identidad.

—Igual os lo habríais preguntado —dijo Ondraus con un gesto despectivo de la mano—. ¿Qué queréis?

—Cincuenta mil… no, setenta y cinco mil kranas en efectivo, y vuestra ayuda para matar a lord Vetas y rescatar a mi esposa.

Ondraus entrecruzó los dedos y se reclinó hacia atrás.

—Necesitáis aprender a obtener más de vuestros chantajes. Soy uno de los hombres más ricos de los Nueve.

—No me interesa vuestro dinero. Solo quiero recuperar a Faye.

—Vetas aún cuenta con un Privilegiado.

—Para eso es el dinero. Si tengo el dinero, tendré mi propio Privilegiado.

Ondraus reflexionó por un momento.

—Ingenioso. ¿Y si decido dejaros vivir una vez que Vetas esté muerto?

—Olvidaré que existís.

—Me sorprendéis, Adamat —dijo Ondraus. Su cuerpo ya no estaba tenso y furioso—. Por las medidas que estáis dispuesto a tomar. Hace años me advirtieron que erais el hombre más recto y tenaz del cuerpo de policía de Adopest. De hecho, tuve que tomar algunas precauciones para evitar cruzarme con vos.

—Creedme —dijo Adamat—. Si esto no involucrara a mi familia, yo no estaría aquí.

—Bueno, en ese caso, tengo una condición. Una vez que todo esto termine, prometedme que trabajaréis para mí si lo necesito.

—No.

Ondraus levantó una mano para interrumpir las protestas.

—Si eso sucede, os pagaré. Seguramente se tratará de trabajo peligroso. Pero prometédmelo u os mataré a vos y a SouSmith, y veré si sucede algo.

Adamat estudió los ojos de Ondraus. En ellos había una voluntad férrea que le advertía que Ondraus haría exactamente eso. Y tal vez…

¿una pizca de humor? ¿Una leve sonrisa en los labios? ¿Ondraus estaba disfrutando la situación?

—Muy bien —dijo Adamat.

—Fabuloso. —Ondraus hizo una pausa—. ¿SouSmith lo sabe?

—Piensa que vine a pediros dinero —dijo Adamat. Omitió el hecho de que le había dicho a SouSmith que planeaba chantajear al Propietario.

Tal vez SouSmith hiciera sus propias deducciones, tal vez no. Si lo hacía, era lo suficientemente listo para mantener el secreto. No necesitaba decirle nada de eso a Ondraus.

—Lo tendréis mañana —dijo Ondraus—. ¿Dónde os lo envío?

—Me encontraré con vuestro hombre en la plaza de las Elecciones. Junto a las manchas.

—Nunca más vendréis aquí —dijo Ondraus—. Nuestro contacto será a través de mi eunuco. Podréis iros. —Adamat volvió a meterse la pistola en el bolsillo, dándose cuenta de pronto de que ya no controlaba la situación—. Y Adamat —dijo Ondraus—, si en algún momento llego a lamentarlo, toda persona a quien hayáis amado alguna vez lo lamentará también.

Capítulo 21

En algún momento, durante la paliza, a Taniel le habían colocado una capucha negra en la cabeza, y ahora forcejeaba y se tropezaba mientras los prebostes lo iban llevando por el campamento. Llegaba a oír las advertencias que les hacían a aquellos con quienes se cruzaban de mantenerse al margen, y los insultos que le proferían en voz baja cuando se tropezaba. Estaba desorientado, y habría caído al suelo si no fuera por los fuertes brazos que lo tenían aferrado de las axilas. La cabeza le palpitaba, y su cuerpo era una bola de dolor.

Lo obligaron a subir unas escaleras y lo arrastraron al interior de un edificio. ¿Una posada? ¿Un comedor de oficiales? No lo sabía. Lo arrojaron sobre una silla y luego lo ataron. Intentó forcejear. Eso le valió un cachete en la nuca.

Taniel se desplomó contra sus ligaduras e hizo un esfuerzo por oír algún sonido que le permitiera determinar su ubicación. Solo se oía la charla de los soldados que estaban fuera del edificio, demasiado bajas para identificar las voces. Podría haber estado en cualquier lugar del campamento adrano.

Tampoco podía estar seguro de cuánto tiempo había transcurrido. El aire era más fresco, por lo que debía de ser de noche. Su rostro estaba completamente entumecido. Seguramente, se lo habían dejado hecho un desastre. Se tanteó los dientes con la lengua. Estaban todos. Tenía la camisa empapada; probablemente se tratase de su propia sangre, que se fue enfriando mientras permanecía allí sentado.

El entumecimiento de su cuerpo comenzaba a desvanecerse, junto a lo último de su trance de pólvora, lo que le permitió sentir el dolor pleno de la paliza. En ese momento oyó que se abría la puerta finalmente. Entraron varios pares de pisadas pesadas. Luego otro par. Más liviano, pero no menos marcial.

Le quitaron la capucha. Alguien encendió un fósforo y, luego, los faroles de la pared. El cuarto no tenía más de tres metros cuadrados y

lo único que había eran dos sillas y los faroles de la pared.

La general Ket estaba de pie delante de él, de brazos cruzados y con el rostro imperturbable. La flanqueaban dos de sus prebostes. Los hombres lo miraban con rabia, sosteniendo las porras como si lo estuvieran desafiando a moverse.

—Necesitaréis más hombres —dijo Taniel.

El hecho de que él hablara primero parecía haberla tomado desprevenida.

—¿Qué?

—Si van a golpearme para someterme, o lo que sea que hayan venido a hacer.

—Cállate, Dos Tiros. —Ket se rascó el lugar donde le faltaba la oreja y comenzó a caminar—. Debería fusilarte.

—Vais a tener que colgarme —dijo Taniel. No pudo evitar lanzar una risita. Fusilado. Aquellos oficiales actuaban como si lo supieran todo, pero no se podía colocar a un mago de la pólvora frente a un pelotón de fusilamiento. Al menos, no frente a uno que estuviera armado con rifles convencionales.

Uno de los prebostes puso todo su peso detrás del puño y golpeó a Taniel en la mandíbula. La cabeza de Taniel se inclinó hacia un lado y la vista comenzó a darle vueltas. El preboste se convirtió en un manchón borroso. Taniel le lanzó un escupitajo de flema ensangrentada, y el sujeto se preparó para darle otro golpe.

Ket levantó una mano.

—Eso no es necesario, preboste. —Se volvió hacia Taniel—. ¿Esto te parece una broma? ¡Estamos hablando de que serás ejecutado!

—¿Por qué? —preguntó Taniel con tono burlón—. ¿Por mantener la posición?

—¿Por qué? —repitió ella incrédula. Ket se detuvo y se encaró con él—. Insubordinación, conducta inapropiada de un oficial, desobedecer órdenes directas. Asalto físico a un oficial. El modo en que actúas roza la traición.

—Idos al diablo —dijo Taniel.

Sintió algo de orgullo al no encogerse ante el preboste, que se le acercó de nuevo. Ket volvió a detener al sujeto.

—Seguid. Puedo seguir haciéndolo toda la noche. ¿Traición? ¿Es traición ser el único oficial de este condenado Ejército al que parece importarle ganar una batalla? ¿Es traición reunir a los hombres? ¿Darles algo por lo que luchar? Me habláis de traición, y cada vez que estamos por ganar una batalla suenan las trompetas de retirada.

—¡Eso es mentira! —Ket dio un paso hacia delante y, por un momento, Taniel pensó que ella misma lo golpearía—. Hacemos sonar la alarma cuando la batalla va contra nosotros. Tú te encuentras en el frente. Desde tu posición, no ves lo desesperada que es la lucha.

Taniel se inclinó hacia delante tirando de sus ligaduras.

—No lo veo porque estoy ganando. —Se reclinó hacia atrás—. Me tenéis miedo. ¿Os habéis pasado al bando de Kez? ¿Es por eso? Tenéis miedo de que yo...

Ket no detuvo al preboste. Las palabras de Taniel fueron interrumpidas por el golpe, y una vez que su cabeza dejó de zumbar, sintió una verdadera sorpresa al notar que aún tenía todos los dientes.

Sintió gusto a sangre. Tragó.

—¿Es por eso por lo que me habéis hecho arrestar en secreto? —dijo Taniel con la lengua hinchada—. Habéis hecho que me arrastraran por el campamento con una capucha. ¿Fue para que nadie me viera? —Resopló y miró al preboste a los ojos, desafiándolo a que volviera a golpearlo.

La general Ket se rascó la oreja.

—Tú eres muy popular —admitió ella, y comenzó a caminar de nuevo—. Pero incluso los populares (alguien como tú, a quien los soldados comunes llaman un héroe) necesitan ser disciplinados. De otra manera, el Ejército se desmorona. Es algo desafortunado, pero así son las cosas. Lo haría público, pero los otros generales no están de acuerdo conmigo. Ellos creen que si los hombres ven que te azotamos, será malo para la moral, y Kresimir sabe que ya está lo suficientemente baja.

—Entonces no vais a matarme.

—No. Al menos, no aún. Esta es tu primera y única advertencia.

—¿Y esperáis una disculpa?

—Por supuesto. Varias, en realidad. Comenzando por la mayor Doravir, y terminando conmigo.

Taniel se encogió de hombros.

—Eso no va a pasar.

—¿Disculpa? —Ket arqueó las cejas genuinamente sorprendida.

—Casi maté a un dios. Masacré a decenas de Privilegiados. Tal vez hayan sido más de cien. Perdí la cuenta. En la ausencia del mariscal de campo Tamas... Por cierto, ¿por qué me dijeron que está muerto? He oído de boca de un dios que no lo está. Ah, sí. El dios que tenemos en nuestro propio campamento. El dios que el alto mando hace como que no existe.

”¿Dónde estaba? En la ausencia de Tamas, yo soy vuestra mejor arma contra los keseños. Estoy reuniendo a los hombres y matando a los Privilegiados y Guardianes keseños que quedan. Así que no. Diablos, no me disculparé ante nadie. Mi padre no toleraba a los imbéciles. Puede que mi padre no me agradara demasiado, pero tenemos eso en común.

La general Ket permaneció en silencio durante todo su discurso. Eso sorprendió a Taniel. Supuso que lo interrumpiría el puño de un

preboste, pero él estaba listo para escupir las palabras con la mandíbula rota si era necesario.

—Hemos perdido a Tamas —dijo Ket—. No hay forma de que sobreviva en Kez. Es mejor darlo por muerto. Y en cuanto a Mihali, si no fuera tan popular entre los hombres, haría que lo echasen. Es un demente muy persuasivo, y nada más.

—¿Entonces para qué peleamos esta guerra? —preguntó Taniel—. Si Kresimir está del lado de Kez, no podemos ganar. A menos que... Ah. A menos que vosotros no creáis que Kresimir esté allí. No creéis que todo esto de lo sobrenatural sea real.

—Yo creo en lo que veo con mis propios ojos —dijo Ket—. Veo dos ejércitos enemigos. Si hubiera un dios presente, estaríamos todos muertos. Ahora bien. —Hizo una pausa para colocar una silla frente a Taniel; luego se sentó y se cruzó de piernas—. La amenaza de dolor físico obviamente no significa nada para ti. ¿La muerte? —Lo estudió por un momento—. No, tampoco —continuó—. Esto es lo que sucederá: Tu historial será transferido a la Tercera Brigada. Mantendrás el rango, pero al mando de una compañía de fusileros elegidos especialmente que llevarán adelante las tareas que yo les asigne. Ya no harás tus estupideces en el frente de batalla. No eres un soldado de infantería.

—Queréis vuestro propio mago de la pólvora como mascota, ¿eh?

Ket continuó como si no lo hubiera oído hablar.

—Te disculparás con la mayor Doravir. En público. Después de eso leerás una nota que habremos preparado (una vez más, en público) en la que te disculpas por tu mala conducta y juras por la memoria de tu padre que obedecerás las normas del ejército adrano.

—No lo haré.

—La muchacha salvaje ya no compartirá tu habitación. Yo no apruebo tales relaciones ilícitas entre mis oficiales. Sobre todo, con una salvaje.

Taniel la miró con expresión burlona.

—No hay nada ilícito.

—¡No he terminado! La muchacha será realojada con las lavanderas de la Tercera. Tú podrás hablar con ella durante diez minutos al día. No más.

—¡Eso es absurdo! —Taniel se inclinó hacia delante—. Ella no es del ejército adrano, ella es...

Lo silenció el puño del preboste. El golpe casi lo hizo caer, pero el otro preboste se adelantó y mantuvo firme la silla.

—No vuelvas a interrumpirme —dijo Ket con frialdad—. Ya he tolerado tu insubordinación el tiempo suficiente. Se corre el rumor de que la muchacha es alguna clase de hechicera. Haré que la vigilen. Si intenta irse del campamento, recibirá una paliza. Si intenta

encontrarte, recibirá una paliza. ¿Entiendes? Ah, y antes de que digas nada... sí, puedo retenerla aquí. Estamos en tiempo de guerra. La conscripción es una realidad.

Taniel esperó unos momentos antes de hablar.

—Mataré a todo aquel que le ponga una mano encima.

—Haz todas las amenazas que quieras, pero no puedes protegerla todo el tiempo. Harás todas estas cosas que digo, o les entregaré tu muchacha a los dragadores. Has oído hablar de ellos, ¿no? La escoria de la Tercera. Hombres tan viles que ni siquiera la Guardia de la Montaña los acepta. Yo reformo a tales hombres, y cuando no tengo éxito, los ejecuto. —La general Ket se puso de pie y se acercó hasta quedar junto a Taniel. Le susurró—: Yo no apruebo ni fomento la violación. Pero entiendo que es una herramienta psicológica poderosa, y no creas que no les entregaré a tu pequeña salvaje a los dragadores para que hagan lo que quieran.

Taniel se preguntó si podría matarla en ese momento. Tendría que usar los dientes para eso. Arrancarle la garganta. Tal vez los prebostes fueran lo suficientemente rápidos para detenerlo. Quizá valiera la pena intentarlo.

—No soy un monstruo, capitán. No hago esto por capricho. Es mi deber imponer el orden en este campamento, y lo haré aunque le cueste la inocencia a tu pequeña salvaje. ¿Entiendes?

Taniel sintió que la furia lo abandonaba. No sometería a Ka-poel a eso, no podía hacerlo.

—Sí —dijo.

La general Ket se dirigió hacia la puerta.

—Desatadlo. Limpiadlo. Está confinado a sus aposentos hasta que se disculpe con la mayor Doravir.

Tamas observaba la lenta marcha de la columna, que iba emergiendo de entre los árboles de Hune Dora y salía a la llanura del río conocido localmente como el Dedo Grande.

La llanura tenía poco menos de un kilómetro de ancho, desde el bosque hasta la orilla del río. El terreno era rocoso, pero no excesivamente, y estaba lleno de abundante sedimento arenoso. Si el verano hubiera sido húmedo, el lugar habría resultado imposible de cruzar para una caballería de muchos jinetes, y eso les habría dado una mayor ventaja, pero en ese momento, la llanura estaba seca y dura.

El Dedo Grande era el primero de una serie de ríos provenientes de las montañas, conocidos colectivamente como los Dedos de Kresimir. Era profundo y tenía mucha corriente, y era imposible de cruzar sin balsas sólidas que se pudieran empujar desde una orilla para terminar del otro lado corriente abajo. O por medio del puente.

El puente no se veía por ninguna parte.

Tamas fue oyendo los gritos de consternación a medida que la noticia iba pasando por la columna. Sintió una punzada de dolor por sus hombres. Estaban hambrientos, cansados, abatidos por el calor, y acababan de llegar a la única esperanza que les quedaba de escapar y se habían encontrado con que ya no estaba allí.

Lo que no sabían era que Tamas había mandado a destruir el puente.

Del otro lado de la llanura, cerca del río, Tamas vio unas fogatas. Encima de las llamas se asaban trozos de carne, los últimos caballos capturados a los keseños hacía una semana. Suficiente para alimentar a diez mil hombres.

Gavril atravesó la llanura al galope y Tamas notó que había dejado con vida su propio caballo. El otro le hizo un saludo y dijo en voz alta:

—La corriente se ha llevado el maldito puente.

—¡Diablos! —Tamas se golpeó la palma de la mano con el puño.

Gavril continuó.

—Sacrificamos el resto de los caballos y buscamos madera para hacer balsas. Necesitaré hombres para fabricarlas.

—Muy bien. Tenemos medio día hasta que los keseños nos alcancen. ¡Olem!

El guardaespaldas casi saltó en su silla de montar. Avanzó con su caballo hasta quedar junto a Tamas. Se había mantenido más atrás desde el incidente con Vlora.

—¿Señor?

—Organiza la comida de los hombres. Reúne a los oficiales para que pueda darles sus órdenes.

—Sí, señor. —Olem agitó las riendas y avanzó por la columna, encogido sobre su montura como un niño cuyo perro acababa de morir.

Gavril acercó su caballo a Tamas.

—¿Qué diablos le dijiste a ese hombre? No he visto a nadie con tal expresión de culpa después de ver el rostro de lady Femore cuando su esposo me encontró en la cama con ella y con la hermana de él.

—Le dije que no quería que continuara su relación con Vlora. Tamas observó a Olem mientras el otro ordenaba que algunos hombres lo ayudaran a distribuir la comida. Tendría que mantenerlo organizado. Once mil hombres hambrientos bien podían comenzar un disturbio.

—También le ordené a Vlora que no siguiera. Ella desobedeció... con vehemencia. —Tamas no podía tolerar esa clase de insubordinación; no en tiempos de guerra. No sabía qué iba a hacer al respecto. Lo había estado evitando durante dos días.

Gavril lanzó una gran carcajada y se dio una palmada en la rodilla.

Tamas consideró hacerlo caer del caballo de un puñetazo, pero descartó la idea. No quería arriesgarse a romperle el cuello, aunque le viniera bien.

—¿Todo bien? —preguntó Tamas en voz baja, señalando con la cabeza en dirección al río.

—Sí —respondió Gavril—. Tumbamos el puente ayer, pero a los muchachos no pareció agradarles. No puedo prometer que no dirán nada.

—Lo último que necesito es que se corra el rumor de que yo di la orden.

—Haré todo lo posible por mantenerlos callados —dijo Gavril—, pero si esto se convierte en una trampa mortal, usaré mi último aliento para maldecir tu nombre. —Su expresión le dejó claro a Tamas que bromeaba solo en parte.

—Eso me parece justo. ¿A qué distancia están los coraceros?

—Según mis exploradores, a un día. —Gavril se rascó la barba—. Espero que estés seguro sobre esto. Podríamos haber hecho que el ejército cruzara el río y estar a salvo durante otras dos semanas, buscando comida y descansando, y luego los habríamos enfrentado del lado norte de los Dedos en mejor estado.

—Estoy seguro —dijo Tamas.

Miró hacia el oeste. El Dedo Grande serpenteaba y desaparecía detrás del bosque Hune Dora a aproximadamente un kilómetro y medio río abajo. Al día siguiente tendrían toda una brigada de caballería pesada cabalgando río arriba por aquella llanura. Quedarían encerrados y con desventaja numérica.

—No me enfrentaré a tres brigadas de caballería bajo el mando de Beon je Ipille en la llanura de la Expansión del Norte. Sería un suicidio, incluso para mí. ¿Vendrás a la reunión?

Gavril echó un vistazo hacia las fogatas.

—Le echaré una mano a Olem para organizar el almuerzo.

—Bien. Los hombres necesitarán sus fuerzas. Después los pondré a trabajar. Será una noche larga.

Tamas cabalgó hacia el grupo de oficiales, que se encontraban a unos metros del río. Algunos de ellos seguían montados. El resto estaba a pie, pues les habían dado sus animales a los exploradores de Gavril hacía dos semanas.

Tamas pasó la mirada por sus hombres allí reunidos. Estaban presentes todos sus generales, coroneles y mayores. Desmontó.

—Caballeros —dijo—. Acercaos. Disculpad si no os ofrezco un refrigerio. Olvidé a mi dios-chef en Budwiel.

El comentario generó algunas risitas forzadas. Tamas sintió una ligera desazón y se obligó a reevaluar a sus oficiales. Eran un grupo patético. Estaban demacrados, sin afeitar, y tenían el uniforme sucio.

Algunos tenías las cicatrices de sus recientes escaramuzas contra los dragones keseños. Los que aún tenían su caballo habían seguido su ejemplo y les habían dado buena parte de sus raciones a los soldados que marchaban. Estaban cansados, hambrientos, y él notaba el miedo de sus ojos. Ese miedo no había sido tan marcado antes de que se enteraran de que el puente ya no estaba.

—Como podéis ver, el puente que teníamos la esperanza de cruzar para escapar ya no está. Esto me ha obligado a cambiar nuestros planes. Los dragones keseños estarán aquí con toda su fuerza hacia el final del día. Los coraceros llegarán mañana.

—No tenemos tiempo suficiente para que podamos cruzar el río todos —dijo alguien.

Tamas buscó el origen de esa voz. Era un mayor, al mando de los intendentes de la Novena Brigada. Le faltaban las charreteras y tenía un tajo de hacía dos días en el puente de la nariz; la sangre coagulada estaba casi negra.

—Así es —admitió Tamas.

Se elevó un clamor de voces. Tamas suspiró. En un día normal, aquellos eran sus mejores oficiales. Ninguno de ellos lo habría interrumpido. Aquel no era un día normal.

Tamas levantó una mano. Pasaron algunos instantes, pero el barullo se acalló.

—Cruzar el río en medio del pánico en balsas hechas con prisas nos dejará el ejército dividido y desorganizado. Los comandantes de los dragones de Beon no dudarían en atacar en masa en el instante en que lleguen. Entonces esperaremos y cruzaremos el río en medio del pánico, pero mañana por la tarde.

Sus oficiales se lo quedaron mirando, sin comprender. Nadie dijo una palabra hasta que el coronel Arbor abrió la mandíbula y se quitó los dientes postizos.

—Estáis tendiéndoles una trampa —dijo Arbor.

—Precisamente.

—¿Cómo podemos tenderle una trampa a una fuerza que tiene la mitad de nuestros hombres, pero de caballería? —protestó el general Cethal, de la Novena Brigada.

Era un hombre robusto, de mediana estatura. Sentía un recelo particular contra la caballería porque, diez años antes, una maniobra de flanqueo de la caballería gurla le había costado dos regimientos y el ojo izquierdo.

—Haciéndonos pasar por un blanco fácil. —Tamas recogió un palo recto y quitó un poco de la alta hierba para poder dibujar en la tierra arenosa de la llanura.

—Pero *somos* un blanco fácil.

Tamas no le hizo caso.

—Esta es nuestra posición. —Dibujó una línea que representaba el río, y luego unos galones para las montañas—. Las divisiones más reducidas de caballería pesada vendrán desde el oeste. La fuerza de dragones, más numerosa, del sur. General Cethal, ¿qué es lo primero que les enseñamos a nuestros futuros oficiales en la academia?

—El terreno es la clave.

—Exacto.

—Pero, señor —insistió el general Cethal—, nos habéis colocado en una llanura aluvial con casi diecisiete mil soldados de caballería cayéndonos encima. No se me ocurren peores situaciones.

—Tenemos el río a nuestra espalda —dijo Tamas—. Y tenemos una cantidad de soldados significativa. Mañana, el terreno estará muy distinto.

—¿Queréis modificar el terreno según nuestras necesidades? —El general Cethal meneó la cabeza—. Eso es imposible. Necesitamos una semana para prepararnos.

Tamas le clavó la mirada al general Cethal.

—Esperar la derrota seguramente nos la traerá —dijo en voz baja.

—Lo lamento, señor —dijo Cethal.

Tamas se tomó un momento para mirar a cada oficial a los ojos antes de continuar.

—Los antiguos delivíes, antes de la Era de Kresimir, eran extranjeros para los Nueve. Nuestros propios ancestros eran tan solo algunos de los bárbaros a los que los delivíes se enfrentaban. Contaban con poco más de una fracción de luchadores, pero estaban mejor organizados. Una legión deliví podía marchar casi cincuenta kilómetros y crear una fortificación entera para acampar en solo un día. Sobrevivieron porque tenían la disciplina y la voluntad. Nosotros haremos lo mismo. —Mientras hablaba, Tamas había seguido dibujando líneas con el palo en la tierra. Señaló una línea—. El suelo es un tanto rocoso, pero la tierra está floja y no es difícil de excavar. —Señaló una serie de equis—. En el bosque Hune Dora hay madera en abundancia.

El coronel Arbor se puso en cuclillas junto al dibujo improvisado y lo estudió durante un momento. De pronto se rio.

—Podría funcionar. ¿Pongo a cavar a mis muchachos?

—Tu batallón tiene el primer descanso. Trabajaremos toda la noche, por lo que se irán turnando. Luego, cortarán árboles. General Cethal, tus hombres excavarán.

—¿Mis hombres? ¿La Novena?

—Sí. Todos ellos.

—¿Vuestra idea es levantar una palizada? —preguntó el general Cethal.

—No del todo —dijo Tamas—. Poneos a excavar. Iré en una hora y

le daré instrucciones específicas a cada compañía. —Hizo un gesto con el palo para echarlos—. Poneos a trabajar.

Tamas observó a los oficiales dirigirse hacia sus hombres. Aquella sería una noche larga. Tamas rogó que, cuando llegara la mañana y comenzara la batalla, sus esfuerzos hubieran valido la pena. De otro modo, habría agotado a todos sus hombres para nada.

—Mihali —susurró para sí—, si aún estás con nosotros... necesito ayuda.

Era lo más cercano a una plegaria que había dicho en su vida.

Adamat y SouSmith observaron la mansión abandonada donde se mantenía prisionero al Privilegiado Borbador. La calle estaba vacía; el aire, tranquilo, Unas nubes oscuras se cernían amenazantes sobre el horizonte, hacia el sur, y el viento comenzaba a soplar con más fuerza. Aquella sería una noche tormentosa.

En la mansión no había señales de los soldados de Verundish. Adamat no estaba seguro de si eso era algo bueno o no. Él había dejado el dinero el día anterior en una dirección que la coronel deliví le había dado. No pudo evitar pensar en todas las cosas que podían salir mal, y se preguntó si ella no habría tomado el dinero y sencillamente había movido a Bo a otro escondite.

Adamat descendió de la colina y recorrió las ruinas hasta que llegó a la zona de servicio. Las camas ya no estaban y no había basura. El único indicio que delataba el hecho de que había habido soldados allí eran las cenizas calientes de uno de los hogares. Adamat se ponía más y más nervioso a cada paso que daba. ¿Había sido todo para nada?, ¿chantajear al Propietario y juntar el dinero?

La puerta de la habitación donde habían mantenido a Bo estaba cerrada. Adamat giró el pomo de la puerta y entró.

El Privilegiado Borbador no estaba. La silla, la cama e incluso el atril con el libro seguían allí, pero Bo no.

—¡Diablos! —Adamat pateó el atril—. Esa maldita... —Se dejó caer en la silla con la cabeza entre las manos. Había cogido el dinero y se había marchado, así de simple. Y con ella, el Privilegiado Borbador y toda esperanza que Adamat había tenido de recuperar a su esposa.

SouSmith se inclinó contra el rellano de la puerta, observando a Adamat con gesto preocupado.

—¿Qué harás? —preguntó.

Adamat quería arrancarse los ojos. ¿Qué podía hacer? Pensaba que conocía lo que era la desesperación, pero aquello...

El suelo del salón crujió. SouSmith se volvió. Adamat se sacó la pistola del bolsillo. Si se trataba de Verundish, le dispararía sin pensarlo dos veces.

Bo pasó por delante de SouSmith y entró en la habitación. Tenía el

cabello peinado hacia atrás, las solapas enderezadas y la barba afeitada, con las patillas largas y densas.

Adamat sintió que sus miembros se debilitaban. Se desplomó hacia atrás en la silla y miró al Privilegiado.

—Y yo pensé que os veíais abatido la última vez que hablamos —dijo Bo—. ¿Qué os ha pasado en la nariz?

—Voy a golpear a la próxima persona que me lo pregunte. —Siempre y cuando no fuera un Privilegiado, agregó Adamat mentalmente.

Bo le sonrió levemente.

—Gracias —dijo— por hacer que me liberen. Me trataron bien, pero a nadie le agrada estar amarrado así, sin siquiera poder mover las manos. —Flexionó los dedos—. Están muy rígidos.

—No es nada —dijo Adamat—. ¿Ahora cumpliréis con vuestra parte del trato?

—Tengo algunas cosas que hacer. —Bo fue hasta la ventana y miró hacia afuera.

Adamat sintió que se le tensaba el pecho. ¿Cosas que hacer?

—Os necesito ahora.

—Me tendréis mañana.

—No iréis a ningún lado sin mí —dijo Adamat—. Necesito estar seguro de que cuento con vuestra ayuda.

—¿No confiáis en mí?

—No puedo darme ese lujo —dijo Adamat.

—Si yo decido ignorar nuestro acuerdo, vos no podríais detenerme. —No era una pregunta, sino un comentario.

—Puede que no —admitió Adamat.

Se quedaron mirándose mutuamente por unos momentos, y Adamat tuvo que recordarse a sí mismo lo joven que era Bo. ¿Veinte años? ¿Veintidós, tal vez? Sus ojos eran mucho más maduros, los de un hombre que había visto muchísimo sufrimiento y había vivido para contarlo.

—Como queráis —dijo Bo.

—¿Solo necesitaréis una noche?

—Sí.

—SouSmith —dijo Adamat—, ve a ver al sargento Oldrich y luego al eunuco. Diles que planeo actuar mañana, que se reúnan conmigo en el piso franco.

El enorme boxeador asintió con la cabeza y se fue.

Adamat siguió a Bo hasta la calle. El Privilegiado caminaba con paso decidido, como si tuviera cosas que hacer, con la cabeza en alto y los ojos alertas. Caminaron media hora hasta conseguir un carruaje. Bo le dio indicaciones al conductor y abordaron el vehículo.

—Cuando mencionasteis al eunuco... —dijo Bo sacando las manos

de los bolsillos. Adamat notó que no llevaba puestos guantes de Privilegiado—, ¿os referíais al eunuco del Propietario?

Adamat se alisó la pechera del abrigo.

—Así es.

—Qué amigo más peligroso que tenéis. La camarilla intentó matarlo un par de veces. Obviamente, sin éxito.

—¿Al Propietario o al eunuco?

—Al eunuco —respondió Bo—. El Propietario tenía una tregua precaria con la camarilla, pero a Zakary nunca le agradó el eunuco. Dejó de intentar matarlo cuando un Privilegiado que envió tras el eunuco terminó muerto.

—¿El eunuco mató a un Privilegiado?

—No es de dominio público —dijo Bo—, pero sí.

El Privilegiado se quedó en silencio el resto del viaje, mirando por la ventana y tanteando algo que tenía debajo de la chaqueta.

Adamat supuso que se trataba del carbúnculo de demonio. La joya que llevaba colgada del cuello y que a la larga lo mataría si no vengaba la muerte de Manhouch.

—Es aquí —dijo Bo de repente.

Se bajaron del carruaje en medio del Barrio de los Panaderos. El aire tenía aroma a pan caliente y a pasteles de carne, lo que hizo que a Adamat se le hiciera agua la boca.

—Voy a comprar algo para comer —dijo, y se detuvo junto a un vendedor de pasteles.

—Compradme uno a mí también —respondió Bo— y después subid. Se metió en un edificio bajo de ladrillos ubicado entre dos panaderías.

Adamat compró dos pasteles de carne y siguió a Bo al interior. Cuando llegó a lo alto de la escalera, se encontró en un apartamento de una sola estancia. Había una mesa y una cama, con un viejo colchón relleno de paja, y una ventana que daba al callejón que había detrás de la panadería.

Bo estaba de pie sobre una silla en medio de la habitación, haciendo presión contra el techo con los dedos.

—¿Qué estáis haciendo?

Bo no le respondió, sino que le dio un fuerte golpe al techo. El yeso cedió y de pronto cayó una caja, que dio contra el suelo con un gran estrépito.

Adamat agitó una mano en el aire para alejar el polvillo de yeso de su rostro, mientras Bo abría la caja. Dentro había un par de guantes de Privilegiado, y lo que parecían ser miles de billetes nuevos, atados todos juntos con una cinta de seda.

—Me habría esperado algo un poco más... mágico —dijo Adamat.

Bo se puso los guantes de Privilegiado y flexionó los dedos, luego

comenzó a apartar billetes sobre el suelo, junto a la caja.

—Yo no fui criado como Privilegiado —dijo Bo—. No como la mayoría de los otros. Yo provengo de las calles.

—Entonces... ¿una caja en el techo?

—No soy estúpido. Las guardas que hay en la caja harán volar por la habitación a cualquiera que la toque y que no sea yo.

—Ah.

—¿Cuánto le pagasteis a Verundish por soltarme?

—¿Por qué?

—¿Cuánto?

—Setenta y cinco mil —dijo Adamat.

Bo le entregó dos pilas de billetes. —Aquí hay cien mil.

—No puedo aceptarlo —dijo Adamat, intentando devolverle el dinero—. Aún necesito vuestra ayuda, yo...

Bo puso los ojos en blanco.

—Aceptadlos. Os ayudaré igualmente. No me importa cómo obtuvisteis el dinero, pero no puede haber sido fácil. Yo pago mis deudas por duplicado, cuando puedo.

Adamat solo se guardó los billetes en los bolsillos cuando entendió que Bo no aceptaría un no como respuesta. Haciendo una cuenta rápida, Bo tenía más de un millón de kranas en esa caja. Era una suma abrumadora para un hombre como Adamat. Pero para un hombre como Bo, que había pertenecido a la camarilla real, probablemente se tratara de una insignificancia.

El Privilegiado lo envolvió todo en papel de estraza y lo ató con un lazo, como si se tratara de un gran paquete que acabara de adquirir en alguna tienda, y se guardó cuatro montones de kranas repartidos por el cuerpo. Cuando terminó, se puso de pie y le hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos.

Bo no le permitió a Adamat que lo acompañara en la siguiente parada, ni en la siguiente a esa. Fue en la cuarta parada, cuando ya había oscurecido hacía rato, cuando Adamat finalmente sintió tanta curiosidad que decidió seguirlo.

Se encontraban en una de las partes más agradables de la ciudad, donde la creciente clase media vivía en casas elegantes de dos plantas y marcaba la línea entre la nobleza y los pobres. No era muy distinto al lugar donde vivía Adamat, tal vez un poco más concurrido.

Bo salió del carruaje y se metió en un callejón largo que había entre dos edificios de apartamentos amplios. Adamat esperó un momento y luego se escabulló detrás de él.

Se detuvo en el borde del callejón y miró desde la esquina; Bo estaba llamando a una puerta. Un momento después, lo dejaron pasar. Adamat avanzó lentamente por el callejón hasta que llegó a una

ventana que daba al interior del apartamento.

Dentro había un par de niños jugando junto a un hogar enorme. Un niño y una niña de unos ocho y diez años de edad. La ventana estaba abierta para aprovechar los frescos vientos de la tarde. Adamat fue hasta la ventana siguiente, que daba a una cocina.

De pie junto a la mesa de la cocina había un hombre de largo bigote y hombros fuertes mirando ceñudo a Bo. La mujer sentada a la mesa estaba tejiendo.

—Solo diez minutos de tu tiempo —decía Bo. Extrajo un fajo de billetes del bolsillo y los arrojó sobre la mesa.

La mujer dejó caer las agujas de tejer y se llevó una mano a la boca. El hombre resopló al ver tanto dinero. Bo extrajo otro fajo y lo añadió al primero.

—Lo que tú digas —dijo el hombre—. Solo déjame ir a buscar mi abrigo.

La puerta se abrió y Adamat se vio forzado a apretarse contra la pared, esperando que la oscuridad lo ocultara de los ojos de Bo.

Bo siguió al hombre hasta el callejón y le hizo un gesto de que siguiera caminando. No estaban a más de tres metros de Adamat cuando se detuvieron.

—Bien, ¿de qué se trata todo esto? —preguntó el hombre.

Bo levantó sus dedos enguantados en el aire y los chasqueó.

La cabeza del hombre giró ciento ochenta grados. Bo se apartó con destreza para esquivar el cuerpo, que se tambaleó y cayó. Pareció estudiar al hombre muerto por unos momentos, y luego se volvió y comenzó a caminar en dirección al carruaje.

Adamat no pudo evitar reaccionar. En sus tiempos había presenciado asesinatos horrorosos, hombres malvados haciendo cosas terribles, pero lo abrupto de aquello... Emergió de la oscuridad.

—¿Qué significa esto? —siseó.

—Seguid caminando. —Bo lo tomó del brazo con una firmeza sorprendente, lo hizo volverse y lo empujó hacia el carruaje.

Adamat no tuvo más alternativa que permitir que lo arrastrara. Pronto, el carruaje avanzaba por la calle, y a Adamat le costó encontrar la voz para expresar lo que acababa de ver. Aquello había sido un asesinato rápido y frío. Ni siquiera un sicario entrenado podría haberlo hecho mejor.

—Bien —dijo Bo. Cogió algo de debajo de la camisa, tiró y se lo arrojó a Adamat sobre el regazo—. Tomad. Ya no quiero tener esa porquería.

Adamat se quedó mirando la joya roja como un rubí que tenía sobre el regazo.

—¿Este es el carbúnculo de demonio? —No estaba seguro de querer tocarlo.

—Así es —dijo Bo.

—Pensé que teníais que matar a Tamas —dijo Adamat—. ¿Cómo hicisteis...?

Bo parecía muy satisfecho consigo mismo. No parecía tratarse de alguien que le había roto el cuello a un hombre a no más de diez metros de su esposa e hijos.

—Tenía que vengar al rey. Ese hombre de allí era el verdugo que colocó a Manhouch en la guillotina.

Finalmente, Adamat extrajo un pañuelo del bolsillo y levantó la joya para verla mejor a la luz de los faroles de la calle. Era cálida al tacto —no, estaba caliente— y parecía pulsar con una luz interna. Adamat se preguntó cuánto pagaría un joyero por una obra de arte de hechicería como aquella.

—Es precioso, ¿no? —dijo Bo.

—No puede haber sido tan simple. Fue un dios quien asignó la importancia que tenía el gaes. No podéis matar al ejecutor y listo. ¿No?

—Kresimir era solo un hombre —dijo Bo. Entrecerró los ojos, como si algo lo enfadara mucho—. Solo un maldito hombre con una cantidad terrible de poder. Puede que haya sido más listo que la mayoría, y que tenga más tiempo para pensar y planear, pero incluso los supuestos dioses comenten errores.

—¿Esta cosa es... segura? —preguntó Adamat.

—Completamente.

Adamat envolvió la gema con su pañuelo y se la guardó en el bolsillo.

—¿Por qué no se lo dijisteis a Tamas?

—No estaba seguro —dijo Bo—. Se me ocurrió hace poco, y habría quedado como un estúpido si sus soldados hubieran matado a un hombre inocente y el carbúnculo no salía.

—¿No estabais seguro? ¡Diablos! ¿Qué clase de hombre...?

Bo levantó una mano y miró a Adamat con frialdad.

—¿En qué momento os dio la impresión de que en la camarilla real había buenas personas?

—Vos me disteis esa impresión —dijo Adamat. Tragó saliva—. Sí. Así es.

—Bueno, reconsideradlo. —Bo se volvió hacia la ventana del carruaje—. Porque no soy un buen hombre. En lo más mínimo. Solo pago mis deudas.

Adamat se quedó mirando al Privilegiado durante varios minutos. ¿Era pesar lo que se le oía en la voz? ¿Una mueca en la comisura de los labios? Era imposible decirlo. Se recordó a sí mismo que los miembros de la camarilla real eran hombres peligrosos, no eran de fiar.

Solo rogó que Bo realmente estuviera de su lado.

Capítulo 22

Tamas calculó que contaban con dos horas antes de que cayera la noche y de que los dragones keseños estuvieran lo suficientemente cerca para explorar su posición.

El sonido de sus soldados talando unos árboles enormes en las lindes del bosque Hune Dora resonaba a través de la llanura. Los equipos de hombres arrastraban los árboles a mano por la pradera polvorienta hasta el lugar donde Tamas había decidido presentar batalla. Más cerca, el sonido de mil palas cavando en la tierra arenosa hizo que se le pusiesen los pelos de punta. Tamas odiaba ese sonido. Lo sentía como si alguien le estuviera raspando los molares con un clavo.

Encontró a Andriya limpiando su rifle cerca del río. El cinturón del Marcado se había ido decorando con colas de ardillas durante los últimos días. No tenía la misma apariencia que el resto de los soldados. Tenía las mejillas redondeadas por estar bien alimentado y en su rostro no había líneas de cansancio.

Sus ojos, sin embargo, lo delataban. Estaban muy abiertos y brillantes, y cambiaban de dirección constantemente. Al igual que el resto de los magos de Tamas, Andriya había estado flotando en un trance de pólvora constante durante varias semanas. Era algo terriblemente peligroso. Quedar ciego de pólvora podía dejar a cualquier mago mareado, desorientado, inconsciente o incluso muerto.

—Yo tomaría un poco menos de pólvora, soldado —dijo Tamas con suavidad.

Andriya lo miró de arriba abajo. Sus labios hicieron una mueca, y por un momento Tamas pensó que el otro le gritaría.

—Tenéis razón, señor —respondió Andriya—. Tal vez deba hacerlo.

—¿Dónde está Vlora?

Andriya se encogió de hombros. Tamas no pudo evitar preguntarse dónde se estaba yendo la disciplina en su ejército.

—¿Qué significa eso?

—Es que no lo sé, señor.

—Búscala.

—Se niega a hablar con vos, señor.

—¿Disculpa, soldado?

—Ella dijo, y, por supuesto, solo la estoy citando, que os podéis ir al diablo.

Tamas inspiró con fuerza. Aquello era inaceptable. Completamente inaceptable. Enseguida consideró sus opciones. Podía hacer que la azotasen. Si un soldado regular le hubiera dicho algo así, él no lo habría dudado. Vlora era..., ¿era qué? En otros tiempos, la habría considerado parte de la familia. Pero ella había dejado claro que ya no era así.

Además, ¿un azotamiento público en la víspera de una batalla importante? Puso los ojos en blanco para sí mismo. *Eso* sí que levantaría la moral.

También podría reprenderla públicamente. ¿Y si ella lo desafiaba?

A él no le quedaría otra que imponerle un castigo más severo. Con el carácter que tenía, tal vez tendría que hacer que la colgasen.

—Reúne a la camarilla de la pólvora —dijo Tamas—. Tengo tareas para asignarles. Dile a Vlora que se presente.

Andriya le hizo un saludo y siguió limpiando su rifle. Tamas se dirigió a las fogatas en busca de algo para comer.

Los soldados habían sido organizados en filas. Olem estaba en la cabeza de las filas junto con la mayoría de sus rifleros; todos hombres de confianza que podían mantener a raya a la infantería. Lo último que quedaba de la carne de caballo era distribuido deprisa, a medida que los soldados se acercaban con sus platos de peltre.

El campamento iba tomando forma a medida que continuaban con los preparativos de Tamas. Se levantaron las carpas y se hicieron pequeños fuegos. Se enviaron equipos para buscar alimento en el bosque o para pescar en el río. Iban surgiendo peleas y eran interrumpidas de inmediato, pero enseguida comenzaban en otro lado. La comida parecía ser la causa principal, ya que algunos soldados intentaban volver a colocarse en la fila para obtener una segunda ración. La carne los podría hacer aguantar toda la noche, pero la moral estaba baja y veinte caballos sacrificados no iban a suponer mucha diferencia.

—Señor.

La voz de Andriya le interrumpió los pensamientos. Diecinueve hombres y mujeres estaban reunidos frente a él: toda su camarilla de la pólvora, incluyendo a algunos reclutas que Sabon se las había arreglado para juntar antes de su muerte.

—Tenemos poca pólvora y pocas balas —dijo Tamas sin

preámbulos. Vio a Vlora en la parte de atrás del grupo, pero no esperó a sostenerle la mirada—. Mañana lucharemos contra casi dieciséis mil soldados de caballería. Estoy tendiendo una trampa para compensar la diferencia numérica, pero será una batalla brutal.

Tamas miró a su alrededor, de pronto se sintió cansado. Le dolía la pierna. Consideró tomar un poco de pólvora, pero se detuvo. Era mejor guardarla para los soldados. Fue hasta una piedra grande y se sentó, y con un gesto, les indicó a los magos de la pólvora que descansaran. La mayoría se sentó en el suelo. Vlora permaneció de pie con los brazos cruzados. Tamas no le hizo caso.

—Voy a redistribuir balas y pólvora entre los hombres para que tengáis lo suficiente para las próximas veinticuatro horas. Vuestra primera tarea: no permitáis que los exploradores keseños se nos acerquen a menos de un kilómetro. No les permitáis ganar el terreno elevado de la montaña. —Señaló hacia el este, hacia la pendiente de las montañas Adranas—. No les permitáis ver lo que estamos tramando. La vida de cada soldado depende es esto.

”Sin embargo —continuó—, quiero que vean que estamos haciendo *algo*. Que estamos cavando un poco. Haciendo preparativos, ensamblando balsas. Tal vez intentando reparar el puente. Cada cierto tiempo, permitid que alguno de sus exploradores se acerque más y dejadle escapar con una bala en el brazo, o algo igual de convincente.

”Mañana debería ser parecido. Supongo que Beon atacará en cuanto lleguen sus coraceros. Reconoce una oportunidad cuando la ve y nunca vacila para aprovecharla.

—¿Y si presiente que hay una trampa? —preguntó Andriya.

—Entonces cruzamos el río mañana por la noche y lidiamos con Beon del otro lado de los Dedos. Tamas tenía un muy buen presentimiento de que eso no sucedería. Beon necesitaba detenerlos de inmediato. Cuanto más al norte llegaran, más oportunidades tenían de recibir ayuda en Deliv y de poder regresar a Adro. Tamas rogaba que eso incentivara a Beon. Le tenía pavor a la idea de enfrentarse a los keseños en las llanuras de la Expansión del Norte.

—Haremos equipos —dijo Tamas—. Nueve y tres. Nueve haciendo guardia y matando exploradores keseños, tres descansando.

—No necesitamos descanso —dijo Andriya. Le esbozó una amplia sonrisa a Tamas. Tenía los dientes torcidos y amarillentos—. Solo necesitamos pólvora.

Tamas levantó la mano en dirección a Andriya.

—Ya tendrás tiempo para matar keseños —le dijo—. Todos necesitáis descansar esta noche.

Serían las seis de la tarde, y el sol abrasador ardía rojo sobre la Expansión Ámbar, hacia el oeste. Tamas se preguntó si aquella sería su última noche.

Los keseños lo superaban en número. Estaba envejeciendo. Ya no era rápido ni eficiente como lo había sido alguna vez. Tal vez Beon detectara la trampa e hiciera una maniobra mejor, o lo tal vez lo rodeara en la distancia, conformándose con ir matando soldados de Tamas hasta que él pudiera cruzar el río, y luego iría hacia el oeste, rodearía los Dedos, y esperaría por Tamas en la Expansión del Norte.

¿Había sido un error ordenarle a Gavril que destruyera el puente?

—¿Señor?

Tamas se despertó de su ensueño con un sobresalto. Los magos de la pólvora se habían ido, todos menos Vlora. Por un momento, él se imaginó que ella había vuelto a ser una niñita de unos diez años buscando su aprobación. El sol se había puesto en el cielo por el oeste y el campamento ya estaba completamente montado. Las fogatas ya habían disminuido su intensidad y había desaparecido todo indicio de los cadáveres de caballos. Miles de hombres trabajaban en la llanura mientras otros miles cortaban árboles en las lindes del bosque Hune Dora.

—¿Dónde están?

—¿Señor?

—Los magos de la pólvora.

En los ojos de Vlora hubo un dejo de preocupación.

—Los hizo retirarse hace más de una hora. Me dijo que me quedara.

—¿Y has estado esperando todo este tiempo?

—Parecíais preocupado.

Tamas dio una bocanada temblorosa de aire. De pronto recordó haber ordenado a Andriya y al resto de los magos que se retiraran, pero era como observarlo a través de una niebla espesa.

Estaba claro que estaba envejeciendo.

—¿Habéis comido, señor?

El estómago de Tamas rugió.

—Comí un poco de carne de caballo hace un rato.

—Os he estado observando, señor. No habéis comido nada cuando os acercasteis a las fogatas.

—Estoy seguro de que ha comido.

Vlora buscó algo en su cinturón, luego le tendió unos tubérculos blancos.

—Ayer encontré estas trufas en el bosque. Deberíais comer. Tomad, Tamas.

Tamas, reacio, extendió una mano, y ella las dejó caer.

Él vaciló, con la vista clavada en los hongos. Las trufas que crecían en los bosques de las montañas Adranas eran consideradas un manjar en la mayor parte de los Nueve. Eran pequeñas y de un color crema pálido. A él nunca le habían gustado demasiado.

—Gracias —dijo.

Vlora se inclinó sobre su rifle y miró en dirección al bosque. Él la miró de perfil. La había visto transformarse de una maga de la pólvora novata a una soldado competente, de entre los mejores. Era fuerte, y tenía una belleza que los años podrían disminuir, pero jamás hacer desaparecer del todo. Tamas sintió una punzada de pérdida, una vez más, por el hecho de que aquella muchacha nunca fuera a darle un nieto. Volvió a mirar las trufas que tenía en la mano.

—Lo que os dije antes, Tamas..., señor, no debería haberos hablado de esa manera. No frente a los hombres.

—No, eso es cierto.

Vlora se puso rígida.

—Aceptaré cualquier castigo que os parezca conveniente.

Tamas no sabía que su corazón era capaz de romperse. No después de tantos años. Inspiró profundamente.

—Eres una mujer adulta. Olem es un buen hombre. Él te hará feliz.

Ella pareció sorprendida. Pero no de la manera que Tamas pensaba.

—Solo es otro hombre —dijo ella—. Alguien para calentar las noches. —Cerró los ojos—. Somos soldados. Mañana, uno de nosotros podría haber muerto. Incluso si ambos sobrevivimos a la batalla, seguiremos adelante y encontraremos otras personas. Esta es la vida que hemos elegido. —Volvió a abrir los ojos y miró el campamento—. Todos nosotros.

Ah. Lo que todo soldado sabía muy bien. Los amantes eran algo breve, la pasión ardía como una vela; caliente en el centro, pero fácil de apagar. Era difícil mantener la llama encendida durante más tiempo del que duraba una temporada o una campaña.

—Puede ser una vida solitaria —coincidió Tamas.

—¿Creéis que podemos ganar mañana? —preguntó Vlora.

Tamas miró hacia el bosque. A sus soldados, trabajando en sus tareas. Ahora arrastraban árboles por la llanura en dirección al campamento. Se oía el sonido de los podones golpeando madera en la noche. En algún lado sonó un disparo de rifle. ¿Soldados cazando?, ¿o magos de la pólvora ahuyentando a los exploradores keseños?

—Creo que podemos ganar todas las batallas —dijo Tamas—. Esta... esta será difícil. Toda la base de mi plan podría derrumbarse si los keseños llegan a echar un buen vistazo a mis preparativos. Tenemos poca pólvora y pocas balas, y los hombres pasando hambre. Mañana tenemos que ganar o moriremos aquí.

De pronto tuvo frío, a pesar del calor, y se sintió viejo, muy viejo.

—No quiero morir aquí, señor —dijo Vlora. Se abrazó a su rifle.

—Yo tampoco.

—Señor.

—¿Sí?

—Gavril... él dijo que, hace mucho, vos enterrasteis a alguien junto al Dedo Pequeño. ¿A quién?

Tamas se sintió transportado. Sintió las salpicaduras del río furioso en el rostro, el lodo y la sangre en los dedos al cavar una tumba con las manos.

Se obligó a ponerse de pie, intentando no mover su pierna dolorida. Necesitaba el ejercicio.

—Yo he enterrado a incontables amigos. Y a más enemigos aún. Familiares y personas tan cercanas que también podía considerarlas como tales. Quiero volver a ver Adro. Quiero saber si mi hijo sobrevivió a sus suplicios. Pero antes de eso, hay mucho trabajo por hacer. Eso es todo, capitana. Puedes retirarte.

Taniel estaba sentado en sus aposentos, pensativo, mientras veía por la ventana una columna de vagones llevándose soldados heridos del frente de batalla. Consideró abrir los postigos y preguntar cómo iba la lucha, pero ya se imaginaba la respuesta: mal. Aquel grupo seguramente había recibido fuego de mortero; sus heridas eran sangrientas y variadas, y a juzgar por su uniforme, pertenecían todos a la misma compañía.

La general Ket lo había enviado a una posada que quedaba a unos ocho kilómetros del frente bajo guardia las veinticuatro horas. Parecían haber pasado semanas desde que Ket le había dado su ultimátum a Taniel. Pero él sabía que solo había sido una noche.

Los prebostes habían exigido saber dónde estaba Ka-poel. Taniel se había encogido de hombros y los había mandado al diablo, pero por dentro le preocupaba lo que llegarían a hacerle si la atrapaban. ¿Les habían dado órdenes de que le dieran una paliza como la que le habían propinado a Taniel? ¿O algo peor? Sin muñecos de ellos, ¿podría Ka-poel rechazar a los prebostes?

La general Ket había pasado por sus aposentos por la mañana para decirle que cada día que se negara a disculparse con la mayor Doravir era otro día que los hombres morían en el frente.

Taniel estaría luchando allí si no fuera por la general Ket. No permitiría que le convenciese de que era culpa suya que el frente hubiera retrocedido.

Taniel divisó a un joven desde su ventana. En realidad era un muchacho. No tendría más de quince años. Le habían cortado la pierna a la altura de la rodilla. No sabía si había sido una bala de cañón o un médico, pero le impresionó la calma de su rostro. Mientras que hombres que le triplicaban la edad se lamentaban por cualquier herida superficial, el muchacho estaba allí, sentado estoico en la parte trasera de un vagón con el muñón colgando del borde, mirando sereno a un nuevo grupo de reclutas que eran enviados al frente.

Taniel cogió su cuaderno de bocetos y comenzó a delinear el rostro del muchacho.

Sonó un golpe en su puerta. Taniel lo ignoró, quería darle algo de forma al retrato del muchacho para poder terminarlo después.

Casi había olvidado que habían llamado a su puerta cuando volvió a suceder. Fuera, el vagón se estaba moviendo y, con él, el muchacho herido. Taniel dejó caer el cuaderno de bocetos sobre la mesa y fue hasta la puerta.

Lo sorprendió ver a Mihali allí. El enorme chef tenía una bandeja de plata sobre una mano y una servilleta sobre el brazo opuesto. Tenía el delantal sucio de harina y lo que parecían ser manchas de chocolate.

—Lamento molestarte —dijo Mihali pasando por delante de Taniel. Los prebostes siguieron al chef al interior. Uno tenía una mesa plegable, el otro una botella de vino—. Aquí está bien —les dijo Mihali—. Junto a la ventana. Ahora, os pido un poco de privacidad, por favor.

Los prebostes refunfuñaron, pero colocaron la mesa y luego se retiraron al corredor.

—Siéntate —ordenó Mihali señalando la única silla de la habitación.

Él se dejó caer sobre el borde de la cama.

—¿Qué es esto? —preguntó Taniel.

—La cena. —Mihali le quitó la tapa a la bandeja—. Lomo de ternera braseado con quiche de huevo de codorniz y queso dulce de cabra, servido con vino tinto. Nada muy elaborado, me temo, pero el vino es una maravillosa añada del 47, y está frío.

¿Nada muy elaborado? El aroma que se elevaba de la bandeja hizo que Taniel se estremeciera de placer. Se le hizo agua la boca de inmediato, y se encontró en la mesa, incapaz de recordar sentarse, con un trozo de carne ya clavado en el tenedor. Se detuvo.

—¿Puedo?

—Claro, por favor —lo animó Mihali. Extrajo el corcho del vino y sirvió dos copas.

Era un poco desconcertante que Mihali lo observara comer, pero Taniel se acostumbró enseguida a la presencia del chef y pronto se encontró sirviéndose una segunda ración.

—¿Qué celebramos? —preguntó Taniel mirando a Mihali, que iba por su tercera copa de vino.

Mihali le sirvió otra copa a Taniel.

—¿Celebrar? ¿Tiene que haber una celebración para comer bien?

—Yo pensaba que sí.

Mihali meneó la cabeza.

—Oí que te habían relegado a tus aposentos y te estaban dando

raciones de soldado. Eso en mi diccionario se conoce como crimen de guerra.

—Ah. —Taniel sonrió, pero no estaba del todo seguro de que Mihali estuviera bromeando realmente.

Se inclinó hacia delante, cogió su copa de vino y notó que la botella aún seguía llena después de que se hubieran bebido... ¿cuántas? ¿cinco copas entre los dos? Tal vez Mihali tenía una segunda botella oculta por algún lado.

—Tengo una carta para ti —dijo Mihali, y extrajo un sobre de su delantal.

Taniel se detuvo con el tenedor en el aire.

—¿De quién? —masculló con la boca llena de huevo de codorniz.

—Del coronel Etan.

Taniel soltó el tenedor y cogió la carta. La abrió y pasó la mirada por el contenido. Cuando terminó de leer, echó la silla hacia atrás e inspiró profundamente. Ya no tenía hambre, ni siquiera por la comida de Mihali.

—¿Qué sucede? —preguntó Mihali.

—No os... —Taniel se tragó la réplica. Mihali había ido hasta allí desde el frente con toda una comida y le había entregado una carta que probablemente no le habría llegado de otra manera. El chef se merecía su agradecimiento, no su rabia. —Le pedí al coronel Etan que revisara los registros de intendencia sobre el uso de pólvora negra en el Ejército.

—¿Ah, sí?

—También pidió las órdenes de requisición. No coinciden. El Ejército ha pedido el triple de pólvora de la que ha usado, y el doble de la que realmente llegó al frente de batalla.

—¿Se ha perdido en algún lado? —preguntó Mihali.

—Más bien, se ha robado. No es algo inaudito que haya corrupción en un Ejército, incluso el nuestro, pero Tamas lo castiga con severidad en tiempos de guerra. Estos registros —dijo arrojando el sobre a la cama— indican que los intendentes están implicados. Y al menos un miembro del Estado Mayor. Alguien está ganando millones en esta guerra.

—Como tú dijiste —respondió Mihali—, no es algo inaudito.

—Pero la pólvora... a este ritmo, se nos acabará pronto. En todo el país, y entonces, sin importar lo superiores que sean nuestras tropas, quedaremos destruidos bajo la bota de Kez. ¡Maldita sea! —Taniel tamborileó los dedos contra la bandeja de plata que tenía frente a él. Quería arrojarla al otro lado de la habitación, pero aún quedaba un poco de carne—. ¿Podéis sacarme de aquí?

—Lo lamento, pero no lo creo —dijo Mihali suspirando—. Como te dije antes, el Estado Mayor no escucha una palabra de lo que digo. —

Mihali se dio una palmada en la barriga—. Tamas..., bueno, él tiene buen oído para la sensatez, incluso si no confía en la persona que le habla. Estos generales no ven más allá de sus propias narices.

Taniel se reclinó hacia atrás y sorbió su vino. Había algo en el tono constante de Mihali y en su actitud imperturbable que lo ayudó a calmarse.

—Aunque no lo creáis, son algunos de los mejores de los Nueve. —Para su propia sorpresa, no había resentimiento en su voz—. Aunque no sé si eso habla bien de Adro o mal del resto de los Nueve.

Mihali lanzó una risita.

—Bueno, eso explica por qué aún no hemos perdido. A pesar de ser tan inferiores en número.

—¿Cómo van las cosas en el frente? —preguntó Taniel—. O sea, puedo ver... —Hizo un gesto hacia la ventana, con el recuerdo de los vagones llenos de muertos y heridos aún fresco en su memoria—. Pero no he tenido noticas reales durante dos días.

—No van bien. Perdimos casi un kilómetro y medio ayer. —El rostro de Mihali se puso serio—. Tú estabas a punto de cambiar las cosas, ¿sabes? Detener ese avance de la semana pasada les dio a los hombres su primera victoria en meses. Tenían espíritu. Yo lo percibí. Habrían cargado detrás de ti hasta la garganta del mismísimo Kresimir.

—Diablos. Tengo que salir de aquí. Regresar al frente. Y necesito averiguar quién se está haciendo rico con la pólvora negra.

—¿Cómo?

—Estrangularé a cada intendente del Ejército hasta que alguno me lo diga. ¿Estáis seguro de que no podéis hacer que me liberen?

—Buena parte del Estado Mayor ni siquiera cree que soy un dios. Para ellos, solo soy un chef loco. La única forma en la que saldrás de aquí, Taniel, es si te disculpas con la mayor Doravir.

Taniel se puso de pie y fue hasta la ventana.

—De ninguna manera.

—No hagas chocar tu orgullo contra el de la general Ket —dijo Mihali—. Esa mujer hace que Brude parezca humilde.

Brude. Uno de los santos... dioses. Taniel miró por el rabillo del ojo a Mihali, bebiendo su cuarta copa de vino. Era fácil olvidar lo que Mihali era. Después de todo, uno esperaría que un dios actuara con tanta distinción como cualquier rey. No que chorreara vino por la comisura de los labios y se lo limpiara con la manga de la camisa.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Taniel.

Se preguntó si Mihali había aconsejado a su padre. No se imaginaba a Tamas pidiéndole consejos a un chef, incluso aunque creyera que Mihali era un dios.

—Disculparte con Doravir. —Taniel resopló por la nariz—. No

puedo visualizar mucho —dijo Mihali en voz baja, mirando su copa de vino—. El futuro está siempre en movimiento, siempre borroso, incluso para los que cuentan con la visión para verlo. Lo que puedo ver es que, si te quedas en esta habitación, seguiremos perdiendo terreno día a día. Los keseños nos empujarán hasta que salgamos del valle, nos rodearán y a la larga nos obligarán a rendirnos. O nos quedaremos sin pólvora, y sucederá lo mismo.

Taniel resopló, burlón.

—Yo soy solo un hombre. No puedo marcar tanto la diferencia.

—Un hombre siempre marca la diferencia. A veces es pequeña. Otras, hace que cambie el resultado de una guerra. Y tú..., tú no eres humano. Ya no.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué soy? —preguntó Taniel. A medida que Mihali hablaba, lo que decía tenía cada vez menos sentido.

—Mmm. No creo que haya una palabra específica para eso —dijo Mihali—. Después de todo, tú eres el primero en tu clase. Ahora eres como Julene.

Taniel dio una bocanada repentina.

—No soy un Predeii.

—No. No precisamente. No eres inmortal, después de todo. Pero claro, tampoco lo es Julene. Tan solo es eterna. No creo que tu hechicería te permita volverte eterno. Ni siquiera con la ayuda de Ka-poel. Pero eres el equivalente mago de la pólvora de un Predeii.

—Eso es ridículo. ¿Dónde está Ka-poel?

—Se está ocultando. Le ofrecí protegerla, con algunas reservas, claro. Esa muchacha me pone los pelos de punta. No aceptó. Pero puede que en algún momento yo necesite su ayuda. —Taniel se masajeó las sienes—. ¿Otra copa de vino?

—Creo que ya ha bebido suficiente.

—Como quieras. —Mihali se sirvió otra copa. Tenía las mejillas coloradas, pero aquel era el único indicio de que había bebido siete copas. Taniel notó que la botella de vino seguía llena.

—Dijisteis que podíais ver un poco del futuro —dijo Taniel—. Si me disculpo con la mayor Doravir, ¿entonces qué?

Mihali miró su copa de vino.

—Movimiento. Eso es lo que veo. Es un evento minúsculo, pero lo agita todo. Hace que la certeza se vuelva incertidumbre. Y en este momento, la certeza no nos augura nada bueno.

Taniel tomó una pluma y, en la parte de atrás de la carta de Etan, escribió una nota con tanta prisa que manchó la página con tinta.

—¿Podéis hacerle llegar esta carta a Ricard Tumblar? —preguntó—. No puedo enviarla por correo ordinario. Si alguien del Estado Mayor está sacando ganancias, tendrá ojos en todas partes.

—Puedo enviar a una de mis muchachas —dijo Mihali, y cogió la

carta.

—Gracias. ¿Sabéis dónde puedo encontrar a la mayor Doravir?

—Pues resulta que… sí.

Capítulo 23

Tamas observó el amanecer sobre las montañas Adranas y se preguntó si aquel sería el último que vería.

Los dragones keseños los habían alcanzado a última hora del día anterior. Acamparon en el bosque Hune Dora, a un kilómetro y medio del límite. Él se había pasado la mitad de la noche mirando sus fogatas titilando en la noche y escuchándolos cantar himnos de batalla de la caballería. Cada cierto tiempo, un disparo interrumpía el sonido distante, cuando alguno de sus exploradores se acercaba demasiado y se topaba con la bala de algún mago de la pólvora.

Ahora el mundo se encontraba en silencio, salvo por el sonido del caudaloso río contra las rocas detrás de él. Tamas yacía en el suelo, inclinado contra su silla de montar, a unos setenta y cinco metros del río. Tenía una carga de pólvora en la mano, y tanteaba constantemente el papel con los dedos.

En su mente, veía a los dragones levantándose de las tiendas, estirándose en el aire fresco de la mañana y preparando café fatrasto sobre las fogatas. Parecían tranquilos. Descansados. Sabían que su caballería pesada no llegaría durante algún tiempo y que Beon no atacaría hasta tener su fuerza completa.

—¿Dónde están los coraceros? —preguntó Tamas.

Su aliento salió en forma de neblina. A pesar del calor de los días de verano, las mañanas aún eran frescas tan cerca de las montañas.

Gavril miraba hosco hacia la línea de árboles, como si esperara que los dragones aparecieran en cualquier momento.

—A unas pocas horas de distancia. Creo que llegarán al mediodía.

—Estarán en formación hacia las dos de la tarde. A la una, si los generales de Beon son organizados.

—No es mucho tiempo para prepararnos.

—El tiempo suficiente. Olem.

El guardaespaldas se movió de su posición de centinela, a algunos

pasos a un lado de Tamas.

—¿Señor?

—Haz que los piquetes se retiren del bosque. ¿Están listas las balsas?

—Sí, señor. Son tres, bien grandes.

—Comenzad a trasladar soldados al otro lado del río. Primero a los heridos, luego a los soldados con menos experiencia. Tomaos tiempo. Calculo que los keseños atacarán entre la una y las dos de la tarde. Quiero mil hombres del otro lado del río cuando eso suceda. Los suficientes para que parezca convincente, pero no tantos como paraque nuestra capacidad de luchar quede anulada.

—Muy bien, señor. ¿Algo más? —El tono de Olem era tajante. Listo para la batalla.

—¿Ya saben todos dónde deben estar cuando comience la batalla?

—Sí, señor. Les hicimos practicar la mitad de la noche.

—Haz que todo parezca caótico. Quiero mucha gente dando vueltas por el campamento. Peleas. Si deben "perder" una de las balsas en el río, que así sea. Esto tiene que parecer convincente.

—Anoche hablé con el general Arbor, señor. Sus hombres ocultarán sus kits y sus rifles. Como si los hubieran abandonado.

—Bien. Puedes retirarte. Espera. Búscame a Andriya y a Vlora.

Olem se estremeció al oír el nombre de Vlora. Hizo un saludo y se alejó.

El viento soplaba desde el oeste, y Tamas vio una capa de nubes bajas acercándose desde las montañas Adranas. Si comenzaba a llover, lucharían en pésimas condiciones. Beon incluso podía llegar a retrasar el ataque, lo que significaría que todos los preparativos de Tamas habrían sido en vano.

Distraído, se preguntó si Mihali había oído su plegaria de la noche anterior.

—¿Qué planeas, Tamas? —preguntó Gavril.

—Es casi obvio desde este lado, ¿no?

—Desde que llegaron ayer, estuve explorando. A mí me parece una defensa a medio terminar.

—Perfecto. —Tamas se puso de pie. El campamento estaba distribuido en un cuadrado. Al norte, tenían el Dedo Grande fluyendo con mucho caudal. Hacia el este, una pendiente pedregosa que llevaba a la montaña evitaba que la caballería keseña hiciera una maniobra de flanqueo. Hacia el oeste y hacia el sur, habían apilado un montículo de tierra de unos noventa centímetros de alto, en el límite del campamento. Era una defensa baja estándar, detrás de la cual la infantería podía ponerse a cubierto fácilmente.

Prácticamente no aminoraría un ataque de caballería.

Sobre el montículo del oeste habían puesto troncos de árboles,

colocados juntos para formar unas equis enormes. Entre ellas, habían clavado estacas afiladas en la tierra. Aquella era una defensa mortal contra la caballería. Algunos cientos de hombres trabajaban intensamente agregando más de esas estacas donde el montículo se torcía para defender el lado sur. No eran los hombres suficientes. Quedaría un hueco en sus defensas de unos doscientos metros de largo. Un hueco por el que avanzarían diez mil dragones.

—Señor.

Tamas dejó de estudiar el campamento. Andriya y Vlora estaban en posición de firmes. Ninguno de los dos parecía haber dormido en absoluto durante la noche. Qué par de insensatos.

—Reunid a los magos de la pólvora —dijo Tamas—. Los enviaré del otro lado del río.

Ambos lo miraron sin comprender.

—¿Señor? —dijo Andriya. Las manos se le crisparon sobre el rifle —. Nos prometió que mataríamos keseños.

—Podéis hacerlo desde la otra orilla del río. No arriesgaré a ninguno de mis magos en la refriega. Los quiero ubicados en un lugar desde donde puedan disparar sin que les disparen... ni los apuñalen.

—¿Quiere que crucemos en tandas para mantener a raya a los exploradores keseños? —preguntó Vlora.

Tamas vaciló. Un viento helado atravesó el campamento y él notó una niebla baja avanzando desde las montañas, a través de la llanura.

—No. Ahora quiero que los exploradores keseños le echen un buen vistazo al campamento. Que se acerquen tanto como se atrevan.

—Señor, yo preferiría permanecer de este lado del río —dijo Andriya.

Tamas suspiró.

—Hoy no, Andriya.

Andriya aferró su rifle con fuerza.

—Señor, por favor. —Le mostró los dientes—. Me prometisteis que hoy mataría keseños.

—Desde una distancia segura —dijo Tamas separando las palabras con firmeza—. Además, ellos buscarán a los Marcados. Se sentirán más seguros de sí mismos si estáis del otro lado del río.

—Entonces, ¿vos venís con nosotros? —dijo Vlora.

Tamas frunció el ceño.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Sois uno de los magos de la pólvora, señor.

—No, yo debo permanecer cerca para dar las órdenes.

—Eso no es justo. —Andriya estaba furioso. Miró hacia el bosque, tenso como un sabueso que percibía a su presa—. Estoy en todo mi derecho de clavarle la bayoneta en el ojo a un noble keseño. Quiero tener sangre en las manos.

—“Sangre en las manos, *señor*” —lo corrigió Tamas. No necesitaba pasar por aquello. Tenía quince mil soldados de caballería a punto de caerle encima, y justo cuando pensaba que tal vez había solucionado las cosas con Vlora, Andriya comenzaba a insubordinarse—. Cruza el río. Es una orden, soldado.

Le dio la espalda a Andriya para dejar claro que la conversación había terminado. Los dos magos de la pólvora lo dejaron solo con Gavril. Tamas y Gavril permanecieron en silencio durante algunos minutos, observando la evolución del caos organizado del campamento. Había hombres gritando. A Tamas le pareció ver que alguien lanzaba un puñetazo. Un rato después, lanzaron la primera balsa. Se soltó de las manos de quienes la estaban manipulando y se alejó río abajo sin ocupante alguno. Se oyó un grito de consternación en las brigadas, y a Tamas no le pareció que fuera fingido.

—¿Dónde quieres que me coloque? —preguntó Gavril.

—Sobre tu caballo —dijo Tamas—. Tú y tus exploradores deberíais tomar el flanco este, por si algunos de los dragones de Beon intentan avanzar por el pedregal.

—Muy bien —dijo Gavril.

—Toma. —Tamas se desenganchó el sable de caballería del cinturón y se lo entregó a Gavril—. Es mejor arma para utilizar desde la montura.

—¿Tú no montarás?

Tamas sonrió, pero sin sentir la menor alegría detrás de la sonrisa.

—Yo tomaré el centro. Si no estoy a caballo, los hombres no me verán cuando caiga.

Gavril pareció considerar la gravedad de esas palabras antes de aceptar el sable de caballería.

Tamas extrajo la espada corta de su silla de montar y se la enganchó en el cinturón.

—Te veré después de la batalla —dijo Gavril.

Tamas le estrechó la mano, y se sorprendió mucho cuando Gavril lo abrazó, lo sostuvo por un momento, y luego se alejó para unirse a sus exploradores.

Olem regresó una hora después.

—¿Alguno de los hombres comió esta mañana? —preguntó Tamas.

—La verdad es que cogimos mucho pescado del río. Andriya cazó un par de cabras en la ladera de la montaña. Y quedaba un poco de caballo. Todos pudieron comer algo.

—Esperemos que sea suficiente —dijo Tamas.

Olem levantó la mirada.

—Al menos los buitres comerán bien.

Tamas observó que la niebla que había visto acercarse antes en ese momento envolvía todo el campamento. No era muy densa, unos

sesenta centímetros de altura. Lo suficiente para ocultar el suelo, pero no el propio campamento. Las nubes se habían situado sobre ellos. Amenazaban conlluvia, pero Tamas ya había visto esa clase de tiempo. No habría más que una ligera niebla.

Un clima extraño para un día de verano.

A las once y media, Tamas divisó un par de jinetes al oeste, a poco más de un kilómetro, en el meandro del río. Se echó un poco de pólvora sobre la lengua y los pudo ver con claridad. Uniformes canela y verde, debajo de petos brillantes, y con cascos con plumas.

Los coraceros habían llegado.

Adamat estaba en el quinto piso del campanario de Dwight con un catalejo en el ojo. Estudiaba a un sujeto de mirada sospechosa que vestía un chaleco rojo gastado y pantalones hasta las rodillas y que estaba sentado en un pórtico ubicado a unos setenta y cinco metros del escondite de Vetas.

—Tienen otro centinela en la esquina de la Siete y la avenida Mayflew —dijo Adamat.

Detrás de él se oyeron los arañazos de una pluma sobre papel. Revisó las calles una vez más con el catalejo y luego se lo entregó a una joven llamada Riplas, la segunda al mando del eunuco. Ella lo reemplazó en la ventana mientras él se volvía hacia los hombres reunidos en la atestada salita del campanario.

—¿Estáis seguro de que los tenéis a todos? —le preguntó el eunuco a Adamat.

Él lo miró de reojo. El día anterior, el eunuco había llegado con la escoria callejera más ruda que Adamat había visto en su vida: boxeadores, pandilleros, trabajadores portuarios, proxenetas y guardaespaldas. Cuarenta en total. No había dado ningún indicio de saber que estaba chantajeando a su amo.

—Los he estado observando durante casi dos semanas —dijo Adamat—. Van cambiando de lugar, pero entre vuestros informes y los míos, creo que los tenemos a todos cubiertos.

Él suponía que Vetas empleaba más de cien personas, basándose en las idas y venidas de la gente del lugar. No se trataba de una operación pequeña, y en la mansión podía haber treinta de ellos en todo momento. El Propietario había dicho que Vetas tenía sesenta matones.

Adamat miró a Bo. El Privilegiado estaba en cuclillas en un rincón de la sala, con los ojos cerrados y las manos metidas en las mangas de la chaqueta. Abrió los ojos, como si hubiera percibido que él lo estaba mirando. Adamat se estremeció. Aún seguía conmocionado por el asesinato casual del verdugo de Manhouch, que había tenido lugar el día anterior.

—La Privilegiada favorita de Vetas está aquí —dijo Bo—. En este mismo instante. Tampoco se trata de una idiota contratada. Tiene a disposición algunas cosas dignas de una camarilla.

Un pájaro emergió de las campanas que tenían sobre la cabeza, lo que hizo que Adamat se sobresaltara. Notó que fue el único y se alisó la pechera del abrigo. ¿Una Privilegiada poderosa? Eso no era bueno. En absoluto. Él contaba con que Bo pudiera neutralizar a la Privilegiada de Vetas mientras los hombres de Adamat tomaban el lugar.

Bo debió de percibir la pregunta tácita.

—La mataré. No os preocupéis por eso.

—Si esto se convierte en alguna clase de pelea entre vosotros dos, somos todos hombres muertos —dijo el eunuco.

—Bueno, vos no sois un hombre, precisamente —dijo Bo con una sonrisa. Señaló a Riplas con la cabeza—. Y ella tampoco. —Su sonrisa de pronto se tornó una mueca—. Y ella *definitivamente* tampoco.

Adamat se volvió y vio a Fell en la escalera del campanario. La graduada de la Academia Fontain llevaba un chaleco a medida, sin cola, y un par de pantalones de hombre ajustados con las perneras metidas en las botas.

—Ricard no puede prescindir de ningún hombre en este momento —dijo Fell—, pero me envió a mí.

El eunuco se volvió hacia ella con una expresión de desprecio.

—¿Acaso sabe él de los recursos que el Propietario está moviendo para esta operación? —preguntó.

—La verdad es que no —dijo Fell levantando una ceja—. Me imagino que le interesaría saberlo.

Adamat se interpuso entre ellos.

—Es más ayuda de la que suponéis —le dijo al eunuco. Que Ricard arriesgara a su empleada de diez millones de kranas significaba muchísimo.

—Bah —dijo el eunuco. Los dedos le golpeteaban a toda prisa contra la pierna. Parecía nervioso, y no el asesino tranquilo y pensativo al que Adamat había conocido hacía meses.

Adamat se volvió a acercar a la ventana y tomó el catalejo de Riplas.

—¿Algún centinela más? —preguntó.

—Ninguno.

—Entonces proceded con las asignaciones finales.

Riplas abandonó la sala. Ella tenía la posición y descripción de todos los centinelas de lord Vetas. Se las entregaría a los matones del eunuco y ellos harían el resto.

Todo estaba en su lugar. Ahora Adamat debía esperar.

Se llevó el catalejo al ojo y volvió la mirada hacia el centro de

operaciones de Vetas. Pasó más de una hora; Adamat fue observando desde allí a medida que los matones del eunuco se encargaban de los centinelas de Vetas. Sintió que le corría sudor por la nuca mientras esperaba. Había muchas cosas que podían salir mal. Ante el menor tropezón, Faye moría.

—¿Y si hoy no sale? —preguntó Bo.

La puerta de entrada de la mansión de Vetas se abrió y una figura familiar salió al exterior. Llevaba su elegante chaqueta negra, sombrero de copa y un bastón en una mano. Al verlo, Adamat sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Eso no será problema —dijo Adamat—. Está saliendo ahora.

Lord Vetas revisó la calle con un brevísimo giro de la cabeza. Probablemente recibía indicaciones de sus centinelas, de los más cercanos, a los cuales Adamat no había tocado.

Vetas asintió con la cabeza con un movimiento casi imperceptible. Una mujer atravesó la puerta, la misma que él había visto con un vestido rojo hacía ya algunas semanas, la de los rizos castaño rojizo; juntos se dirigieron hacia el sur por la avenida. Dos pasos por detrás de ellos los seguían un par de hombres musculosos muy bien vestidos. Unos segundos después, un tercero atravesó la puerta, esperó un momento y luego los siguió.

—Yo lo sigo —dijo Fell, y desapareció por la escalera.

—Eliminad a la sombra —le dijo Adamat al eunuco— y luego nos vemos en la casa. ¿Bo?

Bo se puso de pie y estiró los dedos, que ya tenía enguantados.

—Yo me acercaré un poco y desharé las guardas Privilegiadas. Me llevará algo de tiempo, pero estaré listo cuando regreséis.

El sargento Oldrich estaba esperando a Adamat en la capilla que había debajo del campanario. Estaba sentado en uno de los bancos, con las piernas levantadas y con una bola de tabaco abultándole la mejilla. Inclinó el sombrero hacia atrás, mientras miraba salir a Bo por una de las salidas.

—Así que —dijo Oldrich volviéndose hacia Adamat— conseguisteis un Privilegiado.

Adamat se armó de valor. No estaba seguro de cómo reaccionaría Oldrich después de que le hubiera dicho específicamente que no lo ayudaría a rescatar a Bo.

—Así es.

—Oí que Verundish despidió a sus hombres y que ayer se fue de la ciudad. Supuse que esa podría haber sido la causa.

—Hice lo que necesitaba hacer. Está libre de su gaes, si es que eso cambia las cosas.

—¿Ah, sí?

—Mató al verdugo que le cortó la cabeza a Manhouch.

—Ah —dijo Oldrich—. Bueno, seguramente el mariscal de campo estará encantado. ¿Estáis listo?

—Vamos.

Los soldados de Oldrich se les unieron cuando salieron de la capilla, y Adamat les indicó que se mantuvieran a setenta y cinco metros de distancia.

Adamat, a su vez, seguía a Fell. La veía entrando y saliendo del tránsito peatonal a medida que se iban metiendo más y más en la ciudad. Como había pasado la hora de comer, las calles estaban abarrotadas; a los hombres de Vetas les resultaría más difícil ver a Adamat, pero igual de difícil le estaba resultando a Adamat seguirles el rastro.

Habían pasado poco más de treinta minutos cuando Fell se detuvo y le hizo un gesto para que avanzara. Estaban en una intersección bastante transitada, justo a la vuelta de la esquina de un mercado de flores. Fell tenía la espalda apoyada contra la pared, con los hombros relajados, como si estuviera libre de toda preocupación. Adamat se colocó junto a ella y le copió el lenguaje corporal.

—Su sombra está allí —dijo ella, señalando lentamente con la barbilla. Adamat vio al hombre de inmediato. Estaba comiendo un pastel de carne y mirando la multitud con desconfianza. No era sutil, pero era un centinela eficiente. Detrás de él, no muy lejos, Adamat vio al eunuco—. Vetas está dentro del puesto de flores, a la vuelta de la esquina. Dejádmelo a mí. Que vuestros soldados se encarguen de los matones.

—Lo quiero vivo.

—Yo también —dijo Fell.

Adamat lo necesitaba con vida para que pudiera decirle dónde estaba Josep. Se preguntó por qué también Fell lo querría respirando.

—Ahí voy —dijo Fell. Desapareció por la esquina, con un movimiento despreocupado y elegante como el de un gato.

Adamat le dio la señal a Oldrich, luego se inclinó el sombrero hacia delante para ocultar su rostro y siguió a Fell.

Se abrió camino hasta el medio de la calle y pronto se le unieron Oldrich y seis de sus hombres. Cada uno de ellos contemplaba algún ramo o fingía hablar, pero Adamat no pudo evitar pensar que todo parecía demasiado obvio.

Los dos matones de Vetas estaban fuera de la floristería El Parque observando de brazos cruzados a la multitud. Adamat echó un vistazo en dirección a la sombra. El sujeto ya no estaba. Adamat tuvo la esperanza de que eso significara que el eunuco se había encargado de él.

A Adamat comenzó a tensársele hasta el último músculo mientras observaba la entrada de la florería por el rabillo del ojo. Tal vez Vetas

ya los había detectado y había desaparecido por el lateral. ¿Y si sus matones le avisaban? ¿Y si Vetas se las arreglaba para escabullirse entre la multitud?

Ya comenzaban a temblarle las manos por los nervios cuando, finalmente, lord Vetas emergió de la floristería con la mujer del vestido rojo. Ella llevaba un ramo de flores. Él le entregó un paquete a uno de los matones y estudió el mercado de flores.

Su mirada se cruzó con la de Adamat. Adamat sintió un sudor frío a un lado de la frente. Se puso tenso, listo para perseguir a Vetas a través de las calles.

Fell salió de la floristería, caminando como si fuera una clienta. De su manga cayó un estilete, ella lo hizo girar con elegancia sobre el hombro de Vetas y se lo apretó contra la garganta.

Los dos matones dieron un paso atrás gritando. Ambos extrajeron pistolas. La multitud se abrió.

Adamat sintió que estaba en un sueño. Se observó a sí mismo apuntar su propia pistola y disparar. Uno de los matones cayó. Al otro lo golpeó en la nuca uno de los soldados de Oldrich, y el resto de los soldados rodeó a Vetas a toda prisa y lo dejó oculto de la multitud.

Adamat se abrió camino con el hombro por entre los soldados hasta que llegó hasta Vetas.

Lord Vetas estaba de rodillas frente a Fell, con el estilete aún en la garganta. Ella le había quitado dos dagas muy parecidas y una pequeña pistola, que yacían sobre el suelo detrás de ella.

Adamat sintió un gran placer al ver la leve expresión de sorpresa en el rostro de Vetas. Desapareció de inmediato cuando Vetas vio a Adamat.

Sonrió.

—¡Adamat! Sospechaba que tal vez siguierais con vida.

—¿Ella sigue con vida? —Adamat apoyó el cañón caliente de su pistola contra el rostro de Vetas.

—Cada daño que me inflijáis —dijo Vetas sin encogerse ante la temperatura del cañón de la pistola—, se lo devolveré a vos y a vuestra esposa multiplicado por diez. Quiero que lo recordéis, Adamat.

—¿Entonces sigue con vida?

—Así es —dijo Vetas—. Pero eso cambiará en una hora y cuarenta y dos minutos si yo no he regresado. —Hizo una pausa y miró a los soldados que lo rodeaban—. Sospecho que sabéis dónde está mi centro de operaciones. Probablemente me hayáis estado observando muy de cerca. Bravo. ¿Pero contáis con suficientes hombres para entrar?

—¿Os referís a si podremos con vuestra Privilegiada? —preguntó Adamat—. Sí. Yo creo que sí. ¿Dónde está mi muchacho?

Vetas esbozó una sonrisa enfermiza de autosatisfacción.

—Una hora y cuarenta y un minutos. ¿Estáis seguro de que tenéis tiempo para esto?

Adamat miró a la mujer del vestido rojo. Oldrich la sostenía con fuerza del brazo. Ella lo miraba con rabia, con los ojos entrecerrados, pero él notó que a la muchacha le temblaban las manos.

—¿Quién eres tú? —le preguntó bruscamente.

—Nila —dijo ella.

—¿Qué trabajo haces para él? —Señaló a Vetas.

—¡Nada! Yo... nada. No trabajo para él. Solo estoy allí para cuidar a Jakob. ¡Es solo un niño!

—¿Qué estaba comprando Vetas allí dentro?

—¡Flores!

—¿Para quién?

—Lady Windeldwas, o algo así. —Nila se apartó el pelo de la cara.

—¿Lady Winceslav?

—Sí, esa.

—¿Por qué?

—No lo sé. —A pesar del miedo, la muchacha se mantuvo llamativamente calma ante el torrente de preguntas.

Adamat se volvió hacia Vetas.

—¿Por qué?

—Una hora y cuarenta minutos, Adamat —dijo él.

Adamat volvió a coger su pistola y le golpeó el rostro a Vetas con la culata.

—Átalos —le dijo a Fell. Y a Oldrich—: Sargento, asígnale cuatro de tus hombres. Necesitamos salir de las calles antes de que llegue la policía.

Fell obligó a Vetas a ponerse de pie, aún sosteniéndole el estilete contra la garganta. Oldrich envió con ella acuatro de sus hombres, junto con Nila y los dos matones heridos, y el resto de los soldados siguieron a Adamat.

Se encontraron con el eunuco a tres manzanas de la base de operaciones de Vetas.

—Mis hombres están en posición —dijo el eunuco.

—¿Dónde está Bo? —preguntó Adamat, agitado por la carrera.

Encontró al Privilegiado a la vuelta de la esquina, de pie en medio del a calle. Llevaba guantes negros sobre los de Privilegiado para ocultarlos. Murmuraba para sí mismo, con los dedos moviéndose silenciosamente en el aire frente a él, como si estuviera tocando un piano invisible con una mano y un arpa con la otra. Había tres o cuatro personas observándolo como si se tratara de un demente. Ciertamente lo parecía.

—Tenemos que entrar ahora —dijo Adamat.

Se inclinó sobre su pistola, tratando de ocultarla de la vista

mientras la recargaba.

Los dedos de Bo siguieron moviéndose en el aire.

—Avisé que necesitaría tiempo.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Adamat—. Sus hombres tienen órdenes de matar a Faye si él no regresa a la hora prevista.

—Qué desafortunado —dijo Bo con una mueca—. Decidle al eunuco que coloque a sus hombres en posición.

Se dio la orden y, cinco minutos después, el eunuco se unió a Adamat y a Bo.

—Estamos listos —dijo el eunuco.

Bo lo miró de arriba abajo, y los ojos permanecieron un momento en el traje a medida y en la cabeza calva.

—Me ponéis los pelos de punta.

—Lo tomaré como un cumplido.

Adamat se alisó la pechera de la chaqueta.

—¿Sargento?

Los soldados que le quedaban a Oldrich habían cogido sus rifles. Comenzaban a atraer la mirada de quienes pasaban por allí.

—Estamos listos —dijo Oldrich.

—Que sea un desfile entonces. —Bo se giró sobre los talones y marchó por el medio de la calle en dirección al centro de operaciones de Vetas. Sus dedos se movían haciendo música que solo él podía oír. Adamat y el sargento Oldrich se miraron. Aquel no era el modo en que habían tomado la casa de Offendale.

Bo no aminoró la marcha al dar vuelta a la esquina y avanzar hacia la casa de Vetas. Cuando llegó a la altura de la casa, en el centro de la calle, se volvió hacia ella. Levantó una mano sobre la cabeza. En una de las ventanas, un centinela gritó una advertencia.

A pesar de que Adamat no podía abrir su tercer ojo, sí podía percibir cuando un Privilegiado tocaba el Otro Lado junto a él. La hechicería fluyó hacia el mundo, Bo abrió los brazos y todo el frente del edificio se derrumbó como un trozo de pastel rebanado por un cuchillo gigante.

Adamat se quedó mirando el polvo levantado por los escombros. Los hombres del interior de la casa le devolvieron la mirada, tosiendo y sacudiendo con las manos el polvillo de yeso que había en el aire. La conmoción de su rostro era más que evidente.

El sargento Oldrich desenvainó su espada.

—¡A la carga! —gritó.

Y se desató el infierno.

Capítulo 24

Una columna de caballería pesada apareció por la llanura río abajo, al oeste de Tamas. La pluma de sus cascos se agitaba suavemente en la brisa, sus animales pisaban con confianza a pesar de la niebla baja que cubría el suelo.

Tamas levantó el catalejo y estudió al enemigo.

Los oficiales iban al frente, con sus charreteras rojas, gritando órdenes con los sables levantados.

Insensatos.

Desde el otro lado del río se oyó un disparo de rifle. Unos momentos después, un oficial keseño cayó de su caballo.

Avanzaban con paso relajado, como si tan solo fuera un ensayo para un desfile. Se oyeron más disparos de los magos de la pólvora, y los coraceros comenzaron a caer. La columna siguió avanzando.

—El tiempo húmedo tal vez nos anule la pólvora, señor —dijo Olem con la mirada puesta en las nubes.

—No lloverá —dijo Tamas.

—Hay una humedad terrible, señor. Esta niebla es extraña. Nunca he visto una niebla que bajara tan rápido de las montañas.

—Eso es porque se trata de la respuesta a una plegaria.

Tamas oyó una trompeta resonando por el bosque Hune Dora y miró hacia el sur. Hubo movimiento entre los árboles, a poco menos de un kilómetro, donde hacía solo unas horas su infantería había estado cortando árboles y arrastrándolos hasta el campamento.

Los dragones emergieron del bosque.

Tamas sintió que se le atragantaba el aliento. Tanta caballería en un solo lugar.

Él había visto una fuerza como aquella unas tres veces en toda su vida. En cada una de esas ocasiones, él había estado del lado de la caballería, y habían barrido con el enemigo que tenían delante. Los caballos avanzaron en línea, bien entrenados y sin temor. A diferencia

de los coraceros, alguien de entre los dragones había tenido la precaución de quitarles las charreteras a los oficiales, para que fueran más difíciles de identificar para los magos de la pólvora.

Detrás de él, el pánico de la Séptima y de la Novena pareció intensificarse, y a Tamas le preocupó que la farsa hubiera dejado de serlo. Él ya había visto a más de una infantería ruda desmoronarse en el frente ante una formación imponente de caballería.

Y la caballería keseña *era* imponente. El pecho con armadura de los caballos de los coraceros parecía formar un muro de acero en movimiento. Las plumas temblaban por el movimiento, y los uniformes inmaculados de sus jinetes solo aumentaban su magnificencia.

Tamas buscó por la línea de los coraceros. Con el trance de pólvora, llegaba a ver el rostro de cada hombre incluso a esa distancia. Pero identificar un rostro entre tantos otros era prácticamente imposible.

—Me pregunto dónde se posicionará Beon —dijo Tamas. Señaló con su espada corta hacia el sudoeste—. Probablemente allí, para poder pasar con los coraceros alrededor de las barreras que colocamos y unirse a sus dragones en la masacre. —Se volvió hacia su guardaespaldas—. Dime que vamos a ganar, Olem.

—Vamos a ganar, Olem —dijo Olem colocándose el último cigarrillo en la boca.

Tamas se puso de pie sobre un saliente rocoso para poder ver mejor el campo de batalla.

—¡Soldados! —gritó—. ¡Tomad posiciones!

Uno de los soldados empujó a Nila hacia una entrada.

Ella cerró los ojos con fuerza, luchando contra las lágrimas que le querían brotar con desesperación. Había escapado de tantos soldados, había caído en las garras de lord Vetas ¿y ahora aquello? ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué querían?

Un hombre la cogió del brazo y la hizo subir a empujones por unas escaleras estrechas. Subieron dos pisos, gritando y maldiciendo todo el trayecto. Nila se resistía más por instinto que por otra cosa. Le arañó la cara al soldado, pero solo logró que él le retorciera el brazo por detrás de la espalda y se golpease el rostro contra la pared.

—Diablos, esta muchacha es un demonio —dijo el hombre.

Ella intentó retorcerse entre sus manos. Él le presionó el brazo y ella inspiró bruscamente por el dolor repentino. Le pareció que se lo podía partir en cualquier momento.

La arrojaron en un rincón de una habitación pequeña. El yeso era amarillo y no tenía decoración alguna, y el único mueble era una mesa baja con un cabo de vela.

No habían recorrido demasiada distancia antes de encontrar aquel edificio, no más que un par de manzanas. Nila no tenía idea de si aquello estaba planeado, pero parecía haber cierta confusión entre los soldados.

Lord Vetas fue arrojado al suelo junto a ella. Lo miró; era el único rostro familiar en el caos. Él estaba calmado, tranquilo. Completamente inmutable. Nila odió el hecho de mirarlo a él en busca de alguna clase de consuelo. Sabía que no obtendría nada.

—Vigiladlo —dijo la mujer.

Era joven, no podía tener más de diez años más que Nila, pero sus ojos eran tan fríos como los de Vetas. Nila había oído que alguien la llamaba Fell. Los soldados parecían dudar sobre si obedecer sus órdenes, pero ella les clavó la mirada durante un momento y ellos se volvieron para vigilar a Vetas.

Fell había extraído un par de grilletes de debajo de su abrigo. No eran los grilletes típicos, incluso Nila lo había notado. En lugar de ser una pieza de metal con forma de herradura y un eje cruzándola, eran unas bandas gruesas con solo una vuelta de cadena entre ellas. Los dos soldados dieron la vuelta bruscamente a Vetas y lo dejaron boca abajo, y luego le colocaron los grilletes en las muñecas. Él se volvió y observó a Fell.

—Grilletes drovianos —dijo—. Muy profesional.

—Vuélvete —le dijo Fell a Nila.

—No —dijo Nila.

Fell la tomó del brazo y la arrojó hacia delante; Nila cayó de rodillas. Fell se colocó detrás de ella y Nila sintió el metal frío de los grilletes cerrándose sobre su piel.

Hubo un grito proveniente de abajo. Fell se volvió hacia uno de los soldados.

—No le quitéis los ojos de encima al hombre —dijo, y desapareció por las escaleras.

A pesar de las instrucciones de Fell, ambos soldados fueron al corredor, donde se quedaron cerca de la puerta, inclinados sobre sus rifles.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó Nila a Vetas.

El rostro de Vetas seguía imperturbable, inmóvil como siempre. No le echó siquiera una mirada.

Él observó a los dos soldados un momento, luego se reclinó hacia atrás sobre la cadera y, con destreza, deslizó sus manos con los grilletes por debajo de las piernas y las colocó delante de él, como un contorsionista haciendo un truco. Nila abrió los ojos como platos. Los grilletes le hacían doler las muñecas de manera insoportable, e incluso si no hubieran estado tan apretados, ella no podría haber hecho eso... y Vetas era un hombre de más de cuarenta años.

Nila miró nerviosa a Vetas y a los soldados. ¿Cómo podía ser que no lo vieran? ¿Acaso no les importaba?

Vetas extrajo algo de la suela de su zapato: un pomo de madera. Parecía el mango de esos picahielos que se utilizaban para mover bloques de hielo durante el invierno, pero le faltaba el pinzón.

De la suela de su otro zapato salió otro pomo, y Vetas se pasó los dedos por entre el cabello engominado, y después de tan solo un momento de búsqueda, extrajo un alambre largo. Envolvió el alambre alrededor de uno de los pomos y luego del otro.

Nila había estado con lord Vetas el tiempo suficiente para saber lo que era aquello: un garrote.

Vetas se puso de pie en un solo movimiento suave, como una serpiente elevándose de la hierba. Cruzó la habitación en silencio.

Uno de los soldados debió de haberlo visto acercarse por el rabillo del ojo. Se volvió y levantó el rifle. Vetas le dio un fuerte codazo en la garganta. El soldado se tambaleó hacia un lado, borboteando dolorosamente para tomar aire. El otro levantó el rifle a tiempo, pero la bayoneta era imposible de usar en un lugar tan cerrado. Vetas tomó la culata del rifle y golpeó al soldado en la nariz. Cuando el soldado se inclinó hacia atrás, Vetas lo rodeó y le colocó el garrote.

A Nila le daba vueltas la mente. Echó un ojo al rifle caído; lo podría haber usado contra Vetas si no fuera por los grilletes que le mantenían las manos detrás de la espalda. Ambos soldados yacían muertos en el corredor. Había sangre esparciéndose por los tablones del suelo, llenando los huecos entre ellos.

Vetas revisó a un soldado en busca de las llaves, con el rostro inmóvil como una piedra.

Los tablones del suelo crujieron, y esa fue la única advertencia. Vetas levantó la mirada y de pronto se echó hacia atrás en dirección al corredor, fuera del campo de visión de Nila. Fell pasó volando con el cuchillo listo.

Nila llegaba a oír los golpes acallados de carne contra carne. Gruñidos, unos insultos en voz baja; esos provenían de la mujer.

Luego regresaron dando tumbos a la habitación. Nila gritó cuando ambos se tropezaron con sus piernas extendidas.

Forcejearon en el suelo con las piernas entrelazadas y el cuchillo atrapado entre ambos cuerpos. Nila pateó indiscriminadamente. Quería alejarlos de ella. Los cuchillos, la ira; un error y Nila podría morir.

Fell se quitó de encima de Vetas y se puso de pie de un salto.

Lo atacó, veloz como una víbora. Vetas, aún de rodillas, atajó el cuchillo con el metal de los grilletes. Ella atacó de nuevo, y de nuevo, una y otra vez, Vetas se movía con una velocidad imposible para bloquear los ataques. Entre cuchillada y cuchillada, se las arregló para

volver a ponerse de pie.

Dieron vueltas en círculos con cautela, y Nila se acurrucó contra un rincón todo lo que pudo.

Ella esperaba que se mataran mutuamente. Pero ¿entonces qué? No tenía forma de quitarse los grilletes de las manos.

Fell y Vetas parecían estar en un punto muerto. Dejaron de dar vueltas. Fell se cambió la daga de mano, y luego se la volvió a cambiar.

Nila no vaciló. Meses de ira y miedo llegaron a un punto crítico, y con un alarido de rabia pateó a Vetas en la parte de atrás de la pierna.

Fell lo atacó al mismo tiempo. El golpe de la pierna lo hizo inclinarse hacia atrás. El cuchillo pasó cerca del ojo y le hizo un gran tajo en la mejilla. Vetas aferró la mano de Fell y, con destreza, le colocó el garrote en la muñeca, y luego giró.

Fell no tuvo más remedio que seguirlo en el giro, a riesgo de perder la mano. Vetas se acercó a ella, y ella intentó alejarse. Era una especie de danza horrorosa.

Vetas le dio un cabezazo en la mejilla. La mujer se tambaleó hacia atrás y se golpeó contra la ventana.

Vetas soltó el garrote. Aturdida como estaba, Fell no pudo haber visto venir la patada. La recibió de lleno en el pecho y cayó por la ventana.

Vetas se volvió hacia Nila. Hubo un chasquido tenue y los grilletes se le cayeron. Levantó la llave con una mano.

Nila se encogió al ver la oscuridad de sus ojos.

—Apostaste al bando equivocado, lavandera —le dijo él. Arrojó la llave al suelo—. Pagarás por eso esta noche. Te lo prometo. Y si no tú, será el niño.

Él se fue de la habitación; a Nila se le escaparon los sollozos de la garganta. Le temblaba todo el cuerpo. Se arrastró hasta la llave. Por el temblor de las manos, le llevó algunos minutos poder introducirla en la cerradura y liberarse.

Luego se quedó mirando aquella destrucción. Dos soldados muertos, una ventana rota y lord Vetas se había ido. Nila se tomó su tiempo para recomponerse. Respiró profundamente para detener el llanto y se secó las lágrimas. Aquel no era el momento para sucumbir a las emociones.

Ella podía huir. Lo sabía.

Pero si lo hacía, Vetas le haría cosas indescriptibles a Jakob. Aquella no era una amenaza vacía. No vacilaría.

Nila descendió sigilosamente la escalera, y se encontró con los otros dos soldados muertos en el corredor de la planta baja. Uno tenía la cabeza torcida en un ángulo imposible. El otro había sido atravesado por la bayoneta de su propio rifle.

Había una multitud juntándose en la calle, mirando los cuerpos a través de la puerta abierta. Una mujer llamaba a gritos a la policía. Alguien señaló a Nila.

A Nila solo le llevó un momento encontrar una puerta trasera. La tomó, salió por un callejón y se metió en la multitud.

Tenía que regresar a la casa de Vetas y tratar de llevarse a Jakob.

Adamat bajó la cabeza y corrió hacia el agujero que la hechicería de Bo había abierto en el centro de operaciones de Vetas.

Le disparó al primer hombre que levantó un arma, arrojó a un lado la pistola ya usada y desenvainó la espada del bastón.

Los soldados de Oldrich fueron los primeros en seguir a Adamat hacia la refriega, eliminando con sus bayonetas a los matones de Vetas. Los hombres del eunuco los siguieron, y Adamat oyó disparos de pistolas y los sonidos de pelea del otro lado del edificio. Habían formado un cordón que rodeaba toda la vivienda. Ahora solo hacía falta apretar.

De la pared de una de las habitaciones internas brotó una columna horizontal de fuego que no alcanzó a Adamat por poco, y cuyo calor lo hizo tambalearse hacia un lado.

Las llamas salpicaron a uno de los hombres del eunuco, que salió corriendo y gritando hacia la calle. La columna se hacía más larga segundo a segundo, se extendió hacia la calle y envolvió por completo al Privilegiado Borbador.

Adamat sintió que el corazón se le subía a la garganta. Si Bo moría, la Privilegiada de Vetas los mataría a todos...

Las llamas disminuyeron, y dejaron a Bo completamente ileso, como una roca que hubiera sido golpeada por la rompiente. Bo avanzó con las manos extendidas frente a él, con los dedos tocando cuerdas invisibles.

Un viento rompió del abrigo de Adamat y recorrió el interior del edificio, hizo caer de espaldas a los hombres de ambos bandos, atravesó la pared e hizo retroceder a la columna de fuego. Bo levantó las manos sobre la cabeza y de pronto comenzó a correr hacia delante, con la mandíbula apretada y decidida.

Un rayo brotó en dirección a Bo. Él lo apartó con una mano y escaló los escombros para meterse en el edificio, luego atravesó la pared interior lanzando un rugido.

Los dos Privilegiados entraron en combate. La casa se estremeció y tembló. Adamat se detuvo en seco cuando se dio cuenta de que podía morir ante el más mínimo error de cualquiera de los dos Privilegiados. Un dedo demasiado flexionado, una mano echada a un lado accidentalmente, y absolutamente todos morirían.

Las llamas de la Privilegiada habían encendido unas cortinas a un

lado de la casa. Enseguida el fuego se extendió hacia la mesa y el edificio en ruinas se llenó de humo negro.

Tenía que encontrar a Faye.

Un hombre con una cicatriz en el labio avanzó dando tumbos hacia Adamat, medio cegado por el humo. Blandió salvajemente una espada corta y le dio a una silla. Adamat saltó hacia atrás, bloqueando un segundo ataque con la espada del bastón, luego un tercero. Sintió que el mango del bastón se doblaba en sus manos; no estaba diseñado para bloquear los espadazos de un hombre tan corpulento, los golpes lo harían pedazos.

Adamat se metió de un salto dentro de la guardia del sujeto y le clavó la espada del bastón entre las costillas. El otro se tambaleó hacia atrás gritando de dolor, y Adamat lo dejó ir.

—¡Faye! —gritó—. ¡Faye!

El humo era cada vez más denso. ¿Dónde la habría retenido Vetas? ¿En el sótano? ¿Tenía otros prisioneros allí? El niño estaba en el primer piso cuando, semanas antes, Adamat lo había visto por la ventana, pero el niño no era asunto suyo.

Adamat oyó un grito de mujer. Provenía de arriba.

El edificio era abandonado deprisa. Unos hombres pasaban corriendo junto a Adamat; otros luchaban contra las llamas; otros, entre sí. Adamat parpadeó, el humo le hacía lagrimear. Allí, la escalera.

Se abrió paso hacia las escaleras. La casa crujió. En ese momento las llamas avanzaban rápido, propagándose por los muebles a velocidades alarmantes. Había papeles por todos lados, incluso en el vestíbulo. Pergaminos y libros, mesas contra las paredes. Parecía más una oficina administrativa que el lugar donde lord Vetas planeaba la lucha que estaba llevando a cabo.

¿Y si no era allí donde retenía a Faye? ¿Y si ella estaba en otro lado y el grito que Adamat había oído era el de otra mujer?

La escalera se fue llenando de humo mientras Adamat subía. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo presionó contra el rostro. Se quedó de pie en lo alto de la escalera, observando consternado un largo corredor y al menos unas diez o doce puertas. El calor que provenía de abajo estaba aumentando. El fuego se propagaría por las escaleras en cualquier momento; si no lo mataba el humo, lo harían las llamas. Le llevaría demasiado tiempo revisar el lugar. ¿Cómo encontraría a Faye a tiempo?

—¡Faye! ¡Faye!

Adamat probó con la primera puerta. Cerrada con llave. La abrió de una patada. Una habitación pequeña con dos camas sucias y una mesita de noche. Nadie.

Se preparaba para patear la siguiente puerta cuando oyó un grito

que provenía del corredor. Corrió a toda prisa hacia el origen del sonido. Una de las puertas estaba abierta. Entró con la espada del bastón levantada.

Faye estaba de pie sobre el cuerpo de un hombre, sosteniendo un candelabro ensangrentado. Tenía una expresión tan despiadada que Adamat casi no la reconoció. Luego vio el rostro de un niño pequeño asomándose de detrás de una cortina que había al otro lado de la habitación.

—¡Faye!

Ella levantó la mirada y casi se derrumbó cuando lo vio. Soltó el candelabro y podría haberse caído si Adamat no la hubiera sujetado.

Se quedaron mirándose por un momento, y él se preguntó si era ella quien lo sostenía a él y no al revés, ya que sentía las rodillas flojas como gelatina.

—¿Dónde está Josep? —preguntó Adamat.

—No está aquí. Se lo llevaron.

—Lo recuperaré —dijo Adamat. Miró al niño—. Ese es el hijo de Eldaminse, ¿no?

—Así es —dijo Faye—. Ven. —Extendió una mano hacia el niño—. No tengas miedo, este es mi marido.

Adamat miró a su esposa.

—Yo... —dijo él.

—Shh. —Ella le apoyó un dedo en los labios. Tenía lágrimas en los ojos—. Tenemos que irnos.

Adamat asintió con la cabeza.

—Sí, debemos... —Se detuvo en el corredor. El humo era demasiado denso, y había llamas en la escalera. Se quitó la chaqueta —. Ponte esto en la cara —le dijo a Faye, y le dio su pañuelo al niño.

Los guio por el corredor en dirección opuesta a las escaleras, hacia el frente del edificio. Tal vez tendrían que saltar hacia los escombros que había debajo, pero era preferible romperse una pierna antes que ser asado vivo.

Adamat se quedó congelado al oír un gran crujido que se elevó sobre el crepitar de las llamas. ¿Era la casa crujiendo por la intensidad del combate?, ¿o alguna clase de hechicería?

—Por aquí —dijo Faye, lo que le hizo volver a moverse.

Doblaron una esquina, donde otra escalera iba a la planta baja. No había llamas asomándose por aquella, pero él igualmente descendió con cautela.

Algo atravesó la pared de la escalera y cayó dando tumbos por los peldaños, hasta quedar hecho un montón de ropa ardiendo. Adamat se colocó delante de Faye y apuntó al bulto con su espada.

Tosiendo y escupiendo, el bulto se puso de pie.

Era Bo. Su ropa aún ardía, y tenía las patillas quemadas. Dio unas

palmadas contra las llamas y luego miró a través de las ruinas humeantes de la pared con gesto ceñudo.

Levantó una mano sobre la cabeza. Una explosión resonó en el aire, y a Adamat se le taponaban los oídos. Las llamas se apagaron al instante. Bo latigueó los dedos hacia un lado y un vendaval atravesó la casa y succionó el humo como si fuera un gran fuelle inhalando por encima de una fogata.

De pronto, el aire de la escalera se tornó fresco y puro. Adamat tomó una gran bocanada de ese aire, sujetando a Faye con fuerza. Ella tenía aferrado al niño Eldaminse contra la falda.

Unas llamas pasaron volando sobre el hombro de Bo. El Privilegiado volvió la cabeza, como si aquello hubiera sido una pequeña molestia. Unas espinas de hielo del tamaño de dagas salieron volando desde encima de la cabeza de Bo e impactaron contra algo que Adamat no llegaba a ver. Bo asintió para sí con la cabeza.

—Ya podéis bajar —dijo Bo—. Creo que es seguro.

—¿De verdad? —Adamat descendió la escalera con cautela.

Pasaron por la cocina y entraron a la sala de estar que daba a la parte trasera de la casa. En una pared cercana, ensartada en la mampostería por unos trozos de hielo que goteaban sangre, estaba la otra Privilegiada. Una deliví, a juzgar por su piel oscura. Bo no volvió a prestarle atención. Faye le tapó los ojos al niño Eldaminse.

—Faye —dijo Adamat—, este es el Privilegiado Borbador, el último miembro que queda de la camarilla real adrana.

—Disculpad si no os doy la mano —dijo Faye—. Creo que no quiero tocároslas.

Los guantes negros de Bo se habían incinerado por las llamas, pero sus guantes de Privilegiado cubiertos de runas seguían blancos y prístinos, como si fueran nuevos. Entrelazó las manos y se inclinó hacia atrás sobre los talones.

—Es comprensible. ¿Dónde está Vetas? —preguntó.

—Lo tiene Fell —dijo Adamat.

—Esa mujer, realmente me gustaría conocerla. Como corresponde, claro.

Adamat no pudo evitar preguntarse qué significaba eso.

—No lo creo —respondió.

—Yo seré quien…

La oración de Bo quedó interrumpida por un grito proveniente del exterior. Inclinó la cabeza, como un perro oyendo un silbato.

—Diablos —dijo—. No me dijisteis que había dos.

—¿Qué?, ¿otro Privilegiado? —Adamat comenzó a mirar a su alrededor, en busca de algún posible escondite. ¿Pero qué podría protegerlos? Uno no podía ocultarse de un Privilegiado.

Bo se arremangó con una expresión de desprecio.

—Sí —dijo—. ¡Abajo!

El mundo estalló en un revuelo de yeso y madera. Adamat salió despedido y golpeó aquí y allá, impulsado por fuerzas fuera de su control. Intentó aferrarse a Faye... a cualquier cosa, pero un momento después volvió a encontrarse en el suelo.

Todo estaba en silencio. ¿El ataque había sido mortal para Faye? ¿O, en todo caso, para Bo? Adamat se movió con cautela, no del todo seguro de que todas sus partes siguieran intactas. Una viga le había caído sobre el pecho, y en el aire se arremolinaban el humo y el polvo. Se sentía como si toda la casa hubiera caído encima de él.

No sentía nada roto, y se las arregló para mover la viga lo suficiente como para poder salir de debajo de los escombros. Cautelosamente, se tanteó toda la superficie del pecho con los dedos. No sintió demasiado dolor.

Se puso de pie. El niño Eldaminse estaba cerca y, al parecer, ileso. Adamat no sabía si sentirse aliviado o preocupado de que, a pesar de todo el revuelo, el niño casi no hubiera hecho ruido.

—¡Vete! —le dijo Adamat—. ¡Ocúltate en la cocina! —Podía ser que el Privilegiado siguiera allí. El niño pasó corriendo por delante de él y él se sacudió la cabeza para aclarársela. ¿Dónde estaba Faye?

Comenzó a sentir un gran pánico. Faye. Ya no estaba. La explosión la había apartado de él. El techo se había caído, y él se había salvado de la mayor parte... por Kresimir, ¿ella estaba debajo de los escombros?

—¡Faye! ¡Faye!

—Aquí está —dijo una voz.

Adamat se volvió y vio al eunuco de pie en la puerta. Sostenía a Faye por debajo del brazo. Ella parecía haberse torcido el tobillo. Ambos estaban cubiertos de polvo de yeso.

Adamat miró al eunuco. Lo habían logrado. Habían capturado a Vetas. Salvado a Faye. ¿Se volvería en su contra el eunuco por haber chantajeado al Propietario? Bo no estaba allí. Adamat ni siquiera sabía si el Privilegiado seguía con vida. No sabía dónde estaba el sargento Oldrich. Nadie haría preguntas si el eunuco los mataba a ambos en silencio y desaparecía.

—Está a salvo —dijo el eunuco.

—Gracias.

El eunuco se mostró sorprendentemente delicado al ayudar a Faye a entrar en la habitación. Adamat avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

El mango del estilete apareció súbitamente junto al cuello del eunuco. Él abrió la boca y le brotó sangre, luego cayó de rodillas. Faye perdió su punto de apoyo y cayó hacia un lado, lord Vetas la sujetó.

Capítulo 25

Nadie se movió ante la orden de Tamas. El denso caos de soldados amontonándose contra la orilla del río no cambió.

Tamas sintió que el corazón comenzaba a latirle más rápido.

—¡Soldados de la Séptima! ¡Formad en línea!

Nada. Le temblaron las manos. Se había sobrestimado a sí mismo. Aquel pánico falso que había querido simular se había vuelto real. Se había derrotado a sí mismo antes de que la batalla comenzara siquiera.

—¡Primer Batallón! —gritó una voz entre la multitud. Alguien avanzó a empujones y salió de entre la muchedumbre. Era el viejo coronel Arbor. Sostenía su rifle en una mano y sus dientes en la otra —. ¡Formad en línea, Primer Batallón!

Tamas se volvió. La caballería keseña seguía avanzando despacio. Estaban a unos ochocientos metros de distancia en el frente oeste. Los dragones, situados al sur, comenzaron a avanzar. Vlora y el resto de los magos de la pólvora siguieron disparando desde el otro lado del río y reduciendo su número.

Algunos soldados de la infantería adrana se separaron de la turba que había junto al río y se colocaron en posición. Eran muy pocos. Muy lentos.

Luego fueron más. Y más. Los soldados dejaron la ribera del río y atravesaron corriendo el campamento en dirección al montículo de tierra que los separaba de la caballería keseña. Se arrojaron sobre el lado seguro del montículo y prepararon los rifles; cargaron balas y colocaron bayonetas. Tamas inspiró profundamente. El corazón le latía aceleradísimo. Si hubiera podido besar a cada uno de sus hombres en ese mismo momento, lo habría hecho.

Se volvió hacia la avanzada keseña y el corazón se le detuvo.

La avanzada se había parado a menos de cuatrocientos metros de la posición de Tamas.

Quince mil soldados de la caballería keseña tenían atrapado por completo al ejército de Tamas contra el río y las montañas.

Tamas vio a un hombre cabalgando hacia el frente de los coraceros. ¿Beon había deducido lo que planeaba Tamas? ¿Percibía una trampa?

Tamas reconoció al hombre: era el propio Beon je Ipille. Era valiente de su parte ir al frente de la caballería pesada sabiendo que una bala de un mago de la pólvora podía eliminarlo en cualquier momento.

Beon pareció inclinar la cabeza en dirección a Tamas. Movió levemente los labios, luego besó su espada y la levantó.

Un saludo. Beon le estaba haciendo un saludo a Tamas. El movimiento lo dejó anonadado. Parecía decir "Os plantáis y peleáis cuando podríais haber huido".

La espada de Beon cayó y la tierra retumbó cuando quince mil conjuntos de cascos avanzaron a toda prisa hacia Tamas.

—¡Esperad! —gritó Tamas, aferrando su rifle. Les dio la espalda a los coraceros. Su avance sería detenido por las estacas y cruces afiladas. Se detendrían del todo e intercambiarían fuego con la Novena, o avanzarían despacio para intentar atravesar las defensas.

Entre Tamas y los dragones, sin embargo, no parecía haber obstáculos, solo una leve capa de niebla blanca sobre el suelo y luego el terraplén elevado detrás del cual sus hombres permanecían en cuclillas.

Trescientos metros. Los dragones se inclinaron sobre sus monturas, instándolas a galopar más rápido. Una bala pasó zumbando sobre la cabeza de Tamas e impactó a un dragón entre los ojos. Tamas levantó su rifle, apuntó y disparó. Bajó el rifle, recargó y repitió la operación.

Doscientos metros. Los dragones levantaron las carabinas y torcieron el rostro lanzando gritos inarticulados.

Cien metros. Las líneas de Tamas abrieron fuego. Cientos de dragones cayeron ante la primera descarga. Los demás hicieron caso omiso a la caída de sus camaradas y siguieron avanzando.

Setenta metros. Los dragones abrieron fuego con las carabinas. Los soldados de Tamas se agazaparon detrás de su muro de tierra y recargaron.

Cincuenta metros. Los dragones dejaron caer sus carabinas y levantaron sus pistolas.

Treinta metros. La línea de dragones apuntó con las pistolas.

Veinte metros.

Diez metros.

La primera línea de dragones desapareció.

A Tamas lo alcanzaron los alaridos y cerró los ojos por un breve instante.

El impulso de la unidad de caballería a pleno galope los había

llevado de cabeza hasta una trinchera oculta. Tenía unos seis metros tanto de ancho como de profundidad, y se extendía todo a lo largo del "hueco" que Tamas había dejado en sus defensas. La trinchera estaba tapada por estacas cubiertas con hierba y piedras. No eran un muy buen camuflaje a plena luz del día, pero la niebla las había cubierto por completo. Se quebraron debajo del peso de los caballos.

Una vez, Tamas había visto una fila de carruajes caer al mar Ad. El primer carruaje cogió una curva muy pronunciada y se precipitó por el extremo de un muelle. El segundo lo había seguido, pues el conductor había visto la caída en el último instante, mientras que los intentos del tercer conductor por detener los caballos habían sido en vano.

Ahora era algo muy parecido, pero en lugar de tratarse de tres carruajes, eran miles y miles de dragones yendo derecho hacia la trinchera.

Para cuando los dragones lograron disminuir la marcha, la trinchera estaba casi llena de caballos revolcándose y lanzando alaridos, y de soldados retorciéndose para tratar de salir de allí. Los dragones del frente se quedaron mirando horrorizados a sus camaradas caídos.

Tamas se estremeció ante la idea de estar en el fondo de aquella trinchera.

—¡Fuego! —gritó Tamas.

La Séptima Brigada abrió fuego contra los dragones keseños. Sus caballos se amontonaron aterrorizados en el borde de la trinchera, y los oficiales gritaban y agitaban sus espadas para hacer que los caballos de la retaguardia retrocedieran y así poder organizar la retirada.

Tamas recargó y volvió a disparar. Los dragones comenzaron a organizarse. Si se les daba la oportunidad de retirarse, aún les quedaban miles. Podrían reorganizarse y asediar el flanco de Tamas cuando él se volviera para lidiar con los coraceros.

—¡Bayonetas! —ordenó Tamas levantando el rifle en el aire.

Cada treinta metros de la trinchera, habían dejado un camino de tres metros de tierra firme. No estaban marcados, y no sería algo seguro avanzar en la niebla, pero Tamas debía contraatacar.

Cruzó el más cercano de aquellos senderos, directo hacia el flanco de los dragones keseños que se retiraban.

Extendió los sentidos, detectó las cargas de pólvora más cercanas y las encendió con la mente. Las pequeñas explosiones mataron a jinete y caballo por igual, y le hicieron castañetear los dientes a Tamas por su proximidad. Sus soldados se agolparon a su alrededor, aullando mientras se lanzaban contra los dragones con sus sables bayoneta.

La refriega estalló todo a lo largo del frente cuando cinco mil

hombres de la Séptima Brigada se abalanzaron sobre los dragones de Kez. Sin el impacto de su avance, y contra el gran alcance de los sables bayoneta, los dragones perdieron la ventaja.

Tamas corrió hacia el dragón más cercano. Estocó hacia arriba con la bayoneta y la clavó en el costado expuesto del soldado, luego tiró de su rifle salvajemente para abrir la herida. El hombre cayó del caballo y Tamas saltó hacia atrás para esquivar al animal, que se asustó y se desbocó.

Algo golpeó a Tamas desde un lateral y lo derribó. Aterrizó en el suelo, sin aliento, e inmediatamente comenzó a ponerse de pie.

—¡Señor! —Olem había perdido el rifle y había desenvainado su espada. Se la clavó en el muslo a un dragón y corrió hacia Tamas.

Tamas se puso de pie, pero Olem se le arrojó con todo el peso contra el pecho. Ambos cayeron al suelo en el momento en que una espada recta de caballería pasaba volando por el lugar donde había estado la cabeza de Tamas.

Olem se le quitó de encima y lo ayudó a levantarse.

El rifle del propio Tamas había desaparecido en la refriega. Desenvainó su espada.

—Es hora de retroceder, señor —gritó Olem sobre el estrépito de los disparos.

—Aún no hemos terminado aquí. ¡Séptima! —Tamas volvió a envainar la espada y levantó un rifle del fango. Todavía tenía colocada la bayoneta. La apuntó hacia el dragón más cercano y corrió, con la esperanza de que Olem siguiera detrás de él.

Volvió a extender los sentidos y detonó más pólvora a medida que se volvía a acercar a los dragones. A ambos lados de él, la infantería presionó el ataque.

Tamas sintió una brisa punzante justo por encima de su oreja derecha, todo a lo largo de la cabeza. De pronto sintió un mareo, pero siguió avanzando. A cada paso, sin embargo, los dragones parecían alejarse más y más.

Olem tuvo que gritarle al oído para hacerle regresar a la realidad.

—¡Retrocedieron, señor!

Tamas se detuvo y miró a su alrededor, observando la carnicería. Habían muerto miles en ese ataque, y miles más estaban atascados en la trinchera; hombres destrozados y caballos agonizando en una muerte lenta. Los gritos le resonaban en los oídos.

—Bien. Volvemos al frente. —Se aferró al brazo de Olem para recuperar el equilibrio.

Tomaron uno de los caminos para cruzar la trinchera. El resto de la Séptima les había dado la espalda a los dragones en retirada y se estaban asegurando de que ninguno saliera con vida de la trinchera. Tamas vio a un dragón aferrarse al pie de un soldado adrano y rogarle

piedad. El soldado le atravesó el ojo con la bayoneta.

Tamas sintió la mano de Olem en el hombro.

—Señor, una bala os rozó un lado de la cabeza —dijo Olem. Tamas se tocó la cabeza y los dedos quedaron manchados de escarlata—. Es una herida limpia. Sangra bastante, pero no parece profunda. —El brazo de Olem colgaba a su lado. Tenía la manga ensangrentada y hecha jirones, casi separada por completo. Él notó la mirada inquisitiva de Tamas—. Es solo una herida superficial, señor.

—¡Tamas, maldito perro! —gritó una voz—. ¡La Novena está hecha pedazos! ¡Perdimos el flanco!

Las palabras le hicieron volver la cabeza a Tamas. Gavril pasó a todo galope con dirección oeste, seguido por el resto de sus exploradores.

—¡Coronel Arbor! —Tamas miró a su alrededor en busca del coronel, y lo encontró cerca del borde de la trinchera tomando de prisioneros a un par de oficiales keseños heridos.

—¡Señor!

—Mantén esta posición. —Tamas agitó su espada sobre la cabeza —. ¡Soldados de la Séptima, a mí!

Tamas comenzó a correr hacia el oeste, galvanizado por la adrenalina y la pólvora de la batalla. Ya alcanzaba a divisar el daño. Había incontables coraceros dentro de la línea de defensa. Algunos soldados de la Novena ya habían comenzado a huir, metiéndose en el campamento o arrojándose al río.

Los coraceros presionaban intensamente en el sector sudoeste. Las defensas ya casi se habían derrumbado, excepto por un pequeño grupo de hombres. Tamas reconoció al general Cethal a caballo. En el momento en el que lo vio, el caballo de Cethal fue derribado.

Tamas se detuvo. Golpeó el suelo con la culata del rifle y gritó para que lo oyeran.

—¡Formad en línea!

Olem se detuvo junto a él. A su derecha y a su izquierda, los soldados de la Séptima se colocaron hombro con hombro.

—¡Cargad!

Los rifles y mosquetes fueron cargados deprisa.

—¡Apuntad!

Los hombres se llevaron el arma al hombro.

—¡Fuego!

La Séptima disparó sobre la cabeza de los miembros dispersos de la Novena. Unos cuantos coraceros cayeron de su caballo.

—¡Bayonetas, adelante!

El “apuntad, fuego” le había dado tiempo al resto de la Séptima para colocarse detrás de él. Tamas ahora contaba con un muro de infantería de seis filas. Marcharon hacia delante, al unísono. Los

soldados de la Novena se unían o se los hacía a un lado. Tamas dirigió su línea directamente hacia el lugar donde había visto caer al general Cethal.

Se toparon con la caballería pesada unos veinte metros más adelante.

Los coraceros atrapados en combate habían perdido su mejor arma, la carga, pero tenían algunas ventajas respecto de los dragones. Llevaban armadura, lo que les brindaba protección contra las bayonetas, y sus sables pesados eran más efectivos contra una infantería armada.

—¡Mantened la formación! —ordenó Tamas mientras sus hombres comenzaban a eliminar coraceros. Apuñalando y cortando, eliminaban hombres y caballos; luego los dejaban atrás y continuaban presionando.

Tamas divisó al general Cethal a través de un hueco que se abrió en el combate. Cethal estaba en el suelo, a quince metros de distancia. Tenía la cara y las manos ensangrentadas, y sostenía el sable levantado. Un coracero de a pie apartó la espada de Cethal y le clavó la suya.

Tamas se apartó de la formación y cargó entre dos hombres a caballo. El coracero que estaba sobre Cethal le extrajo la espada y se la volvió a clavar. El cuerpo de Cethal se estremeció.

El coracero ni llegó a ver a Tamas.

La bayoneta de Tamas entró por el lugar donde se unían las correas del peto, debajo del brazo. Tamas clavó más profunda la bayoneta y presionó hasta que el cañón del rifle quedó empapado de sangre. Presionó una última vez y soltó el rifle, y luego cayó de rodillas junto a Cethal.

Cethal lo miró horrorizado, con las manos teñidas de escarlata por su propia sangre.

Tamas oyó el choque de espadas y el grito desafiante de Olem, pero todo aquello le parecía distante.

Cethal había sido apuñalado al menos cuatro veces en el pecho y en el estómago. Tenía incontables cortes en las manos, y su rostro estaba hecho un desastre. Miró a Tamas, parpadeando.

—Mis muchachos —dijo jadeando—, mis muchachos se rindieron.

Tamas le cogió la mano y la apretó.

La peor traición. Que tus hombres se rindan y corran, que huyan a tu alrededor.

—Tú no lo hiciste —dijo Tamas—. Tú te quedaste.

—No soy un cobarde —dijo Cethal—. Maldito Beon. Nunca vi coraceros tan ágiles. Danzaban entre la trinchera y nuestras… nuestras fortificaciones. —Cethal se apoyó la mano libre contra una de las heridas en un vano intento de frenar la hemorragia—. ¿Detuvisteis a

los dragones?

—Lo hicimos.

Cethal inspiró profundamente.

—No seáis muy severo con mis muchachos. Yo también... quería correr. Malditos coraceros. —Volvió a pestañear—. Buscad a Beon y... —tosió y se aclaró la garganta— ... mandadle mis saludos. Eso ha sido una maldita muestra de caballería. —Soltó su mano de la de Tamas y la usó para intentar frenar la hemorragia de otra herida—. Idos. Los hombres os necesitan. Yo estaré... bien.

Tamas se quitó la chaqueta y la colocó debajo de la cabeza de Cethal. Se puso de pie. Su línea de infantería ya lo había sobrepasado y había seguido avanzando. Extrajo la bayoneta del cuerpo del coracero y corrió para alcanzarlos.

La caballería pesada había retrocedido. Solo un puñado permanecía a caballo, y esos habían huido. Uno a uno, los pequeños grupos de coraceros keseños se rindieron.

Tamas divisó lo último que quedaba de la lucha. Sus soldados presionaron, y les presentaron a los keseños restantes un muro de bayonetas erizadas. Tamas se abrió paso hacia la refriega, y no se sorprendió en absoluto al encontrar a Beon en el centro.

Ya no llevaba casco. Tenía el peto colgado de una correa y le habían abierto la mejilla. Tenía un brazo inutilizado. Junto a él, sus últimos guardaespaldas fueron atravesados y arrojados al suelo. Beon retrocedió y arrojó su espada. Tenía el pelo empapado de sangre y sudor.

—Me rindo —dijo en voz alta—. Nos rendimos.

Uno de los soldados adranos dio un paso al frente. Amartilló su rifle y apuntó su bayoneta hacia el cuello de Beon.

Tamas ya no podía soportarlo. La sangre. La falta de piedad. Corrió hacia el soldado, le aferró el cañón caliente del rifle y lo hizo a un lado.

—Ha dicho que se rinde —anunció en voz alta.

Adamat corrió hacia delante maldiciendo, pero se detuvo cuando Vetas apoyó el estilete contra el cuello de Faye.

—Os prometí dolor multiplicado por diez —dijo Vetas—. Quiero que lo recordéis. —Flexionó el antebrazo, y Adamat cerró los ojos. No quería ver a Faye desangrándose por la garganta.

—Alejaos de él.

Adamat abrió los ojos. Vetas parecía un tanto confundido. El antebrazo se tensó, pero el estilete no se acercó a la garganta de Faye.

—Por favor —dijo Bo apareciendo por detrás de la esquina—, haceos a un lado.

Adamat aferró a Faye y la alejó de Vetas. A él se le ensancharon las

fosas nasales y sus ojos brillaron de ira, pero era evidente que no se podía mover.

Los dedos de Bo se movieron. Una hechicería invisible lanzó a Vetas por la habitación, lo estrelló contra la pared junto a la Privilegiada clavada a la pared y lo mantuvo sujeto allí, como sostenido por cuerdas invisibles. Bo caminó hasta Vetas, le cogió la barbilla bruscamente y le volvió la cabeza para que viera a la Privilegiada muerta.

—Era buena —dijo Bo—. Digna de ser miembro de una camarilla. Eso es lo que le hice a ella. El otro, su refuerzo, no era tan habilidoso. Solo me llevó un momento. Y vos. —Bo le puso un dedo enguantado bajo la barbilla—. Vos no me agradáis. Vi la sala que tenéis en el sótano. He visto hombres así en la camarilla. Me dio muchísima alegría oír que Tamas los había masacrado. —Bo dio un paso hacia atrás y miró a Vetas pensativo. Vetas seguía sujeto a la pared por el poder de Bo—. Apuesto que erais la clase de niño que torturaba animales por diversión. Decidme, ¿alguna vez le arrancasteis las alas a algún insecto?

Vetas no respondió.

—¡Contestad! —gritó Bo.

Vetas se encogió.

—Sí.

—Eso pensé. ¿Qué se siente?

Bo movió un dedo. Eso fue todo lo que necesitó, y el brazo de Vetas fue arrancado por fuerzas invisibles. Adamat no supo quién grito más fuerte, si Vetas a causa del dolor o Faye por la conmoción. Adamat apretó a Faye contra su pecho temiendo caer en cualquier momento, y sintió que su estómago podía llegar a volvérsele del revés.

El dedo de Bo se movió de nuevo. El otro brazo de Vetas cayó al suelo junto a él. Hubo un destello de fuego en sus hombros.

—Vamos a cauterizar esas heridas —dijo Bo—. No queremos que muráis muy rápido. Ese es el objetivo entre la gente como vos, ¿no es verdad? Mantenerlos con vida el mayor tiempo posible. —Bo le dio un golpe a Vetas, y luego otro—. ¿No es verdad? ¡Decídmelo! ¿No es verdad?

Adamat se lanzó hacia delante y cogió a Bo del brazo. Bo se volvió hacia él con las manos levantadas y fuego en los ojos. Adamat hizo todo lo posible por no encogerse.

—¡Ya basta, hombre! ¡Es suficiente! —No podía creer lo que estaba haciendo. Correr para salvarle la vida a Vetas. Una hora antes, Adamat estaba listo para causarle todo el dolor del mundo. En ese momento, solo sentía el estómago revuelto.

Bo bajó las manos con un gesto de la cabeza, murmurando para sí.

—Lleváoslos —dijo señalando a Faye y al niño—. Vetas no irá a

ninguna parte. Sacadlos de aquí.

Adamat colocó un brazo alrededor de la cintura de Faye para alivianarle el peso del tobillo mientras se la llevaba de las ruinas incendiadas en que se había convertido el edificio.

La calle estaba llena de gente. Los curiosos se mantenían bien atrás, a al menos unos setenta y cinco metros, con la curiosidad enfrentada al miedo a la hechicería. Los hombres del eunuco se habían reunido con sus heridos y sus prisioneros justo enfrente del edificio, y ahora que el fuego y el humo se habían extinguido, algunos se dirigían al interior de la mansión. Adamat vio al sargento Oldrich y a Riplas moviéndose entre ellos y dando órdenes.

Adamat llamó a Riplas con un gesto.

—El eunuco está muerto —le dijo en voz baja.

La segunda al mando del eunuco retrocedió un paso con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Fue lord Vetas. Debe de haberse escapado de Fell. Y hablando de eso...

Fell emergió de entre los grupos de curiosos. Se sostenía un brazo con cuidado, tenía el cuerpo cubierto de cortes. Avanzó hasta él cojeando.

—Vetas...

—Está dentro —dijo Adamat, tragándose la rabia. Fell le había dicho que podía retener a Vetas. Claramente, él la había superado. Lo más probable era que los soldados de Oldrich también estuvieran muertos. No se atrevió a decir más.

Cuando Fell regresó, su porte frío se había vuelto más serio.

—¿Qué haréis con él?

—Quiero saber qué hizo con mi muchacho... aparte de eso, no me importa.

Fell y Riplas parecieron medirse por un momento.

—¿Tú eres la segunda al mando del eunuco? —preguntó Fell.

—Sí.

—Hablemos. —Fell hizo un gesto con la cabeza, y ambas mujeres se hicieron a un lado para conversar en privado.

Adamat apretó a Faye, como si quisiera asegurarse de que ella seguía allí. Ella se acurrucó contra su pecho con los ojos cerrados y el rostro húmedo por las lágrimas.

—¿Los niños? —preguntó ella de pronto.

—Están a salvo —dijo Adamat—. Lamento no haber podido venir antes.

—Has venido. Eso es todo lo que importa.

Adamat cayó de rodillas junto a Faye, y se llevó la mano de ella a los labios.

—Podría morir ahora. Te he recuperado.
—Por favor —dijo Faye—. Aún no. Me duele bastante el tobillo.

Capítulo 26

Taniel encontró a la mayor Doravir en la Zona del Vino, un club de caballeros de clase alta que había sido consignado por el Ejército como comedor de oficiales. El salón estaba forrado en damasco de un escarlata vivo y apestaba a humo de cigarro. Los sillones dispersos por el club habían sido tapizados con pieles de grandes felinos del continente gurlo. En un rincón, un sargento tocaba un piano de cola. La conversación era sombría y acallada, aunque pocos oficiales parecían haber notado la entrada de Taniel.

Taniel se detuvo en la entrada y se acomodó el cuello de su uniforme de gala, un regalo de Mihali. La mayor parte de sus posesiones se habían perdido al derrumbarse el Pico del Sur, incluyendo sus uniformes. De alguna manera, el obeso chef había conseguido las medidas de Taniel y le había mandado hacer uno. Incluso contaba con los botones de plata con forma de barriles de pólvora.

Estudió el salón lentamente, con el sombrero bajo el brazo, y trató de no pensar en los prebostes que estaban esperándolo afuera. Si no se disculpaba, suponía que se lo llevarían de regreso a sus aposentos.

Vio a la mayor Doravir cerca de la barra, jugando a las cartas con un oficial de unos cincuenta años y con otros dos mayores. Inspiró profundamente y cruzó el salón, abriéndose paso entre las sillas y haciéndoles un pequeño gesto con la cabeza a aquellos que lo saludaban.

La mayor Doravir, que estaba de espaldas a la pared, tenía que haber notado su presencia, pero no se molestó en levantar la vista cuando Taniel se detuvo junto a su mesa.

En ese momento estaba hablando el oficial mayor; a juzgar por su uniforme, se trataba de un coronel, aunque Taniel no reconocía el rostro.

—Y les dije: es la falta de sangre noble. Entiendo que la matanza

selectiva de Tamas fue algo político, pero es indiscutible que la falta de nobleza entre nuestros oficiales ha degradado a todo el Ejército. Por Kresimir, si hubiera... —El viejo oficial hizo una pausa mirando a Taniel con gesto ceñudo—. Ah, capitán. Tráeme otra cerveza. ¿Dónde estaba? Si él hubiera... vamos, capitán, tengo sed.

Taniel ignoró al coronel.

—Mayor Doravir —dijo Taniel.

Doravir levantó la mirada de las cartas.

—Le estás faltando al respeto al coronel Bertthur.

¿Bertthur? ¿De dónde conocía ese nombre?

—Mis disculpas, coronel —Taniel no miró al sujeto—, pero debo hablar con la mayor Doravir.

—Ahora es "coronel" —dijo Doravir tocándose las barras en el cuello de la chaqueta—. Y cualquier cosa que tengas que decirme —colocó las cartas boca abajo sobre la mesa y se reclinó hacia atrás en la silla— puede ser dicha en público.

Taniel se tragó una bocanada de bilis.

—Felicitaciones por su ascenso, coronel.

—Oye. —Bertthur se puso de pie.

—Sentaos, señor —dijo Taniel enérgicamente—. Esto no tiene nada que ver con vos. Coronel Doravir, quisiera ofreceros mis más sinceras disculpas —Taniel dio vueltas a la frase en su cabeza, intentando no escupírsela—, por cualquier insulto que os haya proferido con mi conducta reciente.

Taniel no pudo evitar notar que el murmullo de las conversaciones había desaparecido por completo. Sintió como si tuviera cien pares de ojos observándolo. Probablemente así fuera.

—El coronel Bertthur es mi esposo —dijo Doravir—. Discúlpate con él.

¿Esposo? El sujeto debía de llevarle veinte años.

—Ya lo he hecho —respondió Taniel—. Y me disculpé con usted. Ahora, si me perdonáis. —Taniel se giró sobre los talones.

Se detuvo cuando Bertthur se aclaró la garganta.

—¿Ese era Taniel? ¿El mocoso de Tamas?

"Sigue caminando", se dijo Taniel a sí mismo.

—Dos Tiros —dijo Bertthur—. Regresa aquí de inmediato. ¡Coronel Etan!

Taniel se quedó helado. ¿Etan estaba allí?

—Coronel, ¿no es este el hombre que te dejó paralítico?

—Él es el hombre que me salvó la vida —respondió la voz de Etan.

—¡También salvó la mía! —gritó alguien.

—¡Y la mía!

—Bah. Ya te recuerdo, Dos Tiros —dijo Bertthur—. De hace unos cinco o tal vez seis años. Un bastardo llorón. Un pobre soldado.

Preferías huir con esa puta de cabello oscuro e ignorar el entrenamiento. Nunca vi nada en ti. Ah. Parece que ella tampoco.

¿Una puta? ¿Vlora? Tal vez él hubiera querido llamarla así o algo peor cuando la encontró con ese petimetre en la universidad, pero que lo colgaran si iba a permitir que algún oficial estúpido siguiera hablando de su vida amorosa. Apretó los puños y lentamente tomó una bocanada de aire para calmarse. No tenía por qué escuchar aquello. Podía seguir caminando.

—Bertthur, creo que ya has bebido suficiente —dijo la voz de Etan—. Tal vez sea hora de que retires por esta noche.

—Vete al diablo, Etan —dijo Bertthur—. Taniel, veo que las cosas no han cambiado. No tienes respeto por la autoridad. No tienes decoro militar. Solo has cambiado a una puta por otra.

—¡Bertthur! —La voz de Etan cargaba con cierta advertencia.

—¡Pero ahora es una puta salvaje! ¿Qué vendrá después? Apuesto a que tu padre se revuelca en la tumba cada vez que te encamas con esa perra.

A Taniel le temblaba todo el cuerpo. La furia amenazaba con apoderarse de él. Se obligó a sí mismo a permanecer calmado. Lentamente, se volvió.

—Bertthur —dijo Taniel—. No recuerdo a un coronel Bertthur. Recuerdo a un *capitán* Bertthur. Un imbécil que logró mantener su rango solo porque era el hijo bastardo de un duque. El mariscal de campo Tamas juró que ese hombre nunca tendría un rango más alto mientras él siguiera con vida.

Bertthur se puso rojo.

—Eso te costará una semana en el cepo, Dos Tiros.

—Sois un fanfarrón y un imbécil, Bertthur. Es una desgracia para el uniforme.

—¡Dos semanas! —Taniel avanzó enérgicamente hacia Bertthur, y el oficial se encogió, como si esperara un puñetazo. Taniel tomó las barras de la chaqueta del coronel, se las arrancó y las arrojó a un lado—. ¡Un mes! —rugió Bertthur.

Algo voló por el aire y golpeó a Bertthur en la cara. Parecía puré de patatas.

—¿Quién ha sido? —preguntó Doravir.

Un panecillo golpeó a Bertthur en la nariz. Se tambaleó hacia atrás, y de pronto se vio bajo ataque de toda clase de alimentos. Alguien le arrojó un plato completo de salsa y le manchó el uniforme.

—¡Ya no eres un hombre libre, Dos Tiros! —dijo Bertthur echando humo—. Tu padre está muerto. ¡Estarás dos meses en el cepo, y les entregaré tu putita salvaje a mis hombres!

Taniel avanzó un paso, le hundió el puño a Bertthur en la barbilla y lo hizo caer al suelo. Llegó a oír el crujido que hizo la mandíbula del

desgraciado al partirse.

—¡Prebostes! —gritó Doravir.

Al diablo. Al diablo con todos ellos. Taniel enderezó la silla de Bertthur con el pie y se subió de un salto.

—Amigos —gritó, levantando las manos para que hubiera silencio. El comedor de oficiales de pronto se calmó, y para sorpresa de Taniel, hubo silencio en solo unos instantes—. El Estado Mayor nos ha engañado a todos. El mariscal de campo Tamas no está muerto. Ni siquiera ha sido capturado. Está en Kez, al mando de la Séptima y de la Novena en este mismo momento.

—¡Eso es mentira! —gritó Doravir.

Taniel levantó la voz para silenciarla.

—¿No os habéis preguntado dónde está la caballería keseña? ¡Está persiguiendo a Tamas! —Un preboste empujó a Taniel de la silla. En cuanto el sujeto le puso las manos encima, un mayor lo derribó al suelo. Taniel se puso de pie—. ¡Solo tenemos que rechazar a estos desgraciados keseños algunos meses más! Pronto llegará el otoño, luego el invierno, y con él, el mariscal de campo Tamas. —La culata de un mosquete golpeó a Taniel en el estómago. Se dobló por el dolor, pero se obligó a incorporarse—. ¡Ni retirada, ni rendición!

El comedor de oficiales estalló en un rugido de vítores. Volaba comida por todos lados. Alguien tomó a Taniel de la nuca y le hizo caer al suelo, con el rostro apretado contra la alfombra.

—Es tu fin, Dos Tiros —le siseó Doravir—. ¡Eres hombre muerto!

A Taniel no le importaba. Los oficiales se lo contarían a sus hombres, y sus hombres mantendrían la posición. Lo harían por Taniel. Lo harían por Tamas.

Nila tuvo una sensación de pavor en la boca del estómago al acercarse a la mansión de Vetas. Había humo negro flotando sobre la calle, y se oían gritos arrastrados por el viento. A medida que se acercaba, el ruido de pelea se fue haciendo más nítido, y sobre todo el alboroto, hubo un sonido que ella solo había oído una o dos veces en la vida, pero que era inconfundible: la explosión de la hechicería.

Tenía que tratarse del Privilegiado Dourford. Ella se imaginó al alto Privilegiado riéndose maliciosamente mientras lanzaba sus poderes contra unos atacantes desconocidos y achicharraba hombres con solo mover los dedos.

La hechicería parecía tener un eco. Se oía una explosión, e inmediatamente después se oía otra de igual volumen, si no más alto. Dio la vuelta a la esquina en la siguiente calle y se acercó a la mansión por la parte trasera; el combate aún continuaba. Salía humo de las ventanas de las tres plantas de la mansión. Las llamas lamían el humo, retorciéndose como dedos alrededor del marco de las ventanas. Una

explosión, luego otra.

No, eso no era un eco.

Dentro del edificio había hechicería luchando contra hechicería.

Nila corrió hacia la mansión recogiéndose el vestido con ambas manos. Recordó haber oído al personal de cocina decir que lord Vetas había mandado llamar a una segunda Privilegiada de algún lugar del sur. Se suponía que debía haber llegado aquella mañana. ¿Acaso aquella mujer estaba luchando contra Dourford?

Hubo una gran explosión y Nila sintió que se le taponaban los oídos. Se tambaleó hacia un lado de la calle, intentando mantenerse en pie. El fuego había desaparecido de la mansión. Hubo otra explosión, el humo brotó de las ventanas como impulsado por un fuelle gigante y no hubo más después de eso.

Nila se detuvo en seco, más asustada por el silencio repentino de lo que lo había estado por la hechicería. ¿Quién había ganado? ¿Quiénes habían estado luchando, de hecho? ¿Vetas estaba allí? ¿Seguía con vida? ¿Podía Jakob haber sobrevivido a todo aquello?

No sabía si podría obligarse a sí misma a entrar allí. Tomó varias bocanadas de aire para juntar coraje.

De pronto resonó un estampido que la hizo volar por el aire. Aterrizó en la calle con tanta fuerza que se desolló la palma de la mano.

Un lado de la casa se derrumbó y cayó sobre sí. Ella se quedó mirando boquiabierta mientras las paredes se combaban y parte del tejado se deslizaba hacia un lado, mientras las tejas de barro caían hacia el callejón con el ruido de mil campanillas en medio de un huracán.

Nila se puso de pie y corrió hacia la casa antes de poder pensarlo. Le dolía la mano, tenía el vestido ensangrentado, pero no le importaba. Jakob seguía dentro, en el primer piso. Su cuarto de juegos daba a la otra calle, y aun desde ese ángulo, se dio cuenta de que si él estaba dentro, habría sido aplastado. Pero quizás había tenido suerte. Quizás había estado debajo de la cama, o lo había protegido el marco de la puerta, o...

La pared trasera de la mansión voló hacia afuera, y lanzó a la calle yeso, muebles y fragmentos de lo que parecía haber sido un ser humano.

Había un hombre de pie en las ruinas. Era de estatura mediana, con patillas pelirrojas y el resto del rostro perfectamente afeitado, con pantalones sueltos y chaqueta a juego que no habría quedado fuera de lugar en una calle del sector bancario. No era un sujeto particularmente atractivo, aunque tampoco era feo, pero Nila se estremeció cuando lo vio.

Tenía las manos en alto, con los guantes blancos de un

Privilegiado, con los dedos en pose mientras miraba el desastre que había causado por toda la vía pública. La multitud retrocedió atemorizada. Una mujer se desmayó cuando entendió qué era la carne roja y jugosa desparramada por la calle. Un hombre vomitó.

El Privilegiado contempló a la gente y bajó las manos. Se volvió y desapareció dentro de las ruinas de la casa. Antes de que lo hiciera, Nila alcanzó a ver algo en sus guantes: el símbolo de las montañas Adranas con la silueta del mar Ad debajo de ellas.

Aquel no era un Privilegiado cualquiera. Era un miembro de la camarilla real adrana.

Algo le dijo a Nila que Dourford no había tenido la más mínima oportunidad.

Se abrió paso por entre las ruinas, pasó por debajo de una viga y entró en la casa lo más cerca que pudo de la escalera de servicio.

La sala de estar estaba completamente aplastada. Oyó a un hombre pidiendo auxilio y a otro gimiendo. Un cuerpo yacía inmóvil sobre la madera destrozada, cubierto de polvo de yeso. Oyó a alguien hablando desde la otra habitación. Sonaba parecido a lord Vetas.

Nila avanzó lentamente hacia la cocina. No había sido alcanzada por el derrumbe, pero parecía que la escalera de servicio había recibido la peor parte. No llegaría al primer piso por allí.

Se acercó a la puerta del comedor y escuchó. Silencio, pero se oía que alguien se movía. Observó la puerta, ligeramente entreabierta. Pegó un respingo al ver a una mujer colgando inerte de unos fragmentos de hielo, clavada a la pared trasera del comedor. Llevaba guantes de Privilegiado. ¿La otra Privilegiada de Vetas?

Alguien habló. Era una voz de hombre. Decía...

Lord Vetas golpeó contra la pared del comedor con suficiente fuerza para hacer vibrar los restos de la casa. Algo se movió entre las ruinas, y alguien lanzó un alarido. Lord Vetas, sin embargo, no emitió sonido alguno. El Privilegiado adrano apareció en el campo de visión de Nila. Habló en voz baja, con el rostro enfurecido. Tomó a lord Vetas de la barbilla y lo obligó a mirar a la Privilegiada muerta.

De pronto, el Privilegiado adrano retrocedió. Su voz estaba calmada, tranquila. Nila lo oyó decir:

—Apuesto que erais la clase de niño que torturaba animales por diversión. Decidme, ¿alguna vez le arrancasteis las alas a algún insecto? ¡Contestad!

Nila sintió algo de satisfacción al ver a lord Vetas encogerse por el miedo. Movió la boca, pero habló en voz demasiado baja, ella no pudo oírlo.

—Eso pensé. ¿Qué se siente?

Nila se alejó de la puerta. El alarido de Vetas tapó las peticiones de auxilio de los heridos y moribundos del resto de la casa. Se volvió

hacia la cocina, buscando otro camino por donde atravesar los escombros. Le entró el pánico. Tenía que encontrar a Jakob. Tenía que alejarse de la casa. Incluso mientras comenzaba a agitarse y a sentir el efecto de la adrenalina, la inundó una sensación de alivio. Vetas era historia. Si aún no estaba muerto, ya lo estaría. El desgraciado finalmente había encontrado a alguien más fuerte y más cruel.

Se lo borró de la mente. No valía la pena pensar en él un momento más. Jakob, sin embargo...

—¿Nila? —La mirada de Nila recorrió la cocina. Era una voz de niño. ¿De dónde había salido? —Nila, rápido, ocúltate ahí.

Encontró a Jakob en el fondo de la despensa, metido detrás de un saco de harina. Miró la puerta que daba al comedor.

—No hay sitio para mí allí dentro —dijo mientras lo ayudaba a salir de la despensa.

—¿Qué hay de Faye? —preguntó Jakob—. ¿Y del tío Vetas?

Del comedor emanó un gemido. Nila tomó a Jakob del hombro y lo hizo salir por la misma pared rota por la que había entrado.

La multitud de fuera había retrocedido hasta lo que consideraba una distancia segura de la casa, al parecer conforme con esperar a que llegaran la policía y la brigada antiincendios. Nila comenzó a abrirse paso por entre la gente, pero alguien la tomó del brazo. Ella se soltó sin decir nada y sin molestarse en mirar hacia atrás, y siguió aferrando a Jakob.

Su mente ya era un torbellino. Aún tenía la plata enterrada fuera de la ciudad. No tenía dinero ni ropa, salvo lo que llevaba puesto. Tendría que caminar hasta los límites de la ciudad, encontrar la plata y al otro día podría regresar a la ciudad y encontrar un lugar donde venderla.

No se morirían por dormir en la calle una noche o dos.

Se encontraban a cuatro manzanas cuando Nila notó que todas las personas que pasaba se la quedaban mirando. Caminaron otra manzana más hasta que Jakob le señaló el vestido, y ella se dio cuenta de que tenía sangre de la mano por todos lados. Parecía como si se hubiera estado revolcando en ella. Avanzaron dos calles más y llegaron a una serie de tiendas.

—¿Necesita ayuda, señora? —preguntó un caballero que pasaba, llevándose un pañuelo a la boca. Parecía estar a punto de descomponerse solo de verla.

Ella le mostró la palma de la mano.

—Solo es una herida, eso es todo —dijo ella, tratando de mantener un tono de voz tranquilo—. Parece peor de lo que es en realidad.

El caballero pareció aliviado.

—Hay una médica allí mismo —dijo señalando un local que quedaba dos tiendas más allá—. Acepta pacientes sin cita.

—Muchísimas gracias —dijo Nila.

Esperó un momento que el caballero continuara su camino. No tenía manera de pagarle a una médica. Tendría que lidiar con el dolor hasta que…

Nila recordó el collar de plata con la perla enorme que le colgaba del cuello. Un “regalo” de Vetas.

La médica era una mujer mayor con un vestido blanco y unos elegantes anteojos apoyados sobre la punta de la nariz. Estaba atendiendo a un paciente, pero al ver el vestido ensangrentado de Nila, corrió a ver qué sucedía.

Nila hizo todo lo posible para darle charla mientras la médica le limpiaba la herida y se la vendaba. Se había caído, le dijo. Una mala caída, pero no se había torcido nada.

—¿Pago? Ay, no. Parece que me dejé el monedero en casa. ¿Puedo ofreceros que os quedéis con este collar hasta que regrese a pagaros?

Llegaron a un acuerdo, y Nila hasta le pidió prestado un billete de cincuenta kranas por el collar. Cruzó la puerta con Jakob, aliviada de que el niño se hubiera quedado en silencio durante todo el intercambio.

Nila había caminado solo media manzana más cuando algo le vino a la mente.

El Privilegiado. El que había salido victorioso y luego le había arrancado el brazo a Vetas; él era un miembro de la camarilla real adrana.

—Jakob —dijo Nila mientras lo llevaba a un café de una calle lateral—, ¿puedes esperarme aquí unos minutos?

Jakob abrió mucho los ojos.

—No me dejes solo.

—Solo por unos minutos. Vamos, déjame que te pida un vaso de leche. Quédate sentado aquí dentro y espera a que regrese. —Hizo una pausa mientras pensaba—. Si no regreso, quiero que pidas indicaciones para ir al cuartel más cercano. Dile al oficial al mando que buscas al capitán Olem. Seguramente se encuentre lejos, luchando en el frente de batalla, pero el oficial te ayudará a encontrar un lugar donde quedarte.

—¿No regresarás por mí?

—Lo haré —respondió Nila—, pero por si acaso no regreso, eso es lo que debes hacer.

El niño pareció considerar la confianza en sí misma que ella mostraba y se irguió.

—Sí, Nila.

Le pidió un vaso de leche y lo sentó en una silla en el interior del café. Le pidió a un camarero que lo vigilara durante media hora. Compró un viejo delantal del café por diez kranas y se lo envolvió

alrededor del cuerpo. Le tapó sin problemas la sangre del vestido.

Luego volvió hasta la mansión de lord Vetas.

Había llegado la policía, y las brigadas antiincendios recorrían toda la mansión. Habían colocado una manta blanca sobre los restos de Dourford y las brigadas antiincendios extrajeron un cuerpo retorcido de entre los escombros. Todos los hombres de lord Vetas habían desaparecido, junto a aquellos contra quienes luchaban. La cantidad de agentes de policía evitó que quisiera acercarse al edificio. Pero ¿a dónde se habían ido todos?

Comenzó a recorrer la zona, revisando las calles aledañas. Seguramente había centinelas o... o... ¡alguien!

Nila no encontró nada. Los hombres de lord Vetas, los soldados adranos, el Privilegiado de la camarilla; todos se habían dispersado con el viento.

Expandió la búsqueda.

No fue hasta que estuvo a cinco calles cuando divisó a un hombre de patillas pelirrojas y un traje planchado caminando por la vía pública con una gran alfombra enrollada al hombro, del ancho suficiente para llevar un cuerpo en el interior. Ya no llevaba los guantes, pero Nila sabía que era el mismo hombre: el Privilegiado de la camarilla.

Corrió para alcanzarlo. Caminaba despacio por el peso de la alfombra y silbaba con fuerza para sí. ¿Podía tratarse del mismo sujeto?

Él dobló la esquina.

Lentamente, Nila se acercó a la esquina del edificio. Quizá no fuera él. Los Privilegiados no cargaban cosas por sí mismos. Tenían sirvientes para eso.

Dobló la esquina y casi gritó.

A unos tres metros por el callejón, el hombre se encontraba sentado sobre la alfombra enrollada. Tenía los pies apoyados sobre un viejo barril de vino, como si hubiera estado allí todo el día.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó él.

Nila miró hacia la calle. Seguramente no le haría daño. No en una calle tan transitada y a plena luz del día.

—Señor —dijo ella. ¿Cómo hablarle a un Privilegiado? Hacía unos meses, había pasado un tiempo con Rozalia, cuando aún estaba con los realistas, pero le había hecho sentir igual de incómoda. No se podía confiar en los Privilegiados—. ¿Milord?

Él entrecerró los ojos, pero no la corrigió. Era el mismo hombre, sin duda. Y no le gustaba que alguien notara que era un Privilegiado. Ella se preparó para correr.

—¿Sí? —preguntó él con voz amistosa.

—Sois un Privilegiado —dijo ella—. De la camarilla adrana.

El hombre levantó una ceja.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Os vi desparramar a lord Dourford sobre los adoquines hace cerca de una hora.

—¿Así se llamaba? —dijo el Privilegiado—. Me pareció que me resultaba familiar. Ese cabrón pretencioso era miembro de la Camarilla de Kez. Bah, me sorprende que lo hayan admitido. Menos talento que un Dotado. —Él la miró de arriba abajo—. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? Aprovéchalo, porque luego tendré que matarte.

¿Matarla? Nila no dudaba de que lo haría si fuera necesario. Los miembros de las camarillas reales tenían fama de crueles. Ella se aclaró la garganta y enderezó la espalda.

—Dado vuestro deber como miembro de la camarilla real, os entrego para que lo protejáis a Jakob Eldaminse, el siguiente heredero a la corona de Adro. —Dejó escapar una bocanada de aire, no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

La ceja del Privilegiado siguió arqueada. Lentamente, como si acabara de entender que hablaba en serio, la ceja descendió. Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Nila sintió que una sonrisa nerviosa le bailaba en los labios. ¿Había dicho algo gracioso?

—¿Lo haréis entonces?

—¿Qué? Diablos, no. ¿Crees que quiero cargar con el mocoso de un noble? Es un niño de ¿cuánto?, ¿cuatro años?

—Seis.

—Seis. Bien. —El Privilegiado se puso de pie—. La nobleza adrana está muerta. No regresará. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. ¿Dónde está el niño, por cierto?

—Oculto.

—Muy astuta.

—Señor —dijo Nila—. Milord, tenéis que hacerlo. No tiene a nadie más para protegerlo.

—Parece tenerte a ti.

—Solo soy una lavandera.

—Pues te vistes como una camarera.

—¿Por el delantal? No, solo soy una lavandera.

—Estoy seguro de que eres una camarera —dijo el Privilegiado.

A ella le llevó un instante darse cuenta de que le estaba tomando el pelo.

—¡Milord! —dijo con una voz que ella esperaba que expresara algo de autoridad—. Debéis proteger a Jakob Eldaminse.

—No, no es cierto. —El Privilegiado suspiró como si, de pronto, estuviera cansado, y aunque había parecido tener unos veintitantos años hacía solo un momento, ahora parecía un hombre mayor—. Ya

me he hartado de la nobleza adrana. —Parpadeó sorprendido y pareció observarla más detenidamente—. ¿Nos conocemos?

Ella negó con la cabeza.

—En fin. Debería irme. Esta alfombra no durará todo el día.

Nila sintió que comenzaba a estar aterrada. No había funcionado. El Privilegiado no protegería a Jakob. No era que ella estuviera intentando deshacerse del niño, se dijo a sí misma, sino que él necesitaba una mejor protección de la que ella podía brindarle.

—¿Entonces no vais a...?

—¿Matarte? No. Estás intentando ocultar a uno de los últimos miembros con vida de la familia extendida de Manhouch. No le hablarás a nadie sobre mí.

—Lo haré —dijo Nila.

—¿Disculpa?

—Hablaré sobre vos. A menos que me juréis que protegeréis a Jakob.

—Eres adorable.

—Hablo en serio.

—Seguro que sí. —El Privilegiado se inclinó, levantó un borde de la alfombra y la inclinó contra la pared, la estudió por un momento como intentando determinar cuál era la mejor forma de volver a colocársela sobre los hombros.

Nila sintió que se quedaba sin ideas. ¿Qué haría ahora? Seguramente podría hacerse de algo de dinero, pero y luego ¿qué?

—Vuestra alfombra está sangrando.

—Es verdad —dijo el Privilegiado echando un vistazo a la mancha oscura que atravesaba la tela—. Pensé que había cauterizado esas heridas.

Un dedo frío recorrió lentamente la columna vertebral de Nila.

—¿Quién está ahí dentro?

—¿Aquí? Un idiota llamado Vetal, o algo así.

—¿Vetas?

—Sí. Ese.

Nila avanzó hasta la alfombra y la pateó. Y de nuevo, y una vez más.

El Privilegiado la tomó del brazo y la alejó.

—Está inconsciente —dijo—, y lo quiero con vida, así lo puedo torturar un poco más. Para sacarle información —agregó.

Nila se alejó de la alfombra dando tumos y se inclinó contra la pared del callejón. Sintió que iba a vomitar. Al escapar de las garras de Vetas, su mente había tenido todo clarísimo. Pero ahora estaba llena de preguntas. Parte de ella quería llorar. Nila desechó ese sentimiento y miró la pared intentando concebir alguna clase de plan.

Se sorprendió al ver que, unos momentos después, el Privilegiado

seguía allí.

—¿No tenéis que hacer algo con *eso*? —dijo ella elevando la barbilla en dirección a la alfombra.

El Privilegiado se acercó. Nila se negó a retroceder.

—Me llamo Bo —dijo él. Nila se sorbió por la nariz—. Mira, no me quedaré con el niño. No estoy en posición de protegerlo. Yo mismo soy un fugitivo. Pero puedo manteneros a salvo a él y a ti durante algunos días mientras decides qué hacer.

—¿Por qué?

Bo se rio.

—Porque tienes el coraje suficiente para exigirle cosas a un Privilegiado por tu cuenta y, por lo que entiendo, tú conoces a este sujeto —tocó la alfombra con el pie—, y porque eres bastante atractiva. Pero solo por unos días. —Extrajo papel y lápiz del bolsillo del pecho y garabateó algo—. Tengo que ir a guardar mi alfombra. Busca al niño y ve a esta dirección, que allí estaré. Y en el nombre de Kresimir, asegúrate de que no te sigan.

Capítulo 27

—Tenéis que quedaros quieto, señor.

Tamas resistió el impulso de esquivar la aguja de Olem. Le había afeitado el lateral de la cabeza y había limpiado la herida de la bala con el agua helada de la montaña, y ahora le estaba dando unas puntadas apretadas con cuerda de tripa. La herida le ocupaba casi todo el largo de la cabeza. Era algo extraño saber que, si el recorrido de la bala hubiera sido unos centímetros hacia un lado, habría convertido la cabeza de Tamas en una canoa.

—Disculpa —murmuró Tamas.

El aire apestaba a muerte, a causa de los cadáveres de miles de hombres y caballos que había al sol de la mañana. Después de la batalla, sus soldados habían trabajado el resto del día y toda aquella mañana para extraer todos los cuerpos de la trinchera. Habían tendido a los hombres y les habían quitado los kits y los suministros, mientras que los caballos fueron preparados para comer.

Puede que en la guerra sea necesario el decoro, pero su ejército necesitaba comida y suministros.

Lo alcanzaron los gemidos y los gritos de los heridos. Tanto a keseños como a adranos se les estaban practicando cirugías de campo en un hospital improvisado. Ninguno de los ejércitos contaba con un equipo apropiado de médicos, más allá de las habilidades rudimentarias de los soldados que habían visto innumerables heridas.

Tamas observó a Gavril mientras el otro se abría paso por el campamento en dirección a él.

Todos los indicios de caos y desorganización que habían usado como señuelo para atraer a la caballería keseña habían desaparecido. Un equipo de ingenieros trabajaba afanosamente para levantar un puente apropiado sobre el Dedo Grande. Por todos lados había fogatas humeando con carne de caballo. Los intendentes contabilizaban los suministros que habían extraído tanto de los muertos keseños como de

los adranos. Había montañas de botas, kits, sábanas y tiendas, junto con rifles, municiones e incluso cuernos y cargas de pólvora.

Gavril llegó donde estaba Tamas y se sentó en el suelo junto a él.

—El general Cethal está muerto.

Tamas inclinó la cabeza y guardó un momento de silencio, frustrando un poco más los intentos de Olem por suturarlo.

—Me sorprende que haya durado tanto —dijo Tamas—. Era duro de pelar. ¿Informes?

—Basándome en los cuerpos que contamos hasta ahora, estimamos unos dos mil muertos de nuestro lado. Otros tres mil heridos. De esos, la cuarta parte se unirá a los muertos en menos de una semana. La mitad de nuestros heridos está incapacitada.

Tres mil quinientas bajas en la batalla. Más de la cuarta parte de la fuerza de Tamas. Era un golpe terrible.

—¿Y los keseños?

—Basándonos solamente en los cuerpos, estimamos que escaparon unos dos mil quinientos. Los demás están muertos o fueron capturados.

Tamas dejó escapar una bocanada de aire prolongada. Una victoria decisiva con todas las letras. La mayor parte de la fuerza enemiga, incluyendo a todos sus altos oficiales, había muerto o había sido capturada.

—Dales un descanso a los muchachos —dijo Tamas—. Pon a enterrar los cuerpos a todo keseño que pueda ponerse de pie.

—¿Qué haremos con todos estos prisioneros? —preguntó Gavril—. No podemos llevarlos con nosotros. Diablos, ni siquiera podemos trasladar a nuestros propios heridos; no olvides que el hermano de Beon aún se aproxima a toda marcha con treinta mil soldados de infantería.

—¿Cuándo nos alcanzará?

—Los prisioneros no nos dan demasiados detalles acerca de los posibles tiempos, pero si atamos todos los cabos, yo diría que les llevamos una semana de ventaja.

Estaban lo suficientemente cerca para que, si Tamas se permitía ser demorado por heridos y prisioneros, la infantería keseña los alcanzara antes de que pudieran llegar a Deliv.

—¿Cómo está Beon?

—Pidió verte —dijo Gavril.

—Bien. ¿Olem?

Olem limpió la aguja contra su chaqueta.

—Listo, señor. No tiene buena pinta, pero las puntadas están firmes. Intentad no pensar muy intensamente en el futuro cercano.

Tamas sostuvo un espejo de campaña.

—Parezco un maldito inválido. Tráeme mi sombrero.

—Rozaréis las puntadas.

—Envuélveme la cabeza con un pañuelo. No voy a tener una charla con el enemigo con esta apariencia.

Olem le envolvió la cabeza, y Tamas se puso con cuidado el sombrero bicornio.

—¿Cómo os sentís, señor?

—Duele como el maldito demonio. Vamos a ver a Beon.

Tamas permitió que Gavril y Olem caminaran delante de él mientras cruzaban el campamento. Gavril había salido de la batalla con no mucho más que un ojo morado, mientras que Olem tenía cierta tendencia a ignorar sus propias heridas.

Tenía la mano izquierda vendada, y el hombro de la camisa empapado con sangre fresca.

—Olem, ve a que te atiendan —dijo Tamas cuando se acercaban a los prisioneros.

—Estoy bien, señor —respondió Olem.

—Es una orden.

Olem cedió y regresó cojeando al campamento. Tamas lamentaba verlo alejarse, pero Olem necesitaba el descanso y la atención médica.

Los prisioneros habían sido llevados a una prisión improvisada durante la noche. Estaban atados de pies y manos, y los vigilaba la Séptima Brigada. En ese momento no se le podía confiar prisioneros a la Novena; habían recibido la peor parte de la carga de los coraceros y la mayoría aún quería sangre.

—El mariscal de campo, para ver al general Beon —le dijo Gavril a uno de los guardias. El soldado se metió en la prisión. Salió unos minutos después seguido por Beon.

El general keseño no mostraba buen aspecto. Tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo. Tenía puntos en la frente y el dorso de su mano derecha se veía torcido y dolorido. Caminaba con una cojera pronunciada.

—General —dijo Tamas.

Beon inclinó fatigado la cabeza.

—Mariscal de campo. Debería agradeceros que me hayáis salvado la vida cuando me rodearon vuestros hombres.

—No es nada.

—Ah —dijo Beon—. *Debería* agradecéroslo. Pero no lo haré. —Inclinó la cabeza—. No sé si puedo vivir con la vergüenza de semejante derrota.

Gavril se inclinó contra una de las estacas de maderas que conformaban la prisión.

—No seáis tan duro vos mismo —dijo Gavril—. Se trata de Tamas, después de todo.

Tamas evitó que su enfado se le reflejara en el rostro.

—Puede que el engaño no sea una herramienta de caballeros, pero, al fin y al cabo, en el campo de batalla lo único que importa es la victoria.

—Es cierto —dijo Beon—. La trinchera. Muy bien hecho. La cavaron y la ocultaron, todo en una tarde. Mantuvieron a raya a mis exploradores, y esa niebla la tapó por completo. Me manipulasteis, mariscal de campo. Sabía que ordenaríais el ataque cuando os viera intentar cruzar el río.

Tamas se permitió asentir levemente con la cabeza.

—Bravo —dijo Beon suspirando—. ¿Ahora qué? Como podéis ver, habéis tomado de rehenes a miles de nosotros. Estamos a cientos de kilómetros de la ciudad más cercana que pueda costear un rescate. Miles de soldados en ambos bandos morirán por enfermedades y por falta de un tratamiento apropiado durante las próximas semanas.

—Envié a un hombre a vuestro campamento y convoqué una reunión para negociar —dijo Tamas—. Tengo la intención de liberar a los soldados y a la mayoría de los oficiales a cambio de comida, suministros, y una promesa de libertad bajo palabra.

—¿Libertad bajo palabra? —Beon parecía sorprendido. —Como hombre de honor, debo deciros que una buena parte de mis oficiales no aceptará las condiciones de libertad bajo palabra. En el momento en que vuestros prisioneros queden libres, volverán a luchar contra vos.

—Como hombre de honor, espero que me digáis cuáles de vuestros oficiales de más alto rango son, de verdad, hombres de honor.

Beon se rio.

—Ah. ¿Y esos son los que entregaríais a lo que queda de mi ejército? Ya veo. Os dais cuenta, por supuesto, de que el honor solo se mantendrá hasta que mi hermano nos alcance con su infantería y nos quite el mando a mí y a mis oficiales, ¿verdad?

—Así es. Y nunca dije que os liberaría a *vos*.

Beon inclinó la cabeza hacia un lado.

—No me imagino para qué podría serviros. Mi presencia no evitará que mi hermano lance un ataque cuando os alcance.

—Igualmente. Preferiría que no estuvierais del otro lado por el momento.

—¿Desconfiáis de que rompa mi palabra de no atacaros?

—Tampoco es eso. Por cierto, el general Cethal os envía saludos.

—Montó una defensa valerosa. He doblegado infanterías con más hombres utilizando menos coraceros. Decidle que fue una resistencia digna.

—Está muerto —dijo Tamas.

Beon inclinó la cabeza.

Alguien se aclaró la garganta. Tamas se volvió y se encontró con un

mensajero a su lado.

—Señor, llegaron los keseños, para la negociación.

—Por supuesto. ¿General Beon?

Los keseños habían enviado lo que quedaba de su cuerpo de oficiales. Un coronel, cinco mayores y seis capitanes. Tamas observó a cada uno de ellos. La retirada keseña había sido algo de último minuto. Solo dos de los mayores estaban heridos. Eso significaba que los demás habían huido antes siquiera de haber entrado en la refriega.

La negociación procedió como él lo esperaba. Los keseños agitaron sus sables e hicieron demandas, pero al final, sabían que habían sido vencidos. Le entregaron pólvora y municiones a cambio de que se les entregaran a los oficiales que habían sobrevivido, con algunas notables excepciones. La comida y la información acerca de cómo estaban las cosas en Adro fueron intercambiadas por los soldados.

—No podéis pretender que os permitamos retener a Beon je Ipille —dijo el coronel keseño—. Es el tercero en la línea del trono.

—¿*Permitirme*? —dijo Tamas—. Soy yo el que os permite retiraros con vida. ¿Casi cuatro mil hombres a cambio de raciones para el camino, información y una promesa endeble de libertad bajo palabra? Yo soy quien ha resultado perjudicado. Retendré al general Beon hasta que su padre me ofrezca un pasaje seguro de regreso a Adro por la vida de su hijo. Haremos el intercambio de prisioneros mañana al rayar el día.

Intercambiaron información sobre el territorio del norte de Kez y la ubicación de las brigadas de infantería bajo el mando del hermano de Beon. Los keseños regresaron a su campamento con la nariz levantada, orgullosos incluso en la derrota.

—Mi padre os odia —dijo Beon mientras caminaban de regreso al campamento adrano—. No tenéis ni una maldita oportunidad de que intercambie mi vida por la de su ejército. Sobre todo después de mi fracaso.

—Ya lo sé. —Tamas se detuvo y se volvió hacia Beon—. Se os otorgará todo el respeto que se le debe a un prisionero de vuestro nivel. Espero que me deis vuestra palabra de honor de que no intentaréis escapar de mi campamento y que no intentaréis hacer llegar a vuestro ejército información sobre la disposición del mío. A cambio, se os proporcionará una tienda, plena libertad dentro del campamento y la elección de dos sirvientes de vuestro propio ejército.

—Os doy mi palabra de honor —dijo Beon.

—Muy bien.

Beon fue escoltado a la prisión para elegir a sus sirvientes, por lo que Tamas y Gavril se quedaron solos.

—¿Realmente confías en él? —preguntó Gavril.

—Sí.

—¿Entonces por qué lo retienes aquí?

Tamas se quitó el sombrero y se tocó con cuidado las puntadas del cuero cabelludo. Pasarían meses antes de que le volviera a crecer el pelo lo suficiente para ocultar la herida. Mientras tanto, parecería un mentecato medio loco.

—Él es el único de los hijos de Ipille que vale la pena como ser humano. Tengo la intención de regresar a Adro y de rechazar al ejército de Ipille. Según ellos —hizo un gesto con la cabeza en dirección a los oficiales keseños que se alejaban—, el propio Ipille se encuentra en Adro. Si me las puedo arreglar para matarlo a él y a sus dos hijos mayores, Beon será rey de Kez; tal vez entre en razón y me ayude a acabar con esta guerra.

—Ah. —Gavril se rascó la barba—. ¿Qué más averiguaste sobre Adro?

—Lo último que oyó la caballería keseña es que Ipille incendió Budwiel y que avanzaba de forma lenta pero constante por el Camino de Surkov. Hilanska y el resto de los generales están manteniéndose firmes con la ayuda de las Alas de Adom. Se supone que el propio Kresimir está allí, pero que no está usando sus poderes para ayudar al ejército keseño.

—Pensé que Kresimir estaba muerto.

—Eso no es lo que piensan los keseños. Después de que se derrumbase el Pico del Sur, el Privilegiado Borbador me dijo que no se puede matar a un dios.

—Si está vivo —razonó Gavril—, probablemente quiera a la persona que le disparó en el rostro.

—Ya lo sé —dijo Tamas—. Marchamos mañana por la tarde. Necesito regresar a Adro e interponerme entre el ejército de Kez y mi hijo. Si Kresimir está vivo, le haré desear haber muerto en el Pico del Sur.

Adamat se detuvo con la mano apoyada contra la puerta de un molino desmantelado del distrito industrial de Adopest. Miró sobre su hombro y trató de recordarse a sí mismo que ya no corría riesgo de que lo siguieran. Lord Vetas había sido capturado; sus hombres estaban presos o dispersos. La familia de Adamat estaba a salvo. Pensó que se trataba de pura paranoia y empujó la puerta.

Pero ¿lo era? Pasó por delante de un escritorio administrativo abandonado hacía mucho tiempo, ya medio podrido, y por delante de las habitaciones de los trabajadores, donde parecía que un animal había hecho su nido y luego había muerto, a juzgar por el olor.

Adamat había chantajeado con éxito al Propietario. El amo de lord Vetas, lord Claremonte, podía tener otros espías en la ciudad. Y también estaba el ejército keseño abriéndose paso hacia el norte por el Camino de Surkov.

¿Volvería a estar a salvo alguna vez la familia de Adamat?

Atravesó otra puerta, que llevaba al taller principal del molino. El salón tenía más de doscientos metros de largo y tenía más de diez ruedas de molino instaladas a intervalos regulares junto a una de las paredes laterales. Muchas estaban rotas o directamente faltaban; la maquinaria había quedado pudriéndose allí cuando el molino fue abandonado. El sonido del río sobre el que estaba suspendida aquella parte del molino llenaba el silencio del salón.

Bo estaba sentado en una silla inclinada sobre dos de sus patas y apoyada contra la pared, junto a la puerta. Junto a él, Fell sostenía una pipa entre los labios y miraba algo en la distancia. Se había arremangado la camisa y tenía manchas de sangre en los brazos.

—Os habéis perdido las festividades matutinas —le dijo Bo a Adamat.

—Llamáis "festividades" al hecho de torturar a un hombre? —preguntó Adamat.

—No soy una buena persona —dijo Bo.

Adamat le echó una mirada a la ropa del Privilegiado.

—Tenéis sangre en los zapatos.

Bo maldijo, luego se lamió el pulgar y se lo pasó por la parte de arriba de uno de sus zapatos.

—¿Cómo está vuestra esposa? —preguntó Fell tras quitarse la pipa de la boca.

Adamat vaciló.

—Pasa... ha pasado por momentos muy difíciles. —Aquel comentario era la peor subestimación que Adamat había dicho en su vida.

A Faye la habían golpeado y la habían maltratado. Había llorado durante dos días seguidos y no permitía que ninguno de los niños desapareciera de su vista durante más de unos pocos minutos. Pasaba de la melancolía a estar alegre y de nuevo triste en cuestión de segundos, pero Adamat no esperaría otra cosa de alguien que había atravesado lo que ella había sufrido—. Es fuerte —dijo Adamat—. Estará bien.

Bo dejó caer la silla sobre las cuatro patas, se puso de pie y se estiró.

—Me alegra oírlo —dijo. Parecía raro, pero Bo sonaba sincero. Los Privilegiados no eran conocidos por su empatía—. Lanza —le dijo a Fell.

En el rostro de Fell apareció una leve sonrisa. Se metió una mano en la bolsa de papel que había en el suelo frente a ella, sacó un anacardo y lo arrojó por el aire. Bo lo atrapó con la boca.

—Necesito regresar con Ricard —dijo Fell, levantando su bolsa de anacardos y un morral de cuero del suelo.

—Ve —dijo Bo—. Nosotros seguiremos aquí. Fue agradable trabajar contigo esta mañana.

Adamat levantó una mano.

—Una pregunta.

—¿Sí? —dijo Fell.

—¿Alguno de vosotros vio a una joven o a un niño después de que abandonamos la mansión de Vetas?

—¿La muchacha del vestido rojo? —preguntó Fell.

"¿La misma a la que ella había dejado escapar junto con Vetas, lo que había estado muy cerca de causar la muerte de Faye?" —Sí. Ella.

Fell meneó la cabeza.

Bo vaciló por un instante.

—Tal vez... no. No, no creo haberlos visto.

—Qué lástima —dijo Adamat—. Faye me pidió que la buscara. Era otra prisionera de Vetas, y puede que el niño sea un heredero real.

—Estaré atenta, por si surge alguna información —dijo Fell. Saludó a cada uno inclinando la cabeza, manteniendo un momento la mirada en Bo, y luego se retiró.

—¿Como ha ido el "trabajo" esta mañana? —preguntó Adamat después de que Fell se fuese.

—Es muy buena torturando para obtener información —dijo Bo sin notar o ignorando el doble sentido del tono de Adamat. Se sonó los nudillos y avanzó junto a la hilera de ruedas de molino—. No es tan buena como yo, pero claro, yo soy un Privilegiado de la camarilla. —Bo miró sobre su hombro como asegurándose de que Fell se había ido, y luego agregó—: No confiéis en esa mujer.

—No planeaba hacerlo.

—Bien. Es leal a Ricard y a su preciada academia. A nada más. Y ni siquiera estoy seguro de si es más leal a Ricard que a la Academia.

—Me imagino que ella diría lo mismo sobre vos —dijo Adamat.

—Ah —dijo Bo—, tampoco creo que debáis confiar en mí. Pero solo tendréis que lidiar conmigo durante algunos días más. En cuanto se termine este asunto de Vetas y yo considere que vuestra familia está a salvo, me iré con el viento.

Bo llevó a Adamat hasta las escaleras que había en el extremo del salón y lo hizo bajar a la sala de las ruedas que había debajo del molino. Por cada uno de los molinos que había sobre ellos, allí abajo había una rueda con una sección metida en el agua. O, al menos, así había sido alguna vez. La mayoría ya no estaba, en su lugar solo había quedado un canal vacío de agua fluyendo por un lado del suelo.

Lord Vetas estaba en un rincón amarrado a una camilla vertical. Le faltaban los brazos; por supuesto, Bo se los había arrancado hacía dos días. Una manta ensangrentada le cubría el cuerpo; probablemente más por Adamat que por Vetas. Tenía los ojos cerrados y respiraba

superficialmente.

Bo pateó la camilla y Vetas abrió los ojos de golpe. Inmediatamente intentó alejarse de Bo, pero sus ataduras se lo evitaron.

—¿Recordáis a nuestro amigo Adamat? —preguntó Bo.

—Sí —susurró Vetas, sin apartar la mirada de Bo.

—Tiene algunas preguntas. Contestádselas.

Adamat se colocó frente a su antiguo atormentador e intentó obligarse a recordar lo que le había hecho a su familia. Aquella criatura lastimosa que tenía adelante no merecía lástima ni compasión.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Adamat.

—No lo sé.

—¿Qué le sucedió?

—Lo vendí.

Adamat se inclinó hacia atrás sobre los talones.

—¿Lo vendisteis? ¿A qué os referís?

—Traficantes de esclavos.

—¡No hay traficantes de esclavos en Adopest!

Una risita horrible comenzó a elevarse por la garganta de Vetas, pero se la tragó cuando Bo dio un paso hacia él.

—Traficantes keseños —dijo Vetas, aún en voz baja—. Yo solía capturar magos de la pólvora delante de las narices de Tamas y enviarlos a Kez.

—Mi muchacho no es un mago de la pólvora —dijo Adamat.

Vetas lo miró parpadeando, como sorprendido. Sus ojos, que alguna vez habían sido fríos y calculadores, ahora solo parecían... muertos, era la única forma de describirlos. Expresaban temor cuando miraban a Bo, pero fuera de eso, nada.

—¿Por qué se lo vendisteis a los keseños?

—Mi Privilegiado me dijo que era un mago de la pólvora.

Adamat comenzó a pasearse de un lado hacia el otro. ¿Josep, un Marcado? Eso parecía imposible.

—¿Cuánto hace de esto?

—Una semana.

—¿Se lo han llevado ya del país? —Adamat comenzó a notar el pánico; sintió que se le tensaba el pecho. Los traficantes que trataban con seres humanos, sobre todo con magos de la pólvora, no esperarían para llevarse el cargamento del país. Lo más probable era que Josep ya estuviese fuera del alcance de Adamat.

—Imagino que sí —dijo Vetas.

—¿Para qué los quieren? —preguntó Adamat—. Los keseños no quieren a los magos de la pólvora con vida. No necesitan traficantes. Usan asesinos.

—Para experimentar —dijo Vetas.

—¿A qué os referís?

—No lo sé. Es una suposición.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

Vetas apartó la mirada por un momento. Adamat avanzó un paso, amenazante. No había temor en los ojos de Vetas. No hasta que Bo comenzó a restregar el pulgar contra el índice.

—Un bar cerca del puerto —dijo Vetas, y su mirada se desvió brevemente hacia el agua que fluía por el canal del molino.

Un bar, ¿eh? Probablemente a no más de un kilómetro de allí.

—Contádmelo todo —dijo Adamat.

Interrogó a Vetas durante media hora. Obtuvo contactos, ubicaciones y contraseñas. Tenía que ser meticuloso. Los traficantes de esclavos que operaban en un lugar civilizado como Adopest tendían a operar con la mayor discreción, y habrían tomado muchísimas precauciones.

Adamat terminó de hacer sus preguntas y se dirigió de inmediato hacia la puerta. Quería alejarse de Vetas lo más rápidamente posible. El sujeto le daba asco. Se había llevado a la esposa y a los hijos de Adamat y los había hecho pasar experiencias indescriptibles. Había conspirado contra Adro y había tratado con la escoria humana más repugnante.

Bo se le acercó al trote mientras Adamat subía la escalera que daba a la planta principal del molino.

—No le preguntasteis nada más —dijo Bo.

—No necesito saber nada más.

—¿Y los planes de Claremonte? ¿Lo que tiene pensado para Adro? ¿No queréis saber todo eso?

Adamat se detuvo y se volvió hacia el Privilegiado.

—En otro momento. Tengo que recuperar a mi hijo.

—Es muy tarde. Si lo tienen unos traficantes de esclavos, ya lo habrán sacado del país.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Adamat enérgicamente.

—Es sentido común —dijo Bo—. Y recordad esto: la camarilla real era un lugar oscuro. Tratar con esclavos era una de las muchas cosas que hacían.

—¡Bah! —Adamat siguió caminando hacia el frente del molino.

Para su irritación, Bo le mantuvo el paso.

—Estuvimos interrogando a Vetas durante dos días. Claremonte está planeando algo grande. Ni siquiera Vetas tiene todos los detalles, pero ¡Claremonte incluso podría estar planeando una invasión!

—Y supongo que vos ayudaréis a detenerlo, ¿verdad?

El silencio de Bo hizo que Adamat lanzara un suspiro. Al Privilegiado no le interesaba ayudar. Probablemente abandonaría el país, ahora que su deuda con Adamat estaba saldada. Parecía que Bo

solo tenía suficiente sentido cívico del deber para intentar convencer a Adamat de que ayudara a detener a Claremonte.

—Incluso Vetas dijo que vuestro hijo ya había partido —dijo Bo.

—¿Y confiáis en él? Me parece bastante ingenuo para un Privilegiado de la camarilla.

Bo se inclinó hacia Adamat.

—Yo lo *destrocé* —dijo con palabras que casi sonaban como un rugido—. No se atrevería a mentirme a mí.

—Fue demasiado fácil —dijo Adamat—. Yo sé qué clase de hombre es Vetas. Se está guardando algo.

En el rostro de Bo apareció levemente una expresión de duda, que luego se transformó en una mueca.

—No. No es cierto. No puede. Como dije, lo destrocé.

—Deberíais seguir haciéndolo. —Las palabras hicieron que se le revolviera el estómago a Adamat. Esa clase de tortura le daba náuseas. Incluso cuando se trataba de lord Vetas—. No hay forma de saber qué más tiene en la cabeza.

—Estará muerto en cuestión de horas —dijo Bo.

—¿Por orden de Ricard? Tal vez Ricard considerara que Vetas era un estorbo demasiado molesto para dejarlo con vida por mucho tiempo. Si Claremonte se las arreglaba para rescatarlo, la furia que seguiría sería terrible, sin lugar a dudas.

—Yo no obedezco órdenes de Ricard. No, la naturaleza terminará lo que yo empecé. Necesité todos mis conocimientos sobre curación, que tampoco son excesivos, solo para mantenerlo con vida. Le arranqué los brazos y luego me pasé los últimos dos días interrogándolo. ¿Creéis que va a vivir mucho tiempo más? No. Al caer la noche, arrojaré su cadáver al mar Ad y me largaré de este país.

—Bueno. —Adamat inspiró profundamente y se alisó la pechera de la chaqueta. Allí estaba, de vuelta a la casilla de salida. Ya no le quedaban aliados. El Propietario había cortado todo contacto. Ricard estaba lidiando con las consecuencias de la captura de Vetas y Bo pensaba dejar el país. Adamat se encontraba solo una vez más—. Entonces supongo que aquí nos despedimos.

Bo tiró de los dedos de su guante derecho y se lo quitó. Extendió la mano.

—Gracias.

—No —dijo Adamat, estrechándosela. Sintió que el corazón se le detenía. Los Privilegiados no le daban la mano a nadie. Jamás—. Gracias a vos.

Bo se dirigió hacia el sótano del molino. Adamat lo observó alejarse, con la esperanza de que quizá cambiara de parecer y se quedara en el país. Y, tal vez, que incluso lo ayudara a rescatar a Josep. Pero un momento después, Bo desapareció por las escaleras.

Adamat salió a la calle. Aquello sería difícil. Tal vez, solo tal vez, aún le quedara un amigo en Adopest.

Adamat se detuvo en la puerta de su casa y miró por la ventana de delante.

Las persianas estaban bajadas, pero por las rendijas llegaba a ver a los mellizos jugando sobre la alfombra de la sala de estar. Uno de ellos tenía un barco de madera. El otro lo quería para sí y empujó al primero, intentando quitárselo.

Adamat sintió que una sonrisa le tiraba de la comisura de los labios. Habían pasado por muchas cosas, pero aún jugaban y discutían como niños normales. Había creído que, después de tan terribles experiencias, se encontrarían bastante peor. Fanish, su hija mayor, les gritó desde el fondo, y un momento después entró a la sala de estar, los separó y los regañó en voz alta.

Abrió la puerta y entró. Enseguida, todos los niños lo rodearon en busca de un abrazo o un beso. Se arrodilló y les permitió competir por su atención. Sintió el alivio de volver a tenerlos en casa. Nunca habría pensado que agradecería los gritos y los empujones después de un largo día en las calles..., pero finalmente había recuperado a su familia.

La sonrisa le desapareció del rostro. No había ni rastro de Faye.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó Adamat a Fanish quitándose con suavidad a Astrit de la pierna.

—Está acostada, papá.

—¿Ha bajado en algún momento durante el día? Fanish miró a los niños y negó con la cabeza. Ya tenía la edad suficiente para saber que su madre había sufrido mucho y para notar fácilmente que se estaba comportando de manera extraña. También era lo suficientemente astuta para evitar que los otros niños se preocuparan.

Adamat se la llevó aparte.

—¿Ha comido?

—No.

—¿Qué habéis cenado?

—Sopa. Aún está en el fuego.

—¿De dónde la habéis sacado?

—La trajo la asistente de Ricard. Hay suficiente para que toda la familia coma durante tres días.

—¿Fell?

—Sí. Esa.

Adamat apretó los puños. La mujer que casi le había costado la vida a su esposa dejando que Vetas escapara. Nunca lo olvidaría. Interrumpió sus pensamientos para evitar ponerse nervioso. Aquel no era el momento de guardar rencor.

—Tráeme un plato de sopa.

Colocó el bastón junto a la puerta de entrada y colgó el sombrero, luego cogió la sopa que le llevó su hija y se dirigió al primer piso. En la habitación, Faye yacía dándole la espalda a la puerta, con las mantas hasta los hombros a pesar de que estaban en verano y la casa era bastante calurosa.

—Faye —dijo con suavidad.

No hubo respuesta.

Fue hasta su lado de la cama y se sentó con cuidado en el borde. Vio el subir y bajar de los hombros a causa de su respiración suave. Ella tenía los ojos cerrados, pero después de tantos años de intimidad, Adamat sabía que estaba despierta.

—Amor —dijo—, necesitas comer algo.

Una vez más, no hubo respuesta.

—Arriba —dijo él—. Necesitas comer.

—No te has quitado las botas. —Habló en voz baja, con un tono tímido. No con la impetuosidad de una reprimenda a la que lo tenía acostumbrado, y eso lo preocupó.

—Lo siento, luego paso la escoba. Ahora tienes que comer.

—No tengo hambre.

—No has comido en todo el día.

—Sí he comido.

—Hablé con Fanish.

Ella le estaba mintiendo, y ahora sabía que él lo sabía.

—Ah.

—Tienes que conservar tus fuerzas.

—¿Por qué? —dijo, y se ajustó la manta sobre los hombros aún más.

—Por los niños. Por mí. Por ti misma.

Faye no dijo nada. Adamat veía las lágrimas que le corrían por las mejillas, los ojos cerrados con fuerza. Le apoyó una mano suavemente en el brazo. ¿Es que no sabía que ahora estaba a salvo? ¿No se daba cuenta de que los niños la necesitaban más que nunca? ¿Que *él* la necesitaba?

—Iré a buscar a Josep —le dijo.

Ella abrió los ojos.

—¿Sabes dónde está?

—Tengo una pista.

—¿Qué pista?

Adamat le dio una palmada en el brazo y se puso de pie.

—Nada de qué preocuparse. Pero esta noche regresaré tarde. —En la planta baja alguien llamó a la puerta, y Faye se volvió en la cama con movimientos temblorosos y con los ojos muy abiertos—. Es solo SouSmith —dijo Adamat intentando tranquilizarla—. Vendrá

conmigo.

—¿Cuál es la pista que tienes? ¿Dónde está mi muchacho? —preguntó Faye enérgicamente.

—No hay nada de qué...

Ella le aferró el brazo como si por mano tuviera una trampa para osos.

—Dímelo.

Adamat volvió a sentarse en la cama. No quería preocuparla, pero parecía que no había forma de evitarlo.

—Vetas lo vendió a unos traficantes de esclavos. Se supone que Josep es un mago de la pólvora. Me reuniré con los traficantes para intentar recuperarlo.

—No —dijo Faye, y sorprendió a Adamat con su tono enérgico—. No lo harás. Ya has atravesado muchísimos peligros. No me quedaré aquí esperando noticias sobre tu muerte.

—He lidiado con cosas peores que unos traficantes —dijo Adamat.

—Sé con qué clase de hombres Vetas hacía sus... *negocios*. —Faye casi escupió la palabra. Tenía pánico en los ojos. Adamat notó que el deseo de recuperar a su hijo estaba en conflicto con la necesidad de proteger a su esposo y al resto de los niños.

—Tengo que recuperar a Josep. No se lo dejaré a los keseños.

Faye le apretó el brazo con más fuerza.

—Ten cuidado.

—Sí. Adamat se soltó de la mano de Faye con la mayor suavidad posible. A ella le caían lágrimas por el rostro cuando él salió de la habitación y bajó por la escalera. SouSmith estaba en el vestíbulo de entrada, con el abrigo completamente abrochado, sonriéndoles a los niños que jugaban en la sala de estar.

El boxeador le hizo un gesto con la cabeza a Adamat.

—¿Listo?

—Sí. —Adamat miró por el hueco de la escalera en dirección a su habitación y cogió el bastón, que estaba junto a la puerta—. Fanish, en media hora ve a ver a tu madre.

—Sí, papá.

—Buena chica. Vamos, SouSmith.

Capítulo 28

—¿Va todo bien? —preguntó SouSmith mientras se alejaban de la casa de Adamat en un carruaje de alquiler. La tarde estaba cálida y ventosa. Adamat pensó que al día siguiente habría una tormenta.

—Bien —dijo Adamat. SouSmith no pareció creerle, levantó una ceja—. ¡Bien! —dijo Adamat, en voz un poco más alta.

SouSmith asintió con la cabeza para sí y se acomodó contra un lateral del carruaje.

Adamat miró por la ventanilla y observó a la gente en sus quehaceres nocturnos. En una esquina había un niño pequeño intentando vender los últimos periódicos y una pareja mayor aprovechando para pasear antes de que oscureciera. Adamat se preguntó si tendrían alguna idea de lo que estaba sucediendo en su ciudad. El caos. La guerra.

Se preguntó si les importaba.

Ya caía la noche cuando el carruaje dejó a Adamat y a SouSmith a dos manzanas del bar La Doncella Salada, situado en el muelle. Adamat divisó el cartel desgastado; se mecía al viento, colgado de una viga. Qué nombre más estúpido. El mar Ad no era de agua salada.

Revisó las pistolas de cañón corto que llevaba en el bolsillo, SouSmith hizo lo mismo. El boxeador hacía sus preparativos con gesto hosco, sin mirar a Adamat.

—Perdona —dijo Adamat cuando estuvo listo.

—¿Eh?

—No fue mi intención hablarte así —dijo Adamat—. Eres un buen hombre. Y un buen amigo por venir conmigo a hacer esto. Podría ser peligroso.

SouSmith gruñó.

—Aún me pagas, ¿verdad?

—Sí.

El boxeador asintió con la cabeza, como si el hecho de

acompañarlo fuera lo más natural del mundo, pero dejó de tener cara de enfado.

Se dirigieron hacia el bar, y Adamat escuchó el chasquido del bastón contra los adoquines y luego contra la madera, cuando comenzaron a caminar sobre el malecón. El bar estaba sobre el muelle; era una mala ubicación. Solo había una salida, aunque seguramente los traficantes tendrían un bote oculto debajo para poder escapar deprisa.

No era un lugar ideal para enfrentarse a unos traficantes.

Adamat empujó la puerta y fue recibido en silencio.

Había unos cinco o seis marineros en el lugar, un edificio de un solo salón con iluminación tenue. No parecían un grupo agresivo. La mayoría eran jóvenes en la flor de la vida, que llevaban camisa de algodón blanca, abierta en el pecho, y pantalones hasta las rodillas. Todos lo miraron sorprendidos, como si Adamat fuera un pez de tres ojos.

Tratar de no llamar la atención quedaba descartado.

Adamat se acercó a la barra, SouSmith se inclinó contra el marco de la puerta y observó a los marineros. Adamat deslizó un billete de cincuenta kranas sobre la barra.

—Estoy buscando a Doles —dijo.

La expresión del camarero no cambió.

—Yo soy Doles. ¿Qué os sirvo?

—Whisky brudano, si tienes —respondió Adamat.

Doles, que estaba vestido como un marinero común (y probablemente lo fuera) cogió el billete y se lo metió en el bolsillo. Extendió una mano bajo la barra sin quitarle los ojos de encima a Adamat y sacó una licorera que tenía un líquido oscuro. La apoyó contra la barra tan bruscamente que hizo que Adamat se sobresaltara, luego sirvió una medida en un vasito sucio.

—No es una buena temporada para beber eso —dijo Doles.

El guion era tal cual se lo había dicho Vetas. Adamat tenía la boca seca, y tuvo que concentrarse para evitar que le temblara la mano cuando la estiró para coger el vaso de whisky.

—Siempre es buena temporada para beber whisky brudano —respondió.

Adamat había visto tanta gente sacando una porra con la intención de golpearlo que pudo detectar los indicios. La muñeca de Doles se torció detrás de la barra. Un momento después, su mano se elevó, se echó hacia atrás y lanzó un golpe con un trozo de madera pulida de unos treinta centímetros de largo.

Adamat sacó su pistola con la mano izquierda y, levantando la derecha, aferró la muñeca de Doles y atajó el golpe.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos —dijo Adamat apuntando

con la pistola hacia la nariz del camarero.

Doles ni siquiera parpadeó.

—Sí. Deberíamos.

Adamat se puso pálido. Sintió el cañón frío de una pistola en la nuca, y se le pusieron los pelos de punta.

—Soltadla —dijo Doles.

Adamat se pasó la lengua por las encías resecas. El corazón le retumbaba en los oídos.

—Si yo muero, tú mueres —dijo.

—Me arriesgaré. —Doles no parecía preocupado.

El cañón de pistola se le apoyó con más fuerza contra la nuca. Lentamente, Adamat bajó su propia pistola y la apoyó sobre la barra. Doles la cogió y la descargó.

—Matadlos, echad los cuerpos más allá de las rompientes.

Adamat sintió que unas manos rudas lo aferraban de los brazos. Lo hicieron volverse y vio que SouSmith estaba recibiendo un tratamiento similar. Tres de los marineros lo sostenían con cuchillos apoyados contra la garganta del boxeador, mientras otros dos obligaban a Adamat a ponerse de rodillas.

—Aquí no —dijo Doles con cierta molestia, haciéndoles un gesto a los marineros—. No quiero que me manchéis el suelo de sangre. Id abajo.

—He venido a hablar sobre un muchacho —dijo Adamat mientras se lo llevaban a un rincón de la sala. Doles no le respondió—. Alguien a quien se llevaron a Kez —agregó.

Levantaron una alfombra y quedó a la vista una trampilla. SouSmith comenzó a forcejear con violencia, y uno de los hombres que sostenían a Adamat se unió a los otros tres para obligar a SouSmith a avanzar hacia el rincón.

—¡Vetas está muerto! —dijo Adamat.

El marinero dejó de empujarlo hacia la trampilla. Adamat se soltó y se encaró a Doles, que estaba levantando una mano.

—¿Muerto? ¿En serio?

—Sí —dijo Adamat—. Los capturamos a él y sus hombres, y Vetas está muerto.

Doles suspiró.

—Maldición. Tendremos que volver a mudarnos. Hizo un gesto con la cabeza y el marinero cogió Adamat y lo empujó. Intentó forcejear, pero el sujeto era más fuerte que él. Su bastón se había quedado junto a la barra, y se le había caído el sombrero. Cogió un puñado del pelo del marinero y se defendió.

Doles rodeó la barra y miró la pelea sin inmutarse.

—O aquí arriba, o allí abajo —dijo Doles—. A mí me da lo mismo. Pero si morís aquí, tendré que limpiar la sangre. —Hizo una pausa—.

Bueno, igual nos tenemos que mudar. Supongo que no importa.

—¡Es mi hijo! —dijo Adamat—. Por favor, solo quiero recuperarlo. ¿No tienes hijos?

—Nop —dijo Doles, inclinándose contra la barra. Parecía divertirle la pelea entre SouSmith y sus marineros.

—¿Y padre? ¡Tuviste padre! ¡Por favor!

—Sí tuve —respondió Doles—. Era un desgraciado y un borracho. Lo habría matado yo mismo si no se hubiera caído de un muelle y se hubiera ahogado.

Adamat retrocedió y su pie quedó en el aire al caer por la trampilla. Enganchó un brazo en la escalera que descendía por debajo del muelle y puso el otro contra el suelo. Un marinero le pisoteó la mano, y Adamat lanzó un grito.

—¡Te pagaré! ¡Por mi hijo! ¡Te pagaré para recuperarlo!

Doles se rio.

—No tenéis suficiente dinero.

—Cien mil kranas. ¡En efectivo!

Las cejas de Doles le treparon por la frente.

—Bueno. Basta, muchachos. —Avanzó y pateó al marinero que seguía pisando los dedos de Adamat con los talones—. ¡He dicho que basta!

El marinero se alejó de Adamat, y los otros dejaron de forcejear con SouSmith. En el momento en el que aflojaron su agarre, SouSmith cogió a uno del rostro, lo levantó del suelo y lo arrojó por la ventana. Se oyó un grito ahogado y un chapoteo.

—¡Basta! —bramó Doles.

SouSmith se quedó paralizado con una mueca en el rostro y el brazo de un marinero aferrado con las dos manos, como si estuviera listo para partir una ramita.

Doles miró la ventana rota y luego miró con enfado a SouSmith.

—Qué desgraciado forzudo —murmuró. Más fuerte, dijo—: Trescientos mil kranas. Ese es el precio por vuestro muchacho.

—¿Trescientos...?

—Tomadlo o dejadlo —dijo Doles—. Y por “dejadlo”, quiero decir que os matamos ahora.

Adamat sintió que la boca se le movía sin emitir sonido. Incluso con el dinero que Bo le había dado, no llegaba a trescientos mil kranas. Tendría que pedirle prestado a Ricard.

—Bien.

Doles parecía escéptico, pero se escupió la mano y la extendió hacia él. Adamat tomó la mano ofrecida y ahogó un grito cuando Doles le aferró la mano que le acababan de pisar y apretó. Doles lo levantó del agujero, era más fuerte de lo que habría esperado.

—¿Cómo se llama el muchacho? —preguntó Doles.

—Josep.

—Ah, lo recuerdo. Un chico testarudo. —Doles hizo una mueca—. Ya se encuentra en Norport.

Norport era el único puerto keseño que había en el mar Ad, mucho más al sur. Adamat sintió que el corazón se le detenía. Si Josep ya estaba en Norport...

—Me llevará unos seis días ir hasta allí y recuperarlo. Tendré que pagar algunos sobornos. A los keseños no les gusta perder un mago de la pólvora que ya creían tener en su poder —reflexionó Doles en voz alta, hablando como si se tratara de una reunión de negocios y él no hubiera estado a punto de hacer que matasen a Adamat—. Cincuenta mil mañana. Aquí, antes de que salga el sol. Doscientos cincuenta cuando regrese de Norport.

—¿Y luego?

—Nos encontraremos en La Sepia Llameante —dijo Doles—. Es un bar cercano.

—Lo conozco.

—Bien.

Adamat se tomó la mano malherida y rogó que no se le hubiera roto ningún dedo. Sin duda estaría agarrotada por la mañana.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? —preguntó.

Doles hizo un gesto con las manos abiertas.

—No podéis. ¿Queréis recuperar a vuestro hijo?

—Sí.

—Entonces esta es vuestra única oportunidad.

Adamat estudió al sujeto. Un traficante de esclavos. No tenía nada de respetable ni digno de confianza. Tenía un rostro honesto, pero Adamat sabía que los rostros honestos casi siempre eran engañosos.

—Regresaré en algunas horas con el dinero.

—Hasta entonces —dijo Doles. Señaló la puerta. Podían retirarse.

De pronto, el marinero al que SouSmith había arrojado por la ventana asomó la cabeza por la trampilla. Tenía el rostro ensangrentado por el cristal, la ropa y el pelo empapados y lodo en un hombro.

—¡Te mataré! —le gritó a SouSmith mientras trepaba por la trampilla.

Doles hizo tropezar al sujeto en su carrera desquiciada hacia SouSmith, y luego le apoyó una bota en la espalda. Saludó con la mano a Adamat y luego le dijo a su hombre:

—Cálmate, o permitiré que el grandullón te haga pedazos.

Afuera, SouSmith se volvió hacia el bar con una mirada de desprecio.

—Podría haber salido mejor —dijo Adamat—. Pero, claro..., también podría haber salido peor.

El gesto de desprecio fue desapareciendo del rostro de SouSmith.

—Sí. ¿Necesitas que regrese contigo?

—Sí. Sí, creo que eso sería una buena idea.

—Estaré listo para ellos la próxima vez —dijo SouSmith, y por un momento pareció considerar la idea de volver a entrar y matarlos a todos.

Adamat le echó un vistazo a su enorme amigo. No parecía haber sufrido daño. Le habían rasgado la camisa. No mucha gente lograba aventajar a SouSmith.

—Estoy seguro —dijo Adamat—. Vayamos a buscar el dinero.

Taniel estaba sentado en medio de la tienda, con grilletes en las manos y en las piernas. No había un gramo de pólvora a quince metros a la redonda de la tienda de mando, y de todas las precauciones que el Estado Mayor había tomado con su arresto, esa era la que más le preocupaba. Estaban teniendo cuidado con él. Muchísimo cuidado.

Lo flanqueaban un par de prebostes. Había dos más detrás de él, y otros cuatro en la parte de atrás de la tienda de mando. Cada uno tenía una cachiporra lista y lo miraba como si él fuera una especie de degenerado peligroso.

El lugar era lúgubre, austero. Había unas diez sillas en la parte de atrás, mayormente vacías; en el frente, una mesa con cinco lugares, uno para cada uno de los oficiales superiores del Estado Mayor del ejército adrano.

Taniel echó una mirada rápida a su alrededor. Los coroneles Doravir y Bertthur estaban sentados justo detrás de él. La mandíbula rota de Bertthur estaba sujeta por un trozo de lino atado alrededor de la cabeza. Para sorpresa de Taniel, la comandante de brigada Abrax, la comandante superior de las Alas de Adom, estaba sentada cerca de la entrada de la tienda. ¿Por qué podrían interesarle aquellas diligencias?

En el rincón de atrás, el coronel Etan estaba sentado en su silla de ruedas, dándole ánimo con un gesto de la cabeza. Taniel esbozó una sonrisa de confianza que en realidad no sentía. Nadie más había ido a apoyarle.

Pero claro, tal vez no dejaran pasar a nadie más a la tienda.

Después de todo, aquello era un consejo de guerra.

El frente de la tienda se abrió con un murmullo de telas y los generales entraron. Todos los presentes se pusieron de pie. Los prebostes cogieron bruscamente a Taniel por debajo de los brazos y lo obligaron a levantarse, y las cadenas que tenía en los tobillos casi lo hicieron tropezar.

Los generales Ket y Hilanska eran los únicos dos que Taniel reconoció. Él debía de estar más familiarizado con el Estado Mayor,

¿no? ¿O es que Ket había seleccionado nuevos generales que estuviesen en su contra para que formaran parte del jurado? Taniel trató de intercambiar una mirada con Hilanska, pero el otro mantuvo la vista fija en el suelo con gesto ceñudo. Aquello no pintaba bien.

Los generales se sentaron, y a Taniel se le permitió volver a tomar asiento. La general Ket se situó en el medio, rascándose furiosamente el lugar donde le faltaba la oreja. Sus ojos recorrieron la tienda por un momento, y luego se posaron en Taniel. Meneó ligeramente la cabeza, como un director de prisión denegando una libertad condicional.

—Este consejo de guerra abre la sesión —dijo Ket—. Yo lo presidiré. Como todos sabéis, estamos en tiempos de guerra. En tales casos, la ley militar adrana nos permite proceder con un consejo de guerra sumarísimo. No se ha consultado a ningún consejo, ni de fiscalía ni de defensa. Se ha llevado a cabo una investigación veloz y privada sobre los últimos días, y ahora, de acuerdo con la ley militar adrana, determinaremos la culpabilidad y la sentencia.

Taniel oyó que la entrada de la parte de atrás se abría, y los sonidos del campamento se hicieron momentáneamente más presentes, hasta que la entrada volvió a cerrarse.

Ket arrugó la frente por un momento ante lo que vio. Taniel pensó en volverse, pero Ket seguía hablando.

—Durante los últimos siete días hemos perdido trece kilómetros de terreno y tres mil hombres debido directamente al caos causado por el capitán Taniel y su proclamación de que el mariscal de campo Tamas sigue con vida, y de que el Estado Mayor está aliado con el enemigo. Se acusa al capitán Taniel de fomentar la rebelión entre las tropas. El cargo: traición. ¿Cómo se declara el acusado?

—Inocente —dijo Taniel.

Conocía las costumbres de la corte. Aquello era el procedimiento estándar; o, al menos, eso le había dicho el coronel Etan, y Etan había estudiado Derecho Militar en la universidad. Sin embargo, Taniel no podía evitar tener la sensación de que todo iría en su contra.

La general Ket continuó leyendo todo un listado de cargos; entre ellos, insubordinación y agresión a un oficial superior. Taniel se declaró inocente en cada uno de esos cargos.

Hubo un sonido de cubiertos detrás de él y la general Ket hizo una mueca. Taniel se volvió y vio a Mihali pasando unos platitos a todos los que estaban sentados allí detrás, incluso a los prebostes. Mihali fue hasta el frente con una pila de platos en equilibrio sobre los brazos y comenzó a colocarlos en la mesa de los generales.

—Prebostes —dijo Ket—, sacad a este hombre de aquí.

—Ah, solo es un refrigerio —la regañó Mihali mientras le llevaba un plato a Taniel—. Pastel de vino espolvoreado con virutas de chocolate y un toque de pimienta. Fuera habrá café caliente para

después del consejo de guerra. —Mihali, de espaldas a los generales, le guiñó un ojo a Taniel.

Ninguno de los prebostes obedeció la orden de Ket. Estaban muy ocupados comiendo.

Taniel no podía reunir la fuerza necesaria para sonreír. Aceptó el trozo que le ofrecía Mihali y le dio un mordisco entre tintineos de sus cadenas; le pareció que estaba absolutamente perfecto. Cuando todos hubieron terminado de comer, Mihali recogió los platos y se quedó en la parte de atrás de la tienda.

El trozo de Ket permaneció intacto.

—La investigación ha concluido y las pruebas fueron presentadas a los jueces, cada uno de los cuales ha llegado a su propia determinación. En el cargo de traición, ¿a qué veredicto llegamos?

—Culpable.

—Inocente —dijo el general Hilanska.

Ket miró a Taniel a los ojos.

—Culpable.

—Culpable.

—Culpable.

Taniel sintió como si se le hubiera caído el fondo del estómago.

Ket continuó.

—Por mayoría, se encuentra al acusado culpable de traición. Este consejo de guerra ha llegado a un veredicto. La pena por traición es muerte por fusilamiento.

—Eso no funcionará con un mago de la pólvora —dijo Mihali amablemente desde algún lugar de la tienda.

—¡Silencio en la sala! —Ket golpeó la mesa con su martillo.

—¿No se me permitirá defenderme? —preguntó Taniel enérgicamente—. ¿Abordar estas acusaciones estúpidas?

Ket lo miró con desprecio.

—¿El coronel Etan te brindó o no te brindó un informe completo sobre cómo se lleva a cabo un consejo de guerra en tiempos de guerra?

—Lo hizo.

—Entonces sabes que no tienes permitido hablar. Otro exabrupto y haré que te echen.

Taniel se mordió la lengua. ¿Lo echarían de su propio juicio? ¡Qué montón de mierda!

—En el caso de un mago de la pólvora —dijo Ket—, la ejecución será llevada a cabo por medio de la horca.

El general Hilanska se inclinó hacia Ket y le susurró algo al oído. Ella asintió lentamente con la cabeza. Ket inspiró profundamente, como para recomponerse.

—He sido negligente al saltar a la conclusión inevitable de este

consejo. Los jueces ahora se retirarán para debatir la sentencia del culpable. El consejo entra en receso por una hora.

Los generales se pusieron de pie.

—¿Puedo hablar al tribunal?

La general Ket se detuvo, a punto de salir, y miró con gesto enfadado por encima del hombro de Taniel.

—Esta es una corte militar. No sé quién sois vos, señora, pero no se permiten civiles.

—Solo llevará un momento. Mi nombre es Fell, soy subsecretaria de los Nobles Guerreros del Trabajo y asistente personal de Ricard Tumblar. Estoy aquí para hablar en nombre del señor Tumblar.

Taniel se giró en el asiento. Fell estaba de pie en el fondo de la tienda. Llevaba una chaqueta de traje color canela y camisa y pantalón perfectamente planchados; tenía las manos metidas en los bolsillos de su chaleco con una postura despreocupada.

—De ninguna manera —dijo Ket—. Prebostes, echad a esa mujer.

Los gendarmes no tuvieron problemas en dirigirse en dirección a Fell.

—¡General Ket! —dijo Fell en voz alta—. ¡Este hombre al que parecéis muy ansiosa por condenar a muerte por el amor que él le muestra a su país es candidato a viceprimer ministro de Adro!

—La política no tiene lugar en el ejército adrano —dijo Ket. Los prebostes se detuvieron, vacilando sobre si echar a Fell, ahora que Ket se enfrentaba directamente a ella.

—El capitán Taniel Dos Tiros es un héroe militar en dos continentes —dijo Fell—. Puede que vos evitéis la política, pero destruiréis la opinión popular de esta guerra y de vuestra autoridad si ejecutáis al capitán.

—No me importa la opinión pública. Marchaos de este tribunal.

—General Ket —dijo Fell con énfasis—, si Taniel Dos Tiros es ejecutado, las fábricas cerrarán a modo de protesta. Botas, uniformes, botones, kits de mosquete, camisas y sombreros dejarán de llegar al frente. La avenida Hrusch dejará de fabricar rifles y mosquetes. Los periódicos se asegurarán de que cada alma de Adopest sepa que Taniel Dos Tiros, héroe de Adro, hijo del supuestamente fallecido y definitivamente extraordinario mariscal de campo Tamas, fue ejecutado a raíz de cargos inventados.

—¿Me estáis amenazando, señorita...?

—Fell.

—Fell. —Ket rodeó la mesa y cruzó la tienda, haciéndoles un gesto a los prebostes—. ¿Estáis amenazando esta campaña bélica?

Fell se llevó una mano al pecho, conmocionada.

—¿Yo? ¿Amenazaros a vos? Por Kresimir, general Ket, nunca pensaría en amenazaros. Después de todo, ya veo cómo tiene el rostro

Taniel, ablandado como un trozo de carne por vuestros prebostes. No querría terminar así. No, solo le estoy brindando un contexto sobre las consecuencias que puede tener la decisión de este consejo.

—Su amo controla los sindicatos. En consecuencia, me estáis amenazando.

—No. —Fell agitó su dedo como un padre regañando a un niño—. Mi amo *dirige* los sindicatos. Los sindicatos tienen el poder de entrar en huelga, y el señor Tumblar no puede evitárselo si ellos desean hacerlo. ¿Queréis que suceda eso?

Ket se inclinó hacia Fell. En favor de la subsecretaria, hay que decir que no se inmutó en lo más mínimo.

—¡El consejo entra en receso por una hora! —Ket se volvió y salió rápidamente de la tienda seguida por los otros generales.

Fell llevó una silla hasta el medio de la tienda. Les hizo un gesto con la mano a los prebostes que flanqueaban a Taniel y ellos, vacilantes, retrocedieron un paso. Fell colocó la silla junto a Taniel y se sentó.

Taniel la estudió por un momento. Estaba muy elegante, y parecía más una mujer de negocios que una subsecretaria o una asistente personal. Pero tenía la vista cansada, y Taniel notó una cicatriz reciente en su mejilla, cubierta por una capa de maquillaje. Se metió una mano en el bolsillo y extrajo una bolsa marrón.

—¿Un anacardo?

Taniel no sabía qué conclusión debía sacar sobre aquella mujer. Ella y su amo bien podían haberle salvado la vida a Taniel..., pero un hombre como Ricard siempre tenía su precio.

—Si sobrevivís a esto, le deberéis muchísimo a Ricard —dijo Fell en voz baja.

Y allí estaba.

—Yo no le he pedido ayuda.

—No, pero él se la brinda. Sois un hombre honorable, ¿verdad, Taniel?

La idea de estar en deuda con Ricard Tumblar le revolvió el estómago.

—¿Cuál es el precio de Ricard?

—Tres años —dijo Fell—. —Como político. Se esperará que asistáis a galas y que os dirijáis al público. Se os dará todo organizado. Cuando no estéis bajo la luz pública, podéis hacer lo que queráis: acostaros con quien queráis, fumar toda la mala del mundo. No es una mala vida en absoluto. —Fell se encogió de hombros—. Pero si llegara a suceder que Ricard muriera o lo asesinaran, vos deberíais asumir el puesto de primer ministro de Adro.

—Yo no quiero eso.

Fell le esbozó una sonrisa forzada.

—Entonces estáis más cualificado para el trabajo que Ricard.

Taniel se preguntó si eso era algo que el propio Ricard habría dicho, o si la subsecretaria acababa de criticar a su amo.

—Creía que la avenida Hrusch no se había sindicalizado. —Taniel miró de manera significativa la puerta de la tienda por donde habían salido los generales.

—*Ellos* no lo saben.

—¿Ricard habla en serio con esas amenazas?

—Yo preferiría no averiguarlo.

Entonces era un farol. Taniel tenía que reconocérselo a Ricard. Farolear a los oficiales al mando del ejército adrano requería coraje.

—¿Alguna vez intentó Ricard chantajear a Tamas?

—Diablos, no. Tamas lo habría colgado como una marioneta.

—Me alegra oír que tiene límites.

El receso de una hora para el tribunal pasó a ser de dos horas, y luego de tres. Mihali sirvió café y otra ronda de pastel.

Taniel no pudo evitar preguntarse dónde diablos se habían metido los generales. ¿Qué podía estar retrasándolos tanto?

—Esto es positivo, ¿sabéis? —dijo Fell entre bocado y bocado del pastel. El coronel Etan, que había colocado su silla junto a Taniel, estuvo de acuerdo.

—En este punto, la sentencia requiere cuatro votos de cinco. Si hubieran regresado a la hora o antes, las cosas no habrían pintado bien para ti. Estuvieron discutiendo todo este tiempo, lo que significa que, además de Hilanska, hay más generales intentando salvarte el pellejo.

La puerta de la tienda se hizo a un lado, y los generales volvieron a entrar. Fell y Etan retrocedieron hasta la parte trasera y los generales tomaron asiento.

Ket estudió a Taniel durante unos momentos antes de hablar. Ya no había rabia en sus ojos. La había reemplazado una determinación férrea.

—Este tribunal —dijo— ha encontrado al acusado culpable de traición. Decidimos retirar los otros cargos y conmutar la sentencia por el cargo del que es culpable, lo que se hará efectivo de inmediato:

”Desde ahora, el capitán Taniel queda despojado de su rango del ejército adrano y dado de baja deshonrosamente. Como este es un consejo a puerta cerrada, el veredicto es un asunto privado; por mucho que me encantaría anunciar al mundo que Taniel ya no es uno de los nuestros, se le dará un plazo de doce horas para juntar sus pertenencias y abandonar silenciosamente el campamento. Si no lo hace, habrá represalias inmediatas. Se levanta la sesión.

Taniel oyó que Doravir protestaba desde atrás, diciendo que la sentencia era demasiado leve. Etan argumentó en voz alta que era

demasiado severa. Los prebostes le quitaron las cadenas a Taniel y luego la chaqueta del uniforme.

Él no discutió. No podía discutir. Casi ni se dio cuenta de que los generales se habían retirado.

¿Cómo podían hacerle esto a él? ¿Después de todo lo que había hecho? ¿De todo lo que había dado?

—Taniel.

Levantó la mirada. Etan estaba sentado frente a él, con un ordenanza esperando para empujarle la silla.

—Taniel, tú sabes que yo no creo para nada esta basura sobre traición. Ni ellos lo creen. Si lo creyeran, te habrían ejecutado, sin importar las amenazas de Tumblar. Solo querían quitarte de en medio. Si necesitas algo, solo házmelo saber. Tengo una casa en Umpshire del Norte si necesitas un lugar tranquilo donde recuperarte. Lleva a la muchacha si quieres.

"Ka-poel". Taniel dejó escapar un suspiro tembloroso. ¿Qué debía hacer con Ka-poel? ¿Enviarla de regreso a Fatrasta? ¿Se iría, siquiera?

—Gracias —dijo Taniel.

Pasó un tiempo antes de que se diera cuenta de que la tienda estaba vacía. Fell se había ido. A Taniel se le ocurrió que debería haberle preguntado si Ricard había recibido su carta.

Se puso de pie con dificultad. Le temblaban las piernas, y se preguntó dónde podría conseguir algo de mala. No. Mala no. Necesitaba pólvora. En todo caso, eso sería más fácil de conseguir. Tenía que juntar sus pertenencias. ¿Qué era lo que poseía? Sus bocetos y sus carboncillos. El rifle ni siquiera era suyo; se lo había proporcionado el Ejército, aunque tal vez pudiera llevárselo de todas maneras. Podría vender los botones de su chaqueta.

Taniel maldijo. Los prebostes se habían llevado su chaqueta.

Volvió a maldecir cuando notó que la tienda, de hecho, no estaba vacía.

Mihali estaba sentado en el fondo, sorbiendo una taza de café. Le devolvió la mirada a Taniel levantando ligeramente las cejas.

Él se preguntó cómo sería darle un puñetazo a un dios.

—¿Habéis visto eso, pedazo de desgraciado? —dijo Taniel—. "Discúlpate con Doravir". Eso es lo que me dijisteis. "Salva la guerra". ¿Cómo diablos se supone que esto salva algo? Me lo han quitado todo.

—El futuro siempre cambia —dijo Mihali—. ¿Café?

—Idos al diablos.

Taniel salió de la tienda de mando y se dirigió hacia sus aposentos. No había dado ni diez pasos cuando se le unió la comandante de brigada Abrax. Solo tardó un momento en darse cuenta de por qué estaba ella ahí.

—¿Las Alas de Adom siempre pasan por los consejos de guerra con

la esperanza de reclutar nuevos mercenarios?

La comandante de brigada Abrax era una mujer formal de unos cuarenta y tantos años, tenía cabello rubio corto y llevaba un elegante uniforme blanco y rojo.

—Eres un engreído, Dos Tiros. Ya veo por qué Ket quería deshacerse de ti. ¿Qué te hace pensar que vengo a reclutarte?

—Nada. Disculpad, señora. —Taniel se recordó que su situación no le permitía insultar a la comandante superior del mejor ejército de mercenarios del mundo.

—Así es, claro —dijo Abrax—. O sea, que he venido a reclutarte. Quiero ofrecerte un puesto en las Alas de Adom.

Taniel nunca había tenido muy buena opinión sobre los mercenarios. En el mejor de los casos, cogían tu dinero y hacían todo lo posible para evitar la lucha. Sin embargo, no le quedaba otra que admitir que las Alas tenían la reputación de luchar en la refriega junto a la infantería común. Él mismo los había visto hacerlo durante la guerra.

Taniel se detuvo y se volvió hacia la comandante de brigada.

—El Estado Mayor estará furioso.

—¿Qué me importa? —dijo Abrax—. Solo respondo ante lady Winceslav y ante Tamas. No ante el Estado Mayor. Además, acabo de verlos someter a un consejo de guerra a su mejor soldado. No tengo demasiada fe en su habilidad de hacer bien las cosas. Aunque seas un cretino pedante que no respeta a la autoridad, equivales a cincuenta hombres, y tengo la intención de verte en mi ejército.

—Es un elogio increíblemente ambiguo —dijo Taniel.

Abrax le esbozó una leve sonrisa.

—Dije en serio cada palabra.

—Ricard Tumblar parece pensar que me ha comprado.

—Si tú sientes que debes saldar tu deuda con él —dijo Abrax encogiéndose de hombros—, tienes todo el derecho a hacerlo. Pero después de que termine la guerra. Tengo la sensación de que preferirías estar en el frente antes que en Adopest intentando ganarte a las serpientes de la política. Al menos aquí tienes permitido dispararles a tus enemigos.

Taniel miró a su alrededor. El campamento estaba lleno de lodo y era un caos, entre los gemidos de los heridos que se elevaban desde los hospitales de campo y el estrépito de los disparos que se oían desde el frente. Aun así, no se imaginaba intercambiar todo aquello por un escritorio o un podio en Adopest.

—¿Qué me proponéis? —preguntó.

—Serás mayor en las Alas de Adom con salario completo y todas las prestaciones. Te colocaré fuera de la cadena de mando, y solo me obedecerás a mí. Tu única misión será matar Privilegiados y

Guardianes del enemigo. Prefiero las cosas sencillas.

—¿Y los otros comandantes de brigada estarán de acuerdo con esto?

—Les encanta la idea —dijo Abrax. Se inclinó hacia él—. Hace poco, Tamas nos robó a uno de los mejores. Creo que lo hizo lealmente, pero igual nos dolió. Los comandantes de brigada consideran que esto es la venganza.

Taniel contempló a Abrax. Parecía sincera. Tamas no había dicho más que cosas buenas sobre las Alas, y estar en una compañía de mercenarios era preferible, sin lugar a dudas, a tener que quedarse afuera de la guerra.

—¿A quién os robó Tamas?

—A un joven comandante de brigada llamado Sabastenien —dijo Abrax.

El nombre le sonaba, pero Taniel no lograba recordar el rostro.

—¿Durante cuánto tiempo me queréis en las Alas?

—Hasta el final de la guerra. Entre misión y misión tenemos permiso. Se te pagará la totalidad de tu sueldo y entrarás de permiso, con la opción de reunirte con nosotros para la próxima misión.

—¿Ka-poel?

Abrax frunció el ceño.

—¿Tu salvaje?

—Sí.

—Tráela contigo si quieres. No me importa con quién te acuestes. Trato de dar una buena imagen, pero no soy una puritana.

—No duermo con ella. Me acompaña al campo de batalla a modo de vigía.

Abrax lo meditó durante unos momentos.

—No puedo prometer más que la paga de un soldado raso para ella.

—Ah, eh... —Taniel casi retrocedió un paso. Nadie había siquiera considerado pagarle a Ka-poel en el ejército adrano—. Eso me parece justo.

—¿Tenemos un trato?

—Diría que sí.

—Preséntate en nuestro campamento en dos horas —dijo ella—. Te asignaremos una habitación temporal y te equiparemos por la mañana. Te quiero en el campo de batalla matando keseños a más tardar mañana al mediodía.

Capítulo 29

Tamas salió de su petate. Hizo una pausa e inspiró profundamente.

—Estoy envejeciendo —murmuró.

Cada mañana, los miembros le dolían un poco más, sobre todo la pierna. Cada día necesitaba un par de segundos más para levantarse. Y entonces que dormía en el suelo era peor. Lo mismo cada noche, durante las últimas cinco semanas.

Cinco semanas. Era difícil de creer que ese fuera el tiempo que había transcurrido desde que se había enfrentado al Gran Ejército de Kez, planeando atacarlos desde el flanco y aplastarlos contra las puertas de Budwiel. Ahora que lo pensaba, le parecía bastante estúpido haber creído que podía enfrentarse al Gran Ejército completo con dos brigadas.

Su propia arrogancia lo había metido en esa situación. Si se hubiera quedado allí, sobre las murallas junto a Hilanska y los demás, habrían rechazado a esos Guardianes y mandado al ejército keseño al infierno.

Se levantó. Se puso la camisa, que hacía mucho que estaba amarillenta y manchada de sangre (la suya y la de otros); le siguieron los pantalones y las botas del uniforme. Durante la noche, Olem le había lustrado las botas, como hacía todas las noches. Sabía que un mariscal de campo necesitaba mantener las apariencias. Finalmente, Tamas se puso la chaqueta y salió al aire frío de la mañana con su sombrero bicornio bajo el brazo.

Gavril lo miró desde encima de su caballo. De alguna manera, mantenía inmaculado su chaleco de la Guardia. Tenía los pantalones rasgados y manchados, los brazos y hombros cubiertos de quemaduras de pólvora, muescas y cortes, pero los colores apagados de su chaleco no mostraban más desgaste que el del tiempo y el de los lavados.

Gavril tenía el caballo de Tamas ensillado y listo, y le ofreció las riendas a Tamas.

—No me iré a una maldita excursión contigo —dijo Tamas.

—¿Entonces por qué estás vestido? Gavril observó el campamento. Nadie se había despertado aún. Durante los últimos días, Tamas se había mostrado flexible con ellos y les había permitido dormir hasta pasadas las ocho de la mañana. Se habían ganado su descanso, y dado que la caballería keseña había sido vencida, que los que quedaron habían jurado dejar en paz a Tamas y que la infantería aún se encontraba a una semana de distancia, Tamas podía permitirse aflojarles un poco la cuerda a sus hombres.

—El ejército emprende la marcha hoy —dijo Tamas.

—Los alcanzaremos.

Cabrón testarudo. ¿Por qué necesitaba aquello Gavril? ¿Por qué necesitaba arrastrar a Tamas con él? Lo mejor era dejar a los muertos enterrados, sin molestarlos. A ellos no les importaban los sentimientos de los vivos.

Tamas habría preferido saludar con el sombrero en dirección al oeste e inclinar la cabeza por respeto durante algunos minutos. Habría sido más práctico.

—Súbete al maldito caballo —dijo Gavril.

Tamas montó.

Cabalgaron hacia el oeste en silencio, junto a uno de los muchos ríos que componían los Dedos de Kresimir. Tamas no sabía si aquel tenía nombre. Los lugareños probablemente lo llamaran de alguna manera, aunque no había muchos lugareños por aquella zona de Kez.

El norte de Kez, con sus incontables granjas y fincas, alguna vez tuvo una gran población. Las sequías e inundaciones alternas de los últimos diez años, que tantos problemas habían causado a Adro, también habían afectado a Kez, y gran parte de la población keseña se había ido a las ciudades del este en busca de trabajo. Tamas se imaginó esas ciudades aún más pobladas y sucias que Adopest.

Se preguntó cómo le habría ido a Adopest en la guerra. Ya estaría terminado el canal sobre las montañas, lo que aliviaría la carga de la Guardia de la Montaña en cuanto al comercio. A causa de la guerra con Kez, la comida tendría que llegar desde Novi y Deliv.

Tamas y Gavril descendieron de las estribaciones más altas hacia donde comenzaban a juntarse los Dedos de Kresimir. No todos convergían, al menos no todos a la vez. Había que cabalgar varios días para llegar adonde lo hacían, y su destino no estaba tan alejado.

El suelo se tornó rocoso; había enormes peñascos y barrancos repentinos que hicieron que Tamas se preguntara si alguna vez las montañas habían llegado hasta allí y, en ese caso, qué dios o fuerza de la naturaleza las había echado abajo.

Hacía mucho tiempo, aquel terreno habría proporcionado un buen lugar donde ocultarse de los Guardianes de Ipille.

Atravesaron un escarpado rocoso y luego descendieron a una hondonada donde convergían dos de los Dedos de Kresimir. Tamas se restregó los hombros; de pronto sintió frío, a pesar de que el sol veraniego les pegaba de lleno.

Entonces lo vio. Un montículo de piedras, a no más de cuarenta metros de donde se unían los dos ríos. Tenía un metro veinte de alto y un metro ochenta de diámetro, hecho de rocas de arenisca recogidas por la zona y apiladas.

Había cambiado muy poco en los últimos trece años. Las huellas dactilares sangrientas que Tamas y Gavril habían dejado, con las manos heridas por cavar en la tierra rocosa, habían desaparecido. El colgante ya no estaba, un tesoro preciado del muerto que Tamas había dejado sobre la piedra más alta, pero el resto del montículo permanecía inalterado.

Tamas desmontó de su caballo y ató las riendas en un árbol enano. Se acercó lentamente al montículo. Pensativo. Ahora que estaba allí, el pavor que había tenido de ir le parecía tonto.

Se volvió hacia Gavril.

A pesar de su terquedad por obligar a Tamas a que lo acompañara en su peregrinaje, el grandullón parecía reacio a acercarse.

Tamas inspiró temblorosamente. Extendió una mano y tocó la piedra más alta del montículo.

—Camenir —dijo, y notó que se sentía bien al decirlo en voz alta. Sonaron unos pasos en el suelo rocoso, y Gavril finalmente se acercó —. Dudo que alguien más que tú o yo recuerde ese nombre. En su mente, le había parecido una reflexión relevante. Al decirlo en voz alta le pareció cruel, y Tamas se arrepintió de inmediato. Gavril era el último familiar con vida de Camenir. Sus parientes de Kez estaban muertos por orden de Ipille. Los del lado adrano no eran numerosos, y los que quedaban con vida lo habían desheredado hacía mucho tiempo.

Tamas intentó recordar la imagen de Camenir, pero se dio cuenta de que no podía. Se parecía mucho a Gavril, pensó. No tan corpulento. Bastante más joven. Con un comportamiento descuidado, espontáneo, y una sonrisa genuina que la mayoría encontraba encantadora.

—¿Cómo lo hiciste? —Gavril estaba junto al montículo con la cabeza inclinada.

—¿Qué?

—¿Cómo seguiste adelante? ¿Después de lo que sucedió?

A Tamas lo sorprendió notar un tono de acusación en la voz de Gavril.

—¿Qué alternativa tenía?

¿Qué era lo que Gavril quería que dijera? ¿Acaso quería que admitiera que se había acostado con la mitad de las damas elegibles

de Adopest y con unas cuantas bastante inelegibles? ¿Acaso quería que comentara que durante el corto período que había seguido a la muerte de Erika había matado a más hombres en duelos que durante toda la furia de su juventud?

—Yo vi el dolor de la pérdida en ti —dijo Gavril—. Vi que te carcomía después del asesinato de Erika. Después de que Manhouch denegó tus exigencias de que fuéramos a la guerra. Cuando viniste y dijiste que querías matar a Ipille, supe que era algo que tenía que hacerse. Pero... después de que fracasamos, después de que Camenir murió, cambiaste. Todos esos indicios de dolor que había visto en ti desaparecieron. Regresaste a la sociedad. Les sonreíste a todos esos imbéciles que se habían tapado las risas con la mano al ver la caja que contenía la cabeza de Erika. Agasajaste invitados y caminaste por las calles riéndote.

—¿Qué alternativa tenía? —repitió Tamas.

Gavril lo cogió del hombro y le hizo volverse para mirarlo a los ojos.

—Nunca lloraste por Camenir. Nunca te importó que mi hermano pequeño muriese. —Gavril tenía el rostro colorado y le brotaron lágrimas de los ojos.

—¿Qué querías? —Tamas se enfadó de inmediato. ¿Gavril había estado resentido con él durante todos esos años? ¿Acaso pensaba que Camenir no había significado nada para él? —¿Querías que me refugiara en la bebida, como lo hiciste tú?

—¡Quería que mostraras algo de decoro! —Gavril elevó la voz—. Que mostraras algo de pesar. ¡La más mínima emoción por mi hermano! ¡Un hombre que murió por ti!

Tan cerca como estaban, Gavril era más alto, pero Tamas no tenía miedo. Solo tenía rabia y pesar.

—No tienes derecho a decir eso —exclamó Tamas—. ¿Crees que aferrarte a la barrica de cerveza fue mostrar decoro?

Tamas casi no vio el puño acercándosele. Por un momento pareció suspendido en el aire, enorme como un jamón, y de pronto Tamas se encontró mirando el suelo de rodillas con los oídos zumbándole. Parpadeó para espabilarse. Le brotó sangre por la boca y la nariz, que terminó salpicando el suelo polvoriento. No era la primera sangre que dejaba en aquel lugar.

Se puso de pie con las rodillas flojas. Gavril lo miraba furioso, como desafiándolo a que le devolviera el golpe.

Así que eso hizo.

La expresión de sorpresa que puso Gavril al sentir el puño de Tamas en el estómago le dio un momento de satisfacción. Le siguió otro puñetazo, que hizo que Gavril se doblara por la mitad.

—¡Perdí a mi esposa, desgraciado! —le rugió Tamas.

Gavril lo rodeó con los brazos y lo levantó lanzando un grito. Tamas sintió un estremecimiento de miedo cuando sus pies se elevaron del suelo. Para un hombre de la fuerza de Gavril, él bien podría haber sido un niño.

Tamas le dio un codazo en la espalda, lo que hizo gritar al hombretón.

Gavril lo levantó y luego lo arrojó al suelo. Tamas sintió que el aire le abandonaba los pulmones, que ya no sentía las piernas y que se le nublaba la vista. Tosió fuerte y le hundió una mano a Gavril en la grasa abdominal.

Rodaron por la tierra durante lo que parecieron horas. Maldiciendo, pateando, golpeando. No importaba con cuánta fuerza golpeara Tamas a Gavril, nada parecía detenerlo. Aun sin encontrarse en un trance de pólvora, Tamas se consideraba un luchador formidable. Gavril se zafaba de sus golpes. Absorbía sus puñetazos. Y le devolvía los golpes con la misma fuerza o más.

Tamas se puso de pie y le dio una patada. Su cuñado lo empujó hacia atrás, y él sintió que golpeaba las rocas del montículo con la espalda.

—¡Detente! —dijo.

Gavril levantó la mirada; tenía el rostro magullado, un ojo morado y le sangraba la nariz. Vio el montículo detrás de Tamas y bajó el puño.

Tamas se alejó cojeando del montículo y se sentó en el suelo contra un tronco caído.

Se tanteó las costillas. Podía que una de ellas se le hubiera roto. Sentía la cara como una alfombra a la que la doncella hubiera golpeado durante una hora. Tenía la espalda de la chaqueta rasgada; lo notaba al mover los hombros. Una de sus botas estaba del otro lado del montículo; Tamas ni siquiera recordaba cuándo se le había salido.

—¿Quieres saber lo que me sucedió a mí? —dijo Tamas.

Gavril gruñó. Se tendió en el suelo frente a Tamas, con las piernas extendidas.

—La noche que enterramos a Camenir decidí que mataría a Manhouch. —Tamas juntó una bola de saliva y la escupió sobre la tierra. Era roja—. Decidí comenzar una guerra. No por los derechos de la gente o porque Manhouch fuera malvado o por las tonterías que les digo a mis seguidores. Comencé una guerra para vengar a mi esposa y a mi hermano.

Tamas inspiró profundamente y se miró el pie, con el calcetín aún puesto. Se le había rasgado hacía una semana y el dedo gordo le asomaba por el agujero.

—No podía hacerlo sumido en el dolor. Tuve que tantear a mis amigos. Encantar a mis enemigos. Ese fue el primer paso: convencerlos

de que yo seguía siendo el hijo favorito de Adro. El protector de Manhouch. El siguiente paso fue colocar la cabeza de Manhouch en una cesta.

”Luego, por supuesto, la guerra. Con la que —Tamas levantó un dedo— casi no continué. El terremoto y los realistas casi me hicieron cambiar de rumbo. Cuando vi el estado de ruina en que había quedado Adopest, me dolió el corazón. Pero Ipille envió a Nikslaus y me volvió a encaminar hacia la venganza. —Tamas dejó caer el dedo —. El final del camino será cuando le arranque el corazón a Ipille por arrebatarme a mi familia.

El aire estaba en silencio. Lo único que se oía era el sonido del agua donde se juntaban los dos ríos.

—Es un buen discurso —dijo Gavril.

—Yo creo que sí.

—¿Lo memorizaste hace mucho?

—La mayor parte, hace años —dijo Tamas—. Tuve que improvisar un poco. Nunca pensé que te lo diría a ti.

—¿A quién entonces?

Tamas se encogió de hombros.

—¿A mis nietos? ¿A mi verdugo? Taniel es el único que conoce los motivos verdaderos por los que planeé las cosas que hice.

El relincho de un caballo hizo que Tamas volviera la cabeza. Sobre el risco, quizás a unos treinta metros, había dos jinetes. Entrecerró los ojos, con el sol de frente, mientras sus dedos buscaban la pistola. Se le había salido del cinturón, estaba a unos nueve o diez metros a su izquierda.

Los jinetes comenzaron a descender del risco en dirección a él. El fulgor del sol disminuyó y reconoció dos rostros familiares. Olem y Beon je Ipille.

—Tenemos compañía —dijo Tamas.

Gavril levantó la cabeza y miró el risco.

—¿Son Beon y Olem?

—Sí.

—Podría romperle el cuello a Beon. Enterrarlo junto a Camenir. Tendría algo de justicia poética.

—Mi... nuestro... conflicto no es con Beon. Es con su padre.

—Tengo entendido que Beon es el favorito de Ipille.

—El hijo “favorito” de Ipille cambia cada seis meses, más o menos. Beon acaba de perder una batalla importante contra mí. Creo que si lo matamos ahora, Ipille dirá que se lo merecía.

—No es un padre amoroso.

—No.

Olem y Beon se detuvieron a unos diez metros de distancia. Olem contempló la bota que se le había salido a Tamas, y luego miró a su

alrededor.

—Parece que hubo una pelea —dijo.

—Nos tendieron una emboscada. Arrojamos los cadáveres al río —dijo Tamas.

—Por supuesto —dijo Olem. No sonaba convencido.

—Pensé que te había dado órdenes de permanecer en el campamento —le dijo Tamas a Olem.

—Lo lamento, señor —dijo Olem—. El general me pidió que le hiciera de carabina para no quebrar su palabra de honor al dejar el campamento.

—¿Y por qué sentisteis la necesidad de seguirme? —dijo Tamas volviéndose hacia Beon.

Beon miró el montículo con el ceño fruncido.

—Oí una historia —dijo—. Acerca de un mago de la pólvora y dos hermanos enormes de muchísima fuerza. —Lanzó una mirada hacia Gavril—. Una vieja historia que pasó de boca en boca por la corte de mi padre. Y que mi padre intentó erradicar sin escatimar esfuerzos.

—¿Y? —dijo Gavril malhumorado.

Beon parecía inmutable.

—La historia atrapó mi imaginación infantil. Termina con una compañía completa de la élite de mi padre desapareciendo en los Dedos de Kresimir. Algunos de los cadáveres fueron encontraron. Algunos no. Siempre me pregunté si ese era en verdad el final de la historia.

Tamas y Gavril se miraron.

—¿Y pensasteis que quizás encontraríais el final de la historia siguiéndonos hasta aquí? —preguntó Tamas.

Beon estaba mirando de nuevo el montículo.

—Pensé que tal vez así fuera. Veo un mago de la pólvora viudo a causa de las órdenes de mi padre y un hombre de gran tamaño y de muchísima fuerza. Supongo que la historia que oí tiene un final más triste que la que se habría esperado la imaginación de mi niñez. —Inclinó la cabeza en dirección a ellos e hizo girar su caballo—. Lamento haberos molestado.

—Así fue —le dijo Gavril.

Beon se detuvo y se volvió para mirarlos.

—¿Qué?

—La historia. Tuvo un final triste.

—No —dijo Beon—. La historia aún no ha terminado. Pero, de todas maneras, tendrá un final muy triste.

Capítulo 30

La Sepia Llameante era un bar de pescadores. Al igual que La Doncella Salada, se encontraba en el extremo de un muelle, suspendido a unos tres metros sobre el nivel del agua. A diferencia de La Doncella Salada, dentro había toda clase de parroquianos. Había empleados de fábricas, costureras, molineros e incluso algunos armeros. El bar era conocido por toda la ciudad porque servía unas deliciosas ostras de agua dulce a un precio asequible. En un rincón, un flautista tocaba una melodía de marineros, y todo el muelle se sacudía con los pisotones de un centenar de pies.

La camarera le aseguró a Adamat que aquello era normal.

Adamat se bebió su cerveza y permitió que la mirada recorriera una vez más el salón. Estaba sentado con la espalda contra la pared, observando las salidas. No había señales del traficante de esclavos, Doles, ni de ninguno de sus hombres. No había señales del hijo de Adamat.

Ya era casi medianoche. Doles debería haberse encontrado allí con él el día anterior, pero no se había presentado. Adamat, obstinado en permanecer optimista, regresó y esperó todo el día con una maleta que contenía doscientos cincuenta mil kranas apoyada sobre las rodillas. Estaba cansado y nervioso, y cada minuto que pasaba se ponía más furioso.

SouSmith, sentado junto a él, reprimió un bostezo. Tamborileaba con los dedos al ritmo de la melodía del flautista, con la mirada recorriendo el lugar. Adamat se daba cuenta de que le estaba costando concentrarse.

—¡Diablos! —maldijo Adamat, y se puso de pie.

SouSmith se sobresaltó.

—¿Eh? —Se puso alerta y miró a su alrededor buscando algún indicio de peligro.

—No vendrá —gritó Adamat sobre la música y los pisotones—. Nos

vamos.

SouSmith lo siguió hacia el exterior, y por segunda vez en una semana, Adamat se encontró de pie en la oscuridad, en un muelle, con las manos vacías. Pateó un pilote del muelle y maldijo por hacerse daño en el dedo. Estuvo a punto de arrojar la maleta al agua, pero SouSmith lo cogió del brazo.

—Te arrepentirás de haberlo hecho.

Adamat observó la maleta. Era todo su dinero; sus ahorros, el dinero que le había dado Bo, más cincuenta mil de Ricard. Sí. Se *habría* arrepentido.

—Ahora tendré que ir a Norport —dijo Adamat.

Ya estaba sacando cuentas mentalmente. Tendría que fletar un barco (y no un barco cualquiera, sino el de un traficante que lo llevara a la ciudad keseña), y luego necesitaría ubicar a Josep y liberarlo de las garras de los keseños. Tal vez hubiera Privilegiados involucrados, aunque se corría el rumor de que Taniel Dos Tiros había matado a la mayor parte de la Camarilla de Kez en el Pico del Sur. Entonces...

SouSmith lo cogió del brazo y lo sacudió.

—¿Qué sucede? —preguntó Adamat, enfadado por la interrupción.

—¿Norport? ¿Estás loco?

—No. Tengo que recuperar a mi hijo.

SouSmith suspiró. Sacó una pipa de su bolsillo y se la colocó entre los dientes, luego la llenó de tabaco.

—Debes olvidarlo —gruñó.

—Es mi hijo —dijo Adamat—. ¿Cómo puedo olvidarlo? —Se dejó caer contra el mismo pilote que acababa de patear.

—Está fuera de tu alcance —dijo SouSmith suavemente.

—No. No puede ser. —Adamat intentó continuar con su hilo de pensamiento. Había muchas cosas por hacer—. ¿Vendrás conmigo?

SouSmith fumó su pipa por un momento.

—Sí.

—Gracias —dijo Adamat, y lo invadió una sensación de alivio. Norport sería peligroso, pero ir él solo a territorio keseño podría ser un suicidio.

—Una condición.

—¿Cuál?

—Consúltalo con la almohada.

Adamat vaciló por un momento. Debía prepararse esa noche. Juntar suministros, encontrar un traficante..., aunque, claro, encontrar un traficante sería mucho más fácil por la mañana. A esa hora, la mayoría de los contactos de Adamat ya estaría durmiendo.

—Bien —dijo—. Lo consultaré con la almohada.

SouSmith acompañó a Adamat a su casa antes de partir. Adamat observó el carruaje de alquiler de SouSmith alejándose por la calle y

luego entró.

La vivienda estaba en silencio, salvo por el sonido suave de uno de los niños llorando. Adamat se quitó las botas y el sombrero, colgó la chaqueta junto a la puerta. Pasó por delante de las habitaciones de los niños y se detuvo brevemente delante de la de Astrit. Ella era la que lloraba. Fanish le cantaba en voz baja, sosteniéndola con firmeza y meciéndola. Ninguna de las dos vio a Adamat.

Él se escabulló hacia su propia habitación. La lámpara ardía con una llama baja, como cada vez que Adamat llegaba tarde.

Faye se incorporó en la cama. Tenía los ojos rojos y sus rizos largos y desaliñados le enmarcaban el rostro, marcado por las ojeras. La tenue luz de esperanza que tenía en los ojos se apagó cuando lo vio, y a Adamat, derrotado, se le aflojaron los hombros. Se sentó en la cama junto a ella y se llevó las manos al rostro.

—Lo intentaste —dijo Faye.

A Adamat le pareció que ella estaba mejor. A pesar de su apariencia, durante la última semana había ido recuperando fuerzas y había pasado tiempo con los niños. Aún se alejaba de las ventanas y evitaba salir, aunque Adamat no lograba determinar el motivo. ¿Tal vez temía que la viera alguno de sus antiguos captores?

—Iré a Norport —dijo Adamat cuando recuperó la compostura.

La mano de Faye, que le acariciaba suavemente el brazo, se detuvo.

—¿Para qué?

—Para recuperar a Josep. Puedo encontrarlo allí, y si no lo encuentro, puedo ir tras su rastro.

—No.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no —dijo Faye con tono firme—. No permitiré que arriesgues tu vida por esto. Ya no. Perdí a Josep, pero tengo otros ocho niños y no puedo sostenerlos y protegerlos sin ti.

—No tend...

—Dije que no.

Adamat se dio cuenta, por el tono de voz, de que no habría discusión. Ya no había esperanza. Ella haría todo lo posible por evitar que él se fuera.

—Pero...

—No.

Él intentó juntar el coraje para regañarla. Para decirle que tenía un deber para con su hijo, que aún podía recuperar a su muchacho.

No llegó a juntar el coraje suficiente.

Por la mañana, Adamat fue a devolver el dinero que le había pedido a Ricard.

Una secretaria lo recibió en el vestíbulo de la nueva sede de Ricard.

Abrió la boca para saludarlo, pero algo en su rostro debió de detenerla, luego lo guio hasta la sala que había pasado a ser la oficina de Ricard, ubicada en el lateral del edificio.

La sala era mucho más grande que su vieja oficina, pero no estaba más limpia.

Todo el lugar apestaba. Había ostras en un estante, probablemente del mismo bar al que Adamat había ido la noche anterior, y a juzgar por el olor, llevaban tres días allí. Sobre el escritorio de Ricard había una especie de incienso ardiendo que empeoraba las cosas.

Adamat ignoró el saludo de Ricard y se dejó caer sobre la silla que había frente a él.

Ricard puso un gesto ceñudo y se reclinó hacia atrás en su asiento, y ambos se quedaron mirándose mutuamente durante unos momentos. Los ojos de Ricard se posaron en la maleta que Adamat tenía sobre el regazo.

—No se presentaron —dijo Adamat lanzando la maleta al suelo. —Cogieron mi depósito de cincuenta mil kranas y desaparecieron. Ahora mi muchacho se ha ido para siempre, junto con lo que me quedaba de esperanza por recuperarlo. Nunca debí haber confiado en ellos. —Adamat podía oír la indignación en su propia voz.

Ricard puso la expresión que siempre ponía cuando estaba a punto de decir “Te lo dije”, pero en cambio dijo en voz baja:

—Todos cometemos errores.

Adamat quería romper algo. Quería desahogarse violentamente, destruir los caros muebles, candelabros y licoreras de cristal de Ricard, y luego arrojarse al suelo en medio del desastre y llorar.

—No sé qué hacer ahora —dijo.

—Tengo algo que podrías investigar —dijo Ricard. Adamat se lo quedó mirando. ¿Cómo podía creer Ricard que aceptaría un caso en ese momento?—. Te ayudaría a pensar en otra cosa —continuó—. Hay acusaciones de que en las filas del ejército adrano hay oficiales beneficiándose económicamente. Necesito investigar esas acusaciones y encontrar algunas pruebas.

—Ese es un trabajo para los prebostes —dijo Adamat.

—No cuando la corrupción llega hasta el propio Estado Mayor.

—No —dijo Adamat—. Ya estoy harto de lidiar con los militares. Encuentra a alguien más valiente y más estúpido.

Ricard suprimió una sonrisa.

—Tú eres el hombre más valiente y más estúpido que conozco.

—Doy fe —dijo una voz detrás de él.

El Privilegiado Borbador se encontraba en la puerta de la oficina. Llevaba una chaqueta informal que lo hacía parecer más delgado, tenía el rostro rosado de haberse afeitado aquella mañana y sostenía un bastón en la mano. Sus guantes de Privilegiado no se veían por

ningún lado.

—¿Quién diablos sois vos? —preguntó Ricard.

—El Privilegiado Borbador, a vuestro servicio. —Bo inclinó levemente la cabeza—. Tengo entendido que tenéis una carta para mí.

—Ah —dijo Ricard, sorprendido. Una expresión de confusión le atravesó el rostro—. ¿Cómo es posible que sepáis que tengo una carta para vos?

Bo sonrió.

—Claro. Es de Taniel Dos Tiros —dijo Ricard. Buscó entre sus papeles hasta que encontró la carta y se la alcanzó a Bo.

Bo leyó la nota inclinado contra el marco de la puerta. Le dio la vuelta y leyó algo que parecía un informe escrito en la parte de atrás. Entrecerró los ojos y le lanzó una mirada a Adamat.

—¿Le habéis dicho que Tamas está vivo?

—Sí —dijo Adamat.

—No tenemos pruebas de eso. —Ricard extendió las manos.

—Está vivo —dijo Bo—. Y cuando regrese, destripará a su Estado Mayor.

—Si el Ejército se queda sin pólvora, Adro habrá sido conquistada mucho antes de que Tamas regrese.

Bo se mordió el labio.

—¿Alguna noticia de Taniel Dos Tiros? O sea, además de esta carta.

—Lo están sometiendo a un consejo de guerra en este mismo momento. Envié a mi subsecretaria hasta allí para que intervenga en mi nombre, pero no sabré el resultado hasta dentro de varios días.

—¿Un consejo de guerra? ¿Por qué? —dijo Bo con voz apagada. Adamat supuso que se trataba de su imaginación, pero la temperatura de la sala parecía haber descendido.

—Mayormente, por cargos inventados —dijo Ricard—. Desobedecer órdenes, atacar a un miembro del Estado Mayor. Pero Taniel sospecha que algunos miembros del Estado Mayor se están beneficiando económicamente de la guerra y que podrían estar aliados con Kez, lo que explicaría por qué están sometiendo a un consejo de guerra a su único mago de la pólvora.

Bo agitó la carta.

—Sí, eso ya lo he leído. Diablos. Diablos, diablos. Supongo que podría ir y matarlos a todos, si es que no lo han colgado para cuando yo llegue.

—Eso no beneficiaría en nada la campaña bélica —comentó Adamat—. No sabemos cuáles son los generales que están lucrando con eso.

—¿Creéis que me importa un demonio de quién se trata? —exclamó Bo.

Bo levantó una mano y, aunque no llevaba puestos sus guantes de

Privilegiado, Adamat se encogió en su asiento. Bo inspiró profundamente y cerró los ojos durante algunos minutos hasta que volvió a hablar—. Yo me encargaré de esto —dijo. Luego se dirigió a Ricard—: Puede que necesite vuestra ayuda.

—Mi organización está a vuestra disposición.

—Bien.

Bo se fue tan rápido como había llegado, y Adamat y Ricard volvieron a encontrarse solos.

—Bueno, qué interesante. Qué de amigos fascinantes has conseguido. —Ricard extrajo un cigarro a medio fumar del cenicero y lo contempló, como decidiendo si terminarlo. Lo arrojó al cesto de basura que tenía a sus pies.

—Habría preferido no tener que hacerlo —murmuró Adamat.

—Necesitas un descanso. No más trabajo. Ahora lo veo. Deberías venir de viaje conmigo —dijo Ricard.

—¿Qué? ¿Adónde?

—¡A la gran apertura del canal Pandeliví! Ricard se puso de pie y abrió las cortinas de la ventana, y dejó a la vista la fealdad de las fábricas de los muelles con un aguacero abriéndose paso por el mar Ad como telón de fondo. Levantó una ceja al ver el tiempo que hacía y cerró las cortinas.

—Pensé que se llamaba canal Rey Manhouch.

—Si no hay Manhouch, no hay canal Rey Manhouch. —Ricard abrió su caja de cigarros y le ofreció uno a Adamat, que él rechazó.

—No permitiré que me levantes el ánimo —dijo Adamat.

Ricard hizo un gesto con la mano delante de él, como imaginando un cartel colgado de la pared.

—Yo quería llamarlo cruce de Tumblar, pero mi Comité Electoral parece pensar que al público votante le cae mejor la humildad, y la junta prefería algo que fortaleciera el vínculo con Deliv. —Ricard encendió su cigarro con un fósforo—. Es muy grande mi sacrificio por el bien mayor.

—Qué sufrido eres —dijo Adamat.

—¿Vendrás a la gran inauguración?

—No —. ¿Qué le podía hacer creer a Ricard que Adamat querría viajar, después de todas sus penurias? Cerró los ojos, intentando escapar del hedor de las ostras. —¿Qué hay del Privilegiado Borbador?

—Le avisaré a mi gente que debe ayudarlo. Ven conmigo. Insisto —dijo Ricard.

—De ninguna manera. Mi esposa no está en condiciones de viajar. Mis hijos...

—Tus hijos pueden venir. Contrataré niñeras, y tú y Faye podéis venir en mi carruaje. Partimos esta tarde.

—¡Faye no irá!

—Ya ha aceptado.

Adamat entrecerró los ojos.

—Mentiroso.

—Te lo juro —dijo Ricard—. Fui a visitarla ayer.

—Me habría dicho algo.

—Se ve que no lo hizo. Ve a casa y pregúntale. Apostaría a que ya ha hecho las maletas. Salir de la ciudad os hará bien a ambos.

—Si tenías todo esto planeado, ¿qué fue toda esa patraña de los generales corruptos?

—Quería saber qué opinabas. No me has resultado muy útil.

—No podría...

—Yo cubro todos los gastos —dijo Ricard. Se inclinó sobre su escritorio; el humo del incienso le dio en el rostro y él arrugó la nariz —. Ve a casa y prepárate. Mi carruaje te recogerá en tres horas. No más discusiones.

—No podrás forzarme. Adamat intentó enojarse. Quería inclinarse por encima del escritorio y golpear a Ricard, pero la ira sencillamente no estaba allí. Ricard tenía razón. Necesitaba salir de la ciudad y tomar un poco de aire fresco. Si los niños podían ir y Faye ya había aceptado, tal vez les haría bien a todos.

—Tres horas —dijo Ricard.

Adamat pateó la maleta y desparramó montones de billetes por el suelo.

—¡Está bien, maldición! ¡Pero deshazte de esas condenadas ostras!

Ricard se incorporó y asintió con la cabeza, y se tapó la nariz ante el olor acre.

—De acuerdo.

Taniel no sabía si alegrarse o si maldecir por su suerte.

La general Ket bien podría haberlo enviado a la horca. Tenía el apoyo del resto del Estado Mayor, excepto por el general Hilanska, al parecer. Fell no podía haber llegado en un mejor momento, y la oferta de trabajo de Abrax con las Alas le permitiría quedarse en el frente.

Pero ¿ser expulsado del ejército adrano? La sola idea seguía desconcertándolo. Él había crecido en el Ejército. Había marchado y matado y sangrado por ellos durante casi la mitad de su vida, y entonces lo dejaban de lado como una basura inútil, y todo por haber acusado al Estado Mayor de ayudar a Kez.

Tal vez era cierto. Sus órdenes de retirada estaban sospechosamente sincronizadas, y su negativa a mantener la posición incluso cuando los keseños eran derrotados era incomprensible.

No había nada más que Taniel pudiera hacer, salvo unirse a las Alas de Adom. Tendría la oportunidad de eliminar por fin a los

Privilegiados keseños y, una vez que todos esos condenados hechiceros estuvieran muertos, tal vez dejarían de hacer Guardianes. Por supuesto, Taniel también necesitaba alguna manera de obtener la sangre de Kresimir para que Ka-poel pudiera matarlo.

Esa parecía ser la parte fácil.

Una explosión lo hizo caer al suelo. Un momento después volvió a ponerse de pie. ¿Dónde había sido?

Había confusión en el campamento adrano, pero parecía que la explosión provenía desde el sur. Taniel fue corriendo hasta un montículo y miró hacia el campamento keseño.

A lo lejos, a kilómetros de distancia, más allá del campamento keseño y de la viga inmensa de la que Julene colgaba al sol, se veía la ciudad de Budwiel. Las murallas de la ciudad ardían. Había unas nubes bajas flotando sobre el lugar... ¿o era humo? ¿Una explosión de pólvora? Podía ser.

En el campamento keseño había una actividad frenética, dirigida en su totalidad hacia Budwiel. ¿Se trataba de Tamas, que regresaba por fin? No, imposible. Tamas no atacaría la retaguardia keseña a menos que estuviera completamente seguro de que las brigadas adranas atacarían desde el frente.

Aquel *habría* sido un momento oportuno para atacar. Taniel inclinó la cabeza, esperando oír las trompetas que llamaría a los hombres a las armas.

Su mirada se posó sobre la viga levantada en medio del campamento keseño y sobre el cuerpo de Julene, que colgaba del extremo, y él volvió a preguntarse cómo había terminado ella ahí arriba. Había tenido tanta voluntad, tanto poder. ¿Había sido obra de Kresimir? Taniel no se imaginaba a nadie más con el poder suficiente para someterla de esa manera.

Taniel se quedó esperando. Silencio. Ni siquiera sonó una alarma, por si los keseños intentaban llevar a cabo un ataque por sorpresa.

El sol se estaba poniendo cuando Taniel llegó al pequeño cobertizo donde tenía su habitación. Le quedaban un par de horas para encontrar a Ka-poel y juntar sus pertenencias. ¿Debería despedirse de alguien? Con Etan seguiría en contacto. ¿Había alguien más?

Taniel se inclinó contra la puerta del cobertizo que había estado usando a modo de aposentos. No. No había nadie más. A pesar del tiempo que hacía que estaba en el Ejército, Taniel tenía pocos amigos. Eso debería haber hecho que irse le resultara más fácil.

Debería...

Taniel abrió la puerta. La luz del sol poniente atravesó la habitación.

Ka-poel estaba tendida desnuda sobre el catre, con las manos estiradas sobre la cabeza y el rostro oculto en las sombras. Taniel

sintió que el rostro se le ruborizaba. Desvió la mirada.

—Pole, ¿qué estás haciendo?

Un puño le golpeó el estómago y lo hizo doblarse por la mitad. Unas manos lo empujaron hacia el interior. Taniel cayó al suelo, e intentó pensar con claridad mientras la puerta se cerraba.

Forcejeó para ponerse de pie. Algo duro le golpeó la espalda y sintió una hoja contra la garganta. Se le secó la boca.

—No te muevas, mago de la pólvora.

Alguien encendió un fósforo, luego se encendió la lámpara que había junto a la cama. Había cinco hombres metidos en la pequeña habitación. Todos lo miraban con desprecio. Cada uno de ellos llevaba una cachiporra o un cuchillo. Todo el grupo apestaba a whisky. Llevaban chaquetas azules del ejército adrano, con una insignia en el hombro que mostraba el emblema de una pala.

Dragadores. Tercera Brigada. Lo peor de lo peor de todo el cuerpo militar adrano.

Los hombres de la general Ket.

Uno de los soldados bebió un sorbo de la botella que llevaba en la mano y le dio un puñetazo a Taniel. El golpe fue fuerte y estuvo bien ubicado, y obligó a Taniel a bajar aún más hacia el suelo. A juzgar por los galones de su hombro, el sujeto era un capitán.

Taniel clavó la mirada en el suelo y vio los largos hilos de saliva ensangrentada cayendo sobre el tablón.

—¿Quiénes diablos sois? —les dijo.

El capitán se sorbió la nariz.

—La general Ket nos dijo que obtendríamos a esta muñequita de aquí. Se nos ocurrió empezar temprano. —Colocó la botella en la mesita de noche y comenzó a aflojarse los pantalones—. Y tú vas a mirar.

Taniel miró a Ka-poel por el rabillo del ojo, intentando ignorar su desnudez. Tenía el rostro magullado, morado, y los labios partidos y ensangrentados. Le habían propinado una gran paliza.

Taniel se levantó de golpe. Uno de ellos era diestro y veloz con la cachiporra, y le golpeó los hombros. Taniel ni siquiera lo sintió. Su mano derecha se aferró a la barbilla del capitán, con los dedos metidos en la boca del sujeto. La mano izquierda lo tomó por la frente.

Taniel sintió que músculos, huesos y tendones se rasgaban y se partían cuando le arrancó la mandíbula al capitán. Muy en el fondo, el sonido lo aterró, pero todas las objeciones fueron acalladas por su furia.

Recibió un golpe de cachiporra en el lado de la cara y se volvió hacia su atacante. Su puño golpeó la nariz del soldado con tanta fuerza que lo mató instantáneamente. Los ojos de Taniel se pusieron rojos, y su cuerpo se movió como si tuviera voluntad propia.

Taniel no recordaba haber matado a los otros tres, pero de pronto se encontró rodeado por cinco cadáveres, con las manos y la camisa empapada de su sangre, aún caliente. Cayó de rodillas junto a Ka-poel. Ella respiraba suavemente. Abrió los ojos de golpe.

—Shh —dijo Taniel cuando ella abrió la boca.

La cubrió con una manta. Luego agarró la única chaqueta que le quedaba del poste de la cama y se la puso sobre la camisa empapada de sangre. Cogió su cuaderno de bocetos y su kit y los arrojó dentro de su bolsa, luego cargó a Ka-poel en sus brazos. No quedaba nada en la habitación que tuviera importancia.

Divisó el morral de ella tirado en un rincón y lo cogió al irse.

Taniel corrió durante todo el trayecto hasta el campamento de las Alas. En cuanto llegó a los piquetes, comenzó a pedir un doctor. Mientras pasaba, algunos soldados de infantería lo miraron perplejos desde sus puestos.

La tienda de los comandantes de brigada fue fácil de encontrar, en el centro del campamento.

—¿Esta es la tienda de Abrax? —preguntó Taniel enérgicamente. Los dos centinelas se miraron—. ¡La comandante de brigada Abrax! ¡Necesito verla ahora!

—¿Dos Tiros?

Taniel se volvió y vio a Abrax acercándose desde la misma dirección por la que él había llegado. Probablemente estuviera regresando del campamento adrano, y él se dio cuenta de que había hablado con ella hacía menos de veinte minutos.

—¿Qué diablos estás... —Sus ojos percibieron la camisa ensangrentada y el cuerpo magullado de Ka-poel—. ¿Qué ha pasado?

—Necesito que la atienda un médico. ¡Ahora!

—Traed un médico —les gritó Abrax a los centinelas—. Métela en mi tienda. Allí, colócala sobre el catre. ¿Qué le ha pasado? Por todos los santos, ¿qué te ha pasado a ti? Estás cubierto de sangre. ¿Tú le hiciste esto?

—¡No! —Taniel rugió la palabra antes de poder controlarse—. No. No fui yo. Ella es lo único que importa. Atendedla, por favor.

—Lo haremos —dijo Abrax.

—Acabo de matar a cinco hombres —dijo Taniel—. Soldados de la Tercera Brigada. Fue en defensa propia, pero vendrán a por mí enseguida.

Abrax lo miró sorprendida. Abrió la boca, luego la cerró.

—¿Fuiste atacado? —pudo decir por fin.

—Sí.

—Detalles, hombre. *¡Ahora!*

—Cinco hombres me atacaron en mi habitación. Tenían a Ka-poel así... iban a... mientras yo miraba. —Las palabras de Taniel fueron

saliendo en oraciones apresuradas y entrecortadas.

—¿Tú estabas desarmado?

Taniel asintió con la cabeza.

Abrax se llevó la mano a la boca y estudió a Taniel.

—Estás en estado de shock. Siéntate. ¿Estabas en un trance de pólvora?

—No.

—Cinco hombres —susurró ella, en voz tan baja que Taniel casi no la oyó—. Con sus propias manos. —Le echó un vistazo a Ka-poel—. Los médicos llegarán enseguida. Quédate aquí. —Abrax atravesó la tienda—. ¡Stewart! —bramó mientras se alejaba. Salió al exterior, pero habló en voz alta, y Taniel la oyó con claridad—. Ah, ahí estás. Busca a nuestros mejores investigadores internos. Envíalos al campamento adrano de inmediato. Hubo un asesinato quíntuple y quiero conocer las circunstancias exactas que llevaron a eso.

—¿Vamos detrás de alguien en particular? ¿O intentamos determinar el motivo por el que las víctimas murieron? —preguntó una voz masculina. Taniel supuso que se trataba de Stewart.

—No vamos detrás de nadie, solo de la verdad. Y no son víctimas, son potenciales violadores. Averigua todo lo que puedas sobre ellos. Quiero saber exactamente qué clase de personas eran y qué estaban haciendo antes de morir.

—Sí, señora.

—Además, cierra el campamento a los prebostes adranos y acalla cualquier rumor que esté circulando.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Quédate cerca. Estoy segura de que necesitaré algo.

Abrax regresó a la tienda un momento después. Taniel consideró ponerse de pie, y se dio cuenta de que le había tomado la mano a Ka-poel en algún momento. Decidió quedarse a su lado.

—Gracias —dijo.

—Créeme cuando te digo esto —dijo Abrax con el rostro encendido y la frente arrugada—. Si me mentiste, yo misma te colocaré la soga alrededor del cuello. Pero no permitiré que un hombre pierda la vida por defenderse a sí mismo y a un ser querido.

La doctora llegó unos momentos después. Taniel se negó a abandonar la tienda, pero sí desvió la mirada mientras la doctora examinaba a Ka-poel. Ella forcejeó un poco, tuvo la esperanza de que fuera una buena señal.

—Le di algo que la ayudará a dormir —dijo la doctora después del examen. Miró a Taniel con furia—. Sufrió un ataque brutal.

—No fue él —le dijo Abrax.

La mirada de la doctora perdió su fulgor.

—No fue violada, y tenía sangre debajo de las uñas y los nudillos

magullados. Se defendió. Puede que eso sirva para atraparlos.

—Ya están muertos —dijo Taniel con voz apagada.

—Bien. Su languidez se debe a su agotamiento. Puede que se haya defendido durante horas. Tiene el brazo izquierdo roto y puede que pierda una oreja. Pero no tiene una contusión, lo cual es sorprendente.

Taniel regresó al lado de Ka-poel, y casi ni notó que Abrax se sentó en una silla cercana a observarlos.

Taniel no estaba seguro de lo tarde que era cuando oyó unos gritos furiosos fuera de la tienda. Abrax se levantó de la silla con cautela y salió.

—¿Qué dije acerca de cerrar el campamento? —preguntó Abrax enérgicamente.

—Comandante de brigada Abrax —dijo una voz cortante. Taniel colocó la cabeza entre las manos. Doravir—. Estáis albergando a un hombre buscado por el homicidio de cuatro soldados de infantería y de un capitán de la Tercera Brigada. Entregádnoslo ahora.

Capítulo 31

Nila sintió que le temblaban los dedos mientras intentaba colocar la aguja junto a su objetivo.

—No te pongas nerviosa —dijo Bo.

Su voz era suave, tranquilizadora. Él la observaba sentado con las piernas cruzadas sobre un cojín descolorido en un rincón de la habitación, junto a la única ventana, con un viejo libro mohoso sobre el regazo—. No hay problema si lo haces mal. Solo seré quemado por dentro por fuegos de otro mundo, consumido como un fardo de heno empapado en aceite.

—No me estáis facilitando las cosas —dijo Nila. Inspiró profundamente y clavó la aguja en uno de los guantes de Privilegiado. La ubicación parecía ser la correcta. Tenía que hacerlo perfecto para que los guantes funcionaran.

—Lo sé —dijo Bo. Ella percibió la sonrisa en su tono de voz.

—¿Por qué no podéis hacerlo vos mismo?

—Porque odio coser. Y tú eres una lavandera. Seguramente eres mucho mejor que yo.

Y Nila estaba en deuda con él. Aunque no se lo había dicho, estaba segura de que a él se le había pasado por la cabeza.

Era plenamente consciente de que Bo les había ofrecido asilo a ella y a Jakob por tres días. Eso había sucedido hacía nueve días. No los había echado a la calle y ella no estaba del todo segura del porqué. Un Privilegiado parecía ser la última clase de persona a la que ella querría deberle un favor, por lo que, cuando él mencionó que tenía varios pares de guantes rotos que necesitaban reparación, ella se ofreció.

Eso fue antes de saber que las puntadas de los guantes de Privilegiado debían ser perfectas. Absolutamente perfectas.

Se preguntó por qué otro motivo les había permitido quedarse. Tal vez esperaba acostarse con ella. Por el rabillo del ojo, vio que él la estaba mirando. Parecía hacerlo continuamente, pero solo cuando él

pensaba que ella no lo notaría. Eso la ponía nerviosa.

Pero les había dado comida y asilo, y era la primera compañía agradable que tenía después de mucho tiempo. Era un sujeto calmado, tranquilo y no había intentado abusar de ella. Aún.

Cada vez que comenzaba a preguntarse qué sentiría si se permitirse acostarse con él, se obligaba a recordar a Dourford, desparramado por toda la calle. Bo no era tan solo un hombre. Era un Privilegiado. Los Privilegiados eran gente peligrosa.

—Esto requiere una costurera habilidosa —dijo Nila—. Yo sé coser, pero esto es...

—Lo estás haciendo bien.

Ella regresó a su tarea. Se las había arreglado para terminar tres de los doce guantes que él había guardado para remendar. Ahora bien, que alguno pudiera llegar a usarse...

—¿Realmente os quemaréis desde dentro si me equivoco? —preguntó Nila.

—No.

—¡Cretino!

—Pero no funcionarán. Lo que seguramente haga que me maten. —Bo dejo su libro a un lado, se puso de pie y se acercó a la mesa. Se puso uno de los guantes terminados y chasqueó los dedos—. Nada. Este no sirve. —Se probó otro guante—. Este tampoco. Arrojó los dos guantes inservibles en otro montón y se puso el tercero. Volvió a chasquear los dedos. En la punta le apareció una pequeña llama. La llama se apagó, y él se quitó el guante y se lo metió en el bolsillo.

—Este sirve. Excelente.

—¿Queréis que...? —Nila alargó una mano hacia los guantes que no servían.

—No te preocupes. Yo me deshago de ellos.

Por un momento, pensó que él regresaría a su cojín y a su libro. En cambio, cogió una silla y se sentó. Movió otra silla con los pies, los colocó encima y se reclinó hacia atrás con las manos detrás de la cabeza.

—¿Dónde está el niño? No le he oído decir ni una palabra en todo el día.

—Está jugando en la habitación. Le dije que se mantuviera en silencio para que pudierais leer.

—Muy considerado de tu parte.

Nila cometió un error en la costura. Maldijo en voz baja y extrajo la aguja para volver a intentarlo. ¿Por qué la estaba observando? ¿Qué quería?

—Eres una muchacha muy atractiva. ¿Lo sabías?

Ah. Ese era el motivo. Nila sintió que el corazón se le detenía. Había oído rumores de que los Privilegiados tenían un gran apetito

sexual. Que cada Privilegiado de la camarilla tenía varias concubinas y que pocas mujeres podían resistírseles.

—Ya me lo han dicho —dijo Nila.

—Deberías recogerte el pelo más a menudo. Hace que tus pómulos queden más a la vista.

Nila prefirió quedarse callada. ¿Le había preguntado por Jakob porque esperaba tenerla a solas? ¿Le daría un ultimátum: "Sal de aquí o ven conmigo a la cama"? Nila decidió no hacerlo. Aún tenía la plata oculta fuera de la ciudad. Había estado pensando en eso desde que Bo los acogió. Recogería la plata y se llevaría a Jakob hacia el noreste, hacia Novi. Irían a la capital y conseguirían una casita allí, y ella comenzaría a trabajar como lavandera.

Bo abrió la boca.

"Aquí viene", pensó Nila.

—¿Tus padres viven en la ciudad?

—¡No haré...! ¿Qué?

—Tus padres —dijo Bo—. ¿Viven en la ciudad?

La pregunta dejó desconcertada a Nila.

—Mis padres están muertos —respondió bruscamente. Eso no era lo que ella había pensado que él le diría—. Soy huérfana.

—Ah —dijo Bo—. Lamento oírlo.

—No los conocí.

Bo estaba mirando el techo. Su voz sonaba triste.

—Estuve con mi padre durante un tiempo antes de que él muriera. También pasé una temporada en un orfanato. Luego me tocó ir a las calles.

Nila casi se rio. ¿Así era como estaba intentando acostarse con ella? ¿Hacerle sentir alguna clase de afinidad?

—¿Y luego, la camarilla real?

—No. Primero, Taniel Dos Tiros. Luego su padre, Tamas, me acogió. Allí me encontraron los zahoríes. ¿Te examinaron cuando eras niña?

¿Bo conocía al mariscal de campo Tamas? ¿Había sido adoptado por él? Sonaba inverosímil.

—¿Examinada?

—Por los zahoríes de la camarilla. Para ver si tenías habilidad.

Nila detectó otro error que había cometido. Extrajo la aguja y usó la punta para levantar el hilo.

—Por supuesto. Venían al orfanato todos los años.

—Deberías volver a intentarlo —dijo Bo. Extrajo un par de guantes del bolsillo y los arrojó sobre la mesa—. A veces a los zahoríes se les pasa alguno.

Nila quería poner los ojos en blanco. Aún seguía coqueteando con ella. Se dio cuenta por la leve sonrisa que él tenía en la comisura de

los labios y el tono divertido de su voz.

—Mejor no.

—Como quieras. —Bo se volvió a guardar los guantes en el bolsillo.

Pasaron varios preciados minutos de silencio en los que Nila cosió y Bo se quedó sentado, balanceando la silla hacia atrás y mirando el techo. La mente de Nila comenzó a divagar. Tal vez no debería ir a Novi. Quizá debía atravesar el océano y dirigirse a la lejana Fatrasta. Allí sería menos probable que los encontraran o que los reconocieran.

—Jakob —dijo Bo de pronto—. Su apellido era Eldaminse, ¿no?

—Sí.

—¿Y tú trabajaste para su familia?

Nila asintió con la cabeza. La mansión Eldaminse. Eso parecía haber sido hacía muchísimo tiempo. ¿Realmente habían pasado solo cuatro meses? Los recuerdos de aquel lugar le parecían visiones de un mundo de ensueños.

—¿Sabías algo acerca de los negocios de su padre?

—Yo era una lavandera.

—Los sirvientes lo oyen todo. Por eso muchos trabajan como espías para las camarillas.

Nila lo miró sorprendida.

—¿En serio?

—Bueno. De manera indirecta. En general no saben para *quién* están espiando, solo saben que se les paga por la información.

—Yo nunca lo hice. Me enseñaron a no fisgonear nunca.

—Qué lástima. —Bo dejó caer la silla sobre las cuatro patas y se puso de pie—. Jakob —lo llamó Bo dirigiéndose por el pequeño corredor hacia la habitación que compartían Nila y Jakob. Nila hizo una pausa en su tarea e inclinó la cabeza hacia un lado—. Jakob —dijo Bo, y su voz se oía acallada—, ¿recuerdas si a tu padre lo visitaban hombres del Ejército?

Nila no pudo oír la respuesta de Jakob.

—¿En serio? Qué interesante. ¿Cuánto hace que sucedió eso? —Hubo una pausa, y luego: —Gracias, Jakob. Has sido de mucha ayuda.

Bo regresó a la sala. Cogió su chaqueta del perchero.

—¿Adónde vais? —preguntó Nila.

—Para ser alguien a quien se le enseñó que nunca debía fisgonear, pareciera que estabas escuchando con mucha atención.

Nila sintió que las mejillas se le ponían coloradas.

Bo sonrió.

—Voy a los Archivos Públicos. Probablemente no regrese hasta mañana. Hay un pequeño fajo de billetes oculto debajo de la ventana. Puedes comprar algo de comida para el niño y para ti. Se detuvo en la puerta sosteniendo los guantes con una mano. Parecía preocupado. —¿Estás segura de que no quieres probarte mis guantes?

Nila echó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Ya he tenido suficiente —dijo.

Bo arqueó las cejas. Parecía genuinamente sorprendido.

—¿De...?

—De vuestro coqueteo. Me iré si eso es lo que queréis, pero no me iré a la cama con vos.

Bo atravesó la sala dando unos pocos pasos apresurados y se detuvo a solo unos centímetros de ella. Se inclinó hacia delante, y Nila sintió el corazón retumbándole en los oídos. De pronto, fue plenamente consciente de que si Bo intentaba abusar de ella, o hacerles daño a ella o a Jakob, no podría hacer nada al respecto.

—Coqueteo con todo el mundo —le susurró Bo al oído—. Y si tú quisieras acostarte conmigo, no diría que no. Pero nunca he violado a una mujer, y nunca lo haré. Así que deja de encogerte cada vez que me veas mirándote. Me gusta mirar a las personas. Las encuentro fascinantes.

Nila tenía la garganta seca. Bajó la mirada un momento y vio que Bo no se había puesto los guantes.

—Si no esperáis que me acueste con vos, ¿por qué no nos habéis obligado a irnos?

—Porque me agradas —dijo Bo—. Y me agrada el niño. Pero pronto me iré de la ciudad y deberías decidir qué harás. No me quedaré aquí más de una semana. —Él se alejó—. ¿Te veo mañana?

Nila tragó saliva.

—Sí.

—Me alegra oírlo.

El ejército de Tamas cruzó el último de los Dedos de Kresimir y ascendió al ancho altiplano de la Expansión del Norte casi siete semanas después de haber partido de Budwiel.

La Expansión del Norte, al igual que la Expansión Ámbar hacia el sur, era la fuente de alimento de los Nueve. A diferencia de la Expansión Ámbar, no albergaba granjas de ganado o campos de trigo, sino enormes campos de judías, que podían sobrevivir mejor con poca agua.

Tamas ordenó a algunos equipos que se dispersaran por el altiplano para buscar comida, bajo el mando de los sargentos más sensatos y equilibrados del Ejército. Necesitaba hacerse con los recursos de la tierra, pero de manera que le resultara lo menos perjudicial posible a la población local.

Tamas cabalgaba a la cabeza de la columna, mirando hacia el norte, con la vista fija en el horizonte. Pasarían varios días antes de que cruzaran la frontera deliví y llegaran a ver la ciudad de Alvación, pero no podía evitar que su corazón latiera más rápido a cada paso

que daba. Pronto encontrarían ayuda. Pronto cruzarían la cordillera de los Leños Calcinados y descenderían a Adro para volver a presentarles batalla a los keseños.

Gavril acercó su caballo al de Tamas. Él y su animal estaban cubiertos de polvo por acercarse desde detrás de la columna. Detrás de él venía un anciano montando una mula de carga. Le costaba seguirle el paso al caballo de guerra de Gavril. Tamas frenó su montura. Olem también se detuvo, con los ojos alerta, a pesar de que, salvo por su ejército, el altiplano estaba vacío.

—¿Quién es este? —dijo Tamas, señalando con la cabeza al anciano, que aún estaba a unos cuarenta metros de ellos.

—Un granjero de judías keseño.

—¿Y por qué está aquí?

—Quiere hablar contigo.

Tamas arqueó una ceja. Aquello era lo último que necesitaba. ¿Por qué diablos lo habría llevado Gavril hasta allí?

—¿Sabe quién soy?

—Sí, y tiene algunas cosas de lo más interesantes para contarte.

¿Qué podía decirle un viejo granjero de judías de la Expansión del Norte que le resultara de interés?

El anciano acercó su mula y la colocó junto a los caballos.

—¿Sois el mariscal de campo? —preguntó el anciano en adrano.

El acento keseño era tan marcado que casi no se le entendían las palabras. Tenía el rostro arrugado, la piel marrón a causa del intenso sol del altiplano y, tal vez, de un poco de sangre deliví. La mano de obra y el comercio tenían lugar libremente entre los delivíes y los granjeros keseños del altiplano.

El viejo granjero estaba demacrado. Puede que en algún momento hubiera estado algo relleno, pero entonces la piel le colgaba de las mejillas y las manchas pálidas que tenía en el rostro hablaban de desnutrición.

Los ojos del hombre cargaban con una furia terrible que sorprendió a Tamas.

—Yo hablo keseño —dijo Tamas en keseño.

—¿Sois el mariscal de campo? —volvió a preguntar el anciano en keseño.

—Así es. Buenas tardes.

El granjero escupió a los pies del caballo de Tamas. Le mostró los dientes y lo miró iracundo, como desafiando a Tamas a que hiciera algo al respecto.

Tamas miró a Gavril. Su cuñado, aún magullado a causa de la pelea que habían tenido la semana anterior, tan solo se encogió de hombros.

—¿Algún problema? —preguntó Tamas.

—Decídmelo vos.

Tamas volvió a mirar a Gavril. ¿De qué se trataba todo eso?

—No se me ocurre nada.

—Vosotros me robasteis la cosecha —dijo el anciano—. Anduvo bien este año, considerando la sequía. Se llevaron a mi esposa y a mis hijas. ¡Vuestros malditos hombres le rompieron las piernas a mi hijo cuando se negó a serviros!

Tamas hizo una mueca. Maldita infantería. Ni siquiera los mejores podían controlarse. Había ordenado que se dejara en paz a las mujeres bajo pena de muerte. Necesitaban la comida, pero Tamas no necesitaba que sus soldados violaran y mataran gente a su paso por el campo de Kez.

—¿Qué compañía lo hizo? —le preguntó a Gavril.

—Ninguna de las nuestras. El sujeto y su hijo estaban solos en su choza cuando los equipos de comida lo encontraron. En el lugar no había quedado nada, y todos los muebles estaban rotos. El muchacho tenía las piernas rotas, como él dice. Será un inválido de por vida. Parece que sucedió hace varias semanas.

—Lamento lo de tu esposa y tus hijas —dijo Tamas—, pero no fueron mis hombres.

—¿Me estáis llamando mentiroso? —El granjero acercó la mula hacia Tamas.

Tamas inspiró profundamente y se recordó a sí mismo que golpear a un anciano no era la mejor manera de terminar una conversación.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace dieciocho días —dijo el granjero.

—No podemos haber sido nosotros. Acabamos de llegar.

—¿Entonces quién fue? Yo reconozco a las tropas adranas cuando las veo. —El granjero se inclinó y le dio un tirón a la chaqueta de Tamas—. Uniforme azul, con ribete plateado. ¡No soy idiota!

—¿Cuántos hombres?

—¡Miles! —El granjero volvió a escupir.

—Gavril, ¿hay algún indicio de que un ejército haya pasado por aquí recientemente?

Gavril se hizo a un lado para conversar con uno de sus exploradores. Regresó un momento después.

—Todos los equipos de alimentos están informando lo mismo: el territorio fue arrasado, no queda nada. Las plantaciones fueron cosechadas antes de tiempo o quemadas, y los hombres se cruzaron con decenas de granjas vacías.

Tamas tamborileó el cuerno de la montura con los dedos. La búsqueda de alimentos que pensaba llevar a cabo en la Expansión del Norte, anulada. Absolutamente anulada. No quedaba nada para que sus hombres comieran en el camino a Alvación.

—¿Y bien? —preguntó enérgicamente el granjero—. ¿Qué podéis

decir al respecto?

—¿Hacia dónde se dirigían? —preguntó Tamas.

El granjero pareció desconcertado.

—Hacia el norte.

—Olem, dale a este hombre suficiente comida para él y para su hijo y envíalo de regreso a su casa. No le quites la mula. —Tamas tiró de las riendas—. Gavril.

Tamas dejó al granjero de judías, que comenzó a maldecir, en manos de Olem y regresó a la cabeza de la columna. Gavril se colocó junto a él e hizo que su caballo fuera junto al de Tamas.

—Esto no tiene sentido —dijo Tamas—. No tenemos tropas en el norte de Kez.

—Yo diría que al anciano le falla la cabeza, pero en el lugar no queda nada. Se requiere un gran número de hombres para atravesar y saquear el altiplano de esta manera.

Tamas se aferró al cuerno de la montura. ¿Cómo iba a alimentar a sus hombres si no podían obtener comida?

—¿Cuántos? —preguntó Tamas.

Gavril se rascó la barba incipiente.

—Al menos una brigada o dos.

—Llevan el uniforme azul de Adro, pero no son adranos. —Tamas reflexionó por un momento—. ¡Mierda! Están intentando meterse en Adro.

—¿Los keseños?

—Eso debe ser. Vienen por aquí actuando como una fuerza invasora, cruzan Alvación con esa farsa y atacan a una Guardia de la Montaña confiada. Puede que ya estén en Adro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gavril.

Los dedos de Tamas juguetearon con la culata de una de las pistolas de duelos que llevaba en el cinturón. Un regalo de su hijo.

—Seguimos avanzando. Los alcanzamos y los atacamos por atrás.

Capítulo 32

El carruaje de Ricard Tumblar avanzaba hacia el norte, en dirección al canal Pandeliví, dando tumbos por la carretera serpenteante que había a los pies de la cordillera de los Leños Calcinados. Las montañas se elevaban sobre ellos justo hacia el oeste, y había más a lo lejos, hacia el norte, con las cimas blancas parecidas al glaseado de los pasteles. El carruaje dio una sacudida, luego atravesó estrepitosamente un puente de piedra que cruzaba por encima de un afluente del río Ad y luego regresó al camino de tierra.

Adamat miró por la ventana y trató de no pensar en lo desigual del terreno. Lo último que necesitaba era vomitar sobre el terciopelo del interior del vehículo.

Cinco días en un carruaje no eran una perspectiva agradable, incluso en uno tan elegante como el de Ricard. El chasis utilizaba la novedosísima suspensión de ballesta, y los gruesos asientos rellenos ayudaban a absorber parte del traqueteo ocasionado por el camino, pero no había nada que evitara que Adamat se golpeara la cabeza contra el techo cada vez que se cruzaban con algún bache particularmente profundo por el camino.

Malditas carreteras del norte.

Faye parecía estar disfrutándolo, al menos todo lo que le era posible, dadas las circunstancias. Se había retraído aún más después de su decisión de no ir tras Josep. Sin embargo, había dejado de llorar y parecía más dispuesta a poner buena cara para los otros niños.

—Arreglaremos estos caminos una vez que el canal comience a tener más uso —decía Ricard sacando la cabeza por la ventana—. Me gustaría que estuvieran todos adoquinados, con un equipo del sindicato a tiempo completo para hacer el mantenimiento durante todo el año.

Adamat anhelaba llegar a su destino. Solo un par de horas más, o eso había dicho Ricard. Se quedarían en el hotel más elegante del

norte de Adro. Servicio de habitaciones, masajes, agua corriente caliente. El hotel era completamente nuevo, había sido construido para alojar a dignatarios y hombres de negocios que usaban el canal para cruzar los Leños Calcinados.

—¿No podías simplemente dejárselo a la Guardia de la Montaña? —preguntó Adamat—. Me refiero al mantenimiento. Estamos en las estribaciones. Se considera su territorio.

—¡No! —dijo Ricard moviendo un dedo bajo la nariz de Adamat—. No, no, no. Luché con garras y dientes para que el canal fuera un proyecto del sindicato. La Guardia de la Montaña quería sacar tajada. Dijeron que era su jurisdicción, o una tontería similar, ¡pero este es un trabajo del sindicato! El sindicato emplea a buenos adranos muy trabajadores. No a los convictos y a trabajadores forzosos descontentos de la Guardia de la Montaña.

—Me imagino que ellos vigilan el paso —dijo Adamat.

—No —respondió Ricard orgulloso—. Gente del sindicato, exclusivamente; hasta los guardias de la esclusa.

Eso sorprendió a Adamat. La Guardia de la Montaña era más que una institución de trabajos forzados. Tenía una larga tradición de vigilar las alturas; eran los porteros de Adro, y lo habían vuelto a demostrar en la defensa reciente de la Fortaleza de la Corona.

Adamat entendía que Ricard estuviera orgulloso de sus sindicatos, pero sindicalizar la defensa del país le parecía algo extraño.

Se detuvieron al mediodía para comer, aún a unos cuantos kilómetros al sur del canal. Adamat y Faye almorzaron con los niños y las niñeras contratadas mientras Ricard hablaba con Fell acerca de los planes para la montaña. Cuando el almuerzo terminó, Adamat salió al exterior para estirar las piernas.

La posada estaba ubicada junto a un pequeño arroyo que provenía de las montañas. Adamat prestó atención al sonido burbujeante que hacía al zigzaguear debajo del camino y en dirección al río, y luego miró hacia el norte.

Desde donde estaba, llegaba a divisar las esclusas del canal. Estaban situadas como si fueran peldaños que ascendían la ladera de la montaña, con el camino subiendo en zigzag junto a ellas. A esa distancia, toda la instalación parecía un modelo a escala, e incluso viéndola con sus propios ojos, a Adamat le costaba creer que fuera real. ¡Un canal pasando por encima de una cordillera!

Las propias esclusas eran una proeza de ingeniería nunca vista en el mundo. Estaban completamente construidas por medio de mano de obra, sin usar hechicería en absoluto, salvo que se tuviera en cuenta a los pocos Dotados que sin duda el sindicato empleaba para aprovechar sus diferentes habilidades. A pesar de las dificultades de la travesía, Adamat sabía que pasearse por las esclusas antes de la gran

inauguración haría que todo el viaje valiera la pena.

A Josep le habría encantado ver el canal.

Ricard y Fell salieron estudiando juntos un mapa y señalando el camino. Adamat los oía debatiendo los beneficios de utilizar adoquines frente a los ladrillos o el hormigón vertido.

Algo le llamó la atención en la ladera de la montaña. A esa distancia no podía estar seguro, pero...

—Ricard —dijo, interrumpiéndolos—, ¿tienes un catalejo?

—Yo tengo —dijo Fell. Fue hasta el carruaje y regresó un momento después, y le entregó un catalejo a Adamat.

—¿No dijiste que la gran inauguración era mañana? —le dijo Adamat a Ricard.

Ricard miró hacia el canal entrecerrando los ojos.

—Así es.

—Entonces no debería haber ninguna clase de tráfico en el canal.

—Aún no. O sea, se hicieron pruebas, pero no debería haber tráfico comercial hasta después de la gran inauguración. ¿Por qué? ¿Qué ves?

Adamat se llevó el catalejo al ojo y encontró las esclusas. Cuando las vio nítidamente, encontró lo que le había llamado la atención.

En cada una de las esclusas había un barco; y no barcos cualesquiera, sino buques mercantes trasatlánticos con hileras de cañones y mástiles altos. Debía de haber decenas, y Adamat alcanzaba a ver las figuras diminutas de los hombres que manejaban las esclusas a medida que la hilera completa de barcos descendía lentamente por la ladera de la montaña.

Las naves llevaban banderas a rayas verdes y blancas, con una corona de laureles en el centro. Adamat sintió que se le aflojaban las piernas, y tuvo una sensación de pavor en la boca del estómago.

Puso el catalejo en la mano de Fell con fuerza.

—Que los niños vuelvan a los carruajes. Regresamos a Adopest. ¡Ya!

—¿Qué? —preguntó Ricard enérgicamente, tomando el catalejo—. ¿Qué te pasa? La gran inauguración es mañana, y... —Se quedó en silencio cuando se llevó el catalejo al ojo.

—Menos mal que no le permitiste a la Guardia de la Montaña vigilar el canal —gritó Adamat sobre su hombro mientras corría hacia la posada—. O a la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla le habría resultado más difícil cruzarlo con toda su condenada flota.

—Me enviarán a Adopest —dijo Taniel.

Ka-poel abrió un ojo. El que no estaba cerrado por la inflamación. Taniel continuó: —Según la general Ket, esto es un asunto civil porque yo ya no estoy en el ejército adrano y aún no soy parte de las Alas de Adom oficialmente. Se me enviará de regreso a Adopest bajo arresto

domiciliario hasta que vaya a juicio. —Taniel iba y venía por la tienda. En la mano tenía una nota de la comandante de brigada Abrax en la que le informaba los términos de su arresto domiciliario—. Eso podría durar meses. Para entonces, la guerra quizás haya terminado, y habremos perdido.

Taniel dejó de caminar y se dejó caer en el catre. ¿Qué podía hacer él? Se había pasado la última hora discutiendo con Abrax. La comandante de brigada sostenía que tenía las manos atadas, que no podía hacer nada más que proporcionarle a Taniel una casita en Adopest. Los estatutos de las Alas de Adom no permitían que se admitiera a nadie a la espera de ser juzgado.

—La voy a matar —dijo Taniel.

Ka-poel se incorporó con dificultad en su catre. Les habían dado una tienda en la esquina del campamento de las Alas, en el punto más alejado del ejército adrano. Los ojos verdes de ella estaban húmedos. Taniel sospechaba que había llorado durante la noche.

Supuso que tal vez la rabia iría disminuyendo a medida que pasaran los días y Ka-poel pudiera incorporarse y moverse. En todo caso, ver que las heridas de ella sanaban lentamente lo hacía enfurecer más. Tenía los labios hinchados y partidos, y su rostro seguía magullado.

Ella extendió las manos; fue un movimiento extraño porque tenía el brazo en cabestrillo.

"¿A quién?"

—A la general Ket. Ella debe de haber ordenado lo que... lo que te hicieron a ti. Debe de haber sabido que no le resultaría tan fácil enviarme a la horca. Esos hombres te retuvieron durante horas.

Ka-poel meneó la cabeza.

—¿No? ¿No qué? La doctora dijo que te defendiste. Que tú...

Ella volvió a menear la cabeza enfáticamente. Gesticuló con el pulgar sobre su hombro e hizo un movimiento como de tomar algo. Luego se señaló a sí misma.

—¿Te atraparon?

Ella lo pensó por un momento y luego, con los dedos, hizo un gesto de caminar.

—¿Te siguieron?

Ella asintió con la cabeza.

Alargó una mano hacia el morral e hizo una mueca. Taniel se lo alcanzó. Ella cogió el morral y comenzó a buscar algo en su interior.

Ka-poel comenzó a colocar muñecos sobre el catre. Él los reconoció de inmediato: el general Hilanska, la general Ket; todo el Estado Mayor del ejército adrano.

Taniel se quedó mirando los muñecos. Cada vez que veía uno, lo asombraba el nivel de detalle que ella lograba con la cera, pero ahora

había algo más. Él *conocía* a aquellas personas. A algunas, desde pequeño, como Hilanska. A los muñecos les sobresalía cabello real de algunos lugares. Uno de ellos tenía manchas de sangre. Le puso los pelos de punta.

—¿Por qué estuviste haciendo muñecos de ellos? —le preguntó.

Ka-poel inclinó la cabeza hacia un lado, como diciéndole que se trataba de una pregunta estúpida.

—Por las dudas, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y los dragadores te atraparon mientras intentabas obtener algo de Ket para usar en su muñeco?

Volvió a asentir.

Si no hubiera estado magullada, la habría golpeado. Lo que había hecho era terriblemente peligroso. Si la gente sospechaba de la naturaleza de su hechicería y la veía rondando los aposentos de la general, le habrían dado una paliza y *además* la habrían encerrado.

—Aun así —continuó diciendo—, según dijeron, ella les había dicho que podían tenerte. —Su enfado disminuyó. Solo un poco, pero fue lo suficiente para permitir que se le relajaran los músculos. Se reclinó hacia atrás en la silla y se llevó las manos a la cara—. Igual debería matarla.

Ka-poel se tocó el pecho con el pulgar.

“Yo lo haré”. Levantó una mano, como para detenerse, y moviendo los labios articuló “si es necesario”.

—Diablos, Pole, yo...

—¡Toc, toc! —La voz provenía de afuera de la entrada de la tienda —. ¿Puedo entrar?

Mihali. El condenado chef. Si no fuera por él, nada de aquello habría sucedido. Taniel seguiría en el ejército adrano y Ka-poel no habría sido golpeada por los matones de Ket.

—¡Idos al...! —comenzó a decir Taniel, pero Ka-poel le apoyó una mano suave en el brazo. Ella asintió con la cabeza. Taniel inspiró profundamente para calmarse. No le sirvió—. Sí —dijo.

La puerta de la tienda se abrió y Mihali entró cargando una gran bandeja. De debajo de la tapa se elevaba un vapor que olía a pan caliente y... ¿qué era eso? Huevos.

Taniel desvió la mirada. No le daría a Mihali la satisfacción de comer su comida.

Mihali colocó la bandeja sobre el catre de Taniel y le quitó la tapa. Se inclinó sobre la bandeja y con la mano impulsó el aroma hacia sí mismo.

—Pastel de maíz caliente con corteza dulce rociado con miel de arce, con huevos pasados por agua de acompañamiento.

A Ka-poel se le iluminó el rostro. El pastel de maíz era un plato

típico fatrasto, poco común en los Nueve. Ella cogió un trozo de inmediato y se lo pasó de una mano a la otra hasta que se le enfrió lo suficiente.

Taniel sonrió, pero trató de taparlo con una tos. No tenía la intención de que Mihali lo viera satisfecho.

—¿Qué queréis, Adom?

—Ay, por favor —dijo Mihali—. Dime Mihali. “Adom” tiene una gran connotación de superioridad.

—Bien —a Taniel se le hizo agua la boca al sentir el aroma del pastel de maíz—, ¿qué queréis?

—Vine a disculparme —dijo Mihali.

Ka-poel dio una palmada en el catre junto a ella.

—¡Gracias! —Mihali se sentó, y Taniel sintió una punzada de celos.

—¿A disculparos? ¿Por decirme que hiciera las paces con Doravir y hacer que me expulsaran del ejército adrano?

Mihali arqueó las cejas.

—Por los cielos, no. Eso tenía que suceder.

—¿Eso *qué*? —resopló Taniel.

Mihali hizo un gesto con la mano, como si no tuviera importancia.

—Vine a disculparme porque te dije que no te ayudaría a matar a Kresimir y que no creía que él tuviera que morir.

Taniel no pudo resistirse más. Su mano se estiró como si tuviera voluntad propia y cogió un trozo de pastel de maíz. Le dio un mordisco y se alegró de inmediato. El pastel de maíz estaba suave y húmedo, y se le deshacía en la boca, la miel parecía haber sido recién extraída del panal.

—¿Cambiasteis de parecer? —preguntó Taniel entre bocado y bocado.

—Desearía que esto se resolviera de forma amistosa —dijo Mihali mientras tomaba un trozo de pastel de maíz de la bandeja y le ponía mermelada de frutas—. O que tuviera una solución. Hace un par de meses llegué a un acuerdo con Kresimir para que ninguno de los dos participase directamente en la guerra. Desde entonces, las cosas fueron mal para los adranos, como te habrás dado cuenta, pero las cosas tampoco van bien en el campamento keseño. —Mihali hizo una pausa y se lamió la miel y las migas de la punta de los dedos—. Kresimir ha comenzado a matar a su propia gente a un ritmo alarmante.

—Bien —resopló Taniel.

—No —dijo Mihali—. No está bien. Yo hablo a menudo con Kresimir. Podemos atravesar las distancias para hacerlo, y cuando lo hacemos, llego a ver parte de su mente. Se está volviendo loco. —Mihali tragó su bocado y miró con tristeza su pastel de maíz—. Completamente loco.

—No me importa.

—Taniel, ¿durante cuánto tiempo crees que un dios loco se limitará a matar a su propia gente? Bien podría intentar destruir los Nueve. Tal vez incluso todo el mundo. No creo que pueda hacerlo, ni siquiera Kresimir es tan poderoso, pero si lo intentara, probablemente mataría a todos los seres vivos de esta parte del mundo.

—Ya lo detuve una vez —dijo Taniel.

—Lo que te hace particularmente apto para la tarea.

—¿No podéis detenerlo vos?

—La hechicería es predecible en algunos aspectos —dijo Mihali—. Hay patrones que todos los Privilegiados usan, desde el peor hechicero del mundo hasta el propio Kresimir. Yo puedo predecir esos patrones y contrarrestarlos. Pero si Kresimir, en su locura, comienza a atacar a diestro y siniestro, será algo completamente al azar. Podría protegerme a mí mismo, pero a nadie más.

Taniel lo consideró por unos momentos. ¿Podía un dios realmente volverse loco?

—Es por la bala, ¿verdad?

Mihali pareció reflexionarlo.

—He oído informes al merodear por las reuniones del Estado Mayor, de sus espías. En el campamento keseño se corre el rumor de que Kresimir tose sangre en su almohada. Que por la noche recorre los salones de su complejo y acosa a sus propios guardas, exigiendo saber si ellos son el ojo detrás de la llave de chispa.

A Taniel se le secó la boca. El ojo detrás de la llave de chispa. ¿Quién más podía ser, si no él? En su locura, Kresimir lo estaba buscando a él. Sintió las palabras como bilis brotándole de la boca, pero Taniel preguntó: —¿Se puede curar? ¿Al menos lo suficiente para que entre en razón?

—No lo sé —dijo Mihali. —Anoche hablé con él sobre eso. Se puso furioso. ¿La explosión que hubo en Budwiel? Debes de haberla oído. La ocasionó él. Mató a miles de seguidores de campamento keseños.

—No fue una gran pérdida.

Mihali hizo una mueca. Taniel sintió un destello en el límite de sus sentidos, como si alguien estuviera utilizando hechicería. De pronto se preguntó si le convenía estar tan cerca de Mihali.

—Esas personas —dijo Mihali, conteniéndose visiblemente— no eran soldados. Eran lavanderas y panaderos y fabricantes de botas. Sus vidas se apagaron en un instante porque yo le hice la pregunta equivocada a Kresimir y él se enfadó. —Mihali meneó la cabeza—. Entiendo que matar es tu profesión, pero toda pérdida de vida es grave. Sobre todo cuando son tantas, todas en...

Mihali se quedó en silencio. Se sirvió otro trozo de pastel de maíz y se lo comió pensativo. Tenía la mirada fija en los muñecos que Ka-poel

había colocado frente a él y los dedos le temblaron, como si estuviera nervioso.

—Tiene la coherencia suficiente para crear esos Guardianes de la pólvora —dijo Taniel.

—Es lo único que me da esperanza de que se pueda recuperar —dijo Mihali—. No está del todo ido. Tal vez pueda curarlo. Pero necesitaría contener a Kresimir, y no puedo hacerlo yo solo —dijo Mihali mirando a Ka-poel. A Taniel no le agradó en lo más mínimo.

—¿Cómo?

—Ella puede hacerlo —dijo Mihali señalando a Ka-poel con la cabeza—. Creo que ya comenté que en mis diferentes vidas tuve contacto con Ojos de Hueso. Su magia es especialmente adecuada para luchar, dañar, proteger e incluso para controlar individuos. Nunca me crucé con ninguno con siquiera una fracción del poder que tiene Ka-poel. Y pensar que ella aprendió por su cuenta a hacer todo esto... —Mihali se quedó en silencio. Estaba sin aliento, con el rostro encendido.

"Controlar individuos" había dicho Mihali. ¿Acaso Ka-poel controlaba a Taniel? Sabía que ella lo había protegido, y había visto lo que ella podía hacer con esos muñecos suyos.

—¿Y si se lo cura? —preguntó Taniel—. ¿Finalizará la guerra? ¿Dejará en paz a Adro?

—Eso creo. No se encuentra bien.

—¿Eso *creéis*? ¿O lo *sabéis*? Él prometió destruir Adro.

—Y es una promesa que no cumplirá. Yo me encargaré de eso. —Mihali extendió sus regordetas manos mirando a Ka-poel y luego a Taniel—. Por favor. Ayudadme. Ayudad a mi hermano.

Ka-poel señaló su brazo roto, luego señaló a Mihali.

Mihali arqueó las cejas.

—Por supuesto. Fue un descuido. —Cerró los ojos y, de pronto, Ka-poel lanzó un grito ahogado.

Taniel se lanzó hacia delante y le colocó un brazo detrás de la espalda para que no se cayera.

—¿Qué le habéis hecho?

Ka-poel lo apartó con el hombro y se quitó el cabestrillo del brazo. Lo flexionó y lo movió asintiendo con la cabeza. Taniel le miró el rostro. Las magulladuras habían desaparecido.

—También puedo curar tus heridas —dijo Mihali.

Taniel se alejó.

—Me las quedaré, gracias. En silencio, Taniel se tildó a sí mismo de idiota. ¿Por qué rechazar los poderes curativos de un dios? ¿Le tenía miedo a la hechicería de Mihali? ¿O tal vez tenía miedo de quedar en deuda con alguien más? Abrax y Ricard ya le habían hecho favores que a Taniel le llevaría años devolver. Se llevó los dedos a la zona

hinchada y dolorosa al tacto que tenía en el rostro a causa de las palizas que le habían propinado los gendarmes de Ket.

—Me las quedaré como recordatorio.

—Solo os pido que consideréis mi petición —dijo Mihali mientras se ponía de pie—. A cambio, tengo un obsequio que daros.

Taniel era receloso de cualquier regalo que le hiciera un dios. Después de todo, nada era gratis.

—¿Qué es?

Mihali extrajo de su bolsillo un pañuelo y un cuchillo. Presionó un pulgar contra el cuchillo, luego lo metió en el pañuelo durante un momento y le entregó el pañuelo a Ka-poel.

Su sangre. La sangre de un dios. Taniel sintió que el corazón le latía un poco más deprisa. ¿Qué podía hacer Ka-poel con eso? ¿Podría controlar a Mihali? ¿Matarlo? ¿Lo sabía ella siquiera?

Ka-poel metió el pañuelo en su morral con el rostro impenetrable.

Mihali se alejó de ellos y comenzó a colocar el pastel de maíz y los huevos que quedaban en un plato de hojalata que le entregó a Ka-poel. Cogió su bandeja vacía e hizo una reverencia.

—Por favor —dijo—, considerad mi petición, mi súplica, de ayuda. —Hizo una gran reverencia y se fue.

Taniel inspiró tembloroso y bajó la mirada, y se dio cuenta de que aún sostenía la carta del arresto domiciliario. Debía ser escoltado a Adopest por la mañana temprano. Le habían asignado ocho prebostes, cuatro de las Alas de Adom, cuatro del ejército adrano.

No lucharía contra los keseños, no mataría a sus dioses.

Ka-poel extendió una mano y tocó el pecho de Taniel. Lo tocó varias veces por encima del corazón.

—¿Qué?

Lo señaló y extendió las manos a modo de pregunta. Luego lo volvió a señalar.

—No entiendo lo que quieres decir, niña —le dijo, intentando sofocar su frustración.

Ella le señaló de nuevo el corazón, con énfasis.

—¿Que qué quiero?

Ella asintió con la cabeza.

Taniel inspiró profundamente.

—Quiero matar algo ahora. Estoy furioso. Debería estar allí afuera luchando. Nací para luchar, nací para proteger a Adro.

Ella lo volvió a señalar, luego apuntó al suelo. “¿Qué quieres en este momento?”.

—Quiero protegerte.

Entonces Ka-poel sonrió, y Taniel sintió que el corazón le daba un vuelco. Ella se inclinó hacia él y puso los labios contra los suyos.

—Iré a por la sangre de Kresimir —dijo Taniel.

Mihali se detuvo sobre una inmensa olla de sopa, con el cucharón a medio camino hacia sus labios.

—Ya veo.

—Ka-poel accedió a someterlo, pero necesita su sangre. Yo necesitaré ayuda para poder entrar en el campamento keseño.

Mihali lo reflexionó por unos momentos y luego tomó un sorbo de la sopa.

—Mmm. Esto está muy bien. Pero necesita más pimienta. —Sacó un tarro de granos de pimienta de su delantal y se echó algunos sobre la palma de la mano. Restregó las manos y observó la pimienta que caía a la olla. Revolvió la sopa y luego tomó otro sorbo—. Perfecto.

—A veces cuesta un poco tomaros en serio —dijo Taniel—. No. Eso no es cierto. No es a veces, es todo el tiempo. —Mihali lanzó una risita, pero Taniel no lo había dicho en broma—. El campamento keseño —insistió Taniel.

—Puedo ocultarte para que pases entre los centinelas keseños —dijo Mihali pasando a una parrilla de hierro ancha que había en medio del sector de cocina. Comenzó a girar patas de pavo con la velocidad que da la práctica.

Taniel se inclinó al oír unos gritos detrás de él. Miró sobre el hombro y vio que no eran por él. Pasearse por el campamento adrano era peligroso, incluso vestido de civil y con un sombrero tricornio inclinado para ocultar su rostro. Se suponía que estaba bajo custodia de los prebostes en ese momento.

—Tampoco aquí te verán. Sírvete una pata de pavo. —Mihali levantó una pata con la pinza y se la entregó a Taniel.

—Parece que está muy caliente.

—Tonterías. Un chef nunca le daría a un comensal algo que vaya a quemarlo.

Taniel tomó la pata de pavo con algo de precaución. El hueso solo estaba tibio, a pesar de haber estado al fuego hasta hacía un instante, y cuando probó un bocado, le cayó jugo por la barbilla. No dijo nada hasta que terminó de comer.

—¿Cómo podéis volverme invisible? —preguntó Taniel—. Antes le tuvisteis que pedir permiso a Ka-poel para tocar mi mente.

—Acabo de hacerlo —dijo Mihali.

Taniel se quedó paralizado a mitad de saborear lo último de la pata de pavo. Miró a su alrededor.

—No me siento invisible. —Le echó una mirada al hueso de pavo —. ¿Acaso vos...?

—Sí —dijo Mihali—. Aplicar cualquier clase de hechicería constructiva directamente al cuerpo humano es una de las cosas más difíciles que puede lograr un Privilegiado. Por eso los sanadores son

tan escasos. Hace unos mil años deduje que la forma más sencilla de lanzar un hechizo a una persona era por medio de su estómago. —Mihali levantó una pata de pavo y le dio un mordisco. Una expresión repentina de preocupación le atravesó el rostro—. Mantengámoslo en secreto, ¿eh?

Taniel resopló.

—No se lo diré a nadie.

—Ah, gracias. —Mihali se terminó ruidosamente su pata de pavo y levantó otra de la parrilla—. ¿Le puedes llevar una a Ka-poel?

—¿La hará invisible? Y si yo ahora soy invisible, ¿cómo me verá? ¿O cómo es que vos me veis?

—Puedo verte porque soy un dios. Ka-poel podrá percibir dónde estás, y el hechizo no te acalla la voz.

—¿Y si estornudo?

—Eh —Mihali se dio unos golpecitos con pinza en el delantal, lo que dejó una mancha de grasa—. No lo hagas. El hechizo tiene sus desventajas. Está diseñado para anularse en cuanto te acerques a la esfera de influencia de Kresimir, por ejemplo. Sería perjudicial que Kresimir perciba mi intromisión.

Taniel se miró la mano. No se sentía invisible para nada.

—¿Cuánto tiempo necesitasteis para que se os ocurriera esto?

—Unos momentos.

—¿En serio?

Mihali levantó una ceja.

—No se nos llama dioses porque seamos los Privilegiados más poderosos necesariamente, aunque esa es una interpretación. Se nos llama dioses porque las cosas que obligan a una persona normal a esforzarse durante días, semanas o meses a nosotros solo nos demandan un pensamiento.

—Ah. Bueno, me voy.

—Espera. —Mihali extrajo un tazón de peltre, al parecer de la nada, y fue hasta la olla de sopa. Llenó el tazón hasta el borde con el cucharón y le puso una tapa—. Llévale esto a Ka-poel. La ayudará a dormir mientras tú no estés.

Taniel se volvió para irse, pero se quedó pensando.

—Adom… ¿Mihali?

—¿Mmm?

—¿La protegerá?

—Me parece que, después de que le diera mi sangre, soy yo quien necesita protección —dijo Mihali. Le guiñó un ojo—. Esa muchacha es como una tetera de cristal llena de pólvora. Muy frágil, pero con mucho potencial destructivo… —Se irguió y le hizo un saludo con el cucharón. Le cayó sopa por todo el delantal—. Nadie le hará daño.

—Gracias —dijo Taniel—. Ahora me iré a conseguir sangre de

vuestro hermano.

Capítulo 33

Tamas contemplaba a Olem cepillar su caballo mientras el campamento se organizaba para pasar la noche. Frente a él crepitaba una fogata hecha con maleza y ramitas de la pradera, en medio de un círculo de piedras. El sol aún refulgía en el cielo del oeste e iluminaba el altiplano con un brillante tono de rojos, naranjas y rosados.

Era el segundo día en el altiplano y ya se estaban quedando sin suministros. Habían masacrado miles de caballos keseños después de la batalla de hacía catorce días, pero solo habían podido llevarse una cantidad limitada. Tenían que racionar la poca comida que les quedaba. Medio kilo de carne por hombre al día no era mucho.

Tamas levantó la cabeza al oír un sonido que flotaba en el viento. Esperó algunos segundos y luego siguió mirando las llamas.

Sus exploradores aún no habían encontrado al misterioso ejército adrano, pero había muchas señales de su paso. Campos de judías vacíos, granjas quemadas. Muertos y moribundos, ancianos y enfermos, de los granjeros que quedaban en la Expansión del Norte. El altiplano ya era una tierra seca y agotada. El ejército que había pasado por allí hacía dos semanas había matado todo lo que había con vida.

Siguiendo sus órdenes, su ejército había cavado una trinchera de casi dos metros alrededor de todo el campamento. Era un trabajo extenuante, pero que lo colgaran si permitiría que en medio de la noche lo venciera un ejército al que no había visto venir. Algunos de sus soldados aún seguían cavando. El roce de palas contra piedras y tierra, las maldiciones de la infantería mientras trabajaba después de un largo día de marcha.

Tamas volvió a levantar la cabeza. ¿Qué era ese sonido? Inclinó la cabeza hacia un lado, intentando determinar de dónde provenía.

Nada.

¿Acaso los delivíes se habían puesto en su contra? El rey de Deliv había sido firme en la respuesta que había dado durante el verano,

cuando Tamas pidió aliados contra Kez. Había prometido permanecer completamente ajeno a la guerra.

—¿Puedo sentarme, mariscal de campo?

Tamas levantó la mirada. Las largas sombras lo confundieron por un momento, pero luego reconoció a Beon je Ipille. Le señaló el suelo desnudo del otro lado de la fogata. Beon se sentó con cautela en el suelo, cruzando las piernas debajo del cuerpo. El general keseño tenía los ojos hundidos y el rostro pálido. Era uno de los pocos oficiales keseños que Tamas había preservado como prisionero; los demás habían sido liberados bajo palabra.

—¿Cómo está vuestro brazo? —preguntó Tamas.

Beon se miró el brazo izquierdo, que colgaba de un cabestrillo.

—Está bien, gracias. Mi médico me dijo que el brazo no está roto, pero que perdí mucha sangre en la refriega. Debería recuperarme con el tiempo. ¿Vuestras heridas?

—Bien. —Tamas se pasó un par de dedos por las costillas, encogiéndose al llegar a las zonas más sensibles. No parecía que se le hubieran roto en la pelea con Gavril, pero sentía el cuerpo como si fuera un enorme hematoma. —Desearía haber traído conmigo al doctor Petrik cuando salí de Budwiel. Pero, claro, mis planes en ese momento eran muy diferentes de como resultaron las cosas.

Beon asintió con la cabeza mirando el fuego. Inspiró profundamente y abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Pasaron varios minutos hasta que finalmente habló.

—Yo recuerdo haber cruzado la Expansión del Norte a caballo una vez —dijo Beon—. Hará unos seis o siete años. Fui con una delegación a Deliv, junto a algunos de los Privilegiados de mi padre. Esta tierra estaba más verde, más poblada. —Beon sonrió con tristeza—. Las ciudades organizaron festivales en nuestro honor. Había miles de personas; granjeros felices, orgullosos.

”Ahora no puedo evitar preguntarme: ¿qué le sucedió a mi país? —Beon miró a su alrededor—. Durante los últimos dos días, vi incontables granjas abandonadas. Todos los campos de judías han desaparecido. La tierra está marrón, seca. Me llegaron informes de las sequías, tanto aquí como en el resto de los Nueve, pero no me imaginé que todo estaría tan mal.

”Fuera de eso, ¿dónde está toda mi gente? Esta mañana pasamos por delante de una granja. La cosecha (y había habido una cosecha, no me es tan distante que no pueda verlo) estaba pisoteada, y las estructuras de la granja eran restos quemados. Debo preguntárselo, mariscal de campo. ¿Habéis enviado a hombres en avanzadilla? ¿Estáis destruyendo estas tierras?

—La desolación que ves —dijo Tamas, con su orgullo herido ante la acusación— no fue causada por mis hombres. Lo juro.

—Entonces, deben de haber sido bandidos.

Tamas se preguntó cuánto debía contarle sobre sus sospechas.

—No lo creo.

Beon no pareció oírlo.

—Hace dos días —dijo—, pasé por delante de un anciano que montaba una mula de carga. Me rogó que corrigiera todos los males y que expulsara a los extranjeros adranos que estaban devastando nuestras tierras. —Beon hablaba con cuidado, como si estuviera probando las aguas antes de darse un chapuzón.

—Mis exploradores me dicen que ha pasado otro ejército por aquí —dijo Tamas—. Y la información que brindaron los pocos sirvientes que quedan en la zona sostiene que llevan uniformes adranos. Eso me llena de dudas, pues estoy completamente seguro de que no tengo hombres en el norte de Kez. —Beon le echó un vistazo a Tamas con la frente arrugada, como si estuviera determinando si Tamas le decía la verdad—. ¿Sabéis si vuestro padre envió legiones hacia el norte disfrazadas como adranos para escabullirse por Deliv y atravesar las montañas? —preguntó Tamas.

—No lo sé. Además, nuestros soldados no le harían esto a su propia tierra.

Tamas se preguntó por qué tenía Beon tanta estima por la moral de la infantería.

De pronto, Olem tomó su rifle y se acercó.

—Señor —dijo—, ¿oísteis eso?

Tamas hizo una pausa y prestó atención. Nada.

Espera. Allí. Parecía un grito. Muy distante. Se puso de pie. Cerca de allí, una leve elevación del terreno le sirvió como un mejor punto de observación. Tamas escudriñó el horizonte, intentando volver a oír el grito.

—Allí —dijo Olem señalando hacia el norte.

Había polvo elevándose del altiplano, una estela ondulante como la que generan múltiples jinetes al galope.

—Ensilla mi caballo —le dijo Tamas a Olem—. ¡Deprisa!

Tamas corrió por el campamento. A unos cientos de metros de su propia tienda, acampaban los magos de la pólvora, todos juntos. La mayoría estaba allí, con las piernas abiertas y sin las botas, hablando mientras se pasaban una botella que a saber dónde habían obtenido. Vlora se puso de pie cuando vio a Tamas.

—Andriya, Vlora —gritó Tamas—. ¡Conmigo! Los demás, dad la voz de alarma general. Hay jinetes en el horizonte, hacia el norte.

—¿Cuántos, señor? —preguntó Vlora mientras se dirigían al borde norte del campamento.

—Eso es lo que vamos a averiguar —dijo Tamas—. ¿Sabes dónde está Gavril?

—Explorando —respondió Andriya.

—¿Dónde?

—Por el norte, me parece.

—Diablos. Vosotros dos, conseguid caballos.

Olem le llevó a Tamas su caballo y su rifle. Él se lanzó sobre la silla de montar y se dirigió hacia el norte sin esperar a nadie más. Olem lo alcanzó rápido; aún no había desensillado su propio animal después del día de marcha.

—¿Qué está sucediendo, señor? —gritó Olem sobre el estrépito de los cascos de los caballos sobre la tierra polvorienta.

—Jinetes —dijo Tamas—. Muchísimos.

—¿Serán los exploradores de Gavril?

Tamas quería responder que sí, pero fijó la vista en la nube de polvo que se elevaba en la distancia. Se estaba haciendo más grande. Demasiado grande para menos de veinte caballos, y los exploradores de Gavril trabajaban en parejas.

Dejaron el campamento atrás y se dirigieron hacia el norte por el camino principal. Tamas miró sobre su hombro y vio que lo seguían más jinetes del campamento a unos pocos cientos de metros.

Buscó una carga de pólvora en el bolsillo, mientras su cuerpo se agitaba por el movimiento del caballo. Se la colocó directamente en la boca y mordió, y sintió el sabor amargo del azufre y el polvillo entre los dientes. Escupió el papel húmedo de la carga mientras el trance de pólvora le recorría las venas.

El suelo pasaba a toda velocidad por debajo de los cascos de su animal, y el horizonte pasó a verse con todo detalle. Encontró la nube de polvo y la siguió con la vista hasta su origen. Allí, a kilómetros de distancia, un único jinete.

Tamas frunció el ceño. ¿Solo uno? El jinete estaba tendido sobre el caballo, colgando de su cuello. A Tamas le pareció reconocerlo como uno de los exploradores de Gavril.

Unos momentos después, sobre una elevación del terreno que había detrás del explorador, aparecieron más jinetes.

Llevaban uniforme azul con ribetes plateado y los cascos cónicos con crin de caballo de los dragones adranos.

Tamas maldijo. ¿Dragones adranos? No podía ser. Si lo fueran, el explorador no estaría huyendo de ellos. Tamas miró a Olem, pero el guardaespaldas no llegaba a ver tan lejos.

—Dragones —le gritó—. ¡Persiguiendo a uno de nuestros exploradores! Llevan uniforme adrano, pero no son amigos.

Olem respondió espoleando con fuerza a su caballo.

Tamas bajó la cabeza y contó los golpes de los cascos a medida que acortaban la distancia entre ellos y el explorador. Mientras se acercaba, pudo discernir que los dragones se encontraban casi un

kilómetro detrás del hombre de Gavril, aproximadamente. El caballo del soldado echaba espumarajos y sacudía la cabeza. No duraría mucho más.

Tamas agitó la pistola para hacerle un gesto al explorador de que se detuviera. El caballo del sujeto se estremecía y se tambaleaba, y giraba los ojos cuando el explorador se detuvo junto a Tamas. Su rostro y la parte de adelante de su cuerpo estaban cubiertos de polvo, manchados y embarrados a causa de su transpiración.

—¿Dónde está Gavril? —preguntó Tamas enérgicamente.

El explorador jadeó, intentando hablar, y luego señaló con la mano detrás de él.

—Se... quedó... atrás... luchando... para que yo... escapara.

—¿Quiénes son esos?

—¡Keseños! Pensamos que eran aliados, pero se nos vinieron encima en el instante en el que Gavril habló en adrano.

Tamas se volvió hacia los dragones y los contó deprisa. Dieciséis. Agitaban sus carabinas en el aire y gritaban, y no mostraron señales de aminorar la marcha al ver a Tamas y a Olem. Estarían sobre ellos en minutos. Levantó la mano libre para estabilizar la pistola y cerró un ojo. Apretó el gatillo.

Contó los segundos mentalmente, concentrándose en la pólvora y manteniendo la bala en el aire mucho más allá de donde debería haber caído. Al mismo tiempo, sus manos enfundaron una pistola y extrajeron la otra.

“Uno. Dos. Tr...”. Un dragón que estaba cerca de la retaguardia cayó con un balazo certero en el ojo.

Tamas estabilizó su segunda pistola y disparó. Cayó otro dragón. Una vez más, en la retaguardia del grupo. Tamas no quería espantar a los dragones, y no parecía que hubieran notado la caída de sus camaradas.

—¡Olem! ¡Conmigo!

Tamas le clavó las espuelas al caballo. Enfundó su segunda pistola y desenvainó su sable de caballería pesada. Se sentía bien con ella en la mano, con su vieja empuñadura de cuero gastada pero fuerte.

Los dragones apuntaron sus carabinas a unos sesenta y cinco metros. Dispararon y Tamas oyó que una bala le pasaba silbando cerca de la oreja.

Atinarle a un único jinete desde la montura era difícil en las mejores circunstancias si uno no era un mago de la pólvora.

Echó el sable hacia atrás y miró al líder. Al sujeto le faltaba una oreja. Con un movimiento rápido, Desorejado guardó su carabina y blandió su espada recta de caballería.

Sosteniendo las riendas con una mano, Tamas buscó un puñado de balas en el bolsillo delantero de su uniforme.

Estudió la posición de la espada de Desorejado y les echó un vistazo a los siguientes dragones, todo en un par de segundos. Se inclinó hacia su derecha y levantó el sable.

Entonces se encontraron.

Tamas se deslizó hacia la izquierda sobre su silla de montar y esquivó por poco el ataque de la espada de Desorejado. Su sable de caballería atravesó carne blanda; los primeros siete centímetros de la hoja abrieron un tajo en el cuello de Desorejado. Tamas levantó una bala dentro del puño hasta que le quedó en la parte de arriba, la lanzó por el aire con un capirotazo del pulgar y quemó pólvora de una carga de reserva para enviarla al corazón del siguiente dragón. Continuó dando golpes con el sable, moviéndolo por encima de la cabeza de su caballo y esquivando una estocada de un dragón que tenía a la izquierda.

Lanzó otra bala por el aire y quemó pólvora, y la lanzó hacia la columna vertebral de Desorejado.

Volvió a cruzar el sable sobre la cabeza de su animal y tiró de las riendas. Un dragón de la retaguardia del grupo se inclinó hacia él con un ataque salvaje.

Tamas lo bloqueó. Volvió a bloquearlo.

El dragón era rápido y habilidoso. Tamas lanzó una bala por el aire y la envió al hombro del dragón. El sujeto dejó caer la espada y se cogió el brazo, y Tamas le atravesó el pecho con el sable.

Se volvió buscando al siguiente enemigo, y vio a dos de los dragones rindiéndose ante Olem. Hacia el sur, en la distancia, se veían nubes de humo de pólvora elevándose de dos siluetas, Vlora y Andriya. Tamas cabalgó hasta uno de los dragones que se habían rendido.

—¿Dónde está Gavril? —dijo en keseño. El dragón se lo quedó mirando—. ¿Dónde está Gavril? ¡Un hombre corpulento! ¿Dónde está?

El dragón meneó la cabeza.

—Diablos. —Tamas limpió su espada y la envainó—. ¡Olem, conmigo!

—Señor, mi caballo está herido. —Olem ya había desmontado. Su animal estaba asustado y le brotaba sangre de una herida por debajo del cuello.

—¡Entonces coge uno de los de ellos!

—Los prisioneros...

—¡Déjalos! ¡No perderé otro hermano en este condenado país!

Tamas continuó avanzando sin esperar respuesta. Un rato después miró sobre su hombro y vio a Olem y a los magos de la pólvora esforzándose por no quedarse atrás.

El sol se metió por el horizonte del oeste y bañó a Tamas con su luz crepuscular. Él continuó avanzando con el cálido aire nocturno

azotándole el pelo y la chaqueta, y secándole la sangre de las mejillas. Su caballo comenzó a tener problemas; respiraba con dificultad y fue aminorando la velocidad, a pesar del constante espoleo.

Tamas perdió de vista a Olem cuando la oscuridad se extendió sobre el altiplano. Sobre el sonido del viento, llegaron a sus oídos los espeluznantes aullidos de coyotes. Se le pasó el trance de pólvora, por lo que masticó otra carga para recuperarlo. El camino pasaba a toda velocidad con el golpeteo de los cascos.

No sabía cuán lejos o por cuánto tiempo había cabalgado cuando su caballo se tropezó. Él salió despedido de la montura, voló un par de metros por el aire y cayó con fuerza sobre su hombro.

Se puso de pie con dificultad. Silencio. No había nada en la noche. No se oían cascos de sus soldados siguiéndolo. No había señales de los dragones. Solo el jadeo desesperado de su caballo.

¿Dónde estaba Gavril? ¿Qué le había sucedido? Tamas se pasó una mano por el cabello, sucio y sudado. No tenía el sombrero; se le había volado a saber cuándo. Fue tropezando a examinar el caballo, con las piernas débiles por cabalgar demasiado tiempo y deprisa.

El animal estaba tendido de lado. Tenía la mirada descontrolada, echaba espumarajos y sangre por la nariz y por la comisura de la boca. Tamas parpadeó para evitar las lágrimas y trató de calmar a la bestia apoyándole una mano sobre el flanco. El caballo se retorció e intentó incorporarse, pero lanzó un alarido sobrecogedor.

El sonido le estremeció el alma a Tamas.

Se había roto una pata, el hueso le sobresalía por el lateral. Seguramente había pisado un agujero y se había tropezado por el agotamiento.

Tamas extrajo su pistola. La cargó despacio, con cuidado.

El disparo resonó por todo el altiplano.

Tamas recogió sus alforjas, sus municiones, sus pistolas y su rifle. Comenzó a caminar hacia el norte.

No sabía cuándo se había detenido. Solo sabía que de pronto se encontró de rodillas, mirándose las manos. Estaban en carne viva por las riendas. ¿Dónde estaban sus guantes de montar? Meneó la cabeza y pensó en ponerse de pie y seguir caminando.

En cambio, dejó caer la cabeza sobre las manos. Otro hermano. Había perdido a lo único que le quedaba de su familia, salvo, tal vez, por su hijo. Había vuelto a fallar.

Debería haberse detenido. Y haber interrogado a esos dragones keseños. Haber averiguado si Gavril siquiera seguía con vida, y dónde lo habían llevado. Cuántos dragones había en la compañía.

Sabía que se había portado como un imbécil al salir galopando así. Un imbécil desesperado, intentando salvar a su hermano. Solo.

Comenzó a llorar.

Las lágrimas estaban secas cuando oyó el sonido de cascos por el camino. Se acercaban a medio galope, desde el sur. Solo un caballo, a juzgar por cómo se oía.

—¿Tamas? —llamó una voz de mujer.

Vlora.

Ella volvió a gritar su nombre. Los cascos se acercaron y luego se detuvieron. El crujido de la grava, cuando ella saltó del caballo. Unas manos sobre sus hombros, agitándolo.

—Señor, por favor. Respondedme. ¡Tamas!

Tamas tomó una gran bocanada de aire y la contuvo durante algunos momentos antes de volver a soltarla.

—Aquí estoy. —Su propia voz lo sorprendió: era una mezcla de susurro y gruñido.

Sintió que se le colocaba algo en las manos. Bajó la mirada. Una cantimplora. Bebió un sorbo.

—Vuestro caballo...

—Se rompió una pata —dijo Tamas—. Tuve que matarlo.

—Lo sé. Lo vi. Unos tres kilómetros atrás. ¿Seguisteis caminando hasta aquí?

—Pobre criatura. Murió porque me negué a detenerme.

Vlora le apoyó la mano fría en la nuca.

—Bebed más.

—No pude encontrar a Gavril —dijo Tamas—. Lo intenté. No pude. Fallé otra vez. Otro hermano, muerto. El último. Yo... —Sintió que volvían a brotar lágrimas y se detuvo para respirar profundamente por un momento—. ¿Dónde está Olem?

—Su caballo perdió una herradura unos veinticinco kilómetros atrás.

—Veinticinco kilómetros...

Vlora le cogió el rostro con las manos y lo obligó a mirarla. Se preguntó qué vería ella en sus ojos en ese momento. ¿Un anciano doblegado, sucio a causa del camino?

—Tamas —dijo Vlora—, cabalgasteis casi sesenta y cinco kilómetros. Amanecerá en una hora.

Tamas parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos y levantó la mirada. Se sentía como si estuviera mirando un mundo diferente. La luna estaba en lo alto, las estrellas brillaban.

Ella lo estudió durante un rato. Podía notar que a él le quedaban poca pólvora y pocas municiones, y él lo sabía. Había dejado caer el rifle en algún momento. Pero no las pistolas. No las que Taniel le había dado. No, no las abandonaría por nada del mundo. Taniel, su muchacho, se las había dado.

Tamas se puso de pie con dificultad, permitiendo que Vlora lo ayudara a sostenerse. Miró hacia el norte. Sesenta y cinco kilómetros.

Ahora se encontraba en Deliv. Más cerca de Alvación que su propio ejército.

Una estupidez. Una condenada estupidez de su parte.

Vlora fue a su caballo y comenzó a descargar su montura.

—¿Qué estás haciendo?

—Acamparemos aquí —dijo Vlora.

—Tengo que regresar.

—No seáis imbécil, Tamas. El ejército nos alcanzará en dos días. Si seguís andando esta noche, cuando lleguemos a Alvación estaréis completamente inútil.

Ella tenía razón, por supuesto. Eso no hacía que a él le agradara.

Se irguió.

—Soy tu...

—Mi oficial al mando. Ya lo sé. Aquí hay un petate. Yo haré la primera guardia.

Tamas miró el petate que ella le había puesto en las manos, luego miró la luna y, finalmente, miró hacia el norte, donde, en algún lugar de la oscuridad, se encontraba Alvación, nada más pasar el altiplano.

—Otro hermano —se oyó decir a sí mismo—. Otro más.

Capítulo 34

Tamas no se despertó hasta el mediodía, cuando el calor del sol finalmente lo hizo salir de un sueño inquieto. Se incorporó de pronto, mirando estúpidamente el sombrero que tenía sobre el regazo. Lo levantó y lo giró. No era el suyo. Era demasiado pequeño.

Vlora. Ella ya no estaba, y Tamas se preguntó si su llegada de la noche anterior solo había sido un sueño febril.

—Fue a buscar agua para los caballos, señor.

Tamas miró detrás de él. Olem estaba sentado sobre una piedra, limpiando cuidadosamente su carabina. Tenía unas alforjas y cantimploras. Tamas se pasó la lengua por el interior de la boca. La sintió seca y caliente, y la lengua parecía quedarle dos tallas grande.

—Cantimplora —dijo Tamas. Olem le arrojó una y Tamas bebió ávidamente—. ¿Cuándo nos alcanzaste?

—Justo después del amanecer —dijo Olem. Miraba a Tamas de manera extraña. —No se os ve muy bien, señor.

Tamas se pasó una mano por lo que le quedaba del cabello y se tanteó con cuidado los puntos que tenía en el cuero cabelludo.

—Anoche perdí el sombrero.

—Ah. —Los ojos de Olem parecían decir "¿Cómo?, ¿no vamos a mencionar que anoche os fuisteis al galope como un demente? ¿Qué diablos os sucede?".

Tamas desvió la mirada.

—No hay mucha agua en este maldito altiplano.

—Durante la noche, atravesamos el lecho de un antiguo río —dijo Olem—. No pude distinguir si le quedaba algo en el fondo. Vlora fue a revisarlo.

Tamas se puso de pie y comenzó a caminar alrededor del campamento. Se sentía fatal. Tenía las piernas doloridas y con calambres (sobre todo la más débil), las ingles irritadas, el rostro quemado por el viento y las manos en carne viva. Tenía una gran

jaqueca por la falta de agua y de descanso. Cada vez que se detenía, no podía evitar mirar hacia el norte, en dirección a Alvación, y luego hacia el sur.

Vlora regresó una hora después con los caballos y dos bolsas de agua llenas. Durante la tarde, llegaron el resto de los magos de la pólvora y diez de los rifleros de Olem. No mucho tiempo después, los alcanzaron varios de los exploradores. Tamas los envió de inmediato a explorar hacia el norte.

Más tarde, ya cayendo la noche, Tamas vio unos jinetes sobre el horizonte del norte, a kilómetros de distancia. No se acercaron, pero Tamas veía que llevaban uniformes azules con ribete plateado. ¿Quiénes eran aquellos impostores? ¿Eran keseños, como él sospechaba?

El ejército alcanzó a Tamas ya cayendo la noche del día siguiente. Acamparon allí y lo primero que hizo él fue buscar a los dragones a los que se había enfrentado hacía dos días.

Quedaban tres. Estaban andrajosos; les habían confiscado los caballos, las armas, los suministros y los cascos. Tenían el rostro quemado por el sol. Uno de ellos cojeaba mucho, y la sangre seca que tenía en los pantalones daba a entender que se trataba de una herida reciente. A otro le faltaban dos dientes frontales.

Al tercero le faltaban las botas. Se había envuelto los pies con los restos ensangrentados de su chaqueta.

Uno de sus guardias señaló al hombre que tenía los pies envueltos. Su camiseta tenía manchas amarillas y marrones, por el sudor y la sangre. Tenía el pelo corto y castaño y patillas largas.

—Ese es el teniente —dijo el guardia—. Eso decía su chaqueta, antes de que él la rasgara.

—¿Dónde están sus botas? —preguntó Tamas.

—Se las quitamos —dijo el guardia—. Para intentar hacerlo hablar.

Tamas suspiró.

—Ve a buscarlas. No es forma de tratar a un oficial, aunque sea un prisionero de guerra. —Se volvió hacia el teniente y le habló en keseño—. ¿Cuál es tu nombre?

El hombre miró más allá de Tamas.

—Dime tu nombre y te devolveré las botas.

—¿Qué? —dijo el hombre un acento adrano muy marcado—. No hablo keseño.

Tamas puso los ojos en blanco.

—Sé que eres un oficial de Kez. Sigue fingiendo ser adrano y te haré fusilar por desertor. —Se inclinó hacia delante—. Hay cosas que les puedo hacer a mis hombres que no puedo hacerle a un prisionero de guerra.

Los ojos del sujeto se posaron por un momento en Tamas. Se

encogió.

—Teniente Mernoble —dijo—. Del Treinta y Cuatro de los Dragones del Rey.

—¿Qué estáis haciendo aquí, Mernoble? —preguntó Tamas—. Estamos en Deliv.

—No estábamos en Deliv cuando nos atrapasteis —dijo Mernoble.

—Llegasteis desde el norte. Lo único que había hacia el norte en ese momento era Deliv.

Mernoble volvió a posar la mirada en el punto que había sobre el hombro de Tamas y no respondió. Unos momentos después, el guardia regresó con las botas de Mernoble. Tamas las cogió y se las entregó.

Mernoble tomó las botas.

—¿Dais vuestro permiso?

Tamas asintió con la cabeza.

Mernoble se sentó en el suelo y se desenvolvió los pies con cuidado. Tamas se encogió al verlos. El teniente tenía las medias rotas y empapadas de sangre, y los pies en carne viva. Parecía que había caminado kilómetros y kilómetros sin botas. Se las puso con cuidado, sin poder evitar lanzar un gemido cuando volvió a ponerse de pie.

—¿Os ha dado agua? —preguntó Tamas. Cuando el guardia no respondió, Tamas se volvió hacia él. —¿Y bien? ¿Agua?, ¿comida?

El guardia meneó la cabeza.

—Maldición, hombre, ve a buscarles comida. Son soldados, igual que tú. —El guardia se fue corriendo—. Ha ido a buscaros comida —dijo en keseño. Mernoble le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza—. ¿Por qué estabais en Deliv? —volvió a preguntar.

Mernoble inspiró profundamente y volvió a mirar más allá de Tamas.

Tamas hizo una mueca.

—¿Sabes quién soy?

El sujeto meneó la cabeza.

—Soy el mariscal de campo Tamas.

Mernoble tragó saliva. Mucha saliva.

—Ven conmigo —dijo Tamas. A otro de los guardias le preguntó—: ¿Dónde está la tienda del general Beon?

—¿Estáis seguro de que eso es sensato, señor? —El guardia parecía confundido.

—¿A qué te refieres? ¿Dónde está la tienda del general?

—Allí.

Tamas atravesó el campamento hasta que encontró a Beon sentado junto a una fogata hecha con ramitas y excrementos de caballo secos. El general se puso de pie con dificultad al ver a Tamas. Al ver a los prisioneros, entrecerró los ojos.

—General Beon —dijo Tamas—. Por vuestra actitud, entiendo que

os interesaría mucho saber quién ha estado incendiando, robando y violando todo a su paso por las granjas de judías del altiplano.

—Así es —dijo Beon. Hablaba con un tono gélido—. De hecho, lo descubrí anoche. Estos hombres son oficiales keseños disfrazados de adranos. —Miró los pies de Mernoble—. ¿Quién le ha devuelto las botas a este hombre?

Tamas miró a Beon y luego a Mernoble. El teniente tenía los ojos muy abiertos por el miedo, y de pronto Tamas entendió lo que había sucedido. Había sido Beon quien había ordenado que le quitaran las botas a Mernoble. Probablemente, había ordenado que al teniente no se le diera nada de comer. Los hombres del propio Tamas habrían estado completamente de acuerdo.

—Fui yo.

—Exijo que se le quiten las botas a este hombre y que organice un pelotón de fusilamiento. Quiero a estos hombres ejecutados mañana por la mañana por crímenes contra el pueblo de Kez.

Tamas se tragó una respuesta. No recibiría órdenes de un prisionero, por mucho que respetara a Beon. En cambio, se volvió hacia Mernoble.

—Parece que es hora de que des explicaciones, teniente.

A Mernoble le temblaban las manos.

—¿Qué queréis saber?

—Todo —dijo Beon. Tenía una actitud realmente imponente para ser tan joven.

Tamas le apoyó una mano en el hombro a Mernoble.

—Primero, dime dónde está Gavril. Un hombre muy grande. Fue capturado por tu unidad hace dos días, antes de que persiguierais a mi explorador hasta mi campamento.

—Se lo llevaron a Alvación —dijo Mernoble.

—¿Vivo?

—Sí.

Tamas dejó escapar un leve suspiro. Eso era lo primero que necesitaba saber. Ahora quedaba averiguar el resto.

—¿Eso es todo, señor?

—No. Comienza con tu brigada —dijo Tamas.

—Soy miembro del Pelotón Treinta y Cuatro de Dragones, agregado a la Brigada Diecinueve del Gran Ejército de Su Majestad —dijo Mernoble—. Nos enviaron al norte...

—¿A quiénes? —preguntó Tamas—. ¿Cuántos?

—Dos brigadas. La Diecinueve y la Veinticuatro. Nos enviaron al norte hace casi dos meses con el objetivo de capturar la ciudad de Alvación.

—¿Con qué propósito? —preguntó Tamas. Esa era su oportunidad de hacer preguntas. Aquel hombre podía llegar a cerrar el pico cuando

se diera cuenta de lo beneficiosas que eran sus respuestas para el enemigo.

—Para poder asediar a la Guardia de la Montaña que está sobre Alvación. Debíamos tomar Alvación, luego la Guardia de la Montaña, atravesar los Leños Calcinados y descender a Adro.

—¿Y los uniformes? —preguntó Tamas.

—Una estratagema. Para que los delivíes pensaran que un ejército adrano había saqueado Alvación.

Tamas sintió que se le atragantaba el aliento. Si los keseños atacaban Deliv haciéndose pasar por adranos, podían lograr que Deliv entrara en la guerra del lado de Kez.

—¿Tuvisteis éxito?

Mernoble miró a Beon, pero solo obtuvo una mirada gélida como respuesta.

—Tomamos Alvación —dijo—. Hace unos diez días. El comandante de la Guardia de la Montaña se dio cuenta de los disfraces, por lo que aún no pudimos entrar en Adro. La Guardia de la Montaña está sitiada.

—¿Cómo explicas esta forma de tratar a mi pueblo, teniente? —preguntó Beon—. A *nuestro* pueblo.

—No estoy orgulloso, señor —dijo Mernoble bajando la mirada—. Cuando dejamos el Gran Ejército, nos ordenaron viajar ligeros y a toda prisa. Vivir de la tierra, con una caravana de suministros limitada. Reclutar según fuera necesario. La orden provino de Su Majestad. Cuando encontramos a los exploradores adranos, estábamos en una misión de exploración, buscando más comida y más reclutas.

—¿Mi padre aprobó este comportamiento? —Beon rugió la pregunta.

Mernoble asintió con la cabeza.

—¿Quién es el general a cargo de la Diecinueve?

—Era el mariscal de campo... digo, el general Tine —dijo Mernoble.

General, después de ser degradado por su fracaso ante la Guardia de la Montaña del Pico del Sur.

—¿Era? —preguntó Tamas. Tine era un comandante eficiente pero pragmático y a menudo despreocupado por la vida de sus hombres. A Tamas no le habría sorprendido verlo actuar de esa manera.

—Fue colgado, señor. Por traición.

—¿Colgado? —dijo Beon.

—Eso es lo que oí, señor. Y vi el cuerpo. La semana pasada.

—Era un general —dijo Tamas—. El propio Ipille debió de dar la orden.

Se alejó un momento y tomó una gran bocanada de aire nocturno. Aquello era extraño. Muy extraño. Ipille era un tirano, pero no era

ningún idiota. No habría querido provocar la guerra con Deliv.

Tamas regresó al grupo.

—¿Quién diablos podría convencer a Ipille de que atacar Alvación es una buena idea?

—No lo sé, señor, yo...

—¿Sí?

—Bueno, no estoy al tanto de esa información, pero oí rumores.

—Continúa.

—Fue el Privilegiado.

—¿Qué Privilegiado? —Tamas sintió que se le erizaba el cabello. La mayor parte de la Camarilla de Kez había muerto en el Pico del Sur, o eso le habían dicho a él.

—Según los rumores, vino de Adro. El enviado de Su Majestad. Solo le llevó dos días convencer a Su Majestad de atacar Deliv.

Tamas sintió una desesperación repentina y le apoyó las manos en los hombros a Mernoble.

—Su nombre, maldición. ¿Cuál es su nombre?

—Es el mismo que colgó al mariscal de campo Tine. El que se encuentra en Alvación en este momento.

—Dime su condenado nombre.

—El duque Nikslaus, señor.

Adamat iba y venía por su sala de estar, intentando decidir qué hacer con su familia.

Regresar a Adopest les había llevado cuatro días de duro trayecto. No había visto a Ricard desde aquella tarde en la que él había visto los barcos de la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla bajando por el sistema de esclusas del canal. Ricard había insistido en continuar el viaje para averiguar qué demonios estaba sucediendo, mientras que Adamat había regresado a Adopest con su familia de inmediato.

Adamat temía que Ricard hubiera sido capturado.

Intentó recordarse que tenía muy poca información para tomar decisiones fundamentadas. Tal vez había algún otro factor que explicara la presencia de los barcos de la Sociedad Mercantil. Pero su mente regresaba una y otra vez a lo mismo: Brudania había invadido Adro.

Era como si todas las pesadillas de Adamat se estuvieran haciendo realidad. Claremonte estaba llevando a Adopest el poderío de la flota de la Sociedad Mercantil. Con todo el ejército atrapado contra Kez en el sur de Adro, la ciudad capital estaba completamente indefensa. El propio Ricard había obligado a la Guardia de la Montaña a quedar fuera de la defensa del canal. No había absolutamente nada que pudiera evitar que Claremonte navegara por el río Ad y tomara la ciudad.

¿Durante cuánto tiempo había planeado Claremonte todo aquello? Debía de haber capturado en silencio el sistema de esclusas semanas atrás, y seguramente sobornó a la marina deliví para que le permitiera navegar desde el océano hasta el canal.

¿Qué quería hacer Claremonte con Adro? ¿Conquistarla? ¿Quería sus recursos? ¿Acaso la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla estaba bajo las órdenes de los keseños? ¿O estaba operando por su cuenta? A Adamat le pareció que la última opción, de alguna manera, era más aterradora que la primera. Si tanto Brudania como Kez deseaban conquistar Adro, Adopest quedaría hecha pedazos entre ellas.

Tenía que sacar a su familia de la ciudad. ¿Quién sabía qué era capaz de hacer un ejército de ocupación?

Pero ¿adónde podían ir?

Estaban atrapados. Un ejército hacia el sur, uno hacia el norte.

Podía enviarlos a Novi. Adamat no conocía a nadie en Novi. Tal vez podría...

Alguien llamó a la puerta. Adamat cogió la pistola de su escritorio y bebió un sorbo de vino antes de ir hasta el vestíbulo.

—Quédate arriba —dijo cuando vio a Astrit mirando con curiosidad desde lo alto de la escalera.

Abrió la puerta y se encontró con un sirviente. Adamat lo reconoció, aunque nunca había oído su nombre. Uno de los de Ricard.

—¿Inspector Adamat? —preguntó el sirviente.

—¿Sí? —dijo Adamat con cautela.

—El señor Tumblar solicita vuestra presencia en la sede de los Guerreros, señor. Un carruaje lo espera.

—¿Ya ha vuelto?

—Llegó hace menos de una hora, señor.

¿Podía tratarse de una trampa? ¿Había agentes de lord Claremonte allí, esperándolo para matarlo cuando se dejara ver? ¿O era una paranoia de Adamat?

—¿Dijo algo más?

—No, señor. Solo solicitó vuestra presencia.

—Iré en un momento.

Adamat salió al jardín trasero, donde Faye estaba sentada sola con un libro. El sol brillaba por entre los tejados, y Faye tenía la cabeza echada hacia atrás, con el rostro hacia la luz y el libro sobre el regazo.

—Amor —dijo Adamat en voz baja.

Faye se sobresaltó. El libro se le cayó del regazo y ella se llevó una mano al pecho.

—No te me aparezcas así —dijo ella—. ¿Había alguien en la puerta?

Adamat recogió el libro y se lo entregó.

—Sí. Un mensajero, de parte de Ricard. Pidió verme.

—¿Y bien?

—Quiero que vayas a Novi —dijo él.

—No lo haré.

—Por favor, no más discusiones. —Se habían peleado durante todo el viaje de regreso desde el norte sobre lo que ella y los niños debían hacer. Ella quería quedarse en la ciudad. Él quería que ella se fuera—. Estarás más segura en Novi.

—¿Igual de segura que en Offendale? —preguntó, molesta.

—Faye...

—No uses ese tono conmigo —respondió ella—. Nos quedamos juntos. Se acabó lo de enviarnos lejos por nuestro propio bien. Los niños y yo no nos vamos a ningún lado.

Adamat abrió la boca para protestar, pero no se le ocurrió nada que decir. No iba a ganar, lo sabía, pero igualmente quería pelear. ¿No entendía que era mejor para ella estar en algún lugar seguro?

Adamat se inclinó hacia delante y le dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—Iré a ver qué tiene que decirme Ricard.

Capítulo 35

Taniel cruzó en medio de la oscuridad la tierra de nadie que había entre los ejércitos adrano y keseño.

Supuso que podría haberlo hecho durante el día. Se había paseado por el campamento adrano sin ser visto solo para probar el hechizo de Mihali. Funcionaba. Pero una fuerte duda en su interior le impedía confiar por completo en Mihali.

Llegó justo después de la medianoche. Había centinelas apostados a poco menos de un kilómetro del campamento keseño. Si los keseños funcionaban siquiera remotamente parecido al ejército adrano, muchos de los centinelas serían Dotados, hombres que podían ver en la oscuridad u oír hasta el más mínimo susurro, y que tenían el tercer ojo. Taniel había olvidado preguntar si el hechizo contrarrestaba al tercer ojo.

O si él hacía ruido al caminar.

Se detuvo a unos treinta metros del centinela más cercano y se vertió un poco de pólvora negra sobre el dorso de la mano. Una larga inspiración y la pólvora desapareció.

Taniel se limpió la nariz y se puso de cuclillas en el lecho de un arroyo poco profundo. En el valle no contaba casi con lugares donde ponerse a cubierto. La poca maleza del lugar había sido arrancada por el campamento adrano para quemar o para hacer sitio para las tiendas, o tan solo porque los soldados se aburrían. Taniel percibió el olor de una letrina que habían cavado cerca de allí.

Midió el espacio que había entre los dos centinelas más cercanos. Unos cuarenta metros, más o menos. Se dirigió allí.

Una rama se partió bajo el pie de Taniel, y uno de los centinelas se volvió hacia él.

—¡Contraseña! —dijo el centinela en keseño.

El sujeto esperó unos momentos. Entrecerró los ojos mirando la oscuridad, el cañón de su mosquete tembló.

—¿Powell? —llamó—. ¡Powell!

—¿Eh?

La respuesta provino desde menos de tres metros de distancia de Taniel. Él sintió el corazón latiéndole en la garganta.

—¿Ves a alguien por allí?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? Habría dado la voz de alarma.

—Me pareció oír algo. Podría haber sido un espía.

—Idiota. Si es un espía, ahora sabe que estoy aquí.

—Ah. —El primer centinela pareció satisfecho consigo mismo—. Entonces lo hemos espantado, ¿no?

—Por Kresimir, si serás imbécil. Solo observa la noche.

Taniel esquivó el lugar de donde había provenido la voz. Aun con su vista de Marcado, no llegaba a distinguir ninguna figura en la oscuridad. El centinela debía de ser muy bueno ocultándose.

Taniel pasó por delante de unos cuantos centinelas más sin incidente alguno, y de pronto se encontró en el corazón del campamento keseño. No sabía cuándo terminaría el hechizo de invisibilidad de Mihali, así que hizo todo lo posible por mantenerse agachado mientras avanzaba por el campamento.

El lugar estaba desierto. En el campamento adrano siempre había alguien despierto. Hombres contando historias o mujeres lavando ropa, sin importar la hora. Las fogatas ardían durante casi toda la noche, y siempre se oía un murmullo de voces. Pero el campamento keseño...

Las tiendas se encontraban en hileras perfectas, lo que le brindó a Taniel una buena vista de cada pasillo. No vio un alma durante cinco minutos, hasta que finalmente divisó un pelotón de guardias. Marchaban a paso ligero por el centro del campamento con la mirada fija hacia delante y el mosquete sobre la cabeza. Parecían estar recibiendo un castigo más que haciendo guardia.

Taniel esquivó las pocas patrullas que había y avanzó hacia la parte trasera del campamento. No fue difícil encontrar su objetivo.

La tienda de mando era tan grande como un edificio administrativo de la ciudad, y estaba compuesto por varias tiendas más pequeñas. Había guardias apostados a intervalos regulares, todo alrededor del complejo. Se veía luz a través de las paredes de las tiendas, y con su oído de Marcado, Taniel llegó a oír las voces de una discusión acalorada, aunque no llegó a entender lo que se decía.

Había alguien despierto. Eso le servía a Taniel.

Se puso en cuclillas detrás de una tienda de soldados y observó la entrada principal. No necesitaba nada especial. Solo a alguien que supiera moverse por el campamento. Un oficial de alto rango sería lo mejor.

Enseguida la discusión llegó a su fin. Cinco minutos después, unos oficiales comenzaron a salir de la tienda.

Taniel los observó irse, fijándose en qué dirección se alejaban.

Un mayor. Otro mayor. Un coronel, bien. Un general. Mejor aún.

Se acomodó en su escondite, listo para seguir al general desde lejos, cuando otra persona le llamó la atención.

Taniel reconoció al hombre. El mariscal de campo Goutlit, el reemplazo de Tine. Tamas siempre había dicho que Goutlit era un burócrata competente, un hombre que consideraba que las bajas solo eran un número y que no tenía problemas en enviar a diez mil hombres a la muerte si eso le daba incluso una victoria trivial.

Goutlit se dirigió de inmediato hacia el sur, en dirección a la parte trasera del campamento. Uno de los guardias se separó de la tienda de mando y lo siguió.

Taniel hizo lo mismo.

Los aposentos de Goutlit eran la casa de una granja ubicada a menos de cien metros de la tienda de mando. El mariscal de campo entró a la casa mientras que el guardia quedó apostado junto a la puerta de entrada.

Taniel dio una vuelta alrededor de la casa. Dos ventanas, con los postigos bien cerrados. Solo una puerta, la de entrada.

Se apoyó contra la pared de la casa y regresó a la parte delantera. Le colocó una mano sobre la boca al guardia y le clavó un cuchillo entre las costillas, en el pulmón izquierdo, y eso fue suficiente para evitar que el sujeto hiciera ruido. Taniel le extrajo el cuchillo y se lo clavó en el corazón, luego bajó el cuerpo lentamente hasta el suelo.

—Pouli —llamó Goutlit desde dentro—. Ven aquí.

La puerta crujió al abrirse. La casa estaba a oscuras, salvo por una luz que provenía de la otra habitación que había.

—Pouli —dijo Goutlit desde la otra habitación—. No me trajeron la muchacha que pedí. Los condenados intendentes no pueden hacer una cosa bien. Ve a buscarla ya mismo. Es tarde, quiero estar durmiendo en media hora. —Taniel agarró al guardia muerto por el cinturón y lo arrastró hacia adentro, luego cerró la puerta—. He dicho ya mismo, soldado. Si debo...

Goutlit salió de su habitación llevando un farol. Era un hombre de calvicie avanzada y de mediana estatura, con hombros cuadrados y mirada penetrante. Se había quitado la chaqueta y meneaba la cabeza, en medio de un evidente ataque de ira. Se quedó paralizado cuando vio el cuerpo de su guardia.

Taniel se le echó encima de inmediato, con el cuchillo ensangrentado en una mano, mientras le tapaba la boca con la otra mano para acallar su grito entrecortado.

—Shh —dijo Taniel—. Callaos u os arranco el corazón. —Movió el

cuchillo en el aire, frente a los ojos de Goutlit—. Así son las cosas: si lanzáis un grito, os mato. Si tratáis de huir, os mato. Soy más rápido y más fuerte que vos, y no vacilaré. ¿Entendéis?

—Solo hablo keseño —susurró Goutlit desde detrás de la mano de Taniel.

—No me mintáis. Os conocí hace años en un baile organizado por Manhouch, y entonces hablabais adrano sin problemas. Ahora decidme, ¿me habéis entendido?

Goutlit inspiró con fuerza.

—Sí.

Taniel se alejó de Goutlit, pero lo observó con cuidado por el rabillo del ojo. Miró hacia afuera por la puerta. No sonaba la alarma. Nadie sospechó que el guardia no estuviera en su puesto. Se acercó al cadáver.

—¿Podéis verme?

—¿Qué? —dijo Goutlit—. Por supuesto.

Entonces la invisibilidad de Mihali ya había terminado sin lugar a duda.

Goutlit se dejó caer lentamente en una silla.

—¿Quién eres tú? —preguntó en adrano—. ¿Has venido a matarme? Tengo dinero. Puedo hacerte rico.

—No me interesa vuestro dinero —dijo Taniel—. No os mataré si cooperáis.

Taniel recordó los comentarios que su padre había hecho sobre Goutlit: no era un hombre valiente. Su fortaleza era la aritmética. Se mantenía lo más alejado posible de las batallas, y solo atacaba a un enemigo cuando tenía una amplia superioridad numérica.

—No traicionaré a mi país —dijo Goutlit levantando la barbilla.

Taniel dejó al guardia muerto y saltó sobre Goutlit. El hombre dejó escapar un gemido agudo e intentó aferrarse a la silla.

—Si no me ayudáis, acabaré con vuestra vida tan rápido como vos mataríais un ratón en vuestra despensa.

Otro gemido.

—No necesitáis traicionar nada —continuó Taniel—. Nunca nadie dudará de vuestra lealtad. Aunque quizás os convenga inventar algún motivo por el que Pouli terminó muerto. —Taniel dejó en la silla a Goutlit, que olía levemente a orina, y terminó de quitarle las botas, los pantalones y la chaqueta a Pouli. Le quedarían un poco grandes, pero tendría que arreglárselas con eso—. Habladme de Kresimir.

Goutlit permaneció en silencio.

—El dios que vive en vuestro campamento —dijo Taniel bruscamente—. ¿Dónde está?

—Está viviendo en el viejo castillo. Más o menos a un kilómetro y medio de aquí, hacia el sur. Estaba en Budwiel, viviendo en la

mansión del alcalde, pero hace dos días fue destruida por hechicería adrana.

Taniel lanzó una risita.

—Conque hechicería adrana, ¿eh? ¿Eso cree el Estado Mayor?

Goutlit se humedeció los labios. Eso fue respuesta suficiente.

—¿Entonces está en el Castillo Intermedio?

—Sí, ese —dijo Goutlit.

—¿Guardias?

—Prielight.

Guardias de élite de la Iglesia Kresim. Hasta donde Taniel sabía, la Iglesia no había hecho una proclama pública sobre la guerra. Pero parecía que estaban listos para defender a su dios.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

—¿Dentro o fuera?

—Ambas cosas.

—¿Kresimir viene al campamento en algún momento?

Goutlit meneó la cabeza.

—Nunca. Siempre vamos nosotros.

—¿Es cierto que usa una máscara que no tiene ojo derecho?

—Sí.

Taniel se pasó la lengua por los dientes. Interesante.

—¿Quién eres tú? —preguntó Goutlit mientras Taniel se ponía los pantalones del guardia.

Taniel se ajustó el cinturón.

—Cambiaos los pantalones. Huelen a pis. Y buscad vuestra chaqueta.

A Goutlit le temblaban las manos mientras se cambiaba. Taniel lo observó para asegurarse de que el sujeto no intentara escabullirse por una ventana.

Taniel divisó el minibar que había en un rincón. Fue hasta allí y encontró una botella de whisky Starlish. Sirvió un poco y le ofreció el vaso a Goutlit.

El mariscal de campo keseño se lo bebió en dos grandes tragos, luego se inclinó tosiendo. Taniel se encogió y prestó atención para ver si se oían voces fuera de la casa. Nada.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó Goutlit.

—¿Quién?

—El ojo detrás de la llave de chispa. Taniel Dos Tiros.

Taniel sintió que se le enfriaba el pecho. Bien. Los rumores que Mihali había oído eran ciertos. Kresimir lo estaba buscando.

—Vamos —dijo Taniel, poniéndose el mosquete del guardia al hombro—. Recordad: cualquier movimiento en falso y sois hombre muerto.

Goutlit se enderezó la chaqueta. El whisky parecía haberle dado algo de valor.

—¿Qué quieres de mí?

Taniel abrió la puerta de entrada. Según Mihali, el dios tosía sangre por las noches.

—Me ayudaréis a robar las sábanas de Kresimir.

Capítulo 36

—¿Estáis seguro de que esto es algo sensato, señor? —preguntó Olem —. Estamos demasiado cerca de la ciudad.

Tamas contempló Alvación a través de su catalejo. Era una ciudad sin murallas; se extendía a lo largo de la orilla norte de un río poco profundo que provenía desde el noreste y zigzagueaba por la Expansión del Norte. La mayoría de los edificios eran de dos o tres pisos, con tejas de piedra y les brotaba humo por la chimenea. Era una de las principales intersecciones entre el Gran Camino del Norte y el paso de los Leños Calcinados, una carretera de peaje de la Guardia de la Montaña que permitía el comercio hacia Adro pasando los Leños Calcinados.

Tamas supuso que Alvación albergaba a unas cien mil almas. No era una gran ciudad como las que había en el sur de Kez o en la costa de Deliv, pero de ningún modo se la podía considerar pequeña.

—No, no del todo —respondió.

Olem estaba tendido junto a Tamas. Vlora estaba a su izquierda. Detrás de él, el resto de sus magos de la pólvora montaba el campamento en una granja abandonada mientras Tomas, Olem y Vlora observaban la ciudad desde unos cinco kilómetros de distancia, agazapados en un canal de riego seco.

Una granja abandonada. Tan cerca de la ciudad. Sin duda, algo iba mal allí.

—No veo señales del ejército keseño —dijo Olem.

—Allí. —Vlora señaló con el dedo—. ¿Ves el lugar donde el paso de los Leños Calcinados llega a la ciudad desde el oeste? Desde allí, un poco más hacia el este. Uniformes azul y plateado. Los impostores keseños. —Vlora estaba en un trance de pólvora, al igual que el propio Tamas. Ambos podían ver más lejos y con más claridad que Olem.

Tamas recorrió el lugar con la mirada hasta que encontró el punto que ella había indicado. Un grupo de unos cincuenta soldados

avanzaba por entre los puestos de un mercado al aire libre, señalando con el dedo y gritando. Tenían varios carros grandes y los iban llenando con mercadería de los puestos.

—Nikslaus está desangrando a la ciudad —dijo Tamas—. Envía a sus hombres a recaudar impuestos.

Recorrió el exterior de la ciudad con el catalejo, y luego observó el lugar donde la ciudad se encontraba con el paso de los Leños Calcinados. Entrecerró los ojos para distinguir lo que había dentro de las largas sombras que producía el sol de la tarde. Había hombres allí. Más soldados. También había barriles, carros y caballos.

—Percibo mucha pólvora en la ciudad —dijo Vlora.

—Hay un ejército acampando allí.

—Más de lo normal.

Tamas no sabía qué podría significar. Tal vez los delivíes habían estado acumulando pólvora para prepararse para la guerra contra Kez o contra Adro.

—Interesante.

—Mirad la base de la montaña —dijo Vlora—. Parece ser su centro de operaciones para asediar a la Guardia de la Montaña.

—Lo veo —dijo Tamas.

—¿Dónde diablos está el ejército deliví? —preguntó Olem.

Tamas siguió estudiando la ciudad. Aquella era una pregunta que él mismo se había hecho un par de veces.

—Tal vez en este momento el rey Sulem esté reuniendo un ejército. O Nikslaus tomó tan rápido la ciudad que a Sulem aún no le han llegado las noticias. —Esa era una posibilidad que él no quería considerar. Deliv tenía una orgullosa historia de contar con un ejército veloz y eficiente, aun si el actual estaba bastante desfasado—. Lo más probable es que Nikslaus planee cruzar las montañas antes de que Sulem llegue a reaccionar. Entonces podrá inculpar al ejército adrano y hacer que Deliv entre en la guerra.

—Están ocupando la ciudad, señor —dijo Olem—. La gente *tiene* que saber que se trata de soldados keseños disfrazados. —Se mordió las uñas; lo había estado haciendo desde que se fumó su último cigarrillo.

—No lo sé —dijo Tamas—. Nikslaus no es idiota. Pensará en algo.

—¿Deberíamos hacer avanzar al ejército? ¿Ordenar el ataque? —preguntó Olem—. Si nos posicionamos durante la noche, podríamos obligarlos a luchar con el sol de frente.

—Si es que no saben ya que estamos aquí. —Tamas maldijo en voz baja—. Recuerda que tienen a Gavril. —La ciudad no tenía murallas, lo que hacía que fuera más fácil de tomar sin artillería, pero los keseños estaban atrincherados. Tenían todos los suministros y conocían el terreno. Una guerra urbana desataría un caos.

—Señor —dijo Vlora—. Observad el campanario de la iglesia que hay cerca del centro de la ciudad. —Tamas buscó con el catalejo hasta que encontró la iglesia—. Sobre el campanario.

Tamas inspiró con fuerza. Por encima del campanario de una vieja iglesia Kresim de piedra colgaban decenas de cuerpos. Hombres, mujeres, keseños y delivíes. Niños. A Tamas se le revolvió el estómago y, por un instante, el rostro muerto de Sabon se le apareció frente a él.

—Maldito Nikslaus —dijo.

—¿Regresamos, señor?

—¿Regresar?

—Al ejército. Tendremos que pensar en algo para poder tomar a los keseños por sorpresa.

Tamas volvió a contemplar el campanario, y luego miró la ciudad completa. Pasó la mirada por la parte superior de los edificios, considerando ángulos de ataque. Tendría que acercar a sus hombres a la ciudad al amparo de la noche, luego cruzar el río y atrapar a cuanto keseño pudieran encontrar al descubierto.

En esa situación, lo mejor que podía llegar a darse, aun si los delivíes se alzaban y se aliaban con Tamas, era una guerra urbana que duraría semanas. No podía permitírselo, no con treinta mil soldados de infantería keseña aún persiguiéndolo desde el sur.

—Felicitaciones, Olem. Acabas de ser ascendido a coronel.

—¿Señor? —Olem estaba boquiabierto.

—Necesito a alguien que regrese y les dé órdenes a la Séptima y a la Novena, y no obedecerán a un capitán.

—Pero, señor, ¿y los otros rangos?

—Creo que podemos saltarnos lo de “mayor” y todo eso.

—Gracias, señor, pero yo creo...

Tamas levantó una mano para interrumpir las protestas.

—Tengo cosas que hacer, Olem. Primero —dijo Tamas cerrando el catalejo— iré a buscar a Gavril y lo liberaré. Tengo una vieja amiga en la ciudad que tal vez me ayude. Luego mataré a Nikslaus. Entonces, y solo entonces, entraremos en combate.

Nila estaba sentada junto a la cama de Jakob oyendo los ronquidos suaves del niño. Su pecho subía y bajaba lentamente, su rostro se veía sereno. A ella le recordaba a los angelitos que una vez había visto pintados en el techo de una iglesia. Desde la ventana le llegaba el sonido de un carruaje traqueteando sobre los adoquines.

Se habían mudado del apartamento de Bo, en el distrito industrial, a una pequeña casa situada en una de las áreas de moda de Alto Talian, en el noroeste de Adopest. Por lo que había dicho Bo, tenía varias de esas “casas seguras” dispersas por la ciudad. En algún momento ella se había preguntado de dónde había sacado él el dinero,

pero luego recordó que él era miembro de la camarilla real adrana.

A veces era fácil olvidarlo. Los Privilegiados de las camarillas eran conocidos por su crueldad y por su poder. No por su humor agradable, su coqueteo y su generosidad silenciosa.

Pero él se iría al día siguiente. Había dicho que se iba hacia el sur, a rescatar a Taniel Dos Tiros.

Nila volvería a estar sola, la única protectora del niño que dormía frente a ella. ¿Qué haría con él? ¿Ir a Fatrasta? ¿A Novi? ¿Vivir la vida tranquila de una lavandera soltera y decir que Jakob era su hermanito?

¿Sería Jakob capaz de vivir con eso a medida que crecía? Después de todo, él había sido el hijo de un duque. Hacía no más que un par de meses había existido una posibilidad muy real de que él se convirtiera en rey. Ella habría sido su cuidadora y su madre sustituta, incluso podría haberse convertido en noble por decreto del nuevo rey. Habría tenido pretendientes adinerados y sirvientes y hasta verdadero poder.

Su vida habría sido diferente.

Pero no lo era.

Ahora ella debía decidir adónde irían cuando Bo se fuera de la ciudad. Se le ocurrió que la plata que había enterrado en un cementerio de las afueras de la ciudad quizás ni siquiera estuviera allí. Alguien podía haberla encontrado; ¿dónde la dejaría eso? No quería pensar en ello.

Oyó que la puerta de entrada de la casa se abría y se cerraba, y su corazón latió más deprisa, hasta que se recordó a sí misma que estaban bajo la protección de Bo (al menos por un día más) y que lord Vetas ya no podía hacerles daño.

Bo entró en la habitación pisando despacio. Él sabía que Jakob se acostaba a las ocho de la noche. Le hizo un gesto a ella para que lo acompañara a la cocina.

—¿El niño podrá arreglárselas durante algunas horas? —preguntó Bo después de que ella cerrase la puerta de la habitación de Jakob. Hablaba deprisa, y tenía la mirada encendida. Estaba entusiasmado por algo.

Quería llevársela a algún lado. ¿Adónde? Ella sintió que las mejillas se le acaloraron.

—Bueno, está durmiendo. Podría asustarse si se despierta y ve que no hay nadie con él en la casa.

—¿Sabe leer?

—Un poco.

—Bien. Escríbele una nota. Necesito tu ayuda. Regresaremos en unas pocas horas.

—Podría despertarlo y llevarlo con nosotros.

—No quieres que él venga con nosotros —dijo Bo. Nila sintió que

se ruborizaba—. No es por eso —dijo Bo, esbozándole una sonrisa traviesa.

Las mejillas de Nila parecían haberse prendido fuego. ¿Era decepción lo que sentía en la boca del estómago?

De pronto se preguntó cuántos años tenía Bo en realidad. Parecía tan seguro de sí mismo, y su condición de miembro de la camarilla real de Adro la hacía considerarlo bastante mayor, pero había veces en las que él no parecía tener más de veinte años.

—Vamos —dijo Bo.

Ella le escribió una nota a Jakob y la dejó sobre la mesa de la cocina junto a un vaso de agua, y luego fue al carruaje donde la esperaba Bo. Él golpeó el techo y salieron.

—¿Ya sabes qué harás después de que me vaya? —preguntó Bo mientras el carruaje se abría paso por las calles.

Nila bajó la mirada. Había tenido la esperanza de que, tal vez, él se quedara un poco más.

—Aún no lo he decidido.

—Me imagino que no tienes mucho dinero —dijo Bo.

—Un poco. Tengo enterrada fuera de la ciudad algo de plata que cogí de la casa Eldaminse la noche en que vinieron los soldados de Tamas. Espero que aún esté allí.

—¿Y si no está?

Nila tragó saliva.

—No lo sé.

Viajaron en silencio durante algunos momentos; luego Bo dijo:

—Te dejaré un par de cientos cuando me vaya.

Unos doscientos kranas le podían servir para pagar un pasaje a Novi para ella y para Jakob, o para pasar una semana en una posada.

—Gracias —dijo Nila, no muy segura sobre cómo responder—. Eso nos allanará un poco el camino para comenzar una nueva vida.

—¿Os allanará un poco el camino? Yo diría que os adoquinará todo el trayecto.

Nila miró a Bo con gesto interrogante.

—¿Doscientos mil kranas?

—Doscientos... mil... —resopló Nila. Jakob y ella podrían vivir cómodos por el resto de sus vidas con doscientos mil kranas—. ¿Qué? ¿Por qué haríais...?

Bo hizo un gesto con la mano, como si no tuviera importancia. Nila se volvió y miró por la ventana, en parte para que Bo no viera las lágrimas que se le estaban formando en los ojos.

—La casa también —dijo Bo—. La casa donde estamos ahora. Si decides quedarte en Adro, la casa es tuya. Ya puse el título de propiedad a tu nombre.

Ella no pudo evitar quedarse mirándolo. ¿Quién era aquel hombre?

¿Por qué estaba haciendo todo eso? Era un Privilegiado de una camarilla real; uno de los hombres más poderosos de los Nueve. La gente así no tomaba en cuenta a niños huérfanos o a lavanderas solitarias.

—¿Por qué? —le preguntó.

Bo se encogió de hombros. Pasaron algunos momentos, hasta que Nila se dio cuenta de que no obtendría una respuesta. Se secó las lágrimas, inspiró profundamente y espiró lentamente.

—Gracias —le dijo.

Bo se estaba mirando los pies. Parecía incomodarlo el agradecimiento, como si sintiera que no lo merecía. Volvió a encogerse de hombros.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nila.

—Cuando yo era niño —dijo Bo feliz, al parecer, de cambiar de tema—, el mariscal de campo Tamas me recogió de las calles. —Corrió la cortina del carruaje con el dedo para mirar el cielo, que ya iba oscureciendo—. No quería que Taniel jugara con un rufián sin educación. Me brindó un lugar donde dormir y contrató profesores particulares para mí y para Taniel.

Nila recordaba haber observado al mariscal de campo Tamas durmiendo, con el cuchillo listo para matar al hombre que había llevado tanto sufrimiento a Adro y que había matado al rey, antes de que el capitán Olem la distrajera.

—Eso parece muy amable de su parte.

—Yo odiaba a esos malditos profesores. Aborrecía leer y escribir, pero Tamas me dijo que debía practicar mi escritura. Y eso hice. Copié toda su correspondencia mientras él dormía. Las cartas viejas, las nuevas. Tamas las guardaba todas en una caja fuerte, cuya cerradura yo podía forzar fácilmente. —Nila no pudo evitar lanzar una carcajada de sorpresa. Bo también sonrió—. Guardé todas las copias que hice. Por si acaso. Siempre fui bueno planificando por adelantado. Supongo que es parte de ser una rata callejera exitosa. Como sea, en una de esas cartas, de cuando él era joven, Tamas hablaba acerca de expulsar a la nobleza del Ejército para combatir la corrupción. Al parecer, muchos de los nobles estaban comprando suministros con dinero del Gobierno y luego los vendían en otro lado para forrarse los bolsillos.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Nila. Durante esa semana, Bo había hablado largo y tendido sobre su misión de encontrar pruebas de corrupción entre el Estado Mayor para exonerar a Taniel Dos Tiros después del consejo de guerra. Nila estaba dispuesta a ayudar si podía, pero le preocupaba dejar solo a Jakob.

—La carta de Tamas mencionaba un nombre en particular. El duque Eldaminse. —Nila cogió aire con fuerza—. Estamos yendo a la casa del duque Eldaminse. O lo que queda de ella, en todo caso.

Nila no había regresado a la mansión Eldaminse desde la noche en que los soldados habían ido y se habían llevado a lord y a lady Eldaminse. Nila se había salvado por poco de ser violada antes de coger a Jakob y huir en la oscuridad de la madrugada.

—Yo... no sé cómo podré ayudaros.

—Bueno, espero que puedas —dijo Bo—. No tuve novedades del sur desde que me enteré de que estaban sometiendo a Taniel a un consejo de guerra. En el mejor de los casos, está preso. En el peor, ya está muerto. Necesito pruebas que condenen al Estado Mayor que lo sometió al consejo de guerra, o tendré que ir hasta allí y matar muchos soldados para poder liberarlo. —Bo se miró las manos desnudas haciendo una mueca—. Preferiría no hacerlo. Es tan poco práctico...

Llegaron a la mansión una hora después. El sol ya se había puesto y las calles estaban oscuras. De las sombras iban surgiendo hileras de mansiones como fantasmas de eras pasadas. Hacía menos de seis meses, aquella calle había estado bien iluminada y había sido el hogar de decenas de familias nobles y de cientos de sirvientes. En ese momento las ventanas estaban oscuras; los jardines, en silencio. A Nila le subió un frío por la columna vertebral al ver la mansión Eldaminse. Aun en la oscuridad se daba cuenta de que parte del tejado había ardido y de que una de las chimeneas se había derrumbado.

—¿Estás bien? —preguntó Bo. Ella sintió que le tocaba el hombro con una mano. Tenía puestos sus guantes de Privilegiado.

Nila se aclaró la garganta.

—Sí. Él le entregó un farol, levantó el suyo y lo encendió chasqueando los dedos.

—Gracias —le dijo. La luz iluminó el camino de entrada y arrojó más sombras hacia el jardín. De alguna manera, eso la tranquilizó—. Por aquí.

Ella lo llevó por el camino de entrada, y por la puerta principal. El gran salón había sido saqueado. Los cuadros y las esculturas ya no estaban o habían sido pintarrajeadas. Habían descolgado la araña y le habían quitado todas las piedras semipreciosas. Alguien había escrito unas palabras ilegibles en una pared con lo que podría haber sido excremento. La casa olía como un corral.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó ella.

—Una caja fuerte —dijo Bo—. Algún lugar donde Eldaminse guardaría su correspondencia y sus libros.

Nila alzó su farol y se dirigió a las escaleras.

—Seguramente ya no esté. Ya se han llevado todas las cosas de valor.

—Debo intentarlo.

El resto de la casa estaba en un estado muy similar al del gran

salón. Los muebles estaban destrozados o directamente faltaban, todos los objetos de valor ya no estaban y las paredes estaban cubiertas de grafitis. Nila no pudo evitar sentir pena al verlo. Alguna vez aquella casa había sido un lugar feliz, lleno de vida y de riquezas. Alguna vez Jakob había corrido por aquellos corredores, persiguiendo a los sirvientes con un mosquete de madera. Ella se alegró de que Bo hubiera dejado a Jakob durmiendo.

La oficina del duque estaba en el primer piso, en el ala sudeste de la casa. En el instante en el que entraron en la sala, ella supo que no encontrarían nada. El lugar estaba cubierto de marcas de quemaduras, y faltaba parte del suelo y de la pared exterior. Alguien había intentado abrir la caja fuerte con pólvora. Habían usado muchísima, a juzgar por cómo se veía el lugar. El escritorio del duque había sido reducido a astillas por la explosión.

Señaló el trozo de metal destrozado que se encontraba a varios metros de la ubicación original de la caja fuerte.

—Ahí está —dijo ella—. La caja fuerte del duque.

Bo se inclinó para estudiar la caja. Todo lo que había tenido dentro seguramente había sido destruido por la explosión, o robado después. Él pateó el metal y luego maldijo, y luego se puso a saltar por la sala en un pie mientras se sostenía el dedo del otro pie.

—¡Diablos, diablos! —Bo tropezó hacia el agujero que había en el suelo, y Nila lo cogió de la parte de atrás de la chaqueta y tiró de él antes de que se llegar a caer.

Bo dejó escapar un suspiro exasperado.

—Diez días de trabajo, y esta era la pista más sólida. —Se dejó caer en el suelo con las piernas cruzadas—. ¿Estás segura de que no hay nada más?

—Yo era la lavandera —dijo Nila—. Solo estuve en esta oficina un par de veces, y me las pasé pensando en modos de evitar que Eldaminse me llevara a su cama.

Bo golpeó un puño contra el suelo.

—¡Maldición!

—¿No podéis ir al sur y...? —Ella hizo un gesto con las manos.

—¿Y qué? ¿Usar magia para liberar a Taniel de donde sea que lo hayan metido prisionero? Es un poco más complicado que eso. —Nila se sentó en el suelo junto a Bo—. Si no reúno las pruebas para condenar al Estado Mayor, tendré que usar mis poderes —dijo Bo—. Bueno, comenzaré con sobornos. Eso podría funcionar, pero el soborno es un método notablemente poco confiable. Le das tu dinero a alguien y habrá tantas probabilidades de que esa persona te entregue como de que te ayude. Si los sobornos no funcionan, tendré que matar gente. Realmente no *disfruto* matando gente, a pesar de lo que algunos puedan pensar de los miembros de las camarillas reales. Y de ninguna

manera quiero matar soldados adranos. Taniel nunca me lo perdonaría.

Bo se quedó mirando el suelo, con una expresión furiosa y triste a la vez.

—¡Esperad! —Nila se puso de pie.

—¿Qué...?

—Una vez entré aquí y lord Eldaminse estaba arrodillado junto al fuego.

—Mucha gente hace eso —dijo Bo, con un tono de voz un tanto molesto.

—No. Eldaminse siempre se sentaba junto al fuego. Tenía una silla enorme. —Nila esquivó el agujero del suelo y se acercó al hogar—. Justo aquí. Y él nunca colocaba la leña. Siempre llamaba a un sirviente para que lo hiciera. Por eso, cuando lo vi arrodillado allí, me pareció extraño.

Ahora Bo también estaba de pie.

—¿Que pueda haber una caja de seguridad, dices? ¿Oculta debajo de las baldosas?

—Tal vez —dijo Nila. Tenía que ser. Era todo lo que le quedaba a Bo, y Nila de pronto sintió deseos de que él encontrara las respuestas que necesitaba. Se arrodilló junto al hogar e intentó meter los dedos entre las rendijas. Buscó alguna palanca oculta o algún hueco por el que tomar la baldosa y alzarla. Nada.

—Aléjate —dijo Bo. Se ajustó los guantes de Privilegiado y levantó las manos. Nila se hizo a un lado deprisa. De pronto, la baldosa se rajó y los trozos (cada uno de los cuales era más grande de lo que la propia Nila podría haber levantado) volaron hacia un lado. Bo miró el suelo con una gran sonrisa. Debajo de la baldosa, protegida de la explosión que había destruido la caja fuerte, había una pequeña caja de seguridad. Ella la tomó por las tiras que tenía a los lados y la levantó.

Bo destruyó la cerradura con un movimiento de los dedos y la tapa se abrió. Dentro había varios libros con cubierta de cuero, cada uno del tamaño de un registro contable de bolsillo, y Nila se dio cuenta de que bien podrían serlo.

Bo abrió uno de los libros y lo hojeó. La sonrisa se le hizo más amplia.

—Sí —dijo—. Esto es exactamente lo que necesitaba. —Volvió a meter el libro en la caja de seguridad. Luego cerró los ojos con las manos apoyadas en la cubierta de la caja. Casi parecía que estuviera rezando.

Algo se le ocurrió a Nila.

—Bo —dijo.

—¿Sí? —Él no abrió los ojos.

—¿No os arrestarán cuando averigüen quién sois vos?

—Muy probablemente.

—¿Y no os matarán si intentáis rescatar a Taniel usando vuestros poderes?

Bo abrió los ojos.

—Seguramente. Enseguida vuelvo. —Salió de la sala con la prisa de un hombre que acaba de darse cuenta de que dejó la tetera sobre el fuego de la cocina.

Nila oyó sus pasos alejándose por el corredor y luego bajando las escaleras. Luego oyó el sonido de sus botas crujiendo sobre la grava del camino de fuera.

Ahora se encontraba sola, en aquella gran mansión que alguna vez había sido su hogar. Levantó el farol y recorrió la oficina del duque. Pasaron varios minutos, y Nila empezó a preguntarse dónde había ido Bo. ¿La había abandonado?

No. Notó que la caja de seguridad seguía apoyada en el suelo, y junto a la caja, uno de los pares de guantes de Bo.

Se sentó junto a la caja y abrió la tapa. cogió un libro y comenzó a hojearlo lentamente. Reconoció la letra del duque en cada una de las páginas. Había anotaciones que parecían entradas de diario y, más adelante, columnas y cifras. De vez en cuando aparecía un nombre subrayado. Nada de eso tenía sentido para ella.

Devolvió el libro a su lugar. El siguiente era bastante similar, y lo mismo el tercero. Bo debería revisarlos para encontrar lo que buscaba, pero parecía feliz de haberlos obtenido. Ella recogió los guantes. Qué extraño que él los hubiera dejado allí.

Nila prestó atención por si se oían sus pisadas en la casa o en el camino de entrada. Nada.

Se quedó mirando los guantes a la luz de la vela. Aquel era uno de los pares que ella le había arreglado. Se daba cuenta por la mancha de café que había junto a una de las runas. Por un impulso, se colocó el guante en la mano.

Se había esperado una sacudida. Algo que le hiciera daño, tal vez. Había historias sobre Privilegiados que ponían protecciones a todas sus cosas para que otras personas no pudieran utilizarlas. Pero no sucedió nada cuando ella se puso el guante. Se colocó el otro.

Le quedaba bastante grande. ¿Por qué se había mostrado tan entusiasmado Bo por que ella se los pusiera? No recordaba haber tenido que ponerse guantes cuando los zahoríes Privilegiados visitaron el orfanato donde ella vivía.

Nila alejó la mano, apartó el rostro y cerró los ojos. Chasqueó los dedos.

De nuevo, nada.

—Realmente pensé que eso funcionaría.

Nila se sobresaltó tanto que casi se rompió el cuello contra el

techo. Se arrancó los guantes de las manos y los arrojó al suelo.

Bo estaba en la puerta observándola.

—¿Qué? —dijo Nila poniéndose de pie—. ¿Qué fue lo que pensasteis que funcionaría?

Bo entró en la sala. ¿Cómo había vuelto a subir la escalera sin hacer ruido?

—Tú no tienes brillo en el Otro Lado —dijo Bo—, pero la gente que aún no ha desatado su potencial rara vez lo tiene. Pensé que había algo en ti. Tal vez un Don, o incluso hasta hechicería. Estuve esperando dos semanas hasta que finalmente te probaste un par de guantes de Privilegiado.

Nila se alisó la pechera del vestido y levantó la nariz. ¡Un truco!

—Bien, no soy una Privilegiada —dijo—. Quitáoslo de la cabeza.

Bo atravesó la sala a toda prisa. Ella dio medio paso hacia atrás, y de pronto sintió la quemazón de la palma él en la mejilla.

Una gran furia se encendió en su interior. ¡Él la había abofeteado! Sin motivos. Ella lanzó un puño hacia atrás.

—¡Espera! —dijo Bo. Nila no supo bien por qué se detuvo—. Mira.

Nila se miró la mano, la que tenía cerrada con fuerza lista para golpear a Bo hasta convertirlo en puré. Estaba envuelta en una llama azul. Ella sentía el calor del fuego en el rostro, pero no en la mano. Lanzó un grito y saltó hacia atrás, agitando la mano hasta que la llama se extinguió. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo había hecho eso?

—Discúlpame por la bofetada —dijo Bo, con la mirada alegre y cautelosa al mismo tiempo—. Necesitaba provocarte una reacción emocional.

—Pues podríais haberme besado —le soltó Nila.

—Ah, sí. Lo tendré en cuenta para la próxima vez. —Bo se restregó la barbilla—. Al parecer, jovencita, eres una Privilegiada. Puedes acceder al Otro Lado. Más aún, y esto es interesantísimo, ni siquiera tenías guantes puestos en ese momento.

Capítulo 37

Tamas y Vlora entraron en Alvación al amparo de la noche.

El río resultó relativamente fácil de cruzar; estaba resbaladizo y era traicionero, y como el agua venía de las montañas, estaba frío como los dedos congelados de Novi, pero solo les llegaba hasta el muslo.

A medida que pasaban por delante de los molinos y entraban en el distrito residencial, Tamas se dio cuenta de que jamás había oído unas calles tan silenciosas en medio de la noche. Si cerraba los ojos, podía imaginarse a sí mismo en el altiplano, salvo por el infrecuente ruido de botas sobre los adoquines de los keseños que patrullaban y el ladrido ocasional de algún perro. No había nadie en las calles, salvo las patrullas. Ni siquiera se oía el chapoteo familiar de los orinales al ser vaciados por la ventana.

Nikslaus tenía a la ciudad bajo ley marcial, y a juzgar por los cuerpos que colgaban del campanario en el centro de la ciudad, castigaba sin dudar a los infractores.

Tamas notó la pólvora que Vlora había percibido. Parecía haber bastante, esparcida por toda la ciudad, y no solamente en arsenales ocultos. Había suficiente para proveer a veinte brigadas, lo que parecía extraño, pues no había soldados delivíes, y era mucho más de lo que los keseños podían cargar.

Cuando pasaban por el distrito comercial, se oyó un grito cercano. Tamas se detuvo para escuchar, y un momento después el aire se llenó de explosiones de mosquetes.

Tamas le hizo un gesto a Vlora para que lo siguiera y corrió hacia el sonido. No podía provenir de más de dos o tres manzanas de distancia. Escaló un edificio cercano y fue en silencio hasta el borde del tejado.

La calle que había allí abajo era una zona de guerra.

Había cuerpos por todo el adoquinado, unos bultos en la oscuridad que yacían sobre charcos de sangre.

El ojo entrenado de Tamas le dijo que los delivíes le habían tendido una trampa a la patrulla keseña. La descarga inicial había cumplido con su cometido y había eliminado a media patrulla, pero el resto había contratacado a los guerrilleros delivíes y los estaban despachando con las bayonetas de sus mosquetes.

Tamas extrajo sus pistolas.

—No es nuestra pelea —le susurró Vlora al oído con urgencia.

Él vaciló por unos momentos, y fue el tiempo suficiente para que los keseños finiquitaran a los guerrilleros. Los delivíes que quedaban huyeron hacia la noche. La patrulla se reagrupó para atender a sus muertos y para capturar a los guerrilleros heridos.

Tamas descendió del tejado y se dirigió de vuelta a la calle. Cuando se habían alejado lo suficiente, dijo:

—Una resistencia organizada. Están intentando recuperar la ciudad.

Vlora olfateaba el viento con los oídos atentos. Asintió lentamente con la cabeza mientras sus ojos estudiaban la noche. Al igual que él, ella se encontraba en un trance de pólvora escuchando, oliendo, intentando determinar el estado en que se encontraba la ciudad.

—Pero ¿cómo de organizada? —preguntó—. Estamos intentando liberar la ciudad en un día. No ayudar a un pequeño grupo de guerrilleros.

Tenía razón, por supuesto. Tamas necesitaba mantener la perspectiva. Tenía un objetivo que cumplir esa noche, y necesitaba alcanzarlo.

Dejaron atrás el distrito comercial, luego un pequeño suburbio de casas amontonadas, hasta que llegaron a un sector de la ciudad más acaudalado. En el camino, se cruzaron con dos refriegas más entre los delivíes y los falsos soldados adranos. Las casas comenzaron a estar más separadas, la mayoría de ellas estaba rodeada por jardines y muros altos, y la calle era lo suficientemente ancha para que circularan seis carruajes. Tamas sintió que finalmente sabía dónde estaba.

La casa de Hailona era una de aquellas mansiones.

De pronto, Tamas oyó gritar a un hombre. Otra voz se le unió, y luego sonó una explosión de mosquete. El alboroto se intensificó; provenía de la calle que tenían detrás. Tamas miró a su alrededor en busca de algún lugar donde esconderse, pero solo vio la calle, ancha y vacía, y los jardines amurallados.

—Rápido —dijo Tamas. Apoyó una rodilla en el suelo, juntó las manos entrelazando los dedos y señaló con la cabeza el muro que tenían junto a ellos. Vlora apoyó el pie en las manos de Tamas y él la empujó hacia arriba, sobre el muro de ladrillos. Ella extendió una mano hacia Tamas, pero él no llegaba a cogerla ni siquiera saltando.

Tamas volvió a mirar hacia la calle.

Un pequeño grupo de delivíes apareció detrás de la esquina. Eran ocho. No, nueve. La mayoría cojeaba desesperadamente mientras huía de un enemigo que Tamas aún no llegaba a ver. Llevaban capotes y sombreros de ala ancha para ocultar su rostro. Uno se detuvo en la esquina del jardín amurallado que acababan de rodear y disparó. Saltó hacia atrás para evitar los disparos en respuesta.

Tamas se lanzó al suelo, recogió los pies y se cubrió el rostro con el abrigo y el sombrero. El único lugar donde se podía ocultar era a plena vista. En el mejor de los casos, pensarían que era un borracho o un vagabundo.

Siguió observando por debajo del ala del sombrero mientras los delivíes avanzaban por el otro lado de la calle, mirando constantemente por encima del hombro.

Lo que los había hecho huir apareció a la vista unos momentos después. Un hombre se agachó al doblar la esquina, detrás de ellos, levantó su mosquete y disparó. Llevaba el uniforme adrano azul, pero no era adrano. Lo siguieron algunos más. Cruzaron la calle corriendo y se cubrieron detrás de los enormes árboles que había junto a la calle, disparando al azar hacia los delivíes.

Un deliví se tambaleó y cayó. Les hizo un gesto a los otros de que siguieran, y maldijo en voz alta cuando se detuvieron para ayudarlo.

Tamas apretó los dedos alrededor de la empuñadura de su espada corta. El corazón le comenzó a latir más deprisa. ¿Podía quedarse de brazos cruzados observando esa masacre?

Los delivíes eran superados en número dos a uno, y la mayoría estaban heridos. Sin importar hacia dónde estuvieran huyendo, no llegarían hasta allí.

Un soldado keseño corrió hasta quedar detrás de uno de los robles decorativos que bordeaban la calle. Había quedado a menos de cuatro metros de distancia y no parecía haber notado el cuerpo acurrucado de Tamas. Se detuvo para recargar su mosquete; limpió el cañón y le colocó pólvora. Tamas sintió que los nudillos se apretaron con tanta fuerza sobre la empuñadura que se le rasparon. Con su oído mejorado por el trance, llegó a oír los susurros de Vlora desde arriba del muro:

—No es nuestra pelea.

La espada de Tamas penetró la garganta del soldado keseño por el lateral, justo entre el esófago y la columna vertebral. El hombre cayó sin siquiera borbotear una protesta. Tamas sintió que las piernas se le movían con fuerza, y casi ni sintió el dolor de la derecha al cruzar la calle dando grandes zancadas.

Uno de los soldados se volvió hacia él. Tamas blandió su espada en un corte ascendente y le rajó el rostro, luego le clavó la espada en las costillas al soldado siguiente.

Ahora todos sabían que él estaba allí. Unos gritos de pánico se alzaron en la calle.

El mundo parecía moverse con la velocidad de un caracol. Tamas sintió que un chispazo encendía la cazoleta de pólvora de una pistola y se movía hacia el cañón. En el instante anterior a que el arma disparara, Tamas se extendió, absorbió la energía de la explosión y la utilizó para blandir su espada y cortarle la cabeza al sujeto de un solo tajo.

Una soldado desenvainó su espada, pero cayó muerta con un balazo en el ojo. La mente de Tamas casi ni registró la ayuda de Vlora mientras cambiaba al siguiente objetivo. Un hombre con cuello plateado de capitán corrió hacia Tamas por la calle con su espada corta lista.

Tamas se lanzó hacia delante, penetró la guardia del soldado con dos golpes rápidos y lo destripó. Luego se volvió hacia el siguiente soldado keseño y...

No quedaba ninguno. La calle estaba vacía. Los únicos sonidos eran los gemidos de los heridos y moribundos, y el jadeo del propio Tamas. Sintió que el corazón le martillaba el interior del pecho. Rompió una carga de pólvora y se la esparció sobre la lengua. El martilleo comenzó a aminorar.

Los delivíes seguían en retirada por la calle. Uno incluso se volvió hacia Tamas, levantó la pistola y disparó. La bala rebotó en la calle, no muy lejos de los pies de Tamas; él sintió que el corazón se le detenía. El deliví maldijo en voz lo suficientemente alta para ser oído a cuarenta metros de distancia y dejó caer la pistola. Tomó del hombro a otro de los delivíes y señaló en dirección a Tamas.

El pequeño grupo se detuvo. Todos se quedaron mirando a Tamas, de pie entre los cadáveres keseños.

Tamas miró al grupo. ¿Con cuánta claridad podrían verlo en la oscuridad?

No importaba, él no tenía tiempo que perder. Tenía una misión que cumplir. La mansión de Halley se encontraba en aquella calle. Por desgracia, el grupo de delivíes se interponía entre él y su objetivo.

Miró hacia la vereda de enfrente. En la parte superior del muro casi ni se veía la sombra de la cabeza de Vlora. Tamas volvió a calcular la altura.

Cruzó la calle corriendo. Uno de los delivíes le gritó que se detuviera.

Su pie dio contra la pared a unos sesenta centímetros del suelo. La bota le dio la fricción suficiente para poder elevarse, y él empujó con toda su fuerza. Se aferró al borde superior del muro, sintió que la mano de Vlora le agarraba el brazo. Se elevó a sí mismo, rodó y cayó con un golpe al jardín que había del otro lado.

Tamas rodó hasta quedar de espaldas, rogando no haberse roto una costilla por la caída. Inspiró profundamente. Sintió cierto dolor, pero no mucho.

—¿Estáis bien? —preguntó Vlora, en cuclillas junto a él.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para ese tipo de peleas. —Se puso de pie y pasó los dedos por la empuñadura de su espada corta—. Pero esto me ha sentado bien. Muy bien. Necesitaba un combate así. —Hizo una pausa, y vio que Vlora lo miraba de manera extraña—. ¿Qué?

—Ahora veo de dónde lo sacó Taniel —respondió ella. Después de unos segundos, agregó—: Sois la única otra persona a la que he visto moverse tan rápido como él. Ninguno de los otros magos de la pólvora puede hacerlo. Todos somos más fuertes y rápidos que los hombres comunes, pero vos y Taniel... mierda.

El corazón de Tamas le golpeteaba en el pecho con demasiada violencia. No se estaba *haciendo* viejo. *Era* viejo.

Atravesaron el jardín y volvieron a cruzar el muro unos cien metros más adelante. El grupo de delivíes seguía en la calle, ahora detrás de Tamas, revisando a los muertos y finiquitando a los keseños heridos. Tamas y Vlora cruzaron la calle más adelante, sin ser notados.

Siguieron avanzando por la misma calle y doblaron dos manzanas antes de llegar a la mansión de Hailona.

Era una vivienda imponente, con un pequeño camino de entrada hecho de grava, el jardín bien cuidado y un frente de ladrillos con ventanas a intervalos regulares. El tejado era alto, con una pendiente pronunciada. Debía de tener más de diez chimeneas.

Las ventanas de la mansión estaban oscuras; los faroles del camino de entrada, apagados. Tamas corrió por el jardín y fue hasta la parte trasera de la casa. Pasó los aposentos de la servidumbre, donde probablemente aún habría alguien levantado, y encontró la entrada al observatorio.

El observatorio había pertenecido al esposo de Hailona, que había muerto hacía veinte años. La última vez que Tamas había estado allí, era el estudio de Hailona. Se detuvo ante la puerta de cristal, cuando se dio cuenta de algo crucial.

Él ni siquiera sabía si ella seguía viviendo allí.

Tamas intentó recordar si Sabon había mencionado alguna vez que Hailona hubiera vendido su mansión. Era poco probable. Él solía ser taciturno en lo que se refería a su hermana.

Era mejor así.

Tamas forzó la puerta con el hombro, y se encogió ante el ruido que esta hizo al abrirse. Se detuvo, tratando de discernir si se oían pasos o a algún sirviente dando la voz de alarma.

Nada.

Entró. Vlora lo siguió un momento después.

El estudio estaba distinto desde la última vez que él había estado allí. El telescopio ya no estaba. El escritorio era otro. En el rincón donde había estado el anterior, ahora había un gran orbe del mundo apoyado sobre un soporte.

Tamas sintió que el pánico comenzaba a instalársele en las entrañas. ¿Y si ella no estaba allí? Ella era el único vínculo que él tenía con la ciudad. ¿Cómo encontraría a Gavril?

—Puede que ella no viva aquí —susurró Tamas.

Vlora le tocó el brazo.

—¿Esta es ella?

Había un retrato encima de la repisa de la chimenea. Era de un deliví al que Tamas no reconocía. Llevaba uniforme militar y tenía la cabeza afeitada. Detrás de él estaba Hailona.

Tamas dejó escapar un leve suspiro de alivio. Era el lugar correcto, después de todo.

—Tendré que ir a despertarla —dijo Tamas. No esperaba con ansias lo que seguía. Era una invasión de muy mal gusto; entrar en su dormitorio a aquellas horas de la noche no era la mejor manera de reavivar una relación ya olvidada.

Sobre todo, si ella había vuelto a casarse.

Vlora le chistó. Estaba de pie junto a la ventana, con los dedos en la cortina.

Él se acercó hasta su lado. Había gente afuera, yendo directamente hacia el pórtico del observatorio. Tamas parpadeó sorprendido. Era el mismo grupo al que él había salvado de los soldados keseños. ¿Su esposo estaba entre ellos?

—¡Ocúltate!

Tamas corrió hasta la puerta más cercana, la atravesó y la cerró casi por completo, dejando la rendija más estrecha posible. Miró a su alrededor. Un armario, uno muy grande. Vlora casi ni se movió, prefirió colocarse detrás de una cortina gruesa. Tamas maldijo en silencio. Ninguno de los dos podría salir de ahí sin alertar a los ocupantes de la sala.

Tamas observó la sala por la rendija de la puerta. Oía unas voces acalladas que provenían desde fuera, pero no lograba entender lo que decían. La puerta de cristal se abrió y el grupo entró.

La mayoría tenía alguna herida. A dos de ellos tenían que sostenerlos. Tamas percibió el olor a pólvora y a sangre; pero, claro, bien podría haberse tratado de él.

—Trae algunas luces —dijo una voz de mujer—. Ruper, llévalos a la sala de estar. Trae unas toallas. Enciende un fuego. Necesitamos agua caliente. —Tamas reconoció esa voz. Aún después de quince años, reconoció la voz, y eso lo sorprendió.

Hailona.

Algunas puertas se abrieron y se cerraron, y unas pisadas sonaron frenéticas por el resto de la mansión. Los heridos fueron llevados a otra habitación entre gruñidos y maldiciones.

Una voz masculina habló mientras alguien se movía en la oscuridad.

—Vendrán a por nosotros.

—Lo sé —dijo Hailona. Sonaba angustiada.

Alguien encendió un farol, lo que dejó la sala envuelta en luces y sombras. Tamas parpadeó para que se le adaptara la vista. Por la rendija de la puerta, llegaba a ver a un deliví con una trenza negra cayéndole por encima del hombro. De pronto, el hombre deslizó el brazo sobre el escritorio y arrojó pergaminos, pisapapeles y algunas monedas al suelo.

—¡Alguien debe de habernos delatado! —dijo—. Averiguaré quién fue y lo mataré con mis propias manos.

—Cálmate, Demasolin —dijo Hailona.

—¡No! Todo está perdido. Nos estaban esperando. Tú también lo viste. ¡Esos malditos adranos! ¡Indier recibió un balazo en el ojo en cuanto puso pie en esa plaza! Todo un grupo de mosqueteros, ocultos en las sombras. Alguien nos traicionó.

—No son unos malditos adranos —dijo Hailona. No parecía segura —. Tú mismo los oíste hablar en keseño.

—¡Una artimaña! ¡Dos brigadas de uniforme azul! ¿Crees que no nos habríamos enterado si dos brigadas del Gran Ejército hubieran salido de Budwiel en esta dirección? Nuestros espías no son tan incompetentes.

—¿Y nuestros espías de Adro?

—¡Tenemos pocos espías en Adro! Y se supone que son nuestros aliados.

—Tamas nunca...

Demasolin se volvió hacia Hailona.

—¡No lo defiendas! Ese maldito carnicero haría cualquier cosa, y tú lo sabes.

—¿Y Sabon? —dijo Hailona con dureza—. ¿Crees que Sabon le permitiría atacar Deliv?

Tamas sintió que se le atragantaba el aliento. Ah, diablos. Ella no sabía que Sabon estaba muerto. Él le había enviado un mensaje, pero seguramente no le había llegado. Cerró los ojos con fuerza, intentando controlar la respiración.

—Por algo tus padres lo desheredaron —dijo Demasolin.

Tamas oyó un golpe muy fuerte. Demasolin volvió a aparecer en su campo visual; había retrocedido y se tocaba la mejilla. Hailona se lanzó tras él. Esa fue la primera vez que Tamas pudo verla

detenidamente.

No había envejecido bien. Tenía las facciones arrugadas, el cabello gris. Patas de gallo bien definidas en sus ojos, rojos por las lágrimas aún no derramadas. Tenía la mandíbula apretada y la mano levantada, lista para volver a golpear.

—Vuelve a hablar mal de mi hermano —dijo en voz baja, con tono desafiante.

Demasolin cuadró los hombros.

—¿Te atreves a golpear a un duque del rey?

Un duque. Con razón lo consideraba un carnicero. Toda la nobleza de los Nueve temía y odiaba a Tamas, incluso sus supuestos aliados. Justo lo que Tamas necesitaba.

Hailona estaba a punto de hablar, cuando Demasolin levantó una mano. Olfateó el aire. De pronto, su mirada recorrió la sala.

—Hay alguien aquí —susurró.

Desde allí, Tamas veía el escondite de Vlora. Las cortinas se movieron suavemente. Llevó la mano a la empuñadura de su espada y tomó una larga bocanada de aire en silencio. Apoyó la otra mano contra la puerta del armario, listo para abrirla de un empujón.

Demasolin desenvainó su espada y comenzó a recorrer la sala, olfateando y mirando por todos lados. Tamas se obligó a relajarse y abrió el tercer ojo. Demasolin tenía un brillo leve en el Otro Lado.

Tenía un Don.

Demasolin acababa de pasar por el escondite de Vlora, cuando de pronto se volvió y, lanzando un alarido, les dio una estocada a las cortinas con la espada.

Tamas se tragó un grito de sorpresa.

No sucedió nada. Demasolin corrió las cortinas.

—Una ventana abierta —dijo Hailona—. ¿En serio?

—¡Allí! —dijo Demasolin mirando hacia afuera—. ¡Hay alguien huyendo! —Corrió hacia la puerta con la espada lista y salió hacia la noche.

La sala quedó vacía, salvo por Hailona. Él la vio acercarse a la puerta para observar a Demasolin. Un momento después ella regresó a la sala con los hombros flojos y se dejó caer en un diván.

Tamas sintió un gran pavor en la boca del estómago. El corazón le retumbaba en los oídos, y se detuvo un momento para juntar coraje. Cargar contra una brigada keseña le resultaba más fácil que aquello.

Soltó la espada y abrió la puerta.

—Hola, Halley —le dijo.

Cuando Adamat llegó a la sede de los Nobles Guerreros del Trabajo, Ricard no se encontraba allí. De hecho, no había nadie allí, salvo el portero y el camarero. Este último le sirvió a Adamat un vaso de

cerveza gurla de una barrica refrigerada y le indicó que esperara en el vestíbulo.

Adamat prefirió meterse en el estudio de Ricard.

Esperó allí durante casi tres horas, poniéndose más y más nervioso a medida que veía la luz del sol comenzando a menguar y la oscuridad cayendo sobre el mar Ad. Finalmente oyó las puertas del vestíbulo abriéndose con fuerza y se puso de pie.

Adamat fue hasta la puerta de la oficina de Ricard y la entreabrió con el pie. Por la rendija, vio a Ricard atravesando el vestíbulo enérgicamente y arrojando con furia su chaqueta al suelo. El escaso cabello del jefe sindical estaba de punta, y su camisa estaba húmeda por el sudor.

—¡Tráeme un trago! —gritó. Fell lo seguía junto a un pequeño grupo de asistentes.

No había señales de los hombres de Claremonte. Adamat salió de la oficina de Ricard sintiéndose un poco avergonzado por sus sospechas.

Ricard pasó por delante de él, entró en la oficina y se dejó caer sobre la silla del escritorio.

—Estamos jodidos, Adamat —dijo.

En lugar de preguntar por qué le habían hecho esperar tres horas, Adamat preguntó:

—¿Por qué?

—La Sociedad Mercantil Brudania-Gurla ha invadido el país.

—¿Qué has podido averiguar? —preguntó Adamat.

El portero le llevó a Ricard una botella de whisky oscuro y un vaso. Ricard lanzó el vaso a la chimenea, donde estalló en un tintineo de fragmentos brillantes, y luego cogió la botella, le quitó el tapón y se bebió la cuarta parte en varios tragos largos.

Adamat se la arrancó de las manos.

—Que te emborraches no ayudará a nadie.

—No lo entiendes —dijo Ricard—. Claremonte está en camino, y está trayendo todo su poderío con él. —Adamat vio en los ojos de Ricard que no estaba enfadado o nervioso, estaba asustado. Nunca había visto así a su viejo amigo. Había verdadero temor en sus ojos.

—¿Nos ha invadido Brudania? —preguntó Adamat.

—Que me cuelguen si lo sé. No se disparó un solo tiro. Nadie intentó detenerme siquiera cuando subí a las esclusas a hacer preguntas. Claremonte sobornó a todos y cada uno de los miembros del sindicato que hay en el canal y trajo su flota hasta aquí. Es tan simple como eso. Llegarán mañana.

—¿Mañana? —Adamat se puso pálido—. ¿Cómo diablos podrían estar aquí tan rápido?

Ricard señaló hacia la ventana, aunque esta ni siquiera apuntaba en dirección al canal.

—Construimos el canal para traer mercadería sobre la montaña con gran velocidad. Tiene capacidad para albergar al destacamento de buques mercantes de Claremonte, y el río Ad se hizo más profundo en todo su recorrido de descenso. El sindicato se pasó los últimos cinco años reemplazando cada puente del Ad para que pudiéramos hacer exactamente lo que Claremonte está haciendo ahora. Nada puede detenerlo.

—Seguramente haya algo que pueda.

—Me pasé cada minuto desde que regresé tratando de pensar alguna opción. Perdí una hora hablando con herreros para ver si podíamos fabricar una cadena inmensa lo suficientemente rápido para detenerlo, pero es imposible.

Ricard parecía un hombre ahogándose que no llegaba a aferrarse de la cuerda que le estaban lanzando. Tenía el rostro encendido, y Adamat notó que su pantalón tenía una pernera rota a la altura de la pantorrilla.

—Estás sangrando —dijo Adamat.

Ricard se miró la pierna y suspiró. No hizo movimiento alguno por detener la hemorragia.

Fell entró en la sala. Tenía el cabello echado hacia atrás y el uniforme impecable. Ni una pestaña fuera de lugar.

—Está sangrando —le dijo Adamat.

Ella se arrodilló junto a Ricard, expuso la herida y se la vendó.

—¿Algo? —le preguntó Ricard.

—Seguimos trabajando en ello.

—Tenemos que organizar una defensa —dijo Adamat.

A Ricard le entró el hipo. Se adelantó para tomar la botella de whisky.

—No hay tiempo.

—Está la policía —dijo Adamat alejando la botella del alcance de Ricard—. Algunos soldados. Llama a la gente. Tú tienes los periódicos. Úsalos.

—Una milicia —dijo Ricard incorporándose, con las orejas atentas como las de un perro.

—Sí. —Adamat sintió que el corazón comenzaba a latirle a toda prisa—. Esta ciudad no es indefendible. Hay un millón de personas aquí. Usa los periódicos. Acuérdate de la multitud que se reunió en la plaza de las Elecciones cuando Tamas colocó la cabeza de Manhouch en una cesta. La voluntad está. Los soldados. La gente se alzará para defender sus hogares.

Ricard se puso de pie de un salto, lo que hizo caer de culo a Fell.

—Fell —dijo ayudándola a levantarse—. Escribe una carta. Informa a los periódicos. Quiero la primera plana a primera hora de la mañana. Diles que cada hogar de Adopest debe tener un periódico

para cuando salga el sol. ¡Quiero que las prensas trabajen toda la noche! Trae a los jefes sindicales. Quiero que todos estén involucrados. Lo haremos. ¡Defenderemos la ciudad!

Adamat sonrió, y la sonrisa se le fue ensanchando en el rostro. Ese era el Ricard que él conocía.

Ricard lo cogió de la mano.

—Adamat, gracias. Sabía que podía contar contigo. Lo que sea que te esté pagando te lo duplicaré.

—No me estás... —dijo Adamat, pero Ricard ya estaba saliendo de la oficina a toda prisa.

Adamat se quedó allí por un momento, confundido. Ricard les gritó a sus lacayos y asistentes, dando órdenes como un comandante en el frente. Ahora iba a toda marcha, y no se detendría hasta haber organizado la defensa de la ciudad.

De pronto, la oficina quedó fría y en silencio, y Adamat miró a su alrededor en busca de un vaso donde servirse un poco de whisky. No encontró ninguno, así que bebió directamente de la botella.

—Señor —dijo Fell, rompiendo el silencio.

—¿Mmm?

Estaba de pie, las manos detrás de la espalda y la barbilla elevada.

—Nunca me disculpé, señor. Quisiera hacerlo ahora.

—¿Por qué? —Adamat sintió que su ira se agitaba. Él sabía el porqué: por hacer que casi mataran a su esposa. Por no contener a lord Vetas como ella había dicho que haría.

—Lord Vetas —dijo ella—. Me superó. Debería haber llevado más hombres.

Adamat reprimió su enfado y se obligó a mantener la calma. Otro sorbo de whisky lo ayudó.

—Él era bueno en lo suyo. A mí me superó demasiadas veces. —Al decir las palabras, sintió que algo se movía en el fondo de su mente. Puso un gesto de enfado.

—¿Señor? —preguntó Fell después de unos momentos de silencio.

Levantó la mano para que ella no hablara. Necesitaba pensar. Vetas lo había superado en muchísimas ocasiones. Todas las pruebas dejaban en claro que era un planificador excepcional; sin corazón, remordimientos o vacilaciones, considerando las vidas que se habían perdido.

—¿Está muerto? —preguntó Adamat.

—¿Vetas? Sí. Murió hace dos semanas. Bo se deshizo del cuerpo.

—¿Y dónde está Bo?

—Desapareció —dijo Fell—. Ricard hasta le ofreció un empleo, pero él lo rechazó.

Adamat se alisó la pechera de la chaqueta. Le había hablado a Bo sobre sus reservas acerca de Vetas. Que tal vez Vetas no les hubiera

dicho toda la verdad, o que incluso les hubiera hecho desviarse del camino. Incluso...

—¡Maldición! —dijo Adamat—. Vetas. Él lo sabía todo. Nos superó una vez más. Ni siquiera Bo se lo pudo arrancar.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Fell.

—El muelle. —Adamat meneó la cabeza. Ella no podía saber de qué estaba hablando él—. Le pedí a Vetas que me dijera cómo rastrear a mi hijo, y me envió con los traficantes de esclavos a quien les vendió a Josep. Me indicó por quién preguntar y qué contraseñas usar. ¡Pero me dio la contraseña incorrecta! Los sujetos me atacaron. Casi no salgo con vida, y era tan firme mi intención de recuperar a Josep que no se me ocurrió hasta ahora.

Adamat se dejó caer contra la pared. No había nada que pudiera hacer ahora al respecto. Vetas estaba muerto. No habría ajuste de cuentas ni enfrentamiento. La poca ventaja que Adamat consideraba que podrían haber obtenido sobre Claremonte ya no existía; aun si eso no hubiera quedado en evidencia con el hecho de que Claremonte había atravesado los Leños Calcinados con su flota.

—¿Qué información obtuviste de Vetas? —preguntó Adamat.

Fell arrugó la frente.

—Informes. Los planes de su amo.

—¿Qué planes?

—Planes de campaña para la elección ministerial. Su plataforma de reformación dentro de la ciudad.

—Eso es todo basura —dijo Adamat.

—Pero hay información válida allí. Encontramos otros escondites. Y otros lacayos que tenía en la ciudad.

—Quiere que pensemos que contamos con alguna clase de ventaja. Pero no es cierto. Todo lo que supimos por Vetas es dudoso.

Adamat cogió su sombrero del gancho que había junto a la puerta y agarró su bastón. Estaba exhausto.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Fell.

Su única esperanza yacía en la habilidad de Ricard de hacer que la ciudad se alzara. De lo contrario, esta quedaría en manos de Claremonte al día siguiente.

—Me voy a casa. Con mi esposa. Te veré en la puerta norte de la ciudad mañana por la mañana.

Capítulo 38

El Castillo Intermedio era un monumento histórico; un objeto de vanidad que no había sido erigido para proporcionar comodidad ni defensa, sino para verse imponente. Sus murallas eran altas pero fáciles de escalar, y las entradas, indefendibles por la cantidad que había, rebosaban de fortificaciones. El castillo se elevaba sobre el río Bajo Ad y amenazaba el camino principal. Para los campesinos debía de ser algo impresionante.

Para cualquier persona especializada en la guerra, era una broma de mal gusto.

Había sido construido hacía unos trescientos años por un rey inmaduro que se consideraba arquitecto. Para Taniel, parecía ser el lugar perfecto para alojar a un dios loco.

Taniel observó el castillo desde debajo de un roble enorme que se erguía solitario en medio del ejército keseño. Alcanzaba a oír los ronquidos suaves de un soldado de infantería que le llegaban de allí cerca. Fuera de eso, la noche estaba silenciosa.

Descartó ese último pensamiento al darse cuenta de que también oía la respiración entrecortada y aterrorizada del mariscal de campo Goutlit. El oficial keseño se puso en cuclillas junto a él, oliendo levemente a orina, y jugueteó con el cuello de su chaqueta. Taniel lo miró por el rabillo del ojo. Un movimiento en falso allí, un ruido sospechoso, y Taniel era hombre muerto.

Por supuesto, se aseguraría de llevarse a Goutlit con él.

—¿Dónde está la entrada de servicio? —susurró Taniel.

—No lo sé.

Taniel extrajo el cuchillo del cinturón.

—Eh, creo que está por allí. A la derecha.

Taniel volvió a meter el cuchillo en la funda.

—¿Está custodiada?

Goutlit tragó saliva con fuerza y miró a Taniel, como temeroso de

decir que no lo sabía.

Una luz le llamó la atención a Taniel por el rabillo del ojo. Se inclinó un poco más abajo y observó el castillo por unos momentos. Allí. A través de una ventana arqueada, vio una luz que se movía.

Goutlit también la vio. Retrocedió y se apoyó contra el tronco del gran roble. Taniel lo cogió de la chaqueta para evitar que se siguiera alejando.

—¿Cuál es la habitación de Kresimir? —preguntó Taniel.

—Allí —dijo Goutlit con la voz seca y rasposa. Levantó un dedo—. Esa torre de allí, justo por encima de la luz.

De pronto, un lamento atravesó la noche. Era una leve queja que enseguida fue elevando el tono hasta convertirse en un gemido. Lo siguió un golpe por lo bajo, y luego un alarido humano que subió más y más de volumen hasta que Taniel estuvo seguro de que descendería una *banshee* del árbol.

El grito se interrumpió tan rápido como había comenzado. En la distancia, desde el castillo oyó un ruido como de un mueble rompiéndose.

—¿Qué diablos?

—Kresimir —dijo Goutlit susurrando—. Noche tras noche. —Goutlit se volvió y le clavó la mirada a Taniel—. Noche tras noche, busca al ojo detrás de la llave de chispa. —Taniel se estremeció involuntariamente—. Por la mañana, encuentran cuerpos. En general son unos pocos, pero a veces llegan a ser más de diez. Guardias Prielight, sirvientes. Las concubinas de Kresimir. Algunos son estrangulados, otros quedan derretidos por hechicería.

—Callaos —dijo Taniel. Se le estaban poniendo los pelos de punta. Apoyó el mosquete contra el árbol y observó la luz del castillo, que se movía más y más lejos de la torre de Kresimir.

—No puedes matarlo —dijo Goutlit.

—¿Qué? —preguntó Taniel enérgicamente.

—Eso que me dijiste de las sábanas de Kresimir. ¿Crees que soy estúpido? Intentarás terminar el trabajo que comenzaste en el Pico del Sur, ¿no es verdad?

Taniel permaneció en silencio. La voz de Goutlit estaba cargada de miedo.

Goutlit continuó:

—No se lo puede matar. Ya lo intentaron unas veinte veces hasta ahora. Asesinos de tu propio Ejército. De la Iglesia, e incluso uno de Ipille, aunque Kresimir no lo sabe.

¿La Iglesia había intentado hacer matar a Kresimir? ¿Incluso mientras sus propios guardias Prielight lo custodiaban? Bueno, eso era interesante. Debía de haber una división dentro de la Iglesia Kresim.

—Supongo que nadie logró acercarse —dijo Taniel.

—Sí que lo lograron. —Goutlit tragó saliva con fuerza—. Yo vi a uno de los asesinos con mis propios ojos. Una mujer. Intentó abrirle la garganta. Su cuchillo se dobló contra la piel de él.

Taniel recordó una vez que le había disparado a Julene en su forma de león de las cavernas. La bala tan solo había rebotado contra su piel como una piedra lisa contra un espejo de agua. Y ahora Taniel estaba intentando robarle al dios que había podido clavarla a una viga.

—No tuvo suficiente fuerza.

—Una vez le dieron con una bala de cañón, mientras caminaba en el frente. ¡Se hizo pedazos contra él! Mató a un grupo de artilleros y a un coronel que estaban cerca.

Goutlit había comenzado a hablar más fuerte. Tenía la voz aguda y respiraba con dificultad. Comenzó a temblarle todo el cuerpo. Taniel lo cogió de las solapas de la chaqueta y lo agitó. No sirvió para nada.

Taniel se dio cuenta de que tenía un problema. Necesitaría trepar las murallas del castillo. Sería fácil para él, pero imposible para Goutlit.

Lo más sencillo sería matarlo. Después de todo, era un enemigo. Un keseño. El mariscal de campo.

Taniel apoyó la mano en su cuchillo. Goutlit no pareció notarlo. Un ataque veloz, lo más silencioso posible. No sería el primer hombre que Taniel matase, ni el último.

Pero, claro, sería una muerte injusta. Goutlit era su prisionero.

—Quitaos la ropa —dijo Taniel.

Goutlit pareció dejar atrás el miedo que le había ocupado la mente.

—¿Disculpa?

—La ropa. Fuera.

—Me niego.

—Os estoy salvando la vida —dijo Taniel—. Puedo amarraros y que os encuentren por la mañana, o puedo mataros. Podéis elegir ahora, pero hacedlo rápido. —Por un momento, Taniel pensó que Goutlit gritaría. ¿Era aquella la indignidad que lo doblegaría? Goutlit observó a Taniel en silencio y luego se quitó la chaqueta—. Podéis dejaros la ropa interior, pero deprisa. —Cuando el mariscal de campo se quedó en ropa interior, Taniel señaló el árbol con su cuchillo—. Trepad.

Goutlit abrió los ojos asombrado.

—No puedo...

Taniel cogió a Goutlit de la nuca y lo empujó contra el tronco del gran roble. Goutlit se subió con dificultad a la rama más baja. Taniel recogió las prendas de Goutlit y lo siguió.

—Continuad.

Goutlit se encontraba a unos diez metros de altura cuando se aferró a una rama gruesa y se negó rotundamente a seguir subiendo. Tenía la

mirada descontrolada, y Taniel oyó que castañeteaba los dientes.

—No subiré más alto. Matadme ahora.

—Con esto me vale. —Taniel ató a Goutlit con fuerza a la rama del árbol usando el cinturón y los pantalones del propio mariscal de campo—. No es cómodo, pero viviréis.

Taniel le metió en la boca uno de los calcetines que el mariscal de campo se había quitado.

Hizo caso omiso a los chillidos de protesta de Goutlit y comenzó a descender. Para cuando llegó al suelo, ni siquiera podía oírlo, y una vez que dio los primeros pasos, prácticamente se había olvidado de Goutlit.

Taniel verificó el tiempo de los patrullajes de los guardias Prielight alrededor de la base del castillo y, cuando pasó la última patrulla, se acercó hasta la muralla. El castillo alguna vez había tenido un foso, pero se había llenado hacía mucho tiempo, lo que había dejado unos bajos pantanosos y algunas charcas.

Las murallas del castillo tenían, fácil, unos dieciocho metros de altura, y la que llevaba a la torre adonde Taniel necesitaba ir no podía tener menos de treinta. No sería una escalada rápida.

Dejó el mosquete entre algunos hierbajos y aseguró su pistola y su daga antes de comenzar a trepar. Los inmensos bloques de granito, de la mitad de altura de Taniel, estaban apilados con una leve inclinación, cada uno tenía algunos centímetros de borde, lo que le dejaba lugar para asir los dedos. Taniel probó su agarre con ambas manos y luego se elevó.

Estaba a medio camino cuando una patrulla Prielight pasó por el lugar donde había estado él. Se detuvo respirando en silencio y rezando por que no se toparan con su mosquete. Un grito, o siquiera una mirada de sospecha hacia arriba, y todo terminaría. Se maldijo en silencio por haberse puesto el uniforme del guardia muerto. El color canela militar de los keseños sobresalía como una luz de faro contra el oscuro granito del castillo.

La patrulla siguió avanzando, y Taniel continuó trepando.

Llegó hasta la parte superior de la muralla, justo por debajo de los parapetos. Llegó a oír las pisadas regulares de un guardia patrullando por encima de él, y luego otro sonido. Sonó por lo bajo al principio, pero luego fue ganando volumen.

Taniel se apoyó contra la piedra, con los dedos y los brazos doloridos por el ascenso. ¿Qué era ese sonido? Miró hacia abajo.

Allí abajo había otra patrulla Prielight. ¿Alguien estaba dando la voz de alarma?

Soltó una mano de la pared, se la metió con cuidado en el bolsillo y extrajo una carga de pólvora. Haría ruido si la aspiraba, por lo que rompió el extremo de la carga y se la espolvoreó en la boca.

Ese ruido infernal no se acallaba.

Su trance de pólvora se intensificó y le produjo un mareo, por lo que él tuvo que aferrarse a la muralla por un momento.

Taniel casi comenzó a reírse.

El guardia que estaba encima de él estaba silbando.

Un alarido desgarró el silencio de la noche y casi hizo que Taniel se soltara por la sorpresa. Provenía de una de las ventanas que había por debajo de él.

Con el corazón retumbándole en los oídos, Taniel oyó que el guardia maldecía en voz baja y que luego se alejaba corriendo para ver qué había sucedido.

No había tiempo que perder. Taniel no podía asegurar si el grito había sido de Kresimir, de alguna de las víctimas del dios o si se trataba de alguien dando la voz de alarma a causa de Taniel. Trepó hasta el parapeto y echó una mirada. Nadie.

Ya sobre el parapeto, Taniel se dirigió en silencio hacia la torre de Kresimir. Llegaba a ver otros guardias en las murallas opuestas del castillo, y todos miraban hacia abajo, hacia el origen del alarido. Ninguno parecía haberlo visto.

Llegó hasta la torre y maldijo. No había puerta en ese nivel. Levantó la mirada. Otros quince metros de escalada, a plena vista de los guardias del parapeto. Un momento. Una ventana, a no más de cinco metros por encima de él.

Taniel se lanzó hacia arriba por la pared de piedra, trepando tan rápido como se atrevía, y en tan solo unos momentos atravesó la ventana. Se encontraba en la escalera de caracol de la torre. Echó un vistazo hacia la muralla por donde había subido y tuvo que parpadear para quitarse el mareo.

Estaba altísimo.

Taniel subió por la escalera de la torre hasta que llegó al final, donde había una puerta reforzada. Se detuvo allí y se preguntó qué clase de guardias pondría un dios en su dormitorio. Miró hacia abajo y se sintió agradecido de que no le estuvieran temblando las manos. No se oían pisadas desde abajo. Ni respiración desde dentro de la habitación. Kresimir debía de haber salido.

Empujó la puerta con suavidad. Esta se abrió con un gran crujido que lo hizo encogerse.

Taniel se detuvo al ver la habitación.

Se había esperado algo como lo que había visto en el Palacio de Kresimir en el Pico del Sur: una cama elegante con sedas caras y lujosos tapices y alfombras, preservados contra la naturaleza y el tiempo. Pero aquella... aquella no era la opulenta habitación de un dios.

La manta no era más que una sábana manchada. Las cortinas (tal

vez finas en alguna época pasada) ahora estaban rasgadas y desaliñadas. Había un espejo de cuerpo entero, roto. Una cama con dosel inclinada contra la pared porque dos de sus columnas estaban rotas.

¿Realmente era aquella la habitación de Kresimir? Había indicios de que se la utilizaba. Junto a una ventana había una mesa donde alguien había dejado comida. Taniel fue hasta allí y miró hacia afuera. Se encontraba justo por encima del Bajo Ad. Sobre la mesa había una jarra con cerveza hasta la mitad. Un ratón mordisqueaba el pan, sin mostrar el menor temor por Taniel.

Debía de ser un error. Taniel había visto el Palacio de Kresimir. La ciudad de Kresimir. El dios que había creado esas cosas no podía vivir en una torre como esa.

¿Qué podía hacer él? Goutlit debía de haberle mentido. Taniel apretó los dientes. Volvería a descender y desollaría a aquel gusano. La mitad de la noche, desperdiciada, y todo por...

Sus ojos se posaron sobre la cama. Las sábanas estaban cubiertas de sangre: unas salpicaduras color óxido.

Taniel abrió el tercer ojo.

Cayó de rodillas, anonadado por el caleidoscopio de colores del Otro Lado. Miles de colores pastel se revolvían y se movían, como si la hechicería misma hubiera nacido en aquella habitación. Taniel tuvo que respirar profundamente para dominar las ganas de vomitar. Ni siquiera la ladera del Pico del Sur se había visto así después de que los Privilegiados keseños lanzaran su hechicería más poderosa contra la Fortaleza de la Corona durante meses.

Taniel cerró por la fuerza el tercer ojo y lentamente volvió a ponerse de pie. Sacó su daga y avanzó a tropezones hasta la cama.

Agarró la sábana y la arrancó de la cama. Una o dos tiras largas bastarían. Se las podría envolver alrededor de la cintura, debajo de la chaqueta, y salir por la ventana en menos de un minuto.

Taniel se detuvo. Había oído algo. ¿Solo el viento o...?

Pisadas en la escalera.

Terminó de cortar y cogió un puñado de telas ensangrentadas. Corrió hacia la ventana.

La puerta se abrió.

Apareció un guardia Prielight llevando una bandeja con pan tierno, queso y una botella de vino. Se detuvo boquiabierto al ver a Taniel.

El silencio fue roto por el guardia, que arrojó la bandeja al suelo, desenvainó su espada y corrió hacia él dando un grito.

Capítulo 39

Tamas no supo bien qué le había molestado más: si la repentina mirada de miedo de Hailona, o lo que dijo después.

—Es cierto. ¡Adro invadió Deliv! —Las palabras le salieron como un grito ahogado. Hailona se llevó una mano a la boca—. Estás aquí, así que debe de ser cierto. —Se inclinó hacia atrás en el asiento, y por un momento, a Tamas le pareció que se caería.

Él corrió hasta su lado y trató de tomarle la mano, pero ella se la retiró como si él hubiese sido una serpiente.

—Aléjate —dijo ella sin aliento.

—No es cierto —dijo él—. Nada de eso.

—¿Cómo puedo estar segura? ¿Dónde está Sabon?

La pregunta que más temía Tamas. La evadió.

—Mírame. ¿Estoy de uniforme? ¿Me has visto en público desde que este ejército tomó Alvación? ¡Estos no son mis hombres!

Hailona lo miraba como en estado de shock.

Tamas continuó:

—¿Crees que sería tan estúpido de atacar Deliv? ¿Que me arriesgaría a que se uniese a la guerra cuando Kez ha saqueado Budwiel y amenaza el corazón mismo de Adro? No, Hailona, esto es una jugarreta de los keseños para poner en contra a nuestras naciones.

Hailona se armó de valor visiblemente. Se puso de pie, inspiró profundamente y cuadró los hombros. Regresó parte de su antigua realeza y ella pareció rejuvenecer.

—Explícate —le dijo. Su mirada era dura, acusadora.

Tamas se encogió. Habían pasado quince años desde la última vez que habían hablado. ¿Cómo podía convencerla?

—Tengo dos brigadas acampando a un día de la ciudad. Quedamos atrapados en Kez después de la batalla de Budwiel. Mis hombres están heridos, cansados y hambrientos. Vinimos a Alvación buscando refugio. Imagina mi sorpresa cuando vi soldados con uniforme adrano

controlando la ciudad.

—¿Puedes probarlo?

—¿Probarlo? Apostaría que la mitad de los soldados que hay allí fuera solo habla keseño. Los que hablan adrano tienen un acento más marcado que mi deliví. No tengo más idea que tú sobre qué es lo que está sucediendo aquí, pero tengo mis sospechas.

—Más vale que tengas algo mejor que "sospechas" —dijo Hailona—. Demasolin regresará en cualquier momento. No te creerá. —Lo dijo como si ella tampoco le creyera.

—¿Quién es? —Tamas miró la puerta por donde Demasolin había salido para perseguir a Vlora.

—Mi cuñado. El duque de Vindren.

—¿Te volviste a casar? No lo sabía.

—Hace diez años. Le pedí a Sabon que no te lo dijera. ¿Dónde está? Demasolin tampoco le creerá a él, pero un compatriota es más creíble que un adrano.

Tamas retrocedió. Sintió como si le hubieran abofeteado el rostro. ¿Le había pedido a Sabon que no le contara que ella se había vuelto a casar? Sabon era como un hermano para Tamas. En algún momento, él había estado cerca de casarse con Hailona, y ahora ella lo pasaba por alto como si no fuera algo relevante.

Se contuvo mentalmente. Tenía cosas más importantes por las que preocuparse.

Oyó unas pisadas acercándose por el corredor. La puerta se abrió y entró un caballero deliví mayor con la chaqueta de etiqueta típica de un sirviente. Pareció sorprendido de ver a Tamas allí, y echó una mirada rápida entre Hailona y Tamas. Se puso tenso, como preparándose para interponerse entre ellos.

—Está bien, Ruper —dijo Hailona—. ¿Cómo están todos?

—Ferhulia morirá antes de que acabe la noche —dijo Ruper. Su voz tenía los modales educados de un mayordomo—. Puede que Inel sobreviva, pero necesitamos moverlo. No podemos quedarnos aquí. Vendrán a por nosotros.

—¿Quién? —preguntó Tamas enérgicamente—. ¿Quién vendrá por vosotros?

—El general al mando del Ejército... —ella dudó un momento antes de continuar— adrano. Su nombre es Saulkin. Esta noche tratamos de matarlo, pero se trataba de una trampa. Me vio claramente cuando escapamos, y sabe quién soy.

—Puede que solo contemos con unos minutos, señora —dijo Ruper.

La puerta de cristal que daba al pórtico del observatorio se abrió. Demasolin entró con paso ligero. Se quitó unos guantes negros y los arrojó sobre la mesa, y se quedó helado cuando vio a Tamas.

—¿Quién es este? —Entrecerró los ojos, y su mirada atravesó a

Tamas.

Ahora Tamas podía verlo mejor. Demasolin era un treintañero, tal vez, con el rostro afeitado y una mandíbula firme. A Tamas le pareció que tenía el porte de un duque.

—Un viejo... amigo —dijo Hailona—. ¿Atrapaste al intruso?

Demasolin continuó mirando a Tamas.

—Al parecer, no. —Arrugó la nariz y olfateó—. Se escapó. Saltó la pared del jardín como si no fuera nada. Una maga de la pólvora. Apostaría mi vida. —Volvió a olfatear—. Al igual que este. —Con un movimiento rápido, Demasolin se deshizo de su pistola y de un cinturón de cargas de pólvora arrojándolas lejos de Tamas. Desenvainó su espada—. No me importa si vos sois un mago de la pólvora, os destriparé. Soltad vuestras armas.

—¿Creéis que podéis? —preguntó Tamas en voz baja.

Tamas estaba cansado. Había hecho todo ese viaje hacia el norte para llegar a Alvación, donde pensaba que finalmente recibiría refugio, y se había encontrado con que la ciudad estaba controlada por el enemigo y la mismísima gente a la que había buscado para pedirle ayuda ahora sospechaba de él.

Sabía que debería entregar las armas. Dejarles ver que él no era una amenaza. Tomarse el tiempo para explicarse.

Pero, si lo que Ruper había dicho era cierto, en cualquier momento llegarían más soldados. Tamas no entregaría sus armas por un hombre con una espada.

Tamas apoyó la mano suavemente sobre la empuñadura de su espada.

Demasolin corrió hacia él.

Tamas desenvainó su espada y acomodó el pie de atrás en un parpadeo. Demasolin se le echó encima a toda prisa.

—¡Detente! ¡Te matará!

Demasolin frenó. Tamas se relajó, pero enseguida tuvo cierta cautela. ¿Hailona se lo decía a él? Ella sabía quién era él. De lo que era capaz.

—Demasolin —dijo Hailona—. Por favor, espera. Te matará.

—Ya he matado magos de la pólvora —dijo Demasolin con los dientes apretados—. Maté a un Privilegiado. ¡Soy el duque de Vindren! —Lo dijo como si el nombre fuera a significar algo para Tamas.

Finalmente, así fue. Un leve destello en el fondo de sus recuerdos. Vindren. Un hombre con un Don para los olores. La nariz de un sabueso. Rápido como un mago de la pólvora en pleno trance.

Tamas bajó la espada.

—¿Os rendís? —preguntó Demasolin.

—No —respondió Tamas. Demasolin avanzó otro paso. —Me

parece que esto es una pérdida de tiempo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —dijo Hailona de pronto—. Allí, en la calle. El que mató a todos esos soldados. Te dije que era un mago de la pólvora —le dijo ella a su cuñado.

—Yo solo vi una sombra —dijo Demasolin. La punta de su espada vaciló.

—Era yo —dijo Tamas—. ¿Queréis una demostración?

—No me gustan las amenazas, viejo.

Tamas estudió a Demasolin. Los músculos tensos, listos para saltar. Su porte, su confianza en sí mismo y su postura dejaban en claro que era un espadachín talentoso.

De pronto, una joven entró a toda prisa por la puerta. Llevaba el pelo recogido, un capote sobre los hombros y Tamas percibió que tenía dos pistolas debajo del abrigo.

—Señora —dijo ella, echando un ligero vistazo a los dos hombres apuntándose entre sí con sus espadas—, hay soldados en la calle.

—¡Bajad las espadas! —les susurró Hailona a Tamas y a Demasolin. A la joven le preguntó—: ¿Cuántos?

—Ocho, señora, pero...

—¿Qué sucede?

—Están todos muertos, señora. Recientemente.

Hailona miró a Tamas.

Tamas se encogió de hombros.

—Yo solo maté a los que os perseguían.

Alguien golpeó suavemente la puerta de cristal que daba al pórtico. Todos miraron en esa dirección. Desde donde estaba, Tamas divisó a Vlora. Llevaba algo grande en las manos. Él le hizo un gesto para que entrara.

Ella abrió la puerta de una patada, entró y arrojó un cuerpo al suelo del observatorio.

—Puede que esto responda las preguntas —dijo ella.

—Una de mis capitanes —dijo Tamas a modo de presentación—. Vlora, te presento a lady Hailona, antigua gobernadora de Alvación.

Vlora miró a Hailona de reojo.

—Taniel me habló de ella. Una de tus antiguas amantes. Era bonita en su momento, ¿no?

Hailona lanzó un grito ahogado. Tamas, un gemido. Demasolin se volvió hacia Tamas.

—Mariscal de campo Tamas —rugió Demasolin—. ¡En guardia, desgraciado!

Se lanzó hacia Tamas con una velocidad sorprendente. Tamas casi ni llegó a levantar la punta de su espada a tiempo. De inmediato tuvo que adoptar una actitud defensiva; bloqueó dos veces y retrocedió. Esquivó una estocada particularmente violenta y sintió un terrible

dolor en la pierna.

De pronto, Tamas estaba cayendo. Aterrizó sobre su trasero y golpeó una planta en una maceta haciéndola caer. Mantuvo la espada en alto en una posición defensiva mientras Demasolin siguió avanzando.

Un disparo de pistola hizo detenerse a Demasolin. Tamas se quedó mirando la punta de la espada de Demasolin, sin poder siquiera llegar a comprender lo rápido que se movía aquel hombre. Era como luchar contra un Guardián: con la misma velocidad que tenían esas criaturas, pero sin su torpeza.

Con una mano, Vlora sostenía una pistola humeante apuntando al techo. Con la otra, una pistola cargada apuntando a Demasolin. Cayó un poco de yeso del techo.

—Deteneos —dijo—. Soltad la espada. No erraré el tiro.

Demasolin le echó una mirada a Vlora y luego una a Tamas, que yacía en clara desventaja en el suelo. Tamas intentó evitar que el dolor le llegara a los ojos.

“No muestres debilidad”. Demasolin arrojó su espada al suelo resoplando de indignación.

Tamas oyó varias pisadas en el corredor. Algunos rostros aparecieron en la puerta. Se desenfundaron espadas y pistolas. Vlora mantuvo su pistola apuntando a Demasolin.

Hailona hizo un gesto conciliador con ambas manos.

—Todo va bien —dijo a las personas que había en la puerta—. Preparaos para partir. Tenemos que irnos de la mansión.

Vlora le dio una patadita al cuerpo que tenía a sus pies. Se trataba de un hombre con chaqueta adrana, pelo castaño y bigote. Estaba vivo, con los ojos muy abiertos, mirando aterrorizado a Vlora.

—Este puede responder algunas preguntas —dijo Vlora.

Demasolin atravesó la sala, tomó al hombre por el frente de la chaqueta y lo obligó a sentarse en el suelo. El soldado tenía las manos atadas con su propio cinturón.

—¿Por qué le faltan las botas? —preguntó Demasolin.

Vlora bajó la pistola.

—Si no tiene botas, estará menos dispuesto a correr.

Tamas se puso de pie lentamente mientras la atención estaba puesta en otro lado. No lograba darse cuenta qué le dolía más, si la pierna o el orgullo. “Estoy muy viejo para esto”. Probó la pierna con suavidad. Parecía poder soportar su peso. ¿Había sido un ataque momentáneo de debilidad? Mejor no arriesgarse.

Envainó la espada y fue cojeando hasta el gran escritorio que había en medio de la sala para poder tener algo sobre lo que inclinarse. Hailona lo estaba observando. En sus ojos había algo que rondaba entre las sospechas y el miedo.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Demasolin al prisionero.

Los ojos del sujeto seguían muy abiertos, pasando de uno en uno por los rostros poco amistosos que había en la sala. Permaneció en silencio.

Demasolin lo agitó por el frente del chaleco y pasó de deliví a adrano.

—¿Quién eres tú? ¡Habla ahora!

Nada.

Demasolin abofeteó al soldado, con la mano abierta. De pronto, el soldado se defendió y forcejeó con Demasolin, intentando hacerlo caer, pero se detuvo cuando Vlora le apoyó el cañón de su pistola contra el cuello.

Vlora se inclinó sobre el soldado. En keseño, le preguntó:

—¿Me entiendes? —Estaba usando un tono de voz suave, casi seductor, y Tamas no la habría oído si no hubiera seguido en su trance de pólvora.

El soldado asintió con la cabeza.

—¿Valoras tu vida?

Volvió a asentir, con más énfasis.

—Querido, si quieres llegar a mañana, más te vale responder las preguntas de este buen hombre. Si no... —Suavemente, frotó el extremo del cañón de la pistola contra el cuello del soldado.

Otra vez con el tono de voz casi seductor. Era una faceta de Vlora que Tamas nunca había visto.

—Soy... soy Galhof, de Adopest. Soldado adrano —dijo el sujeto en adrano. Su acento era muy marcado, y las palabras le salían entrecortadas.

—Inténtalo de nuevo —dijo Vlora en keseño. Ella no había dejado de acariciarle el cuello con la pistola—. Pero será mejor que logres un mejor adrano o que desarrolles de inmediato inmunidad a las balas.

Los ojos del sujeto casi se le salieron de las órbitas cuando intentó mirar la pistola que tenía apoyada contra el cuello sin volver la cabeza. Se aclaró la garganta.

—Mi nombre *es* Galhof —dijo en keseño—, pero... soy un soldado de Kez.

—¿Qué estáis haciendo en Alvación? —preguntó Demasolin—. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Debemos tomar la Guardia de la Montaña que está sobre la ciudad.

—¿Por qué el engaño, entonces? ¿Por qué la chaqueta adrana?

—No lo sé, señor —dijo Galhof—. Solo soy un soldado.

Tamas no tenía tiempo para aquello.

—Adivina —dijo gruñendo.

—Para que Deliv culpe a Adro por el ataque.

—Pero ¿cómo esperaban que la treta se sostuviera? —preguntó Hailona—. Ya hay sospechas. —Le echó una mirada a Demasolin—. Estuve una semana diciendo que me parecía que eran keseños.

El soldado miró a su alrededor, como buscando algún aliado. No dijo nada.

Tamas sintió un pavor repentino en la boca del estómago. Se fue intensificando, a medida que su certeza se iba fortaleciendo. Cuando habló, su voz salió como un gruñido.

—Planean incendiar Alvación. Ah, diablos Toda la ciudad. La van a incendiar por completo, matarán a todo hombre, mujer y niño. Dejarán pruebas suficientes para que se culpe a Adro. Para cuando alguien se detenga a considerarlo, Deliv ya habrá entrado en guerra con Adro.

—Ni siquiera los keseños se rebajarían tanto —dijo Demasolin.

Ahora Tamas estaba seguro.

—El sujeto que está al mando de este ejército es un monstruo.

—¿Quién es?

—El duque Nikslaus. El Privilegiado favorito del rey. No se detendrá ante nada para ganar esta guerra.

—Conozco ese nombre —dijo Hailona suavemente.

Tamas le lanzó una mirada de advertencia. Aquel no era el momento de sacar a relucir su historia con Nikslaus.

De pronto, Ruper volvió a aparecer en la puerta.

—Señora, debemos irnos —dijo—. El centinela ha visto soldados acercándose por la calle principal. Más de cien. Debemos irnos ahora.

—¿Y los heridos? —preguntó Hailona.

—Tendremos que cargarlos, o dejárselos a los adranos.

—No son adranos —dijo Hailona—. Son keseños. Vamos, rápido. Lleva a todos al sótano. Usaremos el viejo pasadizo para cruzar la calle y llegar a la mansión Wyn y luego ir a Molineros.

El mayordomo ni se inmutó ante la corrección.

—Muy bien, señora. —Ruper volvió a desaparecer.

Demasolin recogió su espada del suelo y se detuvo junto a Tamas.

—Esto no ha terminado, viejo —le dijo deslizando la espada dentro de su funda con un chasquido—. Los periódicos adranos os llaman “salvador”. Yo digo que sois un carnicero y un traidor a su propia corona.

—Soy todo eso —dijo Tamas encogiéndose de hombros.

Demasolin pareció desconcertado al oírlo. Salió de la sala.

Tamas volvió a mirar al soldado keseño.

—Sabe dónde vamos —dijo.

—Bien —dijo Vlora. Tomó al soldado de la nuca y lo obligó a salir.

Hailona se llevó una mano a la boca.

—Ese hombre…

El disparo resonó en la entrada.

—El destino en la vida de un soldado es el de morir por su país —dijo Tamas.

—Era nuestro prisionero.

—Se pasó las últimas semanas aterrorizando a tu ciudad, junto a sus compatriotas. La justicia debe hacerse deprisa, o puede que no llegue nunca.

—¿Eso es lo que dijiste sobre los nobles adranos cuando los enviaste a la guillotina?

—Sí.

—Siempre dijiste que eras un soldado —dijo Hailona. Hablaba con un tono de acusación—. ¿Aceptas que tu propia muerte es inevitable?

Tamas se inclinó para restregarse la pierna.

—La muerte siempre es inevitable. A principios de este año abandoné la idea de morir rodeado por mis nietos. —No pudo evitar mirar hacia la puerta por la que Vlora acababa de salir. Sus pensamientos fueron hacia Taniel. ¿Seguía con vida? ¿Había despertado del coma? Estaba tan lejos. No había nada que Tamas pudiera hacer. —Algún día moriré por mi país. Preferiría que fuera en un campo de batalla más que en las manos de un verdugo keseño.

—Realmente lo crees, ¿no es así?

—¿El qué? —preguntó Tamas.

—Que lo que hiciste fue lo correcto.

—Por supuesto.

—¿No podría haber habido una mejor alternativa que matar a todas esas personas?

—Probablemente —dijo Tamas—. Pero no la elegí.

“Díselo”, le dijo algo en su interior. “Cuéntale la muerte de Sabon. Tendrá que suceder tarde o temprano”. Mejor que se enterara por él y no por alguien más.

—Necesito tu ayuda —dijo Hailona.

—Estaba a punto de decirte exactamente lo mismo.

Hailona le miró con suspicacia.

—Mi esposo, el hermano de Demasolin, fue capturado por los ad... por los keseños. Lo tienen cautivo en la prisión principal de la ciudad. Esta noche intentamos rescatarlo y liberar a todos los prisioneros que hay allí. Fue uno de los veinte ataques que hubo por toda la ciudad, que estuvimos planeando durante más de una semana. Fallamos, y si nuestro fracaso fue un indicio, sucedió lo mismo con todos los otros ataques.

—¿Están enviando a todos los prisioneros a esa prisión? —preguntó Tamas—. Hace unos días, capturaron a uno de mis exploradores en el límite del altiplano. Por eso vine solo con Vlora. Para intentar rescatarlo.

—No lo sé. Demasolin tiene ojos por toda la ciudad. Podrías preguntarle a él.

Claro que habría que ver si se dignaría a contestarle una pregunta de Tamas; eso ya era otro tema.

Tamas encontró a Demasolin en la puerta de entrada buscando alguna señal de los keseños. Tamas oía el sonido de soldados en la calle, más allá de los muros de la mansión. Se movían en silencio, Demasolin probablemente no podía oírlos.

El deliví le lanzó una mirada de desprecio.

Tamas la ignoró.

—Hace cuatro días —dijo Tamas—, los keseños capturaron a uno de mis exploradores cuando cruzábamos el altiplano en dirección a Alvación. Vine a la ciudad a rescatarlo. Me parece que vuestro hermano también está prisionero. Creo que podríamos ayudarnos mutuamente.

Demasolin ni siquiera lo miró.

—No quiero vuestra ayuda —dijo con frialdad.

Tamas se tragó una réplica apretando los dientes. Qué poca visión tenía el desgraciado. Típico noble.

—Mi hijo —dijo Tamas en voz baja— yace semimuerto porque eligió salvar a Adro antes que a sí mismo. Está en Adopest, y yo no sé siquiera si sigue con vida. El hombre que los keseños tienen prisionero es el hermano de mi difunta esposa. Puede que sea el último que me queda de familia con vida. Me consideráis un monstruo —continuó diciendo Tamas—. Tal vez tengáis razón. Pero los keseños tienen a vuestro hermano, y tienen al mío. Creo que si trabajamos juntos, podemos recuperar a ambos.

Demasolin no respondió. Tamas esperó unos segundos y luego se volvió.

No había nada que pudiera decir para convencerlo.

—Esperad —dijo de pronto Demasolin—. Hace tres días, trajeron a un prisionero por la puerta sur. Un hombre gigante que llevaba chaleco de líder de la Guardia de la Montaña.

—Es él.

—Mis contactos me dicen que está en la misma prisión. Os ayudaré.

—Gracias —dijo Tamas.

—Os ayudaré, pero no dudaré en mataros si es necesario.

Capítulo 40

Taniel desenvainó su cuchillo y se lanzó hacia delante.

Cogió al guardia Prielight por el pecho, lo empujó hacia la puerta, y ambos la atravesaron. Cayeron por la escalera en un revoltijo de miembros, gruñidos e insultos. Taniel pudo detener su propia caída agarrándose a las paredes de la escalera de caracol.

El Prielight siguió algunos escalones más y cayó de espaldas contra la pared, con la daga desenvainada. Se limpió la sangre que tenía en la comisura de la boca.

—¡Guardias! —gritó el Prielight.

Luego, se lanzó hacia delante blandiendo el cuchillo. Taniel esquivó un ataque y luego otro. A pesar de estar en desventaja en la escalera, el Prielight era increíblemente veloz, y obligó a Taniel a ir retrocediendo por las rápidas estocadas que le lanzaba a los pies.

Taniel lanzó un cuchillazo hacia la cabeza del Prielight, pero el sujeto lo esquivó. El contraataque lanzó unas chispas contra los escalones de piedra al lado del pie de Taniel.

Taniel le pisó la muñeca para sujetarle la mano, se inclinó y le lanzó una estocada veloz al cuello.

El puño del Prielight le dio contra la ingle. Taniel sintió unas náuseas muy intensas y cayó de espaldas sobre la escalera. Parecía como si el estómago se le hubiese dado la vuelta. El guardia Prielight subió la escalera dando tumbos y levantó su cuchillo.

Taniel apoyó los pies contra el pecho del sujeto y lo empujó.

El guardia lanzó un grito de desesperación mientras caía por la escalera. Taniel se volvió para subir corriendo por la torre cuando algo le llamó la atención. Había alguien en la escalera, justo por debajo de donde él y el Prielight habían estado peleando. En la oscuridad, no parecía ser más que una sombra, y Taniel sintió unos dedos fríos recorriéndole la columna vertebral.

El espectro llevaba una máscara con un solo agujero de ojo, y una

toga larga blanca.

Kresimir.

Taniel subió volando por la escalera, impulsado por el miedo. Cerró de un golpe la puerta de la torre y fue hasta la ventana más lejana. Estaba justo por encima del Bajo Ad. No había forma de saber la profundidad del río en aquel lugar. Tan solo la caída podía matarlo, y aun si sobrevivía, el río lo arrastraría hasta Budwiel.

Pero era mejor correr ese riesgo que enfrentarse a una muerte segura por los poderes de Kresimir.

Taniel se tanteó los bolsillos. Ya no tenía las telas ensangrentadas. Si se iba sin ellas, todo aquello habría sido en vano.

Allí estaban, en el suelo. Debieron de haberse caído cuando atacó al Prielight. Taniel cogió las telas y se las colocó en el cinturón.

La puerta de la torre se abrió.

El Prielight se le echó encima sin vacilar. Taniel forcejeó con el sujeto, acercándose a la ventana más lejana.

Sobre el hombro del Prielight llegó a divisar a Kresimir.

—Alto —dijo el dios.

Su voz era como el tañido de una campana resonando en la cabeza de Taniel.

El Prielight se separó de Taniel y se tapó los oídos. Taniel lo tomó por los hombros y lo empujó hacia Kresimir, y luego corrió hacia la ventana.

Dio unos pocos pasos y arremetió hacia la ventana para lanzarse lo más lejos posible del castillo. El viento silbó en sus oídos mientras él caía con el corazón en la garganta, viendo las oscuras aguas del Bajo Ad acercándose a toda velocidad.

Taniel cayó en las oscuras profundidades y la fuerza del impacto lo hizo expulsar todo el aire que tenía. Los pies se le hundieron en los sedimentos del fondo del río y sintió que la corriente lo desgarraba mientras sus dedos buscaban desesperadamente la superficie. Los pulmones le quemaban. Le dolía la mandíbula por el esfuerzo de mantenerla cerrada.

Un momento después atravesó la superficie y cogió aire entre jadeos.

El castillo ya había quedado atrás, y se alejaba mientras el río arrastraba a Taniel. Enseguida se dio cuenta de que estaba yendo en dirección a la orilla. Sintió que su pierna golpeaba una roca y luego volvió a quedar bajo el agua por un momento. Regresó resoplando hacia la superficie.

La gente del castillo gritaba y lo señalaba. A él no le quedaría otra que nadar hasta la orilla opuesta y flotar hasta la propia Budwiel. La corriente era lo suficientemente rápida para mantenerlo por delante de cualquier guardia Prielight que intentara perseguirlo, y él podría

ocultarse en las ruinas de la ciudad hasta la noche siguiente. Taniel observó la otra orilla.

Parpadeó sorprendido. Algo iba mal.

La orilla ya no se movía. El agua avanzaba, Taniel podía sentir cómo tiraba de él, pero él estaba quieto.

De pronto, se encontró mirando la orilla desde arriba y se le revolvió el estómago. ¿Cómo podía ser? Él seguía en el agua.

Tuvo un momento de confusión, pero luego lo entendió.

Él y todo un volumen de agua equivalente a un lago habían sido levantados del río por medio de hechicería. Era como si un gigante hubiera recogido agua con una mano y Taniel estuviera en esa mano. El estómago se le revolvió aún más. Siguió elevándose, y luego comenzó a moverse hacia el castillo.

Taniel nadó hasta el borde. No había nada allí, salvo una gran caída hasta tierra firme. Extendió los dedos. Dieron contra una pared de aire endurecido.

Unos momentos después, Taniel fue arrojado sin ceremonias en el patio del castillo junto con los miles de litros de agua.

El agua lodosa del Bajo Ad cayó como una cascada por los adoquines de piedra caliza. Taniel se puso de pie, con el agua hasta los tobillos, y miró frenéticamente a su alrededor.

—¡De rodillas!

Los guardias Prielight salieron al patio gritando en keseño. Había decenas y decenas, y cuando Taniel extendió los sentidos, vio que todos llevaban rifles de aire; ninguno tenía pólvora.

Buscó su cuchillo, pero lo había perdido en el río. También le faltaba una de sus pistolas, y la otra estaba completamente empapada. La pólvora no serviría. Aun así, la sacó de su cinturón y la cogió del revés. Encima de las murallas, los guardias Prielight apuntaban hacia él con sus rifles de aire.

—¡Abajo! —El primer guardia en llegar a él lo amenazó con una pica larga—. ¡De rodillas, cerdo!

Pareció sorprenderse cuando Taniel avanzó hacia él, dejó atrás la cabeza de la pica y le dio un culatazo en el rostro. Taniel dejó caer la pistola y le quitó la pica al Prielight. Se preparó. Se dio cuenta de que aquella era una pelea que no podía ganar.

Un rifle de aire chasqueó, luego otro. Las balas rebotaban en los adoquines del patio. Taniel corrió hacia el Prielight más cercano. “Sigue moviéndote”, se dijo a sí mismo. “Sé un blanco más difícil. Y métete entre los guardias para que, como mínimo, alguno reciba un impacto de uno de los suyos en la confusión”.

—Detente.

Taniel se tambaleó, y casi dejó caer la pica. De pronto se sintió mareado, sin aliento. De nuevo, la palabra parecía el tañido de una

campana gigante.

Los guardias Prielight arrojaron sus armas y cayeron de rodillas tapándose los oídos.

Taniel se obligó a seguir avanzando. Cada paso era como atravesar una ciénaga.

—Dije que te detuvieras. —Kresimir apareció en una de las puertas del patio.

El agua del Bajo Ad que había echado en el patio parecía encogerse y evaporarse debajo de sus pies; cuando él caminaba, lo hacía sobre adoquines resecos.

Taniel siguió moviéndose. Su cuerpo quería detenerse, pero él sabía que no podía. Debía seguir adelante. Alejarse del dios.

—¿Por qué no obedeces mis órdenes? —La voz de Kresimir era la más grave que Taniel había oído en su vida. Le resonaba dentro de los oídos. El dios inclinó la cabeza hacia un lado, como con curiosidad. Señaló los adoquines—. Arrodíllate.

—Idos al diablo —le dijo Taniel. Le temblaba todo el cuerpo por el esfuerzo de moverse.

—¡Arrodíllate! —El castillo tembló. Uno de los Prielight lanzó un alarido. Taniel percibía la confusión de Kresimir detrás de la máscara —. Capturadlo —murmuró Kresimir.

Los guardias Prielight se pusieron de pie. A Taniel, el mero hecho de moverse le costó muchísimo cuando intentó reaccionar al avance de los guardias.

Luchar estaba fuera de toda discusión.

Le arrebataron la pica. Alguien le golpeó la espalda con la culata de un rifle de aire y le hizo caer de rodillas.

—Un espía, milord —dijo el capitán de la guardia—. Otro asesino.

—¿De quién?

Unos dedos agarraron a Taniel del pelo y le echaron la cabeza hacia atrás para que pudiera mirar a Kresimir.

—Contéstale a tu dios, canalla —dijo el capitán de la guardia.

Taniel se aclaró la garganta y escupió el contenido a los pies de Kresimir.

Una culata le golpeó el rostro.

—Principiantes —dijo Taniel. Los prebostes de Ket lo habían golpeado con más fuerza.

—Es adrano, milord —dijo el capitán de la guardia.

Kresimir dio un pequeño paso hacia atrás.

—¿Quién te ordenó que vinieras? —Hizo una pausa, luego preguntó—: ¿Por qué no respondes? Tu dios te lo *impone*.

El siguiente golpe fue con el mango de una pica contra la barbilla, que a Taniel le pareció que le había dislocado la mandíbula. Algo le golpeó el estómago. Lo arrastraron por el pelo y lo golpearon de

nuevo, y una vez más. Aquellos *no eran* principiantes. Comparado con aquellos golpes, el primero había sido suave.

—Contéstale a tu dios —dijo el capitán de la guardia.

Taniel permaneció en silencio.

—Rómpanle el brazo.

Un Prielight le cogió la muñeca y se la dobló hacia atrás, luego le apoyó una rodilla contra el codo, como si estuviera partiendo una rama para el fuego. Taniel apretó los dientes tratando de no gritar. Una vez. Dos veces. Tres veces.

—Rómpeselo —volvió a decir el capitán de la guardia.

—No puedo. Es como tratar de partir un cañón. —El Prielight se restregó la rodilla.

—Trae un martillo.

—Estúpidos. —La voz de Kresimir hizo que los Prielight se encogieran de miedo. Se acercó y miró a Taniel.

Taniel sintió el calor de la hechicería como si fuera una llama acercándose lentamente.

—Ruega —dijo Kresimir.

Taniel negó con la cabeza.

—¡Ruega! —La mandíbula de Kresimir se retorció, tensa, y Taniel sintió que el calor se acercaba a toda prisa. Retrocedió involuntariamente, listo para la peor clase de dolor.

De pronto, Kresimir se echó hacia atrás y un lamento se le escapó de los labios. Se hizo más y más fuerte, y habría partido las piedras del castillo si se hubiera extendido más. Tal como sonaba, a Taniel le pareció por un momento que lo volvería loco. El dios cayó al suelo apagándose unas llamas invisibles con las manos y gimoteando.

Taniel sintió que de su interior brotaba una risita. Le brotó por la boca como un pensamiento gracioso en un momento inoportuno.

Las guardas de Ka-poel. Eso debía de ser.

Kresimir no podía atravesarlas.

Kresimir se encogió sobre los adoquines. Se le había caído la máscara. Miró a Taniel con un ojo abierto de miedo. El otro ojo estaba lleno de pus y chorreando un líquido negro sobre una mejilla hinchada, color púrpura.

—¿Qué me hiciste? —preguntó Kresimir.

Taniel no podía dejar de reírse.

—Ah —dijo—. No fui yo. Acabas de conocer a Pole.

Taniel intentó moverse. Aún no podía.

Kresimir tanteó el suelo a ciegas buscando su máscara. Se la puso de nuevo y se levantó, pero no volvió a acercarse a Taniel.

—Traed al traidor adrano —dijo Kresimir. Había miedo en su voz —. Haced que identifique a este espía.

Taniel esperaba a cuatro patas, con la cabeza colgando por el cansancio. Kresimir había enviado a sus hombres hacía solo treinta minutos.

“Un traidor”, había dicho Kresimir. ¿Quién era? Taniel había sospechado desde el principio que tal vez fuera Ket. Había ordenado las retiradas con mucho entusiasmo. O tal vez Doravir.

Por supuesto, podía ser alguien de menor rango. Un asistente de general, o incluso algún mensajero. Mucha gente tenía acceso a la clase de información sensible que le podría dar la ventaja a Kez.

Pero Taniel tenía la impresión de que tampoco era un oficial de bajo rango. Suponía que se trataría de un coronel, o incluso de un general.

Kresimir caminaba lentamente por un rincón del patio del castillo. Por momentos, posaba su único ojo sobre Taniel.

Taniel le devolvía la mirada, desafiante. Él había derribado a ese dios. Le había dado un balazo en el ojo. Había demostrado que un dios podía sentir dolor.

No le daría la satisfacción a Kresimir de verlo retorcerse.

Por supuesto, Taniel sabía que tal vez cambiara de parecer después de algunos días de tortura. Tenía que ser realista. Las guardas de Kapoel parecían protegerlo de la hechicería. Tal vez incluso del daño físico permanente. Pero por experiencia propia sabía que aún podía sentir dolor.

Qué gracioso. La protección de ella tal vez terminara siendo su ruina. Los keseños podrían torturarlo por tiempo indefinido.

Unos pasos se acercaron por un corredor colindante con el patio. Taniel se inclinó hacia atrás sobre las rodillas. Vería a aquel traidor y le escupiría a los ojos antes de morir.

—Milord, ¿me mandasteis a llamar?

Taniel volvió la cabeza enérgicamente.

El traidor era un hombre mayor, corpulento. Llevaba charreteras de general, y la manga izquierda de su uniforme azul adrano estaba enganchada al hombro para compensar el brazo que le faltaba.

El general Hilanska.

—¿Quién es este asesino? —Kresimir hizo un gesto en dirección a Taniel.

—¿Milord? —Hilanska se volvió. Abrió mucho los ojos al ver a Taniel, y por un momento movió la boca silenciosamente.

—¿Lo conoces?

—Claro que sí, milord. Es el mismísimo hombre al que busca: el ojo detrás de la llave de chispa. Taniel Dos Tiros.

—Me lo temía… —Las palabras brotaron de la boca de Kresimir como un susurro.

Taniel se puso de pie. Era como intentar sostener el peso de todo el

castillo, con las rodillas cediendo y las piernas temblando por el esfuerzo.

—Os mataré —le dijo a Hilanska.

—¿Lo enviaron aquí? —preguntó Kresimir.

El general parecía preocupado.

—No, mi lord. En este momento, debería estar bajo arresto domiciliario en el campamento de las Alas de Adom.

—¿Por qué? —preguntó Taniel enérgicamente—. ¡Mi padre confiaba en vos! Todo lo que había sucedido: el arresto, el consejo de guerra, el ataque a Ka-poel. ¿Todo había sido obra de Hilanska?

—Mencionó un nombre: Pole —dijo Kresimir.

Hilanska frunció el ceño.

—No conozco a nadie..., ah. Hay una muchacha llamada Ka-poel.

—¿Es una gran hechicera? ¿Por qué no sabía nada sobre ella?

Taniel se lanzó hacia delante. Los guardias lo rodearon amenazándolo con picas y con rifles de aire.

—¡Ni una palabra más, Hilanska!

—Es prácticamente una niña. La acompañante de Dos Tiros. Una salvaje.

—¿Y una hechicera?

—Una Ojo de Hueso. Una especie de maga salvaje. Con poderes insignificantes.

—Mátala.

Taniel lanzó un gruñido. Sintió que la hoja de una pica le rasgaba el hombro, atravesando piel y músculo, mientras él se abría camino a la fuerza por el círculo de guardias Prielight. Uno de ellos se arrojó frente a Taniel. Sin siquiera detenerse, Taniel tomó al sujeto de la garganta y le destrozó la tráquea.

Hilanska se volvió para correr, pero era demasiado lento. Taniel saltó tras él con las manos hacia delante, listo para destrozar el cráneo de aquel traidor con sus propios dedos.

Y lo habría hecho si Kresimir no se hubiera interpuesto entre ellos.

El dios levantó una mano y Taniel volvió a sentir que le caía encima ese terrible peso.

Lo atravesó e hizo a un lado la mano de Kresimir. Sentía el cuerpo como si no fuera suyo, y cedió ante la furia que le corría por las venas.

Taniel pensó que sus puños golpearían algo duro como el acero al tocar la carne del dios. En cambio, Kresimir se derrumbó ante él y lanzó un grito. Los nudillos de Taniel golpearon con fuerza la mandíbula de Kresimir y luego su rostro. La máscara de Kresimir cayó al suelo, y Taniel se le sentó encima y siguió golpeándolo.

La nariz de Kresimir era una fuente de sangre y sus dientes cedieron ante la paliza.

Taniel tenía los dedos alrededor de la garganta del dios cuando los

Prielight los separaron. Él lanzó puñetazos en todas direcciones e hizo caer a varios Prielight al suelo, hasta que finalmente lo derribaron.

—¡No lo matéis! —gritó Kresimir, poniéndose de pie con dificultad. Tenía el rostro color escarlata; su toga blanca, empapada de sangre—. No lo matéis —volvió a decir. Se colocó la máscara y lentamente se alejó de Taniel—. Colgadlo en lo alto. Quiero que el mundo vea lo que le sucede a un hombre que pensó que podía matar a dios.

Los Prielight se llevaron a Taniel a rastras. Él pateaba y gritaba, lanzando todos los golpes que podía. Mientras se lo llevaban del patio, oyó que Kresimir le hablaba a Hilanska.

—Mañana haré arder al ejército adrano.

—¿Estáis seguro, milord? ¿Qué hay de Adom?

—Él arderá con los demás.

Adamat se pasó la noche entre los brazos de su esposa y se levantó temprano para ir al río.

Eran poco más de las siete, pero ya había gente allí. A juzgar por el resplandor del sol, que se elevaba por sobre el Palacio del Horizonte ya abandonado, aquel sería un día precioso. Había pocas nubes. El cielo se veía azul y dorado.

Adamat encontró un lugar donde la ruinosa muralla de la ciudad vieja dominaba el río Ad en su llegada a Adopest, antes de que este hiciera un meandro y desembocara en el mar Ad. Se sentó sobre la muralla y dejó los pies colgando del borde, y se puso a comer un pastel de carne que le había comprado a un vendedor callejero. Aún sentía la carga de la pérdida de Josep. Faye tal vez tuviera razón; los otros niños lo necesitaban. Tenía que protegerlos de alguna manera de aquella nueva amenaza.

Rogó que Josep pudiera perdonarlo.

No se veía ningún barco hacia el norte. Tal vez Ricard había exagerado. Seguramente los buques mercantes de la Sociedad Mercantil no podían recorrer todo el río Ad tan rápido, ¿no?

Aun así, esperó. Ricard no le había dado una estimación de cuándo llegarían las naves de lord Claremonte, y Adamat no se lo quería perder. No tenía ningún plan, ningún ardid que pudiera evitar que lord Claremonte cumpliera su objetivo. Solo podía observar. Algo le dijo que aquel sería un día que recordaría durante el resto de su vida.

Hacia las once en punto, la multitud era tanta que los carruajes ya no podían circular por las calles. La gente se gritaba y el ruido era ensordecedor. Nadie parecía saber qué estaba sucediendo. La única información que tenían provenía del artículo que Ricard había publicado la noche anterior en el periódico.

Había mucha exaltación en las calles, se habían desplegado todas las fuerzas policiales. Más de un viejo veterano llevaba un uniforme

desgastado del ejército adrano y cargaba al hombro un mosquete de hacía cincuenta años. Otros hombres habían llevado a toda la familia y estaban de pícnic sobre la muralla de la ciudad vieja. Algunos pasteleros y vendedores de pasteles de carne ofrecían sus productos a la multitud.

Adamat le compró un periódico a un joven vendedor y leyó detenidamente el artículo de primera plana de Ricard. Era un discurso conmovedor que instaba a la gente a defender su ciudad contra las opresiones de la invasión y la tiranía extranjeras. Adamat bajó el periódico y observó a un par de niños chapoteando en el agua embarrada del Ad como si se tratase de un día de carnaval.

Siguió hojeando el periódico mientras esperaba los barcos de Claremonte. Rumores infundados provenientes de Kez que decían que el mariscal de campo Tamas seguía con vida. Noticias recientes desde Deliv de que un ejército adrano tenía sitiada una de sus ciudades; ridículo.

El creciente volumen de los gritos de la multitud hizo que Adamat levantara la vista del periódico.

Había barcos en el horizonte.

Comenzaron como puntos blancos arrastrándose por el río que se fueron acercando sin detenerse. Se movían a una velocidad casi imprudente, sobre todo por tratarse de buques mercantes navegando por un río de agua dulce. Avanzaban a toda vela con la corriente, con el viento a favor.

Eran las dos en punto cuando los barcos finalmente llegaron a Adopest. Adamat nunca había viajado en un trasatlántico, y había estado en ciudades portuarias de océano solo un puñado de veces en su vida. Lo que sabía de ellos provenía de los libros, pero se daba cuenta de que la embarcación principal era un navío de línea de cuarta clase, y contó veintitrés portas cañoneras solo de un lado. Parecía ser la embarcación más grande, y enarbolaba una bandera a rayas verdes y blancas con una corona de laureles en el centro: el emblema de la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla.

Los barcos plegaron sus velas y flotaron río abajo. Adamat veía a los marineros corriendo por la cubierta y a soldados de infantería brudana mirando inmutables a la multitud que los esperaba en Adopest. Las portas cañoneras estaban abiertas.

Si Claremonte estaba invadiendo, sus barcos podrían destruir buena parte de la ciudad sin siquiera hacer desembarcar a sus soldados.

No había movimiento entre las lanchas. La infantería parecía conformarse con quedarse allí sin hacer nada, y los marineros estaban...

Adamat los observó detenidamente. ¿Qué estaba sucediendo? Se maldijo por su limitado conocimiento sobre navegación. Bajaron las

vigas transversales, desengancharon las velas y las guardaron, y enseguida Adamat comprendió que estaban quitando los mástiles.

Él ni siquiera sabía que se podía hacer eso. Pero tenía sentido. Si bien los puentes que había en el norte sobre el Ad habían sido reemplazados para permitir el paso de barcos con mástil, eso no había sucedido con los que estaban en el centro de Adopest. Si Claremonte quería llevar su flota al mar Ad, donde sería más efectiva, tendría que quitar los mástiles por completo, flotar por el río y reinstalarlos en aguas abiertas.

Adamat estaba desesperado por hacer algo. Aquella enorme multitud no tenía a nadie que los guiara. Al igual que él, solo observaban mientras se quitaban los mástiles. ¿Qué más podían hacer? Los barcos estaban anclados en medio del río y estaban fuertemente armados. Se habría necesitado al ejército adrano para detenerlos.

Adamat quedó sorprendido por la velocidad con la que quitaron los mástiles, y dejó su lugar en el borde de la muralla para ir avanzando junto a los barcos a medida que levaban anclas y seguían río abajo.

Se sorprendió aún más cuando los barcos volvieron a echar ancla entre los puentes y se detuvieron a poco menos de un kilómetro de la salida al mar Ad.

Notó que se habían detenido junto a la enorme catedral Kresim de la ciudad nueva.

Adamat descendió de la muralla de la ciudad vieja y se abrió paso a la fuerza entre la multitud para cruzar el puente y dirigirse a la catedral Kresim. Cada poco tiempo, miraba en dirección a los barcos, pero nada había cambiado. Aún había muchísima actividad a bordo. Aún no había indicios de que fueran a bajar las lanchas o a disparar los cañones.

Entre la catedral Kresim y el río Ad había un anfiteatro que los dioceles de la Iglesia usaban para dirigirse a las multitudes más concurridas. Para cuando Adamat llegó, el anfiteatro estaba atestado de gente que intentaba ver mejor los altos barcos.

Era una trampa mortal. Adamat maldijo a todos los que estaban dentro del anfiteatro por su estupidez. Cientos morirían si Claremonte atacaba incluso con una sola descarga.

A Adamat le pareció ver un rostro familiar cerca y se abrió paso en dirección al río. Allí estaba Ricard, rodeado por sus asistentes y los otros jefes sindicales, con Fell a su lado.

—Ricard, ¿qué diablos está sucediendo? —preguntó Adamat enérgicamente.

—No tengo idea —respondió Ricard. Parecía tan confundido como el resto de la gente y miraba los barcos con cautela—. Tengo a todos mis muchachos aquí, armados hasta los dientes con todo lo que pudieron encontrar, pero si Claremonte abre fuego, no podremos

hacer una mierda al respecto. Solo podemos detenerlo si intenta desembarcar.

—¿Y quién sería tan estúpido de hacer eso? —preguntó Adamat.

—Mirad —dijo uno de los jefes sindicales—, están bajando una lancha.

Adamat miró hacia el barco. Los marineros corrían por la cubierta; de pronto, una lancha fue echada al río. Lanzaron una escala de cuerdas y algunos hombres comenzaron a descender hacia la embarcación.

—Dadme un catalejo —dijo Adamat. Fell le entregó el suyo.

Encontró la lancha y la estudió por unos momentos. Había un puñado de soldados brudanos. Algunos remeros. Unos pocos hombres con sombrero de copa.

Adamat se detuvo y enfocó un rostro en particular.

—Está aquí —dijo Adamat—. En la lancha.

—¿Quién?

—Claremonte.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Vi su retrato una vez. Uno pequeño, en un depósito de la Sociedad Mercantil, antes de que él ascendiera y se convirtiera en la cabeza de la empresa.

—Que venga el desgraciado —dijo Ricard—. Estaremos listos para recibirlo.

Claremonte no parecía estar para nada preocupado. Se rio de algo que dijo uno de los remeros, y luego le dio una palmada en la espalda a un soldado. Era un hombre imponente, con pómulos salientes que contrastaban con un cuerpo que se había ablandado por la edad y las riquezas. Tenía los ojos felices y vivos, totalmente distintos a los de su lacayo muerto, lord Vetas.

La lancha se alejó del barco con lord Claremonte de pie en la popa como un comandante liderando una invasión a una tierra extranjera.

Y, salvo que Adamat estuviera completamente equivocado, eso era exactamente. Pero ¿dónde estaban sus hombres? ¿Por qué descendería a tierra prácticamente solo, hacia las garras de una muchedumbre a la que se le había dicho que él venía a arrebatarles sus casas?

La lancha se detuvo a cierta distancia de la orilla y echó el ancla. Lord Claremonte se irguió, mirando hacia el anfiteatro, y extendió las manos.

—Ciudadanos de Adopest —comenzó, con una sonrisa en el rostro, y sus palabras retumbaron inhumanamente a través del río.

Capítulo 41

Tamas observaba desde lo alto de una vieja torre de iglesia mientras la lluvia caía copiosamente sobre Alvación.

La mañana estaba oscura y encapotada, y Tamas no creía que el día se fuera a aclarar a medida que pasaran las horas. No se llegaban a ver ni siquiera los Leños Calcinados, a pesar de que se elevaban a no más de un kilómetro o kilómetro y medio de su ubicación.

Un día perfecto para que su ejército se escabullera en la ciudad.

Un día terrible para una batalla.

La pólvora estaría mojada y el suelo embarrado, y como los keseños llevaban uniformes adranos, ninguno de los bandos sería capaz de distinguir amigos de enemigos.

Debajo de él, la calle estaba llena de soldados keseños moviendo suministros.

Los miró trabajar sintiendo una gran inquietud. Si tenía razón, y eso era lo que temía, lo último que haría Nikslaus al salir de la ciudad sería incendiarla: masacraría civiles y dejaría suficiente caos para que nadie se molestara en preguntarse quién era el culpable de tal ataque.

La Guardia de la Montaña ubicada sobre Alvación quedaba a cuarenta kilómetros de distancia. A primera hora de la mañana, Tamas había oído unos leves cañonazos que provenían de aquella dirección. Nikslaus tenía sitiada a la Guardia de la Montaña.

No era una Guardia muy fuerte. No se trataba de un bastión como el del Pico del Sur; más bien era una carretera de peaje fortificada. No resistiría demasiado tiempo contra dos brigadas de soldados keseños.

Hacía varias horas que Tamas había enviado a Vlora de regreso con su ejército.

Ahora la echaba de menos. No tenía a nadie que le cuidara la espalda. Los guerrilleros delivíes no confiaban en él, por lo que se pasaba la mayor parte del tiempo observando a los soldados keseños, estudiando sus patrones y esperando que Nikslaus hiciera su jugada.

Tenía un ojo siempre sobre el camino, por si llegaba a divisar a Gavril entre los prisioneros llevados a hacer trabajos forzados para los keseños.

Oyó un ruido en la capilla que había debajo de la torre. La enorme puerta de entrada se abrió y se volvió a cerrar. Un momento después, unas pisadas subieron por las escaleras de piedra. Tamas pasó los dedos por el mango de una de sus pistolas y luego cogió una carga de pólvora. La abrió con cuidado, tomó una pizca minúscula de pólvora y se la colocó en la lengua.

Lo suficiente para darle fuerza. Para mantener a raya el cansancio y agudizarle la vista. No alcanzaba para dejarlo ciego de pólvora.

O, al menos, eso esperaba él.

Hailona subió los escalones del campanario y fue hasta arriba de todo, donde él se encontraba junto a la enorme campana de bronce. La saludó inclinando el sombrero.

—Halley —dijo.

—Tamas.

Se quedaron en silencio durante varios minutos.

Tamas le echó un vistazo una o dos veces. Había sido injusto con su observación de la noche anterior. Seguía siendo una mujer majestuosa. Imponente, con la espalda erguida, con los brazos en una pose que daba a entender que ella se encontraba igual de cómoda en un vestido de seda que valía más que lo que un soldado ganaba en un año que en la sencilla prenda de lana marrón que llevaba ahora.

No era que hubiera envejecido *mal*. Tan solo había envejecido.

Al igual que todos. Él mismo, Hailona, Gavril. Ella había sido la gobernadora de Alvación durante casi tres décadas. Había gobernado junto a su primer esposo durante veinte años, y luego por su cuenta durante otros diez a petición del rey. Eso era más que suficiente para que una mujer aparentara más edad que la que tenía.

—Nunca regresaste —dijo ella de pronto.

—Halley...

Ella lo interrumpió.

—Nunca pensé realmente que fueras a hacerlo. No te culpo. No mucho, al menos. Ahora veo cuál era tu objetivo, lo que te dio impulso durante los últimos quince años. No puedo decir que esté de acuerdo, pero al menos lo entiendo.

Tamas había tenido decenas de amantes durante los años siguientes a la muerte de Erika.

Solo se arrepentía de una de ellas.

—Me causaste mucho dolor después de que te fuiste—continuó Hailona—, cuando aún pensaba que tal vez regresarías a por mí. Viniste, te quedaste durante unos pocos meses y luego desapareciste. Pero... quiero que sepas algo. Quiero que sepas que hiciste que me

sintiera increíble durante esas semanas. Como una mujer que podía enfrentarse al mundo. Durante toda mi vida, solo dos hombres me hicieron sentir así: tú y mi primer esposo.

—Tu segundo esposo...

Hailona lanzó una carcajada ahogada. Tamas la miró de reojo y vio que ella tenía el rostro encendido y se había llevado un pañuelo a la boca.

—Mi esposo es un cobarde. Diablos, ni siquiera puedo decir su nombre. —Ella suspiró y se inclinó contra una columna, junto a la campana—. Lo respeto. Es uno de los mejores comerciantes del sur de Deliv, pero también es uno de los más grandes cobardes del sur de Deliv. No lo amo.

Tamas miró la lluvia copiosa y consideró las palabras no dichas. No amaba a su esposo, pero amaba a Tamas. Sintió un nudo en la garganta.

Se la aclaró.

—Lo lamento, Halley. Por si sirve de algo. Lo lamento.

—Lo lamentas... —Ella se volvió a reír. Salió, en parte, como un sollozo.

Tamas sintió que se le partía el corazón. Aquella mujer que estaba junto a él era una criatura poderosa. Junto a lady Winceslav, ella era una de las mejores mujeres que pretendieron casarse con él, justo antes de que el mundo se enterara de que en realidad era un viejo viudo amargado.

Hailona se alisó el vestido y se calmó visiblemente.

—Vi al general del ejército keseño cuando llegaron —dijo, y su voz adquirió un tono profesional—. Nos tomaron por sorpresa. Entraron marchando a la ciudad fingiendo ser adranos. Reunió a la nobleza en la mansión del gobernador aquella primera noche. Nos dijo que éramos prisioneros en la ciudad. Tenía un acento adrano impecable. Y hablaba deliví igual de bien. No había rastros de keseño. Al principio, yo estaba convencida.

”Luego comencé a pensar. Yo te conozco. A juzgar por las cartas de Sabon, supongo que él tiene una gran influencia en las decisiones que tomas. Ninguno de los dos atacaría nunca Deliv. Entonces pensé que tal vez uno de tus generales se había vuelto loco. O que se había rebelado. Ese general parece un demente. Peligroso y mortal.

—¿Le viste las manos? —la interrumpió Tamas suavemente.

Hailona lo miró con preocupación.

—No. Las tuvo metidas debajo de su abrigo todo el tiempo. Me pareció extraño, ahora que lo mencionas, pero no volví a pensar en eso.

—Le faltan las manos —dijo Tamas.

—¿No tiene manos? —Hailona pareció desconcertada—. Creo que

habría oído hablar de un general keseño sin manos.

—Fue un... acontecimiento reciente —dijo Tamas—. Y no es un general. Es un Privilegiado.

—¿Cómo podría no tener manos un...? ¡Ah! —Ella se lo quedó mirando en silencio por unos momentos—. Tú se las cortaste, ¿verdad? —Otra pausa prolongada—. ¿Tanto odias a los Privilegiados?

—Tanto lo odio a *él*. —Tamas intentó mantener toda emoción fuera de su voz. No lo logró—. El duque Nikslaus es el que arrestó y decapitó a Erika, y luego me trajo su... su...

Sintió que la mano de ella le tocaba suavemente el hombro. Él cerró los ojos con fuerza. Sintió que las lágrimas se le amontonaban. Nunca se perdonaría a sí mismo por fallarle a Erika.

—Tamas —dijo Hailona.

Él se aclaró la garganta.

—¿Realmente desheredaron a Sabon?

Ella le quitó la mano del hombro y volvió a reclinarse contra la columna.

—Ser mago de la pólvora nunca fue ilegal aquí en Deliv. Pero tampoco era algo promovido por el Estado, como en Adro. Nuestros padres pensaban que él debería haberse unido al Ejército deliví. Pero si lo hubiera hecho, habrían ignorado sus dones. Como si no hubiera sido un mago de la pólvora en absoluto. Cuando tú viniste y le pediste que se uniera a la primera camarilla de la pólvora del mundo, él estaba eufórico. Nunca lo había visto tan feliz. Mis padres no lo entendieron.

—Nunca me lo dijo —dijo Tamas.

—No lo haría —dijo Hailona. Ella le sonrió, y él recordó lo hermosa que había sido hacía ya tantos años—. Eres su mejor amigo.

—Y él era el mío.

La sonrisa desapareció.

—¿Era?

—Murió, Halley.

Ella dio un paso atrás, luego otro.

—¿Qué? No. No Sabon.

—De un disparo. Fue un Guardián keseño. Uno de los hombres de Nikslaus.

—Tú... ¿tú lo dejaste morir?

—No. Fue una emboscada, yo...

La suavidad que ella había tenido en los ojos hasta hacía un instante desapareció. Todo amor y todo sentimiento también desaparecieron. Ella jadeó, poniéndose las manos en el pecho con los ojos horrorizados. Se volvió y huyó por las escaleras del campanario.

—¡Halley!

Tamas oyó el portazo de la entrada de la capilla. Se reclinó contra la campana, y la sintió inclinarse un poco a causa de su peso, pero sin hacer sonido alguno. Meneó la cabeza y se quedó mirando la lluvia sin verla.

¿Todo lo que dejaba a su paso era pena y muerte? ¿Dolor, viudas y familias en duelo? Apretó los puños. ¿Cómo se atrevía ella a culparlo a él? Sabon era su mejor amigo. Su confidente más cercano durante los últimos quince años.

No, ella tenía razón en echarle la culpa. Al parecer, él era un heraldo de la muerte. No se le podían confiar las vidas de nadie querido.

Pasó una hora, tal vez, hasta que Tamas oyó que la puerta de la capilla se volvía a abrir. Unos pasos lentos y meticulosos subieron por la escalera. Tamas puso un gesto preocupado, preguntándose por un momento de quién se trataba, hasta que por el hueco de la escalera se sintió el olor mentolado a humo de cigarrillo.

—Señor —dijo Olem al llegar. Llevaba un capote y un quepis ajustado sobre los ojos, empapado por la lluvia. Debajo del capote, su uniforme adrano. Llevaba las insignias de coronel que Tamas le había dado la noche anterior. Eso parecía haber sucedido hacía una eternidad.

—Pensé que se te habían acabado. —Tamas miró el cigarrillo que Olem tenía entre los labios.

Olem se lo quitó de la boca, lo observó como si se tratara de un objeto peculiar, despidió lentamente el humo por la nariz y volvió a ponérselo en la boca.

—Pasé por una expendeduría por el camino.

—Veo que tienes las prioridades bien claras.

—Por supuesto. No tenéis muy buen aspecto, señor.

Tamas volvió a mirar hacia la ciudad.

—A veces, me siento una plaga.

Olem lo consideró por un momento.

—Esa es una aseveración que podría tener algo de validez —dijo.

—Me haces sentir mucho mejor.

—Lo intento, señor.

—¿Qué estás haciendo aquí? Le dije a Vlora que diera la señal, no que te ordenara que vinieras. ¿Y cómo diablos hiciste para cruzar el río a plena luz del día?

—Fingí que era un coronel keseño fingiendo ser un coronel adrano —dijo Olem—. Fue tan fácil que me resultó preocupante.

—¿No te pidieron documentos o alguna prueba?

—¿Con esta lluvia? —Olem señaló el aguacero—. Vos no entendéis al soldado raso, señor. Nadie pide los malditos documentos con este tiempo.

—Es algo descuidado.

—Yo lo llamo afortunado. También tengo novedades.

Tamas se irguió.

—¿Qué novedades?

—Hay un ejército deliví a un día y medio de la ciudad. Vienen desde el oeste. Nuestros exploradores lo detectaron hace algunas horas.

—¿De cuántos hombres?

—Varias brigadas, como mínimo.

—Diablos.

—¿Eso no es algo bueno, señor?

—Tal vez. Necesitamos lanzar un ataque pronto.

—No estaremos listos, señor.

—Tenemos que hacerlo. Algo que les diga a los delivíes que sucede más que lo que parece a simple vista. De lo contrario, sus brigadas nos caerán encima y pensarán que somos nosotros quienes controlan la ciudad. Ven conmigo —dijo, dirigiéndose a la escalera del campanario —. Y mantén una mano sobre tu pistola. Puede que comience una batalla que no puedo ganar.

Vlora estaba esperando al pie de la escalera.

—¿Mis magos de la pólvora? —le preguntó él.

—Están esperando en una fábrica abandonada, a cuatrocientos metros de aquí.

Tamas le hizo un gesto para que lo siguiera. Revisó la calle fuera de la capilla antes de cruzar hacia Molineros. El suelo estaba embarrado por la lluvia, un fango espumoso de desperdicios y basura. Tomaron varios callejones para evitar las patrullas keseñas y entraron en uno de los molinos más grandes.

Un par de guerrilleros delivíes custodiaba la puerta. Dejaron pasar a Tamas observando con desconfianza a Vlora y a Olem. Tamas subió las escaleras hasta el primer piso.

Demasolin estudiaba un informe frente a algunos de sus capitanes y espías. Levantó la mirada cuando Tamas entró, pero no lo saludó.

Tamas contó a los hombres que había en la sala. Ellos eran seis, por si comenzaba una pelea.

Tamas se quitó los guantes y los arrojó sobre la mesa para dar énfasis.

—¿Por qué no me dijisteis nada sobre el ejército? —preguntó enérgicamente.

Demasolin volvió a levantar la mirada.

—¿Qué ejército?

—No os hagáis el inocente conmigo. Tenéis espías por toda la ciudad. Sé que podéis hacer que salga y entre gente por los límites de la ciudad. Hay un ejército deliví a poco más de un día de marcha.

—No necesitabais saberlo. —Demasolin siguió leyendo el informe.

Tamas apoyó ambas manos frente al otro y se inclinó hacia delante hasta que su rostro solo estaba a algunos centímetros del de Demasolin.

—¿Queréis la revancha? ¿Estáis dispuesto a apostar que mi pierna volverá a ceder? Porque estáis poniendo en peligro a todo mi ejército.

Detrás de él, Tamas oyó el crujido ocasionado por el movimiento incómodo de los lacayos de Demasolin. Se los dejaría a Olem y a Vlora si comenzaban los puñetazos.

Demasolin apoyó el informe boca abajo sobre la mesa. Se reclinó hacia atrás en la silla y sus dedos avanzaron lentamente hacia la espada que tenía en la cadera.

—Si los keseños lo saben —dijo Tamas—, lo cual es completamente indudable, incendiarán la ciudad esta noche y por la mañana se habrán ido.

—No incendiarán nada con este clima.

—Nikslaus encontrará alguna manera. Terminaréis todos muertos, con mi ejército allí fuera pareciendo ser el responsable. Y mientras tanto, cualquiera que sobreviva ala masacre de los keseños dirá que fue obra de Adro. Nadie gana si vuestro rey ataca a mi ejército. ¿Arriesgaríais la vida de todas las personas de esta ciudad y la vida de los soldados delivíes porque me consideráis un carnicero?

Los dedos de Demasolin interrumpieron su movimiento hacia la espada.

—Tendremos que actuar esta noche. Justo después de que anochezca.

—¿Averiguasteis dónde se llevaron a los prisioneros?

—Así es.

Tamas se mordió la lengua. ¿Cuánto hacía que Demasolin contaba con esta otra información?

—¿Podéis distraerlos? —preguntó Tamas.

—No —dijo Demasolin—. Vos tenéis un hombre allí. Yo tengo decenas. Incluyendo a mi hermano. Yo iré a por ellos y vos seréis quien los distraiga.

—¿Dónde los tienen?

—No necesitáis saberlo.

Tamas quería pasar por encima de la mesa y estrangular a Demasolin. Aun así, no estaba seguro de que aquella fuera una pelea que quisiera comenzar, y no le entusiasmaba la idea de que su pierna volviera a fallarle. Tenía mejores personas que estrangular.

Demasolin sacó el mapa de la ciudad y lo extendió sobre la mesa.

—El cuartel principal de la ciudad está aquí. Hay unos doscientos hombres apostados allí. Acercaos lo suficiente para detonar sus reservas de pólvora y eso atraerá a cualquier soldado que haya a un

kilómetro a la redonda.

Tamas giró el mapa para que el sur quedara de su lado. Miró las marcas, luego separó los dedos e hizo algunas cuentas.

—No —dijo—. Esto ya lo intentasteis. El ataque fallido de anoche. Alguien le está dando información a los keseños. Estarán listos para vuestro ataque en la prisión y para el mío en el cuartel.

—¿Qué más podemos hacer? —dijo Demasolin—. No sé quién es el maldito traidor.

—¿Queréis una distracción? Yo os daré una distracción. El tal general Saulkin. Se aloja en la mansión del gobernador, ¿correcto?

Demasolin vaciló al responder.

—Sí.

—¿Sigue allí?

—Sí; al menos, hasta hace una hora.

—Decidles a vuestros espías que el mariscal de campo Tamas va a matar a Saulkin.

—¿Y de qué servirá eso?

—Saulkin es el duque Nikslaus, y yo le corté las malditas manos. Si sabe que estoy en la ciudad, se olvidará de todo lo demás.

—Entonces iréis derecho a una trampa. —Demasolin levantó una mano—. No me malinterpretéis. El mundo será un lugar mejor si morís hoy. Pero si él os mata de inmediato, puede que la ciudad muera con vos.

Tamas pasó los dedos por la superficie del mapa, memorizando las calles de la ciudad.

—Ya caí dos veces en sus trampas. No tengo la intención de volver a hacerlo. Pero hacedme un favor... no les deis esta información a vuestros hombres hasta eso de las seis.

—¿Me diréis cómo pensáis evitar una trampa? —preguntó Demasolin.

Tamas golpeteó el mapa distraídamente.

—No necesitáis saberlo. Recordad. A las seis en punto. Voy a matar a ese desgraciado de una vez por todas.

Capítulo 42

Las palizas duraron toda la noche.

Golpearon a Taniel con puños y porras. Perdía el conocimiento y lo recuperaba, pero, afortunadamente, estuvo inconsciente durante la mayor parte del tiempo. Sintió el aire fresco en la piel cuando finalmente lo llevaron afuera. Con los ojos ensangrentados, llegó a ver que el sol tocaba levemente la cima de las montañas del este.

Había llegado el amanecer.

Tal vez Ka-poel ya estuviera muerta.

Los guardias Prielight lo llevaron con los pies arrastrando detrás de él por el campamento keseño. Le llegaron miles de voces a los oídos, junto con los sonidos de un ejército preparando el desayuno. Taniel se preguntó si alguno de ellos sabía quién era él, o si le importaba siquiera.

Lo dejaron caer al suelo sin ceremonias. Taniel quedó tendido boca abajo, gimiéndole a la tierra. Se sentía entumecido y destrozado, hecho puré por los guardias Prielight. Todo su cuerpo sería un gran hematoma en un día o dos. Si llegaba a vivir tanto.

Se tanteó el interior de la boca y ponderó la capacidad de recuperación de sus dientes. ¿Acaso se trataba de los poderes de Ka-poel en funcionamiento? ¿Evitando que se le rompieran los huesos? Las costillas *parecía que estaban* rotas, pero Taniel no creía tener la fortaleza para revisarlas.

¿La tenía?

Abrió los ojos. A su alrededor había hombres yendo de aquí para allá y trabajando. Un mar de piernas y pies.

—Uno, dos, ¡tirad! Uno, dos, ¡tirad!

El mantra fue repetido una y otra vez. ¿Qué estarían haciendo?

Arrastró la mano por la tierra hasta que pudo verla. Movió un dedo, luego otro. Aún le funcionaban todos. Eso era algo, ¿verdad? Los cortes en los nudillos. ¿De dónde habían salido?

Ah. Cierto.

Se los hizo con los dientes de Kresimir.

Unas manos fuertes lo hicieron ponerse de pie. Se tambaleó hacia atrás y casi volvió a caer. Le levantaron los brazos y le ataron las muñecas con una cuerda fuerte.

—Con firmeza —dijo alguien—. Estará allí arriba por un tiempo.

¿Arriba dónde?

Le levantaron los brazos sobre la cabeza. Sintió que la cuerda de sus muñecas se enganchaba a algo, y los guardias se alejaron. Las piernas de Taniel cedieron debajo de él, pero él no cayó.

—Uno, dos, ¡tirad!

El cuerpo de Taniel se sacudió cuando fue elevado del suelo por las muñecas.

—Uno, dos, ¡tirad!

Taniel comenzó a agitar las piernas por el pánico, pero debajo de él no había más que aire. Levantó la mirada.

Estaba colgado de un gancho fijado a una viga inmensa que estaban levantando perpendicular al suelo. Varios equipos de hombres tiraban de unas cuerdas para levantar la viga hasta que apuntara al cielo.

No pudo dejar de pensar una y otra vez en Julene, clavada a una viga en medio del campamento keseño con las manos cortadas a la altura de las muñecas.

Se vomitó en el pecho.

—Uno, dos, ¡tirad!

Les llevó un buen rato colocar la viga en su lugar. La espalda de Taniel finalmente golpeó contra la madera y sus pies intentaron buscar apoyo en la columna. No había apoyo alguno.

Lo habían colocado en dirección al campamento adrano. Alcanzaba a ver a algunos soldados reuniéndose en el frente a la luz de la madrugada, señalándolo y hablando. Algunos oficiales lo observaban por medio de catalejos. Cerró los ojos, incapaz de devolverles la mirada. Aquellos hombres a los que había pensado guiar hacia la victoria ahora lo verían allí.

Tenía que advertirlos. ¿Qué había dicho Kresimir la noche anterior? Planeaba hacer arder al ejército, Mihali incluido.

Oyó un sonido áspero. Era gutural y cruel, pero tenía una cierta cadencia. Lentamente, Taniel se dio cuenta de que alguien se estaba riendo.

—Dos Tiros —dijo la voz.

Taniel giró el cuello.

A su izquierda, a unos veinte pasos, había otra viga inmensa. Debían de haberla acercado al frente durante la noche. Y aún colgada allí, con los muñones quemados de las muñecas cruzados en una

especie de súplica retorcida, estaba Julene.

—No pensé que te vería aquí, Dos Tiros —dijo.

Taniel desvió la mirada de la Predeii.

—Disculpa, ¿es por mi voz? No me han dado agua durante dos meses. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Lanzó otra carcajada larga y rasposa—. Ese es el problema de no poder morir. —Tosió y luego volvió a reírse. Taniel cerró los ojos, rogando que se callara—. Tienes buen aspecto, Dos Tiros. Lo digo en serio. Mírame a mí. Kresimir me torturó durante dos semanas antes de colgarme aquí. Me pregunto por qué no hizo lo mismo contigo. No te preocupes. Un par de semanas y quedarás como nuevo. Pero yo... Yo nunca podré curarme. Kresimir se aseguró de ello. No he visto un espejo últimamente, pero, dime, ¿aún se ve la encantadora cicatriz de mi cara?

¿Se había vuelto loca por estar colgada de la viga durante tanto tiempo, sin poder morir? A Taniel los brazos comenzaban a dolerle por la presión de sostener su peso. Solo podía empeorar mientras siguiera allí arriba. Finalmente se volvió y miró a Julene.

Estaba horrorosa. Ya casi no le quedaba pelo. Su piel, que alguna vez había sido joven y suave, ahora estaba resquebrajada como un cuero viejo. Su rostro había sido atacado salvajemente; le faltaban la punta de la nariz y la mayoría de los dientes. Ella le sonrió, como si supiera lo que él estaba pensando.

Había locura en sus ojos.

—Encantadora como siempre —le dijo él.

Levantó la mirada hacia sus manos, atadas por las muñecas. Estaban comenzando a doler más. Intentó levantar las piernas, pero después de unos momentos desistió con un gemido mitad dolor y mitad enfado.

—El dolor no se va —dijo Julene—. Ni siquiera después de meses. Aunque tengas los brazos entumecidos, seguirás sintiendo punzadas en los hombros. He notado —movió la cabeza lentamente a un lado con una expresión de dolor terrible en el rostro— que cambiar el brazo que sostiene todo el peso te da algo de alivio.

Taniel cerró los ojos. ¿Duraría tanto tiempo? ¿Seguiría con vida en algunos meses, observando su patria arder, incapaz de hacer algo al respecto?

Vio a un jinete partir del ejército adrano en dirección a las líneas keseñas con una bandera blanca flameando sobre él.

¿Una petición de tregua? ¿O finalmente el traidor de Hilanska había convencido al Estado Mayor de que se rindieran?

Taniel comenzó a forcejear más intensamente. Tenía que soltarse de esa cuerda.

Tamas encontró a Hailona en el sótano del molino, un viejo granero. Era la única sala privada de todo el lugar. Olía a trigo viejo y seco, un aroma que a Tamas se la antojó como de polvo.

Cuando llamó al marco de la puerta abierta, Hailona levantó la mirada. Ruper, el mayordomo, estaba allí. Se puso de pie cuando vio a Tamas.

—Tú mataste a mi hermano pequeño —dijo Hailona.

Tamas sabía que eso no era justo. Que no era culpa suya. Sabon había conocido los riesgos de ser uno de sus soldados. Pero Tamas también sabía que hacérselo entender a Hailona sería casi imposible.

—Necesito tu ayuda.

—Vete al diablo. Desaparece de mi vista.

—Hailona... —Tamas dio un paso hacia delante.

Ruper se interpuso entre ellos, bloqueándole el camino con el cuerpo.

Tamas miró al mayordomo con los ojos entrecerrados.

—Hailona, necesito que me digas alguna manera de entrar en la mansión del gobernador. Voy a matar al hombre que mató a mi esposa *y* a tu hermano.

Ruper avanzó hasta que su pecho tocó el de Tamas.

—Milady os ordenó que os retirarais, señor.

Hailona levantó una mano.

—Ruper, está bien. —Se secó los ojos con un pañuelo. Su mano permaneció elevada, como pidiendo un tiempo para pensar. Después de unos momentos, la dejó caer—. Ruper, quiero que le muestres a Tamas la entrada secreta a la mansión.

—¿Estáis segura, señora?

—Sí.

Tamas se apartó del mayordomo.

—Gracias, Halley.

—Mata a ese desgraciado, Tamas. Hazle sufrir. —dijo Hailona. Inspiró temblorosamente—. Luego, no quiero volver a verte nunca más.

—Entiendo.

Tamas salió del molino. Vlora lo estaba esperando bajo la lluvia. Llevaba sombrero tricornio y capote. Inclinó el sombrero hacia Tamas, y se le derramó agua por el frente. Estaba apoyada sobre un rifle. Vio su uniforme azul debajo del capote y una pistola en su cadera.

—¿Olem regresó con el ejército?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Dónde están los otros?

—Esperando.

Tamas asintió con la cabeza. Unos minutos después, Ruper salió a la calle y, juntos, atravesaron Molineras. En el límite del distrito

molinero, descansando en los asientos al aire libre de un café callejero abandonado, se encontraba la camarilla de la pólvora de Tamas.

Solo había llevado a los mejores. Los que Sabon había estado entrenando durante el verano en Adopest no tenían ni la experiencia ni el entrenamiento para una misión como aquella.

Su camarilla de la pólvora llevaba atuendos iguales al de Vlora: capotes y sombreros tricornios. Cada uno de ellos cargaba con cuanta arma y pólvora pudiera llevar; desde pistolas y espadas hasta dagas. Tamas sonrió. Ocho hombres y mujeres, cada uno de ellos un mago de la pólvora talentoso. Equivalían a un ejército, según su estimación. Tamas revisó las calles en busca de alguna señal de patrullas keseñas y luego se volvió hacia sus magos.

—Vamos a montar una distracción para que los delivíes puedan rescatar a los prisioneros políticos de los keseños —les dijo—. Gavril se encuentra entre esos prisioneros. Quisiera estar allí para rescatar a nuestro hombre, pero tenemos una tarea más importante.

”Nuestro deber es cortarle la cabeza a la abominación keseña que es este ejército de ocupación. Vamos directamente a la garganta. Todos conocéis mi historia con el duque Nikslaus, así que sabéis que hago esto con cierto... entusiasmo. Hubo una leve risita entre los magos de la pólvora.

—Pero como dije, nuestro deber es distraerlos. Tengo la intención de atraer a tantos soldados como sea posible. Habrá Guardianes, sin duda. Tal vez varias decenas. A pesar de nuestras habilidades y talentos, las probabilidades estarán, por mucho, en nuestra contra. Esta misión para mí tiene regusto a ajuste de cuentas. No os pediré que arrojéis vuestra vida por la borda en nombre de mi venganza.

Una de sus magos, una muchacha no mucho mayor que Vlora, llamada Leone, preguntó:

—¿Creéis que moriréis aquí, señor?

—Nunca creo que vaya a morir en combate. Esa creencia tiene cierta tendencia a hacerse realidad. Sin embargo... hay veces, más que otras, en las que las oportunidades de perder son mucho mayores.

—Esa es una forma elegante de decir que creéis que moriréis —dijo Vlora.

Tamas le lanzó una mirada.

—Señor. —Andriya levantó una mano.

—¿Sí?

—Yo me uní para matar keseños. Tengo cincuenta y siete marcas en mi rifle, de los últimos dos meses. Quería llegar al final de la campaña con cien marcas. ¿Habrá cuarenta y tres keseños allí?

—Diría que sí.

—Muy bien, señor. Yo voy.

—Los demás vamos también —dijo Vlora en voz baja.

—Gracias.

—No lo hago por vos, señor —dijo Andriya—. Lo hago para matar keseños.

—Te lo agradezco de todas maneras. Ruper. Si eres tan amable.

Siguieron al mayordomo por las calles, esquivando patrullas keseñas por el camino. Tamas observaba a las patrullas desde las sombras. Había cierta urgencia en su andar, y una actitud de vigilancia más marcada. Tamas reconoció la expresión. La había visto en los ojos de sus camaradas en Gurla, patrullando una ciudad hostil durante el último día antes de retirarse con la expectativa (y el temor) de que pudiera suceder cualquier cosa.

La mansión del gobernador se encontraba en la misma zona acaudalada que la mansión de Hailona. El grupo corrió de jardín amurallado en jardín amurallado hasta que llegó a un pequeño parque boscoso bastante alejado de la calle principal. Ruper los guio hasta el cobertizo del jardinero, situado en medio del bosque.

Era una estructura pequeña, casi ni tenía el tamaño suficiente para alojarlos a todos de pie. Ruper movió una mesa, luego quitó una vieja alfombra y la arrojó a un lado; una trampilla quedó a la vista. Encendió un farol y luego todos descendieron al sótano.

El sótano era una excavación rústica que atravesaba la capa superior del suelo y se abría en la tierra arcillosa. A simple vista, podría haber sido una bodega cualquiera, de unos tres metros y medio por un metro y medio, con una pequeña salita en el extremo más alejado. Cuando llegaron a la salita y doblaron la esquina, se encontraron con un túnel que se adentraba en la oscuridad con un ángulo muy marcado.

Tamas contó casi cuatrocientos pasos, chapoteando en el barro e intentado evitar que su abrigo rozara las húmedas paredes del túnel, hasta que subieron unos escalones de piedra y salieron a un sótano un poco más espacioso. Era una habitación de piedra, con un armario cubierto de polvo en un rincón, una cama doble y un soporte de mosquetes vacío. Del otro lado de la habitación, subía una escalera de caracol.

—Esta sala y el pasadizo —dijo Ruper, y esas fueron sus primeras palabras desde que se unió al grupo— fueron excavados hace mucho tiempo a modo de ruta de escape, cuando los disturbios eran algo común en esta zona de Deliv. —Ruper señaló la escalera—. Os llevará al primer piso. Va a dar detrás de una librería falsa de la oficina principal del gobernador. Ahora regresaré con mi ama.

Tamas cogió a Ruper del hombro antes de que pudiera irse por el pasadizo.

—Dile a Halley que… dile que en verdad lamento no haber vuelto.

Ruper se soltó de Tamas y se fue por el pasadizo con el único farol;

Tamas y sus magos se quedaron en la oscuridad.

Tamas se llevó una pizca de pólvora a la lengua, lo que le permitió ver un poco en aquellas tinieblas. Se dirigió despacio hacia la escalera, haciendo el menor ruido posible. La escalera chirrió bajo su peso, a causa del rozamiento de las distintas piezas de hierro forjado.

Había luz en lo alto de la escalera. Provenía de un par de orificios situados demasiado bajos para que Tamas pudiera observar a través de ellos con comodidad. Apoyó el rostro contra la pared y miró por los agujeros.

Veía muy poco. Una puerta doble del otro lado del salón. Un candelabro. La parte de arriba de un sofá. Abrió el tercer ojo.

Había unos manchones de color en el Otro Lado. Con el brillo suficiente para tratarse de Guardianes, pero demasiado lejos de él para encontrarse dentro de la oficina del gobernador. No había señales de Privilegiados.

Tamas empujó suavemente.

Con solo tocarla con el dedo, la puerta se deslizó en silencio hacia delante y luego hacia un lado. Tamas salió a la oficina del gobernador. Era un salón grande, con decenas de candelabros dorados, estantes llenos de libros, dos chimeneas majestuosas y una gran ventana que daba al patio delantero de la mansión.

No había nadie en la oficina.

Tamas dejó escapar un suspiro de alivio y ordenó a sus Marcados que subieran. Entraron en el salón dejando marcas de barro en las prístinas alfombras rojas. Les indicó con gestos de las manos que cubrieran las puertas y ventanas.

Revisaron las salas aledañas y el corredor que daba directamente a la oficina.

Unos minutos después, él se encontraba en el mirador. Vlora se le acercó.

—No hay nadie en estas oficinas, señor —dijo ella—. Un par de Guardianes en la planta baja, junto a la puerta de entrada. Andriya dice que oye soldados hablando en la zona de servicio de la planta baja.

—Buen trabajo.

—¿Ahora qué?

—Esperamos.

—¿Estáis seguro de que Nikslaus regresará aquí?

—Esa es mi corazonada.

En ese momento, Andriya regresó al salón.

—Señor, equipaje en la habitación principal.

Tamas revisó su reloj de bolsillo. Las seis pasadas.

—La sincronización será lo más importante.

Tamas atisbó por el mirador. La lluvia había amainado por el

momento, pero el tiempo no había mejorado en absoluto. Fuera había unos diez o doce soldados en el patio. Estaban en posición de firmes, mirando hacia el portón, con los mosquetes al hombro. Tamas divisó un Guardián en un rincón del patio, prácticamente invisible desde la ventana.

Fue mirando su reloj cada poco tiempo. ¿Nikslaus regresaría allí? ¿Ya le habría llegado la noticia de que Tamas iba en su busca? Tal vez se había equivocado con Nikslaus. Tal vez el Privilegiado prefería huir antes que intentar atrapar a Tamas.

Tamas volvió a prestar atención al patio cuando varios jinetes atravesaron el portón de entrada. Los seguía de cerca un carruaje engalanado con cortinas de encaje y elegantes detalles dorados. Rodeó la pequeña rotonda y se detuvo. Tamas estaba tan cerca que podría arrojar una piedra por la ventana y darle a la parte superior del carruaje.

La puerta del vehículo se abrió y salió una mujer deliví. Parecía tener unos dieciséis años. Llevaba un elegante vestido que exhibía su amplio busto. Tamas sintió una oleada de decepción cuando ella quedó de pie sobre el camino de grava y miró a su alrededor con majestuosidad.

No era Nikslaus.

Tamas se apartó de la ventana.

—¡Señor! —Vlora le hizo un gesto para que se acercara. Alguien más estaba bajando del carruaje. Parecía costarle bastante, e inclinaba los antebrazos contra el marco de la puerta. Era un hombre. Llevaba guantes blancos de Privilegiado. Un Guardián se le acercó desde la mansión, lo cogió de uno de los brazos y lo ayudó a descender. Su rostro estaba parcialmente oculto por un sombrero tricornio.

Tamas rogó que el Privilegiado volviera tan solo un poco la cabeza para que él pudiera ver su identidad.

El sujeto se detuvo para hablar con uno de los soldados. Hablaban en voz demasiado baja; Tamas no llegaba a oírlos. El soldado asintió enérgicamente con la cabeza, luego se volvió hacia los otros.

—¡Nos vamos en dos horas! —dijo en voz alta—. Todo aquel que no esté listo para irse al caer la noche será ejecutado.

La mirada de Tamas seguía fija sobre el Privilegiado del tricornio. ¡Tenía que ser Nikslaus! Pero Tamas no llegaba a verle el rostro. Quienquiera que fuese, charlaba amigablemente con la joven dama que tenía a su lado.

Casi ni habían llegado a los escalones de la mansión cuando un mensajero entró al galope al patio delantero y se detuvo en una llovizna de grava. El mensajero bajó de su caballo y corrió hasta el Privilegiado.

Tamas sintió que el corazón comenzaba a latirle más rápido.

El mensajero le hizo un saludo y le dio su informe casi sin aliento. El Privilegiado lo empujó con el codo y se volvió hacia la mansión.

Tamas oyó que las puertas de abajo se abrían de golpe. La voz del Privilegiado resonó por todo el edificio.

—¡Que vengan todos! —dijo con un alarido—. ¡Todos mis Guardianes, a mí! Quiero quinientos soldados aquí en veinte minutos. ¡Dad la orden! ¡Salimos en menos de una hora!

—Pero, señor —Tamas oyó decir a alguien—, ¡la ciudad!

—Me importa una mierda la ciudad. Deliv puede entrar en guerra con Adro, por lo que a mí me concierne. ¡Él está aquí, estúpido! ¡Está aquí!

—Nikslaus —susurró Tamas.

Tamas observó a los mensajeros que salían del camino de entrada de la mansión para ir a dar las órdenes de Nikslaus.

—Bueno, Demasolin —murmuró Tamas—, aquí tienes tu distracción.

Unos pasos urgentes resonaron en la escalera del vestíbulo, acompañados por las órdenes frenéticas de Nikslaus.

Tamas bajó la mirada y vio que ya tenía una mano sobre la culata de una de las pistolas, la otra en la empuñadura de su espada. Estaba muy ansioso.

—Allí viene —susurró Andriya desde su puesto, junto a la puerta.

—¿Lo esperamos aquí? —dijo Vlora.

Tamas parpadeó y vio los cuerpos de los políticos delivíes colgando de la aguja de la catedral de Alvación. Vio los ojos muertos de Sabon mirándolo fijamente desde el camino de grava de Charlemund y los incontables soldados que Tamas había perdido intentando atrapar a Nikslaus.

Vio la cabeza de Erika flotando frente a él. Su rostro congelado en una expresión de horror, su pelo rubio cubierto de sangre, la piel cortada con precisión a la altura del cuello.

Vio la gran sonrisa de Nikslaus cuando le presentaba a Tamas la cabeza de su difunta esposa.

Tamas se echó una carga de pólvora completa en la boca. Sintió como si tuviera el cuerpo en llamas por la energía que comenzó a recorrerlo. Vlora debió de ver algo en su rostro.

—Diablos —maldijo ella—. Andriya, hazte a un lado.

Tamas atravesó la puerta doble de la oficina desenfundado su pistola.

—¡Nikslaus! —rugió.

Capítulo 43

—Ciudadanos de Adopest —dijo retumbando la voz de lord Claremonte.

La sorpresa del sonido amplificado hizo que a Adamat se le aflojaran las rodillas.

—Diablos —susurró—, ¡tiene Privilegiados con él!

Era la única manera en la que podía hacerse oír por sobre el clamor de semejante multitud.

—Amigos míos —continuó lord Claremonte—, hermanos y hermanas míos. ¡Mis compatriotas! Os traigo saludos desde los rincones más lejanos del mundo. He venido hasta aquí para conoceros, mis queridos adranos, para arrodillarme humildemente ante vosotros y ofrecerme como candidato para el puesto de primer ministro de este gran país. Al decirlo, Claremonte apoyó una rodilla en la lancha e inclinó la cabeza. Pasó un momento y luego volvió a levantarse, extendiendo los brazos como para abrazar a todo hombre, mujer y niño presente.

—¡Esta es una gran nación! Tenemos tantas cosas. Tenemos los sindicatos, el Ejército, las Alas de Adom, los bancos y la Guardia de la Montaña. Tenemos una industria sin igual en todo el mundo moderno. Tenemos los héroes más poderosos que cualquier país podía desear, como Taniel Dos Tiros y el difunto mariscal de campo Tamas.

Lord Claremonte suspiró e inclinó la cabeza, como si una gran emoción se hubiera apoderado de él.

—El mariscal de campo Tamas murió por vosotros, amigos míos. Murió por mí. Para que todos nosotros seamos libres de la tiranía de Kez. Él tenía una visión increíble e hizo grandes progresos, ¡y no permitiré que eso muera con él!

Entonces la multitud se encontraba en perfecto silencio. Adamat oyó que a alguien se le caía una moneda, y se maldijo a sí mismo por contener el aliento esperando las siguientes palabras de Claremonte.

—Pues lo que esta nación necesita ahora es esperanza. Y para eso, he traído conmigo a nueve mil de los mejores soldados de Brudania para que se unan al ejército adrano y rechacen a los agresores keseños. —Echó una mano hacia atrás, en dirección a la hilera de barcos de la Sociedad Mercantil que esperaban en el río—. He traído cañones, rifles y suministros. He traído comida y dinero. He traído tesoros de los cuatro rincones del mundo, que serán puestos en pos del esfuerzo de guerra contra Kez.

”Lo hago libremente. No pido agradecimientos, ni retengo ninguna de mis riquezas bajo reserva. Solo os pido que me consideréis un candidato digno para las elecciones venideras.

Adamat se dio cuenta de que se estaban bajando otras lanchas. Esas estaban llenas de soldados brudanos; fueron liberadas en cuanto tocaron agua y comenzaron a moverse hacia la orilla. La lancha del propio Claremonte había levado anclas y se iba acercando lentamente hacia el anfiteatro.

—Compatriotas míos —continuó Claremonte en el silencio que siguió—, este país necesita un cambio. ¡Esta es una nación progresista! Un lugar de gran capacidad intelectual e industrial. Al ejercer mis deberes ministeriales, continuaré apoyando ese cambio y nos haré avanzar hacia el siglo venidero. Nos olvidaremos de las viejas costumbres. De las supersticiones. De las tonterías.

”Dioses, ¿qué han hecho por vosotros? —Meneó la cabeza—. Nada. ¿Los rumores que se oyeron sobre el regreso de Kresimir y de Adom? ¡Son verdad! Pero sabed una cosa: no los toleraremos. No tienen lugar en nuestro mundo, y tengo la intención de dejárselo claro a ellos.

”Seremos mortales, pero somos feroces y somos orgullosos, y hasta los dioses temblarán ante el poderío de Adro.

”Nuestro nuevo mundo, mis amigos, comienza hoy.

La última palabra parecía un susurro, pero Adamat sintió que el corazón le retumbaba en el pecho. Estaba sucediendo algo. ¿Qué pensaba hacer Claremonte? ¿Qué podría estar...? Adamat se llevó el catalejo, olvidado hasta ese momento, de nuevo hacia el ojo y observó a Claremonte.

Claremonte se volvió hacia la mujer que estaba junto a él. La mujer levantó las manos y reveló unos guantes blancos cubiertos en runas color escarlata: una Privilegiada.

Adamat leyó las palabras inaudibles en los labios de Claremonte: “Échala abajo”.

El cielo despejado fue atravesado por hechicería, lo que provocó un grito ahogado de terror en la gente reunida. Unos rayos blancos atravesaron el espacio que había sobre el anfiteatro como cuchillos reflejando la luz y dieron contra la catedral Kresim. Unas enormes nubes de polvo se elevaron sobre el inmenso edificio y unas hojas

invisibles rebanaron el frente de piedra.

Un puño invisible golpeó el domo de la catedral, y en un instante el edificio se derrumbó sobre sí mismo. La gente huyó dando alaridos de terror por la caída de los cascotes, pero la destrucción se encontraba contenida por medio de hechicería, y a simple vista, a Adamat le pareció que no había habido ningún herido.

Cuando el polvo se hubo asentado, Adamat volvió a mirar a Claremonte. Una vez más, el sujeto se subió a la proa de la lancha para dirigirse a la gente. Levantó los brazos.

—Esto es solo el comienzo, hermanos y hermanas míos. ¡Recuperaremos este mundo!

La primera bala de Tamas le habría dado a Nikslaus en el ojo si un Guardián no lo hubiera apartado. La bala se metió en el hombro del Guardián e hizo que diese una sacudida. La retorcida criatura blandió su espada y subió las escaleras a saltos en dirección a Tamas.

Tamas desenvainó su espada y se lanzó contra el Guardián. La criatura lanzó un rugido desafiante, y Tamas le respondió con un gruñido silencioso. Sus espadas chocaron con gran estruendo una, dos veces, y entonces Tamas pudo meterse dentro de la guardia de la criatura. Tomó al Guardián por el cuello, sintiendo la fuerza de la pólvora recorriéndole las venas, y lo lanzó por el balcón del corredor hacia el vestíbulo de planta baja.

Nikslaus había rodado por las escaleras, pero ya se había levantado del suelo de mármol. Se le había salido uno de los guantes, y Tamas se detuvo un momento para observarlo. No, se le había salido toda la mano.

Había estado usando manos falsas. ¿Una artimaña para hacerles pensar a sus propios soldados que aún tenía poderes? Tal vez. A Tamas no le importó y bajó las escaleras de tres en tres.

Nikslaus huyó en dirección a la puerta de entrada, señalando desesperado a Tamas y gritándoles a sus hombres:

—¡Matadlo!

El aire era acre por el aroma de la pólvora negra. Tamas sintió una oleada de energía, y una explosión sacudió a los soldados keseños cuando Vlora encendió la pólvora que llevaban.

Algunos soldados avanzaron hacia él blandiendo espadas. Al parecer, Nikslaus era lo suficientemente listo para mantener sin pólvora a algunos de sus soldados. Tamas bloqueó una estocada, hizo a un lado la otra hoja y atravesó el pecho del soldado con su espada. Siguió avanzando. Nikslaus se alejó de él, con el terror pintado en el rostro.

Un cuchillo pasó girando junto al rostro de Tamas y golpeó la barandilla de mármol que había detrás de él. Se volvió hacia su

dueño, un Guardián, y gruñó cuando la criatura lo atropelló con la fuerza de un toro a plena carrera.

Tamas sintió que se elevaba en el aire y que chocaba con la barandilla. Esta se partió por la fuerza del golpe, lo que hizo que él y el Guardián cayeran por el borde de las escaleras y aterrizaran en el suelo.

Tamas sintió los dedos de la criatura cerrándose sobre su garganta. Lo agarró de una muñeca y golpeó con la otra mano el codo del Guardián. El brazo de la criatura se partió y quedó doblado a noventa grados hacia el lado incorrecto. Tamas cogió al Guardián por las solapas y lo pateó, con lo que logró quitárselo de encima.

Para cuando Tamas comenzaba a ponerse de pie, el lugar estaba lleno de soldados. La mayoría estaban muertos o agonizaban, o habían sido abatidos por un disparo de un mago o hechos pedazos por la explosión de sus propios cuernos de pólvora, pero, aun así, había suficientes keseños para bloquearle el camino.

Tamas divisó a Nikslaus huyendo por un corredor lateral.

—¡Diablos! —dijo Tamas. Se puso de pie de un salto, pero volvió a caer. El Guardián del brazo roto le había aferrado la pierna. Atacó a Tamas con un cuchillo.

Él liberó la pierna del agarre del Guardián, y el cuchillo dio contra el suelo de mármol. La bestia se lanzó hacia delante y Tamas desvió el cuchillo con la guarda de su espada. Golpeó al Guardián en el rostro con la empuñadura, y luego retrocedió hasta quedar fuera del alcance de otra estocada de cuchillo.

La criatura se puso de pie.

Y volvió a desmoronarse cuando Andriya saltó del corredor del primer piso y aterrizó detrás del Guardián atravesándole el cerebro con su bayoneta.

—¿Y bien? —dijo Andriya corriendo hacia la infantería keseña—. ¡Id a matar al duque!

Tamas corrió hacia el corredor por donde había desaparecido Nikslaus. Era bastante largo, de unos noventa o cien metros tal vez, y llevaba a otra ala de la mansión. Tamas abrió su tercer ojo, resistió los mareos, y buscó señales de Guardianes o del Privilegiado.

Un soldado surgió de una sala lateral dando un grito. Tamas cerró el tercer ojo, retrocedió y sintió que una espada le abría un tajo a un lado del abdomen. Bloqueó otra estocada, extrajo la segunda pistola y disparó desde la cadera. El disparo le dio de lleno en el pecho al soldado keseño. El sujeto se lanzó hacia delante y luego intentó retroceder. Cayó al suelo con una expresión de sorpresa.

Tamas lo dejó allí y corrió a toda velocidad por el corredor. El dolor de su pierna mala le palpitaba como el golpeteo de un tambor, y el tajo que tenía en el lado le ardía al contacto con el aire. Se detuvo

al girar la esquina al final del corredor y se encontró con otro corredor de unos setenta y cinco metros de largo.

No había señales de Nikslaus.

—¡Señor! —Vlora llegó hasta su lado, respiraba con dificultad.

—Vino por aquí —dijo él.

Ella asintió con la cabeza y se adelantó al trote.

Vlora estaba a unos diez metros por delante de él cuando un Guardián surgió de una puerta y la embistió. Su inercia hizo que ambos atravesaran el corredor y se metieran en otra habitación.

—¡Vlora! —Tamas comenzó a correr, pero se detuvo cuando una voz gritó:

—No os acerquéis más. —Nikslaus. La voz provenía de la puerta por donde habían desaparecido Vlora y el Guardián.

—Voy a mataros —dijo Tamas.

—No si queréis a esta con vida.

Tamas bajó la mirada. Había usado ambas pistolas. Tal vez pudiera flotar una bala en ángulo. No. *Sabía* que podía hacerlo.

—¿Vlora? —gritó Tamas.

No hubo respuesta.

—Si está muerta —dijo Tamas—, no tengo ningún motivo para no entrar en la habitación.

Tamas oyó un gruñido grave y furioso, y luego la voz de Vlora.

—Estoy bien, señor.

—Por ahora —dijo Nikslaus—, pero si ella vuelve a morder a mi Guardián, permitiré que él le rompa el cuello. La estoy usando como escudo, Tamas. Si flota una bala en ángulo para esquivar la pared, le atinará a ella.

Tamas envainó su espada y desenfundó una pistola. La recargó a toda prisa, sin pausa, y luego se la metió en el cinturón para recargar la otra.

—¿Cómo está la pierna? —preguntó Nikslaus—. Me sorprende que podáis apoyar tanto peso sobre ella.

—Me la curó un dios. Está fantástica. ¿Cómo están vuestras manos? ¿Kresimir hizo que os volvieran a crecer?

Tamas tuvo la satisfacción de oír un insulto en voz baja.

—Rendíos, Tamas, o mato a la muchacha.

—Matadla —dijo Tamas—. No me importa.

—Creo que sí os importa. La reconozco. Vlora. Nunca os dije que fue una de mis estratagemas, ¿verdad? Hacer que la sedujeran. —Tamas oyó otro gruñido por lo bajo, del Guardián, y luego Nikslaus se rio—. Probablemente pensó que se trataba de la nobleza. Bueno, eso pensó también el petimetre.

—Ella traicionó a Taniel —dijo Tamas—. Como ya os dije, podéis matarla.

Nikslaus chasqueó la lengua en desaprobación.

—Ay, Tamas. Lo sé todo sobre vos. Conozco vuestros miedos y esperanzas. Sé quiénes son vuestros favoritos. Y ella siempre fue una de vuestras favoritas. ¿Pensasteis en acostaros con ella después de que Taniel cancelase el casamiento? Sé que lo pensasteis. De pronto, estuvo disponible. Eso debió de ser muy tentador.

Tamas abrió el tercer ojo y se alejó de la pared. A través de la pared, veía el brillo refulgente de Nikslaus en el Otro Lado. Estaba a unos cuantos metros de la puerta. Más cerca, llegaba a ver el brillo apagado del Guardián y el tenue destello, casi imperceptible, que Vlora emitía en el Otro Lado. El Guardián estaba usando a Vlora a modo de escudo. Si Tamas intentaba flotar una bala en ángulo por la puerta, probablemente le daría a Vlora.

—Arrojad la pistola, Tamas, y la dejaré vivir —dijo Nikslaus.

—¿Por qué debería confiar en vos?

—No tenéis alternativa. El patio se está llenando de soldados. No me importa cuántos magos hayáis traído, os superamos en número y en fuerza. Arrojad vuestras armas y mostraos, y os doy mi palabra de que la muchacha vivirá.

—¿Por qué sois tan magnánimo? —dijo Tamas. Desenfundó su segunda pistola. Apuntó con una al brillo del Privilegiado y la otra al del Guardián.

—No sé qué es lo que me ocurre —dijo Nikslaus—. ¡Tal vez sea la posibilidad de ver vuestra cabeza en una pica! —Su voz se elevó hasta convertirse en un grito—. Pensadlo, Tamas. Hace solo un par de meses, yo era el que estaba atrapado en una mansión mientras vuestros soldados llenaban el patio. ¡Se han invertido los papeles! Tal vez os corte las manos antes de mataros.

Tamas estudió las paredes. Lo más probable era que fuera mármol sobre piedra caliza. Para atravesarlas, tendría que empujar la bala con medio cuerno de pólvora, y concentrar energía alrededor de la bala para evitar que se fragmentara. Podía hacerlo con una. No con dos.

—Yo no perdería el tiempo —dijo Tamas. Bajó la pistola que apuntaba a Nikslaus y la desamartilló. La colocó en el suelo y la deslizó hasta el medio del corredor, donde el Guardián pudiera verla —. Estoy desarmado. Ahora, dejadla ir.

—¡Cuando os vea de rodillas! —dijo Nikslaus con un alarido.

Tamas se concentró en la mancha de color que era el Guardián en el Otro Lado. Se concentró en la bala, apoyó el cañón de su otra pistola contra la pared y apretó el gatillo.

Luego dejó caer la pistola usada, saltó y rodó hacia el corredor, cogió la otra pistola y quedó agachado. Sintió la retrocarga de la pistola cuando tocó la pólvora con la mente.

Ambos disparos le habían atinado al Guardián. El primero, el que

atravesó la pared, fue bajo y le atravesó el cuello. El segundo le dio justo entre los ojos, por encima del hombro de Vlora. El Guardián se derrumbó hacia atrás, aún aferrado a Vlora.

Por detrás del Guardián, Tamas divisó a Nikslaus atravesando la habitación a la carrera.

Tamas sacó a Vlora de los brazos del Guardián muerto. La criatura le había estado sosteniendo un cuchillo contra el cuello. Ella tenía un corte y le sangraba, pero Tamas no sabía cuán profundo era.

—Vlora. ¡Vlora!

Tenía los ojos un tanto vidriosos y una expresión de pánico en el rostro. Tenía un trozo de mármol clavado en la mejilla. Taniel se lo quitó y le apartó el pelo con una mano.

De pronto, ella meneó la cabeza, como si acabara de salir de un sueño.

—Estoy viva —dijo—. Estoy viva. Estoy bien. —Parecía estar hablando más consigo misma que con él.

Tamas extrajo un pañuelo del bolsillo y lo presionó contra la garganta. Si podía hablar, significaba que el corte no era muy profundo.

—Mantenlo presionado.

—Id —dijo Vlora—. Id a por él.

Se quitó su capote y lo hizo una bola. Levantó la cabeza de Vlora y se lo colocó debajo.

—¡Andriya! Diablos, ¿dónde está? ¡Andriya!

De pronto apareció Leone, con su rifle con bayoneta preparado. Apoyó el rifle en el suelo y se colocó en cuclillas junto a Vlora.

—Quédate con ella —dijo Tamas—. Vadalslav es quien mejor sutura. Cuando termine el combate, asegúrate de que vea primero a Vlora.

Tamas recuperó su otra pistola y observó la habitación. Nikslaus había huido por una puerta lateral. Divisó al Privilegiado corriendo por el césped en dirección a la cancela de la entrada.

—Señor —dijo Leone—, hemos tomado la casa, pero el patio está lleno de soldados.

Tamas dejó caer una bala en el cañón de una de sus pistolas y le colocó algodón para mantenerla estable.

—No me importa —respondió—. Tengo un hombre que matar.

Taniel colgaba inerte contra la áspera madera de la viga; las pocas fuerzas que le quedaban las había desgastado con su forcejeo.

Había intentado aflojar sus ataduras. Por mucho que se moviera, no podía librarse de ellas. ¿Qué más podía hacer? Miró hacia abajo. Supuso que tampoco serviría de nada. Al pie de la viga había guardias keseños, después de una caída de quince metros. ¿Podía sobrevivir a

una caída desde semejante altura? ¿Aterrizaría allí, solo para que los keseños finiquitaran su cuerpo destrozado?

¿Qué habría hecho Tamas para salir de esa? El viejo desgraciado podía ser un miserable, pero también era inteligente.

Julene lo había visto forcejear durante una hora completa. Parecía divertirse observándolo, si acaso, y la locura de sus ojos parecía ir y venir.

—¿Por qué te hizo esto? —le preguntó Taniel.

Julene volvió a lanzar esa risa ahogada.

—Eso me pregunto todos los días.

Taniel entendió que no recibiría ayuda de ella. Estaba claramente tan loca como el dios que la había colocado allí. Levantó la mirada hacia el gancho del que colgaba y luego la posó sobre el campamento adrano. Aun a aquella distancia, sin estar en un trance de pólvora, se daba cuenta de que el Estado Mayor se estaba reuniendo. En el campamento keseño había una conmoción similar. Ambos bandos se preparaban para parlamentar.

¿Sería entonces que Kresimir planeaba matarlos a todos?

—Kresimir no quería regresar —dijo Julene. Taniel volvió la cabeza bruscamente hacia ella. Su locura se había desvanecido y sus ojos, de pronto, se veían lúcidos—. No lo habría hecho si yo no lo hubiera invocado del modo en el que lo hice —continuó—. No le importa que Tamas haya matado a Manhouch. No le concierne el destino de los mortales de este mundo. Yo estaba muy equivocada. —Julene tosió, luego tragó con dificultad y su rostro destrozado hizo una mueca; de algún modo, pareció más amargado—. Aun si llegara a vivir otros veinte mil años, no podría volver a cometer un error tan grave como el que cometí al invocar a Kresimir. —Todo su cuerpo se estremeció, lanzó la cabeza hacia atrás gimiendo del dolor.

Taniel apartó la mirada. No podía verlo. La crueldad por la crueldad misma. Al parecer, los dioses eran capaces de ser tan mezquinos como cualquier otro.

Paseó la mirada por el campamento adrano en busca de rostros familiares. Estaba demasiado lejos para identificar individuos.

Para entonces, Ka-poel seguro sabía lo que le había sucedido.

Si aún estaba con vida.

Taniel flexionó los brazos y tiró de su cuerda. Se levantó algunos centímetros, y luego volvió a caer. Haber forcejeado toda la mañana lo había dejado exhausto.

—¿Qué estás haciendo, mago de la pólvora? —dijo Julene.

—Intento escaparme. —Se volvió a levantar. Ganó tres centímetros. Tal vez cuatro.

—No puedes. Si caes desde aquí, te romperás las piernas.

—Tal vez pueda deslizarme por la viga.

Julene dejó escapar una risa rasposa.

—Volverán a subirte.

Taniel divisó movimiento en el campamento keseño. No era algo significativo, y no supo qué fue lo que le atrajo la mirada. Se obligó a sí mismo a seguir mirando.

Una pequeña figura iba avanzando por el campamento, esquivando soldados. Una silueta encapuchada; podría haber sido un niño. Pero Taniel conocía esa complexión física. Sabía cómo leer el contoneo de ese caminar, después de tanto tiempo de conocerlo.

Ka-poel. ¿Qué estaba haciendo allí? ¡Tenía que irse!, ¡abandonar el campamento antes de que la atraparan!

Nadie le prestó la más mínima atención. Los soldados se estaban preparando para algo grande. Se encontraba a unos trescientos o cuatrocientos metros de distancia, abriéndose paso por el campamento sin prisa alguna.

Taniel volvió a flexionar los brazos. Se levantó a sí mismo hasta que su rostro casi llegó a tocar el gancho. Cada fibra de su cuerpo temblaba a causa del esfuerzo, y su piel magullada gritaba de dolor.

—¿Qué planeas hacer, mago de la pólvora? —La voz de Julene se oyó firme. El tono rasposo ya no estaba. Taniel le echó un vistazo y vio que ella lo estaba mirando fijamente.

Taniel se dejó caer, jadeando por el esfuerzo.

—Voy a matar a Kresimir.

Ka-poel estaba cada vez más cerca. ¿Qué pensaba hacer cuando llegara allí? Sus poderes no podrían sacarlo de la viga.

En la distancia, en la tierra de nadie que había entre los ejércitos, Taniel vio una figura solitaria salir del campamento adrano. Alto y gordo, con delantal blanco. Mihali.

A Taniel solo le llevó un momento encontrar a Kresimir a la cabeza del frente keseño. El dios se había cambiado las prendas ensangrentadas por unas limpias, y aún llevaba su máscara. Él también comenzó a acercarse al centro del campo.

Taniel se volvió a levantar a sí mismo hasta que llegó al gancho. Centímetro a centímetro, fue tanteando con los dedos. Su forcejeo le *había* aflojado las ataduras. Tal vez no lo suficiente para zafarse, pero...

Tomó el gancho con ambas manos y apoyó los pies contra la viga. Presionó con las piernas, apoyando los dedos contra la madera como si fueran los apoyos de una prensa. Ya aferrado con firmeza a la viga, empujó hacia arriba y se obligó a extraer aún más fuerza de sus ya escocidos muslos. Solo necesitaba algunos centímetros más...

¡Ya casi! Hizo avanzar la cuerda a lo largo de la curvatura del gancho hasta que, de pronto, la cuerda se soltó. Una oleada de vértigo le recorrió el cuerpo, y casi lo hizo caer. ¡Se había liberado del

gancho! Podía dejarse caer desde aquella altura cuando quisiera.

Miró hacia abajo y se le revolvió el estómago. No parecía una buena idea.

Agarrándose del gancho, giró hasta quedar mirando la viga.

—Eres un desgraciado de lo más testarudo —dijo Julene.

Taniel no le contestó. Lentamente, comenzó a descender por la áspera viga. Clavó las uñas y la punta de las botas en la madera como si estuviera escalando la cara de un precipicio. Cada uno de sus músculos protestaba por el terrible dolor. No había forma de que pudiera sujetarse de las uñas durante todo el trayecto.

Descendió el primer metro o metro y medio y se detuvo, jadeando.

—¿En verdad puedes hacerlo? —preguntó Julene—. ¿Matar a Kresimir? —Taniel descendió algunos centímetros más—. Es la salvaje, ¿verdad? Diablos, su hechicería es muy potente. Tal vez ella pueda matarlo.

Taniel permaneció en silencio. Otro tramo. Podría lograrlo.

Miró hacia abajo. Había cuatro guardias apostados alrededor de la viga. Ninguno de ellos había notado su descenso. Tendría que acercarse lo suficiente al suelo para caer sobre uno de ellos y luego luchar contra los otros tres, con las manos aún atadas. Ka-poel ya estaría al llegar. Ella podría...

De pronto, ella entró en su campo de visión, acercándose a uno de los guardias a paso veloz. El guardia se irguió y dijo algo extendiendo una mano. Ella lanzó su pequeño puño contra la garganta del sujeto. Él cayó de rodillas vomitando sangre.

Otro tramo. A Taniel le retumbaba el corazón en los oídos. Debía seguir moviéndose.

—Prométeme algo —dijo Julene.

—Más rápido, más rápido, tengo que ir más rápido —Taniel susurró para sí mismo.

—Prométeme que me matarás. Dispárame en la cabeza con una de esas balas que usaste para cegar a Kresimir. No podré sobrevivir a eso. No en este estado. Considéralo un acto de venganza si quieres. Taniel miró hacia abajo. Ka-poel estaba luchando con otro guardia. Un tercero la cogió de los hombros.

—Prométemelo, Taniel, y te ayudaré.

¿Qué podría hacer Juliene?

—Te lo prometo —dijo él.

Julene lanzó una carcajada chillona.

Allí debajo, los tres guardias habían logrado tumbar a Ka-poel. Taniel inspiró profundamente y cerró los ojos.

Entonces se dejó caer.

Capítulo 44

Tamas usó la misma puerta lateral que Nikslaus y salió al césped. Comenzaba a llover de nuevo, el suelo estaba cubierto de agua. A pesar de que tan solo eran las seis y media de la tarde, el cielo ya se estaba oscureciendo. Se acercaba una gran tormenta.

Cuando Tamas salió por la puerta, el Privilegiado estaba llegando al frente del edificio. Tamas corrió tras él.

Llegó a la esquina del edificio y se detuvo. Echó un vistazo y vio que había cincuenta o sesenta soldados en el patio. Estaban ocultos detrás de carruajes y esculturas, intercambiando tiros con los magos de la pólvora, que estaban dentro.

Nikslaus se subió al estribo de un carruaje y enganchó un brazo a una de las correas. Tamas pudo oír sus gritos entre las descargas de los mosquetes.

—¡Vamos! —Nikslaus golpeó el techo del carruaje con un muñón y se metió en el interior. El carruaje salió por el camino de entrada y dobló hacia la calle.

Un balazo arrancó un fragmento de la mampostería, justo por encima de la cabeza de Tamas. Él retrocedió. Lo habían visto.

Tamas contempló a los soldados. Eran demasiados. Aun en la mejor de las circunstancias. Ya casi no le quedaba pólvora; la había usado para atravesar la piedra caliza con ese disparo. Miró la muralla del jardín, que se encontraba a unos cuarenta metros de distancia. Era demasiado alta.

Tamas oyó un alboroto a la vuelta de la esquina y se arriesgó a echar un vistazo.

El cuerno de pólvora de un soldado keseño explotó de pronto y lo partió por la mitad. Lo siguió otro, y luego otro. Los hombres comenzaron a arrojar sus mosquetes, cuernos y cargas para evitar que los mataran. Tenía que tratarse de Vlora. Solo ella tenía el alcance para encender pólvora y matar incluso a hombres que se encontraban

junto a la cancela. Debía de haber llegado a una ventana, o tenía a alguien dándole instrucciones. Encender pólvora a ciegas era algo peligrosamente estúpido, tanto para uno como para los aliados.

Las puertas de entrada de la mansión se abrieron de golpe. Andriya las atravesó casi volando. Sostenía un rifle con bayoneta entre ambas manos y gritaba a pleno pulmón. Tenía la mirada enloquecida, le faltaba el sombrero y su capote flameaba a su alrededor. Saltó sobre el soldado keseño más cercano y lo atravesó sin piedad.

Tamas no tendría otra mejor ocasión de que alguien lo cubriera.

Corrió a través del césped por detrás de los soldados keseños. La mayoría no le hizo caso; todos tenían los ojos fijos en Andriya. La lluvia caía ya de forma torrencial.

Tamas se acercó a la cancela. Un soldado se volvió hacia él, intentando desesperadamente colocarle la bayoneta a su mosquete. Tamas corrió hacia el soldado, pisó una roca cercana al camino de entrada y se elevó en el aire. Pateó al hombre en la barbilla al pasar y salió por la cancela.

En la calle había más soldados. Tamas notó que se encontraba solo en medio de veinte, o más, soldados de la infantería keseña.

Encendió toda la pólvora que había a su alrededor. Usó su mente para alejar la explosión de sí mismo, pero nunca se le había dado muy bien, y la onda expansiva lo hizo tropezar.

Tamas se puso de rodillas, luego se levantó con dificultad. Trató de quitarse el mareo. De pronto, el dolor de su pierna superó el trance de pólvora y lo hizo caer de bruces mientras buscaba el carruaje de Nikslaus.

El suelo estaba cubierto de cuerpos. Casi todos los soldados habían muerto al instante. Unos pocos gemían de dolor agarrándose los muñones de los miembros que les faltaban. La calle estaba llena de sangre y de restos. Esa imagen y el olor a pólvora y sangre le dieron arcadas a Tamas.

Allí, al final de la calle. El carruaje de Nikslaus se dirigía hacia las montañas por la avenida principal de la ciudad, casi desapareciendo en medio del diluvio. Tamas llegaba a ver al conductor latigueando frenéticamente a sus caballos. Los civiles se quitaban del camino a medida que el carruaje avanzaba.

Tamas intentó correr. Se tambaleó hacia un lado, y se aferró con una mano al borde de un barril para recoger agua de lluvia rebosante. Se volvió a poner de pie y siguió avanzando, más lentamente, tratando de hacer que dejara de retumbarle la cabeza. Sintió que algo caliente le chorreaba por la mejilla y se tocó el rostro. Sangre. Parecía que le salía de los oídos.

No podía detenerse en aquel momento. El carruaje se alejaba más y más. En poco tiempo, saldría de la ciudad y se dirigiría a las

montañas. Nikslaus volvería a escaparse.

Tamas mordió una de las pocas cargas de pólvora que le quedaban y se obligó a sí mismo a correr.

Los adoquines de la calle pasaban a toda velocidad por debajo de sus pies. Dejó que el trance de pólvora lo poseyera por completo y sintió la quemazón de la pólvora en las venas. Los negocios y las casas pasaron volando. Se le formaron lágrimas en el rabillo de los ojos a fuerza de correr más rápido que un caballo, con el corazón retumbándole en los oídos. La fuerza del viento le arrebató el sombrero y la lluvia le golpeó el rostro.

El carruaje llegó al límite este de la ciudad muy por delante de él. Tamas podía ver el territorio en su mente. Unos cientos de metros de plaza de armas en pendiente, llena de soldados de Nikslaus y sus ganancias mal habidas de saquear la ciudad; luego las montañas se elevaban empinadas y el camino daba a un valle, donde ascendía gradualmente hasta meterse en los Leños Calcinados.

Habría miles de soldados keseños en esa plaza de armas. Tamas tenía que matar a Nikslaus antes de que este llegara a la montaña. Se detuvo para recuperar el aliento y apuntó con su pistola a la parte trasera del carruaje. No. Ahora no. Demasiados delivíes en las calles. Necesitaba un disparo limpio.

Tamas se acercó al límite de la ciudad. El chaparrón se había convertido en un diluvio. Ya no veía el carruaje, pero no tenía dudas de hacia dónde se dirigía Nikslaus. Tampoco tenía dudas de que la pólvora que tenía en la cazoleta de la pistola estaba mojada.

Una multitud comenzó a emerger de la lluvia, y pronto unos gritos se elevaron sobre el golpeteo del agua contra el suelo. Había hombres por todos lados tapando la calle.

A Tamas le llevó un momento darse cuenta de que estaban luchando. ¿Una trifulca? No. Una batalla, una refriega sangrienta. Todos llevaban las chaquetas azul oscuro de la infantería adrana, pero pudo distinguir dos bandos. Al parecer, cada miembro de uno de los bandos se había arrancado una manga blanca de la camisa y se la había atado en el brazo derecho.

Tamas sujetó a un hombre que no tenía el brazalete blanco en el brazo.

—¿Keseño? —le preguntó en keseño.

El sujeto parecía haber sido tomado por sorpresa.

—Sí —respondió en keseño.

Tamas lo atravesó con su espada y se lo quitó de encima empujándolo con el pie. Se volvió justo a tiempo para bloquear una estocada de bayoneta. Era de un soldado que tenía una banda blanca. El soldado estaba por volver a atacarlo, pero se detuvo en seco.

—¡Mariscal de campo!

—¿Dónde está el coronel Olem? —preguntó Tamas, lanzando una plegaria silenciosa de agradecimiento de que sus hombres lo reconocieran.

—No tengo idea, señor. Él lideró la carga.

—¿Y los brazaletes? —Tamas señaló la manga de camisa atada al brazo del soldado.

—Fue idea del coronel Olem, señor. Para que no nos matemos entre nosotros.

—Bien.

El soldado se quitó la chaqueta y se arrancó la otra manga de la camisa.

—Tened, señor.

Tamas dejó que se la atara al brazo.

—Gracias. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Masacrar a los keseños —dijo el soldado. Levantó su rifle y se alejó a la carrera lanzando un alarido.

Tamas se quedó allí, un poco sorprendido aún ante la refriega. No había oído cuernos ni tambores, ni había divisado el menor indicio de pánico en los soldados keseños que le diera a entender que la Séptima y la Novena habían llegado. ¿Acaso Nikslaus no tenía exploradores? Pero, claro, ¿quién podría ver algo con aquella lluvia?

A pesar de la ferocidad de la batalla, no se oían disparos. La lluvia lo hacía imposible. Olem debió de haber convencido a los otros generales y coroneles de la necesidad de atacar de inmediato.

Era la pesadilla de un comandante. La plaza de armas ya se había convertido en un lodazal embarrado. El aguacero era tan intenso que Tamas casi no podía ver cinco o seis metros delante de él.

El carruaje de Nikslaus debía de haber aminorado la velocidad a causa de la lluvia. Tenía que haber seguido por el camino o se habría quedado atascado en el lodo.

Tamas comenzó a trotar siguiendo los adoquines.

La batalla continuó a su alrededor. El sonido de gritos y alaridos y el choque de espadas se elevaba intermitentemente sobre la lluvia. Los adoquines estaban resbaladizos por el agua y la sangre.

Tamas se fue abriendo paso mientras luchaba, con la espada delante de él y el brazo derecho elevado para que sus soldados pudieran ver el sucio brazalete blanco que llevaba atado por debajo del hombro. Empujó y dio estocadas, y se detuvo un momento para exhortar a algunos soldados de la Séptima. Luego siguió avanzando por el camino en busca de Nikslaus.

¿Cómo había hecho el carruaje del duque para atravesar aquella refriega? ¿Acaso el conductor había atropellado a soldados de ambos bandos en su desesperación por escapar de la furia de Tamas? ¿O el duque se le había escabullido y, de alguna manera, había ocultado el

carruaje para poder volver a escapar hacia la ciudad?

Tamas divisó al coronel Arbor, con su uniforme empapado, sosteniendo sus dientes postizos con una mano mientras usaba su sable de caballería para luchar con uñas y dientes contra un capitán keseño. Un aguacero particularmente intenso cayó y ocultó al coronel. Cuando Tamas volvió a mirar, ambos hombres habían desaparecido.

Tamas bloqueó una estocada de bayoneta, abrió el tercer ojo y resistió el mareo que eso le causó. Unos puntos de colores aparecieron en la tormenta, moviéndose como la llama de una vela en la brisa. Tamas dirigió su mirada hacia la ciudad. Solo había Dotados en esa dirección. No había Privilegiados. Unos pocos Guardianes.

La lluvia cayó con más intensidad. Un rayo iluminó el cielo oscurecido y le permitió a Tamas un breve vistazo a través del diluvio y de todo el campo de batalla.

La ciénaga que era la plaza de armas estaba llena de hombres luchando, con las botas resbalándose y chapoteando. Eran un mar de uniformes azules, empapados y sucios de lodo. Tamas se preguntó si los brazaletes blancos siquiera servían para que distinguieran entre amigos y enemigos. Supuso que, aquella noche, miles morirían bajo la espada de sus propios camaradas.

Hubo otro rayo, y Tamas vio algo a treinta o cuarenta metros más adelante, a un lado del camino. Un trueno lo siguió de inmediato. Sintió que le temblaba el pecho a causa del estruendo. Su tercer ojo le había mostrado fuego más adelante; no de una llama, sino la luz en el Otro Lado que delataba la presencia de un Privilegiado.

Cuando Tamas se acercó, vio que lo que había visto un momento antes eran los restos de un carruaje.

Parecía que el conductor había virado y una de las ruedas se había salido de los adoquines y se había hundido en el lodo empapado. El carruaje había volcado y se había deslizado por un terraplén, y había terminado volcado en medio metro de agua en el fondo de una zanja, con las ruedas aún girando.

Los soldados de infantería luchaban alrededor del carruaje como si no notaran su presencia, a pesar de las huellas de las ruedas en el lodo y del conductor intentando frenéticamente liberar a seis caballos enloquecidos.

Tamas se deslizó por el terraplén a unos diez metros de distancia, mirando el carruaje con cautela. No había señales de Nikslaus. El tercer ojo le decía que el Privilegiado aún estaba cerca. Tampoco había Guardianes. ¿Aquello era un accidente? ¿O una trampa?

Tamas se acercó apoyando una mano en el terraplén lodoso para mantener el equilibrio; cerró el tercer ojo para evitar caerse. Con la otra mano sostenía una de sus pistolas. Tal vez la pólvora de la cazoleta estuviera mojada, pero los residuos de pólvora del cañón

estarían secos y él podría encenderlos con un pensamiento. Un disparo. Era todo lo que tenía.

Era todo lo que necesitaba.

Tamas arrancó la puerta del carruaje y se inclinó para mirar hacia el interior. Nikslaus estaba tendido en el agua creciente de la zanja, con la espalda contra un lado del carruaje. Tamas agarró la chaqueta del Privilegiado con una mano y, tirando, lo sacó del agua, le hizo atravesar la puerta y lo apoyó contra el terraplén.

—Os veré morir —gritó Tamas sobre la lluvia. Se metió con fuerza la pistola en el cinturón y agarró la chaqueta de Nikslaus por el cuello. Lo haría con sus propias manos. Por Erika. Por Sabon. Por todos los magos de la pólvora que habían muerto en las garras del duque.

Tamas parpadeó para quitarse el agua de los ojos mientras levantaba a Nikslaus frente a él. Una vez más, para mirar a su enemigo a los ojos.

Algo iba mal.

La cabeza de Nikslaus colgaba a un ángulo imposible, con los ojos en blanco hacia el cielo. De la boca le brotó agua lodosa.

El hombre que había asolado los sueños de Tamas durante más de una década, que había matado a su esposa y a su mejor amigo y había ocasionado una guerra que amenazaba con destruir su país... se había roto el cuello y se había ahogado en una zanja.

Tamas dejó caer el cadáver. Volvió a abrir el tercer ojo, para asegurarse. La luz del Otro Lado había desaparecido de Nikslaus.

Retrocedió algunos pasos, se tropezó en el agua y cayó contra el lado opuesto. Nikslaus había muerto, nada menos que a causa de un accidente, unos momentos antes de que Tamas pudiera alcanzarlo.

Golpeó el lodo con los puños. Pateó una rueda del carruaje con suficiente fuerza para romper varios de los rayos y doblar la aleta de hierro que sostenía la rueda. Se resbaló en el lodo y cayó de rodillas.

Se desplomó hacia delante en la misma agua que acababa de ahogar a Nikslaus, con la lluvia cayéndole sobre los ojos. Aún le quedaba un disparo, y por un momento, consideró volarse los sesos. Había perdido a Erika, había perdido a Sabon, había perdido a Gavril. Y ahora nunca los vengaría. Cogió su pistola, el regalo de Taniel. No. No lo había perdido todo. Aún tenía a su hijo.

—¡Por favor! ¡Por favor, ayudadme!

El grito hizo que Tamas regresara de su ensoñación. Bajó la mirada y vio que el cuerpo de Nikslaus era arrastrado por la zanja por la fuerza de las aguas de la tormenta. Un final apropiado, aun si no se lo había causado el propio Tamas.

Trepó el terraplén y volvió a escuchar la voz.

—¡Por favor! ¡He perdido mi cuchillo!

El conductor del carruaje estaba forcejeando en el lodo, intentando

liberar a los caballos aterrorizados mientras ellos lo empujaban y lo pateaban. Parecía que había logrado soltar a todos los animales, salvo a dos.

La lucha continuaba a su alrededor. Tamas sabía que necesitaba volver a subir al nivel del suelo y buscar a sus oficiales para llevar algo de cohesión a la refriega. Con Nikslaus muerto, los keseños bien podrían desmoronarse y huir.

Un caballo lanzó un alarido y Tamas volvió a oír las súplicas del conductor.

Tamas trepó los restos del carruaje y descendió justo detrás del conductor. El hombre estaba de rodillas, intentando esquivar los golpes de cascos mientras buscaba su cuchillo en el agua.

—Aquí estoy —dijo Tamas.

Hizo al hombre a un lado, desenvainó su espada y con dos cortes rápidos, los caballos quedaron libres. Giraron hasta quedar de pie y huyeron chapoteando por la zanja contra la corriente. Sería imposible atraparlos hasta que se calmaran, y alguno bien podía romperse una pata en aquellas condiciones, pero al menos estaban libres.

Tamas se volvió hacia el conductor. El hombre se encogió ante él, mirándole aterrorizado las charreteras del uniforme.

—Gracias, señor —dijo el conductor.

—Busca al oficial adrano más cercano —Tamas se arrancó el brazalete blanco que tenía atado en el brazo—, y entrégate. Es la única manera en la que sobrevivirás esta noche.

El conductor inclinó la cabeza, y cayó agua del borde de su quepis.

—Sí, señor. Gracias, señor. ¿El duque está...?

—Muerto.

Puede que fuera por la oscuridad y la lluvia, pero pareció haber una expresión de alivio en el rostro del conductor.

—¿Qué hay de la pólvora, señor?

—¿Pólvora? —preguntó Tamas—. ¿Qué pólvora?

El conductor se puso pálido.

—Toda la ciudad está llena de pólvora. ¡El duque iba a matar a toda la gente!

Tamas se volvió hacia Alvación. ¡Pólvora negra! Por eso había percibido tanta. Nikslaus debía de haberla colocado en cada edificio, lista para ser encendida cuando él lo ordenara. Esa era la única manera en que podría haber arrasado la ciudad en solo una noche.

Tamas trepó con dificultad por el terraplén y comenzó a correr en la dirección por donde había llegado. Los Guardianes probablemente la encenderían, incluso si eso significaba que ellos mismos debían morir. No había esperanzas de que un oficial con consciencia anulara las órdenes de Nikslaus.

Se necesitarían toneladas de pólvora dispersa por todo Alvación

para destruir la ciudad completa. Podrían haberla encendido y luego haber recorrido las ruinas masacrando a los sobrevivientes. ¿Qué mejor manera de culpar a Adro por el ataque? Nadie sospecharía que un Privilegiado como Nikslaus fuera a utilizar pólvora negra.

Tamas jamás llegaría a tiempo.

La primera explosión fue tan grande que hizo temblar el suelo. Una nube de fuego se elevó sobre el distrito de los mercados, tan alta como un edificio de cuatro plantas, y la fuerza expansiva hizo caer al suelo a cientos de soldados en pleno combate.

Tamas se tropezó, cayó y se golpeó una rodilla contra los adoquines. Un momento después, se encontraba cojeando a toda carrera con la vista fija en la ciudad, esperando la siguiente explosión. El fuego había desaparecido tan rápido como se había elevado, pero Tamas llegaba a divisar la silueta de una voluta de humo y vapor elevándose en el cielo nocturno.

Eso no sería todo. Tenía que regresar a la ciudad y...

¿Y qué? ¿Evitar que los Guardianes encendieran la pólvora? No sabía dónde estaban, y la ciudad era bastante grande. Podría buscar la pólvora oculta, pero sin duda los Guardianes la habría hecho volar para cuando los encontrara.

Otra explosión sacudió la ciudad, ahora del lado más lejano. Tamas estaba preparado y se las arregló para no caer, a pesar del temblor del suelo.

Sin duda, cada una de esas explosiones había matado a cientos de personas. Él podría suprimir las explosiones o redirigir la energía, pero intentar contener tanta pólvora sería como hervir agua en una tetera sellada; lo haría pedazos.

Tamas entró en la ciudad, avanzando a empujones entre la refriega, y extendió los sentidos hacia afuera. Había un depósito de municiones en la siguiente calle, lo percibía desde allí. Suficiente pólvora para arrasar diez manzanas.

Tamas percibió que un fósforo tocaba la pólvora en algún lugar del depósito, y que ya era demasiado tarde para suprimir la explosión. En la mente de Tamas, la presión comenzó a aumentar, y la explosión comenzó a expandirse desde la pólvora.

Tamas aferró la energía, listo para redirigirla. Su mente se extendió hacia el resto de la pólvora, para saber cuánto debería detener.

Un puñado de cargas de pólvora era algo fácil. ¿Un cuerno de pólvora? No era un problema. Tamas incluso podía redirigir un barril de pólvora.

Cincuenta barriles de pólvora explotaron al mismo tiempo.

Tamas tomó la energía y la llevó directamente debajo de él. Se sintió como si se hubiera atado cien cañones a las botas y los hubiera disparado todos a la vez. La energía fluyó hacia afuera, levantó tierra,

piedras y adoquines, y Tamas pudo ver los rostros conmocionados de los soldados más cercanos justo antes de que se evaporaran en un instante.

Era demasiado. No podía contener tanta pólvora. Su cuerpo gruñó y se retorció, y su piel parecía estar a punto de partirse.

Todo eso pasó en una fracción de segundo. Tamas sintió que iba a perder la conciencia, y con ella, la voluntad de controlar la fuerza de la explosión.

Le había fallado a su esposa. Les había fallado a sus soldados, a su hijo, a la gente de Alvación y a la de Adro.

Les había fallado a todos.

El mundo se tornó negro.

Taniel aterrizó directamente sobre los hombros de uno de los guardias. El hombre se derrumbó debajo de él y absorbió parte del impacto, pero a Taniel igualmente se le doblaron las piernas; rodó aullando de dolor y dio contra la base de la viga.

Los otros dos guardias se quedaron paralizados, con ojos asombrados, en medio de su intento de someter a Ka-poel.

Taniel se puso de pie y atajó un culatazo de mosquete con la cuerda que le ataba las manos. Lanzó una patada y le dio a un guardia en el lado de la rodilla, y golpeó con las manos atadas el rostro del otro.

A Ka-poel se le había caído la capucha en la pelea. Tenía los ojos muy abiertos y el pelo completamente despeinado. Levantó la barbilla ante la mirada de Taniel. El momento pasó, ella quitó una gota de sangre de la punta de su larga aguja y avanzó hacia él extrayendo el cuchillo de su cinturón para cortarle las ataduras.

—No deberías haber venido —dijo Taniel.

Ella terminó de cortar la cuerda y le colocó un cuerno de pólvora en las manos. Él le quitó el tapón con los dientes. Vertió la pólvora en su boca, sintió el gusto a azufre en la lengua y la masticó. Resopló y se atragantó, pero se obligó a sí mismo a tragar toda la pólvora negra que tenía en la boca.

El trance de pólvora recorrió todo su ser: le calentó el cuerpo y le tensó los músculos. El dolor de sus heridas y magulladuras se desvaneció y se ocultó en el fondo de su mente.

Ka-poel terminó de finiquitar a los cuatro guardias con su cuchillo. Se puso de pie, se sorbió la nariz y limpió la hoja.

Taniel miró a su alrededor. A pesar de la actividad del campamento, muchos soldados habían comenzado a notar la pelea. Un oficial corría hacia ellos a la cabeza de un pelotón, señalando con la mano y llamando a otros a gritos.

Taniel se restregó las muñecas. Ka-poel y él se encontraban en el

centro del ejército keseño, aislados por completo, sin esperanzas de que los rescataran. Tendría que matar a cien mil hombres para escapar de allí.

—Pole —dijo Taniel. Bajó una rodilla al suelo, tomó el mosquete de uno de los guardias y se encogió. Ni toda la pólvora del mundo podría tapar por completo el dolor—. No creo que podamos salir de esta.

Ka-poel contempló el ejército keseño como un general contemplando a sus tropas.

Taniel levantó el mosquete. Era de manufactura ordinaria, nada que ver con el rifle Hrusch al que estaba acostumbrado. Extrajo la bayoneta del kit del guardia y la colocó. Tendría que servir. Los keseños se acercaban; cincuenta, ahora tal vez más. Si comenzaban a luchar, atraerían la atención del resto del ejército.

—Pole —le dijo—, te amo.

Ka-poel se llevó un dedo al corazón y luego lo señaló a él. Arrojó su morral al suelo frente a ella. El morral cayó abierto, y ella levantó una mano.

Los muñecos comenzaron a elevarse del morral. Taniel recordó la lucha de Kresim Kurga y el poder que ella había demostrado.

—No será suficiente esta vez, Pole.

Los muñecos seguían saliendo del morral. Diez. Cincuenta. Cien. Mil.

Una cantidad imposible de figuras se elevó del morral y se dispersó uniformemente en el aire, alrededor de ellos.

Los soldados keseños se habían detenido a unos quince metros de distancia y observaban perplejos su hechicería. Un capitán keseño levantó una mano.

—¡Cargad!

Taniel les encendió la pólvora con un pensamiento. Los mosquetes se hicieron pedazos, los cuernos de pólvora explotaron y el aire quedó lleno de alaridos y del aroma a pólvora quemada.

—¡Un mago de la pólvora! —gritó alguien. El aviso recorrió el campamento mientras los soldados se deshacían de sus mosquetes y buscaban sus espadas y cuchillos. Llegaron más hombres corriendo; primero unos pocos, luego en mayor cantidad. Taniel cogió el cañón de su mosquete y se preparó para la pelea.

Aquello comenzó como un pequeño movimiento fuera de lugar que vio por el rabillo del ojo. Un soldado keseño se detuvo en medio del campamento y le clavó la bayoneta en el cuello al hombre que tenía junto a él. El soldado parecía perplejo por lo que acababa de hacer, pero luego se volvió y le dio un culatazo en los dientes a otro soldado de infantería.

Otro soldado sostuvo su cuerno de pólvora contra su llave de

chispa y tiró del gatillo, lo que lo hizo volar al demonio junto con tres de sus compañeros.

Comenzaron varias peleas a puñetazos, y la marea de soldados keseños que avanzaban hacia Taniel y Ka-poel comenzó a disminuir a medida que se enfrentaban entre sí.

Ka-poel estaba de pie con las piernas juntas, mirando sus muñecos como si estuviera analizando una partida de ajedrez. A su alrededor, los muñecos se movían por su cuenta. Algunos se peleaban entre sí, mientras que otros giraban y lanzaban estocadas hacia las sombras. Taniel sintió un gran terror. Ella estaba controlando a todo un ejército, miles, ¡al mismo tiempo!

Un soldado de infantería que se encontraba libre cargó contra Taniel.

Él desvió la estocada de bayoneta hacia un lado y le clavó la suya en el ojo.

—Debemos irnos —le dijo a Pole—. No puedes mantenerlos así para siempre.

Ka-poel lo agarró de la manga e imitó la forma de una pistola con una mano, señalando sus muñecos.

—¿Quieres que les dispare?

Ella asintió con la cabeza.

Taniel apoyó la culata del mosquete en el suelo y lo cargó enseguida. Se lo levantó al hombro y miró a Ka-poel, esperando una confirmación.

Ella le hizo un gesto con la mano para que se diera prisa.

Taniel apuntó hacia su mar de muñecos y apretó el gatillo.

Algo parecido a un trueno resonó en el aire matutino, lo que hizo que los soldados keseños se lanzaran al suelo para ponerse a cubierto. Un soldado explotó como si lo hubiera alcanzado una bala de cañón y quedó esparcido sobre una tienda. Taniel oyó los alaridos de desesperación, y alguien gritó:

—¡Fuego de artillería!

Ka-poel echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada silenciosa.

—Eso es sádico —dijo Taniel. La cogió de la mano—. Vámonos.

Corrieron por el campamento keseño en dirección a las montañas que bordeaban el Camino de Surkov por el este. Los muñecos de Ka-poel los seguían, flotando en el aire y luchando contra las sombras. Para cuando llegaron al límite del campamento keseño y comenzaron a subir a la colina más cercana, el número de muñecos había disminuido.

Ka-poel comenzó a jadear intensamente mientras escalaban. Taniel miró hacia atrás. Nadie los seguía, pero no tardarían en hacerlo. Tiro de su brazo y sintió que ella se debilitaba, con los ojos desenfocados por el cansancio. Taniel se colgó el mosquete al hombro, cargó a Ka-

poel en brazos y siguió corriendo.

La pendiente de la colina se volvió más pronunciada, y pronto Taniel estaba trepando más que corriendo. Tuvo que depositar a Ka-poel sobre una enorme piedra de la ladera para descansar, y echó una mirada hacia el valle.

Nadie los perseguía.

Todo el campamento keseño estaba sumido en el caos. Hermano contra hermano. Un Privilegiado débil era presa del pánico y lanzaba poderes por doquier. Había Guardianes intentando restablecer el orden matando a los "cabecillas", en lo que ellos habían percibido como una rebelión entre las tropas; eso solo contribuyó al caos.

Y todo por los muñecos de Ka-poel.

Taniel le quitó el tapón al cuerno de pólvora y se echó un poco en el dorso de la mano. La aspiró. El peligro inmediato podía haber quedado atrás, pero los keseños aún podían enviar soldados de infantería a perseguirlos, o incluso algunos jinetes. No habría forma de escapar si lo hacían. Taniel sentía que el cansancio lo acechaba como una manada de lobos alrededor de un ciervo herido. La llama ardiente de su trance de pólvora se apagaría enseguida. No podría mantenerla, por mucho combustible que consumiera, y luego quedaría inutilizado.

Ka-poel y él tendrían que caminar casi cinco kilómetros por las partes más empinadas de la ladera para quedar del lado del campamento adrano.

También estaba el asunto del traidor Hilanska.

Cerca del frente, el caos parecía menos intenso, y muchos de los soldados keseños aún miraban la conversación entre Kresimir y Mihali. Los dos dioses estaban frente a frente, a no más de un metro de distancia. Taniel habría pagado buen dinero para poder leerles los labios. Ninguno de los dos pareció notar la confusión que había en el campamento keseño; a ninguno pareció importarle.

Mihali extendió una mano y se la apoyó a Kresimir en el hombro.

Kresimir le apartó la mano.

Mihali extendió las manos en un gesto tranquilizador. Kresimir levantó una mano en el aire, señalando el cielo, mientras gritaba algo.

Mihali siguió hablando. Casi no movía los labios, y tenía el rostro sereno.

Habló durante varios minutos. Para sorpresa de Taniel, Kresimir parecía estar escuchándolo. El dios dejó caer la mano a un lado.

En el campamento seguía reinando el caos. Los muñecos voladores de Ka-poel se habían reducido a menos de cien. Ella se incorporó, demacrada y llena de contusiones, pero con una sonrisa victoriosa en los labios. Parecía estar concentrada en los últimos muñecos, que entonces no desaparecían tan rápido como los anteriores. Ella se estaba esforzando mucho por mantener con vida a esas últimas

marionetas.

Taniel siguió mirando a los dos dioses. Kresimir y Mihali se habían acercado el uno al otro. Mihali se estaba señalando la otra mano, como si estuviera explicando algo. Kresimir lo escuchaba inclinando la cabeza hacia un lado.

Mihali pareció terminar su explicación.

Kresimir meneó la cabeza enérgicamente.

Mihali puso un gesto ceñudo. Abrió los brazos con una sonrisa triste en el rostro.

De pronto, Taniel sintió que el corazón le latía más deprisa. Levantó el mosquete al hombro y apuntó con el cañón hacia Kresimir. Tres kilómetros. No era un disparo difícil para él, pero la bala era una bola normal, y tardaría demasiado tiempo en alcanzar a Kresimir. Taniel solo podía servir de distracción.

De pronto, Kresimir abrió los brazos. Por un breve momento, pareció que estaba listo para abrazar a su hermano.

Una luz más brillante que mil soles brotó de Kresimir; Taniel se llevó las manos a la cara, se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo. Se preparó, a la espera de la onda expansiva y el estallido ensordecedor de una explosión.

No sucedió nada. La luz refulgía con tanta intensidad que, a pesar de que Taniel se había cubierto el rostro, aún sentía como si estuviera mirando el centro del sol.

Una mano lo tocó. Él extendió la suya y se aferró a Ka-poel. ¿Qué veía ella? ¿Acaso había algo que ver? Ella debía de estar tan ciega como él. La acercó hacia su pecho y la abrazó, intentando protegerle los ojos del resplandor. Por todos los dioses, ¿qué era aquella hechicería?

Después de lo que pareció una eternidad, Taniel sintió que el brillo comenzaba a disminuir. El miedo se apoderó de él cuando abrió los ojos y no vio nada. ¿Se había quedado ciego?

Debieron de pasar unos veinte minutos hasta que unas formas comenzaron a manifestarse en su visión. Parpadeó deprisa, tratando de deshacerse de las manchas de color, tratando de entender lo que había visto. Ese fulgor, tan brillante e intenso, pero sin calor ni sonido. No había sido una explosión.

Taniel intentó recordar sus conocimientos sobre la hechicería Privilegiada. ¿Qué había hecho Kresimir?

Tardó unos momentos, pero finalmente lo entendió.

Kresimir había abierto el Otro Lado al mundo.

La renovada vista de Taniel comenzó a mostrarle que ahora tanto el campamento adrano como el keseño se encontraban sumidos en el caos. Al parecer, nadie podía ver. Cientos de miles de hombres estaban en cuatro patas, aullando y gritando.

En el centro del campo, situado entre los dos campamentos, Kresimir se encontraba solo. Mihali había desaparecido por completo; ni siquiera quedaba ceniza donde había estado él. A Kresimir se le había caído la máscara. Tenía la boca abierta; el rostro, paralizado en un grito silencioso.

Los hombros de Kresimir se aflojaron. Se quedó mirando por un momento el lugar donde había estado Mihali. Luego el dios cayó de rodillas y lloró.

Taniel se dejó caer contra la ladera de la montaña, muerto del cansancio, con el cuerpo atormentado por el dolor de sus heridas. Pasaron unos minutos de silencio, y luego se miró la camisa, ensangrentada y manchada de vómito. Oyó el sonido de un torrente en sus oídos y le temblaron las manos por la excitación.

—Pole —dijo—. Tengo la camisa empapada con sangre de Kresimir.

Adamat no podía despegar la mirada de lord Claremonte cuando este terminó el discurso. Había manipulado a la multitud a la perfección. No había festejos ni gritos; no, ni el propio Claremonte se habría esperado eso.

Había quejidos. Murmullos de descontento. Cerca de Adamat, un hombre le dijo a la mujer que estaba a su lado que Claremonte tenía algo de razón. Una sensación creciente de indignación atravesó a las masas allí reunidas, y Adamat supo que Claremonte los había convencido. Tal vez no a todos. Tal vez no en ese momento. Pero los pocos alaridos de protesta que se oyeron cuando la Privilegiada de Claremonte destruyó la catedral Kresim habían sido acallados enseguida.

A lo largo del Ad, los soldados brudanos llevaron sus lanchas hasta la orilla del río y desembarcaron. A simple vista, parecía que estaban trabajando en equipos de quince personas, y que cada uno estaba acompañado por un Privilegiado. Llevaban mosquetes con bayonetas y barriles de pólvora negra, y Adamat vio que el primer equipo llegaba a una iglesia del otro lado del Ad y comenzaba a echar a la gente.

Estaban preparando el lugar para demolerlo.

Si Adamat no hubiera sentido semejante horror, habría quedado impresionado. Claremonte había llegado con refuerzos y suministros, había dado un discurso brillante con el fin de lanzarse como candidato a primer ministro y ahora estaba preparándose para destruir los edificios religiosos de Adro. Había tomado el horror de la gente (el temor de que los brudanos estuvieran invadiendo la capital) y le habían dado la vuelta. Todo el mundo sentía tanto alivio de que Claremonte no estuviera saqueando la ciudad que él podía hacer prácticamente lo que quisiera.

Adamat no era un hombre religioso ni mucho menos, pero quería correr hasta la iglesia más cercana y evitar que los soldados la destruyeran. Aquellos eran iconos históricos, ¡algunos tenían casi mil años de antigüedad! Le dio la sensación de que cualquier intento por detener a los soldados haría que lo mataran.

A menos de treinta metros de distancia, la lancha de Claremonte llegó a la orilla. Ricard ya corría hacia ella, con sus asistentes y guardaespaldas siguiéndolo con precaución. Adamat le gritó que se detuviera.

Un marinero ayudó a Claremonte a descender al suelo lodoso y luego a subir por la orilla hasta la calle.

Adamat sabía, a juzgar por la postura de los hombros de Ricard, que iba a hacer algo estúpido.

—¡Fell! ¡Detenlo!

Era muy tarde. Ricard lanzó el puño hacia atrás y golpeó a Claremonte en la nariz, lo que lo hizo caer como bolsa de patatas.

Los soldados brudanos avanzaron y la Privilegiada de Claremonte levantó una mano enguantada, con los dedos juntos como si fuera a chasquearlos. Adamat sintió que el corazón se le iba a la garganta.

—¡Basta! —Claremonte se puso de pie. Apoyó una mano tranquilizadora en el brazo de la Privilegiada—. No hay necesidad de violencia —dijo sosteniéndose la nariz con dos dedos.

—¿Qué diablos creéis que estáis haciendo? —preguntó Ricard enérgicamente echando el brazo hacia atrás como queriendo volver a golpearlo.

—¿Que qué estoy haciendo? —dijo Claremonte echando la cabeza hacia atrás para detener la hemorragia nasal—. Me postulo para primer ministro de Adro. Supongo que vos sois Ricard Tumblar.

—Sí —respondió Ricard con frialdad.

Claremonte extendió una mano hacia él.

—Lord Claremonte. Encantado de conoceros.

—Yo no comparto ese sentimiento —respondió Ricard.

—Bueno, qué lástima. —Claremonte dejó caer la mano—. ¡Supuse que éramos amigos!

—¿Qué os hizo pensar eso?

—El hecho de que trajerais a la mitad de la ciudad para recibirme y para oír mi discurso —dijo Claremonte—. Esa es la clase de cosas que hacen los amigos. La sonrisa de Claremonte se había desviado hacia un lado; solo fue un poco, pero ahora parecía una mueca de desprecio. Sus ojos pasaron de Ricard a Fell, y luego a cada uno de los otros jefes sindicales, y finalmente se posaron sobre Adamat. Volvió a esbozar una sonrisa ancha.

—Realmente os lo agradezco —dijo, aún hablándole a Ricard—. Ahora, si me disculpáis, tengo unas elecciones que ganar.

Tamas sintió el traqueteo y el movimiento familiar de un carruaje y luchó por recobrar la consciencia.

Sintió pánico. ¿Adónde se lo llevaban? ¿Quién conducía el carruaje? ¿Dónde estaban sus hombres?

De pronto le llegaron, todos juntos, los recuerdos de la batalla en las afueras de Alvación, del cadáver de Nikslaus, de su intento por detener la explosión de toneladas de pólvora.

Estaba tendido de espaldas, y cuando abrió los ojos, vio el techo de una diligencia. Fuera había luz, así que debía de haber estado inconsciente bastante tiempo. El aire estaba fresco y enrarecido; en su estado de confusión, eso lo hizo preocuparse una vez más. ¿Ya era invierno? ¿Había estado inconsciente durante meses?

No podía mover los brazos. Después de resistir una oleada más de pánico, se dio cuenta de que sí, podía moverlos, pero los tenía atados; tan solo volverse representaba un desafío. ¿Lo habían capturado los keseños?

El primer rostro que Tamas vio no fue uno que se esperara.

Pertenecía a un hombre deliví de tez oscura con rizos grises muy cortos. Llevaba el uniforme color verde intenso de los delivíes, pero sin charreteras ni insignias. El hombre se inclinó sobre Tamas y lo miró contemplativamente.

—Bien. Ya está despierto. Los doctores comenzaban a pensar que tal vez quedara inconsciente de manera indefinida. Ya casi hemos llegado a la cima.

Tamas volvió a cerrar los ojos. Tal vez aún se encontraba demasiado confundido y había oído mal. ¿Acaso el deliví había dicho “cima”?

—¿Quién diablos sois vos? —preguntó Tamas. El rostro le parecía familiar, de algún recuerdo lejano, como de una pintura colocada sobre la chimenea o una figura de su niñez. ¿Un pariente de Sabon? No, no se parecía en nada a Sabon.

El deliví inclinó la cabeza.

—Soy Deliv.

—Os pregunté quién sois, no de dónde provenís. Estúpido mentecato. —El cerebro de Tamas retumbaba dentro de su cabeza como un desfile militar. Flexionó los dedos y tanteó sus ataduras. Un momento. No estaba atado. Entonces, ¿por qué no podía moverse? Levantó la cabeza para mirarse y vio que tenía una manta envuelta firmemente alrededor del pecho.

Tamas se movió un poco y pudo liberar sus brazos. Echó la manta a un lado y se incorporó.

Llevaba su uniforme de repuesto; al menos, le pareció que era el de repuesto. No estaba manchado por la batalla de las afueras de Alvación.

De pronto el carruaje se detuvo y Tamas cayó hacia un lado. El deliví estiró una mano para sujetarlo. Tamas se la apartó.

—¿A qué os referís con “la cima”? —preguntó.

La puerta del carruaje se abrió; Olem estaba de pie afuera. Se puso firme y esbozó una gran sonrisa al ver a Tamas.

—¡Señor! Me alegro de veros despierto. ¿Cómo está vuestra cabeza?

Tamas sintió una oleada de alivio. Al parecer, aún se encontraba en las manos de sus propios hombres, y Olem seguía armado. Echó una mirada hacia el deliví y salió del carruaje.

—Siento como si me hubieran tirado desde la punta de Diente Negro y hubiera aterrizado con la cara.

Miró a un lado y al otro y notó que estaban en las montañas. Bueno, eso explicaba lo de “la cima”.

—¿Hemos pasado ya la Guardia de la Montaña de Alvación?

—Hemos pasado la primera guarnición, señor. —Olem señaló el camino—. La fortaleza principal de la Guardia de la Montaña de Alvación está más adelante. Pasaremos la noche allí y luego proseguiremos la marcha.

Tamas sintió que lo sobrepasaban las emociones, como las olas en un día ventoso. Ya tenía las piernas débiles, y la noticia de que se encontraba en territorio adrano casi lo hizo caer. Rechazó la mano que le ofreció Olem y comenzó a caminar por el sendero. Hizo los cálculos mentalmente. En aquella época del año, el paso estaría bastante abierto y, probablemente, seco. Podrían descender a las llanuras adranas y dirigirse hacia el Camino de Surkov. Estarían defendiendo su país en unos diez días de marcha rápida.

—Señor, deberíais seguir descansando.

—Puedo caminar sin problemas —dijo Tamas, aunque las piernas estaban algo más que “un poco flojas” y se sentía mareado.

Más adelante, la fortaleza de la Guardia de la Montaña de Alvación se veía alta e imponente. Las puertas estaban abiertas de par en par, y los miembros de la Guardia ovacionaban a los soldados que marchaban por el paso.

—El aire fresco me hará bien. Dame tu informe. ¿Cuánto estuve inconsciente?

—Dos días, señor.

—¿Cómo terminó la batalla?

—Terminó... —Olem vaciló—... lo suficientemente bien.

—¿Cuántas bajas?

Olem sacó un cigarrillo de la manga de su chaqueta y se lo colocó en la boca sin encenderlo.

—Entre la Séptima y la Novena, nos quedan menos de dos mil hombres aptos para luchar.

—¿Eso es todo? —Tamas se detuvo y se volvió hacia Olem.

Volvió a mirar hacia el camino y notó que la caravana de suministros iba más allá de lo que alcanzaba su vista. ¿De dónde había salido? No habían tenido una caravana de suministros al marchar hacia el norte.

—¿Gavril?

—Lo rescató Demasolin.

Tamas sintió una oleada de alivio.

—¿Mis magos de la pólvora?

—Vadalslav recibió una herida de bayoneta en el estómago. No sabemos si sobrevivirá. Leone murió defendiendo a Vlora de un Guardián.

—¿Y Vlora? —Tamas sintió que el corazón se le detenía.

—Está herida, pero con vida.

Tamas se dejó caer contra Olem. Pasaron algunos momentos hasta que pudo recuperar la compostura y separarse.

Notó que el anciano del carruaje los seguía por el sendero.

—¿Cómo podremos hacer siquiera mella en el ejército de Kez con solo dos mil hombres? —preguntó Tamas. No pudo evitar que se le notara el enfado en la voz cuando señaló con la cabeza al anciano deliví y preguntó—: ¿Y quién diablos es este?

Olem se quitó el cigarrillo de la boca y lo hizo girar entre los dedos.

—Por favor, disculpad al mariscal de campo —le dijo al viejo deliví—. Aún no se ha recuperado del todo.

Al deliví pareció divertirle el comentario.

—Espero que se recupere antes de que nos enfrentemos a los keseños. —Inclinó la cabeza—. Soy Deliv —dijo—, pero me puedes llamar Sulem Noveno.

Sulem Nov...

—Ah. Milord. —Tamas inclinó la cabeza y resistió el impulso de apoyar una rodilla en el suelo. Se le había secado la boca. Sulem IX, rey de Deliv, y Tamas lo había tildado de estúpido mentecato en el carruaje—. No fue mi intención ofenderos. No me di cuenta...

—No me ofendiste, mariscal de campo. —El rey arqueó una ceja y miró el suelo, como si esperara que Tamas se arrodillara, pero no insistió.

Tamas no sabía qué decir. ¿Cuánto sabía el rey? ¿Por qué estaba allí, marchando con Tamas y con una caravana de suministros completamente nueva?

—Lo lamento, milord —dijo Tamas—, pero estoy bastante desconectado. No sé bien qué sucedió durante los días en los que estuve inconsciente.

El rey cruzó las manos detrás de la espalda.

—Coronel —le dijo el rey a Olem—, ¿te importa si soy yo quien da el informe?

—En absoluto, Su Eminencia.

—¿Seguimos? —preguntó el rey, extendiendo el brazo hacia la fortaleza que se elevaba sobre ellos.

—Sí —dijo Tamas.

Continuaron caminando por el camino de la montaña y pasaron por delante de lo que quedaba de la caballería de Tamas, con Olem siguiéndolos uno o dos metros detrás.

—Déjame contarte cómo se dieron las cosas desde mi perspectiva —dijo el rey deliví—, y luego puedes terminar tu conversación con el coronel Olem. Llegué a Alvación esperando encontrarme con un ejército adrano, y en cambio me encontré con dos. El día siguiente a tu batalla con los soldados del duque Nikslaus fue un tanto confuso, pero entre mis generales y sus coroneles Olem y Arbor, todo quedó claro. —Sulem hizo una pausa.

—Lamento mucho lo de Alvación, milord —dijo Tamas.

—¿Lo lamentas? ¿Por qué? Salvaste una ciudad deliví, Tamas. Estoy en deuda contigo.

—¿Y la pólvora?

—Tú y tus magos de la pólvora la detuvieron antes de que pudiera hacer mucho daño. Hubo muertes, por supuesto, pero la ciudad sigue en pie, y con ella, una deuda de agradecimiento.

—Veo que nos habéis dado provisiones para el viaje —dijo Tamas mirando sobre su hombro en dirección a la caravana de suministros—. Y por eso, soy *yo* el agradecido.

A Sulem le brillaron los ojos y, por primera vez desde que habían bajado del carruaje, una sonrisa apareció en el rostro del viejo rey.

—Provisiones y algo más —dijo.

—¿Algo más?

—Mariscal de campo, esto es la vanguardia. Estamos atravesando las montañas con cincuenta mil hombres. Serían más si yo no hubiera enviado la mayor parte de mi ejército hacia Kez por el Gran Camino del Norte. Tienes mis soldados a tu servicio, y tengo la intención de asistirte durante esta guerra. La clase de traición planeada por Nikslaus y por Ipille no es propia de un hermano rey. —La sonrisa de Sulem desapareció, y su voz adquirió un tono peligroso—. Puede que hayas enviado a Manhouch a la guillotina, y eso es algo que no apruebo, pero Ipille atacó a mi pueblo.

¡Cincuenta mil soldados delivíes! Tamas sabía que *eso* podría hacer retroceder a los keseños. Sintió que el corazón se le aceleraba. Aquello cambiaría el curso de la guerra. Adro ahora tenía más que una oportunidad, tenía un aliado.

Por primera vez en semanas, Tamas caminó con paso ligero. Se

acercó a la Guardia de la Montaña de Alvación sintiendo que le habían quitado un gran peso de los hombros.

Sonó un clamor en los muros de la fortaleza y de pronto un jinete atravesó la puerta a una velocidad temeraria. El mensajero vio a Tamas y tiró de las riendas, lo que hizo que su caballo se detuviera en una llovizna de grava. El hombre saltó de su montura.

—Señor —le dijo. Tenía las mejillas encendidas, quemadas por el frío a causa de cabalgar en las frías alturas a grandes velocidades, y cuando hizo el saludo, le temblaba la mano.

—Respira, soldado —dijo Tamas.

—Señor —dijo el mensajero jadeando—, tenemos noticias de uno de los puestos del lado este de las montañas. Es Adopest, señor. Está en llamas.

Epílogo

El Privilegiado Borbador se encontraba frente a la puerta de entrada de una casa mediana de los suburbios de Adro. Se preguntó cuándo había sido la última vez que le había pedido ayuda a alguien. Eso era algo que la mayoría de los Privilegiados no acostumbraban a hacer. O hacían todo por su cuenta o daban órdenes.

Una explosión sacudió el aire nocturno e hizo que Bo se encogiera.

Otra iglesia. Los desgraciados brudanos habían estado demoliendo edificios religiosos por toda la ciudad. Habían llevado a los sacerdotes a la calle y los habían matado a golpes en público, y el pueblo adrano solo se había hecho a un lado y los había observado. Estaban demasiado traumatizados por la guerra y demasiado aliviados de que los brudanos no hubieran saqueado la ciudad para hacer algo al respecto.

Algunas personas incluso se les habían unido.

A Bo no le agradaba mucho la Iglesia Kresim, pero odiaba la idea de quedarse a un lado y ver que un ejército extranjero destruyera los iconos culturales de la ciudad. Él había estado entre la multitud, viendo cómo echaban abajo la catedral Kresim. Había oído el discurso de Claremonte y había visto desembarcar al ejército de la Sociedad Mercantil, sin oposición de la gente que debería haber estado defendiendo la ciudad.

A Bo lo ponía nervioso que los Privilegiados de la Sociedad Mercantil estuvieran en la ciudad. Desde su llegada, él se había pasado cada día haciendo grandes esfuerzos por esquivarlos. En el mejor de los casos, intentarían reclutarlo por la fuerza, pensando que ya no sentía lealtad por Adro. En el peor de los casos, lo verían como un cabo suelto y harían todo lo posible por matarlo.

Bo podría haberlos atacado con todo lo que tenía el primer día, podría haber hundido varios de los barcos e incluso haber matado a Claremonte antes de que los Privilegiados brudanos lo eliminaran.

Pero ya estaba harto de las cruzadas ajenas. Tenía sus propios problemas por los que preocuparse.

Un amigo y hermano al que salvar.

Oyó las risas de unos niños que provenían del interior de la casa. Casi lo hicieron detenerse. Casi.

Bo golpeó la puerta. Las risas se interrumpieron.

—Niños, quedaos aquí —ordenó una voz nerviosa.

Los tablones del suelo crujieron; alguien se acercaba por el vestíbulo de entrada de la casa. El tercer ojo de Bo le dijo que se trataba del mismísimo Dotado al que había venido a ver. Sintió que alguien lo observaba por la mirilla, luego se abrió un cerrojo. La puerta se entreabrió un poco.

—Privilegiado Borbador —dijo Adamat.

Bo inclinó la cabeza.

—Inspector Adamat.

Los ojos de Adamat revisaron la calle con nerviosismo, como si buscaran una trampa.

—¿A qué debo el placer? No pensé que volvería a veros.

—Traje algunos regalos —dijo Bo, mostrándole los paquetes envueltos que tenía debajo de los brazos—. ¿Puedo entrar?

Adamat volvió a observar la calle. En su rostro reinaba el conflicto. Al parecer, era un hombre nervioso últimamente. Bo se sintió identificado.

Y nadie quería dejar pasar a un Privilegiado a su hogar.

—¿Quién es, amor? —preguntó una voz de mujer.

—El Privilegiado Borbador.

La puerta terminó de abrirse y Bo se encontró frente a Faye. Se la veía un poco mejor que aquel día en la mansión de Vetas. Había logrado dormir, y aunque había estado llorando recientemente, a juzgar por lo rojas que tenía las comisuras de los ojos, lo ocultaba bastante bien.

—Privilegiado, por favor, pasad —dijo Faye.

Bo entró con todos los paquetes y los depositó en la sala de estar.

—Llamadme Bo —le dijo—. Traje algunos regalos para la familia.

—No deberíais haberos molestado —dijo Faye esbozando una sonrisa cortés.

Adamat parecía menos contento con la idea. Había algo de cautela en sus ojos. No confiaba en Bo.

Bo no podía culparlo por eso.

—¿Lo habéis sentido? —preguntó Bo.

Adamat pareció desconcertado.

—¿Si sentí qué?

—Como una conmoción sin explicación —dijo Bo—. Como si estuvierais solo en una habitación y recibierais un vaso de agua fría en

la cara.

Adamat meneó la cabeza lentamente.

—No sé de qué habláis.

Qué extraño, pensó Bo, que un Dotado no percibiera la muerte de un dios. Mihali, Adom renacido, había sido asesinado hacía seis días. Pero no fue igual que cuando Taniel le disparó a Kresimir en el ojo. Ahora parecía más... permanente.

—Nada —dijo Bo—. No es nada por lo que debáis preocuparos.

—Estábamos a punto de cenar —dijo Faye, y le lanzó una mirada de advertencia a su esposo—. ¿Queréis cenar con nosotros?

—Gracias, pero no. Esperaba hablar a solas con vuestro esposo.

Adamat se aclaró la garganta.

—Faye puede oír cualquier cosa que tengáis que decirme —contestó.

Con una sola mirada, Bo entendió que Faye no abandonaría la sala. Se acabó lo de divide y vencerás. Se preguntó si debería haber hecho entrar a Nila y a Jakob con él. Bo les había pedido que esperaran en el carruaje, pero ahora se le ocurrió que su presencia tal vez habría ayudado a tranquilizar a Adamat.

Aún no sabía qué haría con aquella muchacha. Al parecer, era una Privilegiada. Una Privilegiada que no necesitaba guantes. Bo no creyó que Nila entendiera la gravedad de lo que ella era realmente. No había un Privilegiado en los Nueve que pudiera tocar el Otro Lado sin guantes. Ni siquiera los Predeii.

Solo los mentados dioses podían hacerlo.

—Necesito vuestra ayuda —dijo Bo.

—No acepto casos —dijo Adamat echando una mirada a su esposa —. Durante los últimos meses, mi familia ha pasado por mayores tribulaciones de las que cualquier familia debería experimentar. No los dejaré por nada del mundo.

Faye miró a Bo con los ojos entrecerrados; toda su cortesía había desaparecido. Para Bo fue como si alguien hubiera extraído toda la calidez de la sala.

—Dos cosas —dijo Bo levantando las manos. Se había quitado los guantes para aquello. Lo último que necesitaba era que Adamat pensara que intentaba amenazarlo—. Primero, necesito que vos, Faye, cuideis a Jakob Eldaminse por un tiempo.

—¿El niño está con vida? —preguntó Faye.

—Segundo —continuó Bo—, necesito que Adamat me ayude a rescatar a mi mejor amigo..., a mi único amigo. Tengo pruebas que acusan a la general Ket y a su hermana de vender bienes del Ejército para beneficio propio. Necesito que vos, el sargento Oldrich y los hombres de Oldrich vengan conmigo para arrestar a la general Ket y hacer que liberen a Taniel Dos Tiros.

Todo ese asunto ponía nervioso a Bo. No había tenido noticias del frente desde que se había enterado de que Taniel sería sometido a un consejo de guerra. Taniel podía estar en prisión, o podría haber sido colgado. Bo se maldijo por no actuar más rápido, pero había tenido que juntar pruebas antes de poder hacer algo al respecto. Debería haber partido hacia el frente una semana antes, en cuanto encontró las pruebas de que Ket estaba involucrada, pero necesitó reunir más pruebas que los registros de un noble ya muerto.

—¿Arrestar a un miembro del Estado Mayor en tiempos de guerra? —preguntó Adamat con tono burlón—. Eso es un suicidio. No. No lo haré. Como dije, tengo una familia a la que atender y proteger. No acepto casos.

—Por favor —dijo Faye con la mandíbula rígida—, quisiéramos ir a cenar con los niños.

Bo no les hizo caso. A veces se odiaba por las cosas que tenía que hacer. Por matar, por mentir, por robar. Por tener que manipular a la gente.

—A cambio de vuestra ayuda, Adamat, os concederé un favor.

—¿Qué podría llegar a...?

—¡Un favor! —exclamó Bo levantando un dedo—. Cualquier cosa que deseéis del último miembro vivo de la camarilla real adrana.

Faye frunció el ceño. Bo casi podía ver su mente trabajando detrás de los ojos.

—No —dijo Adamat—. En absolu...

—Amor —dijo Faye tirándole del brazo.

Bo inspiró profundamente.

—Un favor —volvió a decir—. Lo que queráis. Incluso si eso significa ir a Kez y masacrarlo todo a mi paso hasta encontrar a vuestro hijo perdido.

Habría protestas. Discusiones. Intentarían poner varias excusas, pero Bo pudo ver en sus ojos que ya los tenía.

Agradecimientos Gracias a mi fantástica agente, Caitlin Blasdell, por sus consejos editoriales y por estar dispuesta a hablar cuando tenía problemas con el libro; y, por supuesto, por vender el libro en primer lugar. A mi editora, Devi Pillai, que me tuvo la paciencia y la confianza para dejarme trabajar con el libro a mi propio ritmo y fue posponiendo la fecha de entrega para que yo pudiera quedar realmente satisfecho con el producto final.

Mi esposa, Michele, fue genial durante todo el proceso. Ella siempre es mi primera fuente de ideas y mi editora, y no hay nada que les llegue a Caitlin o a Devi sin la aprobación callada de Michele.

Gracias a mis padres, que siempre me dieron un apoyo increíble como escritor, y que no hicieron una excepción durante la escritura de este libro. Mi padre fue el primer seguidor en darme el sello de aprobación de este libro; leyó buena parte del borrador final en una sola tarde.

Gracias a Isaac Stewart, que realizó los mapas y el arte interior para *Promesa de Sangre*. No solo hizo un trabajo fantástico con otro mapa más para *La campaña escarlata*, sino que actualizó los anteriores para que coincidieran mejor con la narrativa.

Gracias a la increíble gente de Orbit por su apoyo para el libro uno y el libro dos: Susan Barnes, Lauren Panepinto, Alex Lencicki, Laura Fitzgerald, Ellen Wright y todos los demás. Estos libros no serían el éxito que son sin toda la magia que hacen en la edición, el arte y el marketing.

Gracias a Ethan Kinney, que me obligó a pensar las cosas desde una

perspectiva distinta a causa de todas sus malditas preguntas acerca del universo de los magos de la pólvora.

Por supuesto, gracias a todos mis amigos y familiares que me fueron dando su apoyo, sobre todo a Sunny Morton por oírme parlotear sobre el proceso y le dio grandes consejos a un autor recientemente publicado.

Nuestros autores y libros en Gamon *Fantasía Urbana*
Luke Arnold: Los Archivos de Fetch Phillips *La última sonrisa en Sunder City* (2021)
Hombre muerto en una zanja (2022) *Fantasía de Aventuras*
Christopher Buehlman: Serie El ladrón de lengua negra
El ladrón de lengua negra (2022) Fantasía Aventuras
Nicholas Eames: Serie La Banda (Historias independientes)
Reyes de la tierra salvaje (2021)
Rosa la Sanguinaria (2021) *Fantasía Oscura*
Gareth Hanrahan: Trilogía El Legado del Hierro Negro
La plegaria de la calle (2021)
El santo de la sombra (2022)
El dios caído (2023) *Fantasía Épica*
Brian McClellan: Trilogía Los Magos de la Pólvora
Promesa de sangre (2021)
La campaña escarlata (2022)
La república de otoño (2023) *Fantasía Romance*
Constance Sayers
Una bruja en el tiempo (2021) *Fantasía Épica*
Andrea Stewart: Trilogía El Imperio Hundido
La hija de los huesos (2022)
La emperatriz de los huesos (2023)
El imperio hundido (2024) Visita nuestro sitio web para más información
www.gamonfantasy.com

Brian McClellan es un gran autor de fantasía épica nacido en Cleveland, Ohio. Saltó a la fama por su serie **Los Magos de la Pólvora** —*Promesa de Sangre*, *La Campaña Escarlata* y *La República de Otoño* —, publicada por este sello editorial.
Vive en la ladera de una montaña en Utah con su esposa Michele. Allí escribe novelas, mientras procura mantener a raya su adicción a los videojuegos.

Su sitio web es: brianmcclellan.com

FANTASÍA ÉPICA

Cuando una invasión acecha y las amenazas están más cerca de lo que imaginamos, ¿quién liderará la defensa?

La invasión de Kez, capitaneada por Tamas, termina en un auténtico desastre al quedarse sitiado, durante el contraataque, detrás de las líneas enemigas junto a una facción de su ejército, sin suministros y sin la esperanza de recibir refuerzos.
Es superado en número y lo persigue la élite del enemigo. Tamas deberá guiar a sus hombres en una temeraria marcha adentrándose en el norte de Kez y atravesando las montañass para defender a su país de un dios enfurecido, Kresimir.

En Adro, el inspector Adamat busca desesperadamente rescatar a su esposa. Para lograrlo debe perseguir y enfrentarse al Lord Vetas. Tiene muchas preguntas para su enigmático amo, pero las respuestas solo pueden generar más interrogantes.

GAMoN

Creemos que a veces se necesita de un poco de magia para sobrevivir a la realidad.

Somos fans del género y nos encanta sumar fieles a la causa.

Creemos que la clave para un buen libro está en su capacidad de hacernos perder la noción del tiempo y transportarnos a otros mundos.

Las historias que nos gustan son las que permanecen con nosotros mucho tiempo después de haberlas leído.

Nos gustan las novelas de muchas páginas, que cueste llevar en la mochila o en el bolso.

Sabemos que las sagas deben publicarse hasta el final, y eso haremos. Conocemos la angustia de los finales abiertos, y el horror cuando descubrimos que no hay fecha para el siguiente libro.

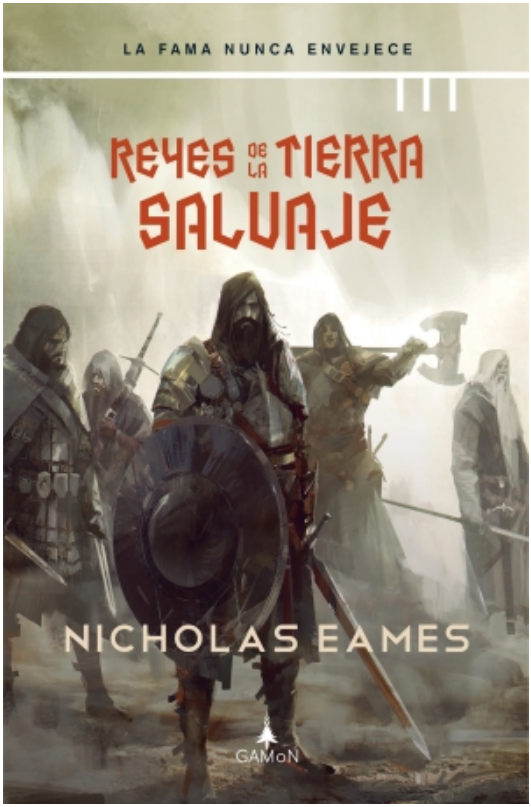
Tenemos a los autores que no deberían faltar en tu biblioteca: los que no se publican desde hace mucho tiempo en español y las nuevas voces, que pronto se convertirán en referentes.

¡Te damos la bienvenida!

Únete a la banda escaneando el código QR:

GamonFantasy

www.gamonfantasy.com



Reyes de la tierra salvaje (versión española) Eames, Nicholas

9788418711091

528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ganadora del David Gemmell Morningstar Award a la Mejor Primera Novela
Ganadora del Reddit/Fantasy Award a la Mejor Primera Novela
"Mejor Libro del Año" en Fantasy Faction
LA FAMA NUNCA ENVEJECE
Clay Cooper y su banda fueron los mejores entre los mejores, el grupo

de mercenarios más temido y con mayor reputación de este lado de la Tierra Salvaje.
Sus días de gloria quedaron atrás cuando los mercenarios se separaron. Envejecieron, engordaron, se convirtieron en unos borrachos o una mezcla de cualquiera de esas tres cosas. Pero todo cambia el día en que uno de sus excompañeros aparece en la puerta de la casa de Clay para suplicar ayuda.
Su hija está atrapada en una ciudad sitiada por un enemigo que los supera abrumadoramente en número y está sediento de sangre. Rescartarla es una misión que solo aceptarían los más valientes o los más imbéciles.
Ha llegado la hora de reunir a la banda.

"Una primera novela brillante. Eames ha superado la emoción de la fantasía épica, la trama es gratificante y original. El autor claramente se propuso escribir algo divertido de leer y lo ha logrado de manera espectacular". - Publishers Weekly.

Cómpralo y empieza a leer

Promesa de sangre (versión española)

McClellan, Brian
9788418711084

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El primer libro de la saga más esperada por la comunidad fantasy.
Brian McClellan, el mejor discípulo del genial Brandon Sanderson, por fin en español.
Derrocar a un rey es un trabajo sangriento. El mariscal de campo Tamas ha liderado el golpe de estado en Adro. La aristocracia decadente y corrupta ha terminado en la guillotina y el pueblo

hambriento ahora tiene comida. Pero además ha provocado la guerra en las Nueve Naciones, ataques internos de los realistas y lucha encarnizada por el dinero y el poder entre quienes suponía eran sus aliados: la Iglesia, los trabajadores y los mercenarios.

Tamas apenas soporta la presión y necesita a Adamat, un inspector de policía retirado, cuya lealtad está en juego, y a los Magos de la Pólvora que le quedan, entre ellos Taniel, su indómito y brillante hijo.Hay quienes presagian muerte y destrucción. Las leyendas están en boca del pueblo pero ningún hombre instruido cree en ese tipo de cosas... aunque sería mejor que lo hicieran. Los dioses también están implicados.

"McClellan combina perfectamente la intriga y la acción en una sociedad donde las nuevas fuerzas como los sindicatos, los soldados armados y los 'Magos de la Pólvora' chocan con la magia tradicional". *Publishers Weekly.*

"Guerra, magia, cambiaformas, espadas, mosquetes y dioses reencarnados. No es solo otra fantasía épica: es el debut de McClellan y la primera novela de una trilogía. ¡Excelente!". The Book Bag Cómpralo y empieza a leer

La plegaria de la calle (versión española) Hanrahan, Gareth 9788418711060

528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ganador del premio Booknest a la Mejor Primera Novela 2019.

Es un magnífico debut, plagado de todo lo que hace maravillosa a la fantasía: una ambientación potente, unos personajes que se ganan al lector, continuas sorpresas y un trasfondo donde se enfrentan los poderes económicos, políticos y religiosos". — Daniel Garrido, *El Caballero del Árbol Sonriente.*

"Cautivante… Guerdon es una ciudad que hierve de historia, horror y secretos ocultos". —Nicholas Eames, autor de *Reyes de la Tierra Salvaje.*

En Guerdon tres ladrones han sido acusados de un crimen que no cometieron. Su búsqueda de venganza sacará a la luz oscuras verdades sobre la ciudad y una peligrosa conspiración, cuyas semillas se sembraron mucho antes de que ellos nacieran.
En la profundidad de los túneles de la ciudad, se agita un malévolo poder y una guerra mágica de siglos de antigüedad está a punto de volver a desencadenarse.
Cari es una huérfana vagabunda cuyo pasado es más oscuro de lo que ella ha creído siempre. De ahora en adelante, su futuro estará fuera de control. Rata es un ghoul, y su especie ronda por el inframundo, alimentándose de los muertos de la ciudad. Spar es un hombre de piedra: sufre una terrible enfermedad que lentamente está petrificando su carne. El azar los ha unido y su amistad podría ser lo único que se interponga en el camino de la destrucción total.

Cómpralo y empieza a leer

Rosa la Sanguinaria (versión española)

Eames, Nicholas

9788418711268

528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ganadora del Reddit/Fantasy Award a la Mejor Novela
Ganadora del BookNest Award a la Mejor Novela
Nominado al mejor libro de Fantasía del año en Goodreads Choice Award *Vive rápido, muere joven.* Tam Hashford está cansada de trabajar en el pub del pueblo sirviendo bebidas a las famosas bandas de mercenarios y escuchando a los bardos cantar

sobre gloriosas aventuras más allá de su tranquilo hogar. Cuando la más famosa banda de mercenarios llega al pueblo, liderada por la infame Rosa La Sanguinaria, Tam aprovecha la oportunidad para sumarse haciendo de bardo. Ella busca aventuras, y aventuras es lo que tendrá cuando la banda se embarque en una búsqueda que puede terminar solo de alguna de estas dos maneras: gloria o muerte. *Es hora de animarse a dar el paso hacia la Tierra Salvaje.*

Cómpralo y empieza a leer

Promesa de sangre (versión latinoamericana)

McClellan, Brian
9789874793157

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El primer libro de la saga más esperada por la comunidad fantasy.
Brian McClellan, el mejor discípulo del genial Brandon Sanderson, por fin en español.
Derrocar a un rey es un trabajo sangriento. El mariscal de campo

Tamas ha liderado el golpe de estado en Adro. La aristocracia decadente y corrupta ha terminado en la guillotina y el pueblo hambriento ahora tiene comida. Pero además ha provocado la guerra en las Nueve Naciones, ataques internos de los realistas y lucha encarnizada por el dinero y el poder entre quienes suponía eran sus aliados: la Iglesia, los trabajadores y los mercenarios.
Tamas apenas soporta la presión y necesita a Adamat, un inspector de policía retirado, cuya lealtad está en juego, y a los Magos de la Pólvora que le quedan, entre ellos Taniel, su indómito y brillante hijo.Hay quienes presagian muerte y destrucción. Las leyendas están en boca del pueblo pero ningún hombre instruido cree en ese tipo de cosas... aunque sería mejor que lo hicieran. Los dioses también están implicados.
"McClellan combina perfectamente la intriga y la acción en una sociedad donde las nuevas fuerzas como los sindicatos, los soldados armados y los 'Magos de la Pólvora' chocan con la magia tradicional". ***Publishers Weekly.***
"Guerra, magia, cambiaformas, espadas, mosquetes y dioses reencarnados. No es solo otra fantasía épica: es el debut de McClellan y la primera novela de una trilogía. ¡Excelente!". The Book Bag

Cómpralo y empieza a leer